

QUIROGA

GALCHAQUI

17508

B.U.
6.629

17502





CALCHAQUÍ

POR

ADÁN QUIROGA

Miembro Corresponsal del Instituto Geográfico Argentino

(ILUSTRACIONES DE F. GONZALEZ)



TUCUMAN

Litografía é Imprenta Española

1897

25

CALCHAQUÍ

POR

ADÁN QUIROGA

Miembro Corresponsal del Instituto Geográfico Argentino

(ILUSTRACIONES DE F. GONZALEZ)



TUCUMAN

Librería e Imprenta Española
1897

DEDICATORIA

À

Samuel A. Lafone Quevedo

Francisco P. Moreno

Juan B. Ambrosetti





INTRODUCCIÓN

I—El mundo pre-colombiano y el suelo argentino—El Continente Austral sumergido— II El autóctono americano—Fósiles de Patagonia, Ceará y Lagoa Santa— La teología y el Génesis —III De Continente á Continente —Inmigración de razas—IV Asiáticos y pelagos en América—Comparaciones filológicas— Mites, tradiciones, lengua, arqueología—El cristianismo pre-colombiano.

I

El Inca Garcilaso en la primera página de sus «Comentarios Reales», manifiéstanos que los escritores clásicos, al tratar de asuntos de historia del Nuevo Mundo, acostumbraban, por vía de exordio, ocuparse del origen de este Continente y de sus habitantes, «y otras cosas semejantes que los filósofos antiguos muy larga y curiosamente trataron, y los modernos no dejan de platicar y escribir, siguiendo cada cual opinión que mas le agrada.»

Yo, que quiero continuar con la práctica de los viejos cronistas, ya que este libro trata de una de las razas extintas, seguiré el ejemplo del Inca, y antes de tocar el fondo del asunto, dedicaré, por vía de introducción, unas páginas á esta árdua cuestión de los orígenes, enunciada por la cosmogomía griega, debatida teológicamente por el criterio de la filosofía mediæval, y hoy árduo problema para las ciencias naturales, especialmente para la geología y antropología.

Grande fué la sorpresa que el espirante siglo XV ofreció al Viejo Mundo, cuando el inmortal genovés dió con el mundo ignorado, que resolviendo la tan debatida cuestión de los antípodas, completó el planeta.

La ciencia griega había hecho referencias del mundo recién descubierto. Platón en su Timeo, á quien tanto impugnara Tertuliano en el Apologético, presintió su existencia, y los sábios Crantor, Tisino, Arnabio, Proclo, entre otros, confirmaban el presentimiento del visionario de Engina. Es, así mismo, conocido el pasaje de la Medea de Séneca:

.....Quibus Oceanus
Víncula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus Typisque Novos
Detegat Orbis..... (1)

Parece, así mismo, que Aristóteles, y segun otros Teophrasto, presintió su existencia, haciendo alusiones á una gran isla del Atlántico, que no era Europa, Asia ó Africa. Plinio refiere que un navegante antiguo, arribó á tierras nunca vistas. Después, la más densa oscuridad envolvió al mito geográfico de la ciencia griega, aunque la existencia del mundo ignorado no dejó de tener ardientes partidarios, como Justo Lipsio, quien creía firmemente en el presentimiento del divino Platón.

(1)--El Dante, en la salida del infierno, hace referencia á los antípodas. Un poeta italiano anterior á Colon, escribía:

"Debajo de nuestros pies existen ciudades.

Y reinos poderosos, por Hércules nunca presentidos."

La ortodoxia cristiana, rechazando á la ciencia griega, hizo de Platón, el divino, un visionario. Sin embargo, después del descubrimiento, los católicos aseguraron que el Papa Clemente, inmediato sucesor de San Pedro, escribía á los corintios «sobre la existencia de un *nuevo mundo*»; pero aún cuando pudiera ser cierta la afirmación, no se debe olvidar que la idea de los antípodas fué una heregía, y que el Papa Zacarías, con motivo de haber un obispo católico admitido la vieja idea, declaró que: «En cuanto á la perversa doctrina de Virgilio, si se prueba que él sostiene que hay otro mundo y otros hombres sobre la tierra, arrojadlo de la Iglesia, en un concilio, después de haberlo despojado del sacerdocio». Ya se sabe lo que pensaron San Agustín, San Crisóstomo y San Gerónimo, manifestando el primero que la creencia en los antípodas implicaba la de otra creación que la de Adán, como lo repetía el más profundo de los teólogos, Nicolás Lira; y aún después de descubierto el mundo nuevo, los escritores católicos temblaban al enunciar la cuestión, no dejando de ser curioso que el buen Garcilaso, por ejemplo, la rehuyese, diciendo que no pueden «las fuerzas de un indio presumir tanto.»

El descubrimiento de Colón, por consiguiente, produjo una verdadera revolución científica, especialmente en la teología, que estuvo á punto de fulminar anatemas en el Convento de San Esteban, en la vieja Salamanca. ¿De dónde salía aquel mundo ignorado? ¿Como podía ser habitado por seres humanos? ¿Por qué la sagradas Escrituras no hacían alusión á él, ni los apóstoles, á quienes el divino maestro impuso la misión de enseñar á todas las gentes, habíanse acordado del continente descubierto? ¡Y en tanto el mundo de América, exuberante de vida, existía en los confines occidentales del océano, y grandes imperios dominaban la tierra arrancada al secreto del mar de Atlante!...; Aquí el Perú, Méjico allá, los quichuas y los aztecas!

Desde el día del descubrimiento, la América fué

el tema obligado de teólogos, geógrafos, historiadores y místicos, especialmente de los primeros, que ejercían dominio en el campo científico, como en los tiempos clásicos los filósofos, esos teólogos paganos. Naturalmente que al rodador del problema, de suyo impenetrable, surgieron las más extravagantes teorías, fundadas en cimientos deleznable, que un día estaban en voga, y al siguiente derrumbábanse por sí mismos, al peso de sus propios absurdos.

Ya tendré muchas ocasiones donde hacer referencias á estas extravagantes teorías.

Sin embargo, hay que confesar que por más peregrinas que sean todas estas ideas, los hombres del presente siglo no tenemos derecho á menospreciarlas tanto, cuando aún hemos adelantado tan poco en la solución de un problema tan árduo para aquellos buenos tiempos.

Como en aquel entonces, las opiniones son tan varias como divergentes, porque hoy día mismo, como dice un distinguido científico argentino, «es un estudio tan nuevo el de América y sus habitantes, tan lleno de vaguedades y misterios, que requiere un exámen prévio de cada una de las manifestaciones vitales que tenga relación directa con el hombre que la habita, para poder formar luego un conjunto armónico que sirva de trama para ese estudio, y que esta es la única manera de acercarse con seguridad á nuestros orígenes.»

Para la solución del problema, en el presente siglo llevamos una ventaja inapreciable: la teología ya no tiene cartas en el asunto, pues franca y categóricamente el Abate D'Envieu mismo, ha dado el grito de independencia: «dejemos á cada uno su dominio, dice, al sabio la ciencia, al teólogo la teología.» La cuestión es hoy debatida con el criterio de las ciencias naturales. Los teólogos del día, se llaman Cuvier, Lamarque, Darwin, Jeuffroy de Saint Hilaire. Estos hanse apoderado del planeta, para estudiarle en sus formaciones; y horadando la tierra, descubren que el hombre tiene más de cien mil años, y extraen de su centro el esqueleto de las razas étnicas.

y rehacen el armazón de las generaciones anteadámicas. Es por medio de este procedimiento científico cómo se ha llegado hasta el autóctono americano, por más que hayan dudado de su existencia sabios como Quatrefages, Virchow, Hauxley y Hakel.

Es de advertir que el profesor Helmholtz calcula que solo para enfriarse la tierra y poder sustentar los primitivos seres animados, han debido transcurrir trescientos millones de años.

Los estudios relativos á este continente, tan impropriadamente llamado niño, han evidenciado su vejez secular. (1)

Consta por esa misma ciencia, que examina las capas geológicas de la tierra, que el mundo americano de ahora centenares de siglos era completamente distinto de lo que ha sido el mundo colombiano. Las más grandes y lentas ó bruscas transformaciones seculares han modificado, como los años la faz humana, su fisonomía geográfica. Platón hacía comenzar el continente de Atlante en las columnas de Hércules, al que dilataba por todo el oceano en mayores proporciones que el Asia y el Africa, del cual las islas Terceiras, Canarias y de cabo Verde eran restos sobrevivientes á la catástrofe; Teophrasto hablaba de una inmensa isla, que no era Asia, Africa ó Europa; Deodoro Sículo hace referencias á este inmenso continente, al cual fueron arrojados por la tempestad unos marinos cartagineses que navegaban por las columnas de Hércules.

La idea, repito, de que antes existía un Continente

(1) El abate de Boursbourg, hablando en su *Bibliothèque Guatémaliene*, sostiene que la cuna de la civilización sea el occidente, y no el oriente, como se cree; que de América siguió el camino á Atlántida el movimiento civilizador de que dan testimonio sus monumentos, y que estos monumentos son los que explican ó han de explicar de una manera distinta los de los Egipcios, como las lenguas clásicas y los mitos universales; y no solo esto, sino también las revelaciones geológicas del globo y sus grandes cataclismos olvidados ó desconocidos antes y después del diluvio, encontrándose consignado todo ello en los jeroglíficos mexicanos y los símbolos guatemaltecos—(*Arqueología Americana*, Mitre, La Biblioteca, enq. 1.^a, pág. 35.)

de mayores proporciones que el actual, extendido en las regiones australes, es en lo que la geología y paleontología modernas están contestes. Lo que no deja de ser una singular coincidencia es que un autor del primer tercio del pasado siglo nos dà noticias de un gran continente sumergido, del cual las tierras actuales no son sinó fragmentos insepultos; y esta opinión coincidiría con los descubrimientos de la ciencia moderna, si en vez de colocar al norte al supuesto continente, hubiéralo ubicado al sur. Este mismo autor, con científico presentimiento, veía restos de un continente de más de mil leguas de extensión, que unía la Tartaria con la actual California de los Estados Unidos, continente desaparecido, por donde en remotas épocas los tártaros invadieron nuestra América.

Centenares de siglos antes del descubrimiento de Colon existió, al parecer, en América, con su flora y fauna especiales, el inmenso Continente Sur ó Austral, que es posible se entendiera hasta cerca de las costas africanas. Las Malvinas, Patagonia, la América del sur austral, Australia, Tasmania, Islas Polinésicas, Nueva Zelanda y Nueva Caledonia, serían los restos colosales del continente desaparecido, alargado de Este á Oeste. Grandes cataclismos, catástrofes terráqueas, hundimientos y levantamientos, produjeron, sin duda, la desmembración de este continente, quizá allá á fines de los tiempos secundarios, desapareciendo como tal en la era terciaria mediana. Las faunas de las regiones que he citado, especialmante patagónicas y australianas, son muy semejantes, acusando un origen común.

A consecuencia de los continuos levantamientos y hundimientos, lo que era costra terrestre, en muchas regiones forma hoy el lecho de los oceanos, y las altas serranías, como nuestra cordillera de los Andes, fueron al revés, lechos de mar, y la prueba irrefutable de ello es que hasta la altura de quince ó veinte mil pies encuéntrase en la cordillera conchas fósiles secundarias, de la propia manera que el fondo de la tierra sepulta las viejas selvas y los fósiles, entre los cuales descuella por

sus gigantescas proporciones, el *Mesembrathrium Brocae*, ó *Astrapotherium patagonicum*, como le denominó el ilustre Burmeister.

En las *Bad-Lands* del Norte, hanse descubierto animales monstruosos, como el *Elasmosaurio*, *Pythomorphi* los lagartos *Pterodáctilos*, el *Peridaltico*, el *Atlamosuario*, *Cerotosaurio*, *Brontozoo*, etc.

Nuestro Anconquiya, teatro de la epopeya calchaquí, es una montaña eruptiva, relativamente de poca edad geológica.

La idea científica de la existencia del continente austral sumergido, fué recibida al principio con desconfianzas; pero al fin parece ser admitida como un problema tal vez resuelto. «Aun cuando, dice el doctor Francisco P. Moreno, la idea del gran continente sumergido y limitado á la region que ocupan hoy las islas del Pacífico, ha sido combatida enérgicamente, los últimos descubrimientos la apoyan y la dan patente de veracidad. En las islas Salomon, al Este de Nueva Guinea, se ha descubierto la tibia de un gran mamífero que algunos atribuyen al gran Mammouth, una muela de Mastodonte y restos del Dronte, la gran ave extinguida hace dos siglos en la isla de Borbon. En Nueva Caledonia, el señor Filhol ha encontrado, en los terrenos sedimentarios de la región del Oeste, huesos fósiles de un gran paquidermo.» (1)

En las antiguas tradiciones de las razas extintas hay recuerdos impercederos de cataclismos, erupciones, hundimientos, diluvios, hombres refugiados en lo alto de las montañas, así como la seguridad de las tierras dilatadas al occidente de la Cordillera Nevada. Las tradiciones polinesas y las del continente son las mismas: religión, costumbres, cosmogonías, todo es parecido; los grandes monumentos de las islas del Pacífico hacen pensar en los monumentos peruanos; el uso de quipus, la semejanza craneológica, así como la estatu-

(1) ANALES DEL MUSEO DE LA PLATA.

ra pampa y polinésica,—todo esto indica la comunidad de vida entre polineses y americanos, allá en tiempos en que la inmensa sábana del mar Pacífico era la tierra que servía de unión á las islas con la parte austral de nuestro continente. Entre muchas otras pruebas geológicas, no debe despreciarse aquella que se refiere á la repercusión de los temblores americanos en las referidas islas. «Si examinamos, dice el ya citado naturalista argentino, la lista de los efectos de los temblores americanos, encontramos que ellos son sensibles hasta en la Oceanía y vemos que sus efectos levantan ó hunden las orillas marinas arrasando ciudades enteras; aumentemos la importancia de esos efectos, y encontraremos confirmada la tradición. Esta, sin embargo, añade, no abraza sinó un periodo muy pequeño, relativamente, si se le compara con la alta antigüedad del hombre, en una era social bastante adelantada, en que ya el Continente Austral se había desmembrado formando inmensas islas, algunas ligadas por istmos que mas tarde se sumerjieron, pero que los sondajes descubren.»

Tales son las noticias que la ciencia moderna nos suministra de las tierras australes, que hoy poblamos, entre otros, nosotros los argentinos. De lo que fuera en los lejanos periodos geológicos la América Septentrional, daré noticia en otro lugar.

II

Ardua y penosa es la tarea de reunir los eslabones de la larga cadena orgánica hasta dar con el autóctono americano. Este asunto ni es obra de la historia, ni entra en mis propósitos: lo que quiero es repetir en esta ocasión oportuna lo que en síntesis dice la ciencia respecto al hombre americano, al que estupefacto contempló el europeo habitando el suelo de ambas Américas.

En este asunto parto de la base, axiomática para mí, de que la especie humana es distinta, así como de

que no es uno el tipo americano, como erradamente pensó Morton, y en lo cual han consentido Quatrefages y Virchow, quienes con tantas reservas tratan de los asuntos de antropología americana.

Después de los preciosos hallazgos de la ciencia en las tierras del sur de nuestro continente, no há mucho que Topinard, en Francia, escribía que nada asomaba en el campo de la antropología moderna tan interesante como el descubrimiento de la raza dolicocefala autóctona en América, llegando este sabio á poner en duda si el tipo del hombre de Neanderthal, que hizo revolución en las ideas científicas europeas, «no sería accidental en Europa en el tiempo cuaternario, y si su patria real no sería la América del Sur Austral.»

Para todos los sabios del siglo XVI adelante, la única base racional del problema del hombre americano era la inmigración de razas, bien del Asia ó de la Europa, que dió por resultado la población de nuestro continente, porque para esa ciencia, era un axioma que la cuna genésica del linage humano, uno é indivisible, era el Asia, la cual se convirtió luego en centro de dispersión de las razas. La ciencia, basada puramente en la teología y en las interpretaciones cosmogénicas del Génesis, preocupábase en determinar el período en que la inmigración se produjera, el cual debía ser posterior al diluvio, «pues es de fé que feneció todo el humano linage, escepto Noé y su familia que se salvó en el Arca,» y macho y hembra de cada especie animal.

El asunto, á pesar de todo, no llegó en ocasión alguna á ser satisfactoriamente resuelto, y razón había en ello para aquellos tiempos, pues como dice el Dr. Andrés Lamas, «esta cuestión, tomada en sus términos más simples, era, sin embargo, muy compleja: se relacionaba con la física de nuestro planeta, con todas las influencias sílericas á que está sometido, con el origen de todo lo que en él existe, en una sola palabra, con la creación entera:—porque el hombre americano ofrecía una variedad del tipo humano origina-

rio: esta variedad aparecía rodeada de especies animales y vegetales que presentaban alteraciones típicas ó tipos desconocidos; y estas especies, modificadas ó nuevas, parecían en relación, si no en dependencia, con la distribución del calor y de la humedad en las zonas en que se encontraban, porque no existían naturalmente fuera de esas zonas que las encerraban en sus límites cual si fueran creaciones locales, propias de la localidad y adheridas á ella, formando, diremos, así dentro de cada zona, un centro especial de creación y de vida.» (1)

Naturalmente que solo hipótesis produciría la ciencia de los siglos XVI y XVII, y que todo lo que se avanzaría sería enmarañar más el asunto, acumulando contradicciones. No faltó, sin embargo, quien pensara que la América fué poblada antes del diluvio universal, pues como nos manifiesta el P. Lozano, «algunos lo inferen por vestigios que se han descubierto, como es una embarcación de extraña hechura totalmente diferente de cuantas conoció la antigüedad, la cual se halló en la jurisdicción de Lima abriendo una mina..... como un poderoso diente de elefante, animal que no crían estas Indias, descubierto en el distrito de Méjico en las entrañas de una altísima montaña; en otra mina junto á la ciudad de Nuestra Señora de los Remedios, en el Nuevo Reino de Granada, dieron los cavadores con un barril entero y una silla de madera incorruptible.....»

Las hipótesis multiplicáronse asombrosamente, al grado de que cada autor emitía la suya propia, desarrollándola, discutiéndola, y rebatiendo al mismo tiempo todas las que hasta entonces se habían emitido. Veamos algunas de ellas.

Arias Montano sostenía que el primer poblador de América fué un nieto de Heber, Ophir Indico; Piedrahita, que los pobladores fueron los descendien-

(1)—REVISTA DE BUENOS AIRES—Monog. el Padre P. Lozano.

tes de Jafet; Montesinos, que los de Salomón; otros, que los trabajadores dispersados de la torre de Babel; Juan de Pinedo, que fueron los hebreos; y con éste diez más, que yo conozca, del mismo parecer; Gonzalez Fernandez de Oviedo, que Tubal, hijo de Jafet; Genezbrardo, que los americanos descenden de aquellas diez tribus que Salmanazar esclavizó y desterró á tierras lejanas; Pedro Simón, que descenden de la tribu de Isaachar; Ulloa, que pertenecen á la extirpe de Noé.....

A nadie ocurrió en aquellos buenos tiempos imaginar, siquiera, que los americanos muy bien podían ser hijos de su propia tierra, y que las supuestas emigraciones de continente á continente pudieran haberse verificado en sentido inverso, de la América al Asia ó la Europa.

Las más insuperables dificultades presentábanse al ávido espíritu de los sábios. Un argumento, sobre todo, desbarató cuanta hipótesis habiase emitido: de cómo existia toda especie de animales en América, y de cómo éstos podían sobrevivir al diluvio universal. «Todos estos pareceres, escribe el P. Lozano, á quien también atormenta la duda, tienen contra sí, excepto el de Platon, una dificultad casi insuperable, y es cómo pasaron á la América los animales, pues aunque de los mansos fuera fácil decir que los trajeron los mismos pobladores, como sabemos vinieron muchas especies en las naos españolas: pero de las fieras ¿quién creará que hubiese hombres tan enemigos de sí mismos, que las quisieron traer para padrastrós de su quietud y corsarios crueles de sus vidas, como son los tigres, onzas, y otros semejantes?» «¿Cómo, preguntase Garcilaso, sobre el mismo asunto, ó para qué los embarcaron siendo algunos de ellos antes dañosos que provechosos?...¿por qué no llevaron de los que acá quedaron, que se han llevado despues acá?... y lo mismo se puede decir de las mieses, legumbres y frutas, tan diferentes de las de acá, que con razon le llamaron Nuevo Mundo.» El P. Acosta se ocupò de poner peor la dificultad, haciendo recordar que en América existian ani-

males desconocidos en el viejo continente, y decía: «Mayor dificultad hace averiguar que principio tuvieron diversos animales que se hallan en las Indias y *no se hallan en el mundo de acá.*»

Los buenos jesuitas, sin pensarlo, iban, como de la mano, á la creación *ex-nihilo*.

Los liberales enciclopedistas del siglo XVIII sorprendieron á la teología en el campo de sus propias contradicciones y dificultades cosmogénicas irresolubles, y hallaron hermosa coyuntura para herirla con la daga afilada de su dialéctica.

«Si no se admitan de que existan moscas en América, decía Voltaire por ejemplo, es una estupidez admirarse de que existan hombres...Puesto que el negro de Africa no saca su origen de nuestros pueblos blancos, ¿por qué los rojos, los aceitunados y los cenicientos de América procederian de nuestras comarcas? y por otra parte, ¿cuál sería la comarca primitiva? La naturaleza que cubre la tierra de flores, de frutos, de arbustos, de animales, ¿los colocò todos sobre un solo pedazo de terreno, para que desde allí se esparcieran por el resto del mundo? ¿Dónde estaria ese terreno que tuvo primitivamente todas las yerbas, y todas las hormigas, y que las envió al resto de la tierra? ¿Cómo los musgos y los abetos de la Noruega habrian pasado hasta las tierras australes?»

Cuando todos los sistemas, todas las hipótesis y conjeturas cayeron por su propio peso, el estudio del hombre americano comenzóse á hacer por la observación paciente de la vida y manifestaciones sociales del mismo, comparando sus creencias, leyes, usos y costumbres con los de los otros pueblos del viejo continente. Este nuevo criterio, independizado un tanto de los textos sagrados, fué indudablemente, infinitivamente más real. Solorzano, valiéndose de él, estableció las analogías que hay entre americanos y asiáticos; y dejando á Noé y su prole á un lado, hace descender á aquellos de los tártaros y los chinos.

Este nuevo género de estudios ha producido ver-

daderos resultados, y nadie, después de haberse penetrado de ellos, negará su importancia, ni vacilará en aceptar la idea de las emigraciones asiáticas hacia América, pero no emigraciones del Asia de tiempos del diluvio, porque todo lo que se diga de esas épocas remotas no pasará de hipótesis.

Pero estos hermosos y útiles estudios no resuelven la cuestión capital, y el problema queda en pié, formulado en esta pregunta: ¿existía ó nó el hombre de América antes de esas emigraciones?

Esta pregunta es la única que en la materia debe hacerse á la ciencia moderna. Su solución para ella no es imposible, auxiliada por el poder incontrastable de sus fuerzas actuales.

El hombre ha aparecido en el planeta después de una evolución de millares de años, al parecer en la capa terrestre que la geología clasifica de miocena, cambiando con los siglos de fisonomía, del mono antropomorfo al hombre actual, ignorándose donde fué su cuna, y dudándose si tuvo más de una.

Del estudio que hasta no hace mucho se había hecho de los tipos americanos, parecía incontrovertible que el hombre nativo había emigrado del viejo mundo, habiéndose únicamente dado con un tipo original, pero al que no tardó en hallarse su semejante. Luego aparece un otro tipo, al que se encontró idéntico al antiquísimo fósil de Constand, pero con la singularidad de que parecía constatarse que éste era más frecuente en el mundo nuevo que en el viejo.

Por fin, el problema científico, sin duda, podrá estar resuelto al darse con los fósiles de Lagoa Santa y Ceará, en el Brasil, y posteriormente con el de Patagonia. (1)

Este tipo no tiene antecedentes entre las razas:

(1)—El naturalista dinamarqués Lund encontró en Lagoa de Sumidairo huesos de más de treinta personas junto con más de cincuenta especies de animales antediluvianos.

Ameghino, á orillas del río Frias, hizo en menor escala un descubrimiento semejante.

es él una variedad del tipo humano originario, y en el esqueleto que la tierra nativa guardaba para entregarlo intacto á la ciencia, quizá saludemos, por fin, al hombre primitivo de nuestra América.

Desde ese día para muchos quedó sentado, como lo sintetizó Agassiz, que las razas humanas han nacido separadamente, cada una en su propia patria. (1)

Burmeister es también en *poliphytete*, y fúndase especialmente en la diferencia de colores.

El problema parece solucionado, y ya no es necesario, como dice este naturalista, hacer emigrar al hombre de un mundo al otro.

Es el nuevo tipo, que la ciencia ha recogido del centro de la tierra, el que hizo pensar á Topinard en la idea de una raza dolicocefala autóctona en América, y el que hizo exclamar á Broca: «Se busca el secreto de los orígenes á nuestro lado. ¿Quién sabe si la luz no nos vendrá del lado de la América, por el contrario?» (2)

Dónde y cuándo nacieron los hombres de nuestra América, es el grave problema á resolverse.

En los tiempos terciarios parece que los mamíferos americanos tomaron sus formas actuales, y, sin duda, que en lo que son hoy nuestros polos comenzó la vida, por el calor excesivo del resto de la corteza terrestre, lo que tiene una prueba más en la singular coincidencia de que los fósiles más antiguos encuéntrase en los extremos del continente, y parecen pertenecer á formas australes ó boreales. Sentado esto, iríamos derechamente á pensar, que á medida que se producía el enfriamiento, y el fuego interno dejaba de cal-

(1)—Haeckel cree que la patria originaria del hombre, hay que buscarla en la India ó Afganistán.

(2)—Le Plongeon, ocupándose de las ruinas de Yucatán, hablando de los antiguos *Mayas*, sostiene que en Centro América está la cuna de la civilización egípcia (QUEEN MOO AND THE EGYPTIAN SPHINX—New York, 1896.)

dear la costra terrestre, los seres caminaban hacia el Ecuador, buscando climas adaptables al desarrollo de sus formas orgánicas.

Las condiciones físicas del continente en la época terciaria, eran más favorables en el sud para el desarrollo del hombre, y así el norte carece hasta ahora de representantes, del tipo de Ceará y Patagonia, mientras que en el sud no solo se dá con el tipo original primitivo, sino que tiene representantes, más ó menos puros ó perfectos, en otras tribus, como en los tobas, botocudos, tehuelches y onas, unos mismos estos dos últimos, según Spegazzini.

En el norte no tenemos que hacer escepcion sino de los esquimales. (1)

Según Hutchinson los mejicanos son una raza posterior á las del sud

El tipo primitivo americano, repito, es el hombre dolicocefalo, y la craneología enseña al hombre del sud completamente emparentado con los pobladores de las islas oceánicas, otra prueba que abona en favor de la existencia del Continente Austral sumergido.

De donde vino el braquicefalo, no es cuestión que se resuelve.

Finalmente, la raza primitiva tiene representantes en Tierra del Fuego, Patagonia pre-histórica, Chaco y Brasil.

El Dr. Moreno, descubridor del fósil de Patagonia, después de dedicar atrevidas páginas al origen del hombre de América, ha llegado á esta tesis científica, cuya constatación sería un paso gigantesco para las ciencias de observación:

«En la región central de Bolivia y Norte de la REPUBLICA ARGENTINA está el nicho de donde irradian las sociedades americanas. En el TERRITORIO AR-

(1) Desde hace algún tiempo los paleontólogos han hecho notables descubrimientos en las *Bad-Lands ó Mucalses Terres*, que se encuentran en Dakota, Nebraska, Wyoming, Utah, etc. —Cope, Marak y otros hanse ocupado de ellos.

GENTINO han vivido los hombres MAS ANTIGUOS que se conocen, iguales, físicamente, á los Europeos cuaternarios y á los Australianos actuales. Este país es un resto del Continente Austral sumergido, donde se inició el desarrollo humano, y de donde partió para extenderse sobre el globo »

Repito, para terminar, que el hombre americano primitivo pudo estar ya modificado á la llegada de los conquistadores, pues es indudable que hubo emigraciones de razas del viejo continente. Los quichuas del Perú, por ejemplo, es muy posible que tengan mucho de asiáticos. (1)

De las relaciones internacionales de continente á continente en los tiempos pre-colombianos, así como de las emigraciones á América, que han podido modificar la raza autóctona, pero no que la han engendrado, como pretenden los monegenistas, paso á ocuparme en seguida.

III

Cuando se estudian con serio detenimiento las tradiciones de los indios americanos, especialmente de los de Méjico, Muscas y Quichuas, y el espíritu investigador se inicia y penetra en las cosmogonias, lenguas, instituciones, monumentos y costumbres de los antiguos habitantes de América, encárnase en nuestra mente la convicción de que nuestro continente ha sido visitado en más de una ocasión por hombres del Viejo Mundo, y por emigraciones de razas venidas del otro lado de los oceanos.

Lo único que contraría esta convicción, es la idea de las grandes dificultades que se opondrían á los pueblos antiguos para realizar los largos viajes por el

(1)-Por lo demás, que el hombre americano vivió en el tiempo que aparecen los mastodontes, no hay duda, pues á los fósiles de County-Benton y la Isla Petit Anse, de Norte América, se les ha encontrado clavadas puntas de pedernal, con las cuales vese que fueron muertos.

océano, lanzándose á lo desconocido y á la ventura, tanto más si se tiene en cuenta lo que era la navegación en aquellos tiempos, juguete del capricho de las tempestades y de las olas embravecidas.

Sin embargo, la duda cede en su tenacidad cuando recordamos que las flotas de la Fenicia y de Cartago habian surcado los mares en todas direcciones, y, que, por otra parte, el mismo atraso en la náutica haria fácil que las tempestades del océano arriasen á las endebles carabelas hasta el mundo ignorado. «Habiendo mostrado, dice el P. José de Acosta, que no lleva camino pensar que los primeros moradores de Indias hayan venido á ellas con navegación hecha para ese fin, bien se sigue que si vinieron por mar haya sido acaso y por fuerza de tormentas el haber llegado á Indias; lo cual por inmenso que sea el mar Océano no es cosa increíble. Porque pues así sucedió en el descubrimiento de nuestros tiempos, cuando aquel marinero (cuyo nombre aun no sabemos, para que negocio tan grande no se atribuya á otro autor sino á Dios) habiendo por un terrible é importuno temporal reconocido el Nuevo Mundo, dejó por paga del buen hospedage á Cristóbal Colón la noticia de cosa tan grande» Dicho sea de paso que el nombre del navegante á que alude el P. Acosta, es Alonso Sanchez de Huelva, quien es fama, llegó hasta la isla de Santo Domingo, y á su regreso dió á Colón todas las noticias sobre el nuevo continente, al cual le llevó la borrasca, todo lo cual no es sino una fábula para el criterio histórico de Washington Irving, inventada por la envidia, para empañar la gloria de Colón.

En el mar, por otra parte, hay numerosas corrientes que, como el *gulf stream* arrastran navios y objetos á distancias remotas. Quatrefages menciona, entre otras, la corriente impetuosa de un río submarino, que pasando por el sur del Japón se dirige á las costas americanas; la corriente de Tressan, que va hasta las costas de California y arrastra naves chinescas abandonadas; la corriente ecuatorial del Atlántico, desde

las costas del Africa al golfo de Méjico. (1)

Nada difícil es, pues, que en los tiempos remotos las corrientes del mar y las tempestades, venciendo el brazo de los remeros, arrastrasen las naves hasta nuestra América, como indudablemente ha sucedido, cuando en los tiempos modernos los huracanes dispersaron la grande armada.

Si alguien se obstinara, esto no obstante, en poner en duda que las emigraciones hayan arribado á nuestra América por las vías marítimas, ninguna dificultad hay para que lo fuera por las vías terrestres, creyendo que no se duda hoy, en día que aquellas tuvieron lugar en lejanas épocas, como lo prueba la misma configuración terrestre de la estremidad boreal del continente. La geología moderna ha constatado que antiguamente ambos mundos estuvieron unidos ó tuvieron fáciles comunicaciones. «Ya en el plioceno, las comunicaciones entre Europa, Asia y América eran fáciles,—la Groenlandia se comunicaba con Europa; el estrecho de Behering habia vuelto á cerrarse despues de haberse abierto y cerrado en el mioceno; pasaban del viejo al nuevo mundo los mastodontes, el elefante, el almizcle, el reno, los zorros, las martas, etc.»

Entre estas tradicionales emigraciones, las asiáticas son las que menos duda han ofrecido, y no así las europeas ó africanas.

IV

Un idioma es una revelación, y la filología ha sido siempre inseparable compañera de la historia, más in-

(1) -Está evidenciado actualmente, que Kuroi Sirwo (río Negro) más de una vez condujo embarcaciones del Japon hácia el lado de América. En muchas ocasiones se han encontrado en playas norte-americanas *dschoukas* japoneses. El capitán Cop, por ejemplo, en 1813 salvó á navegantes japoneses que tripulaban una de ellas, desembarcándolos en las islas Sand-Wich,—y en el cabo Flattery (Est. Washington) naufragaron en 1833 unos japoneses. En 1855 el capitán Brooks encontró en medio del mar varios naufragos de aquel país. (Véase periódico *Overland Monthly*. San Francisco, 1873.)

portante muchas veces aquella, que la arqueología en estos asuntos

El arqueólogo con sus solos esfuerzos, difícilmente podría emprender la obra magna de la investigación de los orígenes. Él podría, indudablemente, evidenciar, como ya lo ha hecho, que la arqueología y la escultura americanas tienen mucho de común con la egipcia y la asiática en general, así como con la pelasga, por las grandes construcciones de piedra que se hallan en el continente, pues nuestros *Atumrunas* no son otra cosa, al parecer, que los *Ciclopes* ó *Kiklops*, los hombres de un solo ojo, como refiere la mitología helena, ó «los guerreros que al apuntar cerraban el ojo izquierdo,» para hacer más verídica la fábula; pero las formas arquitectónicas pueden ser más ó menos casuales por su semejanza, y derivar su similitud de necesidades comunes á todos los hombres, desde el salvaje hasta el habitante civilizado, lo que no sucede con el idioma, que es un arte que tiene mucho de convencional, y que en la estructura artística de la palabra ó la frase puede darse con origen ó cuna, como se ha evidenciado. «Los monumentos indígenas descubiertos hasta ahora, dice Prescott, han suministrado pocos materiales para construir el puente que atraviesa el oscuro abismo que aún separa el mundo antiguo del nuevo» aunque, á pesar de esta aseveración, es preciso que el americanista medite mucho en lo que pedía Humboldt, de «que algun sabio viajero visite las orillas del Titicaca, el distrito del Callao y las elevadas llanuras de Tiahuanaco, teatro de la antigua civilización americana.» Este Tiahuanaco es el centro de la civilización de los atumrunas, pueblo inmenso subyugado por los Incas.

Las palabras dispersas de una lengua son lo que los restos no desmenuzados del esqueleto. Con un solo hueso reconstruye Cuvier el mundo geológico; con una sola palabra pueden reanudarse los hilos de la existencia de un pueblo desaparecido. Una voz, una partícula, un sonido, muchas veces han sido lo que el

hilo de Ariadna en el laberinto de las razas. El idioma, en síntesis, es la clave segura de todos los misterios, y por eso decía el Dr. Vicente F. Lopez: «el secreto que buscamos está quizá en una letra escondida, como raíz, en el polvo de los sepulcros donde se habló esa lengua: cientos de siglos han pasado sobre ese signo, sobre ese sonido, y es preciso reconducirlo con la paciencia de la hormiga, por las series sucesivas de su remoto enlace con el pasado, hasta hallarle su raíz y su sentido, y, pieza por pieza, es preciso reconstruir con los trozos acumulados en las vastas ruinas de la raza y de su genio, la prueba de que ella se ha hallado ligada al mundo de los vivos, y de qué ha representado su papel en las escenas primitivas de la vida de la civilización y de las tradiciones que forman el punto presente en que respiramos nosotros, llevados también por las espirales de la vorágine.»

La lengua salva, generalmente, del desastre de la raza ó de su muerte, porque no es posible que esta raza no haya tenido contactos políticos ó comerciales con otra, y su lengua no se haya transmitido, aunque sea en parte, á la que le sobrevive, y con quien estuvo relacionada. Y nada importa que esas relaciones no hayan sido amistosas ó que un pueblo con otro no tenga más vinculaciones que la dominación: España, tan rehacia al imperio de la media luna, tan adversaria á la cultura musulmana, no ha podido, con todo, menos de conservar en su idioma infinidad de veces sarracenas, aun las de sus divinidades: la interjección *¡jahlá!* no es otra cosa que la exclamación *¡oh Allah!* Antes que España, Grecia y Roma tienen sus vocabularios empapados en las lenguas orientales, á pesar de la repulsa de los hijos del Lacio y del Atica á estas civilizaciones, con las que han luchado brazo á brazo.

El estudio de los idiomas nativos no es pues, una vana curiosidad, toda vez que con su conocimiento el Eslavo americano quedará apto para convertirse en historiador, porque «las formas gramaticales, mudas é insípidas al parecer, cuando son iluminadas por el gé-

nio de la historia viva, hacen hablar á los pueblos; y ellos mismos en los escombros de la palabra, vienen á revelarnos con una poesia sublime, los secretos de su vida y de su marcha en las peregrinaciones de la historia.»

Al tratar, pues, de la tradición, mitología y dioses nativos, cuando lo crea oportuno, recordaré palabras indígenas, que por si solas son una revelación, y en las exposiciones que haga buscaré el auxilio de la lingüística.

Todos estos estudios de los orígenes no deben hacerse en la historia y tradición del Viejo Mundo, toda vez que lo que al respecto nos trasmite la antigüedad puede no pasar de fábula ó ser alusivo á otros países, como sucede con el Ophir de Salomón, generalmente tomado por los historiadores por la península Ibérica, á pesar de que las especies variadas á que alude la Biblia no pueden haber venido de este solo país por la calidad de los productos. El estudio debe hacerse en América misma, analizando sus civilizaciones y comparándolas con las del viejo continente; y es del parentesco de las voces, dioses, ritos monumentos y costumbres de América con el Asia, especialmente, cómo podemos llegar á saber del origen de las emigraciones de continente á continente y del génesis de la cultura americana.

Este estudio comparativo nos ha llevado á asegurar, sin temores casi, que la civilización asiática, ó más bien las antiguas civilizaciones del orbe conocido, son las germinadoras de las nuestras. La tierra y el cielo, el mar y sol, el viento, el relámpago, los árboles, las serpientes, los seres animados ó inanimados, cuántas divinidades ha adorado la América, al aire libre, bajo las criptas de piedra ó el *Inti-huasi*, adoradas han sido también por los antiguos. En la ritualidad sucede idéntica cosa. En las costumbres, una es pelagga, otra india, otra egipcia. En la vieja arquitectura sucede lo mismo, y monumentos americanos hubo del todo semejantes á los de Java. Y, ¿qué diremos de las misteriosas

vinculaciones de las lenguas nativas con los idiomas de la antigüedad? Y lo que es mas misterioso y sorprendente aún, ¿qué cúmulo de revelaciones no es para los hombres del presente encontrar en los idiomas americanos del pasado, partículas, voces y palabras que tienen el mismo valor, la misma significación que las partículas, voces y palabras de los idiomas vivos que habló la Europa misma? ¿qué no diremos al darnos, no ya con ritualidades semejantes á las gentílicas, sinò con prácticas religiosas del cristianismo, y lo que es aún más asombroso, con el uso de prácticas del catolicismo, con sus misterios y hasta con sus sacramentos?

Yo, francamente, creo que el cristianismo ha sido conocido por las razas aborígenas, sin darme cuenta cómo haya sido propagado en el Continente, haciendo á un lado, como es natural, todo lo que dogmáticamente quiera resolverse sobre este punto, como desde el siglo XVI lo han intentado Montesinos y otros escritores católicos. (1)

Como las tradiciones incásicas son las más completas, la civilización Inca la más adelantada, y como las razas han estado subyugadas á los del Perú, y el idioma de los peruanos se aprendió por nuestros calchaquies, al estudiar la enmarañada y difícil cuestión de los orígenes, voy á referirme con preferencia al Perú, pues todo lo que interesa ò se relaciona con las monarcas del Cuzco, es común, bajo algunos puntos de vista, á nuestros indios, dependientes y tributarios de ellos. A más de esto, hay que observar que es natural que el idioma, fuente principal de los acontecimientos, se conservara en toda época con mayor pureza en la metrópoli que en las colonias ó países conquistados.

La tradición peruana se remonta á muchos siglos atrás de la conquista española. De aquella puede lógicamente deducirse que más de una vez nuestra América ha

(1)—Sobre este tema Ximenez de la Espada ha escrito capítulos admirables, no creyendo en todo cuanto se ha dicho sobre cristianismo pre-colombiano.

sido objeto de invasiones asiáticas ó de hombres venidos de los mares de Occidente.

Es tradición antiquísima de los *amautas* del Perú, y lo repiten sus poetas ó *haravets*, en numerosas leyendas, que vinieron *por mar* cuatro hermanos y hermanas á establecerse en el país, hacia dos *capachautus*, dos *largos soles* ó sea dos mil años: «*y sa ay intipiallis campim cay cay cavia*» Los varones asiáticos son: Ayar Mancatopa, Ayar Cachi Topa, Ayar Toca Topa y Ayar Uchotopa, siendo sus hermanas: Mama-Cora, Hipa Huacum, Mama Huacum y Pilco Acum. Refiere, además, los poetas nativos que el mayor de los varones subió al Huana-cauri, y, tomando una honda, arrojó cuatro piedras á los cuatro vientos, señalando las cuatro partes del mundo, declarándose poseedor de la tierra, á semejanza de lo que hacían los romanos en la época simbólica de su derecho. Añadían que Ayar Uchotopa, el menor, haciendo desaparecer por medios violentos ó misteriosos á sus demás hermanos, se declaró señor del Perú, *Capac*, titulándose *Hijo del Sol*, *Intip-Churin*. Los *amautas* aseguran que este *Capac* es el fundador del Cuzco, cuyas fortificaciones Garcilaso atribuía *al demonio*.

No se debe pasar adelante sin observar que los emperadores de la China también son hijos del sol ó «del Cielo»; que *Magha*, el sabio de la India, lleva el título de «vástago del sol»; que los sacerdotes de Egipto consultaban «el Sol», y que este era el objeto de las supersticiosas investigaciones de los *Amautas* del Perú; que Prometeo encadenado, en su monólogo de imprecación, invoca al sol omnevidente.

La tradición agrega que Uchotopa sucedió á Manco Capac I, fundador de la idolatría peruana; que después de él vienen: Huanacavi-*Pirhua*, (de donde algunos, erradamente, piensan que origina el nombre de Perú), desposado con Mama-Micay; Sinchi Cosque, su hijo; el gran guerrero Inticapac Yupanqui, hasta Manco Capac II, su sucesor.

Tal es la genealogía oriental de los Incas, segun

Montesinos, advirtiendo respecto de Ayar Uchotopa, el primer Capac, que aquel autor asevera que no es otro que un *hijo de Noé*, que de Armenia dirigióse á nuestro continente. Esto de los descendientes de Noé, en América no debe tomarse tan á broma, cuando el buen Garcilaso nos dice que era corriente «que aquellos indios tuvieron noticias de la historia de Noé, de sus tres hijos, mujer y nuera, que fueron cuatro hombres y cuatro mujeres que Dios reservó del diluvio, que son los que dicen en la fábula, y que por la ventana del arca de Noé dijeron los indios la de Paucartampu, y que el hombre poderoso que la primera fábula dice que se apareció en Tiahuanacu, que dicen repartió el mundo en aquellos cuatro hombres, quieren los curiosos que sea Dios que mandó á Noé y á sus tres hijos que poblasen el mundo.» Según Guevara, *Tamanduaré* es el Noé de los guaraníes, quien «tuvo anticipada noticia del futuro diluvio»

Existen, á más de estas, otras tradiciones confusas sobre el origen oriental de los pueblos quichuas y vecinos, tradiciones incompletas para nosotros, por no haber podido penetrar las de *Popol-Vuh*, de *Chimalpopoca* (el perdido), *Bochica* ó *Idacanza* de los Muyscas, *Pay Zumé* de los Guaraníes, *Quetzalcohuatl* de Méjico, y las leyendas del Profeta *Tohotan*, hijo de la serpiente, «corazón del pueblo,» de quien nos habla el Obispo Nuño de la Vega.

Codrero y Filon, en sus «Antigüedades» refieren nos muchas otras tradiciones, relativas á hombres «venidos por la mar»; y Montesinos, ocupándose de este asunto, dice: «Es tradición antigua entre los indios de Quito que por el Sud y por el Septentrion vinieron varias veces *grandes tropas de gentes* tanto por tierra como por mar»; y poblaron las costas del mar Océano, y entrando por la tierra adentro se llenaron estos esparcidos reinos del Perú.»

Muchos otros autores, que me merecen el más profundo respeto, encuentran en América pre-colombiana rastros vivos de las civilizaciones china, india, egipcia,

tártara, griega, mongólica y aún rusa, especialmente en la cultura quichua.

El conde Carli ha señalado grandes semejanzas entre los ritos, las creencias y las costumbres *peruanas* y *chinas*. El Emperador de China, por ejemplo, es «hijo del cielo», y el Inca «es hijo del sol»; tanto aquel como este manejaban el arado una vez al año en presencia del pueblo, en señal de protección á la agricultura; en China, como en el Perú, se señalaban los solsticios y los equinoccios para determinar los periodos de las festividades religiosas. Como los asiáticos, los peruanos contaban el tiempo por lunas.

De la descripción de los viajes de Hoci Shin *Frisang* (que suponen varios la América, y que Klaproth probó en 1831 ser el Japón) se ha pretendido que los mejicanos eran chinos, participando de esta opinión sabios como Paravey, D'Hervey, Neumann, D'Eichthal, etc.

Un otro escritor moderno, M. Ranking, ocupándose del gran *Kan Kublai*, sostiene que el Perú fué conquistado por los mongoles. (1)

Pero, sin duda, con los egipcios es con quienes hay mayor parentesco de civilización, dejándonos sorprendidos la gran similitud que entre una y otra cultura existe. Los Incas, como los Faraones, eran reyes y pontífices; unos y otros en sus grandes medidas de estado ó en sus decisiones políticas, valíanse de arriolos, auriplios y hechiceros; como los sacerdotes egipcios, los Amautas tenían su lengua especial. En los oficios, ritualidad y ceremonias del culto, el parecido es completo. En tiempo de Pirhua Manco ofrecíanse á la divinidad sacrificios de ovejas (de la tierra); los sacerdotes leían en las entrañas de la víctima. Eran los peruanos sabeistas, como los egipcios. Antes de entrar aquellos en guerra, como éstos, consultaban á sus dioses, suministrándonos un ejemplo notable de ello el hijo de Sinchicosque, Inti-Capac Yupanqui al entrar en guerra con

(1)—Ran King escribió 1827, bajo el título de *Historical recherches in the conquest of, Perú, México, etc.*

los Antiguaylas. Tenian, además, templos llenos de ídolos idénticos á los egipcios; conservaban el fuego de los altares; durante el oficio llenaban el templo los coros de vestales. La adoración á la serpiente, que describe Heródoto en Egisto, existia también entre los Incas, y en todas estas regiones calchaquies, y de allí, sin duda, que en grabados de estos indios aparecen serpientes de una ó mas cabezas. La adoración á la serpiente es probable que viene desde Manco Capac II, á estar á los cantares peruanos con motivo de «un leon y una serpiente que querian comerse la luna». En artes, es sabido que los mejicanos tenian la escritura de los geroglíficos, como los egipcios, que solian trazar en las piedras cuando no los escribían en hojas de plátano, á estar al relato de Cotovicto. Otro escritor asevera que en Quino, cerca de Guamanga, hallóse una piedra con escritura geroglífica. Huanacavi Pirhua, como si fuera un famoso médico egipcio, enseñó á los Amautas á embalsamar cadáveres, haciéndole así con el de su padre. A propósito, es ocasión de recordar cuánto se admiraban los españoles al contemplar las momias de los Incas, sentados en sus sillones de oro y plata, conservando sus fisonomias.

En Singnil (Catamarca) se ha hallado un pequeño, perfecto y hermoso *ibis*, color negro reluciente.

De la India hay mucho en el Perú, y en los Andes abundan las fantásticas tradiciones y leyendas del Himalaya.

El hecho de haber observado Lewis Mitchel en Uximal (Méjico) animales de largas trompas en los petroglyfos, y no existiendo fuera del mammoth el elefante en América, ha hecho pensar á más de un arqueólogo que los mejicanos son oriundos de la India ó de Siam.

Algunos sabios filólogos é historiadores, han encontrado en los peruanos usos y costumbres de la Rusia antigua. Los carros indigenas se dice que son los mismos que tenian los rusos, y no falta quien asegure que el maiz, alimento principal de los aborígenes, es

oriundo de la Rusia. Se ha observado, así mismo, la semejanza de los trajes rusos y peruanos.

Los rastros del Asia pueden encontrarse en los nombres mismos de los pueblos ò divinidades. El nombre *Perú* ha sido objeto de muchas investigaciones: unos dicen que viene del Inca *Pirhua* (asiático, según se asevera); Montesinos piensa que el verdadero nombre es *Phiru* ó *Piru*, manifestando que es este el país del oro, el *Peru-cu*, «Perú dorado,» ó sea el Ophir de Salomón; Garcilaso dice que es *Pclú*, «nombre apelativo que significa río en común;» *Perú*, escribe Cieza de Leon, y *Piru*, Ácosta, diciendo que la tierra tiene este nombre porque fué la primer palabra que oyeron de los indios los castellanos al llegar á ella, lo que no es difícil, pues Gomara refiere que el nombre de Yucatan viene de *tectetan*, palabra que aquellos oyeron por vez primera en esa tierra.

Para otros escritores, *Andes*, que según Garcilaso deriva de *anta* (cobre), es una palabra sanscrita que significa *montañas*. Tiahuanaco, ó *Tia-huañuk*, parece nombre de origen polinés, pues en estas islas las esculturas gigantes llámense *Tii*, *Tii-oui*, *Tiipapa*. A propósito, es notable que, tanto en polinés como en araucano, *toki* signifique hacha de piedra.

De las mitologías griega y romana hay notables rastros. *Icona*, es Saturno, «el padre de los dioses;» Juno, la esposa de Jove, es *Chiripia*; Neptuno es *Tlaloc*, «dios de las aguas;» Eolo, es *Estranc*, «dios del aire;» Venus (varón,) es *Tlazoltcutl*, «dios de la lujuria;» Marte, es *Vitcilopuctli*, «dios de la milicia ó del homicio.» Las manchas lunares, en vez de Diana cazando, eran una zorra enamorada de la luna, que había subido á robarla. La *Cora*, quichua, por su tradición, es de mucho parecido á Proserpina; *Con*, quichua, se dice que es *Chon* ó Cadmo, el mito de las colonias griegas; *Supay*, el diablo, parece tener parentesco con *Sepck*, griego.

Todavía nos falta, y lo dejo para luego, comparar el idioma pelasgo con el quichua, llenándose la mente

de la idea de que los primitivos habitantes de Grecia mucho tuvieron que hacer en América.

Entre todas las divinidades peruanas, Viracocha, Huiracocha ó *Huiracocha*, sin duda que es una deidad importantísima, y como tal una verdadera revelación para la historia. La traducción de su nombre parece ser *varón del mar*, «luz que sale del mar», ó «la aurora,» nacida en occidente, en el mar, lo que diría que no se trata de aurora peruana sino asiática.

Pero nada es el nombre de la divinidad sino su tradición como tal en la cosmogonía peruana.

Mucho han hecho los *vira-cocha* en la historia del imperio incásico. La única vez en que un Inca es destronado, Viracocha se apodera del trono. El fantasma Viracocha, según el Inca mismo, «tenía *barbas* en la cara, á diferencia de los indios...y tenía el vestido hasta los piés.» Esta fantasma Viracocha es la causa de la caída de Yahuar Huacac, el príncipe «llora sangre,» y este fantasma que lo tumba fué nunca visto, usaba largas barbas, gastaba larga túnica y apareció de una manera misteriosa.

¿Qué hay con este Huiracocha? ¿quién es este personaje, tan fantástico y tan misteriosamente aparecido, trasformador de todo un orden de cosas? ¿Por qué aquel aparecido, aquella sombra, aquel fantasma, mereció llamarse Dios de los peruanos, y tuvo regio templo? ¿Por qué los indios llaman *viracocha* á los castellanos aparecidos? ¿Por qué Atahualpa, lejos de hacer frente á Francisco Pizarro, extranjero, blanco y barbado, recíbele con sumisión, y le llama Viracocha?

«Los historiadores españoles, escribe Garcilaso, aludiendo al nombre de Viracocha que se daba á los conquistadores, y aún todos ellos, dicen que los indios llamaron así á los españoles, porque pasaron allá *por la mar.*»

Yo no sé quién no pueda ver algo de extraordinario en ese fantasma ó Dios Huiracocha, mucho más cuando se tiene en cuenta la manera cómo esta deidad estuvo representada en su templo del pueblo de Cacha, á

diez y seis leguas al sud de Cuzco. Hè aquí cómo describe Garcilaso la imagen de este Dios, que ocupába el tabernáculo del templo: «Era, dice, un hombre de buena estatura, con una barba larga, de mas de un palmo; los vestidos largos y anchos como túnica ó sotana, llegaban hasta los pies.... La estatua (que era de piedra) semejaba à las imágenes de nuestros bienaventurados Apóstoles, y mas propiamente á la del señor San Bartolomé, porque la pintan con el demonio atado á sus piés como estaba la figura del Inca Viracocha con su animal no conocido.»

Pachacamac ó Pacha-Camac es otro mito importantísimo, y como Huiracocha dicese que es un varón venido *del mar*.

Es esta la oportunidad de tener muy en cuenta la tradición, tan viva y acentuada, de los *hombres barbados* venidos *por mar*.

En esta tradición na la me parece tan notable como los presentimientos de Huayna Capac moribundo. Hombres barbados deberían aparecer en el imperio y dar en tierra con la gran monarquía incásica.

La predicción de Huayna Capac salvó los límites del Perú y era también conocida en Méjico, y de aquí la recepción que los mejicanos hicieron à los españoles (barbados), creyendo aquellos que eran estos los mitos de la tradición incásica.

«En otras relaciones, dice Prescott en su «Historia del Perú,» aceptadas por el vulgo, se refiere que la primera aparición de los blancos en el país, estaba de acuerdo con *antiguas predicciones*, y que coincidió con ocurrencias sobrenaturales que llenaron de pavor á todos los peruanos... Huayna Capac, cuando conoció que iba á morir, convocó á sus grandes dignatarios, y les anunció la destrucción del imperio por esa raza de *extranjeros blancos* y *con barbas*, como el cumplimiento de lo que *habían pronosticado los oráculos*, para despues del reinado del duodécimo Inca.»

Manifiesta el antiguo cronista Cieza de León que á él refirió la predicción de Huayna Capac una noble de la

raza de los incas, quien lo oyó de los labios del monarca.

Muy curiosos son los rastros de civilización latina que pueden encontrarse en el gran imperio quichua, tanto en las leyes y sistema de administración del Estado, como en algunas tradiciones. Admirable es, en este sentido, lo que nos refiere Montesinos de una piedra muy venerada de los Incas, encontrada en Carenque. Tenía dos letras latinas grabadas con perfección, y que él mismo tuvo ocasión de ver con sus propios ojos. «Del pedernal blanco á la pizarra (de la piedra), dice este historiador, sale una cinta que forma estas letras con perfección: A, O,—todo curioso; el que las vé lee al punto *alfa* y *omega*, principio y fin... El Inca tenía en mucha veneración estas piedras. El diablo llevaba delante del cuando caminaba una, haciendo cabriolas.»

Manifesté, así mismo, que en la nación quichua y otras de América, había huellas vivas de civilización judaica; y aunque voy á limitarme á señalar afinidades entre las religiones nativa y judaica, hago intencionalmente uso de la palabra civilización, por que entre los judios la religión absorvía todas las esferas de la vida. (1)

Escritores serios del tiempo de la conquista piensan que Salomón tenía relaciones comerciales con las tribus americanas; otros son de parecer que los judios en tiempo de Vespasiano y Tito invadieron nuestro continente. Lo cierto es que hay tradiciones sobre los contactos de aquel pueblo con las razas americanas.

En la parte norte de América meridional, *Ataherzic*, *Jouskeka*, *Tohovitsaron* y *Massu*, la generadora y madre todos los hombres, el hermano fratricida y el asesinado, el patriarca del diluvio, no parece sinó que son Eva, Abel, Cain y Noé. Los Incas tienen su diluvio: Ondegardo y Acosta lo refieren, relatándonos este último de cómo se volvió á poblar la tierra. Córdoba y Figueroa

(1)—Son la identidad de israelitas é indios americanos. Jorge Joes ha escrito una obra titulada *Identity of the aborigines of América with the people of Tirus and Israel*. Esta escuela americano—judia ha tenido por último propagador á Kingsborough.

ha escrito la tradición chilena del diluvio. (1) Ya di cuenta de lo que Guevara nos dice del diluvio guaraní.

Cielo é infierno conocian los americanos; y en el centro del averno, como Dante á Satanàs, colcaban á Çupay. Los sacerdotes americanos, como los profetas, hablaban de un modo parabólico.

No puede pensarse que sea coincidencia puramente casual darnos entre las tribus aborígenes con nombres de cacique, como *Jonaiso*, *Jonasetel*, *Jonapain*, del profeta Jonás; ni mucho menos que hayan existido otros á este tenor, menos desfigurados, si hemos de dar crédito á D. José de Sosa y Lima en sus recientes estudios, quien añade «entre los CALCHAQUÍES existían los nombres de *David*, *Sanson*, *Salomón*, *Enoc*, por *Enoc*» (2)

Pachacamac es el Jehovah americano. Es este el hacedor del mundo «que hace con el universo lo que el ánima con el cuerpo.» «Esta verdad que voy diciendo, escribe el Inca Garcilaso, que los indios rastrearon con este nombre, y se lo dieron al verdadero Dios nuestro, lo testificó el demonio, mal que le pesó, aunque en su favor como padre de mentiras, diciendo verdad disfrazada con mentira ó mentira disfrazada con verdad que luego que vió predicarse nuestro evangelio, y vió que se bautizaban los indios, dijo á algunos familiares suyos, en el valle que hoy llaman Pachacamac, que el Dios de los españoles predicaban y él era todo uno.» Hablando de Pachacamac, antes que Garcilaso, dijo Cieza; «el nombre de este demonio queria decir hacedor del mundo, porque *Cama* es hacedor y *Pacha* mundo.»

Montesinos, al escribir con tanta atrayente fantasía sobre Ophir, que para él es el *Picuru* ó *Pirucu* (Perú dorado) manifiesta que la tierra prodigiosa en riqueza del rey sabio fué esta, «y fué por lo que ase-

(1)—HISTORIA DE CHILE (1492—1717)—COLEC. DE HISTORIADORES DE CHILE, Tom. II.

(2)—*Carta de D. I. de Sosa y Lima al Presb. José Salusti* (REVISTA DE LA BIBLIOTECA, Tom.º I, N.º. 3.)

mejó Salomón á la esposa á esta dorada tierra. Vió la mucha cantidad que de aquí le llevaban y le quiso dar esta semejanza misteriosa.»

Genebrardo opina que las naves de Salomón visitaban frecuentemente nuestros mares y grandes rios; y es aludiendo á ellas y al tiempo que tardarian en hacer el viaje, que dice: «Si hubiera solo de ir al Brasil y volver, solo les bastaria uno (año)» El mismo Montesino, refiriéndose á estas naves, dice: «El principal puerto era rio Amazonas ó Para, habiendo tocado antes y dejado algun navio en el Marañon. Los de Salomón tenian por aquellas provincias sus tratados, y en lo interior recogian el oro y otros géneros. La laguna de Maracaibo, nombre propio y natural, tiene algunos indicios de haber llegado á ella los de Salomón.» Es de advertir de paso que Herrera, el gran cronista, asegura que los indios regalaron oro á los españoles, pesándolo en *balanzas*, «de las que todas partes dexarian los de Salomón,» como lo repite Pedro Simon, en su «Historia de tierra firme.»

Algunos escritores, por fin, han tomado á Huiracocha por el Dios de los judios.

Reunidos todos estos datos, por más aventurada que parezca la invasión judaica á nuestra América, no puede negarse, á lo menos, la coincidencia de numerosas creencias, de ritos y de tradiciones judaicas y americanas, y que tanto por su multiplicidad como por su similitud, nos vemos arrastrados á creer, en último caso, que el cristianismo, y según algunos el catolicismo, conocidos en el Continente antes del descubrimiento de Colón, han propagado los ritos y tradiciones hebraicas, toda vez que el antiguo testamento es la base fundamental de la religión del crucificado. De esta manera, lo que en América parece ser tradición hebraica, no será sinó tradición cristiana ó católica, y posible es que los americanos haya tenido idea de la ritualidad y creencias judaicas el día en que la Cruz pisó por vez primera las playas americanas, y en que el nombre sublime de Cristo fuera pronunciado en esta tierra, co-

mo la palabra ó el verbo del génesis de sus destinos futuros.

De los más antiguos à los más modernos escritores, entre los que puede citarse tantos, como Lopez de Gomara, Valera, Zárate, Roman, Garcilaso, Montesinos, Cieza, de Leon, Guevara, Lozano, Montejo, Remesal, Rivadeneira, Buturini. Becerra, Sigüenza, Mier y Noriega, Nicoll de la Croix, Campa, Prescott y tantos otros, está arraigada la convicción de que el cristianismo fué traído à América por el oleage de los mares, diluyéndose poco à poco con los siglos en los torrentes de las creencias nativas, à las que, con la idolatria y superstición por bases, tenia que reñir en la más cruda lid.

El célebre cura Mier y Noriega, ocupándose de la tradición de los indios sobre los *hombres barbados*, de que ya he dado cuenta, decia que las tribus indigenas recordaban «que un hombre venerable, barbado, blanco, pelo y barba largos, con un báculo en la mano, predicó en América la ley santa y el ayuno de cuarenta días, y levantó cruces que los indios adoraban, y les anunció que vendrian del oriente hombres de la misma religión à enseñarlos y dominarlos;» y aludiendo à este mismo punto, Sosa y Lima, en carta reciente à D. José Salusti, decia que «ello es un hecho tan constante en todas las historias que han escrito los españoles, no menos que en los geroglíficos mejicanos, y quipus peruanos, que es necesario creerlos ó entregarse à un ciego pirronismo.» (1)

Respecto del venerable barbado, que predicó en América, los católicos discuten, à mi juicio sin base real y positiva alguna, si fué Santo Tomás ò Thome, ó San Bartolomé el apostol. de la predicación. Piedrahita, el historiador de los Muyscas, decidese por este último, lo mismo que Garcilaso, quien describiendo la estatua de Huiracocha, dice: «La estatua semejava à las imàgenes de nuestros bienaventurados Apóstoles y

(1)--CARTA de D. I. Sosa y Lima, cit.

mas propiamente á la del señor San Bartolomé, porque la pintan con el demonio atado á sus pies como estaba la figura del Inca Viracocha con su animal no conocido.» El P. Lozano, al revés, se decide por el apostol Santo Thome, y entre otras cosas interesantísimas escribe el historiador jesuita, que en Chachapoyas «se vé una piedra muy grade, alta mas de un estado y ancha más de seis varas, en cuya planicie están estampados dos piés juntos de á catorce puntos cada uno; delante de estas huellas, se registran dos concavidades, en cada una de las cuales cabe una rodilla que demuestran se incaba allí el Santo á orar, juntas y levantadas las manos al cielo, para lo cual soltaba el bordon ó báculo que seria de dos varas de largo, y tambien quedó impreso á un lado en la misma peña.» En 1552 el padre Manuel de Nóbrega, hablando de este asunto, escribia: «Tienen noticia los naturales brasiles de santo Tomé, á quien llaman *Pay Zumé*, y es tradición recibida de sus mayores que anduvo por estas regiones y las huellas de este santo apóstol, dicen verse junto á un rio.» El célebre don Francisco de Alfaro contaba tambien de esta tradición que existia entre los indios del santo predicador: *Pay Zumé*, el cual habia venido del Paraguay. Nuestro famoso P. Techo es tambien partidario de esta idea.

Lo cierto es que este extraño personaje barbado, que vestia larga túnica y caminaba con el báculo en la mano, este Pay Zumé de los brasileños, es en Méjico, *Quetzalcoatl*, *Huiracocha* en el Perú. *Bochica* ó *Idacanza* entre los muyscas, y *Equiara* en otras tribus.

Ahora, respecto á las cruces que habla el cura Mier, Montesinos confirma su existencia, entre la ciudad de Lima y el pueblo de Canta, camino de Cuenca á Rio-Bamba, donde «hay formadas cruces que parecen hechas á propósito». «Tuvieron los reyes Incas en el Cuzco, dice Garcilaso, una cruz de marmol fino de color blanco y encarnado que llaman jaspe cristiano.... yo la dejé el año de mil y quinientos y setenta en la sacristia de la iglesia catedral de aquella ciudad.... La cruz era

cuadrada, tan ancha como larga, tendria de largo tres cuartas de vara tres dedos de ancho y casi tanto de grueso..... No adoraban en ella mas de que la tenian en veneración». Cruces, y cruces veneradas, hubo en Casumel y Yucatán. En Cumaná adoraban «con ceremonias de gran devoción á la santa cruz». Gregorio Garcia cuenta de una cruz venerada en Guatulco, que la habia dado Santo Tomé. Según Fernandez, los candidatos á Inca vestian una camisa blanca «con cosa que se asemejaba à una cruz bordada en el pecho.» En nuestro Calchaquí yo no sé que haya tradición alguna de cruces veneradas por los naturales, y de aquí se dice que los apóstoles no predicaron en esta nación. Sin embargo, conviene hacer notar que hase descubierto en Santa Maria, Belen y Adalgalá, muchas tinajas con hermosísimas cruces, las cuales han sido remitidas al Museo de la Plata, de las que haré mención à su tiempo, y que en mi excursión á Tinogasta encontré tinajas con cruces rojas y negras.

En esto de la Cruz, nada habrá tan notable como el grupo de la Cruz en el famoso templo de Palenque. La cruz está perfectamente grabada en la roca, lo mismo que personas humanas á su lado, trayéndole ofrendas. Para mayor coincidencia, encima de la Cruz está un gallo, que cualquiera tomaría por el de la pasión.

La idea de Jesucristo, el Redentor, asegúrase haber existido en las tribus americanas. Escritores respetables opinan que *Méjico*, *Meschico* ó *Mecchico*, quiere decir Cristo, *ungido*. Según Cieza de Leon, *Yupanqui* significa «rico en todas las virtudes;» *Capac*, según Gardilaso, es «rico de ánimo, de mansedumbre, piedad, clemencia, liberalidad y justicia.» *Theotlatal*, es el «coronado de espínas», así como *Theohuitinahuac* el «hijo de madre virgen,» una de las personas de la *Trinidad* americana; y respecto á esta última un antiguo escritor dice que en Chuquisaca se adoraba à *Tangatanga*, (1) y «que

(1)—Sobre *Tangatanga* nada se ha escrito como el artículo al respecto de Ambrosetti, describiendo el fetiche de la Trinidad Calchaquí, (BOLETIN DEL INST. GEOGR.) Tom. XVII, Nos. 7 á 9, pág. 454.)

los indios decían que en uno eran tres y en tres uno.» Pedro Martín y el Obispo de Cchiapa aseguran que los indios de esta jurisdicción «tuvieron noticia de la Santísima Trinidad y de la Encarnación de nuestro Señor.»

Algunos antiguos escritores como Blas Valera y otros muy poco respetables dicen que *Icona*, *Bacab* y *Estrauc* son Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; que *Bacab*, muerto por *Eopuco*, es Cristo muerto por Pilatos; que *Chiripia* es María Santísima, á todo lo que Garcilaso dice: «son todas invenciones y ficciones de algunos españoles que los naturales totalmente lo ignoran»

Parece que los amautas del Perú tuvieron exacto conocimiento del alma y de la resurrección de la carne. Tuvieron, dice un viejo escritor, los Incas amautas que el hombre era compuesto de cuerpo y *ánima* y que el *ánima* era espíritu inmortal, y que el cuerpo era hecho de tierra por que le veía convertirse en ella y así le llamaban *Allpacamasca*, que quiere decir *tierra animada*.» Respecto á la resurrección de la carne y su unión al espíritu en el juicio final, bástanos recordar lo que cuentan Lozano y Garcilaso cuando los castellanos abrían las huacas en busca de tesoros, ó como dice el viejo Lopez de Gomara: «cuando españoles abrían estas sepulturas y desparcían sus huesos, les rogaban los indios que no lo hiciesen, porque juntos estuviesen al resucitar: bien creen la resurrección de los cuerpos y en la inmortalidad de las almas»

Estas mismas creencias, ceremonias y ritualidades en América, han hecho pensar á muchos en la existencia del catolicismo. Parece que la *confesión* y la *comunión* entraban á formar parte de los sacramentos americanos, como, así mismo, á estar á lo que refiere el Padre Acosta, «los demás sacramentos instituidos por N. S. J. C. y que usa la Iglesia,» pues que «Satanás no sólo pacificaba en idolatría y sacrificios sino también en ciertas ceremonias.»

Otras analogías pueden hallarse en la institución de los conventos americanos, formados de jóvenes doncellas para atender el culto, bajo la dirección de las viejas *mamaconas*; lo mismo la «distribución del pan y el

vino» en la gran festividad en honor de Raymi, durante la cual habia grandes bailes, orgias y sacrificios; las prácticas de la confesión y la penitencia, aunque en una forma irregular, etc.

Estos vestigios, no obstante, no creo que pueden servir de fundamento sério para sostener que el catolicismo fuera conocido y practicado, aunque sea en parte, por las tribus americanas, antes del descubrimiento. Lo que hay es que los sacerdotes católicos, pretendiendo demostrar la universalidad de la religión, buscaban parentesco obligado entre las prácticas católicas y las indígenas, y los creyentes cronistas, siempre dispuestos á ayudarles en la obra, dirían lo que no era cierto, siempre que la fé sacara de ello algún provecho. Así lo dice Garcilaso mismo.

No parece, á mi juicio, suceder otro tanto con el cristianismo, propiamente dicho.

Basta, para no pecar tanto de difuso, lo que me perdonará el lector, con lo apuntado hasta aquí en la difícil cuestión de los orígenes ó de los asuntos directamente vinculados con ella. Dejo mucho á un lado, por considerarlo de segundo orden ó porque solo serviría más bien para corroborar lo que en páginas anteriores he dicho.

Ahora paso á ocuparme ligeramente del material que la lengua, especialmente la quichua, nos suministra, siguiendo las huellas que en materia de asuntos de lingüística americana nos ha dejado trazadas el filólogo argentino Dr. Vicente F. Lopez. (1)

Ya hemos tenido ocasión de ver las interpretaciones á que se prestan las palabras *Píru*, *Pírucu* ó *Péru*, que en esta última forma, segun se asevera, significaría en sanscrito «montañas de oriente» ó «doradas por el Sol»; la revelación que nos suministran las palabras *Huirá-*

(1) Interesante es el "Estudio Filológico de los Idiomas de los Antiguos Incas del Perú," por Agustín Matienzo (Buenos Aires—1895), á quien tambien seguiré en lo relativo á comparaciones con el hebreo y sanscrito.

cocha ó *Huiracocha* y *Pachacamac*, *Andes*, que en sanscrito es «montaña;» *Con*, que parece *Chom*, griego, y otras.

Inca, gefe de estado, es *ina*, *inaca* en el sanscrito, con la significación también de gefe ó príncipe. Y ya que hablo de Inca, diré que el nombre de uno de ellos, *Atahualpa*, ó *Atta-hua-lp*, tiene, así mismo, fácil traducción en el sanscrito, pues según la autorizada opinión de nuestro Dr. Larsen, en este idioma es *atta*, «hijo de Buda», *hya*, «sacrificio» y *pa*, «gefe», lo que daría: *Ai-tahyalpa*, «gefe del sacrificio de los hijos de Buda», es decir: Rey-Pontífice, como efectivamente eran los Incas. (1)

Respecto de los *quipos* ó *kauipos*, como debiera escribirse en quichua, Pichard refiere que uno de los emperadores chinos inventó los *kaupa*, ó cuerdas con nudos, como medio de conservar la historia, antes de los geroglíficos.

El nombre mismo del idioma peruano, el *kechua* ó *kyshua*, se dice ser el *kysk-ahuas* de las razas turánicas y fenicias. Es oportuno advertir que el Dr. Lopez, sosteniendo que los quichuas son los pelasgos mismos, hace derivar la voz *quichua* ó *kechua* de tres raíces griegas: *gé*, tierra; *ies*, forma dórica del indicativo de *eimi*; *yios*, hijo, raza, lo que daría: *Geusyios*, «hijo de la tierra indígena», explicando en seguida cómo el *gé* se convierte en *ke*.

Sosteniendo este orden de ideas, este mismo filólogo dice en otra parte: «El idioma *kechua* es el idioma griego.....El vocabulario de los *kechuas*, de estas tribus tan antiguas como célebres, al pié de los Andes, se traduce todo entero y se explica por el vocabulario de la lengua famosa en que cantó Homero.»

Estas afirmaciones, de suyo tan aventuradas, han sido recibidas con aplauso, no obstante, permitiéndome con el Dr. Larsen, criticar la confusión que se hace entre griego y pelasgo.

Lopez sostiene que en el quichua hay raíces *arianas* y Van Rudolf Falb que las hay *semiticas* en

(1) REVISTA DE BUENOS AIRES, VI.

los idiomas quichua y aimará, con sus conjugaciones por *inflexión*, de modo que pueden estos idiomas ser mixtos, como clasificaba Fr. Lenormant al *schlewi*, si fuese efectivo lo que uno y otro sostienen. Conto de Magalhaes, en Brasil, reconoce el origen *ariano* de los *tupys*. (1)

A todo esto hay que añadir la coincidencia de opiniones con Pockoke y Humboldt, quienes, como aquellos, sostienen las grandes analogías del quichua y el sanscrito, siendo éste, como se sabe, fuente del pelasgo.

Las palabras principales del idioma: Perú, Andes, Inca, Atahualpa. etc., son sanscrito puro. Aún en las palabras más vulgares, como *china*, de la raíz *chin*, que es el *skid* sanscrito, las analogías se repiten con rara profusión. Entre los nombres numerales quichuas, el *huc* (uno) es el *chac*, sanscrito, el *pitcha* (cinco) es equivalente al *pencka*, etc.

Sé que el Padre Mossi ha dejado inédita una obra de comparación de quichua y hebreo, que será sin duda toda una revelación. Y á la verdad que el contacto de los dos idiomas es todo una singularidad. Van, al acaso, estos ejemplos:

QUICH. <i>minua</i> (querer)	HEBR. <i>min</i> (reflexionar)
« <i>chay</i> (persona)	« <i>chay</i> (ser viviente)
« <i>auki</i> (padre)	« <i>av</i> (padre)
« <i>mayu</i> (rio)	« <i>mayin</i> (rio)
« <i>hara</i> (falda de cerro)	« <i>har</i> (montaña)
« <i>yacu</i> (agua)	« <i>yam</i> (mar)
« <i>kelka</i> (escribir)	« <i>kethav</i> (escritura)
« <i>khata</i> (cubrir)	« <i>khatah</i> (cubrir)
« <i>samana</i> (descanso)	« <i>saman</i> (tiempo de fiesta)
« <i>qala</i> (sin vegetación)	« <i>qalah</i> (despreciable)
« <i>ristcha</i> (memoria)	« <i>resch</i> (cabeza)
« <i>zara</i> (grano)	« <i>zarakh</i> (semilla)

(1) Silvio Romero (*Etnografía Brasileira*) y José Verissimo (*Relación de los Tupys-Guaranyes*), combaten á Magalhaes y Barbosa.

« <i>khona</i> (murmurar)	« <i>lhonah</i> (responder)
« <i>chama</i> (felicidad)	« <i>schamch</i> (regocijo)
« <i>qana</i> (encender)	« <i>qana</i> (brillar)
« <i>chana</i> (época)	« <i>schana</i> (año)
« <i>taka</i> (machucar)	« <i>daka</i> (maclucar)
« <i>tchata</i> (acusar)	« <i>schatan</i> (perseguir (etc., etc.))

Aparte de los ejemplos antes citados, hay mucho en el quichua y aimará del sanscrito; y, para no fatigar al lector, tomo algunos ejemplos de la obra de Matienzo, antes citada: (1)

QUICH.	<i>nāvi</i> (ojo)	SANSCR.	<i>navi</i> (ojo)
«	<i>wairi</i> (viento)	«	<i>vaiti</i> (viento)
«	<i>puri</i> (caminar)	«	<i>pari</i> (estar apresurado)
«	<i>niri</i> (dar órdenes)	«	<i>ni</i> (dirijir)
«	<i>naqa</i> (matar)	«	<i>nakus</i> (cadáver)
«	<i>puichau</i> (día)	«	<i>pushan</i> (el sol)
«	<i>sumak</i> (bueno)	«	<i>sumanas</i> (benevolente)
«	<i>mayu</i> (río)	«	<i>mayya</i> (sumergirse)
«	<i>tupa</i> (chocar)	«	<i>tup</i> (golpear)
«	<i>liri</i> (herir)	«	<i>tur</i> (herir)
«	<i>wata</i> (año)	«	<i>yatu</i> (tiempo)
«	<i>tripi</i> (alcanzar)	«	<i>tur</i> (alcanzar)
«	<i>llalli</i> (vencer)	«	<i>yay</i> (vencer)
«	<i>pis</i> (también)	«	<i>api</i> (también)
«	<i>wira</i> (robusto)	«	<i>vir</i> (fuerte)
«	<i>siri</i> (acostar)	«	<i>sí</i> (reposar)
«	<i>upi</i> (beber)	«	<i>pi</i> (beber)
«	<i>asi</i> (reir)	«	<i>has</i> (reir)
«	<i>tata</i> (padre)	«	<i>tâtas</i> (protector)
«	<i>saya</i> (parar)	«	<i>sad</i> (sentarse)
«	<i>unu</i> (agua)	«	<i>und</i> (inundar)
«	<i>tusu</i> (bailar)	«	<i>tus</i> (regocijarse)

(1) Cap. VI— "Aproximaciones para indagar la etimología" Fr. Le-normand (*Histoire ancienne de l'Orient*, Von Rudolf Falh. (*Die Aendes Sprachen*, Renan (*De l'origine du langage*), etc., le han servido de guía en estos asuntos.

A más de esto, hállanse analogías completas entre el quichua y otros antiguos idiomas. Comenzando por el sonido mismo de las letras y la pronunciación quichua, no hay duda de los contactos de esta lengua con los idiomas antiguos de China, India, Egipto, Fenicia, Grecia, Etruria romana y Polinesia, así como con los más modernos. Tenemos por jemplo, que la *a* se pronuncia como el *ai*, griego; la *b* ó *v* á veces como el *wu*; la *h* tiene también, á menudo, la aspiración de la *yain*, hebreo-árabe, como la *j*; la *k*, es la *kappa* greco-latina; *sk*, sanscrito, es semejante al *cs*, quichua; *qa*, quichua, es muy parecido al *khi*, griego, y así generalmente sucede con la pronunciación de las demás letras, flexiones, particulas, silabas ó raices; y para no hacer más citas respecto de estas últimas, tenemos, por ejemplo, que la raíz quichua *phi* parece latina, griega y brahamánica; *wau*, *ina*, *manta*, son á la vez latinas, con pequeñas modificaciones, como sucede con el *inu*, que es semejante al *enim* latino, y con el *manta*, que se asegura equivaler al *mente*. La flexión *ta*, quichua, dícese ser la misma de los idiomas antiguos.

Todo este conjunto de revelaciones descubre la filología, por lo cual su estudio se hace interesantísimo, aplicado á nuestros idiomas antiguos.

Es verdaderamente atrayente é ingenioso el ya mentado descubrimiento filológico del Dr. Lopez, de la semejanza de los números quichuas con los de los idiomas antiguos, de los cuales, para no fatigar al lector, citaré algunos. El *huc*, (uno), quichua, es el *ne* kamítico, el *ukt* de Laponia, el *hek* de Java, el *ekae* sanscrito, el *cichcia* hebreo, el griego *eus*, el pelvio *ekked*, el zenda *eve*. El *kimza* (tres) y el *tawa* (cuatro), son raices de idiomas indo-europeos. El *picheca* (cinco) es *pente* en los griegos, *pickk* en la India, etc., etc.

Es también por demás singular el parecido, y casi la identidad, entre muchas de las palabras quichuas de nuestros indios y de los vocabularios de lenguas vivas de Europa, tanto por la manera de escribirse, cuanto

por la significación. *Huasi* (casa, en quichua) es *house* en inglés y *haus* en alemán; *mama*, quichua, es *madre, mater, mother*; *yaman* (unir) es *gamba* (unión, en italiano) y *jambe* en francés; *kauchay* (alumbrar) es semejante á *chandelle*, francés; *lloqay* (montar) es *jockey* (cabalgar) en inglés. Papá, según Prescott, es en algunos idiomas un sacerdote de alta gerarquía, ó gefe religioso, semejante en significación al *papa* castellano, gefe de familia. En nuestra misma palabra *Catamarca*, con que designamos la Provincia, el *marca* es *mark*, campo, del antiguo alemán. Es de advertir, de paso, que *cata*, en hebreo es *kata* ó *qatan*, y significa pequeño, y de aquí que en nuestra escuela de franciscanos se enseña hasta hoy el *catón* ó *pequeño* libro, según el padre Mossi, de Santiago del Estero, ya fallecido. [1]

Todo este conjunto de datos que acabo de suministrar, así como muchos otros; el parecido de la mitología quichua con la asiática y griega; las revelaciones del idioma nativo; lo parecido, y aún la identidad en los ritos, monumentos, hábitos y costumbres, todo, repito, nos lleva como de la mano á asegurar que antes del descubrimiento del inmortal genovés, nuestra América fue objeto de emigraciones del Viejo Mundo y visitantes asiáticos, que especialmente han pisado su suelo, dejando indelebles rastros, sobre todo en la América Meridional.

(1) Mossi, *Gramática quichua*, II

LIBRO PRIMERO

•••••

- V. Importancia de la historia y geografía catamarcanas—Valles Calchaquinos—Resena de las fundaciones—El verdadero Tucumán—VI. Orígenes calchaquinos—La raza de la montaña—VII. Rastros araucúnicos—Comparaciones filológicas—Posibilidad de una irrupción araucónica—VIII. Las lenguas extintas—Kakan y araucano—IX. Lule y Tonocote—El Lule de Machoni, no es el Lule de Tucumán—Opiniones de Lafone Quevedo—La verdad lingüística—X. Lengua keshua—Su estructura artística—Formas gramaticales—XI. Las *naciones* tucumanas—Calchaquies—Diaguitas y Xuries—XII. Nombres de lugares—Su importancia—Inconveniencia de los cambios de nombres—XIII. La historia de las razas—Una opinión de Sarmiento—XIV. La montaña y el genio de la raza—El Ambato y Anconquija.

— — —

V

He dedicado parte no despreciable de mi tiempo al estudio de la vida y la muerte de las razas, especialmente la calchaquí, que habitaron las montañas de estos países andinos del Norte de la República.

El trabajo ha sido más que penoso, porque del pasado solo quedan fragmentos truncos, y obra paciente es la de reconstrucción. Sin embargo, visible está aún el rastro de la planta calchaquí en la clásica tierra catamarcana, sobre todo, centro de la vida y la

cultura nativas, así como panteón inmenso de la raza, casi extinguida en la misma generación de origen que le sobrevive, por la fusión y consiguientes transformaciones en el período de la colonia, en que los tipos se cruzan, hasta producir ese nuevo elemento *criollo*, tan curioso de ser estudiado por más de un motivo.

Que todo haya sido calchaquí, ó lo fuera parte pequeña ó insignificante en esta cultura tan vasta, tan variada y á la vez tan típica, no es el tema oportuno, reservándome hablar de ello en otros lugares, á medida que suministren el tema la hilación de los sucesos ó las cosas.

Es en esa larga dilatación y sucesión de valles, del Famatina á los confines occidentales de Salta, y aún Jujuy, en donde con especialidad puede reconocerse la planta de la raza extinta; en donde á veces se escucha algo de su tradición olvidada, aunque con la fantasía con que el tiempo viste en el presente los sucesos del pasado; en donde se ven, por acá, por allá, los restos de sus pueblos, de sus fortalezas, de sus murallas de defensa, de sus caminos militares, de sus panteones.

Pero lo más interesante de todo lo relativo á antigüedades, arqueología y sucesos, tanto del Tucumán de los Incas, cuanto del Tucumán de la conquista castellana,—es la región catamarcana, desde las caídas y valles de Pomán (*Puma-an*), Abaucán y Tinogasta, hasta el pueblo en ruinas de Quilmes, ya dentro de lo que actualmente constituye la jurisdicción de dominio de San Miguel. El valle de Yocavil (*Yoca-huill*) ó valle santamariano, es el verdadero «valle calchaquí» de la conquista, en la acepción estricta de la palabra geográfica, por más que igual denominación se hiciese extensiva á los otros valles contiguos del Norte y especialmente del Sud. En seguida, el nombre de «valles calchaquíes» cuadra especialmente á los valles de Andalgalá, Famaifil (Belén) Abaucán y Tinogasta, lo que se ha de establecer más claramente cuando se trate de la extensión y límites de Calchaquí, debiendo desde ya adelantar que nada tenemos que hacer con los titulados

Valles Calchaquíes de Salta, á los que es necesario olvidar al tratarse de la ubicación geográfica de los acontecimientos históricos del Tucumán.

Relativamente pocas investigaciones, dada la magnitud del material arqueológico ó histórico, se han hecho aún en esas dilatadas comarcas; y este trabajo, en el cual la materia es desenvuelta hasta donde dan los propios conocimientos del autor, seguido al de ensayos valiosos de algunos hombres de ciencia, no es otra cosa que una tentativa de estudio de esa raza típica, que ha desempeñado tan alto papel en la historia de los heroísmos humanos, pues como ninguna de sus hermanas de América, ha defendido palmo á palmo su tierra, como si en sus propias fuerzas de vitalidad y en sus energías étnicas tuviera algo de las montañas en donde creció, y como si á los defensores clásicos del suelo de sus mayores se les hubiere ofrecido con sus guerreros de *Antis*, como *Ollantay* ante el soberano, con el *champi* ó alabarda y la *mascupaicha*, exclamando: «Sapa Inca: tengo el alto honor de presentaros y poner a vuestros piés el contingente de bravos *antis* que habeis mandado se apresten para la presente campaña.»

Los estudios del americanista señor Samuel Lafone Quevedo, aunque parciales, y las excursiones arqueológicas á los valles Calchaquíes, bajo la dirección de Juan B. Ambrossetti y del Dr. Francisco P. Moreno, con las colecciones del Museo, de la Plata, y Nacional, tanto de alfarerías como de cráneos, son en la época contemporánea, aparte de colecciones particulares, como la mía, los más valiosos contingentes que se nos ofrecen á los que estudiamos los tesoros de la historia ante-colonial y las antigüedades de nuestras montañas.

He dicho, y lo repito nuevamente, que nada hay que se compare, siquiera, en importancia, á los valles del Oeste de Catamarca. Allí pueden aún admirarse los pueblos indígenas, y allí se levantaban también las fundaciones primeras de la estrategia castellana, los

Bare), los Londres, las fábricas de Andalgalá, Pantano, etc. Es allí donde se ve en su plenitud las nativas construcciones, sin rival en otros valles. Poman, que también albergó á la ciudad portátil de Londres, cuenta con ruinas históricas, y á unas cuadras de Saquil (*Saquil*) se ven las diseminadas ruinas de lo que hoy denominan la *Chudarcilla*, pueblo indígena de importancia. No está muy distante *Tucumanayo*, más allá, en el desierto, que mucho dará aún qué hablar. Los valles de Tinogasta y Abaucera, al occidentente, ofrecen, así mismo, valiosas riquezas arqueológicas: siempre llamará la atención la renombrada fortaleza de la Troya, en posición tan estratégica, antiguamente denominada Batungasta (*Watum-gasta*), con su extenso pueblo al pié sus reductos y torres cilíndricas de barro y paja, como las consistentes casas que trabaja el hornero. Los viejos valles de Panajil presentan á la cerámica indígena espléndidas alfarerías, y en sus derruidos hornos fundiase el metal que desmenuzaba el pesado *maray* de piedra. Andalgalá, con la doble magstad del desierto y del Anconpuja, parece, por muchos indicios reveladores, que fué en siglo de la conquista peruana la metrópoli local, tanto más si tiene en cuenta que en la célebre antiplanicie se elevan las magestuosas ruinas del *Pukara del Inca*, que como construcción arqueológica no tiene rival, y que es necesario contemplarla con detenimiento y criterio militar para asombrarle, con sus macizas murallas de piedra (*pirkas*) y líneas de defensa, sus reductos y fuertes, elevándose como una atalaya de la guerra á la entrada de Calchaquí y á las puertas del amplio y hermoso campo del Pucará, en posición mas estratégica respecto a las demás fortalezas indígenas que he visitado. El Campo del Arenal, con su desierto y sus médanos, es, no obstante, de importancia hacia las faldas de la montaña: la extensión de huacas y pircas es considerable, encontrándose de estas últimas algunas que mide 4 m, 10 de ancho, y de alto hasta 8 m. 50. La región santamariana es la más importante de todas por

sus reliquias arqueológicas. Desde que se llega á Punta de Balasto ya tiene que hacerse con ruinas, pues una antiquísima fortaleza elevase en la cima de la montaña: es una especie de centinela á la puerta de los valles de Yocavil. Andalguala es notable por los centenares de alfarerías que ha suministrado al Museo de La Plata, especialmente durante la renombrada expedición Methefessel. San José, así mismo, es rico en antigüedades, particularmente hácia el Noroeste, á corta distancia, donde se encuentra un *pueblo* indígena sobre una colina, el que consta de algunas decenas de casas y pircas sólidamente construidas, de piedra tallada algunas de ellas, al parecer. El *Fuerte Quemado*, las fortalezas de Cerro Pintado, y cuánto oportunamente se detallará, hacen famosas estas secciones calchaquinas.

Verdad es, también, que en otras regiones, más allá de la Provincia de Catamarca, hay inapreciables riquezas arqueológicas: el pueblo de Quilmes, al que dedicaré un capítulo especial al tratar de la resistencia de sus bravos hijos, es una gran fundación indígena; y tienen, además, importancia: Amaicha, no lejos de aquel lugar, los Cardones, el valle del Cajón, en el cual son notables las pircas de La Hollada. No debe pasarse por alto, en la Provincia de Catamarca, el pueblo de Huasamayo con sus setenta casuchas. Tolombón, en territorio salteño, es renombrado, tanto por la participación que tomaron sus indios en la guerra de la conquista, cuanto por la riqueza de sus alfarerías. Cafayate, hoy pintoresco pueblo cubierto de viñedos, ha suministrado, así mismo, bellas antigüedades á los estantes de los Museos: llaman la atención sus petroglyphos sobre rocas verticales, lo que hace decir al explorador Dr. Herman de Ten Kate: «el carácter de la localidad me hace suponer que allí también había en los tiempos pasados una caverna de sacrificio, al estilo de pueblos antiguos y modernos, y que estas petrografías constituyen como las de Chapí (Cajon), rituales.» La quebrada de Escoipe ha de

figurar en la historia por más de un motivo. Son bastante buenas las pircas de Hurvina.

Si en el suelo catamarcano son notables sus fortalezas, pueblos indígenas y demás restos arqueológicos, así como sus alfarerías, objetos de cobre, y piedra, hueso, ó ya sus huacas, que tanto están dando qué hacer á la antropología, no menos notables son sus recuerdos históricos de tiempo de la conquista, aún desde el descubrimiento de Diego de Roxas, pero muy en especial desde Juan Nuñez de Prado hasta D. Alonso de Mercado y Villacorta, en un período secular de alzamientos y guerras continuas, que más de una vez han puesto en inminente peligro la obra castellana.

Si exceptuamos á quílnes, colalaos, pacciocas, tolobones, humahuacas y alguna otra tribu valerosa, fué, de territorio catamarcano no hay *naciones* belicosas que hayan opuesto verdaderamente resistencia al enemigo blanco.

En los valles catamarcanos, así mismo, tiene origen toda esa leyenda de Garcilaso sobre la embajada de los tucumanos al soberano del Cuzco, que dió por resultado la entrada de la civilización quichua á los valles calchaquíes y otras regiones de Tucumán, pues esta parece haberse dilatado al Sud, de un lado de la sierra hasta el Famatina, y del otro hasta Capayán (*Ccapac-ñun*), don le parece que concluía la *mita* del Inca.

En el corazón de los valles del Oeste de Catamarca existió la corte de Tucma, hoy arenal ardiente, de seculares algarrobos, y uno que otro rancho á su sombra, que á nadie haría pensar que allí estuvo ubicado el viejo Tucumanao (*Tucumán-ahaho*). (1)

El verdadero Tucumán de la historia clásica es aquellos valles catamarcanos, y el Tucumán de la jurisdicción de San Miguel no es sinó lo que una porción insignificante respecto del todo. Cuando se habla del Tucumán incásico no se habla de este Tucumán de San

(1) Yo sospecho que el verdadero Tucumanao es el actual *Pucará*

Miguel, ni cosa que se parezca, el que ha usurpado el nombre del viejo Tucumán, trayendo, por lo mismo, errores crasos, como aquellos en que ha incurrido un eminente historiador chileno. Así mismo, este Tucumán de San Miguel no tiene que ver con el Tucumán propiamente dicho, donde estaba ubicado Tucumanao, y donde existió el Tucumangasta de los llanos andalgalenses: es á este Tucumán al que me referiré al tratar de asuntos relativos á la conquista; y cuando hable de la región de los lules y tafes, lo llamaré por su nombre: la jurisdicción de San Miguel del Tucumán, ó simplemente San Miguel.

Es por el Tucumán catamarcano por dõnde hicieron sus entradas los aventureros castellanos, y por donde el descubridor D. Diego de Almagro pasó á Chile. Son las tribus indígenas de sus valles y sus sierras las que han sustentado la guerra de la conquista, con brazo nervudo, valor y constancia. Es allí donde han actuado los dos personajes épicos mas notables: D. Juan de Calchaquí y Chelemín; y allí es también donde el *embaydor* Pedro Chamijo, titulado *Huallpa Inca*, desarrolló sus planes de traición, descubiertos por el cacique de Machigasta, y donde se encendió la guerra.

Hay más: en ninguna ración de Sud América como en esta parte del Tucumán la resistencia ha sido mas enérgica, mas eficaz, ni más duradera. Con efecto: apúntanse generalmente cuatro epopeyas en la América Meridional: las del Perú, Arauco, Paraguay y Rio de la Plata, añadiéndose, por último, la Calchaquí. Pero, á mi juicio, las epopeyas, en el sentido de esta palabra, no son sinó dos. En la conquista del Perú lo único que en este sentido es digno de admiración, es el atrevimiento castellano desde el desembarco de Tumbes hasta la muerte de Atahualpa Inca; pero no hay resistencias de parte de los nativos, á no ser los proyectados movimientos de Calicuchima y Quizquiz. Es verdad que merece, posteriormente, rememorarse el alzamiento del Inca Manco, desde la

acción en los llanos de Yuncay; pero todo lo empequeñece la cobardía de sus soldados, como que un puñado de castellanos desbarató el ejército en el sitio del Cuzco, al que rodearon doscientos mil guerreros nativos, al decir de los cronistas de la época. Las resistencias del Paraguay y Rio de la Plata no pueden tampoco constituir hechos trascendentales en la historia de los heroismos épicos. Arauco, desde la gran batalla de Andalien, si que es una epopeya. (1) Pero lo que adquiere mayores proporciones es, sin discusión, la epopeya tucumana, especialmente en los valles catamarcanos, tanto por el teatro, la intensidad de la lucha, la resistencia opuesta, los planes de guerra, el número de los combates y la duración de aquella.

En un olvidado libro, escrito con madurez y criterio históricos, recordándose de las opopeyas continentales, se escribe lo siguiente: «Sin embargo, dice el autor tratando este tema, la conquista del Tucuman, que se hallaba en el centro, sobrepasa á las otras dos que quedan á su lado. Sobresale por la extensión del teatro, abarcando desde las fronteras de Bolivia hasta el Carcarañal, y desde el Chaco hasta los Andes y las Pampas: y podemos decir hasta las tierras Magallánicas porque hasta allá marcharon por tres veces las tropas de Tucuman en busca de la fabulosa ciudad de los Césares ó Trapalanda. Sobresale por el número de las ciudades fundadas, importantes y subsistentes, como son Salta, Jujuy, San Miguel, Santiago, Catamarca, Rioja y Córdoba. Sobresale por el número y excelencia de generales y guerreros que figuran en aquella conquista. Sobresale por el número de batallas y luchas sangrientas, por el indomable heroísmo del adversario. Y desde el fondo de la grande epopeya se destaca la figura de los tremendos Calchaquíes, que con su caída final cierran el sangriento drama de ciento cuarenta años. Sobresale por ha-

(1) Véase Toribio Medina, *Los Orígenes de Chile*, sobre asuntos de prehistoria de este país.

ber asegurado la grande arteria de tránsito y comercio entre el litoral argentino y el Perú. Sobresale por haber marchado ocho veces la tropa tucumana á la defensa de Buenos Aires, y ahora basta decir, que el año de 1573, el día 19 de Setiembre, en las aguas de Coronda, por el valor de pocos soldados tucumanos fué salvado el general Garay con su tropa y la nueva Santa Fé, y con ellos el destino de toda la conquista y la fundación de Buenos Aires, que se siguió siete años más tarde.» (1)

De muchos de los hechos citados, y otros no apuntados, he de ocuparme detenidamente en las páginas de este libro. Los acontecimientos históricos han de hacer resaltar la virilidad de la nación calchaquí y la importancia del suelo catamarcano por sus recuerdos clásicos en la lucha de las dos civilizaciones y de las dos madre-razas.

VI

El más denso velo cubre la cuna de cualquiera de las razas americanas; la mayor confusión reina entre los tipos aborígenas, y la antropología, á la que principalmente están reservadas estas cuestiones, tropieza á cada instante con escollos insuperables, de modo que al alejarse de ellos para seguir la ruta de sus investigaciones, tiene que tomar por nuevas y extrañadas sendas.

Sin embargo, la antropología, auxiliada por la arqueología, va descorriendo poco á poco el velo de la América ante-colombiana.

En nuestra América hay irrupciones de razas de Norte á Sud, y de Sud á Norte; la unas han desalojado á las otras, que, ó han perecido, ó se han trans-

(1) Presb^o. P. Soprano, "*Hist. de las guerras con los Terribles Calchaquíes*", etc.—(Buenos Aires, 1896.)

formado por la cruz, después del avasallamiento.

La diversidad de tipos es un hecho constante; y los tipos craneológicos de una región van á encontrarse á centenares de leguas, en toda su semejanza y pureza primitivas. En estas regiones hay fisonomías del Norte; á su vez el tipo craneológico puro del Perú y Bolivia es el mismo que después aparece en Méjico; el Tehuelche de la Pampa puede encontrarse en otras regiones, como en la tierra de los fueguinos.

Si avanzamos más á las edades primitivas, dímonos con el inmenso pueblo de los adoradores de la luna, los caldeos americanos, los Atumrunas, de cuyo seno parece que se han desprendido casi todas las ramas de la gran familia sud-americana.

Si leemos los estudios que sabios antropólogos y arqueólogos han hecho de las razas peruanas, Humboldt, Angrand, Tschudi, D'Orbigny, Squier, Wiener, etc., la confusión se hace más grande, por la multiplicidad misma de los innumerables rayos de luz que sus observaciones arrojan, de tal manera que nos ciegan los ojos de la investigación.

¿Qué podemos saber, entonces, de la cuna de los antiguos habitantes de los valles del Nord-Oeste de la que es hoy República Argentina, de los famosos Calchaquies, á los cuales recién comienza á estudiarse?

Encontrar el génesis de estas familias, desaparecidas ó muy modificadas, tarea será difícilísima para la ciencia antropológica, que en las regiones calchaquinas se da con una craneología que varía á veces de un punto á otro, y que lo único que demuestra claramente es el origen híbrido de las razas andinas, pues mientras en Catamarca se encuentra al hombre de cráneo largo, con la deformación llamada generalmente aimará ó microcéfala, el Huarpe de San Juan es de la familia de los hombres de cráneo cuadrado y achatado artificialmente en la frente y en la nuca.

En nuestros calchaquies mismos encuéntranse tipos de todas ó casi de todas deformaciones artifi-

ciales, y yo poseo muchos cráneos típicos en mi colección.

Cuando hable, pues, de orígenes calchaquinos quiero referirme á sus orígenes más inmediatos, á fin de saber, siquiera, si la raza de nuestras montañas es originaria del país; y, caso que no lo sea, á qué familia conocida puede pertenecer, y de dónde y cómo vino á enseñorearse del país.

A este respecto, así mismo, bien poco se puede contestar, y hay que ceder mucho campo á la conjetura científica.

Puede que la primitiva nación kakana, á la que hacemos figurar como oriunda y dueña de estas tierras, sea distinta de la nación calchaquí, por su origen étnico, contestura física, lengua, costumbres y métodos de vida. Es una cuestión resueíta que naciones bárbaras hicieron una gran irrupción, no hará muchos siglos, que, á semejanza de los bárbaros que asolaron la Europa, dieron en tierra con la primitiva civilización de estos valles; que esta civilización (sea ó no kakana) fué relativamente adelantada, no hay duda alguna: las pirkas, los restos de pueblos que hoy comienzan á exhumarse, los objetos de arte diariamente encontrados, son los restos preciosos de esa civilización desaparecida, destruida por los bárbaros, que probablemente fueron los calchaquinos. (1)

Estos objetos de arte son tan importantes, tienen tal valor comparados con otros de las antiguas civilizaciones del Viejo Mundo, que muchas veces les superan, por lo admirable de la obra artística. En una de las regiones de la gran provincia tucumana, en Santiago del Estero, hánse hecho preciosos hallazgos. En esta región, dice el D.^r Moreno, «vivió un pueblo

(1) Añádase á esto los *menhirs* últimamente descubiertos por Ambrosetti en Tafí. (Yo más antes, había visto ya estas piedras para las en la Quebrada del Molle, Agua del Quebracho, cerca de la Loma Overa, en un pequeño pueblo en ruinas. Está en el camino de Tucumán, yendo del Oeste de Catamarca por Colpes.)

dotado de un sentimiento artístico muy avanzado; la alfarería allí es aún más fina, mas elegante, que las de Troya y Micenas en la Grecia antigua; sus colores persisten con una viveza admirable.»(1) Aludiendo este mismo naturalista á las ruinas de la antigua civilización catamarcana, escribe lo siguiente, que es interesante transcribir: «En Catamarca, dice, el terreno está sembrado de ruinas; por valles, laderas y montañas no se dá un paso sin encontrar sepultada alguna hacha de piedra ó de cobre, ídolos, alfarerías espléndidas, cimientos de ciudades arrasadas, murallas de altas fortalezas.»

La tradición de los valles calchaquíes es interesante en más de un sentido. Esta, por ejemplo, nos habla de gigantes venidos al país,—y yo no dudo que así haya sido: estos gigantes no pueden ser otros que los *patagones*, pueblo del que hay rastros de diseminación, aunque el naturalista á quien he citado manifiesta que no pudo obtener, en su viaje á los valles calchaquíes el 76, los jalones que ligaran á sus tribus con las patagónicas, y completaran el cuadro de la vida pasada.

Distintas familias sud-americanas parece que han poblado el país.

Es de sospecharse que tribus análogas en raza á las del Chaco hayan penetrado en épocas remotas á los valles catamarcanos, y acaso dos ó más de estas tribus. La lengua kakana, sin duda, es de las del tipo de las del Chaco, familia *Abipona*.

La craneología, repito, acusa gran mezcla de tipos, y muchos de los cráneos que la tierra ha conservado hasta hoy, ostentan deformación artificial, *aimarítica* ó *puquina*. Conviene hacer notar que la palabra *Catamarca* tenga traducción aymará: *Catan* es pequeño, y *marca*, es pueblo, como *Cajamarca* en Perú, *Machamarca*, pueblo de la cueva; *Andinamarca*, y otros.

(1) Dr. Francisco P. Moreno, *Anales del Museo de La Plata*, 1892.

Es indudable, de la misma manera, que se encuentran cráneos de tipos *araucánicos*. La inhumanación de cadáveres en tinajas, de lo que también se han visto tantos casos en el país, es costumbre *guaranítica*, que aún dura.

Si pudiéramos penetrar el kakano, la cuestión se despejaría mucho. La palabra *Titiquin*, y otras más que se conocen, in lucen á creer que se trata de una lengua *carbico-abipona*.

La prueba concluyente de la diversidad de razas que han poblado nuestro Calchaquí, está, así mismo, en los nombres de los lugares, los que tienen, etimológicamente considerados, orígenes diversos, siendo un hecho evidente que responden á cuatro lenguas: araucana, quichua, aimará y kakana, como tendré lugar de indicarlo en este libro, en repetidas ocasiones.

La verdad es que es muy grande el misterio étnico—lingüístico de Calchaquí, pues hasta me parece encontrar rastros de los viejos *Atumrumas*, por las soberbias construcciones de parentesco arqueológico con las del Perú y Bolivia.

Tales son los datos truncos y dispersos que he podido recoger, relativos á las razas que formaron ese pueblo híbrido, de elementos heterogéneos, que habitó los valles calchaquinos.

La verdad de estas afirmaciones, así como las futuras novedades científicas en esta materia, obra serán exclusivamente de la antropología y arqueología, aquella dando vida al esqueleto de las huacas y ésta removiendo las ruínas del gran panteón histórico de nuestras montañas.

VII

Al estudiar la historia del Tucumán, y cuando necesidades imperiosas de la investigación histórica nos hacen penetrar en el laberinto de la lingüística de las vie.

las razas, instantáneamente llámanos la atención el hecho de darnos con marcados y visibles rastros *araucánicos*, los que indudablemente, se parecen á una nueva revelación.

Nadie aún, que yo sepa, ha examinado con ojo atento é investigador esas pisadas araucánicas en esta tierra, tan virgen para la historia, como para la ciencia.

Nombres de lugares esparcidos aquí y allá, palabras del idioma usual de nuestros indios, y hasta tradiciones, al estilo de la de los quilmes de Santa María, cuya procedencia del otro lado de la Cordillera no puede ponerse en duda, dicennos claramente que algo ó mucho ha tenido que hacer la cultura araucana en la formación del pueblo tucumano.

Si se comienza por la terminación ó radical *ao*, de la lengua kakana, en los nombres de lugar, que como Tucumano abundan por decenas en nuestro país, y se conchiye por muchas de las palabras usuales, dímonos con bien marcados rastros araucánicos en el idioma nativo.

La región araucánica de Patagonia, en donde el ranquel es el araucano mismo, llena está de nombres de lugar terminados en el *ao* de los nuestros. Desde luego, en el mentado mapa de Cano y Olmedilla pueden verse inmediatamente nombres como *Terao*, *Quitao*, *Quinchao*, *Ahnitao*, *Aliao* etc., tan abundantes como en, nuestra geografía catamarcana, en la que contamos, por ejemplo, con *Anguinahao*, *Fíambahao*, *Animanahao*, *Jukanao*, *Pilciao*, etc.

Esta notable coincidencia no puede ser una mera casualidad; y razones poderosas, veidas para nosotros, ha de haber que expliquen el parentesco entre el kakano y el araucano, que para mí es indiscutible.

Idéntica cosa que con el *ao*, acontece con la radical *huill*, terminación de una buena cantidad de nombres de lugar. De *huill*, es conocida su procedencia araucánica, y significa «aglomeración, todo», y así, *huillpan*, por ejemplo, es *sarta*, aglomeración ó acopio.

En la provincia de Catamarca, especialmente, hay

varios nombres de lugar que indefectiblemente son araucánicos ó están emparentados por consanguinidad con lengua de allende la Cordillera. De estos nombres citaré algunos, que aún llevan dichos lugares, casi todos conocidos de nosotros, no distantes de la ciudad de Catamarca algunos de ellos.

Nombres araucánicos son, por ejemplo: *Coneta*, *Tipioli*, *Cigali*, *Ongoli*, *Polco* ó *Motimú*. El nombre de *Coneta* descompónese fácilmente de este modo: *Con* y *eta*, indicando *con*, la idea de que «algo se pone». En *Tipioli*, la partícula *ioli* está emparentada con otra araucánica del mismo valor. En araucano *yetu* ó *yulu* es «llevar á otro», y *yoli*, usado hasta hoy, es una *árgana* en que se acarrea cualquier cosa. *Cigali* ú *Ongoli*, por su terminación en *li*, acusan un origen araucánico.

En el oeste de la Provincia de Catamarca encuéntrase el renombrado valle de *Conando*, que más le una vez figura en la epopeya Calchaquiyy, sin darla, ya, que no tiene traducción en la lengua general del Perú es *Conantu*, que sería puramente araucano, descomponiéndose de este modo: *Con* y *antu*; *con*, significa «puesta» ó «que se pone», como más antes lo dije, y *antu*, tan semejante á *inti*, cuzqueño, es «sol»; de modo que el nombre de cuestión equivaldría á «sol que se pone», ó tal vez «valle de occidente», en un sentido más lato.

En la Rioja es notabilísimo el nombre *Arauco* (agua de la greda), cuya procedencia, á juicio de cualquiera, no puede ponerse en duda.

Con esto de nombres, que solo en araucano tengan explicación, puede uno darse en otras provincias,— y en Buenos Aires hay dos notables: los de Chivilcoy y Areco.

Nada digo de la Pampa, en donde casi todo es araucánico, inclusive los nombres de dos de sus últimos caciques: Calfucurá y Namuncurá.

La palabra *Pucara*, nombre genérico de las fortalezas indígenas, y nombre de la famosa antiplanicie del Anconquiija catarmacano, tampoco tiene traducción quíchua, mientras que en araucano la palabra puede descomponerse así: *Pu* y *cara* ó *kara*: *pu*, quiere decir

«que suben y bajan», y *cara* se traduce por «población»; y al parecer también por «murallas».

Thipan es palabra eminentemente araucana, y significa «salir». El nombre de *Machigasta*, de los pueblos de la Rioja, es araucana; *machi*, significa «médico, adivino, brujo». En el límite con esta misma Provincia, en el Pantano, hay una tribu indígena denominada *picon* que á mi juicio es la *piconche*, familia araucánica.

Han sido araucanas muchas de las palabras del idioma que hablaron nuestros indios, de las cuales consérvanse hasta el día algunas en idioma vulgar, como *cuncuna*, *hualicho*, *upite*, etc. El estudio de la lengua nos lo prueba. Razón tenía el señor Juan M. Larsen, cuando en un prólogo al «Al Arte General de la lengua de los Indios de Chile», del P. Andrés Febrés, ha escrito: «En cuanto á la utilidad del araucano, ó mejor dicho, su indispensable necesidad, no es menester decir que por él se explican también un sin número de vocablos de uso común, como por ejemplo: *taucha*, *guasca*, *chicha*, *chiripá*, *chocto*, *chuchra*, *chuiño*, *chucra*, *chala*, etc., etc.»

En el diccionario de *chilenismos* del señor Zorobabel Rodríguez, están apuntadas muchas de esas palabras, de uso común.

Podría citarse una buena cantidad de palabras araucanas usadas por los indios del Tucumán, algunas de las que persisten en el idioma vulgar, bastándonos para ejemplo éstas: *cumé*, es «bueno», y tal vez de allí viene *cuma*, «amiga»; *pichi*, es «chico»; *michi* es «gato»; *pirka* es «muralla», etc. *Talca* «liebre» en Tinogasta, sin duda que tiene parentesco con *Talcahuano*, de Chile. Lo mismo digo de *huaspana*, siendo *hua* «maíz», en araucano.

Todo esto, y mucho más, demuéstranos que los viejos idiomas nativos de Catamarca, principalmente el kakano, están emparentados con la lengua general de los indios de Chile.

Cuanto dejo apuntado, relativo á huellas de la cultura araucana en nuestro país, coincidencia, con-

sanguinidad ó afinidades de lengua à lengua, formas craneológicas, dicennos claramente, à mi juicio, que las razas tucumanas forzosamente han tenido contactos con la chilena; y, no es, entonces, hipotético pensar que algunos siglos antes de la conquista castellana los valerosos araucanos invadirían nuestro país, siendo éstos arrojados posteriormente por los naturales, tal cual aconteciera con los árabes de España, ó por la irrupción calchaquí.

Esta congetura histórica hácese más verosímil cuando se tiene en cuenta el odio de los tucumanos à los chilenos. Sabido es que cuando los *Quilmes* cruzaron la Cordillera, al pisar tierra tucumana nuestros calchaquíes recibieronlos con las armas en la mano, y que recién después de reiteradas satisfacciones, dieron éstos à los proscriptos hospedage en sus tierras.

Hay otro hecho histórico consignado por los cronistas, y de mucha trascendencia para el asunto: cuando la expedición incásica, los tucumanos enseñaron al Inca los caminos que conducían à Chile, ponderándole sus riquezas, con el propósito deliberado de precipitar à sus capitanes à la conquista de ese país.

Este incidente histórico no prueba otra cosa que la pertinaz odiosidad de parte de los tucumanos à los indios de Chile, sus temidos vecinos, que causas políticas muy sèrias debieron haber fomentado y originado, tanto más cuanto que la inmensa Cordillera separaba un pueblo del otro, como una colosal barrera de olvido à las viejas querellas.

El gran fuerte de Huatungasta ó la Troya, sin duda que está destinado à atajar el paso à los indios chilenos. De este fuerte hablaré con detenimiento en otro lugar.

Un otro hecho incontrovertible prueba que araucanos hubo en el país: la delatación que de ello hace la craneología, la que acusa haber esqueletos araucanos en el suelo de los calchaquíes.

La fundada opinión que acabo de emitir pareceme, en vista de los antecedentes que he apuntado, más aceptable que la que con este motivo emite el señor Lafone Quevedo, de que en un tiempo muy remoto existía una gran nación andina que hablaba un idioma que sería el tronco de todas estas lenguas, semejantes las unas á las otras, lo que implicaría una explícita negación de la supuesta invasión araucánica á nuestro país. Son estas las palabras de este distinguido americanista: «Aquí corresponde hacer una advertencia: el usar la palabra *Araucano* como calificativo de idioma, de ningún modo quiero decir que los indios de Chile, que nosotros conocemos bajo este nombre, hayan impuesto el todo ó parte de su vocabulario á las naciones que hablaban la lengua de Cuzco ú otra cualquiera de las que abundan en voces semejantes á las de aquella rama lingüística: lo que yo pretendo únicamente es, que algun tiempo muy remoto, antes que naciera la tal Lengua General en la forma que á nosotros ha llegado, existió una gran nación, que por lo menos ocupaba toda la región andina de nuestra América y hablaban un idioma que fué el tronco del que el Cuzco, Kakan, Araucano de Chile y tantos otros dialectos eran ramas; por esto, y la proximidad geográfica se explica la comunidad de voces.»

Van en el Apéndice unos tipos araucanos (1).

VIII

El idioma nativo, la lengua primitiva de nuestros indios, tanto del Oeste de la provincia, de Catamarca como de la región diaguita del Sud, Este y Centro, es el *Kaka* ó *kakan*.

La lengua *cacana*, *serrana* ó *montañesa*, es una misma cosa, pues que *cacá* significa «montaña».

De esta lengua, que parece tener su origen en las del Chaco, conservamos rarísimos antecedentes, pues

(1) Lámina tomada de la obra "América", de Coroleu.

casi era ignorada de los españoles, ó más bien dicho de los misioneros, que son los que nos han dejado en sus crónicas luminosas casi todo cuanto sabemos de las viejas razas. Esto no obstante, el célebre Padre Techo nos ha trasmitido algunas cuantas relaciones sobre el kaká, y entre los pocos que poseían la lengua hay que recordar al P. Bárcena, quien se asegura que predicó con acierto en kaká á los indios del Alto y Ancaste.

Es verdad que casi era imposible poseer esta lengua, por las dificultades naturales de la pronunciación de las palabras; y así Lozano dice de ella, con singular exactitud, «que solo la percibe quien la mamó de leche», añadiendo que «es en extremo revesada, pues se forman sus voces en *solo el paladar*». Y, en efecto, según lo manifiestan todos, que el kakan es completamente gutural y áspero.

Infinidad de voces que hasta hoy persisten, indubablemente que han tenido un origen kakano, pues no se les encuentra significación en los otros vocabularios; por lo menos, lo repito, la lengua kakana es para nosotros lengua casi del todo desaparecida, y solo tenemos certeza de que pertenecen á ella algunas pocas palabras.

En el idioma existen hasta hoy las siguientes palabras, por ejemplo, que muy probable es que casi todas ellas sean kakanas: **A**loja, ancoche, amicho, aibe — **C**acuy, cachufo, cata, caranche, cochucho, cachilo, chuña, coñatero, chamisa, chumingo, chumuco, chambao, chifle, chui, chano, chango, chunchula, churqui — **H**iguana, huairao, esturaque — **L**echico, lampaso. — **M**ogote, mocho, mato, moto, macal, ñanca — **P**atay, pilcha, pingo, pita, pacará — **Q**uechupay, quililo, quitilipe, sotreta — **T**una, tashy, totola, tucó — **U**rquí, uipa, ura, yue'ia, y muchas otras que podría citar.

Hasta hoy existen en nuestra Provincia otros rastros indelebles del idioma nativo. Parece que el *gaska*, terminación tonocote de los nombres de lugar, que significa pueblo, era también palabra kakana. El

ahaho, pueblo, como el *gasta*, es palabra de esta lengua, siendo *ao* corrupción de *ahaho*, á estar á las referencias de Lozano.

Nombres de pueblos con terminaciones *kakanas* tenemos muchos, como *Tucumanao*, *Colalao*, *Pichijao*, *Sumalao*, *Pilciao*, *Julamao*, *Culamao*, etc.

Respecto al *gasta* hay que advertir que los *diaguitas*, la tribu más *kakana*, conserva nombres de lugares con esa terminación, lo que corroboraría lo que acabo de decir respecto á su origen *kakano*.

Se cree que *Coneta*, lugar distante tres leguas de Catamarca, haya sido de la metrópoli *cacana*, y que *Ongoli*, muy cerca, perteneciera á esa misma familia.

A propósito de que muchos de estos nombres de lugar sean *cacanos*, y no lleven el nombre de los caciques ó gefes de los mismos, debe observarse que como el *kaká* desapareció con el quichua, que propagaron los Incas, y era este el idioma de tiempo de la conquista, quichuas debían ser los nombres de sus caciques, pues que los lugares tendrían ya centenares de años de existencia, y generalmente los indios gustaban conservar los nombres clásicos, cosa que nosotros, con culpable impresión, desdeñamos.

El *kaká* tiene muchos puntos de contacto, y aún de parentesco, con el quichua y araucano, lenguas que parecen derivar, según Lafone, de algun otro idioma madre, muy anterior á ellas. En Catamarca el *kaká* se inclinaba mucho al araucano, y se le consideraba con tanta semejanza al quichua, que no ha faltado quien pensara que no era sino un dialecto de la lengua general.

Según el P. Lozano (1), «á tres naciones de Indios penetró (la Compañía) en esta ocasión: á los Tomocotés, á los Diaguitas, *que ambos hablan la lengua Ka-*

(1) *Hist. de la Compañía*, Tom. I, pág. 85. El P. Techo, en igual sentido, *Hist. Paraguaya*, Lib. II, Cap. XX, quien dice que el P. Viña evangelizó á los Lules valiéndose del Quichua y Tomocaté y con los que *solo entendían* la *kakana*, se valió de intérpretes, prueba de que los Lules hablaban *kakan*.

ka.....» . Así mismo los Lules, á los que Lafone califica de *aldrabes* de muchas nacionalidades (1), hablaban Tonocoté, *Cuncan* y Quichua, y de ahí, sin duda, viene la confusión hecha entre *Kaka* y Lule.

Lafone, en el trabajo precitado, ocupándose de investigaciones cacanas, nos trae varias palabras de esta lengua desaparecida. Comienza con el *uo* ó *ahaho* de Lozano, y sigue con el *gasta*, que según éste es Tomocote. Son así mismo, al parecer, cacanas muchas otras palabras, como *caylle* (ídolo de cobre), *cocavi* (oca secada al Sol), *aquíu* (raíz que se encuentra en *Titaquíu*, *Aquíngasta*, *Aquíuchay*, etc.), *Eujasimajo* (papeles de la familia Gonzalez, que dicen querer decir: *Cabeza mala*), *angovel*, *anco* (terminación de nombre de lugar), *panaco* (vulva de la muger: en Pomán hay un *Pipanaco* y un *Pisapanaco*), *jasi* (tosca), *patay* (pan de algarroba) y varios otros nombres apelativos y de lugar.

De la lengua *araucana* ya he dado todas las noticias que hace á mi propósito, al referirme á la posibilidad de una irrupción araucánica al país.

El araucano, añadiré, está emparentado con el quichua, así como el *kakán*, y algunos son de opinión que el primero de estos idiomas no es sinó el antiguo quichua mezclado con alguna otra lengua, dada la similitud entre uno y otro. Además de eso, juntos han existido el quichua y el araucano, muy especialmente en el país de los diaguitas catamarqueños.

Todos los nombres terminados en *ancu* ó *ancun*, son araucanos.

Se asegura que el nombre de *Coneta* es araucano de pura sangre: *Con* es «puesta» (de Sol por ejemplo), *ctad*, «moginete»; de manera que la palabra se escribirá *Conctad*, y «acaso algún moginete destruido ó imperfecto, ó algún adorno colocado por la primera vez, pudo ser causa porque este nombre se diese al lugar».

(1) Lafone, *Tratado de Catamarqueñismo*, Bs. Aires, 1895.

El *ao*, es así mismo, araucano, y se le halla con frecuencia en las regiones fronterizas de Arauco.

«Esta semejanza, dice Lafone Quevedo, en los nombres de lugares llamó mucho la atención y me hizo acudir al diccionario Araucano con el objeto de ver si en esos vocabularios hallaba alguna explicación satisfactoria de muchos de los nombres catamarqueños, que se resisten á la traducción por la lengua del Cuzco.

«Quiso la casualidad que al abrir el libro diese con la palabra *cucuna*, que significa *gusano*, y es muy usado en Tirol para expresar el insecto que apesta las alfafas: en vano la habia buscado en los diccionarios quichuas. La palabra que yo necesitaba era *Conando*, nombre que fué del valle en que refundó la ciudad de Londres despues que Castañeda la retiró de Quinmivil; por suerte mia hallé y con una interpretación muy completa que casi determina con fijeza la ubicación de este valle. *Conanti* en la lengua del Sud significa al *ponerse el Sol...*» (1)

Hay, así mismo, comunidad de origen en la famosa radical *huill*, de tantísimos nombres de lugar en la Provincia.

IX

Nos falta dar una ligera idea del idioma *tonocoté* ó *lule*, que no parece ser uno mismo. (2)

Aunque los lules son oriundos del gran Chaco, no por eso han dejado de influir en las lenguas catamarcanas, pues que pueblos lules habitaban una porción

(1) Lafone, *Londres y Catamarca*.

(2)—El señor Matías Calandrelli, en su artículo "*Filología Americana Lule y Tonocoté*", publicado en *La Biblioteca* (Año I, Oct. 1896 nº 5, pag. 261), confunde ambas lenguas. Despues, comete el error de creer que el Lule de Machón es el Lule de Tucumán, aparte de otras cosas

de territorio al este de la Provincia, y, sobre todo, cerca de San Miguel de Tucumán. Eran fronterizos de *Talavera de Madrid ó Esteco*.

Hay, por otra parte, que recordar las dos invasiones lules en el siglo pasado. El célebre Paramas refiere que en 1735 los lules invaden las fronteras de Salta, en número de mil quinientos, y matan, á tres leguas de la Capital de la Provincia, á cuatrocientos colonos. Posteriormente, en 1740, vencen á los españoles, que tenían más soldados que ellos, arriándose mil caballos, como fruto de botín. Recién en 1752 el Padre Pedro Juan Andreu los trasladó por su propia voluntad á su vieja residencia de Miraflores.

Es de advertir que el P. Andreu era muy considerado de los lules; conocía su idioma, pues que en 1737 predicábales en su propia lengua.

El famoso Padre Antonio Machoni, autor del «Día Virgíneo ó Sábado Mariano», y rector mucho tiempo del Colegio Máximo de Córdoba, poseía, así mismo, con perfección este idioma, que aprendiera en 1711 en las misiones lules, entre cuyos indios permaneció el largo espacio de nueve años.

Machoni nos ha hecho el bien de dejarnos su «Arte y vocabulario de la lengua Lule y Tocoté», impreso en 1732.

Nuestro célebre P. Alonso Bárcena, mucho ántes que Machoni, en 1589, predicó el Evangelio á los lules, acompañado de los jesuitas Hernando Monroy y Juan Viana. El P. Bárcena también nos ha dejado una «Gramática y vocabulario en lengua Toconoté.»

Ya que hablo de misiones, es oportuno recordar que el siempre venerable y piadoso San Francisco Solano predicó también á estos indios del Río Grande del Chaco, hoy Bermejo.

El lule es de los idiomas más pobres y de más difícil pronunciación.

Faltan á esta lengua infinidad de palabras en su vocabulario, y en su alfabeto son totalmente desconocidas las letras *b, d, f, g, r*. Sin embargo, tiene todas

las partes de la oración; sus verbos son invariables en la conjugación, y su raíz es generalmente una ç. Como el quíchua, tiene algunos adverbios en calidad de partículas de ornato. Carece absolutamente de nombres abstractos. Son las interjecciones como vocablos mudos, y solo señal ó índice de los afectos del alma.

Ludewig ha encontrado parentesco entre el lule y el *hilcla*.

El lule es notable por sus onomatopeyas. Voy á citar algunas: *to aquelp*, agua hirviendo; *suuelenc*, ahogarse; *nicuyy*, arrullar; *ucucup*, aullar; *cocó*, buho; *istictasc*, dar palmadas; *tatasc*, dar bofetadas; *tachupapç*, batir huevos; *tacalaca*, golpear; *pulump*, gordo; *sololóc*, gotera; *yhcump*, hueco; *zaldá quiquips*, lechuga; *lactóc*, quebrar nueces; *ucc*, beber, etc.

De las palabras lules, aún usadas en nuestro idioma, como si fuesen castellanas, no recuerdo por el momento sino *yapaa*, añadidura, y *sancu* ó *sanco*, comida de salvado de maíz. La palabra *protó* ó *poloto*, también es lule, por más que la tengan por española de raza.

Todos los numerosos *gasta* de nuestros pueblos son lules.

Groussac piensa, ligera y erróneamente en sus apuntes históricos, que la lengua del antiguo Tucumán era el quíchua, basado en gramática lule.

Hasta aquí el P. Machoni y los que le siguen, que no hay que hacer nada con este lule en el Tucumán. Sea esto dicho para salvar mi opinión al respecto, lo mismo que si *lulé* ó *tonocote* son una misma lengua.

En esta materia, son dos los puntos á considerar si los Lules del P. Machoni, son los mismos Lules del P. Techo y otros, y si Lule y Tonocoté son una misma lengua.

Ambos puntos han sido dilucidados por el señor Lafone Quevedo, en su monografía «Los Lules», (1)

(1) *Boletín Inst. Geog. Argentino*, Tom. X págs. 185 y sigtes

á la que, repito, sigo en estas líneas, haciendo solamente las transcripciones más indispensables, para no adular el texto.

Que Machoni carecía de todo dato que pudiese encaminarlo á una acertada identificación del Lule y Tonocoté de Bárcena, y de los otros misioneros, prueba lo que dice el P. Machoni al nº V: «El Arte y vocabulario del idioma de estos indios, que ha más de cien años compuso el R. P. Alonso de Bárcena, cuando evangelizó á los Tonocatés y Lules; el cual arte por no haberse impreso, no ha quedado más que la noticia que de él se dá en la vida de este Misionero, Apostólico, etc., etc.»

El abate Hervas, en su «Catálogo de las Lenguas», ha desbaratado lo de Machoni.

«Veamos ahora, dice Hervas si las cuatro tribus Lules, antes nombradas (Lules, Insistinés, Toquistinés y Oristinés) descienden de los Lules convertidos, y si tenían origen comun con los Tonocotés, etc.

«Las palabras *Toconot*, y *Toconoté* no tienen significación alguna en el idioma *Lule*; según el parecer de los Misioneros de la nación *Lule*, los cuales me han dicho no haber oído jamás de ésta, ni de los *Maturás* (que son los verdaderos *Tonocotés*) que estas naciones son parientas suyas; y los indios llaman *parientes* á todas las naciones que hablan su idioma de ellos. Tampoco se puede saber si la lengua *Cacana* de los *Lules* antiguos es la que hablan actualmente los *Lules*, porque éstos, como antes dije, no descienden probablemente de los Lules convertidos antiguamente como afirma Machoni. Los Lules modernos se dan el nombre de *Pelé*, que significa *hombre*, y la palabra *Lule* nada significa en su lengua. Últimamente en las historias de los Jesuitas, en las que se tratará de la conversión de los *Lules* antiguos no se hace mención de las tribus *Insistiné*, *Toquistiné*, y *Oristiné* antes nombradas».

Hervas es de los padres que estuvieron como misioneros entre los Lules.

El abate Jolis es tan acerbo en su crítica de la etnología de Machoni como lo es Hervas. Jolis hacía

una obra descriptiva, Herras, filológica, y la de Machoni era para la predicación á los indios que él confunde, y llama erróneamente Lules. De aquí que tenga más autoridad la palabra de los primeros.

Para Lozano, e todos Lules hablaban Cacan, y nó el de Machoni; para Techo los Lules hablaban Qui-chua, Tonocoté y Cacan.

La voz *lule* solo puede corresponder al Mataco, ó dialecto á fin. La partícula *l* es conocida en el Chaco, muy especialmente entre las lenguas del tipo Mocovi y Mataco. En estas lenguas, *l* ó *lk* corresponde á nuestras terminaciones *ero, eño, etc.*

Pelleschi, en sus «Ocho Meses en el Chaco», dice refiriéndose á las frases recojidas, que «donde quiera que se hace referencia á la persona que habla, el vocablo comienza con *ni*; cuando á quien se habla, comienza con *a*, y la tercera persona con *lu* ó con *lo*.»

Es este el *lu* que precede al *l* en el nombre *Lule*. Lu, dice lo que nuestros -los -y la voz entera equivale á—los hijos del lugar—ó sea—los indígenas. Lule, pues, sería un nombre que el mataco aplicaría indistintamente á toda tribu que hallase en los países de sus inmigraciones, siendo muy posible que los españoles hubiesen sabido ese nombre de los Mataracs.

«Pues, bien, las tribus matakas eran y son las mas numerosas de todas en los Chacos, y las que más en contacto han estado con el Español,—desde luego por conducto de ellos es que mucho se sabe de otros Indios. Supongamos ahora que al entrar en relaciones con los tales Indios Lules, cuya lengua mal pudieron conocer esos Españoles, fuese un Mataco el lenguaráz. ¿Que cosa más natural que la contestación—*Lul*—á una pregunta de ¿Qué indios son estos? «Lules»,—Indígenas—contestaría el preguntado, y al punto los convertirían en los Lules de la historia; con mas razón Machoni, mejor impuesto como estaba, los aceptaría como de la misma nación que evangelizara el apostólico Bárcena en el siglo anterior.»

«Esta hipótesis libra al P. Machoni de todo cargo de mistificación voluntaria, porque explica cómo él y los Misioneros anteriores pudieron oír y dar el nombre de Lules á dos familias de Naciones muy distintas: ambas eran *Lules* ó Indígenas del lugar para los indios que así los apellidaban. Los *Lules* de Machoni entre sí decían *Pelé* —hombres.»

Estos Lules de Machoni, pues, representarían un resto de las tribus, que Matacos y Tobas hallaron, cuando tuvo lugar su inmigración al Chaco.

Respecto al Tomocoté, que no es tampoco sinónimo de Lule, una gran región del Tucumán y sus Chacos lo hablaban y entendían, entre otros, por indios Mataráes y Mataguayos, lengua de la cual no parece haber quedado sino el *gasta*—pueblo.

Como los padres no hablan de la lengua de los Matacos, que por aquí merodeaban, parece deducirse que la lengua Tomocoté sea dialecto Mataco.

X

Réstame, por fin, hablar del *quichua* ó *quichua*, al que voy á dedicar algunas páginas, por ser el idioma de gran parte del Tucumán en tiempo de la conquista castellana, con tanta mas razón cuanto que es la más perfecta é importante de las lenguas que haya hablado la América.

El quichua, como se sabe muy bien, no es la lengua nativa de Calchaquí, pues fué el idioma del país recién cuando las huestes cuzqueñas penetraron triunfantes á estas regiones. (1)

(1) En cuanto al quichua de Santiago y de otros lugares, no tengo duda alguna que los misioneros lo importaron, para instruir á los indios en la fé católica. Por eso, gran parte del quichua del Tucumán es emigrado después de la conquista; y sin duda que más fué el quichua que los jesuitas importaron, que el que hablaban estos indios.

Oriundo del Cuzco, los Incas desparramaron la lengua en los países conquistados, á quienes se obligaba á olvidar para siempre su idioma, de buen ó mal grado. Con este propósito los Incas acostumbraban llevarse al Cuzco á los caciques y principales de la corte del país conquistado, á los mismos que no se permitía regresar hasta que poseyesen bien el cuzqueño, que luego debiera desparramarse en su pueblo. Aparte de eso, la enseñanza era obligatoria, y así dice el viejo cronista Cieza de León: «Aún la criatura no hubiese dejado el pecho de su madre, cuando le comenzase á mostrar la lengua que había de saber; aunque al principio fué dificultoso é mucho se pusieron en no querer aprender mas lenguas que las suyas propias, los reyes pusieron tanto que salieron con su intención, y ellos tuvieron por bien de cumplir su mandato, y tan deveras se entendió en ello que en tiempo de pocos años se sabia y usaba una lengua en mas de mil y doscientas leguas.»

Estas mil doscientas á que alude el cronista Cieza de León, son los dominios incásicos, en los cuales tenían los Incas como doce millones de vasallos. Por el Sur, Topa Inca Yupanqui, cruzando el Atacama, señaló sus dominios hasta el Maule. Por el Norte, su hijo Huayna Capac, padre de Atahualpa, llevó sus conquistas hasta mas allá del Ecuador, y agregó el reino de Quito al imperio, ciñendo en la capital extranjera el *llautu*. La madre de Atahualpa era hija del último *Scyri* de Quito.

Se ha indagado mucho sobre los orígenes del quíchua, creyéndosele hijo de una lengua madre primitiva, que quizá sería asiática, y tal vez pelasga, como asevera el Dr. Lopez.

Si el quíchua es dialecto de alguna lengua madre, parece seguro que ese dialecto nació con la civilización incásica, y que el Cuzco fué su cuna. Es por esto, sin duda, que el idioma de los peruanos denominábase *cuzqueño*.

Sin embargo, escritores serios aseveran que el qui-

chua llegó á hablarse en países desconocidos para los Incas. Velasco, por ejemplo, refiere que al llegar los Incas á Quito con sus legiones conquistadoras, sorprendiéronse al oír que allí se hablaba su lengua quichua.

Por lo demás, el quichua parece emparentado ó tener muchas afinidades con el kakán y araucano. Con el *aimará* parece hermano.

Pasando ahora á los caracteres especiales de la lengua, el quichua, como los idiomas orientales, es adversario á toda variación ó forma gramatical que pueda tener excepciones, de tal modo que esta es generalmente fija. Es de una regularidad inalterable.

Los elementos que llegan á faltarle son suplidos por las partículas «de ornato», y las «interpuestas al verbo», que llegan hasta cambiar la significación de las palabras, como luego veremos.

La lengua tiene repulsión por todas las letras y sílabas de sonido indeciso: un quichua no pronuncia jamás *ce*, *ci*, sinó *ke*, *ki*, siendo bien determinado el valor fónico de la *k*. No tiene sinó una sola declinación y conjugación. La construcción de las oraciones es singular.

El quichua, para decirlo todo de una vez, forma entre esa numerosa clasificación filológica de lenguas que se denominan *turánicas*.

Carece de nombres abstractos, ó, más bien dicho, no existen por sí mismos. Estos se componen del concreto y el infinitivo *ser*, hecho lo cual las partículas posesivas *mi*, *tú*, etc., califican el nombre. Así, para expresar las ideas de «blancura» y «bondad», se diría: *Yurac caniy*: mi «blancura»; *alli cayniyqui*: «tu bondad».

Sin embargo, hay palabras que parecen tener carácter de abstractas. *Pachacamac* es ejemplo notable de ello. Según Garcilaso significa «que dá ànima al mundo universo», pues que *Pacha* es «mundo universo», y *camac* participio presente del verbo *cama* que es

«ánima». (1)

Curioso es observar que en esta lengua, que tiene tanto de gutural, la mayor ó menor expresión en la manera de pronunciar las letras ó sílabas, hace variar completamente el significado de las palabras. Para demostrarlo con claridad, me valdré de un ejemplo del Padre Jesuita Juan de Figueredo: «Hay muchísimos vocablos, dice, que significan cosas muy diversas por sola la diferente guturación con que se pronuncian, como este nombre *ttunta*, que si se le pronuncia hiriendo con fuerza la lengua en los dientes, significa el *Pan*, si se le pronuncia con alguna aspiración después de la primera T, tocando blandamente los dientes *thanta*, significa andrajo ó andrajoso; pronunciada sensiblemente como en Castellano *tanta*, significa junta ó congregación. Y de aquí *tantani* es juntar ó recoger. Así mismo este vocablo *Cara* tiene tres significaciones, segun la guturación blanda en lo último de la garganta, *Kava* significa el Cuero ó la Piel, guturando, con alguna mas fuerza en lo más exterior de la garganta, *Ccara* significa pelada, calva; y de aquí: *Ccacaravma* significa hombre calvo. Guturando en lo hondo del paladar con mucha fuerza: *Kcara*, significa escozor, y de aquí *Kcacarammi*, escuerzo. Este nombre *Pacha*, si se pronuncia rompiendo los labios al aire con fuerza, *Ppacha*, significa ropa ó vestido, pero si se le pronuncia sencillamente *Pacha*, el lugar».

Por lo demás, luego, al hacer un estudio de la guturación propia del idioma, daré una idea más cabal de la lengua; y desde ya puedo anticipar que este idioma nativo, por su estructura artística, sus combinaciones gramaticales, su melodía, sencillez y claridad, es la más perfecta y pura de todas las lenguas americanas. Armonioso y suave, el quíchua derrama en el acento melancólico de la *queua*, toda la poesía, todo el sentimentalismo del alma que cree, ama ó es-

(1) *Comentarios Reales*, I.

pera. ¡Cuán blandos y entusiastas no eran, según el testimonio de los cronistas, esos himnos de *huilli* ó de triunfo, que los españoles mismos entonaban en sus noches de insomnio, y que escuchaban los pobres indios en las vísperas del suplicio, estrellándose en su oído los viejos y dulces cantares de la patria como la maldición á la raza!

Refiriéndose al hermoso idioma quíchua, tal vez con cargado entusiasmo, un distinguido quichuista contemporáneo, escribía poco há: «es una lengua de la cual pocos filólogos se han preocupado hasta ahora, creyéndola quizá algún resto de barbarismo, siendo ella la lengua mas perfecta, la mas armoniosa, la mas elegante de cuantas se conocen. En ella no hay irregularidad alguna, ninguna anomalia; ella es muy clara y sencilla, grandemente expresiva, dulce, sentimental y melodiosa, cuya prosa si se habla con propiedad, es una poesía continuada y se presta con facilidad para cualquier composición, ya se tenga presente el pié, ya la rima; todas sus partículas son significativas sin que tenga cosa que se oculte á la inteligencia: en fin, es una lengua propia que se maneja por sí misma sin mendigar palabras ó frases, como hacen otras; que si el uso ó trato continuo ha introducido ya varios términos españoles, no es porque ella carezca de modo para espresar dichas palabras, sino que al contrario, sabe acomodarlas á su propio estilo con tanta precisión, como si fuesen suyas!»

Tratando el señor Agustín Matienzo del origen del quíchua y aimará, escribe lo siguiente al respecto: (1)

«No se ha hallado en América el tronco del cual proceden esos idiomas *ingásicos*. Ellos son inmensamente superiores á todos los que se hablaban en América en el tiempo de la conquista por España, incluso el *guaraní* y los de Méjico, con los cuales no tienen analogía alguna, ni en su vocabulario, ni en su

(1) *Estu. Filológ. de los idiomas de los antiguos Ingas, etc.*, Buenos Aires, 1895, Cap. II, págs. 16 y 17.

gramática.

«Es lógico inferir que ese tronco común no ha existido en América. Hay que escudriñarlo en otra parte. Forzoso es buscarlo en Asia, ó en Africa. Si se examinásen los restos de los idiomas antiguos de Europa, lo que sería autorizado por la opinión de escritores que sostienen que hubo inmigraciones remotas del Norte de Europa á América, no se haría más que buscar un intermediario; porque está demostrado que los idiomas europeos tienen su principal origen en Asia.

«Es imposible que los idiomas ingásicos sean originarios de América. Idiomas tan desarrollados, cuya evolución ha llegado al estado en que estuvo el hablado por los Vedas, necesitan muchos miles de años para su formación. Todo filólogo sabe eso.

«Más si un pueblo ha ocupado un país por muchos miles de años, ha debido crecer en relación á su antigüedad, y ha tenido que subir gradualmente en su mismo territorio por todas las escalas de su civilización alcanzada. El imperio de los Incas, aunque tuviese algunos millones de habitantes, que tal vez jamás llegaran á diez millones, no poseía población compacta en tal cantidad como habría sido necesario que tenga, si ella hubiese habitado el territorio desde tiempos prehistóricos, durante los cuales se hubieran formado sus idiomas.

«La existencia de las ruinas, de sus monumentos, como los de Tiaguanaco á orillas del Titicaca, prueba una época muy avanzada en el progreso. Sin embargo, en la antiplanicie de los Andes, en la que se hallan esas ruinas, no hay vestigios de que la arquitectura que ha servido para construir esos monumentos al estilo egipcio, se haya formado por gradación, como sucede en todos los conocimientos humanos. El hombre no inventa una civilización. Esta es una herencia acumulada, de los esfuerzos de las generaciones pasadas. Nada hay perdido en el trabajo humano; el hombre muere, individualmente, pero su heredera, la

humanidad, subsiste. Las Ingas heredaron, de consiguiente, su idioma y su civilización. ¿De quiénes?.....»

Al hacer una rápida reseña de las particularidades de la lengua quichua, se debe comenzar por el alfabeto, respecto del cual debemos observar que su traducción á los caracteres castellanos no es del todo exacta, pues muchas veces nuestras letras no son equivalentes á los sonidos propios y guturación especial del quichua.

Es también de advertir que en la lengua cuzqueña no existen las letras *B, D, F, G, (1)J, L, X*; y que aunque los cronistas escriban palabras quichuas como *Inga, Cochabamba, Lana/ca, Xauva*, y entre nosotros se habla de *Chambicha, Gualcín*, etc., todo esto, por las letras introducidas, es quichua falseado ó corrompido al adoptarse á nuestra lengua, biendo la *h* pronunciarse y escribirse *p*, así como *h* la *g*, en los ejemplos propuestos, advirtiéndose respecto de la *h* que en quichua tiene una ligera aspiración. Respecto á la *L*, hágalo figurar entre las letras que no existen, por cuanto su pronunciación ó valor eufónico es siempre *Ll*, doble. Sin embargo, encuentro en el famoso quichuista, el jesuita Diego de Torres Rubio, en su «Vocabulario» de 1610, que la *l* muy especialmente no tiene sonido doble, como en *ppalta, lampa, laricaxa*.

Hay, por otra parte, que añadir que como á veces la pronunciación de las letras es diversa, variando el significado de la palabra, pues ora aquella se hace en

(1) Sin embargo, hay una especie de *G*, como la *gaim*, árabe.

Maffienzo (Op. y lug. cit., pág. 23) dice que debe escribirse *Inga*, en lugar de *Inca*: «El lector habrá notado, que yo no escribo *Inca* sino *Inga*. La razón es, que en ese apelativo de los antiguos reyes del Perú la última sílaba no es *ka*, sino *ga*; dando á la *g* el sonido gutural y duro de la *gaim* árabe, que se aproxima á la *r* gutural de algunas provincias de Francia. Los primeros historiadores españoles que estuvieron en la conquista del Perú han escrito *Inga*. Solo posteriormente, por no existir en el castellano, ni en italiano, la *gaim* árabe, y como este es un sonido entre *k* y *g*, se ha tomado la práctica de desterrar la *g* del alfabeto de los idiomas *ingásicos*. Los quichuas y aimarás no confunden jamás la *g* dura con la *k*. Hay tanta diferencia en esas consonantes, que su empleo forma vocablos distintos: por ejemplo, *gaga*, roca, peñasco no se puede confundir con *kaka*, sucio, repugnante.»

la garganta, ora pegando la lengua en el paladar, ó apretando los dientes, en el alfabeto latino correspondiente al quíchua, convencionalmente los diferentes sonidos de una misma letra, se traducen añadiéndole una otra, del mismo ó distinto valor eufónico. Así se explica cómo en muchas ocasiones las letras *a, c, ch, h, ll, p, t*, etc., se escriban en esta forma: *Aa, Cc, Ch^{ch}, Chh^{chh}, K^h, Kh^{hk}, Lj^k, Ll^l, Pp, Ppp, Tt, Th^h*, etc.

Cuando se dice *Capac*, por ejemplo, la *Cc* se hace en lo último de la garganta; *C-comer* en la más exterior, al principio del paladar; *Chhasca*, hiriendo con la lengua el comienzo del paladar, cerca de los dientes.

Respecto á la guturación hay que añadir que las sílabas más empleadas en ella son: *ca, co, cu, que, qui, cha, che, chi, cho, chu, ta, te, ti, to, tu, pa, pe, pi, po, pu*.

Hechas estas ligeras advertencias, hé aquí el valor que comunmente tienen las letras del abecedario quíchua:

A: es siempre abierta, y su sonido corresponde filológicamente al *fa* natural; C: un poco más fuerte que en castellano; D: esta letra propiamente no existe, pues se pronuncia como el *th* anglo-sajón; E: es la *i* semivocal; H: como la *j*, con más suavidad; I: siempre fuerte como la *y*; K: se emplea como la *c*, y se escribe *kc* cuando la palabra se pronuncia formando la guturación en lo más interior de la garganta; Ll: como en castellano, si comienza con ella la palabra; M: con pronunciación latina; N: como en castellano; Ñ: como en nuestro idioma; O: generalmente como *u*; P: como en castellano; Q: su pronunciación es muy variable, pues á veces suena sobre el glotis ó exsófago; R: siempre suave, como en italiano, y en ningún caso como *rr*; S: tan suave como la *s*; T: su sonido varia con la guturación, y por eso se escribe á veces *Tt*; U: como en español; Y: con sonido fuerte, aunque á veces se confunde con la *e*; Z: con mucha suavidad, y comunmente como *chh*.

La manera cómo suenan las letras que acabo de

indicar, no es siempre constante, como lo dejé manifestado, pues hay casos escepcionales en que la guturación cambia el valor eufónico de aquellas, el que varia también según que la letra sea inicial, se halle en medio, al lado de vocales, ó al fin de las palabras. Otras veces una misma letra, como la *Q*, se pronuncia glòtica ó epiglòtica, «parecido al *qaqarreco* de la gallina ó del gallo cuando hace su punto cromático en el gznate al terminar su canto.»

Respecto á la pronunciación de las sílabas, dice Garcilaso: «La primera sea que (el quíchua) tiene tres maneras diversas para pronunciar algunas sílabas, muy diferentes de como la pronuncia la lengua española, en las cuales pronunciaciones consisten las diferentes significaciones de un mismo vocablo: que unas sílabas se pronuncian en los lábios, otras en el paladar, otras en el interior de la garganta.»

A estos motivos para explicar la dificultad de traducir exactamente los sonidos quíchuas, hay que tener en cuenta lo que con tanta verdad dice D. Vicente Fidel Lopez, de que «la equivalencia de los signos usados por los quíchuas, respecto de los nuestros, son sonidos que cada pueblo representa con la equivalencia de sus peculiaridades ortográficas. La organización fónica de las palabras indias, añade, muchas veces no es bien traducida á los signos y sonidos castellanos, por las grandes diferencias de la pronunciación.»

El quíchua (1) como nuestro idioma, tiene todas las partes de la oración. En aquel, como en los idiomas primitivos, los sustantivos y pronombres son neutros.

(1) *Keshwa*, escribe e. Dr. Vicente Fidel Lopez, y Matienzo (Op.cit., Cap. V, pag. 51) dice al respecto: "El apelativo *quíchua* que se ha dado á uno de los idiomas *ingásvicos*, es la transcripción castellana de *keshwa*. Como la primera consonante *kh* no es exactamente el sonido de la *f* española, sino que es una gutural aspirada hecha en las fauces, esto es la aspiración de la *g* dura, que se aproxima á la *h*, los conquistadores españoles han pronunciado solamente *k* dura en vez de *sh* hebrea y árabe cuyo sonido no hay en el idioma español. El sonido de *sh* que es igual al del inglés, tampoco existe en el castellano, y es por

Para el *nombre* no hay mas que una sola declinación; carece de género, y para distinguir la hembra del masculino, se anteponen al sustantivo las palabras *orko* (macho) y *china* (hembra). Se quiere, por ejemplo, hablar del macho ó la hembra de la *visckacha*, el *Ccuchi* ó la *allpaca*: entonces se dice en quíchua *orko-visckacha* ó *china-visckacha*, *orko--ccuchi* ó *china-ccuchi*, *orko-allpaca* ó *china-allpaca*. Para hacer el plural, se añade á los nombres la partícula *cuna* (*los, las*). En la declinación del nombre los casos no se conocen por las terminaciones, como en el latin, sinó por la proposición hecha al nombre de las partículas: *p, pac, pa, cta, ta, man, y, pi, huan*, debiéndose en la aplicación de alguna de estas partículas distinguir si el nombre á que van propuestas termina en vocal ó consonante.

Hé aquí la forma de la declinación, que en singular carece de nominativo:

Singular	Plural
.....	<i>cuna</i>
<i>p ó pa</i>	<i>cunap</i>
<i>man</i>	<i>cunaman</i>
<i>cta</i>	<i>cundcta</i>
<i>ah!</i>	<i>ah!</i>
<i>manta</i>	<i>cunamanta</i>

Tomamos, como ejemplo, la muy conocida palabra quíchua *coya*, y de acuerdo con las terminaciones anteriores, la declinamos en todos sus casos:

	Singular	Plural
Nom.	<i>Coya</i>	<i>coyacuna</i>
Gen.	<i>Coyap</i>	<i>Coyacunap</i>
Dat.	<i>Coyaman</i>	<i>Coyacunaman</i>
Acus.	<i>Coyacta</i>	<i>Coyacunacta</i>
Vocat.	<i>Ah! Coya</i>	<i>Ah! Coyacuna</i>
Ablat.	<i>Coyamanta</i>	<i>Coyacunamanta</i>

eso que los conquistadores lo han pronunciado como si fuera la *ch* palatal castellana. A causa de la falta de esas consonantes en la fonética española, se escribió y pronunció *quíchua*, en vez de *kheskwa*. El vocablo *kheskwa*, significa idioma y temas análogos significan también *lengua* en el sanscrito y en el zendá. Según la trascripción que hace Bopp, el sanscrito *gihwa* corresponde al zendá *hiswa*, lengua."

En los nombres sustantivos son muy usados los dip-
tongos *au, ao, ay, ya uay* etc.

El *adjetivo* carece de género, número y caso, y se antepone al sustantivo, como si quisiéramos decir: mujer (*huarmi*) hermosa (*sumac*): *sumac-huarmi*.

Por lo demás, es rarísimo encontrar en quíchua un nombre monosílabo, y el acento prosódico siempre va cargado en la penúltima sílaba. De aquí lo poético del lenguaje quíchua.

Hé aquí como se escriben los nombres *numerales*:

<i>Huc</i> (ó <i>shuc</i>)	1	<i>Zocta</i> (<i>Socta</i>)	6
<i>Iscay</i>	2	<i>Chanchis</i>	7
<i>Kinsa</i> (<i>Quinza</i>)	3	<i>Pusac</i> (ó <i>Pusac</i>)	8
<i>Tawa</i> (ó <i>Tahua</i>)	4	<i>Iscon</i> (<i>Iscon</i>)	9
<i>Pichca</i> (ó <i>Pischa</i>)	5	<i>Chunca</i>	10

Los pronombres *posesivos*, mio, tuyo, nuestro y vuestro, no se declinan, sino que se forman con la adición de ciertas partículas especiales, que para los pronombres citados son: *y, yquí, u, nchic, yquichic*. Así por ejemplo, si queremos decir: «mi alpaca», «tu alpaca», escribiremos: *alppacay, alppacay-qui*, etc, del sustantivo *alppaca* (carnero de la tierra). Las partículas citadas, cuando van á unirse á un nombre terminado en consonante, se cambian en: *nüy, nüyqui, nin, ninchi, nüyquichic*. Si queremos decir: «mi cáñamo», «tu cáñamo», añadiremos al sustantivo *Chhahuar* (cáñamo) estas partículas, escribiendo: *Chhahaurniy, chhahaurniyqui*. El pronombre varía aún en dos ocasiones más si el nombre fuera participio de presente ó si se hace uso del pronombre *quiquiy*, que significa *mismo*, como *quiquiy*, «yo mismo», *quiyuuyqui*, «tú mismo».

El *verbo*, á semejanza del nombre, no tiene sino una conjugación y es activo, pasivo ó sustantivo. Tiene los modos indicativo, subjuntivo, imperativo, infinitivo y el denominado optativo.

En quíchua hay que distinguir entre verbos simples y compuestos, pues á estos últimos se agrega la

partícula *chi*, como sí en vez de *munani* (yo amo), se dijese *munachini* (yo soy amado). Puede además el verbo en sus transformaciones, llevar partículas epentéticas y afijas.

En la conjugación del verbo quichua, á semejanza del verbo regular castellano, aquel como éste tiene una terminación invariable.

Como mi propósito no es otro sino evidenciar que el quichua obedece á una verdadera estructura artística, dejando los otros tiempos voy á limitarme á poner un ejemplo del presente de indicativo del verbo *muna* (amar), estableciendo la comparación con el correspondiente verbo castellano:

am-o	muna-ní
am-as	muna-quí
am-a	muna-n
am-amos	muna-ychu
am-ais	muna-nquichic
am-an	muna-n ó ne

El quichua, como nuestro idioma, tiene también verbos irregulares, como *huaccan*, *lian*, etc.

El *adverbio* se forma de diez modos, generalmente, añadiendo al nombre las partículas: *hina*, *cayniqui*, *cayninhuan*, *manta*, *lla*, *mana*, etc.

Casi todas las denominadas *partículas de ornato* son también adverbios.

La *preposición* se pospone siempre. Las principales son: *man*, *ña*, *pa*, *caylla*, *hahua*, *vra*, etc.

La conjugación es también copulativa ó disyuntiva, perteneciendo á las primera categoría las conjugaciones: *huan*, *pas*, *ri*, *ca*; y á la segunda, las *cayri*, *mana*, *ñispa*, *chu*, etc.

Las *interjecciones* quichuas son numerosas y expresan todos los afectos del ánimo; entre las mas comunes pueden citarse las siguientes: *huaa*, *aha*, *akh*, *attalay*, *hayhay*, *pactach*, *achusto*, *hik*, *ihihí*, *añallan*, *achallay*, hasta hoy tan usada, *achalay!* (qué oloroso!) *aa*, *munaylla añdy*, *abb*, *yaa acaylla*, *atha*, *achoc*, *ah*, etc.

La construcción de la oración quichua es diferente de la nuestra. La persona que hace y las partes determinadas anteceden á aquella á quien determinan. La frase, por ejemplo: «Yo voy á Calchaquí á confesar al hijo del Curaca», diríase en quichua: «Del Curaca su hijo á confesar á Calchaquí voy»: «*Curacap churinta confessachicmi Calchaquiman rini*».

Las denominadas «partículas de ornato», á que más antes me he referido, son una singularidad en el idioma quichua, pues muchas de ellas, si no son adverbios, no pertenecen á ninguna de las partes de la oración.

Las partículas de ornato que añadidas á las palabras, ora modifican su significado ó introducen una novedad en las mismas, son: *ari*, *cca ch* (para los terminados en vocal), y *cha* (para los en consonante), fuera de algunas otras. La partícula *chu*, por carecer de significado propio, se asemeja mucho al *pas* de los franceses.

Del Padre Diego de Torres Rubio extractò lo siguiente sobre el uso y valor de las partículas de que hablamos, sirviendonos para mayor intelijencia de los ejemplos siguientes: si se interroga: *¿maypin yayaiqu?* (¿dónde está tu padre?), añadiendo la partícula *cha*, llamada de dubitación, se contesta: *muymau-cha*, (no sé donde); *cca*, entra en las oraciones condicionales como *mmas-cca ccohunqui* (me lo dirás si quieres); *chu*, que sirve para negar, ó más bien para forzar la negativa, se usa de esta manera: Pedro *manamicun chu* (Pedro no come), *amaruray chu* (no lo hagas). No hay que confundir estas partículas con las *cha*, *cu yacca-cha*, *ycu*, *paya*, *rac*, etc., que se denominarán «partículas interpuestas al verbo,» las que mudan la significación ó le hacen decir lo contrario. Así tenemos: *apani*, llevar, interponiéndole la partícula *mu*, significa traer: *apamuni*;—*cconi*, dar, con la interposición de la partícula *pu* se convierte en restituir: *copuni*.

Cuanto suscintamente he expuesto sobre el clásico idioma, nos basta para formarnos una exacta idea

de él, conocer su estructura artística y su belleza incomparable.

«El idioma quíchua, dice el Padre Mossi, en su gramática y sintáxis, es riquísimo, lleno de artificio y reglas muy precisas, fecundo en variar los nombres y los verbos, suave y nada bárbaro, capaz de energía y número, armonioso y elegante, y que manifiesta y arroja de sí mucha luz filológica para los aficionados al estudio de las lenguas, al mismo tiempo que acredita el talento de su autor y la cultura de los que contribuyeron a su lustre y perfección: y, finalmente, es un idioma completo, perfecto, sin anomalía, y acabado en todo su mecanismo: un idioma que en sus voces presenta la más viva pintura del mundo primitivo, y que la serie de muchos siglos no ha sido capaz de corromper ni alterar un ápice su primera formación, que sabe dibujar los pensamientos más sublimes de la filosofía con la figura que le es propia y natural, y que por lo mismo es digno de ser cultivado practicado y aún admirado de los más sábios literatos del siglo XIX.»

Estas palabras, de cuya veracidad no pueden abrigarse dudas siempre que se conozca aunque sean los rudimientos del quíchua, hablan bien alto del idioma de nuestros naturales y nos suministran la más completa idea de su civilización, toda vez que el idioma es el modo de ser de un pueblo, el reflejo de su vida, la síntesis de todos sus progresos, que tienen palabras que los revelan en la lengua de los hombres.

Hé dicho más antes, que el quíchua, por carecer de palabras agudas, es por sí mismo una poesía continuada, y que los conquistadores deleitábanse escuchando la poesía y los cantares armoniosos de los indios. Pues bien: el entusiasmo por el quíchua llegó a ser tal, que los castellanos mismos en más de una ocasión compusieron idilios, cantos, himnos, odas, y hasta dramas en quíchua, si es cierto que el *Ollantay*, representado delante de Tupac-Amaru en 1780, es tragedia castellana y no figura en el

catálogo de las piezas del teatro peruano, lo que á no dudar es así por el carácter semi-europeo de los personajes y lo cristiano de las pasiones, que como la del amor, sería lasciva, lujuriosa y tropical, como la tierra en que se nace. Según Ricardo Palma la crítica ha venido á demostrar que el cura de Sicuani, D. Antonio Valdés, gran conocedor de los teatros griego y español, fué el poeta autor del *Ollantay* (1).

Sea de ello lo que fuese, «las piezas peruanas, como dice un distinguido americanista, aspiraban a los honores de la composición dramática, sostenidas por los caracteres y el diálogo, y fundadas algunas veces en argumentos de interés trágico, y otras en los que por su carácter ligero y social corresponden á la comedia.»

Los *aravacs*, como los cantores populares de Grecia, como los bardos de las baladas inglesas, como los poetas del romance castellano, como el *trouvère* normando y los cantores mediavales, no solo han tomado como asuntos, para cantarlos en quíchua, el amor y la naturaleza, el cielo con su sol y sus estrellas, la tierra con sus auroras, crepúsculos y melodías, sino que los bardos nativos, en unión de los *amautas*, cantaban, como aquellos, á sus héroes y á sus Incas, y entregaban á la tradición y la leyenda las glorias de su estandarte de arco iris, los triunfos de los vencedores, mientras la dulce *queua* acompañaba al armonioso *hailli*, el canto de los triunfos, suave como el arrullo de la *urpila*, ardiente como la corola de la *achicra*, candente como los rayos del *Inti* ó templado como el fuego sin calor del *tucu-tucu!*

A Garcilaso debemos una de las más ligeras y sencillas composiciones líricas de los peruanos, la que no resisto á transcribir, para que el lector regale su oído

(1) En un manuscrito publicado no hace mucho en el tomo V de la "Revista del Museo de la Plata", el *Ollantay*, del doctor Justo Apu Sahuaraura Inca, este dice: "no encuéntrase otra narración escrita de este antigüísimo suceso que la comedia que en lengua *quéshua* formó pocos años ha el Dr. D. Antonio Valdés, cura que fué de Sicuani."

con la armonía del quíchua puesto en metro:

Çumac Nusta
Toralláyquim
Puyñuy quita
Paquir cayan
Hina Mántara
Cunuñunun
Illac pántac
Camri Nusta
Unuy quita
Para munqui
Muy ñimpiri
Chichí munquim
Riti munqui
Pacha rúrac
Pachacamac
Viracocha
Cay hinápac
Churasunqui
Camasunqui

Hé aquí, para mayor abundamiento, el texto de un fragmento de himno que en el siglo XVII entonábase en los festivales religiosos.

Virgen Mericeta capay manayquietaen
Yallitachirecanqui Angel eunamanta
Inti. Coylluramanta Ima, haycecamunantapas,
Ashuanni eunayachirecanqui

Lluuqpac viceamnantam paccarimurecanqui:
Cruzpi huañuspari, equespichihuarrecanquim:
Quinza ppunchhuamanta causarimpusatac
Gloriamau ñatac ripurecanqui.....

Ceampac gloria cachun, Dios Santa Trinidad
Viñay cay Dios Yaya: Jesús Dios Churiunhuan
Espiritu Santo huan: quinza persona, huc Dios,
Ceampac viñay gloria Cacchum.

La quena, ya lo he dicho, era el instrumento favorito de los dulces cantares quichuas, y cuando la india apasionada la escuchaba á la media noche, decía al importuno castellano: «Señor, déjame ir donde voy, sábetete que aquella flauta que oyes en aquel otero me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza ir allá, que el amor me lleva arrastrada....»

Para terminar, réstame decir cuatro palabras sobre el signo de trasmisión ó vehículo de la idea, de la escritura, desconocida de los quichuas, que solo usaban los *quipus*, al parecer empleados por nuestros andalgalenses del siglo XVII, los que quizá tendrían su *quipucamayus*.

Era el quipus una faja de hilos de diferentes colores, como medio metro de largo perfectamente retorcida, como una trenza. Los colores del hilo eran la indicación de la idea: un hilo rojo, por ejemplo, decía guerra; otro blanco, significaba plata; el amarillo, oro, etc. Los nudos eran los números.

Fácilmente se comprende que semejante medio de trasmisión era lo mas rudimentario que pudiera imaginarse en materia de escritura, é infinitamente más indescriptible debería ser un quipus que el más complicado y enigmático de los geroglíficos. En efecto: no era posible que los colores, por más combinados que fuesen, pudieran expresar los miles de palabras del vocabulario quichua; y si se objetase que á cada color correspondería una idea ó serie de ideas, ya puede comprenderse la inmensa dificultad, si no la imposibilidad de aprender semejante escritura, mucho más ante la multiplicidad de los colores. Pero el objeto verdadero de los quipus era llevar cuentas, y nada más, como ya lo ha dejado establecido Ricardo Palma. (1)

(1) Sin embargo, al Dr. Apu Sahuaraura, citado en la nota anterior pone estas palabras, que se refieren á los quipos, en boca de Ollantay: «Esta verdad es un dogma de nuestros anales, y nuestros *quipos* un testimonio auténtico de lo que digo»

Los quíchuas mismos, sin poderse entender con sus quipus, usábanlos como un gráfico resumen de lo que oralmente deberían transmitir á sus oyentes, tal como hacían nuestros paisanos del Oeste en sus confesiones, cuando llevaban á los piés del confesor un atado de piedras en el *poncho*, representando las más pesadas, ó de colores más vivos, los pecados mortales, y los pedruzcos los veniales.

Y á la verdad, por más que este sistema mueva á risa, que salían al fin satisfechos confesor y confesado: el uno sabiendo que el paisano nada olvidaba, y el otro sin tener deuda qué pagar ni culpa qué guardar.

XI

No es raro en las viejas crónicas encontrar algunas veces la denominación de *Tucumán Juríes y Diaguitas*, aplicada á la gran provincia tucumana, y preciso es que nos demos cuenta cabal de esta denominación.

Otras veces, especialmente en las páginas de los cronistas chilenos, designase al Tucumán con los nombres: «país de los juríes» y «país de los diaguitas», tomando en tal designación la parte por el todo.

Indudablemente que estas denominaciones no han sido hechas caprichosamente por los cronistas, como pudiera suponerse, cuando á más de diaguitas y juríes, propiamente dichos, hay en el Tucumán muchas otras *naciones* no comprendidas bajo una ú otra dominación, por pertenecer á familias distintas. Y es que el nombre de *diaguitas* háse aplicado á las gentes de pueblo ó indios urbanos, é intertanto reservábase el de *juríes* á los indios poblados en las dilatadas campañas de la Provincia.

Con efecto: la palabra *diaguita* puede escribirse de este modo: *tiac-y-ta*, que nos suministraría las fáciles traducciones de «morador, localidad», trayéndonos inmediatamente la idea de «indios de pueblos» ó

«gente que mora en pueblos» ó «que frecuenta pueblos. *Jurí*, sería al revés: «gente de campo, rural», ó sea *xurí*, *suri* ó *jurí*, avestruz, que con el agregado de la partícula, pluralizando el nombre daría *jurí-ys* «lleno de *surís*» ó «lleno de avestruces», lo que nos suministraría una clara idea de lo que son estos indios, pues que los avestruces viven en lo más desierto, alejándose siempre de lugares frecuentados por el hombre (1).

Refiriéndose á esta división de juríes y diaguitas, que explica á las claras cuánto los cronistas querían significar con «Tucumán, Juríes y Diaguitas», Lafone Quevedo, generalizando más la idea, dice: «Diaguitas serían los kakanes que se habian sometido al modo de vivir de los del Cuzco y habían adquirido su Lengua General; juríes, los que permanecieron en un kakanismo más puro de idioma y de costumbres.»

Indudablemente que como los *surís* han dado nombre á los *juríes*, estos animales serían un tanto sagrados para los tucumanos, lo que al parecer es así, pues que las cabezas de los *surís* no figuraban entre las de las aves y demás animales que los indios empleaban en las ruidosas bacanales del *Chiqui*, y además se los vé grabados en las urnas cinerarias.

La denominación propia de *juríes* y *diaguitas* está especialmente reservada para dos grandes tribus tucumanas: *juríes*, son los indios que vivían en el territorio comprendido entre el río Salado (de Santiago del Estero) y la actual provincia de la Rioja. Estos constituían una nación salvaje, muy belicosa, entregada sin freno á la embriaguez. *Diaguitas*, eran los indios que habitaban parte considerable de la Rioja, la región sud y sud-oeste de la Provincia de Catamarca, el valle del mismo nombre, en el centro, y tras del Ambato toda la zona que se estiende hasta el

(1) Despues de escrito esto, encuentro en el cronista Oviedo un párrafo en que dice lo mismo: *jurí*, es *suri*; lo que era, pues, conjetura, se vuelve una verdad.

valle de Abaucùn, así como una parte de lo que es hoy Tucumán.

Las diaguitas eran mucho más civilizados que los juríes, y constituían un pueblo numeroso, el que era poseedor de grandes tierras de labradío, dedicadas á la agricultura, como se recordará de los maizales en berza de los capayanes, cuando la llegada de Diego de Rojas.

Tan importante sería la nación diaguita, que gustaba á algunos gobernadores castellanos llevar el título de «Gobernador de los Diaguitas.»

En 1591, Velasco se titulaba «Gobernador y Capitan General y Justicia Mayor en estas provincias y gobernación de Tucuman Juríes y Diaguitas y todo lo á ello incluso.»

Poblado era el territorio de la Rioja por *diaguitas*, *famatinas* y *guanacoles*, vecinos estos últimos de los *harpés* de San Juan.

Propiamente es Tucumán la región *tonocote*, y su suelo era casi en su totalidad habitado por *hiles*, *lafics*, *colalaos*.

Córdoba es la nación de los *comchingones*, y el sitio en que se encuentra la actual ciudad del mismo nombre, constituía el centro de esta vasta nación indígena, que comenzaba en nuestras grandes salinas, habitadas de este lado por *escalanilas* y *yamanaes*, indios con los cuales se dió el celeberrimo general Tejada.

Más allá, en las regiones del Chaco, vivían los *chiriguanoes*, *mocovíes*, *tobas* y *guaicurúes*.

En Jujuy y Salta vivían los *humahuacas*, *huachhuacas*, los *pulares*, aliados de los españoles, y al sud de Salta los famosos cuanto desgraciados *tolombones*. Enseguida vivían los heroicos *quilmes*, ya en la región santamariana, persistiendo aún con su nombre uno de sus pueblos. Los *calianes*, en la línea divisoria de Catamarca, constituyeron la valerosa tribu condenada al destierro, juntamente con los quilmes.

En nuestro Calchaquí, comenzando por el valle

de Yocahuill ó Santa María, vivían numerosas y belicosas tribus, que tanto han actuado en la epopeya de las cumbres. Este valle era poblado por *quilmcs, yocaviles é incamanas* ó *cucamanas*.

En el Anconquija, en la gran antiplanicie del Pucará, vivían los indios de Malli ó *mallengues*. En seguida los de *Singuil*.

Los mallis fueron transportados à Andalgala, y *Malli* se denomina una de las fincas de viña más importantes de este pueblo.

Pobladas eran las demás regiones calchaquies de Catamarca, que hoy constituyen en la misma los departamentos de Andalgala, Belén, Tinogasta y Pomán, por belicosas tribus. Habitaban el valle de Andalgala los *andalgalenses*, y entre éstos los *tucumangastas, mallis, huachischis, y huasans*. En los valles de Bisvil y Famayfil, hoy Belén, vivían los *hualfines, culampajhos, malfines y samajiles*. Es de advertir respecto de hualfines, que también los había en el valle santamariano. Siguen los *tucumanos y paccipas*, en el anchuroso valle de este nombre. Habitaban lo que es hoy jurisdicción de Pomán, los *pomanes, pipanacos, colpeños y bilichas*, estos últimos una legua al sud del pueblo de Colpes. En Tinogasta vivían los *abancaes*, en el valle del mismo nombre, los de *Pituil* (Copacabana), *huatungasta, mayo-pucos* y *fambalaos*.

Vienen en seguida los *diaguitas*, propiamente dichos, que continúan poblados en la Rioja, encontrándose un poco más allá de la línea divisoria los indios *pueblistas*, como los de Machigasta y Aimogasta.

Cruzando las sierras de Sijún ó del Ambato, damos ya con nuestros diaguitas *capayanes*, que habitaban todo el sud de Catamarca. Es preciso tener en cuenta que de origen diaguita eran también todas las tribus del oeste, excepción hecha de las santamarianas.

Era diaguita el centro de la Provincia, y en los actuales departamentos de Ambato, Valle Viejo, Piedra Blanca y Paclín, vivían *choyanos, motimos, huilichas,*

paclingastas, etc. Son puramente *juríes* los indios que poblaban los hoy denominados departamentos de Santa Rosa, Alto, Ancaste y La Paz.

Esta ligera reseña de las principales tribus ò *naciones* tucumanas, por más suscinta que ella sea, ha de servirnos mucho como clave para darnos cuenta exacta de los pueblos indígenas, actores de la epopeya de las cumbres.

XII

Por todo cuanto anteriormente se ha escrito, ya podrá juzgarse de la importancia que los clásicos nombres de lugar tienen para la historia de los viejos y casi olvidados acontecimientos. Si estos nombres de lugar descienden de un idioma determinado ò tienen relaciones de parentesco con el mismo, ya sabemos, casi con seguridad, que los nombres tienen mucho que hacer con la raza que habló ese idioma.

Los nombres de lugares no se ponen al acaso, y consecuente con ellos suele ser su tradición histórica; por algún motivo se dió tal nombre, y por tanto, alguna significación tiene, especialmente si coincide con el desarrollo de grandes sucesos. De aquí que si se introducen cambios, toda una tradición puede perderse con el transcurso de los siglos, y aún de los años. En este sentido, las razas aborígenas nos dan elocuentes lecciones por su afán de conservar su tradición é historia, pues que ellas, y muy especialmente los conquistadores incásicos, tenían profundos respetos por la antigüedad, tratando estos últimos de no hacer inovaciones trascendentales, dejando al pueblo que subyugaban con sus dioses y su cultura, siempre que no riñiese abiertamente con la propia, y los nombres de sus lugares, más si alguna tradición querida del pueblo representaban.

En medio del enmarañamiento histórico, movi-

miento, diseminación y dispersión de razas, los nombres de lugar son como los restos de las tiendas de descanso, ó como los jalones de las marchas y peregrinaciones.

La tradición suministranos á cada paso datos incompletos ó poéticas leyendas, que fantasean el criterio histórico; pero los nombres de lugar todo lo iluminan, y con el auxilio de la crónica, y aún de la tradición, puede recomponerse un largo período histórico.

No hay documentación tan valiosa como los nombres de los lugares históricos. Por ellos, por ejemplo, encuéntranse en el Tucumán rastros araucánicas, así como huellas visibles de la dominación cuzqueña y de la civilización kakana. Las solas raíces *ahaho*, *huill* y *gasta* en los nombres de lugar, son toda una revelación, pues indican el tránsito ó alojamiento de culturas distintas.

Los rastros de la invasión y dominación incásicas encuéntranse en los nombres quichuas de lugar, y en particular en aquellos que tienen una directa vinculación con los mismos, como sucede con lugares que se denominan *Tambo del Inca* (*tambo*: posta, parada), *Inca-huasi* (casa del Inca), *Río Inga*, *Pucará del Inca*, *Ccapac-ñan* (hoy Capayán: camino del Capac, ó camino real); así como acontece con las *markas* y las *catas* del soberano del Cuzco.

Verdad es que el tiempo y la mezcla de lenguas han modificado ó corrompido muchos de esos nombres indígenas; pero, esto no obstante, siempre que se hayan salvado algunas partículas ó raíces de los mismos, fácil es reconstruirlos ó volverlos á sus formas gramaticales de origen y á su significación primitiva. Lo que apenas, es, por el cambio de nombres, no poder ubicar los acontecimientos ó resolver problemas relativos á las razas y á sus evoluciones de vida, desarrollo y dispersión en el tiempo y el espacio.

Por consiguiente, cambiar ó modificar los clásicos nombres de lugar, máxime si alguno de ellos representa hechos trascendentales, es como borrar intencio-

nalmente los rastros que dejan la tradición y la historia en su paso por nuestras montañas; es como apagar el foco de las revelaciones, que brilla para el espíritu meditador y perspicaz; es como arrancar los jalones, representantes de la historia, que los siglos mismos han respetado. Obra estéril de destrucción es, pues, el cambio de nombres de lugar, que tantas confusiones acarrea, que tanto enmarañamiento ocasiona y que dá lugar á investigaciones infructuosas en busca de lo mismo que tan fácilmente podíamos conservar, con no hacer otra cosa que no seguir la manía de cambiar los nombres de lugares por que sí ó por halagar la vanidad de personajes contemporáneos.

El nombre desaparecido de *Calkin*, por ejemplo, pueblo de los indios *calianes*, ha traído una árdua cuestión de límites, siempre para ventilarse, entre dos de las que hoy son provincias en el viejo territorio tucumano. El cambio de nombres de ríos nos trajo, así mismo, la cuestión de límites con Brasil, que vino á resolver Cleveland, y que en más de una ocasión ha estado para causar un conflicto internacional.

Es necesario, en este sentido, que hagamos caso de las enseñanzas de los pueblos orientales, que conservan á través de los siglos los nombres de sus lugares ó territorios históricos.

Cambios recientes y lamentables se han hecho en algunos puntos del Tucumán. En Poman, por ejemplo, no hace mucho que á Pisapanaco, Colana y Mutquin se les ha bautizado respectivamente con los nombres de San Miguel, Rosario y Bolívar. Pero quienes han hecho un abuso censurable de cambiar los nombres de sus lugares, son los riojanos: comenzaron por sus *Hediondas*, lo que se les pudo perdonar, hasta que han concluido por borrar los nombres de Vinchina, Tama, Chamical, Olta, Malanzan, Catuna, Patquiá, Sanagasta, Chepe, Ulape, etc., los que vivirán protestando de que hoy se les les llame Castro Barros, General Sarmiento, Velez Sarsfield, Juarez Celman, General Belgrano, Rivadavia, Independencia,

Santa Rita, San Martín, Villa Bustos, y que sé yo que más.....

Es necesario protestar enérgicamente contra estos abusos, que solo se avienen con la petulancia ó la ignorancia, y producir una reacción inmediata á fin de que cada lugar reivindique su nombre de pila. Los gobiernos debieran recomendar á personas ilustradas la tarea de hacer las investigaciones consiguientes, á fin de dar á cada lugar su nombre clásico.

Recién, con los estudios históricos de las viejas razas, nos estamos dando cuenta del daño que se nos ha hecho cambiando los nombres de lugar. A varios de estos ya no nos es posible darles su correspondiente ubicación geográfica.

XIII

El señor José Victorino Lastarria escribió en Chile, por los años de 1844, una obra que llevaba por título: «Investigaciones sobre el sistema colonial de los españoles», hermoso compendio de la tradición araucánica, en el cual el historiador vanagloriábase de «la cordura de Colocolo, de la prudencia y fortaleza de Caupolicán, de la pericia y denuedo de Lautaro, de la ligereza y osadía de Painenancu.»

Nuestro distinguido publicista, el señor Domingo Faustino Sarmiento, tan conocido por su americanismo, esta vez, en su precipitada crítica de la obra de Lastarria, reprochábale con marcada insistencia haberse ocupado de los indios de nuestra América, «como si estos hombres salvajes (son sus palabras) perteneciesen á nuestra historia americana.» Luego con todo el desdén de la crítica, manifiesta que no se debiera «principiar la historia de nuestra existencia, por la historia de los indígenas, que nada tienen de comun con nosotros.» «Sobre todo, añade en otro lugar, quisiéramos apartar de toda cuestión social americana á los

salvajes, por quiénes sentimos, sin poderlo remediar una invisible repugnancia, y para nosotros Cololo, Lautaro y Caupolicán, no obstante los ropajes civilizados y nobles de que los revistiera Ercilla, no son mas que unos indios asquerosos, á quienes habríamos hecho colgar y colgaríamos ahora, si reaparecieren en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla.»

Sarmiento, el mismo que esto escribe, dedicò largas páginas á sus guarpes de San Juan, como incitando á los historiadores á escrudinair los secretos de las razas primitivas.

Estoy en la más completa disconformidad con las ideas de nuestro gran publicista, que, atendidas, quitarían a nuestra naciente historia la mas rica é inextinguible fuente de sus investigaciones, á la ciencia elementos valiosos y á la poesía luminosos motivos.

Nada es más interesante para nosotros los americanos que el conocimiento perfecto de lo que fueron é hicieron las razas primitivas, cuando más no fuera que porque somos hijos del suelo que ellas habitaran ante que nosotros.

Fueron las indígenas los dueños de la tierra, en la cual nosotros hemos constituido naciones y gozamos de los beneficios de la libertad; y, tenga ó no la civilización derecho á las conquistas á mano armada, arrebatando á los poseedores de siglos las tierras en que nacieron y vivieron, algo, siquiera, no podrá negarse que se les queda debiendo, cuando más no sea que un recuerdo, á fuer de que no seamos sinó usurpadores vulgares.

La historia de las razas primitivas es nuestra propia tradición, algo peculiar al suelo que habitamos, y que una instintiva y natural curiosidad, cuando más no sea, nos obliga á conocer. Si nuestros geólogos se afanan por saber de la tierra que habitamos; si nuestros naturalistas estudian con ahinco la fauna y la flora del país, ¿por qué se ha de dejar al hombre, el rey de la tierra, el genio pensante de la naturaleza, ante el cual inclina

su frente cuando siente sus pasos?

Muchas de esas razas son las generadoras de nuestros pueblos actuales, los que llevan aún su sangre, con sus virtudes y sus vicios; triste sería la condición humana si no quisiera conocerse á sí misma en el pasado, viviendo solo para el egoísmo del presente.

«Un pueblo sin tradiciones de su origen, ha dicho muy bien un escritor argentino, encareciendo el estudio de las razas nativas, me parece que debe sufrir los mismos desconuelos del hombre que no ha conocido sus padres, y debe envidiar á los otros que gozan en los infortunios recordando los días en que se adormecieron al rumor de los cantos maternales. Por eso las naciones que no tienen tradición, añade, la crean sobre la base de la naturaleza y de sus caracteres íntimos; y es ese anhelo de iluminar el pasado el que ha forjado los grandiosos poemas bíblicos, de cuya sávia se alimentan las literaturas cultas de todos los pueblos.»

Pueblos bárbaros han sido los generadores de las razas que habitan la Europa actual, y en mucho tienen los europeos á los historiadores que se dedican á estudiar la vida de sus antepasados, porque desdeñarlos por el hecho de que hayan sido bárbaros ó salvages, es como despreciar á nuestros padres ó nuestros abuelos porque fueron incultos ó rústicos, quiénes, por lo menos, nos han dado existencia, descartando todo lo demás.

¿Porqué ese afán de los historiadores de Inglaterra, Alemania, Francia y España, por ejemplo, en conocer la historia de los bárbaros, sobre los que han escrito centenares de volúmenes? Porque esos bárbaros que se llamaron anglo-sajones, normandos, francos, visigodos, son los abuelos de aquellos pueblos, y porque todo lo que hicieron sus antepasados, aunque no sea más que crímenes, interesa á sus descendientes. Hasta por egoísmo, hasta por propia conveniencia, á fin de atinar respecto á las inclinaciones, tendencias, vicios ó defectos de cada pueblo, es indispensable la historia

de sus generadores. La historia del desarrollo de nuestra raza argentina, por ejemplo, nos ha suministrado las más provechosas lecciones de sociabilidad, como aquella de que debemos fomentar la inmigración caucásica para modificar el carácter típico de nuestra raza, pues sin duda de que nuestro espíritu revoltoso y anarquista es herencia de la sangre de los indígenas, nuestros antepasados. «La anarquía crónica de la América del Sur, escribe el señor José F. Lopez, es la anarquía de la sangre mezclada de dos razas opuestas en su espíritu y en sus instintos.»

Con esto mismo ya se vé bien claramente que es forzoso ocuparse del indio en nuestras cuestiones sociales, y que no es posible desligarlo de ellas. Su sangre, que corre torrentosa por las venas de la generación actual, ha contribuido à darle su carácter típico, el que no es humanamente posible modificar sin cambiar de base química de la sangre. Entonces, pues, lo que quiere Sarmiento, por más que le repugnen nuestros indígenas, de separarlos de toda cuestión social, es imposible, por los gérmenes que ellos han legado à la sociabilidad americana. Si nosotros fuéramos una raza que nada tiene de nativa; si nuestra sangre fuera puramente castellana, está bien, muy bien que prescindieramos del hijo de la tierra en toda cuestión social. Así podrán hacerlo los Estados Unidos, que conservan la pureza de su sangre de raza, y que han exterminado al indio de sus estepas; pero en este sentido son diversas las condiciones de la América Meridional.

El señor Sarmiento parte de un error lamentable: considerar à los indios como asquerosos salvages, cuando ellos han tenido su cultura relativamente adelantada, pues que todo lo que se ha dicho al respecto de las civilizaciones peruanas y mejicana, es aún poco. La cultura araucana, es cierto, distaba mucho de la cultura quíchua; pero de todos modos, sean lo que hayan sido Colocolo, Caupolicán ó Lautaro, éstos

son altos representantes del heroísmo humano, á quienes la historia debe ensalzar, toda vez que cuando se trate de cualidades geniales ésta no distingue entre negros ó blancos, nobles ó plebeyos.

La historia de las razas americanas, es, pues, nuestra propia historia; su tradición, la tradición de nuestra tierra y de nuestra raza; y, por lo mismo, al revés de lo que piensa el señor Sarmiento, yo digo, con un escritor argentino contemporáneo: «¡qué gloria tan pura la que conquistarían nuestros literatos, nuestros historiadores, nuestros hombres de ciencia y nuestros poetas, si lograran con sus estudios, con su dedicación constante, reconstruir aquel periodo luminoso de nuestras razas primitivas, que se oculta, como las cimas andinas en las nieblas permanentes, en la oscuridad de la época prehistórica!»

Apartar al indio de la historia, es desdeñar nuestra tradición y renegar de nuestro nombre de americanos.

XIV

Hermosas, elevadas, imponentes, son las montañas que atraviesan en todas direcciones en el suelo catamarqueño.

No bien el viagero ha pisado el suelo de esta hermosa Provincia, cuando ya divisa en lontananza la franja azulada de sus sierras, y á medida que avanza acércase á ellas y las contempla más grandes, más imponentes, ataviadas de lujo vegetal, con sus picos á veces coronados de nieve. En medio de la aridez de la llanura, abrasada por los rayos de un sol ardiente, la montaña es una especie de esfuerzo ciclópeo de la tierra que se acerca á las nubes, las cuales empapan las elevadas cimas con su húmedo sudor, dándolas vida y lozanía, y cubriéndolas de yerbas.

Recién es ocasión de admirar la hermosura de la montaña cuando se penetra en su seno. Cada una de esas fajas azuladas de tintes sombríos, más ó menos

cargadas, que á veces parecen de la distancia láminas superpuestas, es un cerro ó una lomada á cuya espalda se abre un valle, lleno de vida y movimiento; cada una de esas negras arrugas de la sierra es una ancha quebrada, que desde la altura semeja una inmensa y verde sierpe, deslizándose de las eminencias de granito á la llanura. En el recinto misterioso de la montaña hierve la vida y canta la naturaleza. Torrentes, aves y brisas, combinan una no interrumpida serenata. El ruido que hace la naturaleza en la montaña, es vago, indefinido, huraño, mezcla confusa de rumores, cantos y zumbidos. Solo cuando se ha ascendido á la cumbre cesa el ruido, y el silencio comienza á acentuarse, hasta que se llega á un punto en que la soledad tiene profundos misterios, y en que el espíritu fatigado se repliega en sí mismo y medita en las luchas cruentas de la tierra, que parece dilatarse á sus plantas en un océano de verdura. En la cumbre ya no hay torrentes, ni árboles, ni aves: allí únicamente habita el señor de la montaña, el magestuoso cóndor, que á lo mejor rompe el silencio y llena el aire de silbidos, cuando despliega las alas y comienza á ascender en vuelos espirales, arqueado el cuello reluciente y volviendo á uno y otro lado la cabeza nerviosa.

El panorama que desde lo alto de la montaña se abre á la ansiedad de la mirada, es verdaderamente atrayente. El llano se presenta á la vista como un mar terminado en polvorosas brumas: las colinas y mesetas se nos figuran el oleage de aquel mar de verdura; las aldeas y pueblos apartados hacen islas de formas geométricas de un verde más resaltante que el de la llanura; los lejanos caminos parecen blancos hilos que caen verticalmente del cielo á la tierra, siendo en todo singular y extraño el fenómeno de las perspectivas.

En una ocasión, de una de esas elevadas cumbres, á la que trepé con muchas dificultades, al volver la vista al occidente contemplé en el confín del horizonte una larga y azulada franja, apenas perceptible, que

de trecho en trecho confundíase con el fondo del cielo; eran los Andes, la gran Cordillera, alguna vez tan ponderada como el viejo Himalaya, y de la cual escribía entusiasmado el cronista chileno Córdoba y Figueroa: «Y si célebre es el Olimpo porque á las nubes excede, como ponderó el poeta, no deben ser menos plausibles estos montes que á ellos y á él se aventajan.»

Los Andes son el altar de todas las religiones de América, y en ellos el misterioso dios Pillan tenía su régio trono entre el fuego y el humo de los volcanes, y el Sol de los Incas, para dormir, sus grutas de granito y sus alcázares de nieve eterna.

No puede, á mi juicio, ponerse en duda que la región de las montañas es la porción más hermosa del país. Bella es, en efecto, la región de los ríos y de las islas, con sus costas y sus móviles camalotes; grande es el cuadro de la Pampa, con sus horizontes dilatados. En los ríos y en la Pampa contemplamos cuadros hermosos y variados. Pero, ¿quién, después de conocer nuestras montañas, las cumbres y los valles, puede dudar que la región de aquellas es la que ofrece mayores y más variados atractivos?

En la región occidental y norte de la Provincia encuéntranse los dos soberbios cordones de serranías, Ambato (*ampat*) como *sapo*) y el Anconquija, (*Anconquiha* ó *Anconquihacca*;) (1) separándose este último de las otras serranías algunas leguas al norte, para internarse á la provincia de Tucumán.

Son estos dos renombrados cordones de sierras, de bello y salvaje aspecto, de grande estatura, las montañas de la historia catamarcana, cuyas cumbres, valles y faldas fueron el teatro principal de la epopeya.

El Ambato y el Anconquija estuvieron habitados en siglos anteriores por numerosas y turbulentas tribus,

(1) En documentos originales de Tucumán, está escrito *Anconquija*. (Escritura de 1699-archivo Lauro Román legajo 4^o E. id. de 1720, empadronamiento de Judíos de Anconquija y Uchicha, id. id.) Véase Apéndice.

que vivían de las riquezas naturales que guardaban, de los árboles frutales, las aves y las especies de animales de la tierra, que el indio apacentaba y domesticaba en grandes rebaños. En los valles la tierra era cultivada, y el maíz daba pingües cosechas.

El hombre es hijo de la naturaleza, en cuyos moldes parece que su espíritu se ha vaciado.

Las montañas de Calchaquí han impreso su carácter á las razas que las habitaron. En su espíritu parece como si hubiera algo de la dureza del granito, de la fragosidad de la cumbre, de lo inaccesible del abismo.

Sí comparamos con la naturaleza los rasgos geniales de raza, todo lo que en ella encontramos de típico tiene alguna semejanza con la montaña ó con algunos de sus fenómenos físicos, desde su inalterable rigidez hasta sus repentinos estremecimientos. ¿Quién, en efecto, no percibe una secreta relación entre el carácter del indio: altivez, virilidad, supersición misterio, concentración, astucia, orgullo y constancia, mucho de lo que es peculiar á la montaña?. La contemplación diaria, desde que el indio abriera los ojos, de la montaña, de la cumbre, del abismo, del torrente despeñado, de la tempestad, del cóndor volador, naturalmente ha tenido que influir en el carácter del hijo de la tierra. «En el genio de toda esta gente parece, dice el P. Lozano en su «Historia de los jesuitas del Paraguay,» que influía barbaridad la misma aspereza de sus eminentes serranías....»

La lucha no interrumpida, casi diaria con una naturaleza salvaje, abrupta, llena de accidentes y de asperezas, hace del indio un ser superior en todas las arriesgadas empresas, y le dá ese característico coraje para vencer dificultades y obstáculos que se oponen á su paso.

El hijo de la tierra de tal modo ha asimilado en su espíritu la naturaleza que le rodea, que su vida fuera de las montañas es un constante suplicio. Prisionero en la batalla, en la vida de las ciudades de

los llanos, el indio se consume de *añixia* y de tristeza. En las encomiendas se vuelve una bestia insensible, y trabaja cuando siente en sus espaldas el látigo de sus amos. De ahí que los indios de las encomiendas, á pesar de la vigilancia y amenazas de sus señores, escapan el día menos pensado, y en la larga carabana cruzan la llanura, sin reposar un instante, hasta no haber llegado á sus montañas. La fuga de Este-co de pueblo tan lejano, es un ejemplo palpitante y conmovedor. Así como la salvaje vicuña, la oveja de la tierra, el indio no puede vivir sinó en la montaña, fuera de la cual el mundo ha concluido para él. antes que la vida monótona de las ciudades, prefere la vida trabajosa de la montaña.

El indio en la montaña, es valor, entereza, bravura, en el llano se vuelve silencioso y abatido. En la guerra y su estrategia, ha mostrado siempre su caracter. Rara vez el viejo cacique reunía en la llanura sus huestes y presentaba batalla: la montaña es generalmente su baluarte sus rocas sirven de parapeto, las piedras de proyectiles. Si es vencido escurrese por un desfiladero, llega á la altura, siéntase á descansar de la fatiga y desde allí contempla impasible al vencedor, quien padece de *añixia* si intenta seguir sus pasos. En la cumbre, el indio vencido y aterrizado por el desastre cobra nuevos bríos, cura sus heridas, medita en la guerra, fragua nuevos planes, y en una noche de luna, á la voz del jefe de las tribus, descende otra vez á la falda de la sierra, á presentar nueva batalla al vencedor. Si el castellano ha podido trepar á la cumbre, cómo aconteció en los cerros de Hualfin, el indio tiene á sus plantas el abismo salvador.

Por todos estos motivos los naturales construían sus fuertes en las alturas. La fortaleza de Chelamin elevábase en las sierras andalgalenses; el gran Pucará del Inca, que mide algunos kilómetros de extensión, en la antiplanicie del mismo nombre, sobre el Anconqui-

ja. El Ambató hasta hoy está cubierto de fragmentos de torres, murallas y trincheras de defensa.

La montaña es la cuna de la raza y la nodriza de sus caracteres geniales. Fué también su tumba. Allí donde nació y vivió libre, encontró esclavitud y muerte.



LIBRO SEGUNDO

XV.—Tradición de la raza. Ruínas y leyendas.—La epopeya Calchaquí—XVI El Tucumán. Tucumán de la conquista. Límites geográficos. Tucma, Tucumano y Tucumán—XVII Calchaquí. Extensión de los valles Calchaquíes. Sus acepciones geográficas—XVIII La invasión incásica. Embajada á Huiracocha. El Inca Yupanqui—XIX La civilización quíchua. Sus caracteres. Los quíchuas en Calchaquí—XX Andalgala. Cultura andalgalaense. Andalgala y la política incásica—XXI La vida Calchaquí. La raza de las montañas y su génio guerrero. Cultura nativa—XXII El Cóndor. La deidad alada. El condor y la leyenda andina.

XV

En el seno y en los valles que forman las altas montañas del noroeste de la República, tan ramificadas y tan variadas, existió en tiempos no lejanos, como ya se dijo, la raza más viril de la América, la que luchó más de siglo y medio con la raza conquistadora pecho á pecho y brazo á brazo, hasta que cayó vencida por la fuerza dominatriz de la superioridad de civili-

zación. Los cronistas nos relatan, en páginas muchas veces heladas, el heroísmo de la primera de estas razas, que ha engendrado, á pesar de haber caído vencida, una parte considerable de la población nacional, con sus caractères geniales y sus defectos orgánicos. Esa raza, por lo mismo, debe interesarnos, tanto más cuanto que nuestras montañas conservan aún su tradición; y si bien es verdad que el tipo primitivo casi ha desaparecido por completo, también es cierto que nos ha legado sus caractères étnicos, al trasmitirnos su sangre, que corre aún abundosa por nuestras venas, influyendo no solo en nuestro modo de ser, costumbres, hábitos, supersticiones, sino hasta en la propia lengua que hablamos, los mismos que queremos renegar de sus contactos. No hay casi una sola familia de la clásica nobleza tucumana que no lleve sangre indígena en sus venas: los Prado, los Zurita, los Castañeda, los Aguirre, los Lerma, los Cabrera, los Bazan y Pedraza, los Tejada, los Ramírez de Velasco, los Villacorta, los Nieva y Castilla, los de la Peña, los Soria Medrano, los Mate de Luna, y otros, sin duda que cuando han dejado descendientes ha sido con la cruz de las dos razas madres, la castellana y la nativa, pues que mugeres europeas no podían andar corriendo los azares de la conquista ó las turbulencias de la colonia.

A esta última raza, de tan pronunciados lineamientos épicos, es á la que debemos estudiar los hombres del norte, y en general los que hemos nacido al pié de la montaña.

En cada uno de estos pueblos dámonos con tesoros históricos y arqueológicos que hoy son de mucha valía. Los viejos libros de los cronistas, tanto tiempo olvidados los manuscritos de nuestros archivos, y las ruinas de la cultura nativa, suministranos las fuentes fecundas de nuestras investigaciones.

En la cumbre de la montaña, en la quebrada ó en la llanura, se destacan la siluetas imponentes de las ruinas, los escombros de un templo, y don-

de quiera los restos de pueblos arrasados, de murallas de defensa, de fortalezas estratégicas ó las líneas de piedra que trazan las *huacas* de los cementerios indígenas, verdaderas minas y tesoros arqueológicos. Al cavar la tierra, aquí y allí, cada día se hace un descubrimientos nuevo: objetos de cerámica, de metal fundido, de piedra, muchos de ellos llenos de grabados, que yo no dudo que son geroglíficos, inexplicables para nosotros, ya sea de las civilizaciones quíchua, calchaquina, kakana á cualquiera otra. Los misteriosos grabados de las tinajas de tierra cocida, no son, no pueden ser simples adornos caprichosos, pues el ojo perspicaz puede hallar relación entre grabados y contenidos de los objetos. En nuestro Calchaquí hay ejemplos notables de ello.

Para emprender con éxito la tarea del estudio de nuestras razas es necesario remontarnos á la tradición nativa, y principiar desde el estudio de los dioses criollos hasta el último de los minuciosos detalle de la vida de sus adoradores. Los nativos dioses calchaquíes son una revelación á veces quíchua: Pachacamac, Huiracocha y el Inti: el alma del universo, la fantasma misteriosa y el que vierte oro en «las lágrimas que llora.» Es también necesario conocer las divinidades secundarias,—el lucero, el rayo, el cóndor, el águila y la serpiente.

La raza de nuestras cumbres tiene su hermosa tradición á la par que su épica historia. Este país debe haber sido nido de leyendas, si tenemos en cuenta la poesía de la tierra y el génio característico de la raza que la habitó. Hablando del espíritu supersticioso de las tribus americanas, dice el P. Guevara: «Los Calchaquíes eran al parecer más supersticiosos al trueno y al rayo. Los adoraban por dioses y les tenían levantados templos y chozuelas, cuya interior circunferencia rodeaban con varas rociadas con sangre de carnero de la tierra, y las llevaban á su casas y sembrados, prometiéndose de su virtud, contraída á presencia

del numen, toda felicidad y abundancia.» Y no es solamente el trueno y el rayo: cualquier fenómeno de la naturaleza, cualquier acontecimiento que pareciera salir de las leyes ordinarias, el más mínimo accidente, que no sobresaltaría al menos supersticioso, agitaba al instante el espíritu del indio calchaquí. Brujas, aparecidos, deidades funestas, adivinos, había tantos en Calchaquí como en la leyenda germánica. Aun corren de boca en boca de los descendientes de las tribus calchaquinas inñinidad de tradiciones fantásticas, de leyendas seculares que escuchamos hoy día, muchas veces con desdén, por más hermosas que ellas sean.

Los pueblos riojano, catamarqueño y salteño actuales, especialmente los supersticiosos de la región andina, están empapados en tradiciones cuyos orígenes arrancan de no se sabe qué tiempo. Entre tanta leyenda, ó más bien dicho superstición, puedo en el momento recordar de las siguientes: los funestos presagios del bramido de los vientos de las *Inuacas*, en Andalgalá; los cuentos fantásticos de apariciones en las casas ruinosas de Becubel, llenas de tesoros y de espíritus malignos; las devastaciones y pillage del *Duñño de las aves*, al que cualquiera un tanto versado en mitología, encontrará, por más de un rasgo característico, un parecido con el Dios Pan de los bosques helénicos; los fuegos del espíritu malo, hace siglos ya descritos por el Padre Techo; las fábulas de la Casa Blanca y el relato de los tesoros de Quimivil y Culumpajao, que tanto han dado qué hacer, como en los tiempos de la conquista las riquezas imaginarias de los Césares ó Trapalanda, Paititi y la Sal; las leyendas fantásticas forjadas á la luz del *farol* é iluminadas por el rojizo centelleo del *carbuncho*, que metía miedos al P. Juan de Leon, aquel hombre tan supersticioso y timorato que, según Lozano, «se tragaba la muerte asustado por los cardones»; las terribles carnicerías del tigre *utu:uncu*; las aterradoras maquinaciones de *Supay* y *Mikilo*; los relatos sobre el *Chiqui*, de cuyas salvages fiestas hasta hoy existen rastros en las costum

bres campesinas; los juegos de la Chaya; la veneración de *Pacha-Mama*; los silbos nocturnos, espantos, apariciones, brujerías y hechicerías de espíritus malignos, que vagan en el aire ó moran en la montaña....

Entre tantas creencias fantásticas de los indios hay que tener en cuenta la de los *gigantes* de estatura colosal. Hay, sin duda, mucho de misterioso en esta tradición, y no está distante, tal vez, el día en que la antropología dé con esos gigantes, y entonces sabremos si los patagones fueron huéspedes obligados de nuestro Calchaquí. Por lo demás, nada de extraño hay en esta creencia de los gigantes de nuestros indios, cuando los cronistas mismos creían en ellos, sin duda al encontrarse con esqueletos de los grandes animales de la fauna desaparecida. Oigamos al P. Guevara: «Yo no me empeñaré en probar, dice, que los hubo antes del diluvio.....Lo cierto es que se sacan de este sitio muchos vestigios de cráneos, muela y canillas que desentierran las avenidas, y se descubren fortuitamente. Hacia el año de 1740 ví una muela grande como un puño, casi del todo petrificada, conforme en la exterior contextura à las muelas humanas, y solo diferente en la magnitud y corpulencia. El año de 1755 D. Ventura Chagarria mostró en el Colegio Seminario de Nuestra Señora de Monserrate una canilla dividida en dos partes, tan gruesa y larga, que segun reglas de buena proporción, à la estatura del cuerpo correspondian ocho varas!.....Puede ser que el estipendio aliente para este y otros descubrimientos, que proporcionarían al orbe literario novedades para amenizar sus tareas.»

De todas estas creaciones de la fantasía indígena y de todas estas supersticiones que aún se conservan, puede sacarse un partido inmenso, compilando todo lo que sea digno de servir de asunto para una tradición antigua, tal cual lo ha hecho el renombrado escritor peruano Ricardo Palma, creador de un género literario histórico, desconocido antes de él en nuestra América latina.

Y aún sin penetrar á ese laberinto de tradiciones, leyendas, supersticiones y cuentos populares de marcado origen indígena, el estudio solo del idioma nativo nos suministraría una enseñanza de oro, mostrándonos y descubriéndonos el pasado en carne y hueso.

La palabra, ha dicho Mr. de Lamartine, «es la materia del pensamiento», y en esta gráfica expresión está expuesta la importancia de la lengua de raza. «Un genitivo, dice el Dr. Vicente F. Lopez, un ablativo, contiene la historia entera de los pueblos que han consagrado su uso en su lenguaje. Las letras que lo componen están regadas de sangre y fecundadas por el espíritu tradicional de las razas que las emplean..... «Esas formas gramaticales, mudas é insípidas al parecer, cuando son iluminadas así por el genio de la historia viva, hacen hablar á los pueblos; y ellos mismos en los escombros de la palabra, vienen á revelarnos, con una poesía sublime, los secretos de su vida y de su marcha en las peregrinaciones de la historia.» (1)

La sola voz *huill*, repetidamente citada, para no hacer más enumeración, la que vá desapareciendo juntamente con la forma arcaica de muchos de esos nombres, ó que en estos ha sido sustituida por las partículas *vil*, *fil*, *mil*, *jil*, *juil*, etc., es para nosotros una verdadera revelación. La voz *huill*, que significa *nación*, *muerte*, *grandesa*, *sol* (quizá Dios), es de muchos quilates para el filólogo y para el historiador.

Infinidad de otras voces y palabras, así como la estructura de los idiomas, son curiosísimas, y se prestan á interpretaciones de todo género.

Es, más que nada, ya lo dije en otro lugar, por el idioma cómo podremos llegar á conocer, en día no lejano, mucho relacionado con los orígenes de nuestra América. Pero, indudablemente, el estudio de estos idiomas apenas si es obra de un hombre; y eso con la constancia británica de aquellos sábios lingüistas

(1) REVISTA DE BUENOS AIRES, IV.

que sacrificaron en la India los mejores años de su vida á fin de llegar un día á la posesión de los tesoros literarios y mitológicos del Ramayana, ó la resignación cristiana de aquel famoso fray Luis Bolaños, quien en 1586 predicaba en el idioma de los naturales del Paraguay, sujetándolo á principios y reglas gramaticales; y para no ir más lejos recordemos al P. Torreblanca, el único que, como dice Lozano, sabía la lengua de los Calchaquíes, el cual predicó ante los ciento diez y siete caciques de Bohorquez sobre el Evangelio del día, que era la Dominica XI, *post Pentecosten*.

Pero como tan difícil es sacar partido de edades desconocidas; como es obra magna reunir é hilvanar todas tradiciones y todas las leyendas de nuestro Calchaquí, que como un velo cubre los orígenes y la mitología de nuestro pueblo indígena, más que satisfechos debiéramos estar los contemporáneos con saber bien cuánto pasara en nuestra tierra ahora tres siglos.

Contentémonos con saber de la lucha de las dos culturas, y de cuanto hizo esa raza que ni siquiera llegaba á escuchar las exhortaciones de Manco Inca, hechas por medio de su hermano Paullu y el gran sacerdote Villac Umu, lanzándoles flechas al pecho, acusándoles de timoratos y traidores.

Con el perfecto conocimiento de los siglos XVI y XVII podríamos penetrar, hasta en su último rasgo gemial ó pasional, el carácter inpetuoso de las razas extintas, calcular la potencia de sus fuerzas morales y físicas, los grados de su valor, y trazar el cuadro vivo de sus grandes pasiones.

El arte americano estaria de felicitaciones, toda vez que á la magnitud de los temas abriríanse nuevos horizontes á la originalidad, y la imitación servil á las literaturas extranjeras iría muriendo lentamente. Con nuevas escenas aparecerán personajes nuevos. Con una mitología propia; con dioses, semi-dioses y héroes nativos tendrá que desarrollarse prontamente un arte

nativo. Entonces veráse cómo se añaden otros monumentos literarios á la *Araucana*, al *Gonzalo de Ovón* de Julio Arboleda, y al contemporáneo *Tabaré de Zorrilla* de San Martín.

La lucha es grande y grandes, los actores.

De parte de los invasores, Diego de Rojas, á la cabeza de tres centenares de bravos, se lanza desde el Perú a las desconocidas regiones del Tucumán, presenta batalla al señor de Capayán y muere en la travesía de la herida de una flecha envenenada; quince años mas tarde Juan Nuñez de Prado emprende la misma expedición de Rojas, y despues de sufrir contrariedades en el territorio salteño llega á Tucumanahao, y luego inicia las fundaciones, concluyendo por ser conducido prisionero de guerra á Chile; Juan Perez de Zurita muéstrase hábil diplomático y se capta las simpatías de D. Juan de Calchaquí; con Gregorio de Castañeda se inicia la guerra secular; Alonso de la Rivera vence y pacifica á los naturales; en 1627, bajo el despótico Felipe de Albornoz recrudece la guerra, destacándose la gallarda figura de D. Gerónimo Luis de Cabrera; Alonso de Mercado y Villacorta inicia su desgraciado gobierno de 1655, y todas sus glorias son eclipsadas por su culpable credulidad, y el Emperador andaluz pone en jaque la conquista castellana; Soria Medrano y Francisco de Nieva y Castilla se hacen personajes; la figura de Mercado y Villacorta agigántase en su segundo gobierno de 1664, y entonces todo lo subyuga, y vence al pueblo de los Quilmes, especie de Troya calchaquí.

De parte de la resistencia hay héroes también: Juan de Calchaquí y Chelemin llenan la historia: sus dos grandes alzamientos no se han olvidado en ocasión alguna.

Quilmes es el compendio del heroísmo; Sagunto se parece á este pueblo. Me olvidaba del valeroso é infeliz Coronilla, descuartizado por cuatros potros: el pobre indio fué el Atahualpa de la tierra: de nada le valió ofrecer cargamentos de oro; la venganza castella-

na venció á la avaricia.

Tal es el teatro y tales los personajes que luego entraremos á estudiar.

XVI

Para podernos dar cuenta exacta de lo que en este libro escribimos relativo á la epopeya tucumana é tucumanense, preciso es decir algo siquiera, sobre lo que es el *Tucumán* y *Calchaquí* históricos, geográfica y políticamente considerados. De otro modo nos exponremos á caer en lamentables errores en la ubicación de los acontecimientos históricos.

Cualquier persona que no ha leído á los cronistas, y acostumbrádose á la terminología geográfica de aquel entonces, puede caer en inocentes confusiones, que harían falsear por su base la cronología geográfica de la historia. Estas confusiones pueden tener principio en una errada interpretación de lo que es el *Tucumán* de la conquista, que nada tiene que ver con el Tucumán actual, como ya se dejó establecido.

Más bien la actual provincia de Catamarca hubiera tenido privilegios históricos para apropiarse el nombre de Tucumán, tanto por la tradición del gran cacique *Tucma*, el de la supuesta embajada á Huiracocha, cuanto por la existencia, hasta hoy, del lugarejo de *Tucumanaho*, al oeste de la Provincia, en uno de los actuales departamentos, y en el antiguo valle de los Pacipis. A más de esto, es en la región occidental de esta última provincia donde principalmente se desarrolla la gran epopeya tucumanense, en esa memorable región calchaquína, como ya se dijo.

En esta misma hiciéronse las principales fundaciones estratégicas: Barco, Londres, Cañete, Fuerte del Pantano, Fuerte de San Pedro de Mercado.

El Tucumán, geográficamente considerado, no es uno mismo, y su extensión varía con las épocas.

El verdadero Tucumán de los Incas es el menos di-

latado, y Garcilaso, tratando del Tucumán del tiempo de la embajada del Inca Huiracocha, decía que distaba «doscientas leguas de Charcas, hácia el sureste.» El Tucumán de los Incas es sabido que no comprendía sino quizá parte muy pequeña de la Rioja, ni, al parecer, el valle de *Jibijibé*, actual Jujuy. En la región catarmacana sabido es que el valle de Capayán no entraba en la *marca* del Inca. Este Tucumán, según el P. Machoni, comprendía la zona de las cinco naciones *lules*, que abarcaban la parte sud de Salta, este de Tucumán y Santiago del Estero, hasta Matará.

Dilatadísimo es el Tucumán de la conquista, la «gobernación de Tucumán,» en contraposición á las otras grandes gobernaciones, como las del Perú y Paraguay. Voy á indicar los límites que le dan los cronistas.

Herrera dice: «Esta Governación, y Provincia de Tucumán por una parte tiene á Chile y la mar del Sur; y por otra la mar del Norte, y Río de la Plata; y por la otra parte los Reinos del Perú; y por el Oriente las Provincias del Río Bermejo, que es caudaloso, y ensancha, y engrandece el de la Plata.» Montesinos dice «que confina en Tucumán el reyno del Paraguay.» Lozano dá al Tucumán los siguientes límites: «confina al sud, dice, con la tierra magallánica ó el país de los patagones»; por el norte con el Perú; «por el oriente con el famoso Río de la Plata y la Provincia del Paraguay, confinando por este rumbo con la jurisdicción de la ciudad de la Concepción del Bermejo. Por la banda de occidente, se extiende hácia las espaldas de los reinos de Chile y el Perú, desde la derocera de Coquimbo á la del despoblado de Atacama.» El P. Guevara, plagiando á Lozano (como siempre lo hace), trae este párrafo sobre los límites del Tucumán: «Parte término con el Río de la Plata y Paraguay, y por el oriente se dilata al poniente, hasta las Cordilleras chilena y peruana, al sud deslinda con Buenos Aires en la Cruz Alta, llegando á confinar por este lado con la tierra de Patagones por las interminables campañas que le cor-

responden, y al norte se interna hasta las vecindades del Perú por el corregimiento de Chichas, y varias provincias de indios que nunca subyugó el valor español.»

El Tucumán de la conquista castellana, no el de Prado, sino el verdadero Tucumán de la epopeya, comprendía solamente lo que hoy son las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Rioja. La Rioja, país esencialmente diaguita, fué anexado al Tucumán por el valeroso Juan Ramírez de Velasco en 1591.

En la cédula de D. Juan Nuñez, concediéndole esta conquista, están fijados los límites del Tucumán; pero como no he podido conseguirla, auxiliáreme, para fijarlos, de los datos de los cronistas en sus historias. Herrera, tratando en su Década octava de las instrucciones del Presidente La Gasca á Prado, con-signa lo siguiente, referente al límite norte de la gran Provincia: «Esta Gobernación de Tucumán, dice, Juris y Diaguitas comienza pasado el Distrito de los Pueblos de los Chichas, que sirven en la Villa Imperial de Potosí en otros pueblos, que se dicen Moreta, Cochino-ca, Sacochoa, i Casavindo; i pasando estos pueblos se atraviesa un despoblado de quince, ó veinte Leguas, que es tierra muy fría, que propiamente se llama Cordillera y luego se baja á Tierra templada, y caliente, por donde pasa el camino, que va del Perú á Tucumán, apartado de las poblaciones de los Indios, por la seguridad de los que entran i salen en esta Gobernación.....» Por el oriente, Herrera da por límites «las Provincias del Río Bermejo.» Por la parte oriental, hacia el Chaco, según el Abate Hervás, el Tucumán extendiase hasta parte de él. Hé aquí la referencia que hace este último, aludiendo á dos poblaciones del Chaco en que se hablaba de lule:—«Estas dos poblaciones se llaman Miraflores y Valbuena, *pertenecen á la diócesis de Tucumán*, hacia el 25º de latitud y entre los grados 313 y 314 de longitud.» El P. Lozano, fijando los límites que á Córdoba dió D. Gerónimo Luis

de Cabrera, dice que la Provincia hacía el lado del litoral, extendiase «hasta donde hoy está fundada la ciudad de Santa Fé»; más la Cruz Alta fué considerado por este lado el límite. El occidental ya se sabe que era la *Cordillera Nevada*, los *Antis* ó Andes, y el verdadero límite Norte es el recogimiento de los Chicas, más ó menos hasta Yaví, hacienda del Marqués del Valle de Tojo.

Perteneía el Tucumán de la conquista á la jurisdicción del Perú, dependiendo directamente de la Real Audiencia de la Plata. Sin embargo, el Gobernador de Chile, D. Pedro de Valdivia, valiéndose de sus capitanes Villagra y Aguirre, incluyóla en su gobernación, acatando más de una vez los gobernadores tucumanos la autoridad de D. Pedro. Lo que sirvió de título á Chile para apropiarse forzosamente del Tucumán, fué la concesión á Valdivia de la gobernación chilena, en la que establecíase, segun Herrera, que aquella abarcaba desde el Valle de Copiapó hasta el cuarenta y un grados de Norte á Sur, y «*Leste Oeste cien Leguas de Tierra adentro.*»

Los conflictos entre tucumanos y chilenos, que tanto daño acarrearón á la conquista, fueron en más de una ocasión resueltos en favor de la independencia del Tucumán respecto á la pretendida jurisdicción chilena, que comenzó desde la conquista de Prado. La cuestión llevóse hasta S. M.; y el rey Felipe II, por real provisión de Guadálajara de 2 de Agosto de 1533, declara que el Tucumán es del «Distrito de la Real Audiencia de la Plata.» En 1534 el Gobernador del Perú, Lopez Garcia de Castro, lo desmembró de Chile, nombrando á Francisco de Aguirre, con dependencia de la Real Audiencia del Perú. En 1575 prodújose una decisión aún más categórica en este sentido, la que, por fin, cortó toda cuestión.

En el propósito de no incurrir en errores históricos, al darnos con documentos de aquellos tiempos, es preciso tener muy en cuenta las diversas denominaciones que en épocas muy distintas se han dado al

Tucumán de la conquista. *Nuevo maestrazgo de Santiago*, denominó á la Provincia Juan Nuñez de Prado en 1551; *Nueva Inglaterra*, llamóla Juan Perez de Zurita en 1558; Castañeda dióle el nombre de *Nuevo Estremo*. En 1573 D. Gerónimo Luis de Cabrera la bautizó con el nombre de *Nueva Andalucía*, con el mismo que ha persistido más de cuarenta años.

Los cronistas chilenos generalmente designan al Tucumán con los nombres de *los Diaguitas* y *los Juríes*, por las tribus que lo poblaban.

Otras veces úsanse indistintamente por los cronistas las denominaciones de *Tucumán*, *Tucuma*, *Tucumánun*, *Tacuyma*, *Tucumanao*, etc. (1)

El verdadero nombre es, sin duda, *Tucumán*, que deriva del cacique *Tucma*, y así dice el P. Lozano: «El nombre de Tucumán se tomó de un Cacique muy poderoso del Valle Calchaquí llamado *Tucma*, en cuyo pueblo que decía *Tucumanahaho* plantó su primer Real el Capitan Diego de Roxas.» Ya sabemos que *Tucumanahaho* se descompone de este modo: *Tucuman-ahaho*, siendo *ahaho* pueblo, en kakanó, por lo que Tucumanao es: *pueblo del cacique Tucma*.

Pero, ¿qué es *Tucu*?—¿qué significa la partícula *man*?

En el idioma cuzqueño, *tucu* quiere decir *que acaba*, y *man*: *en dirección á*; luego la palabra podría traducirse literalmente por: *dirección á donde acaba*, y quizá se diría porque el Continente, en forma cónica, «va á acabar luego,» ó también porque en el Tucumán «acaba la dominación ó marka del Inca.» *Tucu*, ó más bien *tacu* así mismo, es *algarrobo* ó *algarrobal*, y tal vez la palabra propuesta tradujéranse por «hacia ó el lugar de los algarrobos.» Es de advertir que el pueblo de Tucumanao está rodeado de algarrobales.

Curioso es, y alguna vez me ha preocupado, ob-

(1) En documentos de 1684 y 1705 se lee: San Miguel *del* Tucumán Arch. L. Román). Lo mismo en otros de 1759.

servar en esta cuestión que en Catamarca y demás provincias contiguas hay un coleóptero de ojos muy brillantes que se denomina *tucu* ó *tuco*, y que muy bien *Tucu-man* pudiera traducirse por «hacia los *tucus*», ó «el país donde hay *tucos*.» El tuco nuestro es especialísimo, y no es la conocida luciérnaga, que en el idioma quíchua se llama *ninaqueru*, y á la cual hasta hoy se denomina *linaquero*. La especialidad de este coleóptero pudo haber dado su nombre á la Provincia, pues que los indios tomaban los nombres de caciques ó de los pueblos de las mayores frivolidades. (1)

Hé aquí una otra traducción de la palabra *Tucumán*, consignada en el P. Guevara: «Unos, dice, le hacen dición compuesta de *tucu* que significa todo, y de la negación *mana*: esto es «nada de todo»: añadiendo que con estas palabras respondieron al Inca sus exploradores enviados á registrar, si estas tierras eran fecundas en minerales. Otros afirman, que preguntando los soldados de Pizarro si en estos países se hallaba plata? respondían los indios no hay, *manau*: si oro? *manan*, tampoco. Entonces irritados los españoles dijeron: *tucumana, tucumana*: «á todo respondeis que no hay.»

Según Mr. Hutchinson, el nombre de esta Provincia es tomado del que llevaba uno de los antiguos Incas del Perú, que se llamaba *Tukú-Uman*, *Cabeza luminosa*. Coincide esta opinión, más ó menos, con la del Dr. Nicolás Avellaneda.

El señor Pablo Groussac, en su «Tucumán Anticolonial», dá á la palabra Tucumán una otra traducción, que no deja de ser ingeniosa, por más que pudiera ser vulnerable por muchos conceptos. El la traduce por *país del algodón*, dada la ponderada abundancia del algodón en el viejo Tucumán, y teniendo muy en

(1) En Santiago del Estero, el país de los *tucus*. hasta hoy el paisano, al verles, pregunta: " *Tucu-tucu, maipi tako tiam?* (—Tucen-tucen, dónde hay algarroba?)—]P. Lascano, "En el país de los "Tucus", LA PROVINCIA, Agosto 1896, Tuc.)

cuenta la relación de Garcilaso, de que en estos países trabajábase «mucho ropa de algodón.» Pero para traducir de este modo, el señor Groussac se ve obligado a escribir *Utcuman*, siendo la raíz *utcu*, algodón, que también figura en la lengua lule. (1)

Para hacer la transformación eufónica de Utcumán por Tucumán, este escritor manifiesta que ella es de derecho común en todas las lenguas, aunque en muchas ocasiones no haya ganancia eufónica, sinó que se traduzca por simple capricho ó tendencia á la desviación. «Nuestros paisanos de Tucumán, dice, no solo dicen *pader*, *vedera*, *Grabiél*, etc., sinó que cambian las letras por *espíritu de perversidad* lingüística, como diría Edgardo Poe, y sin razón explicable diciendo por una parte *piegra*, *lagrillo*, *Pegro*, y luego *badre*, *brama*, *ládrima*. etc. Es probablemente así como el *utcumá*—región del algodón—vino á ser el Tucumán.»

Sea de todo ello lo que fuere, yo me doy por muy satisfecho al saber con certeza que el nombre de la Provincia, Tucumán, está directamente emparentado con el de Tucma, cacique.

XVII

Ocupémonos ahora de Calchaquí, nombre que puede también traer confusiones.

La confusión puede ocurrir desde el primer momento, ante el hecho de que en nuestra geografía moderna no hay otro Calchaquí que el del hermoso valle de Salta, designado con este nombre, tanto más cuanto que por esa provincia hacían los castellanos sus entradas al Tucumán. No es solo esto: contribuyen á la confusión los relatos de los historiadores clásicos al llegar las expediciones á este país, donde ya soportaban los

(1) El de Machoni, que Groussac cree erradamente que es el Tucumán.

rigores de la lucha. Lozano, por ejemplo, refiriéndose á la entrada de Almagro, de tránsito á Chile, y aludiendo á los juries, dice que éstos «debieran dar aviso á sus *vecinos* los ferocísimos *calchaquies*,» lo que á cualquiera haría creer, por la vecindad geográfica, que se trata única y exclusivamente de los calchaquies del valle Calchaquí salteño.

Pero los que nos empapamos en los relatos de los cronistas, comprendemos claramente que los salteños no son los únicos calchaquies, y que los hay tanto en territorio de Salta, como en Jujuy ó Catamarca, y que no solo en los valles de estas provincias vivía la raza de los alzados. El hecho mismo de repetirnos los cronistas en cada capítulo que la más grande de las epopeyas ha sido la Calchaquí, y que los hijos de la montaña fueron los más obstinados en resistir el yugo castellano, pruébanos hasta la evidencia que no se hace alusión á los indios de Salta ó sus convecinos, pues es por demás sabida la poca ó escasisíma resistencia de las tribus salteñas, que luego no más se rinden á discreción, y que más al sud tolombones y pacciocas decláranse aliados voluntarios de los españoles en las guerras, especialmente en la que se llevó contra el heroico pueblo de Quilmes, en el valle de Santa María, hollado por los mismos hijos de la tierra.

El Calchaquí de la epopeya es un Calchaquí bien distinto.

Cuando en los alzamientos se habla de guerra á los Calchaquies, alúdese principal y especialmente á hualfines, quilmes, yacahuiles, anginaos, tucumangastas, abaucanes, andalgalas, etc., *naciones* casi todas ellas que vivieron en lo que hoy es la Provincia de Catamarca, especialmente en los departamentos denominados de Santa María, Belén, Andalgalá, Tinogasta y Pomán, como así mismo en la zona septentrional del territorio riojano. Estos indios, como dice muy bien el señor Lafone Quevedo, «fueron los iniciadores de todas las guerras de Calchaquí, destruyeron la primera ciudad de Córdoba en Calchaquí, la de Cañete, la

de Londres dos veces, pusieron en peligro á la Rioja y á la nueva Londres, refundada en Pomán, y llegaron hasta amenazar la existencia de la Colonia Española, durante los cinco años que transcurrieron desde la entrada de Zurita, el fundador de ciudades, hasta el último gobierno de Mercado y Villacorta, vencedor de Calchaquí y último y definitivo conquistador del Tucumán.»

Es cierto que Calchaquí, en su acepción más lata, es todo el valle de los alzados ó de los indios rebeldes al yugo castellano, y en este sentido comprende toda esa larga corrida de valles, de Jujuy hasta los diaguítas de la Rioja, de Norte á Sur, estando encerrado por el versante oriental de los Andes y el sistema del Anconquiija y otros montes, que separan á Calchaquí de la región de los llanos.

Hácia la parte norte, sin duda que el Calchaquí de los cronistas comenzaba, más ó menos, por los pueblos de los ocloyas, Casabindo, Cochino y otros. Esto explica por qué Lozano, en el párrafo que antes transcribí de él, dice que los jujufes eran *vecinos* de los calchaquíes, y que el valle de Chicoana caía en la jurisdicción de estos indios. En un otro pasaje dice que el valle de «Cachi está á la *entrada* de Calchaquí.»

Las llanuras que comienzan en las faldas orientales de los cordones de sierras que hacen valles con la Cordillera, no forman parte de lo que se denominaba Calchaquí, y así el Padre Lozano hablando de las penurias de los castellanos, dice: «entró el hambre á las ciudades de la *Frontera de Calchaquí*, como Salta, Tucumán y Jujuy.» En otro pasaje, refiriéndose á la fundación del perverso Lerma, escribe: «consultó si sería más conveniente fundar la nueva ciudad en *el valle de Calchaquí* ó en aquellos parages de Siancas.....»

Estas citas, á más de probar que los llanos no formaban parte de Calchaquí, evidencian que eran fronterizos del mismo, lo que dá completa luz para la ubicación geográfica de aquel.

Pero, en el sentido más restringido de la palabra,

el verdadero valle de Calchaquí, al que se dán algunas decenas de leguas de extensión, es el Calchaquí que encierra el valle de Yocahuill (Santa Maria) y se extiende hasta el valle de Andalgalá. (1) De aquí que la ciudad de Córdoba en Yocahuill denominárase *Córdoba de Calchaquí*; y es refiriéndose á este pueblo, al hablar de los aprietos de Castañeda, que Lozano dice que el gobernador partió «de Cañete á Calchaquí á vengar la destrucción de Córdoba» y en otro lugar, aludiendo al mismo Castañeda: «encaminóse otra vez, dice, desde Londres (el de 1553, en el actual departamento de Belén) Castañeda á Calchaquí;» y, en fin, hablando del general, refiere lo siguiente: «emprendió sugetar el valle de Andalgalá, que cae á espalda de Calchaquí.»

En el acta de jurisdicción de Londres, levantada en San Juan de la Rivera, en 17 de Setiembre de 1632, dando á la nueva fundación sus límites jurisdiccionales al norte, el gobernador Gerónimo Luis de Cabrera, encuéntrase lo siguiente: «...Y así mismo hácia el Norte que confina con el valle *Calchaquí* el de Yocahuill.» Este pasaje es muy interesante.

El valle santamariano, el valle Yocahuill, háse apropiado generalmente el nombre del valle Calchaquí.

Por las citas anteriores, y otras que pudiera hacerse, vese cuáles el verdadero ó propiamente denominado *Calchaquí*, tanto más si tenemos en cuenta que los puntos de donde parten los generales castellanos, Cañete y Londres, encuéntrase allí mismo, en el gran valle Calchaquí, en el Calchaquí en un sentido más lato, el cual, como ya dejé escrito, extendiase hasta los diaguitas de la Rioja.

Hay una región mas pequeña aún, comprendida en la indicada, á la que, en un sentido más restrictivo quiere aplicarse el nombre de Calchaquí, propiamente

(1) Singul también está incluído en los valles, pues dice Lozano que el río Escaba "nace en el Valle de Calchaquí"

dicho: «Por último, escribe el señor Lafone Quevedo, ocupándose de este asunto, vemos ese nombre aplicado á esa parte incluida en la región desde los nacimientos del río de Calchaquí hasta las juntas de éste con el río Yocavil ó Santa María. Indudablemente este es el verdadero valle de Calchaquí; pero basta que Lozano haya hecho uso de ese nombre en un sentido mas lato para que nosotros veamos en ello una comprobación histórico-etnológica.» (1)

Para terminar diré que la palabra *Calchaquí* háse moderamente traducido en esta forma: *calcha*, bravo, y *quí*, por *qui*-y, los *re*, esto es: *los re-bravos* ó *muy bravos* ó sea, en buenos términos históricos, «Valle de los Alzados.»

Yo no me explico porqué se olvida ó se echa de menos la tradición que el P. Lozano da á la palabra en el siguiente párrafo, que transcribo á la letra: «de hecho los capitanes del Inca, dice, conquistaron dos veces á los naturales de este valle, pero que ellos idólatras de su propia libertad llevaron tan pesadamente el yugo de su propio dominio, que otras dos veces se revelaron; por lo cual despachado tercera vez sus capitanes al valle, les dió orden apretada que destruyese todos sus moradores; y de ahí le vino al valle el nombre de *Calchacui*, que quiere decir *asolados* usando la metáfora del verbo *Calchani* que usa el indio, cuando acaba la cosecha de maíz abate al suelo la caña y alterando poco el vocablo sellama el valle de Calchaquí.»

Esta es para mí una interpretación auténtica, á pesar del respeto que me merece la autoridad del señor Lafone Quevedo, quien verbalmente me manifestaba que la alteración que Lozano quiere hacer se resiste completamente á la índole de la lengua quíchua.

Finalmente, quizá, y es muy probable, la voz *Calchaquí* sea *kakana*, y entonces la cuestión quedaria cortada, y el histórico valle quedaria sin interpreta-

(1) LONDRES Y CATAMARCA.

ción, pues yo no sé que haya nadie que conozca algunos sustantivos ó verbos kakanos.

XVIII

Son famosos para la historia de Calchaquí los albores del siglo XIV, en que la dominación incásica comenzó á extenderse por el *Collasuyu*, ó la región del sud del gran imperio de los hijos del Sol, que el muy celebrado Inca Yupanquí completó con la anexión del Musu, hasta las riberas de uno de los grandes rios que forman el gran estuario del Plata, llamado en entonces Parahuay, «lloedme», como lo asevera el Inca Garcilaso.

Los Incas tenían verdadera fiebre por extender su imperio hacia las cuatro partes del orbe iluminadas por el Sol, Pachacamac, el «sustentador del mundo,» ó sean: *Antisuyu* (oriente) *Contisuyu* (poniente) *Chinchasuyu* (norte) y *Collasuyu* (sud).

«Conquistares gobernar»: tal podía decirse que era el lema de la política incásica, pues muy mal mirado hubiera sido por sus vasallos el Inca que no hubiese añadido al imperio una nueva provincia ó reino.

El primer emperador, Manco Ccapac I, dió el ejemplo con la conquista de Masca, Chillquí, Papirí y Caviña; su sucesor, Sinchi Roca, después de reunir en consejo de guerra á sus *kuracas* en el Cuzco, hizo su campaña, extendiendo sus dominios hasta Chuncara; Lloque—Yupanquí conquistó las provincias de Cana, Ayavirí, Coya; Chucuyto, siendo este Inca divinizado por sus hazañas; Mayta Ccapac, su sucesor, cruzando en balsas el desaguadero de Tixicaca, redujo a Tihuanaco, añadiendo más tarde á su imperio á Hatumpacasa, Cac-yaviri, en cuya conquista «las flechas y piedras y otras armas que contra los Incas tiraban, se volvieron contra ellos mismos y así murieron muchos collas;» el bravo Hatun Pacasa rindióse, así co-

mo Huarina, nombre que fué del lugar donde más tarde se dió la gran batalla entre Gonzalo Pizarro y Diego Centeno. Luego Llaricasa, Guancavan Huaychu (después de una batalla de todo un día), y pasando el Apurímac, aquel príncipe conquista otros pueblos. Su sucesor, habido en Mama Cuca, el famoso Yupanqui, salió à conquistar el *Collisuyu*, entre cuyas conquistas fué célebre la de los Aymaras y los Quechuas. Este mismo Inca, tomando hácia *Collasuyu*, juntamente con su hermano Anqui Titu, conquistó varias otras provincias. Su hijo y sucesor, Inca Roca, empezó por conquistar los Chancas y Huancahullu, enviando á su hijo Yahuar Huacac, á conquistar el *Antisuyu*. Este sucedió á Inca Roca, habiendo sido un príncipe supersticioso. Yahuar Huacac, ó «llora sangre», envió á su hermano el Inca Mayta á conquistar el Collisuyu, consiguiendo hacerlo desde Arequipa hasta Tacama. Su hijo Viracocha ó Huiracocha, el de la fantasía, destronando á su padre, sube al imperio, haciéndose famoso desde el día en que vence á los Chancas. Huiracocha estendió su imperio por el oeste hasta Sierra Nevada, por el poniente hasta el mar, por el norte hasta la nación chanca, y, finalmente, tomó rumbos al sud, hácia Chile, à dilatar su imperio por estas regiones. (1)

Antes de emprender esta famosa expedición, el Inca legendario armó treinta mil guerreros, colocando à la cabeza de sus tropas à su hermano Pahuac Mayta Inca, el Aquiles de su tiempo, por su valor y ligereza, pues Mayta, quiere decir: «el que vuela.» Seis incas más, en calidad de general-s, acompañaron al ejército.

Esta expedición, no tanto por lo que nos toca de cerca, sinó tambien por lo arriesgada é intrépida de la misma, es famosa, pues que el Inca habíase aventurado á regiones desconocidas, pobladas de millares de indios salvajes é indómitos, sin contar con lo penoso del viage, cruzando desiertos como el de Atacama, y cor-

(1) Véase Fig. 1 del Apéndice.

dilleras como los Andes.

Una vez que Huiracocha Inca hubo terminado su larga y benéfica visita al norte del imperio, dirigióse hacia el Collasuyu al frente de sus guerreros. El pendón de arco-iris, ó sea el arco *chuychu*, entró glorioso en regiones desconocidas para sus antecesores. Después de visitar á Taracapa llegó á la antigua provincia de Charcas.

Fuè al visitar esta provincia cuando del lejano reino de Tucma, ó del Tucumán, se dice que partieron los embajadores de las tribus á implorar alianza, y á ofrecer sumisión al Inca, cuyo renombre había volado hasta estos países en alas de la fama.

El Inca, se añade, recibió á los embajadores con toda la política acostumbrada por sus antecesores. Les obsequió con fiestas, ordenando á sus generales que hiciesen con la embajada los brindis de estilo, sirviéndose de las bebidas del país. Mandó que se obsequiasen con trages para sus curacas y caciques, y prometió enviar, como se dice que lo hizo, algunos incas y grandes de su corte á instruirles y prepararles á recibir su civilización.

El Inca Garcilaso, dándonos cuenta de la embajada, pone un largo discurso en boca de los embajadores; y aunque indudablemente no es, como se ha dicho, sinó una amplificación retórica del historiador de los Incas, creo que es oportuno transcribir algunas de sus partes, pues que en ese discurso están patentes los motivos de la embajada.

«Capa Inca Viracocha, dijeron, la fama de las hazañas de los Incas, tus progenitores, la rectitud é igualdad de su justicia, la bondad de sus leyes, el gobierno tan en favor y beneficio de los súbditos, la excelencia de su religión, la piedad, clemencia y mansedumbre de la real condición de todos vosotros, y las grandes maravillas que tu padre el Sol nuevamente ha hecho por tí, han penetrado hasta el último fin de nuestra tierra.....De las cuales grandezas aficionados los curacas de todo el reino Tucma, envían á suplicarte ha-

yas por bien recibirlos bajo tu imperio.....Para lo cual en nombre de todo nuestro reino te adoramos por hijo del sol, y te recibimos por el rey y señor nuestro.....»

Y diciendo esto «descubrieron mucha ropa de algodón y mucha miel muy buena.....»

Es de esta manera, al parecer tan sencilla y natural, cómo los cronistas explican la anexión del Tucumán, y por consiguiente de nuestro Calchaquí, al imperio incásico.

Sin embargo, desde ya me declaro decidido opositor de la verdad de esta embajada, y pienso que los monarcas del Perú someterían de otro modo el país.

No es concebible, ni por un momento, que pueblos eminentemente salvajes, con su origen étnico perfectamente marcado, fuesen en demanda de civilización. El hecho mismo de llevar éstos la vida de la naturaleza, hace que instintivamente sintieran la repulsa más grande hacia la cultura quichua, y en proporción á su crecimiento ó desarrollo. Que un bárbaro vaya más allá de doscientas cincuenta leguas, y de quinientas, según otros, es algo tan extraordinario, que se necesita mucha credulidad para pensarlo, siquiera, ó ponerlo en tela de juicio.

Para mí lo que hubo, lo que indefectiblemente hubo, fué conquista, y verdadera conquista, sea librando batallas ó reduciendo los incas á los naturales de este país por medio de terribles amenazas de guerra, las que, ante la fuerza incontrastable de sus armas, como de su número, harían doblar la cerviz al hijo de la tierra ante adversario tan poderoso, con el cual no se atrevería á medir sus armas; siendo esta última idea, de suyo inverosímil, cien veces más aceptable que la de embajada voluntaria.

Sostener lo contrario es, por otra parte, no tener idea del génio de la raza calchaquí. Oigamos á Lozano: «En una sola cosa concordaban todas las parcialidades, dice en su «Historia de los Jesuitas del Paraguay», y era el aborrecimiento al dominio extranjero, confederándose con maravillosa unión, cuando

se temia alguna irrupción externa; por lo cual nunca los pudo sojuzgar la potencia formidable de los Incas y se mantuvieron exemptos de aquel yugo, que fueron forzadas á cargar á otras Naciones más numerosas, pero unidas en los intereses de su libertad».

Es sabido que los Incas construyeron grandes fortificaciones en el país, como el conocido *Pucará del Inca*, en la antiplaticie del Anconqui, como así mismos los naturales levantaron defensas de piedra, dispersadas aquí y allá. Sin que haya mediado una verdadera conquista armada, no es explicable esa rápida transformación de la vida calchaquí á la vida peruana. La lengua de toda una raza no puede desaparecer sin una verdadera irrupción, sin un completo avasallamiento. La sustitución del quíchua al kakano, y demás lenguas nativas; el olvido á las divinidades de la tierra; la adoración á dioses extranjeros; la revolución en las tradiciones, método de vida y costumbres, no es aceptable bajo la hipótesis de una simple embajada amistosa en demanda de civilización y de dominio, mucho más si se tiene en cuenta el odio profesado por la barbarie á todo género de cultura, sobre lo que es necesario insistir á cada momento.

Aparte de estas consideraciones, no es concebible que el Inca saliese simplemente á visitar su imperio, acompañado de *treinta mil guerreros* y seis generales. Este hecho prueba á las claras que lo que el Inca se propuso fué conquistar, de la propia manera que lo había hecho en el *Chinchasuyn*; y si Huiracocha no acometió la empresa de la conquista del Tucumán, un conquistador, sin duda, ha habido, cualquier otro que sea; pero un conquistador incásico, que por la fuerza incontrastable de sus armas cambia una civilización por otra, ó más bien dicho, dá en tierra con la barbarie, imponiendo sus dioses, lengua, tradición, leyes y costumbres.

Sea lo que fuera de la embajada á Huiracocha, para mí es el *Inca Yupanqui*, sucesor de Pachacutec,

(1) noveno monarca peruano, según la cronología del Maestre de Campo D. Pedro de Córdoba y Figueroa, à quien puede verdaderamente darse el nombre de conquistador de estos países. (2)

Los historiadores chilenos, capitán D. Alonso de Góngora y Marmolejo y Córdoba y Figueroa, sin contar los cronistas del Perú, nos relatan la gran expedición del Inca Yupanqui, diciéndonos uno de aquellos que para emprender la conquista de Chile, el monarca del Cuzco « nombró por general à un inca de los de su real familia, y los demás oficiales fueron los de más crédito, y las tropas las mejores del Imperio: y porque la marcha había de ser por el despoblado.....mandó que las tropas (entre otras cosas) se dividiesen en columnas de à diez mil hombres para que fuese más cómodo su tránsito ».

Yupanqui, según los historiadores chilenos, es conquistador de esas regiones, quien extendió sus dominios hasta el Maule, dejando únicamente mal sujetos à los promaucaes. La crónica solo nos habla de la batalla de Copapayú y otras para someter à los indios de Coquimpu.

El hecho de ser el Inca Yupanqui quién llegara à los extremos de la América Meridional, ligado à todos los rastros de cultura incàsica que encontramos en estos países, hasta objetos de cobre y alfarerías con el busto del Inca, hàceme pensar, con justos motivos, que aquel, y no Huiracocha, es el conquistador del Tucumán.

Que Yupanqui tuvo por estos mundos grandes guerras, y dió innumerables batallas, vese claramente leyendo à los cronistas. Un otro hecho no debe pasar desapercibido: el tiempo de la conquista, el que debe ligarse al número de los soldados y à los continuos

(1) No por esto dejo de advertir que *Pachacuti* hubo muchos. *Pachacuti* eran también épocas de 500 años, ó medio sol.

(2) Véase F. 2 Apénd.

socorros de gente que llegaban.

«En todo el tiempo que duró aquella conquista, escribe Garcilaso, que según dicen fueron *más de seis años*, el Inca siempre tuvo particular cuidado de *socorrer los suyos* con gente, armas y bastimento...por lo cual vino á tener en Chile más de *cinquenta mil* hombres de guerra...»

Sin embargo, solamente en una ocasión, en las crónicas de la expedición de Yupanqui, hallo citado á *Tucma*, y es en el siguiente párrafo de Garcilaso, explicando de cómo el Inca se internó á Chile: «Desde Atacama, dice este historiador, envió el Inca correedores y espías... Los descubridores fueron Incas, porque las cosas de tanta importancia no las fiaban aquellos reyes sinó á los de su linage, á los cuales dieron indios de los de Atacama y *de los de Tucma* (por los cuales, como dije en otro lugar, había noticia del reino de Chile) para que los guiasen....»

Esto de las guías *de los de Tucma*, es para mí toda una revelación. ¿Cómo el Inca, si cruzara á Chile por Atacama, podía valerse de los *de Tucma* cuando los de *Tucma* estaban á decenas de leguas de distancia?—y, ¿cómo, sin haber subyugado á los *de Tucma*, podía el Inca hacerse auxiliar de ellos?—¿quién no ve en esto á las claras que el tránsito del Inca para Chile se hizo por el Tucumán, al que subyugó á la pasada, hasta valerse de los *de Tucma* para cruzar á Chile?

Téngase en cuenta, por otra parte, que el Inca Paullu y Villac Umu, cuando guiaban á Almagro á su conquista de Chile, llevaríanle por el camino de antemano conocido de los Incas, y no se aventurarían por vías nuevas ó desconocidas.

Es, indudablemente, en esta ocasión cuando los Incas realizaron la conquista del Tucumán, y una vez realizada ésta, recién pasaron á Chile, pues «por los de Tucma *había alguna noticia del reino de Chile*», lo que prueba claramente que Yupanqui, después de conquistar el reino de Tucma, pasó los Andes guiado por estos indios. Así también queda explicado el por

qué de la demora de *seis años* en la conquista de Chile.

El que objetase que bien pudo suceder que Yupanqui ú otro Inca hubiese anteriormente tenido ya sujeto al Tucumán, por lo que sus indios prestaron auxilios á los conquistadores de Chile, no iria errado en el terreno de las congeturas históricas. En efecto: dos son las expediciones de Yupanqui al Collasuyu, la de Chile, y la que más antes efectuó al país de *los chiriguanos* y del Musu. ¿Seria en esta expedición cuando Yupanqui conquistara el reino de Tucma?

Nada más creible que esto.

Yupanqui después de recibirse del imperio y ceñir la borla, cruzó la gran *Sierra Nevada* con el propósito de conquistar el *Musu*. A este Musu, según Garcilaso, se penetraba por un gran río, que uniéndose á otros, «hacen un grandísimo río llamado Amaramayu», el que sospecha que «juntándose con otros muchos se llaman *rio de la Plata.....*»

Esto parece decirnos claramente, pues, que antes de la conquista de Chile, en su primera expedición, Yupanqui Inca extendió sus dominios, indudablemente, por gran parte de lo que es hoy territorio argentino. Ahora bien: ¿cómo pudo hacer esa expedición sin cruzar por el reino de Tucma, ó Tucumán, que está tan al norte, y que conlindaba con los países que los Incas tenían ya conquistados?—y, ¿cómo pudo cruzar por estos países á fin de llegar á los ríos, sin tener que luchar con sus naturales y subyugarles, pues que sin vencerles no le hubieran cedido el paso?

Es, pues, más que probable que en esta época los Incas dominarían nuestra Provincia, y que la cultura quíchua penetró al Tucumán.

De todos modos, sea en una ú otra de les expediciones de Yupanqui Inca al Collasuyu, este monarca es y será para mí el verdadero conquistador del Tucumán, poniendo, después de lo dicho, en cuarentena todo lo que el buen Garcilaso nos refiere sobre la embajada á Huiracocha, en la que no es posible creer.

Qué clase de acontecimientos se hayan desarrolla-

do con motivo de la invasión incásica; cuánta haya sido la intensidad del ataque y de la resistencia; cuál haya sido el papel desempeñado en ese entonces por nuestros calchaquíes, todo eso, y mucho más, ha quedado y quedará velado por el misterio y el olvido, y apenas si la tradición nos ha dejado vagas reminiscencias de la invasión, que aparecen como esfumadas en el seno de los tiempos.

Siempre me ha llamado la atención de que en el pueblo de Zuma, valle de Quiriquiri, y en tiempo de Nuñez de Prado, había un cacique llamado *Topanguí*, tan parecido á Yupanqui.

Voy, para terminar, á dar cuenta de otros rastros de la invasión incásica, y á debatir, finalmente, la vieja cuestión de si los Incas alcanzaron ò no á subyugar el país.

Refiriéndose el P. Lozano al título de Inca, que los indios dieron al aparecido Pedro Bohorquez, y aludiendo á la opinión de algunos cronistas, escribe que estos aseguran «que de hecho los capitanes del Inga conquistaron *dos veces* á los naturales de este valle (Chaichaquí), pero que ellos idólatras de su propia libertad, llevaron tan pesadamente el yugo de su propio dominio, que otras dos veces se revelaron, por lo cual despachando tercera vez sus capitanes al valle les dió orden apretada que destruyesen á todos sus moradores; y de aquí le vino al valle, en el idioma peruano, el nombre de *Calchacuí*, etc.»

A más de esto, que viene muy en apoyo de la conquista armada, hay una verdadera antinomia entre la embajada amistosa y la opinión de los cronistas del odio profesado por los calchaquíes á los Incas, á los cuales, sin embargo, estaban subyugados después, según refieren, pues que «habian entrado sus armas victoriosas de esta parte de la Cordillera del reino de Chile, por los valles de Abaucan, Malfin y Andalgala hasta el de Famatina, donde descubrieron su opulento cerro, y por esta razon (los incas) conservaron con grande empeño este sitio, poniendo en él una numerosa guar-

nición, para defenderle de las hostilidades é invasiones de los comarcanos, y aún asegurarle con este presidio de alguna sublevación de los naturales ya rendidos, y dicen se reconocen vestigios de la fortaleza.....»

La opinión de estos cronistas viene, pues, en corroboración de la conquista armada, y vése que no han creído cándidamente en la tal embajada de Garcilaso.

Esta misma idea está de acuerdo con lo que otros cronistas escriben, segun Lozano, «de haber sido tradición entre los indios tucumanos que las milicias peruanas (¿las de Yupanquí?) entraron por la parte de Salta y prueban su dicho, lo primero por el lugar que en el valle de Calchaquí, hasta hoy persevera con el nombre de Tambo del Inga; y lo segundo con el pueblo y asiento que llaman de Chicoana que es de la misma jurisdicción de Salta, y dicen tomó este nombre porque para seguridad de la conquista, mandó el Inga poner en aquel parage un fuerte presidio, cuya guarnición venía á sus tiempos desde el valle de Chicoana, cercano á su corte del Cuzco renudándose unos en el lugar de otros y todos naturales de aquel valle por ser de los más fieles y por esta razon llamaron á aquel sitio el Asiento de Chicoana en memoria de su patria.»

Yo puedo agregar en Catamarca los nombres de lugar: *Incamana*, al comenzar el valle Santa María, y *Ccapac-ñan* ò Capayan, en el departamento del mismo nombre.

En Tinogasta, persiste hasta hoy un rio con el nombre de *Inga*, é *Inga* es apellido de una familia santamariana.

Si para llevar á cabo la anexión de estos países á su gran imperio no hubieran tenido los Incas que guerrear repetidas veces, y producir una invasión, que tácitamente niega Garcilaso, es verdaderamente inexplicable cómo es que encontramos divididos á los cronistas en la vieja cuestión de si los Incas dominaron ó no del todo estos reinos, y si estos indios profesaban ó no cariño á sus conquistadores, asunto de que se han preocupado, entre otros, Rui Díaz de Guzman, Diego

de Lezana, etc.

D. Pedro de Córdoba y Figueroa, en su «Historia de Chile,» hablando, por ejemplo, de la expedición de Paullu Inca (á quien él llama *Pullu* Inca) en compañía de Almagro, dice lo siguiente: «Cinco españoles que vinieron con el Inca, intentaron internarse en *Jujuy*, para cuyo efecto pidieron al príncipe del Perú algunas tropas, á *cuyos reyes no estuvo bien sujeta esta deliciosa nación.*» El Obispo Maldonado, en carta contestación á Pedro Bohorquez, dirigida desde Córdoba, con fecha 20 de Setiembre de 1637, decía á éste: «Lo que siento en este caso es que Calchaquí *no amó* ni conoció al Inga, *sinó sugetos con presidios.....*»

Quede, pues, sentado que la anexión de Tucumán y nuestro Calchaquí al imperio de los Incas, fué fruto de invasión armada de éstos, y no el resultado de una supuesta embajada amistosa.

Ahora por lo que respecta á la debatida cuestión de si en tiempo de la conquista los calchaquíes amaban ó no á los Incas, adhiérome á la opinión de los que piensan que los años fueron paulatinamente asentando la dominación incásica, y que por más odio que los naturales hubieran profesado á los peruanos en un principio, el hecho de hacer suya la religión, el habla, la política y costumbres de los Incas, debía establecer vinculaciones naturales y lógicas entre conquistados y conquistadores, mucho más si se tiene en cuenta la sabiduría de la política peruana para con las tribus subyugadas, á las que trataban como no hay ejemplo en la historia que lo haya hecho conquistador alguno.

Lo que, indudablemente, hace surgir justas dudas, es lo suave y pacífico de la dominación incásica; pero téngase en cuenta que los monarcas del Cuzco respetaban, generalmente, las antiguas leyes, costumbres y prácticas de sus conquistados, sin que haya ejemplo, en prueba de ello, de que los Incas hubiesen quitado su potestad política á los jefes, caciques ó curacas de las de las tribus. De este modo los conquistados, como nuestros calchaquíes, en más de un sentido, conser-

vaban su libertad y su vida autonómica como colectividad ó nación.

Esta es para mí la manera de explicar este asunto, del que háse querido hacer un enigma.

Aparte de muchas otras pruebas más, que podría traer en apoyo de estas ideas, es para mí decisiva la que apunta uno de nuestros historiadores, el Dr. Vicente G. Quesada. «Si los indios de esta comarca, dice, no hubieran obedecido y reconocido á los Incas del Perú como á sus reyes, y amado su dominación, duro nos parece que el impostor Bohorquez hubiese podido hacer y realizar una sublevación temible..... pero lejos de eso, el recuerdo amado de la dominación del Inca hizo fácil la pretención de Bohorquez, pues aquellos indios odiaban á los conquistadores españoles, mientras amaban la memoria del Inca. Por otra parte, añade, Bohorquez no hubiese necesitado fingirse Inca, sino se habría presentado simplemente como un jefe de insurrección para sacudir el pesado yugo de los conquistadores españoles.»

De aquí es también cómo se explica la visita cordial que, desde Chichas, ordenó Huayna Ccapac, el padre de Atahualpa, que hiciesen los grandes de su corte «al reino de Tucma, que los españoles llaman Tucuzán, y al de Chile», y que, por medio de los visitantes, el Inca, como lo refiere Garcilaso, enviase como rico presente «muchas ropa de vestir de la del Inca, con muchas preseas de su persona para los gobernadores, capitanes y ministros regios de aquellos reinos y para los curacas naturales de ellos, para que en nombre del inca les hiciese merced de aquellas dádivas, que tan estimadas eran entre aquellos indios.»

Finalmente, el envío que de Paullu Inca hizo Manco, para que este franquease el paso á Almagro, es una prueba más de que los indios respetaban al monarca del Cuzco. «El Inca, dice el cronista Herrera, le dió (á Almagro) á su hermano Paullo Topa y el Gran Sacerdote Vilchoma, cuya preferencia fue muy importante para que la Tierra estuviese *con quietud*.»

Para mí hay otra cantidad de otras pruebas, y no necesitaría, para convencerme de que los Incas dominaban absolutamente el país, otra que la de que el quichua, lengua general del Perú, era hablado en la nación tucumana al iniciarse la conquista de estos países.

XIX

La vida calchaquí era la vida de la naturaleza.

Ya puede comprenderse cuán estrechas debieron ser en los primitivos tiempos las relaciones de nuestra raza con la naturaleza del suelo habitado, que cerraba sus horizontes con el cerro de granito de nuestras montañas.

El alma, comparativamente escarpada como éstas, habíase hecho á la vida transitoria de la materia.

El cerebro indígena estaba lleno de ideas caóticas.

De esto, en la vida colectiva, resultaban acciones, costumbres, hábitos, tendencias sin homogeneidad ó norma sociológica. Esa vida de perpetua ó constante orgía, de fuerza, de injusticia, traía el predominio de la violencia sobre la razón. El jefe de la tribu era el más poderoso. «En aquellos pueblos y habitaciones, dice Garcilaso, gobernaba el que se atrevía y tenía ánimo para mandar á los demás, y luego que señoreaba, trataba á los vasallos con tiranía y crueldad, sirviéndose de ellos como de esclavos, usando de sus mugeres y hijas á toda su voluntad, haciéndose guerra unos á otros.» (1)

Las guerras continuas, las luchas de tribu y tribu, de familia y familia, de hombre y hombre; el torpe instinto como impulso de las acciones; las lascivia ó voracidad como objeto causal de las tendencias y los sentimientos; la alimentación misma, consistente en algarroba, demasiado excitante y ardiente; el pequeño

(1) *Comentarios Reales, II.*

desarrollo de la vida agrícola, todo hacía de la vieja raza un pueblo con caracteres salvajes.

Para suerte de nuestros indios, especie de «bestias sin entendimiento,» al decir de uno de nuestros cronistas, atraídos sin duda por fabulosos cuentos de riquezas y por el poder de fertilidad de la tierra para la producción del algodón (1), los hijos del Sol dejaron un día el Cuzco, y cruzando la barrera formidable de los Andes, el *Ritusuyu* (banda de nieve), llegaron á estas regiones con sus armas y su pendón de arco iris, en demanda de sumisión al Inca, el hijo del astro del día, que creíase con títulos divinos á toda la tierra bañada por sus rayos. (2)

Bajo el impulso de esta idea, gran parte de nuestra América Meridional cayó en poder de los Incas, los que, por el norte habían añadido al imperio el reino de Quito, hasta el Ancasmayu, conquistado por el legendario Huayna Capac; por el sud, con Topa Inca Yupanqui, habían tirado la línea de denominación por el cauce del Maule (Maulli, escribe Garcilaso); hácia el oriente, hábiale estendido, según asevera Montesinos, hasta «los lejanos reynos del Paraguay, teniendo en todo el imperio mil trescientas leguas de largo.»

Obedeciendo á la ley inflexible de la conquista incásica, Calchaquí entró á formar parte del *Tuvan-usu-yu* (*Tavantin* suyu, escribe Garcilaso, y *Tahuatin* suyu el P. Blas Valera), ó sea de las cuatro partes del mundo.

A pesar de la resistencia, la civilización quichua tuvo que ir contrarestándolo todo, y los viejos y agueridos jefes de las tribus viéronse en la necesidad, de

(1) Por un documento de 11 de Setbre. de 1699, vése que en ese tiempo en la jurisdicción de San Miguel habían ya plantíos de *algodón* y *caña*: “y conoció, dice, las tierras pobladas con casas, con robles chueras, cañas, cereales y algodonaes.....” (Escrib. Lauro Román.)

(2) La fig. 3 del Apéndice, representa al soldado peruano con sus armas y arreos.

buen ó mal grado, de jurar vasallage al Inca, dejando, sin duda, el país para ir á prosternarse á los pies del hijo del Sol en el Cuzco, y á permanecer algún tiempo en la Meca incásica, como era uso, costumbre y obligación. (1)

La invasión quichua, aunque apenas tuvo tiempo de echar raíces hasta la época de la conquista castellana, debía producir su revolución, con el consiguiente cambio radical en la vida de los pueblos calchaquíes, á los cuales puede muy bien aplicarse lo siguiente que dice Garcilaso, refiriéndose á lo saludable de la dominación de los Incas: « estos indios se mejoran con el imperio de los Incas, de manera que siempre les dá la honra de haber quitado los malos abusos y mejorado las buenas costumbres. »

Y este lógico fenómeno social tenía que producirse; en primer lugar, por el marcado sello de la dominación, y después por la superioridad inmensa de la cultura, pues como dice un escritor argentino, la nación quichua « como todos los pueblos que se presentan á la historia con caracteres de vitalidad y consistencia, tuvo sus instituciones especiales más ó menos parecidas á las que nos enseñan las antiguas civilizaciones del Asia, de la Europa ó del Africa; ella tuvo sus guerreros, organizados á semejanza de Roma, un gobierno provincial con atribuciones y jurisdicción perfectamente delimitadas, su casta sacerdotal como el Egipto, como la India, como la Germania, como la Grecia; sus vestales, sus cortes, sus séquitos reales, sus fiestas populares, donde la imágen del Baco helénico se presenta transfigurado por un clima tropical y por una naturaleza distinta, pero siempre rodeado de una confusa algarabía con que atronaba las selvas y los mares en sus tiempos de gloria; ella tuvo también, como la Grecia primitiva, sus danzas y sus bacanales donde el licor evoca la alegría, enciende la

(1) La fig. 4 del Apéndice es una lám. antigua del Cuzco.

cólera, despierta el llanto, y de donde después de una larga serie de transformaciones y evoluciones, surge vestida de su coturno regio, y con su máscara que nos aparta del mundo real para llevarnos à lo supuesto y lo impersonal, la tragedia solemne que se cincela con sus formas clásicas con Esquilo y Eurípides, y la comedia aristofánica que se viste con máscaras prestadas y con andrajos burlescos, donde va à ver el populacho el lado ridículo de aquellos personajes que en la tragedia le movieran al llanto; ella, como todas las razas madres de cultura que admiramos en poemas, en pinturas y en esculturas, tuvo sus rapsodistas, sus pintores, sus escultores y arquitectos. Sus *amautas* y *aravecus*, encargados de conservar la tradición patria, de formar y descifrar los admirables *quipus* de la escritura quíchua, escribieron y cantaron las glorias y las desgracias de sus antepasados, sus guerras y sus grandes revoluciones religiosas.»

La conquista empezó, seguramente, por transformar la vida política y el organismo religioso.

Es de advertir que el juramento de sumisión imponía el deber imprescindible de modificar las creencias arraigadas en la conciencia: el olvido à los dioses nativos era la primera condición, imponiéndose el culto al Sol (1). Sin embargo, no eran objetos de profanación vil estos dioses, como lo hacían los romanos con las divinidades de sus conquistados, entregándoles à la burla y al escarnio del populacho, ébrio de fanatismo. Acosta y Garcilaso nos refieren que con toda pompa, à la vista del pueblo que les rindiera veneración, eran aquellas divinidades conducidas al templo del Cuzco, donde tenían altares, sacerdotes y culto, como si fuesen deidades propias, pues eran consideradas en la categoría de semidioses ò dioses secundarios. Los Incas eran con los dioses extraños

(1) Las figs. 5 y 6 del Apénd. son representaciones del culto solar. Los atributos de casi todas las divinidades peruanas, son solares. (Véase el muy interesante *Culto de Tonapa* de Lafone Quevedo (1892).

más misericordiosos que el Jehovah del Sinaí, quien ordenaba al patriarca la enemistad perpétua con el amorrheo, el caneo, el hetheo, el huveo y el jevuseo, á quienes debía derribar sus altares, quebrar sus estatuas y despedazar sus dioses.

De aquí que la conquista incásica no era mirada con esa tradicional repugnancia de todas las conquistas, y en esto, como en lo demás que transformaba, y aún cambiaba radicalmente, sus gefes mostrábanse hábiles y sagaces políticos. Y, sin embargo, los Incas imponían paulatinamente el olvido á todo lo que siendo peculiar á la raza conquistada, no se avenía con la manera de ser del conquistador, conservando, ó, más bien dicho, permitiendo la perpetuidad de usos y hábitos que no se opusieran á la propagación y estabilidad de la nueva cultura.

Como el idioma es la tradición, forzoso era cambiar la lengua nativa por el quichua. Así se explica cómo los Incas, de un día para otro, hicieran desaparecer las lenguas de nuestro Calchaquí, asombrando á los conquistadores castellanos la habilidad de los monarcas cuzqueños para imponer una lengua á millares de habitantes, lo que no han podido realizar los conquistadores modernos, ni aún declarando oficial y obligatorio su idioma. Y es que los Incas, á la par que prudentes, han sido habilísimos conquistadores.

No nos daríamos cuenta exacta de ello, sin transcribir lo que sobre la política peruana dice el historiador de los Incas: «Trataban estos, escribe, de ablandar los corazones de las tribus salvages, atrayéndolas por medio de la condescendencia y la bondad. Léjos de provocar las hostilidades, dejaban obrar al tiempo para que produjese sus resultados el saludable ejemplo de sus propias instituciones, confiando en que sus vecinos menos civilizados se someterían á su cetro, convencidos del bienestar que les aseguraría. Cuando este sistema, añade, no producía el deseado efecto, empleaban otras medidas, pero siempre de caracter pacífico, y trataban de atraerles á su dominio por medio de

negociaciones, de un trato conciliador y de regalos á sus hombres principales. Por fin, hacian uso de todo los medios tan familiares á los hombres políticos más hábiles de una nación civilizada para conseguir la extensión de su imperio.» Y, aún, cuando declaraban la guerra, no usaban de crueldades, ó, como dice Cieza de Leon: «mandábase que en los mantenimientos y casas de los enemigos se hiciese poco daño, diciéndoles el Señor: presto serán estos nuestros, como los que ya lo son; como esto tenían conocido procuraban que la guerra fuese la más liviana que ser pudiese.»

En todo esto, naturalmente, está el secreto de cómo pudo extenderse la dominación quichua sobre gran parte del continente, abriéndose camino sin poderosas resistencias, desde los tiempos prehistóricos de Manco Capac I, Huanacavi-Pirhua, Sinchi Cozque, en que los monarcas fronterizos, en más de una ocasión, vinieron hasta ellos en demanda de alianza ó amistad.

Con el patriarcal gobierno de los Incas, la civilización quichua adueñose de nuestro Calchaquí, la que debió traer, no se sabe hasta qué punto, un verdadero cambio en la vida política, civil, religiosa, y hasta en las costumbres y usos domésticos de nuestros indios, debiendo ser objeto de enseñanza de parte de los cuzqueños á los conquistadores, desde el hilado y el tejido, que era tradición que Mama Oello hizo aprender á las matronas indias, hasta los sistema nuevos para cultivar la tierra, puestos en práctica por Manco Ccapac.

El Inca, dice Garcilaso, «juntamente con enseñar á cultivar la tierra á sus vasallos y labrar las casas, y sacar acequias y hacer las demás cosas necesarias para la vida humana, les iba instruyendo en la urbanidad compañía y hermandad, que unos y otros se habían de hacer, conforme á lo que la razón y la ley natural les enseñaba, persuadiéndoles con mucha eficacia, que para que entre ellos hubiese perpétua paz y concordia, y no naciesen enojos y pasiones, pusiesen con todos lo que quisieran que todos hicieran con ellos; porque no se permitía querer una ley para sí y otra

para otros. Particularmente les mandó que se respetasen unos á otros en las mugeres y hijas, porque esto de las mugeres andaba entre ellos más bárbaro que otro vicio alguno. Puso pena de muerte á los homicidas y adúlteros y ladrones. Mándoles que no tuviesen más que una muger...Mandó recoger el ganado manso que andaba por el campo sin dueño; de cuya lana los vistió á todos mediante la industria y enseñanza que la reyna Mama Oello Huaco había dado á las indias de hilar y tejer. Enseñóles á hacer el calzado que hoy traen, llamado usuta. Para cada pueblo eligió un curaca...Mandó que los frutos que en cada pueblo se recogian se guardasen en junto, para dar á cada uno lo que hubiese menester, hasta que hubiese disposición de dar tierras á cada indio en particular.»

Tal hacían las incas con sus conquistados, en resumen, de acuerdo con la enseñanza que Manco había dejado á sus sucesores, y que intencionalmente acabo de transcribir, dada su importancia, más que social y política, humana y civilizadora.

Siguiendo su habilísima y generosa política, los conquistadores celebraban grandes fiestas nacionales, en las que tomaban parte los conquistados confundidos con los conquistadores. En los ruidosos y fraternales banquetes brindábase por la alianza perpétua de ambas razas; y en las fiestas populares, semejantes al *huaraco*, entonábanse los poéticos y melodiosos *hailli*.

En todas estas bacanales populares tomaban preferentemente parte los caciques y curacas de las tribus, á quienes los conquistadores confirmaban en su mando y dignidad. Los gefes de los naturales continuaban gozando de sus privilegios, aunque juraban reconocer como inmediatamente superior á la suya, la autoridad del Virey ó Gobernador General de la Provincia, como lo hacían respecto de aquellos los gefes de las tribus, quienes á su vez eran superiores en gerarquía á las justicias de las décadas, pues que después de verificarse un censo general, dividiase el pueblo por grupos de

diez, cincuenta, quinientos y mil, con gefe á la cabeza. Se nombraba jueces en cada distrito, los que para sus resoluciones tenían el término perentorio de cinco días.

Los Incas eran tan hábiles políticos que comprendían cuánto no agradaría á los conquistados dejar á sus gefes en sus puestos con todos sus privilegios y gerarquías; y aún cuando aconteciera que el curaca ó cacique se sublevara, los monarcas del Cuzco, aunque le diesen muerte, no privaban á sus herederos de la posición gerárquica de su antecesor. Refiriéndose á esto, dice Cieza de Leon: «Y tuvieron los Incas otro aviso para no ser aborrecidos de los naturales, que nunca quitaron el señorío de ser caciques á los que les venía de herencia y eran naturales; y si por ventura alguno cometía delito, ó se hallaba culpado de tal manera, que mereciese ser desprivado del señorío que tenía, daban y encomendaban el cacicazgo á sus hijos ó hermanos, y mandaban que fuesen obedecidos por todos.»

Como la conquista comenzaba por la conciencia, inmediatamente de ser ocupado el país, y después de rendido el vasallage al hijo del Sol, el *Intip Churin*, procedíase á levantar un suntuoso templo al rey de los astros, colocándose el sol en los altares, y desplegándose con gran pompa por los sacerdotes cuzqueños todo el ceremonial religioso, con la magnificencia necesaria para cautivar los espíritus novedosos y ávidos de los indios.

En estas curiosas ceremonias de los sacerdotes del Sol, sacrifican éstos ovejas de la tierra, y después de quemar la yerba *cuca*, en hacimiento de gracia, «ofrecían en sacrificio mucho brevage de lo que bebían, hecho de agua de maiz.....y á los primeros vasos mojabán la punta del dedo de en medio, y mirando al cielo con acatamiento despendían del dedo, como quien dá papirotos, la gota de brevaje que en él se les había pegado, ofreciéndola al Sol en hacimiento de gracias, porque les daba de beber, y con la boca daban dos ò

tres besos al aire, que era entre ellos señal de adoración. Hecha esta ofrenda en los primeros vasos, bebían lo que se les antojaban sin más ceremonias....» Por lo demás, con Blas Valera, Montesinos, Cieza, Garcilaso, y todos los otros cronistas de la época, hay que desmentir en absoluto lo que afirmaba Polo, de que los Incas hacían sacrificios humanos.

Después del templo, venían las construcciones de fortificaciones y presidios; y, sin duda alguna, que nuestro *Cata-marca*, el fuerte ó presidio de la falda, fué obra de los del Inca. Lo mismo acontece, como ya dije, con el famosísimo *Pucará* del Anconquiya, ó *Pucará del Inca*, como sucedería con la fortaleza de *Watumgasta*, quizá.

Las fortificaciones, levantadas aquí y allá, y esparcidas en lugares estratégicos, eran construidas con piedras mазisas sin ligamento alguno, superpuestas unas sobre otras, y denominadas *pirkas* en el país, nombre de la lengua araucánica. Hablando del material de construcción, Acosta, en su «Historia Natural y Moral de los Incas,» asegura que ha tenido ocasión de ver en Tiaguanaco que algunas de las piedras empleadas en las murallas tenían hasta treinta y ocho pies de largo, diez y ocho de ancho y seis de espesor.

Las fortificaciones servían para la defensa nacional, y estaban comandadas por jefes cuzqueños, á los que tan solo, olvidé decir, podía investirse con la dignidad de Gobernador de la Provincia conquistada, pues que estos gobernadores eran los miembros natos del Consejo General de los Incas.

Organizada la política, la religión y las milicias, procedíase á la aplicación de la ley agraria de los Incas. Al efecto, dividiase el territorio en tres porciones: una para el Sol, otra para el Inca y la restante para el pueblo. Cada ciudadano y cada familia debería tener su casa, adaptada en su extensión y distribución á sus comodidades necesarias. Organizadas las cuadrillas de trabajadores, el pueblo levantaba todo género de edificios, dando preferencia á las casas de las viudas,

los ancianos, los huérfanos y los matrimonios. Es de advertir que el derecho de propiedad no existía como tal, sino la posesión ó tenencia, que se extinguía cada año, á fin de facilitar un nuevo reparto agrario, teniendo en cuenta el crecimiento y desarrollo de la población urbana ó rural, el número de hijos de los matrimonios, la mortalidad y las nuevas necesidades, que servían de base legal para una nueva adjudicación ó reparto.

Todos los súbditos del imperio deberían trabajar. La ociosidad era un crimen de estado. Es cierto también que solo se trabajaba unas horas del día, y que el resto era para el descanso y las fiestas; y de aquí que los pobres indios, acostumbrados á trabajos moderados, perecieran por centenares en las tareas tan pesadas de las minas, objeto principal de la codicia castellana.

Las tierras del Inca cultivábanse año á año, celebrándose grandes fiestas al comenzar á hacerse las sementeras, en las que se bailaba y se entonaban los triunfales *hailli*, á semejanza de las ruidosas bacanales de la Grecia, en las cuales aparecía la incitante figura del alegre Baco, con el pámpano en la frente. En Marzo tenía lugar la gran fiesta del *maiz*, imitando la de *collocampa*, ó del jardín del Sol. En Setiembre era la de *Citua Raími*.

Todo el producido de estos cultivos estaba destinado á atender los crecidos y fabulosos gastos de la corte incásica. Sin embargo, la benignidad del Inca respecto del tributo rayaba, á veces, en generosidad, eximiendo de él al pueblo en los años de carestía, y aún haciéndole parte de los frutos que al monarca correspondían, ó tomando de los graneros del Sol para alimentar á sus vasallos necesitados. De este modo los graneros del Estado, como los de Faraón en los largos años de carestía, eran un depósito común y permanente.

Hablando de la solicitud del Inca para con sus vasallos, dice Cieza de Leon: «si en tal provincia no había mantenimiento, mandaba que de otra parte se proveyese, porque á los nuevamente venidos á su servicio

no les pareciese desde luego pesado su mando y conocimiento, y el conocerle y el aborrecerle fuese en un tiempo; y si en alguna de estas provincias no había ganado, mandaba luego que les diese por cuenta tantas mil cabezas, lo cual mandaban que mirasen mucho y con ello multiplicasen para proberse de lana para sus ropas y que no fuesen osados de comer ni matar ninguna cria por los años y tiempo que les señalaba; y si había ganado y tenían de otra cosa falta, era lo mismo; y si estaban en collados y arenales, bien les hacía entender con buenas palabras que hiciesen pueblos y casas en lo mas llano de las sierras y laderas, y como muchos no eran diestros en cultivar las tierras, abecabanlas como la habían de hacer, imponiéndoles en que supiesen sacar acequias y regar con ellas los campos; en todo lo había de proveer tan concertadamente, que cuando entraban por amistad algunos de los Ingas en provincias de estas, en breve tiempo quedaba tal que parecía otra, y los naturales le daban la obediencia consintiendo que sus delegados quedasen en ellos y lo mismo los mitinaes.....»

El Inca, á la vez que un gefe civil y religioso, con todas las potestades del cielo y de la tierra, era un padre amante de sus hijos, sus vasallos. En esa especie de comunalismo en que los indios vivían, veíanlo todo, ordenabanlo todo, desde las minuciosidades de la vida doméstica hasta los actos más trascendentales de la vida política, religiosa y social. Con este propósito vallase el monarca peruano de visitadores ó inspectores generales del imperio, que se acercaban al pueblo, á fin de darse cuenta exacta de sus necesidades, deseos y exigencias. Velaba por la pronta y recta administración, dando cuenta al soberano de cualquier injusticia que cometiesen los tribunales ó los guardianes del orden público, reprimiendo seriamente el Inca los abusos de sus inferiores. De este modo las quejas de los súbditos volaban á los oídos del monarca, sea por intermedio de los visitadores, ó ya por los lábios de los *chasquis*, especie de correos á pié, que existían

de trecho en trecho, y para los cuales se elegían á los indios más reservados y veloces en la carrera.

Si la población se condensaba, el Inca ordenaba la inmediata fundación de nuevos pueblos; y si las tribus se mostraban muy persistentes en los hábitos y costumbres de la tierra, el Inca ordenaba la traslación de las poblaciones de un punto á otro, con dos propósitos: el de hacerlas perder su apego á la tierra natal, tradiciones y costumbres, á la vez que con el de facilitar la cruce de la raza, renovando su sangre.

Hay además que advertir que, según las leyes generales del Estado, el Inca debía visitar las provincias del imperio de tiempo en tiempo, acompañado de su corte, visitas memorables para los pueblos, porque tenían la inapreciable dicha de hospedar á su augusto y divino soberano.

Esta visita, muy pomposa en verdad, del Inca, nada de estéril tenía, sinó que, al revés, era dedicada á la satisfacción de las necesidades y bienestar de los pueblos.

El monarca solía llegar á las provincias entre estruendosas aclamaciones, y las fiestas populares sucedíanse en honor suyo. Después era conducido á otro punto en su litera, regiamente ataviada, al son de marchas militares, de cornetas y pingollos.

El que conozca cuánta era la veneración que el pueblo profesaba al gran monarca, ya puede darse cuenta de cuán grandes y entusiastas no serían las aclamaciones y ovaciones que recibiera durante todo el trayecto, las que, naturalmente, aumentaban en entusiasmo y llegaban hasta el delirio, cuando el Inca volvía victorioso y cargado de despojos, seguido de los reyes vencidos.

A propósito, es muy curioso lo que nos refiere Prescott sobre la entrada al Cuzco del monarca victorioso. «La población, dice, salía en masa á vitorear á su soberano...llevando banderas que agitaban en el aire, y cubriendo de flores el suelo que iba á pisar el vencedor. El Inca, llevado en su silla de oro en hombros

de sus nobles, se adelantaba en procesión solemne, bajo los arcos triunfales que cubrían la carrera, al gran templo del Sol...»

Era grande la veneración del pueblo à su Inca, quien á su vez ejercía paternal tutela sobre él dedicando su tiempo á su nación, con la solicitud de un verdadero gefe de estado, prestando, quizás, preferencia de atenciones á los países recién conquistados, como sucedería con nuestro Calchaquí.

Ya puede comprenderse, después de lo dicho, cuál no sería la transformación consiguiente que la cultura quichua traería en sí misma; y esto que no he apuntado lo que los Incas sabían en ciencias y artes, como cortejo luminoso de una civilización, que bien puede decirse que era algo más que embrionaria.

Con efecto: los amautas tenían conocimiento en astronomía, geografía y filosofía experimental. Sabían no poco del *Coyllur*, ó sea el sistema planetario, en el cual eran preferentemente estudiado el *Inti* ó Sol, la *quilla* ó luna, *chasca* ó el lucero, que presidían la aurora, el día y la noche, ó sean *pacari*, *punchau* y *tuta*. El año ó *huata*, era dividido en meses lunares. Alcanzaron los equinoccios y solsticios, los que cuenta Garcilaso que eran señalados por inmensas torres de piedra, que desgraciadamente fueron destruidas por los españoles, y que hubieran sido una verdadera curiosidad. Adelantados eran sus conocimientos geográficos, si se tiene en cuenta que hacían mapas figurativos de las diversas provincias conquistadas. Los españoles admiraron uno de ellos en Muyna, según refieren los cronistas. En geometría, eran las cuerdas con nudos sus medidas, para las cuales se tomaban dimensiones típicas. El sistema decimal era la base de la aritmética quichua, según aseveran recientes estudios.

Lástima grande fuè lo rudimentario de su escritura, por medio de los quipus, sin haber alcanzado á los caracteres ó geroglíficos mejicanos; pero en cambio los quipus les servían admirablemente para contar. En

las oficinas administrativas del imperio llevábanse cuentas prolijas de todas las entradas, tributos ó impuestos.

Por fin, un pueblo que canta á los héroes y sabe sentir; que tiene arte, música y poesía; que hacía salir á la escena, entregándolos á públicos aplausos y ovaciones, á sus guerreros, á sus monarcas, á sus amautas ó sabios; un pueblo que hace todo esto, no es un pueblo puramente salvaje, como algunas veces se ha pensado de la nación incásica. Añadamos la riqueza de sus poesía épica, y la ternura y sentimentalismo de su poesía lírica, en la que la estrofa tenía todo el calor de la sangre y todo el arrebató de las pasiones nativas.

El P. Blas Valera refiere que el Inca Roca fué el fundador de escuelas en el Cuzco, de las que el famoso Pachacutec, se declaró más tarde protector. En las escuelas se enseñaba de acuerdo á lo que cada clase social podría y debería saber, pues había cosas de que solo tenían conocimiento los amautas, y otras, a su vez, reservadas al Inca, que estos ignoraban.

Pero, sobre todo, na la han dejado los Incas que desear en materia de política y administración. El Inca comprendía que no se gobierna con rigor, sino con afabilidad y solicitud; así como que un buen gobierno depende en mucho del régimen administrativo en el manejo de la cosa pública.

La ley se cumplía con rigurosa exactitud, y ¡ay del juez que, faltando á sus deberes de magistrado público, se dejase cohechar ó cometiese una injusticia con los débiles, los ancianos, las viudas ó los niños! En este caso el Inca convertíase en un verdadero Dracón, y la sentencia hería la cabeza del delincuente! Robar, cometer homicidios, violar, blasfemar del sol ó del Inca, tener contacto con una de las vestales, todos estos eran crímenes de estado, reprimidos con severa é inflexible justicia. Sin embargo, quien compare el derecho penal mosaico con el peruano; verá que el primero tiene mucho que envidiar al segundo. Las

leyes ripuaria, sálica, borgoñona y visigoda, eran un lujo de crueldad al lado del derecho represivo incásico. Con esto está dicho lo más, porque no es posible descender á los detalles.

Es verdaderamente admirable su filosofía moral, de humanidad, fraternidad y justicia. Sus máximas son, quizá, tan sábias como las de los antiguos filósofos griegos ó romanos, por lo cual los cronistas, sin poder salir de su asombro, manifiestan al estudiarlas que el conocimiento y práctica de tales principios morales era una vislumbre del cristianismo, un favor del cielo á estas naciones que vivían en tinieblas para la fé. Otros, al contrario, opinan que el demonio enseñaba estas máximas para mayor perdición de estos indios orejanos.

Yo, que no creo ni una ni otra cosa, y que no veo en las ideas religiosas, políticas ó morales de un pueblo sinó el reflejo de una civilización que se debe al esfuerzo propio, no puedo por menos que admirar esas ideas y reproducir á continuación las más importantes de las sentencias ó máximas del famoso Inca Pachacutec, el Confucio peruano:

«Cuando los súbditos y sus capitanes y curacas obedecen de buen ánimo al rey, entonces goza el reino de toda paz y quietud;

«La envidia es una carcoma que roe y consume las entrañas de los envidiosos;

«El que tiene envidia de los buenos, saca de ellos mal para sí, como hace la araña en sacar de las flores ponzoña;

«La embriaguez, la ira y la locura corren igualmente, sinó que las dos primeras son voluntarias y mudables, y la tercera perpetua;

»El que mata á su semejante, él mismo se condena á muerte. En ninguna manera se debe permitir ladrones. Los adúlteros que afean la fama y la calidad ajenas, y quitan la paz y quietud á otros, deben ser declarados por ladrones;

«El varon noble y animoso es conocido por la

paciencia que muestra en las adversidades;

«La impaciencia es señal de ánimo vil y bajo, mal enseñado y peor acostumbrado;

«Los jueces que reciben à escondidillas las dádivas de los negociantes y pleitantes deben ser tenidos por ladrones.....»

Estas, entre otras, son las sentencias de Pachacutec. Refiere el P. Blas Valera que son también famosos los dichos de Topa Inca Yupanqui, el conquistador de Quito. Hablando de que el Sol no es el hacedor del mundo, este Inca decía: «El Sol no es el hacedor de todas las cosas y no es libre...Es como una res atada, que siempre hace un mismo cerco; ó es como la saeta que va donde la envían y no donde ella quería.»

Basta ya con todo lo citado para que nos demos exacta cuenta de todos los elementos con que la cultura quichua penetró á nuestro Calchaquí.

El influjo de esa civilización, rica en principios y en prácticas, revolucionaria la vida casi salvaje de nuestros viejos catamarcanos, que tanto habrían ya tomado de aquella, cuando á mediados del siglo XVI, Diego de Rojas, internándose en nuestras montañas, llevara en alto el pendón castellano, estandarte de una nueva civilización, impuesto por la espada y la cruz, y que iba á hacer al revés de los Incas: exterminar la raza nativa y usurpar el suelo que habitara el hijo de la montaña.

Hoy, que la cultura quichua duerme con sus progenitores el sueño de las huacas, recordemos respecto de ella la frase justiciera de Cieza de Leon: «Hicieron los Ingas tan grandes cosas y tuvieron tan buena gobernación que pocas en el mundo les hicieron ventaja.»

XX

El valle de Andalgalá, en el corazón del Oeste de la Provincia de Catamarca, hoy uno de los más importantes y ricos de la misma, es digno, por más de

un motivo, de una página.

Lleno está este valle de antigüedades y antiguallas, vestigios del pasado, que el tiempo va haciendo desaparecer paulatinamente, cuando no las destruyen los habitantes del país, sin comprender su inapreciable valor histórico, por el mero placer de destruir todo lo viejo, é ignorando que las ruinas son las reliquias de una historia de heroísmos, que debieran interesarles doblemente: por ser el lugar donde nacieron teatro de bélicas hazañas, y por haber sido sus actores los viejos progenitores de la raza andalgalense, por cuyas venas circula torrenciosa la sangre del calchaquí.

Erizadas están de recuerdos las montañas del valle; cubiertas están las eminencias y llanuras andalgalenses de restos de fortines, *pucaraes* y murallas de *pirca*, en otro tiempo baluartes y trincheras; desparrramadas por el suelo están las piedras con que se construyeron el fuerte castellano de San Pedro de Mercado y el fuerte indígena de Chelemin, levantado sobre los cerros por el valeroso cacique andalgalense, que sufrió el doble martirio de perder su vida y de ver esclavizada su tierra.

Sepultadas están muchas otras antigüedades. Más de una vez en excavaciones que se han practicado para levantar una choza campestre, háse dado derepente con huacas, objetos y antiguallas curiosísimos, que denunciaban el secreto de toda una generación.

Tanto más preciosos son estos objetos cuánto que poco ó nada nos dicen los viejos cronistas de estas civilizaciones muertas, destinadas como estaban sus páginas á ensalzar el valor castellano y ponderar los triunfos de la fé católica, que el guerrero imponía, cuando no enseñaba el misionero.

Entrando en el estudio de lo que era valle andalgalense en épocas remotas, debemos comenzar por descifrar ese nombre de *Andalgala*, que se da al valle.

Nuestro historiador hace la siguiente división etimológica de la palabra:

An-dal-ga-la, ó bien: *An-talca-la*.

Talca es el nombre local que se da á las liebres, y que á no dudarle, es palabra que consta de la radical *Tal* y el artículo final *ca*, mientras que la partículas *an*, de alto, *lla* de cariño, y *ao*, locativa, son muy conocidas. (1)

El origen de la palabra, atendiendo algunas circunstancias, puede ser otro, para lo cual necesitamos escribirla con un ligero cambio de letras, ó sea:

Antap-hualan, ó bien: *Anta-huala*, de donde, por corrupción común del lenguaje, habrá venido *Andalgala*, siendo de no extrañar estos cambios, cuando transformaciones de lugares hay sin cuento; y para no ir lejos, véase éste, de uno de nuestros pueblos más conocidos: *Huilla-pima*, *Billapima* y *Villa-prima*, ya completamente castellanizado.

Yo hago derivar (sin asegurarlo de ningún modo) etimológicamente el nombre de Andalgala de dos palabras: *Anta*, cobre, y *Hualan*, nombre con que el famoso valle andalgalense era conocido en tiempo de la conquista, por el cacique *Guala*, de que habla Guevara; de tal modo que escribiendo el primero de estos nombres en genitivo, *Antaphualan*, tendríamos: «Hualan de cobre,» ó bien «Andes de Hualan,» porque el nombre primitivo de los Andes era *Antis* ó *Anta*, por lo cual Andes significa «montaña de cobre.» (2)

La palabra *anta*, con que se forma «Hualan de cobre,» viene muy bien á Andalgala, como que en este Departamento hay riquísimas minas de cobre que se explotan conno poco beneficio, á pesar de la mala viabilidad. Es sabido que los indios andalgalas beneficiaban muy bien el *anta* ó cobre, al que sabían fundir y convertir en objetos de arte. He visto un

(1) Lafone Quevedo, *Londres y Catamarca*.

(2) No hace mucho, revisando los manuscritos he descubierto que la *l* de Hualán, es *s*.

gran *maray* de piedra en la hacienda de Huasán.

Si la radical *gala* de la palabra significa otra cosa, puede que el *andal* sea *antap* ó *anta*. Sin embargo, nada se puede asegurar, pues quizá busquemos traducción quichua á palabras kakanas ó de algún otro idioma nativo. Esto, que quise averiguar en primer término, no me ha sido posible hacer.

En la cuestión de los nombres de lugares, debe buscarse, por otra parte, su etimología, teniendo en consideración todo lo que con el nombre puede relacionarse. De aquí que puede surgir una otra interpretación de la palabra que me ocupa. ¿Por qué, si nos remontamos á los tiempos de la conquista incásica, no podríamos conjeturar muy bien que el nombre de Andalgala, corrompido ya, sin duda, no ha sido importado por los del Cuzco? ¿Quién podría asegurar que Andalgala no fuese una corrupción de *Andaguayla*? ¿No es racional pensar que esta última palabra originó la primera, si tenemos en cuenta un notable acontecimiento histórico, ligado indirectamente á los sucesos del Tucumán?—*Andaguayla* es el valle donde habitaron los *changas*, que pusieron en jaque el trono incásico, y á los cuales el Inca pudo vencer después de cruentas batallas; y así dice Garcilaso: «los changas (que vencieron á un hermano de Pachacuti Inga Yupanqui) es la nación que poseía el valle de Andaguayla, que esta obra de treinta leguas del Cuzco camino de Lima». Estos changas ó andaguaylas fueron vencidos por Huiracocha, el Inca de la supuesta embajada; y á cualquiera se le puede ocurrir que el nombre del valle de la tribu peruana y del lugar que nos ocupa están emparentados; que los valerosos capitanes del Inca, que tanto le veneraban, por congraciarse con el hijo del Sol, ó por conmemorar sus hazañas y perpetuarlas en las tribus que ingresaban á su imperio, hubiesen dado el nombre de los vencidos del valle, peruano á este valle, en el que, yo no dudo, estuvo el asiento de la corte del Tucumán incásico. Ejemplos de esto hay más de una vez en la historia,—y para no ir le-

jos, citemos en el Tucumán el nombre de Chicoana (en Salta), el mismo de uno de los valles peruanos.

Sin duda que Andalgala ha sido la gran región *kakana*, ó la región clásica de los pobladores primitivos, y que por sus riquezas mentadas y el estado de su cultura, mucho tendría el país qué hacer con el Inca, pues que los andalgalas «eran gente de buenos entendimientos.»

Ante todo, recordemos que el cronista nos habla del poderoso cacique Tucumanao, quien hospedó al descubridor Diego de Rojas y al conquistador Nuñez de Prado. Tucumanao, que hasta hoy existe casi despoblado, encuéntrase en la misma región geográfica de Andalgala, en un departamento contiguo. Sábese, por más de una autoridad histórica, que el cacique Tucma dió su nombre á toda la provincia del Tucumán, y que Tucumanao no significa otra cosa que «pueblo de Tucma,» donde indudablemente, debió tener su asiento real este cacique, jefe de gran parte de las tribus tucumanas, pues que era *poderoso el Señor de Tucumanao* cuando Rojas. Este Tucma, debió ser el de la supuesta embajada á Huiracocha en demanda de civilización, que solo es concebible lo hicieran «gente de buenos entendimientos», ó el Tucma que resistió al Inca.

Desde ya estos datos autorizannos á pensar que Andalgala fué el verdadero Tucumán, el centro del Tucumán que los Incas añadieron á su imperio. Pero hay mucho más que sirve de sólido refuerzo á esta idea de que Andalgala fuese el centro de la civilización cuzqueña, el foco de la colonia incásica, de tal modo que el Tucumán del Inca tuviese una parte de su representación política en el *Tucumungasta* de los llanos andalgalenses, lo mismo que en *Tucumanao*. También es reveladora la fortaleza *del Inga*, algunas leguas más allá.

Debe tenerse muy en cuenta el hecho de que, á más de Tucumanao, haya habido otro pueblo de Tucma, ó *Tucumungasta*, en Andalgala, que con el anterior son ya dos pueblos del mismo cacique, distantes ape-

nas unas cuantas leguas el uno del otro. Téngase bien presente que este hecho no se repite en región alguna del Tucumán, donde no existen, siquiera, lugares con el nombre de Tucma. (1)

Que la nación andalgalense era grande y poderosa, no hay duda, toda vez que constituían parte de la misma las tierras de los huasanes, huachaschis, tucumangastas, pipanacos, etc., siendo los yocahuiles sus aliados, tribustodas que tanta participación han tomado en las guerras de la conquista. Bien sabido es que Chelemin fué el gran cacique andalgalense, y que al frente de numerosas y fuertes tropas luchó porfiadamente al poder español, hasta ser el héroe de la resistencia, si exceptuamos á D. Juan de Calchaquí. Por los planes bélicos de Chelemin, por la dirección de la guerra, por la construcción del fuerte que llevó su nombre, situado en el corazón de la región andalgalense, vése que Chelemin no es un hombre vulgar, y un hombre sólo es la revelación de un pueblo.

Los *quipus*, desconocidos en todas las regiones del Tucumán, eran usados por los andalgalenses, lo que parece dar á entender que en el país que éstos habitaban debia encontrarse el centro del poder incásico, pues sabido es que por medio de los quipus los encargados de la cosa pública, los subalternos del Inca, llevaban las cuentas y todo lo relativo á la administración. La falta de quipus en el resto del Tucumán, prueba que en ninguna otra parte sinó en Andalgala residían las autoridades del Inca. Por lo demás, cuando hasta el pueblo conocía quipus en Andalgala, muy usados debieron haber sido por los grandes de la corte.

No hay en todo Tucumán, por otra parte, pueblo alguno que como el de Andalgala haya heredado tanto de la cultura quichua, cuyo mismo idioma era perfectamente hablado por estos indios.

(1) Con escepción de *Yucumanita*, en San Miguel, como quien dijera *tucumancito*. Hasta hoy los paisanos de Tucumán (actual) llaman á aquel lugar *tucumanita*. Contiguo á Yucumanita está Yucu-cu.

En el viejo Andalgala encontrábanse artistas sin rival en todo el Tucumán, como dan de ello testimonio objetos de arte descubiertos hasta ahora, y que por sus grabados vése que han sido trabajados en la época antecolonial. Los objetos de piedra del Pucará son inmejorables.

Objetos de alfarería andalgalense parecen ser incásicos, y se ha dado con medallones de cobre que tienen grabado al Inca en su trono, con su sol y su *llautu*. (1) Otros curiosos trabajos de oro, plata y cobre, con alusiones al Inca, delatan una civilización bastante adelantada. Sin embargo, es oportuna la observación que me hace el señor Lafone Quevedo en una carta que me dirige desde Pilciao: «No es probable, me dice, que los calchaquíes como tales hayan sabido elaborar el oro y la plata, porque estas pastas correspondían exclusivamente al Inca, y las prendas de oro y plata que á veces se encuentran deben ser procedentes del Perú, como regalos hechos por el Inca á los más *distinguidos vasallos* de su dilatado Imperio.» Esto mismo, si así fuera, demuestranos que á Andalgala venían los principales regalos del Inca, porque allí se encontraban sus *más distinguidos vasallos*.

Notables eran las obras hidráulicas de los andalgalas, así como sus construcciones, especialmente las militares.

Muchas *huayras* ó fundideros de cobre, en que se beneficiaba este metal, nos dan clara idea de la importancia de esa industria.

Como en el país de los cuzqueños, no han escaseado en Andalgala las famosas *huacas* de oro y plata, tantas veces objeto de la codicia castellana.

Hasta hoy no es difícil encontrar uno que otro fragmento de las torres derruidas de los guerreros andalgalenses, en un todo idénticas á las torres cilíndricas de los Incas.

(2) Véase Fig. 7 del Apéndice.)

Los caciques andalgalenses en su traje y porte llevábanse mejor que los curacas de las otras tribus, gastando adornos de oro y plata, y corona con orbe de este mismo metal. Esto del orbe de plata es, sin duda, herencia de los *amautas* del Perú; y á estar á lo que escribe Juan de Betanzos, este orbe ó *patena* tiene su significación en la idolatría incàsica.

Entre la numerosa colección de antiguallas, existe en Andalgala un disco en cobre que representa al Inca, el cual es una verdadera curiosidad artística, tanto por su fundición, cuanto por sus grabados y relieves. Las formas, posición y demás detalles en la lámina de alto relieve que representa el Inca, tienen la más completa similitud con las de los grabados cuzqueños.

Hè aquí cómo describe el señor Lafone Quevedo el grabado del disco, de que es poseedor: «Está, dice, el Inca en su escaño ó *tiyana*; abajo de la barba se vé un curiosísimo copon ó caliz; sobre la cabeza tiene una *diadema muy galana*, que bien puede ser de *plumas*, y de ellas cuelgan dos *orejeras*; en la frente está una *patena* y si faltan las *mamaconas*, con *plumas coloradas*, con las cuales *oxedscn las moscas*, están dos *lagartijas* que tambien *oxean moscas*.» (1)

El mismo señor Lafone Quevedo posee otra antigualla encontrada en Andalgala. Su material es una arcilla negra muy bien embetunada; su forma un aguador sentado, desgraciadamente sin cabeza, y á cuestas carga un gran tinajón, todo cubierto de dibujos trazados á buril, que no son otra cosa que un monstruo como dragón policéfalo, cada cabeza con dientes y cuernos bien pronunciados, que no dejan de tener su semejanza con las cabezas de serpiente descritas por el Dr. Le Plongeon.

Algunos centenares de alfarerías, muchas de ellas muy buenas, de Pilciao, Huasàn, etc., delatan la ci-

(1) Es el mismo citado en la nota anterior.

vilización andalgalense. (1)

XXI

Cuando voy á relatar lo que era la vida calchaquí, quiero referirme á las costumbres, tradiciones, medios de vida, instintos y genio peculiar de los indígenas de la guerra de la conquista, que, sin duda, llevarían dos largos siglos de civilización incásica, de la que muy poco, relativamente, habrían tomado, dado su carácter altivo y autonómico, así como su conocido apego á todo lo que es propio y peculiar á la raza.

Claro es que la civilización cuzqueña no tuvo tampoco demasiado tiempo ni medios para imponerse, en todas sus prácticas y detalles. No solo el tiempo, por otra parte, sino la fibra natural, siempre persistente, así como la inmensa distancia que separaba á nuestro Calchaquí de la corte incásica, eran obstáculos y valladares para que la nueva cultura se impusiese sin el auxilio, que no se tenía á la mano, de otros elementos. Los peruanos, es cierto, al imponer su cultura á Calchaquí, mandarían, como lo hacían en todas sus conquistas, instructores y hombres entendidos en las prácticas de su religión, política y costumbres; pero ya puede comprenderse que un pueblo no se educa fácilmente, cambiando de hábitos y de tradición en una escuela donde no se escucha la lección del maestro, si no es impuesta por la fuerza y por prácticas diarias y constantes. Los incas, á más de esto, y como ya tuve ocasión de decirlo en otro lugar, eran sagaces conservadores de las viejas costumbres y prácticas de los pueblos sometidos, á los que no querían contrariar en todas las esferas y órdenes de la

(1) El falo parece haber sido muy venerado, como en todo Calchaquí, en Andalgalá. Ultimamente hase encontrado en Pipanaco un miembro de barro, que á la vez es un ídolo con todas sus facciones, de cara ancha, ó *paita-huma*.

vida colectiva. De aquí que muchas costumbres primitivas persistiesen ó ejercieran su natural contagio sobre las nuevas, análogas á aquellas. La vida distinta, por otra parte, de nuestras tribus agrestes y viriles, no podía fácilmente amoldarse á un método de vida más civilizado, más consistente y más afeminado, si se quiere, que el suyo. La resistencia debió haber sido inmensa.

Todo este conjunto de hechos y apreciaciones explica cómo, á pesar de la dominación incásica, el calchaquí fuese siempre calchaquí, más ó menos modificado, para jamás el *runa* peruano, apático, afeminado, obediente, sumiso, acostumbrado á un gobierno mecánico, lleno de reglas, de prohibiciones y privaciones, apegado á su tradición que jamás cambia, estacionario como el de China, como entre otras cosas pruébalo el hecho de que á pesar de ser tan rudimentarios sus quipus, no hubo en el imperio una sola tentativa por adoptar los geroglíficos mejicanos, medio infinitamente superior para conservar la historia del Inca y la de sus amautas.

Sin embargo, sinó los detalles, algo de la esencia de la civilización cuzqueña se infiltró en nuestro Calchaquí, y prueba de ello es la casi desaparición del kakano, y la preferencia que dieron al sol y la luna sobre sus dioses nativos.

Peruana, sin duda, debe haber sido la vida agrícola que comenzaba á desarrollarse, pues es de presumir que nuestros indios llevasen anteriormente la vida nómada, cazadora ó pastoril, por lo menos, en un país cuya naturaleza es tan agreste y tan fragosa, por sus montañas y selvas salvajes, llenas de huanacos, alpacas, llamas, vicuñas, liebres, aves, etc. El *suri* ó *xuri* parece que no era comido, y que algo tenía de sagrado, á estar á la relación del indio Peralta.

Sin entrar en rigurosas distinciones de la vida Calchaquí antigua, contemporánea á los Incas ó de tiempo de la conquista, es preciso dar una idea en globo de los usos, costumbres, organización social, po-

litica y religiosa de nuestros indios.

Como en todos los pueblos primitivos, tuvieron que haber sido, como lo fueron en efecto, los factores ó potencias de la naturaleza los dioses adorados de nuestras naturales.

Las fieras—el tigre,(1) el leon, la pantera, la serpientes, han sido también dioses de la India, la Persia, el Egipto y los pueblos primitivos. Que la serpiente fué deidad, y deidad muy adorada de nuestros naturales, no hay duda alguna, y en todos los viejos grabados aparecen las serpientes (2) de una ó más cabezas.

Deidad de mucha veneración debió haber sido el imponente cóndor ó *cuntur*, tan atrevido, de vuelos tan rápidos y gigantes, que bien merece, no solo ser el rey de las aves, sino el mito de las tradiciones americanas. En el Museo de La Plata figura una hermosa tiraja, procedente de estos valles, de bellísimas formas, adornada de pinturas artísticas de negro maltesas encarnado, «en que dos estrellas ó cruces maltesas encierran otros tantos medallones, ocupado á su vez respectivamente por *serpientes de dos cabezas* y un *condor* como el pajarraco del escudo imperial de Austria.» En el medallón de cobre de la misma procedencia, que conserva el señor Lafone en su colección de antigüedades indígenas, no se ven ya serpientes, pero sí *umucutis*, lagartos ó lagartijas, que en calidad de adornos rodean al Inca, sentado en su trono, con su sol y su *llantu*. En el Museo Nacional he visto también tinajones con *xuris* y con otras aves, muy bien dibujadas ó pintadas, lo que es comun (3).

Que en la época primitiva adorarían todos estos animales y otros semejantes, hay, no duda de ningún género, toda vez que nuestros indios «no supieron, como los gentiles romanos, hacer dioses imaginados, como

(1) (Véase Figs. 9, 10 y 11)

(2) Véase «Yaguareté—Aba», de Ambrosetti. (Anales de la Soc. Cient. Arg., Tomo XLJ, pág. 321)

(3) Véase Fig. 12, Apéndice,

la esperanza, la victoria, la paz y otros semejantes, y porque no levantaban los pensamientos á cosas invisibles, adoraban lo que veían...yerbas, plantas, flores, árboles de todas suertes, cerros altos, grandes peñas, y los resquicios dellas, cuevas hondas, etc.,» al decir de un cronista. (1)

Era dios todo lo que se presentaba con cierto misterio al hijo de la tierra, cuando no se daba cuenta de algún secreto de la naturaleza, á la que no concebía sinó abierta y franca. Por eso las alturas, el abismo, las grutas, las cuevas oscuras, con los ruidos del viento que penetra á ellas por las endijas, todo, todo era objeto de veneración en sí mismo, ó porque imaginasen los indios que en el fondo de ese abismo ó en el interior de esa gruta morase alguna deidad terrible, espantable, como la oscuridad ó la sombra. Entre todas las cuevas indígenas ninguna llegó á ser, que yo sepa, tan venerada como la de *Thotan*, donde se encontraban tesoros de la superstición nativa. El Obispo Nuño de la Vega recuerda de la cueva de Thotan, y hablando de su tesoro, dice: «El tesoro consistía en urnas de barro cocido en que habían grabado los signos de la cábala y brujería con muchas estrellas, como si hubiesen querido trasmontar el cielo...en el fondo veíase el Sol y la Luna...y otras supersticiones y símbolos.»

El P. Guevara decía muy bien que la nación calchaquí era la más supersticiosa de todas. El falo era muy adorado. (2)

(1) En la América del Norte era también adorada la serpiente. Es famoso, en Estados Unidos, el *Serpent Mound*, de propiedad del Museo de Peabody.

La Figura 9 del Apéndice, no está copiada de ningún objeto. Hice esa figura para explicarme la idea que los indios se harían de las serpientes de dos cabezas.

(2) Las Figs. 16 y 17, representan discos fálcos. Como puede verse en estos ejemplares, el triángulo es la representación de la matriz de la mujer, lo mismo que en el Viejo Mundo.

El indio, además, adora todo aquello que se parece á él; todo lo que tiene en sí alguna cualidad que es valor, fiereza, rabia, fuerza, astucia, agilidad: el tigre, el leon, el oso, el zorro; el gato cervical, la serpiente, fueron dioses en casi toda la América primitiva. El condor, las águilas, los halcones, son las divinidades favoritas de las naciones andinas, entre ellas de nuestro Calchaquí. Refiriéndose á estas divinidades de nuestros indios, dice Garcilaso: «Al ave que ellos llaman Cuntur por su grandeza, y á las águilas adoraban ciertas naciones, porque se precián desendir dellas y también del Cuntur. Otras naciones adoraban los halcones, por su ligereza y buena industria de haber por sus manos lo que han de comer: adoraban al buho por la hermosura de sus ojos y cabeza; y al murciélago por su sutileza de sus vistas, que les causaba mucha admiración que viesse de noche...A las culebras grandes por su monstruosidad y fiereza, que las hay en los Andes de á veinticinco y de 30 piés, y más ó menos de largo, y gruesas muchas más que el muslo. También tenían por dioses á otras culebras menores, á las lagartijas, sapos y escuerzos adoraban.»

Se me olvidaba decir que los Indios adoraban la serpiente bajo el nombre de *Amaru*. Añadamos, ya que es oportuno, que Garcilaso en medio de tantos dioses, de tanta variedad de divinidades, se consuela, porque él mismo vé que «es motivo que los griegos y los romanos, que tanto presumían de sus ciencias, tuvieron, cuando más florecieron en su imperio, treinta mil dioses.»

Las divinidades que antes he citado, divinidades suministradas por los Andes, distintas de las que surgen en los bosques ó los llanos, debieron haber sido también dioses calchaquíes, mucho más cuando tenemos una prueba de ello en que han figurado siempre en los grabados de nuestros naturales.

Idolos de piedra y de madera eran también adorados. «Yo poseo uno muy bien tallado de madera, me escribe el señor Lafone, y sé de otros; pero de nin-

guna manera los puedo atribuir á los calchaquíes;» y es, sin duda, porque serían dioses de los antiguos pobladores del país. En el Museo de La Plata hay buenas decenas de ídolos, de las que me he de ocupar en otro lugar. (1)

Entre las yerbas, es, así mismo, indudable que se adoraría á la *Cuca* ó *Coca*, por la gran estimación que por ella tenían los indios del Tucumán, y por las referencias de Garcilaso, de que era venerada en los *Antis*. Del *algarrobo*, hasta hoy se conserva la veneración de su sombra para las bacanales.

Muchas otras cosas propias del país servíanles, así mismo, de dioses. El Obispo Maldonado desde Córdoba, en carta fechada el 26 de Setiembre de 1637, escribía á Pedro Bohorquez: «Sé que son (los calchaquíes) los *mayores idólatras* que hay en las indias; difícil raíz para que repentinamente den fruto de católicos.»

En Andalgalá se dice que existe una piedra terminada en punta, muy venerada de los indios, «de la hechura de un pan de azúcar», para valernos de la expresión de Betanzos. Las petrografías deben ser símbolos del ritual.

No eran solo estas deidades. Rendían también culto, como escribe el P. Lozano en su historia de los Jesuitas del Paraguay, «á otros ídolos que llamaban *Cajille*, cuyas imágenes labradas en láminas de cobre traían consigo, y eran las joyas de su mayor aprecio; y así dichas láminas como las varitas emplumadas, las ponían con grandes supersticiones en sus casas, en sus sementeras, y sus Pueblos, creyendo firmemente que con estos instrumentos vinculaban á aquellos sitios la felicidad, sobre que decían notables desvaríos, y que era imposible se acercase por allí la piedra, la langosta,

(1) Las Figs. 8 y 15 son ídolos de piedra típicos, con caras humanas. Ellos serán motivo de estudio en otra obra. Están de tamaño natural.

la epidemia ni otra alguna cosa, que les pudiese dañar.» (1)

Al ocuparme de las alfarerías y objetos calchaquinos, he de hablar de los ídolos de piedra y tierra, cocida de los que nuestros indios poseían á millares.

Tenían gran veneración por el trueno y el rayo, al que denominaban *Illapa*. A estos teníanle dedicados pequeños templos, en cuyo interior clavaban unas varas llenas de plumas de distintos colores, rociadas con sangre de las ovejas de la tierra. Esas eran sus varas de virtud, tan abundantes en la Edad Media.

La civilización incásica introdujo sus hermosos dioses á nuestro Calchaquí. El *Sol* entró á ser la primera de las divinidades.

Fácilmente fué admitida esta divinidad, por su belleza y esplendor, así como por presidir el día, cuando salía del oriente envuelto en mantos de fuego, y disparando sus rayos, que iban á herir la frente del nevado Anconquija, coronándolo de resplandores ardientes. Debido á él nacían las yerbas y las flores, amarilleaba la algarroba, daba fruto el *molle*, los algodoneros vestíanse de blanco capullos, ennegrecíase el *mato*, maduraba la verde *tuna*, pintábase el ala del pájaro, emplumaba la calandria, y la flor del aire daba á la brisa los perfumes de la selva y encantos de la montaña. ¿Y la *Luna*?..... ¿Cómo no adorar á *Mama Quilla*, la viagera del cielo calchaquí, compañera de los sueños?

Si el sol es el padre de la tierra, la luna es su madre protectora. El indio tenía que amarles, como amaba todo lo que era factor poderoso de la naturaleza. La luna prestaba tal protección al indio calchaquí, tanta fé tenía en ella, que la mayor parte de sus empresas guerreras efectuábalas de noche. El viejo curaca de las tribus después de afilar la punta de sus flechas, y

(1) En Calchaquí había una grandísima superstición; y no habría indio que no llevase su *huancanquillo* ó amuleto, siendo muy curiosos algunos de estos. (Véanse Figs. 37 á 43 del Apéndice.)

después de teñirlas con las raíces de la yerba *coro*, la cual tenía la virtud de ahuyentar al enemigo, escondiéndose en la selva, como el león en actitud de asecho, permaneciendo horas y más horas en silencio, tendido sobre las yerbas; y apenas la luna se levantaba, el curaca daba un alarido, y á su voz, como brotados del suelo, alzábanse los guerreros, y como una jauría lanzábanse sobre el real de los castellanos.

Si el triunfo era suyo, la tribu vencedora volvía al bosque, y en sus festines salvajes libaba al númen propio, entonándola un *hailli*.

Por lo demás, tenían sus ceremonias religiosas especiales, sus maneras de invocar á las divinidades y prácticas supersticiosas de todo género.

El demonio, según decían, solía aparecerse en casa del sacerdote idólatra, donde se le ofrecían licores, aves muertas y doncellas de catorce á quince años.

Creían que el lucero y las estrellas más resplandecientes eran los espíritus de sus curacas muertos, así como que «los hombres más viles se convertían en demonios.»

Nuestros calchaquies tenían numerosos sacerdotes, hechiceros, astrólogos, brujas y todo ese cortejo de la magia y la nigromancia. Y á propósito de hechiceros y brujas, recordemos en esta oportunidad que fueron ellos los que más resistencia opusieron á la despoblación de Calchaquí.

Ya he tenido lugar, en otra ocasión, de dar una idea del carácter calchaquí, comparándolo con la aspereza y accidentes de la tierra que habitó la raza.

Distinguía al calchaquí su genio guerrero y su bravura en el combate, su amor á la libertad, su apego á la tierra que le vió nacer, su orgullo de raza y su valor para resistir á la más amarga decepciones.

«Siendo los calchaquíes de genios montaraces, dice Lozano, se les aumentaba la ferocidad en la fragosidad del terreno, que todo se compone de altísimas y muy ágrías cordilleras: en ellas ponían la mayor parte de su poder, ciertos á su parecer de que no les po-

drían hallar en asperísimos cerros, el valor de los españoles, vencidos en la batalla si lograsen la fuga. Por esto, se resistieron siempre á rostro firme á la sujeción.....» (1)

Esto por lo que toca al carácter calchaquí, cuyos indios, según Lozano, «eran gente por lo comun bien agestada, altos, blancos y fornidos.» Eran, además, de inteligencia suspicaz, recelosos, desconfiados, supersticiosos, generalmente falsos cuando empeñaban su palabra, «que los bárbaros son por lo general primorosos artifices de engaños.» La más mínima desgracia abate sus ánimos por el momento, así como el más insignificante triunfo enardece su valor bélico: por eso los vemos estallar en inmensa algazara y hacer sonar cornetas y pingollos porque en un encuentro con los castellanos consiguen dar muerte á uno de los temibles caballos.

Para tener una idea del orgullo del indio, basta recordar que jamás permitía que se le cortase la cabellera, y que como en las antiguas leyes de los francos, miraban ese acto como un baldón, que solo se borraba con la más atroz de las venganzas. La tijera, ejercitándose en las cabelleras lascias de los curacas, produjo un incendio de diez años. Solo D. Francisco Gil de Negrete, en 1650, pudo cortar impunemente las cabelleras de los indios, así como Pedro Bohorquez, cuyas insinuaciones acataban los indios, por congratularse con S. S. el gobernador Mercado y Villacorta. Así mismo, para ocultar la derrota, ó lo sangriento de una batalla perdida, alzaban sus muertos y les escondían en el fragor de la pelea. Esta costumbre háse conservado en Pomán, y hará muy poco tiempo que los colpeños hicieron lo mismo en un desgraciado encuentro con fuerzas de la policía. Los despeñamien-

(1) El n.º 74, del Apéndice, es un cráneo deformado artificialmente, costumbre de los antiguos indios de estas regiones. Por ahora, me limito á esta nota, tratando en otros lugares del asunto. En materia de cráneos deformados, son notables los de Schmidt en Leipzig.

tos de mugeres, los suicidios valerosos, son otra prueba elocuente del culto profesado à la propia dignidad de guerreros.

La osadía, la doblez, la traición, todo esto se reunía en el indio y constituía su carácter. Lo que escribía D. Martin del Barco Centenera, en *La Argentina*, quedabien aplicado á los calchaquíes:

«Usan embustes, fraudes y marañas,
Tambien tienen esfuerzo y osadia,
Y así suelen hacer grandes hazañas,
Que arguyen gran valor y valentía.»

Eran también belicosos—que no vivían sinó haciéndose diariamente la guerra, por el motivo más fútil; y solo cuando se trataba de repudiar al extranjero, las tribus se confederaban, porque todo lo sacrificaban por su propia independencia.

Respecto á muchas de sus costumbres, poco ó nada nada nos dicen los cronistas. En la vida de familia odiaban el adulterio, y respecto à sus enlaces y uniones solo he encontrado este pasaje del P. Techo: «Pueri usu veneris interdicuntur, donec ab veteratoribus nefando prorsus ritu emancipentur. Virgines pictis vestibibus utuntur, quas prastato pudore in simplices vertunt.»

Tenian gran veneración por los muertos, y pocas cosas dolíales más que cuando los castellanos, por buscar tesoros escondidos, removían las huacas de sus abuelos.

Por casi todo Calchaquí uno se dá con enterratorios en tinajas, ó urnas funerarias, de las que yo poseo unas ciento, así como unos ciento cincuenta *pu-cos* ó *tapaş* de las mismas. En ellas, sin duda, se sacrificaban niños, pidiendo lluvia à la divinidad. Sobre estos enterratorios es curiosísima la nota del P. Ruiz de Montoya, (1) quien hablando de los *Tupys* brasile.

(1) P. Ruiz de Montoya, *Conquista Espiritual del Paraguay*.

ros, dice: «Juzgaban que el cuerpo ya muerto acompañaba el alma en su sepultura, aunque separada; y así muchos enterraban los muertos en unas grandes tinajas, poniendo un plato en la boca, para que en aquella concavidad estuviese más acomodada el alma, aunque estas tinajas las enterraban hasta el cuello. Y cuando à los cristianos enterrábamos en la tierra acudía al disimulo una vieja con un cedazo muy curioso y pequeño, y muy al disimulo traía el cedazo por la sepultura, como que sacaba algo, con que decían, que en él sacaban el alma del difunto, para que no padeciese enterrada con su cuerpo.» (1)

Cuando el padre de familia moría, el duelo era inmenso, y las mugeres se entregaban à la desesperación. «Los naturales del valle de Lóndres de Calchaquí, dice el P. Guevara, con supersticiosa observancia, abrían à sus difuntos los ojos que cerró la muerte, para descubrirle el camino que guía à la región de los muertos.»

No tenían habitaciones fijas, las que eran de *quincha*, y las abandonaba la parcialidad de un momento à otro, «y de esta inconstancia nació la incertidumbre que hubo siempre del número de los Pueblos en que se dividía esta Nación.»

Su traje ordinario era una toga ó túnica talar, labrada con lana de carneros de la tierra, recogida, generalmente, à la mitad del cuerpo. «La gente de esa tierra, dice Herrera hablando de la Nueva Lóndres, anda vestida de Lana y de Cuero, labrado con policia, à manera de Guadamecí de Castilla: críase mucho ganado de la tierra por causa de las Lanas, de que se aprovechan... son grandes labradores.»

Una de las más arraigadas y admirables pasiones en el indio, es el apego profundo à la tierra natal. To-

(1) La Fig. del Apéndice nº 12, es una urna funeraria típica, con sus adornos y *suris*, por más que la lámina no esté bien copiada del modelo. Las 10, 11 y 13 son sus tapas ó *pucos*—En la 13, la A, es amarillo y la R, rojo.

do sufre con resignación cuando está vencido: hasta sabe aprender á ser excelente esclavo en casa del amo, y resistente y sufrida bestia de carga en la encomienda; pero jamás puede resignarse á dejar la tierra donde nació libre, aunque la vea profanada por el conquistador. Es, refiriéndose á ese amor entrañable por la tierra, que el cronista dice: «en lo general de los indios predomina tan válido ese afecto, que escogen antes de dejar la vida á manos de la violencia que desamparar la tierra.» El recuerdo de los *kilmes* desterrados es algo que constricta.

Los indios de estas regiones eran tan huraños como supersticiosos. El rumor extraño del viento, la forma de las nubes, los truenos, los relámpagos, los estremecimientos de la tierra, cualquier ruido, cualquiera de esos raros y poco frecuentes fenómenos de la naturaleza llenaban de turbación, de miedo y de espanto sus almas nacidas para aterrorizarse de todo lo que fuera fantástico y sobrenatural.

Ya puede suponerse el terror indecible que la superstición movería en el alma del indio cuando la *Mama Quilla* se enfermaba, ó sea cuando ocurría algún eclipse de la luna. Los indios creían que esa enfermedad podría causar su muerte, que sería la extinción de la luz del astro protector de la noche, en cuyo caso caería del cielo, mataría á todos los hombres y se acabaría el mundo. «Por este miedo, dice Garcilaso, en empezando á eclipsarse la luna, tocaban trompetas, cornetas, caracoles, atabales y tambores, y cuantos instrumentos podían haber que hiciesen ruido, ataban los perros grandes y chicos, dábanles muchos palos para que aullasen y llamasen la luna, que por cierta fábula por ellos contados, decían que la luna era aficionada á los perros por cierto servicio que les habían hecho, y oyéndoles llorar habría lástima de ellos, y recordaría del sueño que la enfermedad le causaba.»

Semejante á lo que hacían los augures egipcios, los augures de la tierra y las brujas consultaban á las divinidades funestas, y en especial á *Raymi*, que, sin du-

da, por ser peruana, entraría á Calchaquí con los conquistadores.

Çupay, es el diablo calchaquí, y nunca se sabe que este personage haya hecho obra buena.

A propósito de estas invocaciones á las divinidades nativas, no debe olvidarse aquella famosa que celebraron los hijos de la tierra, consultando á sus dioses si debieran abandonar el suelo patrio, desobedeciendo la orden de destierro de S. S. el señor gobernador Alonso de Mercado y Villacorta.

Generalmente era en sus regias festividades cuando celebraban aquellas grandes bacanales y orgías, que concluían en la embriaguez y desorden más completos. Las bebidas de algarroba y de maiz, se tomaban en gran exceso. Cuando las bebidas habían subido á la cabeza, el cuadro más repugnante se presentaba á los ojos. Unos blasfemaban, otros rabiaban, los de más allá lloraban amargamente; bailaban, corrían, daban saltos, cantaban ó reían. Aquello era una algarabía infernal, que concluía con provocaciones, muertos y heridos, y era en esas grandes orgías donde las tribus se declaraban sus guerras de exterminio.

Las mujeres de los indios y las indiecitas corrían á ocultar todas las armas, porque á encontrarlas de seguro que la orgía terminaba en una verdadera hecatombe.

Es de este modo cómo se celebraba la conocida fiesta de *Raymi*, en la que se sacrificaba el primer día «para tomar los agüeros», despues, se bebía cambiándose las copas, y una vez que pasaban las salvajes libaciones se entregaban á cantar y danzar, durante nueve días de fiestas de perpetua bacanal.

La embriaguez es la más grande pasión del indio, y su estado normal.

Con la *chicha* de algarroba celebraban sus grandes parlamentos que habían de decidir de los destinos del país, hacer la paz ó declarar la guerra; y ya se puede comprender lo que resultaría de semejantes asambleas. Si la guerra se declaraba, juraban todos «con

juramento solemne á la usanza, que eran muy supersticiosas ceremonias.» Rociaban luego con sangre los arcos de sus flechas; *enviaban la flecha* en demanda de alianza, que este era el signo de confederación de las tribus. Si la flecha se devolvía, señal inequívoca era que la alianza se rechazaba. Es de advertir que esto de enviarse la flecha es una coincidencia con el modo cómo algunos otros pueblos demandaban alianza; el hecho de pasarse algún objeto entre las tribus, por lo menos, era señal de llamado á las armas; hasta mucho después del cristianismo los húngaros enviaban una espada, los ingleses un bastón, los escoceses una cruz de punta carbonizada.

Grandes y estruendosas bacanales celebrábanse cuando se comenzaba la labor de las tierras del Inca ó del Sol, ó cuando los *Ilactacamayus*, diputados del pueblo, ordenaban el beneficio de las tierras de los pobres, las mujeres, los inválidos ó los huérfanos, para todos los cuales hacíase singular beneficencia.

En tiempo de Huayna Capac, refiere Garcilaso, «en un pueblo de los *Chachapoya* porque un indio regidor (ó diputado) antepuso las tierras *del curaca* que era su pariente á las *de una viuda*, lo ahorcaron por quebrantador del orden que el Inca tenía dado de labrar de las tierras, y pusieron la horca en la misma tierra del curaca.» Es de advertir que el Inca mandaba que se prefiriesen á las suyas las tierras de los vasallos, porque para él la prosperidad de los súbditos era su más grande fortuna y anhelo. Al beneficio de las tierras del Sol iban todos los indios «vestidos de vestiduras y galas que para sus mayores fiestas tenían guardadas, llenas de chapería de oro y plata, y con grandes plumajes en las cabezas».

El arma predilecta de guerra del calchaquí es la flecha de punta aguda, (1) generalmente de piedra de chispa, que disparaba nerviosa, aprovechando de la

(1) Figs. 18 á 25 y 26 á 34, donde están representadas todas las armas nativas, siendo las últimas, flechas de piedra. Falta solo la maza charrúa.

tensión del arco, producida por la fuerza muscular del brazo.

Lozano dice que las puntas de las flechas tenían veneno, estraído del jugo de unas hierbas de los campos. «El veneno que tenían las flechas de aquellos bárbaros, dice, era de tal calidad, que aunque procede lento y tarda tres días en obrar después de recibida la herida, pero recompensa su lentitud con la certeza de su operación y crueldad de sus efectos, pues en los siete días siguientes acaba infaliblemente el miserable herido con tan estraños y acerbos dolores que hacen declinar el sentimiento en furiosa rabia, en la cual, comiéndose las manos y estrellándose de cabeza por las paredes se acelera á sí mismo la muerte.»

Yo no he sabido ni he podido atinar jamás qué yerba de nuestros campos pueda ser la que produzca tan terribles resultados. Lo cierto es que la crónica asegura que el veneno de una de estas flechas dió muerte al renombrado descubridor Diego de Rojas.

La flecha era un arma poderosa, manejada por el brazo nervudo del indio. Se cuenta que aún disparada de alguna distancia, atravesaba, a veces, el cuerpo de un hombre. En los encuentros de brazo á brazo, es natural que sería muy desventajosa; pero para estos casos estaban reservadas las lanzas, las macanas y las piedras. Los indios serranos hacían uso de las hondas, como que tenían la piedra, el proyectil, á la mano.

De helar la sangre debiera ser uno de esos encuentros con nuestros indígenas, pues lanzábanse á la batalla ébrios de ira, dando alaridos, tocando pingollos y cornetas, y metiendo una algazara salvagemente estrepitosa.

Rudimentaria era la vida calchaquí en todos los otros órdenes de la existencia (1).

(1) Las Figs. 43 á 57 representan objetos de adorno ó industria, de cobre y hueso.—La 14 es una hacha de piedra típica, y las 35 y 36 son hermosas hachas de cobre de tamaño natural, de las regiones de Yocavil. Ellas dan una idea de la industria indígena y demás, de lo que me ocuparé en otros lugares. Algunas de las hachas de piedras son idénticas á las destrales de los Caribes, existentes en el Museo Británico.

En organización política, como lo dejé dicho al tratar de la civilización quichua, el jefe era el gobernador que enviaba el Inca, al parecer dignatario supremo, á quien los indios llamaban *Titaquin*, ó sea el señor del país, título que dieron á Pedro Bohorquez. El *kuraca* es el jefe de la tribu, pues sabido es que los incas dividían el pueblo por decurias y centurias. Los decuriones eran una especie de encargados del registro civil, toda vez que llevaban cuenta de los matrimonios, nacimientos y defunciones, así como suministraban variedad de datos estadísticos. Cada pueblo tenía su juez, quién, por más complicado que fuese el asunto sometido á su deliberación, debería fallarlo en el término perentorio de cinco días. Para evitar demoras, perjuicios y dificultades, los litigantes, en caso de apelación, no se costeaban al lugar donde residía la autoridad superior, sino que los jueces mismos, en cada luna, iban á dar cuenta de los asuntos á ésta, quien resolvía incontinentemente. Ni para los militares, ni para los caciques, ni para los allegados al Inca, había consideración alguna cuando de justicia se trataba. «Si hacían (los de la milicia), dice Cieza de Leon, en la comarca de la tierra algunos insultos y latrocinios eran luego con gran rigor castigados, mostrándose en esto tan justicieros, los señores Incas, que no dejaban de mandar ejecutar el castigo, aunque fuese en sus propios hijos.»

Tal era la organización judicial en las colonias del Inca; y, sin duda, que parte de ella sería práctica en nuestro Calchaquí, aunque no lo he podido averiguar.

Su derecho penal era cruel. La muerte era generalmente aplicada para la blasfemia al Inca, al Sol, la traición, el asesinato, el robo, el adulterio, etc. La prostitución era bien castigada, salvo entre las personas el acto carnal con las *pampayrunas*, las prostitutas, que el estado toleraba con tal que viviesen por los arrabales de los pueblos, formando un barrio aparte.

De los incas, sin duda alguna, tomarían nuestros andalgalenes los *quipus*, que admirados contemplaran

los padres Dario y Borja en 1611 y 1621, y que los indios empleaban en la confesión para recordar sus pecados, según refiere Lozano, y à propósito, es muy curioso é interesante el siguiente párrafo del señor Lafone Quevedo comentando este hecho: «En esta palabra de *quipos*, dice, hallo yo una prueba que buscaba de que el verdadero Tucumán se debía encontrar en las llanuras ó valles del Fuerte de Andalgalá, antiguo asiento de los indios de aquella parcialidad. Al leer este párrafo en la Biblioteca del señor Lamas, me parecía ver la luz en las tinieblas que rodean hasta ahora á los conquistadores del Tucumán. Lozano, á no dudarlo, añade, tenía presente las cuentas rendidas de los propios Padres Misioneros en que consignaban el hecho inesperado del uso en Andalgalá de los *quipos*; y de la narración se desprende que no era lo usual entre los Diaguitas del Tucumán; pero ¿qué cosa más natural que lo que sucedía? que la mayor civilización cuzqueña se hallase en el punto céntrico de la Colonia Tucumana, si como yo supongo, el Tucumán del Inca era el Tucumanao ó Tucuman-gasta de los valles y llanos de Andalgalá.» (1)

Respecto de los caracteres geroglíficos que parecen hallarse en los objetos de arte de nuestros indios, ya he hablado en otro lugar, debiendo solo advertir que unos, como Lafone, los atribuyen á los naturales, y otros piensan que eran grabados por los españoles de la conquista. Para el señor Groussac esta última opinión es indiscutible, y así dice: «Se comprende que no pretendamos profundizar más este estudio conjetural de los signos descubiertos: pisaríamos aquí el terreno de la fantasía; la criptografía del *Escarabajo de Oro* no tiene interés sinó cuando la expone Edgard Poe.» (2)

(1) *Londres y Catamarca*, cit.

(2) Para dar una idea al lector de los trabajos de pintura de los indios, véase la Fig. del Apéndice, que representa una parte de la Gruta de Cara-huasi (Salta), de la que me ocuparé en otro lugar y que Ambrosetti describe magistralmente (*Boletín Inst. Geog.* Tom. XVI.)

Nuestros indígenas, dije más antes, vivían generalmente errantes. Sin embargo, innumerables pueblos cuyas ruinas puede hasta hoy contemplar el viajero, servían de morada á nuestros naturales. Orden, regularidad y simetría arquitectónica, es claro que estos pueblos no tenían. Las casas eran generalmente de quincha y piedra, y las *pirkas* estaban levantadas por todos lados, teniendo estas tal firmeza y consistencia, que muchas de ellas han resistido á los embates del tiempo, y cuyos fragmentos, medio derruidos, he tenido yo mismo ocasión de contemplar en la montaña. En el destruido pueblo de Watungasta, al pié de la fortaleza, las construcciones son de barro, tanto las casas como las torres cilíndricas.

En la arquitectura se ha encontrado en algunas ocasiones vestigios de bóvedas, y torres en forma de cilindro, aunque esto es raro.

Para darnos una idea clara de lo que era uno de estos pueblos indígenas, basta transcribir lo que sobre Quilmes, en el valle de Santa Maria, dice el autor del *Ensayo histórico sobre el Tucumán*: «La forma general de la ciudad, escribe, es la de un sector cuyos extremos siguen las dos líneas de entrada de una quebrada inaccesible. En las laderas de las montañas subsisten aún ruinas de parapetos y otras obras de defensa. Un acueducto construido en el mismo flanco del cerro, y á una altura considerable, traía de muchas leguas el agua necesaria á la población. Todas las calles concurren al centro de la quebrada, formando radios del sector: admirable disposición en una plaza fuerte, como lo era Quilmes, pues en caso de retirada ante el enemigo, el mismo retroceso de las fuerzas trae la concentración.»

Refiriéndose á los pueblos de Calchaquí, dice Herrera: «tienen muy cercanas las poblaciones unas de otras, y los pueblos son chicos, porque no hay más que una Parentela en cada uno: están en redondo cercados, con cardones, y árboles espinosos, por las guerras que entre ellos tenían.....»

Conviene, porque llega la oportunidad, de que repita, una vez por todas, confirmando lo que dije al tratar de los orígenes calchaquinos, que los calchaquíes fueron indudablemente una raza que invadió el país y dió en tierra con una civilización que encontraron, demasiado adelantada, que acusa una lenta elaboración. Pues bien: todos esos restos de fortalezas, esas ciudades que hasta hoy pueden contemplarse en ruinas, todos esos hermosos monumentos de defensa, no son, á mi juicio, obra de los calchaquíes, sinó de la antigua raza aborígena que ellos exterminaron, ó de los Incas, como el Pucurà y la Troya. Lo propio digo de los objetos de arte que se encuentran hasta hoy. Los arquitectos, los artistas, los estratégicos, sin duda que no han sido calchaquíes, sinó dignos representantes de la extinta civilización, de cuyos trabajos las invasiones bárbaras se han aprovechado.

No corresponde, en efecto, lo salvaje de la vida calchaquí que nos pintan los cronistas, á todos esos monumentos, alfarerías y objetos que acusan una civilización mucho más adelantada. Los indios de tiempo de la conquista eran incapaces de hacer nada de todas esas hermosas antigüedades que poseían. Hasta hoy el indio de aquel tiempo, el indio inculto, existe en Tinogasta, Poman, Belen y Santa Maria; y, francamente, á pesar del contacto frecuente con gente de la época, estos pobres representantes de la antigua raza no pasan de ser unos infelices, sin dotes intelectuales de ningún género, tan incapaces como sus abuelos, de hacer una construcción ó elaborar cualquiera de los antiquísimos objetos de arte que exhumamos.

Sobre esta delicadísima é interesante materia he tenido ocasión de tratar en largas cartas con el señor Lafone Quevedo; y éste, de acuerdo con mis presunciones, escribíame hace poco, aludiendo á los objetos de arte indígenas de que somos poseedores: «Yo he pensado como Vd. me lo indica. Creo que todos esos objetos tal vez correspondan á la época anterior á los calchaquíes, y ellos probablemente *utilizarían cosas*

que encontraban hechas..... Estos bárbaros eran tan intrusos como los españoles en el valle de Calchaquí..... Los calchaquinos sin duda que han destruido la primitiva civilización de estos valles: las pilcas y objetos de arte que se encuentran corresponden á la raza que ellos destruyeron. Si algo hacían, aprovechaban los conocimientos de las pobres mujeres que robaban á los pobres habitantes anteriores de estos valles..... Siempre le encargo mucha cautela en sus apreciaciones de la raza calchaquina, mientras Moreno y yo no concluyamos nuestros estudios. Moreno trabaja con los craneos, y yo con la arqueología y la lingüística. La mezcla de razas ha sido grande, y falta de averiguar bien cuál ha sido la nación barbarizante y cual la civilizante.»

Dicho esto, paso á ocuparme someramente de los objetos de arte encontrados.

En las ruinas de los pueblos y en lo interior de las montañas han halládose innumerables objetos curiosos, algunos admirables como obras de arte, que dan la idea más acabada de la cultura nativa.

Curiosa por demás es la *patena*, hallada en Andalgalá, que representa al Inca. Muchos de sus adornos habilmente cincelados en el metal, han sido trazado por mano maestra.

De la misma manera que el cobre, beneficiaban el oro, la plata y el estaño, cuyo uso está patente en el hecho de encontrarse algunas armas de bronce.

El P. Techo, refiriéndose á una especialidad de estos trabajos, hablando de nuestros indios, escribe: «se cubren los brazos hasta el codo con láminas de *plata ó bronce* para servirse de ellas cuando pelean á flecha y en algo para adornar sus personas. Las principales del pueblo, añade, se ciñen las sienes con un *orbe de plata ó bronce* asegurado en una corona.»

Hermosísimos y variados objetos artísticos están á la espectación pública en los museos Nacional y de la Plata, donde, indudablemente, serán admirados.

En muchos de estos objetos de arte los grabados son substituidos por la pintura. Notable es en este sen-

tido la tinaja andalgalense que se encuentra en uno de aquellos museos. En la tinaja pueden contemplarse hermosas franjas negras sobre encarnado, en la cual se distinguen la serpiente y el condor, á que hice alusión.

En casi todos estos trabajos el barniz y el esmalte son empleados para dar brillo al objeto, así como para dejar lisa su superficie ó facilitar el grabado ó pintura. El empleo, pues, de óxido metálico era hábil y frecuente.

Los adelantos en la cerámica se comprueba por infinita variedad de objetos. Hay tinajas, tazas, vasos de arcilla fina, de loza, de tierra mate, del color de los vasos etruscos; muchos de estos con las formas de las ánforas griegas. Éstos objetos son generalmente pequeños, finos, consistentes y trabajados á mano, aunque á veces nótase el uso del torno. Sus adornos consisten en idolos, estrellas, lunas, serpientes, lagartos, plantas ó líneas que forman figuras simétricamente grabadas y perpendiculares al eje. Aunque, como digo, las tinajas son pequeñas, no sucede lo mismo con las que propiamente sirven de urnas cinerarias, que guardan cadáveres adentro, y de las que una buena cantidad se ha encontrado en el cementerio de Watungasta, donde yo tuve ocasión de dar con dos, aunque no enteras.

El Fuerte Quemado ha suministrado muchos ejemplares de tinajas y de jarrones, descubiertos por los profesores Liberani y Hernandez. Infinidad de estos objetos son de piedra; y, no solo conozco muchos, sino que he encontrado en las sierras otros idénticos, llenos de grabados. (1)

Otros curiosos objetos pertenecen á la esparteria, en la que se empleaban la paja, el junco, el *chahuar* y la totora. Hasta hoy se hacen en el oeste de estas Provincias sombreros de paja, á veces de variados colores, y el uso de las *tipas* es tal que casi no hay una

(1) Esto se escribió antes de que yo coleccionara mil y tantos objetos en el valle Santamariano, Pomán, Ambato. etc.

casa en las ciudades de Catamarca y la Rioja en que no haya alguna para aventar el maíz de la succulenta y frugal *mazamorra*.

Buenos eran los trabajos que se hacían de lana de huanaco, vicuña ó algodón.

Del algodón del Tucumán, y especialmente del de Catamarca, es preciso recordar que lo era de superior calidad. (1) A pesar de que los algodones parecen ser nativos de nuestros valles, y no obstante haber producido grandes rendimientos, y aún servido de moneda en la Provincia, la industria local está totalmente extinguida, sin que gobierno ni pueblo se hayan preocupado de hacerla revivir. En tiempo de la conquista, según el cronista, «eran grandes las cantidades de lienzo de algodón que se sacaban para el Perú.» No hay que olvidar, tampoco, que en la supuesta embajada al Inca Huiracocha nuestros caciques llevaronle abundante miel y algodón. Esto era en el siglo XIV, seguramente. (2)

Siguiendo con la vida de nuestros calchaquíes, diré que se alimentaban con huanacos, liebres, conejos, aves, etc. El algarrobo, como el datil de la Arabia, es el árbol sagrado de nuestros calchaquinos: sus vainas amarillas molidas, puesta esa pasta en el agua hasta que fermenta, ó el maíz, producen la *chicha* ó el licor indígena. Yo he comido muchas veces (y me gusta) el *patay* y el *machaco* de algarroba, elaborados por indios Colpeños de Pomán. El maíz era, igualmente, otra de las comidas predilectas de nuestros naturales. Con él se hace hasta hoy el *rocro* (locro) y la *maçamo*

(1) En una merced de terrenos de los indios lules, el Rey D. Felipe II dona tierras *con algodones*, por Solapsila y Leratosita, camino de Yumansuma (Escr. de 29 de Noviembre de 1594. M. S. de mi propiedad.)

(2) Hablando el General Cabrera de su entrada á Calchaquí, y aludiendo á los vestidos de estos indios, dice: "Las camisetas que traen vestidas son hechas de lana y tejidas primorosamente con Chaquira, á manera de malla menuda de muchos labores en las aberturas y ruedos y boca mangas" (M. S. Relación en suma que de la tierra y población que D. Gerónimo Luis Cabrera ha descubierto, etc.)

rra (mazamorra), que diariamente se sirve en nuestras mesas. Los *tamalcs* son muy agradables y alimenticios.

Respecto del algarrobo, y las fiestas que bajo sus coposas ramas se celebraban, cuenta el indio Peralta, del viejo pueblo del Pantano, «que para celebrar la fiesta del *Chiqui* hacian reuniones de hombres y mugeres, que se juntaban bajo un algarrobo con varias tinajas llenas de *aloja*...y con la cabeza de los animales que cazaban daban vueltas al rededor del *Arbol*, entonando el canto ó *vidala* de los indios y chupando *aloja* más y mejor.» Después de la carreras, al triunfador se premiaba con una *huahua* ó muñeca de masa. Del famoso *Chiqui* me ocuparé después

Pasadas las grandes cosechas, el maiz era guardado en *pirhuas*, que hasta hoy son de uso común. El *cocavi* era una comida de maiz tostado.

Para las cosechas del maiz también tenían lugar grandes fiestas. «Cuando se cogian los maises y Sementeras, dice Herrera, se tenía por costumbre hacer un gran sacrificio al Sol, y á todos los dioses en todos los Adoratorios...y se hacian ocho dias enteros dando gracias por la cosecha, y pidiendo que fuese favorable la venidera.»

Al norte del Tucumàn, en lo que es hoy Orán, Provincia de Salta, crecía un arroz silvestre, llamado *quinoa*.

Era, así mismo, buen y nutritivo alimento la miel de palo de las abejas, *tio-simi*, la de *huanqueros* ó *alpa-misqui*, así como la de la *lechiguana*.

Basta con todo lo dicho sobre la vida calchaquí para que nos demos una idea casi completa de ella.

Al terminar, y después de todo lo escrito, necesario es que digamos que nuestros indios no eran tan salvajes como piensan muchos escritores. A los que tales cosas creen, hay que decirles con Peramas, en la «Vida de Juan Andreu»: «*Eunt nunc vani, ac in p̄u etatis enostrae Philosophi, et dicant nulla inter Americanos Indos apparere p̄etatisi et justitiae vestigia. No illis Se-*

mina acqu,rectique desunt,et mens et ratio sed cultura....»

Aunque la cita es larga, no me resisto á transcribir de Ambrosetti (1) estos párrafos sobre la vida calchaquí. Dicen así:

«La urna funeraria con su complicado simbolismo: la síntesis fría pero elocuente de sus sacrificios humanos; la sequía espantosa que asola al país, la consternación general, el fantasma del hambre cerniéndose sobre la tribu, la voz del augur que reclama la cruel ejecución, el *Chiqui* airado que es necesario conjurar ó mejor dicho, cuya maléfica influencia es preciso contrarrestar con otra; el niño enterrado vivo, colmado de dones, después de haberle arrancado la promesa de su protección de ultratumba, un nuevo genio tutelar que velaría por todos y que imploraría la lluvia tan deseada, alejando al genio adverso con auxilio de la serpiente, que profusamente pintada sobre las paredes de su ataúd de arcilla, le serviría de égida y era símbolo del rayo que adoraban.

«Los collares de pequeñas piedras redondas, azules y perforadas en el centro, regulares y artísticas á veces, toscas otras; trabajo paciente del indio, la paciencia en la espera, tan característica en ellos, puesta á prueba de nuevo, en holocausto al amor; la india ataviada con el costoso y raro dón, la afección correspondida, las ingenuidades del idilio amoroso, entre las breñas y las rocas, los dramas y comedias de la pasión universal, los celos, las envidias, la coquetería femenina, todo eso que se desarrolla dentro del pecho y que se manifiesta generalmente con el lenguaje de los ojos ó la mueca hiriente é imperceptible de los labios mordidos ó la contracción involuntaria de ciertos músculos de la faz.

«Otros objetos más pequeños y de menos peso nos transportan al hogar, al centro de la familia, y entre risas infantiles é ingenuas exclamaciones de placer,

(1) BOLETIN DEL INST. GEOGRÁF., Tom. XVII, nos. 7, 8, y 9, págs. 419 y 420.

grandes besos de cariño y estrechamiento de amor; las cabecitas de los pequeños; los padres y las madres obsequiando al niño para hacerlo más bello, siempre más y más, para que nadie lo supere, y ese amor hacia los pequeños se encuentra á cada paso revisando las colecciones, cuando se tropieza con los cántaros, los yuros, las vasijas primorosas de tamaño diminuto que la alfarera confeccionaba con gusto y adornaba con colores y dibujos resaltantes ó dándoles formas de animales, mientras fabricaba el grueso stock de la vajilla casera, exactamente lo mismo que sucede hoy con muchas madres que mientras elaboran sus pastas con harina, se entretienen en hacer muñecos de masa para los pequeños tiranos de sus maternos corazones.

«Las puntas de flechas de piedras ó de hueso, primorosamente talladas, con sus bordes dentados como serruchos, elaboradas al calor de la lumbre, con toda ferocidad, entre ensueños de gloria y de venganza; las heridas horrosas, las carnes desgarradas, los dolores atroces que esas diminutas pero crueles armas producían en el cuerpo de los combatientes, lanzadas con violenta fuerza por las tirantes cuerdas de los arcos; y luego los muertos rodando por los flancos de los cerros hasta quedar suspendidos sobre el abismo por una roca saliente, brindando sus carnes cadavéricas á los famélicos cóndores, que desde temprano espiaban labatalla.

«Las partidas de caza; la vicuña traspasada, doblando sus rodillas y cayendo fulminada con el cuello estirado, la charqueada de sus carnes apetecidas, y el despojo de su piel lanosa.

«Los combates singulares con los pumas de las ásperas breñas ó con los terribles jaguares de las faldas boscosas, cuyas pieles vestirían los gefes ó se retobaban sobre marcos de madera para formar sus grandes escudos defensivos.

«El humilde tortero de piedra, hueso ó barro, simple ó adornado con dibujos caprichosos, con su forma circular y su agujero en el centro para colocar el vástago del huso, otra faz de la vida tranquila: la india

hilando con su vellón de lana enrollado en el brazo izquierdo, cantando un *haravec*, detrás de sus llamas en pastoreo, ó alrededor del fuego, mientras el viento de las cumbres azotaban la nieve con furia implacable contra la pirca de piedra que le servía de resguardo.»

XXII

Régia é importante es la apariencia del cóndor andino, (1) sobre todo cuando despliega sus alas renegridas y ensaya sus vuelos atrevidos; cuando en la hora crepuscular se despide de la tarde, y lanzando graznidos roncós se dispone à retornar á su nido de las rocas grietadas de la cumbre, donde impacientes le aguardan sus polluelos con los picos abiertos, en infernal algazara.

Place por la mañana verle correr, saltando de un lado á otro, sobre la falda de la loma, haciendo repetidos ensayos, como si quisiera probar la potencia de sus alas, para lanzarse à sus atrevidas escursiones de acecho á la tierra, cuando su ávida mirada descubre en las profundidades de una quebrada estrecha la víctima que apetece, y plegando las alas se lanza sobre ella con la velocidad y rectitud de la flecha.

Salvage es el espectáculo que el cóndor nos ofrece cuando picotea la res vencida y se vale de sus garras para devorarla en su festin, al cual asisten decenas de invitados.

El hombre de América, y especialmente el habitante de las montañas, no dejará de contemplar absorto al cóndor, en la tierra ó en el aire, en la falda ó en la cumbre, subiendo ó descendiendo, volando ó posado en la roca saliente del *mogote*, haciendo sonar con su pico el plumaje de sus alas fatigadas. Y es que, como dice tan elocuentemente el autor de la *Tradición Nacional*, «el Andes es su cuna, es su trono, es su pedestal,

(1) Vease Fig. 62 del Apénd.

es su gloria y será su muerte; ha nacido del mismo impulso generador que modeló la montaña, y es como el espíritu alado que lleva al firmamento su ambición de alturas: trasmite á los hombres y al continente, en sus acentos siniestros, las revelaciones de sus misterios, las voces de sus genios, la palabra de sus génesis cotidianas: el Cóndor es el profeta de la tierra que arranca sus revelaciones desde la cumbre encendida por el rayo.»

Las aves cantoras llenan de trinos los bosques. El cóndor, al revés, no canta. Dentro de su pico está el silencio, y cuando al abrirlo busca notas á su garganta, en vez de cantos lanza graznidos.

No toma para el vestido de sus plumas, como las otras aves, bellos colores al iris, sinó el negro.

Por eso el poeta americano ha dicho del nativo condor:

Su garganta no dá sinó graznido,
Ni en su plumage el Iris se refleja;
Mas el Pampero al sacudir sus alas,
Mil armonias hasta Dios eleva,
Y el sol que brilla en el cenit cercano
Viste de luz al cisne de la sierra.

El condor es un personaje mitológico, que forzosamente tiene que aparecer en la leyenda de las cumbres.

El ave de los Andes ha nacido junto con el hombre de la América. Desde lo más elevado del cielo ha contemplado con vista perspicaz y escrutadora los movimientos de los pueblos, con su gérmenes de socialidad; ha visto batallar una raza contra otra, disputándose el dominio de la tierra, y ha escuchado los primeros llantos y las primeras alegrías de vencedores y vencidos; han seguido á los ejércitos victoriosos, y se ha encontrado en sus batallas como testigo impassible, aleteando encima de los guerreros, inquieto, alegre, jadeante de hambre, esperando que pase el combate para devorar

á sus anchas curacas y soldados, nobles y plebeyos, como si toda la trágica bacanal fuese preparada para el sangriento é implacable convidado; ha visto caer un pueblo y alzarse otro, y ha contemplado formarse los grandes imperios.

El ha asistido á las luchas de la conquista y la resistencia; ha visto morir á Montezuma y Atahualpa, chocar ejército con ejército. Y luego cuando ha visto caer vencida la raza nativa, de la llanura ó la montaña; cuando abajo ya solo miraba en esclavitud al hijo de la tierra, descendiende, como melancólico, el viejo cóndor á pasearse en las rocas de sus Andes.

Y desde allí contemplaba derramarse

A sus plantas, el mundo de la América.

Ya no mirará más al indio tributarle adoración en la montaña; no le verá perseguir el venado de la cumbre, cuyos despojos le servían de alimento; no regalarán su oído los gritos estridentes de la turba salvaje; no verá escurrirse en el matorral al hijo de la tierra, ni oír el crugir de arcos, ni el silvar de flechas, ni el eco del *hailli*.

Siempre el cóndor será el ave de la leyenda americana como que siempre un ave obligada ha figurado en la leyenda histórica y religiosa de los pueblos, y es esta el ave de nuestra América. El ibis es venerado por los egipcios; los griegos tienen las águilas de Júpiter y los buitres de Prometeo; para Roma son inolvidables los gansos del Capitolio y las palomas de Citearea; los israelitas tienen horror á los cuervos fatídicos, que devoraban los cuerpos ísepultos de los maldicidos de Jehovah; aletean en la leyenda germánica las águilas del Rhin undoso y sus blancos cisnes, que arrastraban sobre la linfa los barcos de sus Eneas gentiles; el gallo vigilante dá el alerta en la historia de las Galias; en el orbe cristiano vuela la paloma del Espíritu Santo y anida en las murallas grietadas de San Pedro ó en los huecos de las peñas del Calvario.

El cóndor americano no es como el buitre que pi-

coteaba las carnes del Titán encadenado, sinó, para el indio, un nuncio de libertad, de fuerza y de atrevimiento.

Las curacas del gran imperio incásico, cuando no vestían la piel del león, encajando su cabeza en la de éste, colocábanse á las espaldas las alas abiertas del cóndor, en la misma disposición que el de los Andes las lleva al volar. Los curacas alados jactábanse de descender del cóndor, libres y poderosos como él.

Refiriéndose al vestido de los curacas, dice Inca Garcilaso: «Otras vestían de la manera que pintan los ángeles, con grandes alas de un ave que llaman Cuntur. Son blancas y negras y tan grandes, que muchas han muerto los españoles de catorce y quince piés de punta á punta de vuelos, porque se jactan descender y haber sido su origen de un Cuntur.» (1)

Por lo que acabo de referir, patentizado queda que nuestro cóndor de los Andes había engendrado su aristocracia americana.

Curioso es por demás lo que en otro pasaje nos refiere el historiador de los Incas relativo á dos cóndores que figuraban en la pintura famosa de tiempo de Huiracocha, en la cara de una elevada roca que se encontraba en uno de los puntos en donde su padre, el Inca Yahuar Huacac, paró cuando su retirada del Cuzco, temeroso de los Chancas, pintura alegórica aquella «no menos mordaz contra su padre, que aguda en su favor.»

Es el caso que en el referido peñasco el Inca mandó pintar dos cóndores, el uno con las alas plegadas y la cabeza baja y encogida, como si quisiera buscar un refugio ó escondite, mirando hácia el *Callasuyo*, y dando la espalda al Cuzco; el otro cóndor, al revés, con las garras abiertas, y en actitud de volar, como si intentara ir á hacer alguna presa, mirando altivo al Cuzco. «Decían los indios, escribe Garcila-

(1) Garcilaso, *Primera Parte de los Comentarios Reales*, etc., Ed. Madrid 1829 Tom. II, Cap. XX, pág. 490.

so, que el un Cuntur figuraba á su padre que se había salido huyendo del Cozco, iba á esconderse en el Callao, y el otro representaba al Inca Viracocha que había vuelto volando á defender la ciudad.»

Como manifiesto más antes, el cóndor debe haber sido una de las más altas deidades de nuestro Calchaquí, especialmente en la región kakana. si se tiene en cuenta los dioses que los nativos adoraban y las causas de esta adoración. Baste considerar que la serpiente era tenida por Dios, y los motivos de su adoración eran su natural fiereza y el terror que inspira.

Motivos hay, entonces, para que el cóndor fuese venerado por nuestros naturales, tan supersticiosos y adoradores de todo lo que era grande, imponente, extraño y sobrenatural. La magestad del cóndor y su vistosa apariencia; el enigma de su vida en lo más inaccesible de las cumbres; donde rara vez posa su planta el hombre; lo impetuoso y rápido de sus vuelos; la potencia de sus garras, con las cuales despedaza la víctima para saciar su apetito voraz; el alcance de su mirada, que le permite ver desde lo más alto lo más pequeño que se arrastra sobre la tierra, cuando arquea el cuello y clava con avidez sus ojos perspicaces sobre la llanura; el hecho de ser el ave más grande y poderosa en su fuerza y en sus vuelos que se conoce en la América; todo esto, y mucho más que pudiera decirse, nos demuestra claramente que debió ser deidad nativa el andino cóndor, y deidad de primera categoría.

Repito que nuestros indios eran tan impresionables como supersticiosos, y adorado por ellos todo lo que representaba fuerza, bravura, agilidad, misterio, siendo por motivos semejantes endiosadas las fuerzas de la naturaleza y los fenómenos de la misma, como el trueno y el rayo. El cóndor, por muchos de aquellos títulos, y con más que el *suri*, al que, como dije, se miraba con religioso respeto, debió, naturalmente, ser divinidad.

Recordemos la aseveración del Inca Garcilaso de que el cóndor era deidad entre las tribus que habitaban la gran cordillera.

Una prueba concluyente de la veneración de los calchaquíes al cóndor, es que éste aparece con mucha generalidad en los grabados de objetos indígenas, al lado de las serpientes veneradas, de muchas cabezas. (1)

Sin duda que con la civilización quíchua, invadiendo el país, el cóndor habrá descendido á la simple categoría de un semi-dios ó deidad de segundo ó tercer orden, pues ya hemos visto en páginas anteriores hasta qué grado de religiosa consideración tenía el cóndor entre las curacas incásicos, al que miraban como un real progenitor de ilustre prosapia.

Pero sea de ello lo que fuere, el cóndor andino será siempre un personaje de primer orden en la tradición de las montañas. Como el ave de Leconte de Lisle, el arte ha de hacerle relatar á las generaciones el secreto de las razas extinguidas. Su sola apariencia, al verle el viajero volar de la llanura á la cumbre, trae al instante á la memoria otros tiempos gloriosos de nuestra historia nacional.

Nuestro poeta Andrade, por ejemplo, le ha inmortalizado en su *Nido de Cóndores*, haciendo dialogar sobre la empresa de la libertad continental al vencedor de Chacabuco y al «calvo morador de la montaña,» admirándose recíprocamente, pues al pasar el primero,

El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: ¡este es el grande!
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo á su vez: mirad! Esa es mi gloria!

(1) Yo poseo en mi colección una hermosa urna funeraria de Amai-cha con dos hermosos cóndores pintados, como de diez centímetros de alto cada uno. Así mismo, un pequeño amuleto-cóndor de Ambato, y un pequeño vaso ornitomorfo, que también es un cóndor con alas abiertas.



LIBRO TERCERO

XXIII—Aventureros y héroes. España conquistadora. Los aventureros castellanos en el Tucumán—XXIV. Los soldados de la Cruz. La Cruz y la espada. El Evangelio y las tribus. Misiones religiosas. La piedad y el exterminio—XXV. El heroísmo de la raza. La epopeya calchaquí. El sacrificio, la impotencia y el suicidio. Los ancianos, mujeres y niños—XXVI. Los Césares. Las tierras del Rey Blanco. Los cuatro aventureros. Los Césares atraviesan el Tucumán—XXVII. Almagro y Paullu Inca. El gran sacerdote Villuc-Umm. Tránsito de Almagro. Resistencia al Paullu Inca. Consecuencias.—XXVIII. Presentimientos funestos. La planta castellana. Los calchaquies en el Chaco XXIX. Diego de Roxas. Del Perú al Río de la Plata. El descubrimiento. Roxas en Tucumán. El señor de Capayán. Fin de la expedición.—XXX. El Tucumán bajo la jurisdicción de Chile. D. Pedro de Valdivia y los descubridores tucumanos. Conflictos sangrientos. Decisión de Felipe II. El Tucumán bajo la jurisdicción del Perú.

XXIII

Hacer la historia de la aventura castellana y sus héroes, de la conquista y la resistencia, es entrar en los límites mismos de la historia épica.

Los grandes héroes castellanos no pueden cobrar nervios en las páginas frías é insipidas de la crónica. Actuaron sobre el inmenso escenario de América, y solo la fama puede dar á los vientos sus hazañas.

Desaparecidos los héroes de la aventura; alejados de nosotros por la distancia de tres siglos; desmenuzados sus huesos en sus tumbas, sus figuras gigantes, lejos de sepultarse en el olvido, han crecido con la tradición y la leyenda.

Muchos nombres individualmente, se han perdido ú olvidado; pero no es por la ingratitud histórica, sino porque han desaparecido interesantísimos manuscritos en los cuales están relatadas sus hazañas. Cortés, Pizarro, Valdivia, Alonso de Mercado y Villacorta, de un lado, y del otro Montezuma, Guatimozin, Atahualpa, Lautaro, Juan de Calchaquí, representan á las dos razas geniales, luchando brazo á brazo, dando á la una y la otra lugar á páginas luminosas en la historia.

Pasma, verdaderamente, contemplar á España conquistando este Continente. Sus guerreros, ora cruzan la llanura, atraviesan la selva ó trepan la montaña inaccesible; muchas veces cruzan desiertos y rios, desnudos, con hambre, con sed, luchando con la naturaleza, con la inclemencia del suelo y del tiempo, con las fieras, con los salvajes, con la muerte, como aquellos compañeros de D. Gonzalo, que, salidos del Perú, llegan á las cercanías de Quito, después de una travesía tan inútil como penosa; en todo esto, y mucho más, sobra para darse uno cuenta de la temeridad de la aventuras de esos Eneas de la tierra.

«Contemplados, como dice el autor de *La Tradición nacional*, á través de la enorme distancia de los tiempos, y cuando aún hoy día el desierto nos resiste con su salvaje heroísmo, esas figuras se agitan, se rodean de aureolas sobrenaturales, y la pasión las levanta al nivel de los héroes. Muchos de ellos cayeron en el abismo que sondeaban, y la naturaleza no cedió su dominio sin cobrar su tributo de sangre: Capitanes esforzados, corazones magnánimos resplandecieron con luz intensa en aquellos anales trágicos, ya pereciendo en manos de las tribus sanginarias, ya bajo el golpe de la traición ó del odio de sus mismos compañeros de armas. Es que, cuando el hombre se siente aislado de

sus semejantes, y en presencia de lo infinito, de lo desconocido, de la muerte misma, parece hallarse arrasado á las alturas excelsas de la virtud, ó á los abismos mas hondos de la maldad; la soledad le devora, y el hombre se defiende; é inmolar á sus semejantes es tambien por desgracia, en esos momentos de solemne desesperacion un medio de defensa. El sacrificio humano ha sido en la infancia del mundo un medio de aplacar las iras de Dios y de la fatalidad, y el hombre abandonado en frente de la muerte, se cree desligado de los vínculos humanos, y es una fiera en el paroxismo del terror, ó es Dios en la exaltación del entusiasmo.»

Quien se lanzaba á tan ardua empresa era España, que necesitaba de aventuras y de combates después de tanto siglo de abatimiento y dominación, abriendo horizontes nuevos á la historia, como á la ciencia, como al arte,

Los valerosos hidalgos de Castilla han provocado grandes escenas. Sedientos de aventura, y más aún de oro, apenas pisaban el suelo americano pedían conquistas al rey, á los virreyes, á los presidentes, á los oidores; demandánles provisiones que les garantisiesen la legitimidad y derechos de la conquista que iban á emprender. Después de la concesión, que llegaba del muy noble y valeroso hidalgo, éste contrataba aventureros de la plebe, ofreciéndoles pingüe parte del botín, de las tierras, de las minas, porque esta América se habia convertido de la tarde á la mañana en la piedra filosofal de la riqueza, á tal grado, que á veces causa risa leer en los cronistas el entusiasmo con que describen la abundancia de oro de algunos países, todo lo más imaginario, por cierto. A propósito, es de recordar de aquel español á quien el Inca llevó con los ojos vendados á conocer sus riquezas, al que, después de mucho andar, sacó la venda, quedando estupefacto al encontrarse en un inmenso salón de oro macizo, sostenido por pilares de plata, lleno de objetos de oro,

de los que cada uno podía constituir la fortuna de un pueblo, todo infinitamente más rico que la maravillosa descripción que hace Marco Polo del palacio del gran Khan, así como los de Camballi. Escusado es decir que el español éste debió haber sido andaluz. Garcilaso, así mismo, se complace grandemente en exagerar las riquezas de sus predecesores, haciéndolo así en cuatro capítulos seguidos, refiriéndonos, entre otras cosas, que de un solo cerro del Perú se había llevado á España, hasta el año mil seiscientos doscientos millones de pesos en plata, quedando para conducirse más de cien millones; que en una sola armada «trajeron en otra del Perú veinticinco millones de pesos de plata y oro.» Es verdad que el buen Garcilaso, después de su entusiasmo por las riquezas que describe con labia fecundísima, lamentase de la abundancia de oro por los males que acarreó, pues esas riquezas, según él «no han aumentado las cosas necesarias para la vida humana (que son, el comer y el vestir, por ende provechosas) sinó encarecidola y amugerado los hombres en las fuerzas del entendimiento y en sus trages, y hábitos y costumbres...»

Entre estas famosas expediciones, por lo que á nosotros toca de cerca, hay que recordar en primer término de la de Diego de Almagro en 1535 y 1536, tan célebre por la temeridad de la aventura y el tamaño de los desastres, siendo ella una prueba tangible de cuanto era capaz el arrojado castellano.

No menos lo fué la conquista concedida á don Pedro de Valdivia, después del fracaso de Almagro, siendo oportuno transcribir un párrafo de carta de este Adelantado al emperador Carlos V, el que nos suministra una idea exacta de los sufrimientos y penurias sin cuento del aventurero castellano lanzándose por tierras desconocidas, desiertos inmensos y montañas frías. «Los trabajos de la guerra, invictísimo César, decía el Adelantado desde la Serena en Setiembre de 1545, puédenlos pasar los hombres, porque loor es al soldado morir peleando; pero los de la hambre con-

currieron con ellos, para los sufrir mas que hombres han de ser; pues tales se han mostrado los vasallos de V. M. en ambos, debajo de mi proteccion, y yo de la de Dios y de V. M., por sustentarle esta tierra. Y hasta el último año destes tres que nos simentamos muy bien, y tuvimos hasta comida, pasamos los dos primeros con extrema necesidad, y tanta que no la podría significar; y á muchos de los cristianos les era forzoso ir un día á cavar cebolletas para se sustentar aquel y otros dos, y acabadas aquellas tornaba á lo mesmo, y á las piezas todas, nuestros servicio y hijos con esto se mantenian, y carne no habia ninguna; y el cristiano que alcanzaba cincuenta granos de maíz cada día, no se tenía en poco, y el que tenía un puño de trigo no lo molía para sacar el salvado.»

Lo cierto es que con todos estos sufrimientos los súbditos del monarca español delataban su imperio, confirmandose lo que Pedro Martyr escribía en 1494 á Pompinio Loetus: «España está extendiendo sus alas, aumentando su historia, dilatando su nombre y gloria hasta los antipodas.»

La sola lectura del párrafo transcrito de Valdivia es capaz de helar la sangre del más intrépido y valeroso, y ¿á qué recordar, para abundar en tristes detalles, de mil y mil aventuras más infortunadas y trágicas con funestos desenlaces, en que la muerte sin tormentos es el mejor de sus fines? ¿á qué recordar, por ejemplo, de aquel infeliz aventurero que vivió años y años abandonado y mísero en una de esas islas de Chile, quién llegó á pasmarse de terror el día en que se le apareció otro hombre que hablaba el castellano, que él ya iba olvidando, desgraciado Robinson de la avaricia castellana?.....; y la excursión de los Césares, de los cuatro solos aventureros que tienen la osadía sin nombre de cruzar el continente del Atlántico al Pacífico, por entre centenares de tribus, llegando en 1529 á nuestro Calchaqui, y siguiendo lejos de su camino hasta cerca de Magallanes, atraídos por la fabulosas riquezas del *Rey Blanco*.....?

Pero basta de ejemplos, olvidándome de intento de Cortés y Pizarro, porque nada casi tienen que hacer con nosotros.

Y en medio de todo no debe, no puede olvidarse que la avaricia, en unión á la aventura, son los factores, más que aguijones de la conquista de la mitad del mundo.

La Cruz es el pretesto, porque tras el predicador de amor y de fraternidad aparecen el guerrero que roba y despoja, y el encomendero que disfraza la servidumbre bestial con el nombre de encomienda. Por más buena voluntad que tenga el pobre fraile, el soldado al partir en el buque velero no ha cosido en balde su bolsa, que lleva colgada al cuello, juntamente con un relicario de huesos de santos, ó un escapulario con el busto de María Santísima. El fraile predica, y el aventurero mata; los dos mutuamente se complementan y hacen la conquista.

De todos modos la obra de la conquista es uno de los clásicos hechos del valor y del heroísmo humanos; y por más que la codicia fuese el móvil, la religión el cristiano pretesto, y el oro la aspiración de reyes, y prelados, y capitanes, soldados, y plebeyos, y chusma. España es y será en todos los siglos la gloriosa conquistadora de las Américas, y su nombre de época en época crecerá como el de los héroes con los tiempos; y la madre raza, con su falange de aventureros ambiciosos, avaros, hipócritas, y todo lo que se quiera, aparecerá en la historia tan heroica como Grecia, tan constante como Cartago, tan soberbiamente guerrera como Roma. Lo que quizá fuere un crimen se transformará en virtud; oro fundido se volverá la piedra, y con el acero homicida de las espadas se fabricará la Cruz.

XXIV

Tanto como el héroe de la espada, el soldado de la cruz desempeña su papel de primer actor en la historia de la conquista. Su figura se impone y pasa

á la tradición mística y heróica orlada por la doble gloria de haber sido elemento civilizador y de haber tomado parte en la acción, sin más armas que la cruz, predicando la humanidad y la piedad, y conteniendo el furor de la gente de guerra.

En la epopeya americana la personalidad augusta del fraile tiene forzosamente que destacarse, no con colores rojos y espresivos, sinó con suaves tintes y contornos; pero, al fin y al cabo, ha de mostrarse allí al lado del guerrero indio y aventurero castellano con el Evangelio en la diestra.

Pintar al guerrero y olvidar al misionero es no comprender la dualidad necesaria que ha hecho la conquista, dualidad absurda de la guerra y la religión, de la espada y de la cruz, pero la sola que pudo domar y subyugar un mundo.

El guerrero castellano no cruza solo el suelo de la América, acompañado de arcabuceros; al lado suyo viene el fraile ayudándole y animándole á la conquista, para anonadar al gentilismo una vez que haya pasado la batalla. Aunque el fraile no haya tenido ocasión de acompañar al guerrero, el Rey ó la Audiencia, cuando decretan una conquista, comprometen al misionero á que se vuelva aventurero á la par del conquistador. El rey, aunque no sea religioso, quiere un divino pretesto para santificar la obra de la conquista, pues nada había tan santo como imponer por la armas á las conciencias, quemar brujas y descuartizar hereges en el potro. El rey sombrío y pérfido, el personaje tétrico del drama de Schiller, llamaría insensato á quién le hubiese observado cuando entregara el puñal al viejo inquisidor para que lo clavara en el pecho del noble iniciado del marqués de Passa. Sobre la autoridad de cortes y audiencias está el Santo Oficio. Una frase hiriente del Papa corta más que la tajante espada de Carlos V. Felipe II es la Inquisición dé carne humana.

Así se explica cómo los católicos monarcas llevan á cabo la conquista de América por la fé y para la

fé, y ordenasen á los guerreros que hicieran compañeros y consejeros suyos al fraile.

Desde D. Alonso X de Castilla, en cualquiera empresa bélica el fraile acompañaba al guerrero, porque su presencia infundían fé y aliento, y era un nuncio de victorias; á más de eso, el fraile, que siempre sabía lo que ignoraban, iba de cronista encargado «de las historias de los grandes hechos de armas que los otros fecieran.»

En la conquista de América, verificada á sangre y fuego, el rey se disculpa con el fraile, el fraile con Dios, y el guerrero con unos y otros. El misionero pisa la tierra americana con el propósito de santificar la conquista sangrienta que S. M. ordena. En cada una jornada predica á los soldados que es empresa cristiana vencer á las tribus, someterlas, subyugarlas, á fin de que, una vez maniatadas, sean iniciadas é instruidas en los misterios de la religión del crucificado. Muchas veces no hace caso de la sangre que se ha derramado á torrentes, ni de los cadáveres, ni del incendio; todo esto no será para él más que un prólogo lamentable: después viene la primera lección: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra.» Así inició á Atahualpa el P. Fray Vicente de Valverde, en la nueva religión.

El guerrero, «á su vez, disculpa su avaricia, secundando los santos propósitos del misionero, después de escuchar los relatos fabulosos que se hacen de los diversos países no concedidos aún á ningún conquistador. Soñando en que el oro puede ser recogido á puñados en esa tierra de promisiones, demanda á S. M. que le conceda emprender la obra piadosa de subyugar ese país, para sacarlo de las tinieblas de la idolatría y librarlo del imperio del demonio. El fraile aplaude y el rey concede. A veces el humilde sacerdote es el socio capitalista de la empresa: ¿quién no conoce las cláusulas del contrato famoso de Francisco Pizarro y no sabe que un religioso alargó su bolsa á D. Pedro de Valdivia, quien hace la conquista «por servir á Dios y á S. M.?»

Es de advertir, después de lo dicho, que no hay piadosos conquistadores para países estériles y pobres, ni que son gentiles las tribus que los habitan, ni que el Evangelio tiene que hacer por esos mundos. La fé va donde hay oro à puñados, y la cruz se clava allí donde se ha encontrado la primera huaca. En la travesía que hace el guerrero, trata de evitar combates con las tribus pobres, y se ensaña por Dios y S. M. con las tribus opulentas. Batalla con éstas, vèncelas, y después que las ha vencido interroga al indio rendido dónde está el mineral, el tesoro del cacique, la huaca del guerrero, y si se convence que el indio nada sabe de oro, vuélvele de nuevo su libertad, sin demandarle siquiera que haga una reverencia á la cruz que el misionero ha tenido en sus manos durante la indagación profana. Si el tesoro se encuentra, el guerrero levanta su tienda, y el primero que penetra á ella es el misionero, y después el viejo cacique, á quién se fuerza abjurar de sus dioses nativos, á oír el relato de aquel, y á recibir el agua del bautismo.

Así se explica cómo se demandara tantos misioneros para la conquista del Perú, donde los conquistadores antes que nada, saquean el tesoro del Inca y el *Inli-huasi*; así se explica cómo se emprendiera la conquista del Tucumán, por lo fabuloso de las riquezas de esta apartada provincia con su Famatina de oro y su Trapalanda encantado, aunque buen chasco se llevaron por estos mundos los piadosos conquistadores.

El fraile, mientras tanto, no quiere oro. Quiere solo hacer del mundo nuevo el pedestal incommovible de su dominación, que los piadosos é incautos monarcas fomentan con estudiado celo; quiere apoderarse del siglo, avasallar, rendirlo á sus piés, y entregarlo con toda su historia maniatado al rey-pontífice. Por eso, fraile y guerrero, cruz y espada, que se repudian y que se odian, se dan beso de ángel. El fraile oculta sus proyectos de universal dominación bajo su hábito. No predica contra la avaricia, sinó que la fomenta, porque comprende que el conquistador

sin ese cebo, no hará la obra premeditada de antemano. Cuanto mas minas más gentiles, cuanto más gentiles más convertidos.

Para acentuar más su prestigio y llevar á cabo su obra con más acierto, el misionero interviene siempre en las reyertas de los ambiciosos conquistadores, en el reparto equitativo de las riquezas, en el gobierno y en la decisión de los actos civiles y políticos de los magistrados, de modo que el consejero concluye siendo juez, cuando no árbitro supremo.

Para el indio el misionero es el único protector, desde el día en que cayó vencido en el campo de batalla hasta el día en que muere, postrado de fatiga, en el servicio de las encomiendas del amo cruel é inhumano.

Al terminar la batalla, cuando la soldadesca, ebria de sangre, se lanza á la cobarde carnicería, el buen misionero interpónese, clama por el indio vencido, impreca al verdugo ó llora á sus plantas, y el guerrero guarda su ira para otra ocasión, y envaina el cuchillo homicida: el misionero ha salvado á los vencidos, quienes clavan sus ojos inquietos y huraños en su faz serena y humilde, y á aquella mirada de ansiedad y de gratitud el misionero contesta con una sonrisa cariñosa.....

Basta recordar estos solos actos de los valerosos soldados de la cruz para que nosotros los que escribimos historia y sabemos de sus hechos gloriosos, tribuemos un recuerdo al fraile de las misiones, ya que todo se ha vuelto ingratitud y olvido para él, el único que habló de humanidad en América y que difundió el cristianismo, destronando los viejos ídolos.

El misionero ha sido el elemento civilizador del continente. Los aventureros no eran sino un rebaño de avaros. Todo se dice cuando se recuerda que el gran Francisco Pizarro era analfabeto, y que su ignorancia, más que nada, fué lo que decidió la muerte de Atahualpa, cuando el Inca cometió la imprudencia de reir del gefe, que no sabía leer una palabra que sus soldados escribían.

Esto mismo explica la crueldad castellana, no tan solo con los indios, sino entre sí mismo, pues que el más fútil pretexto decidía ejecuciones capitales, tan bárbaras como injustas. El misionero tenía que intervenir diariamente, evitar esas crueldades y atenuar el rigor de las luchas, de la ambición y la avaricia. Si no son los misioneros, por ejemplo, en 1551 se matan en Barco los castellanos por las rivalidades ambiciosas entre Prado, el conquistador, y Villagra, el enviado de D. Pedro de Valdivia.

Entre estos nobles y humanitarios misioneros de nuestro Tucumán recuerdo del célebre P. Alonso de Bárcena, quien acompañado del gobernador Velasco á la pacificación del Calchaquí, evitó matanzas estériles y sin cuenta, aún cuando no predicó el evangelio «porque entre el estruendo de las armas se dejan oír mal en ánimo agrestes y salvages las verdades católicas.» En la sublevación de 1593 el jesuita Gaspar de Monroy arrebató centenares de víctimas á la crueldad castellana con su palabra apostólica; después de captarse el ánimo de los caciques Piltifico y Telui. El P. Hurtado contuvo en mucho al general Luis de Cabrera cuando el gran alzamiento, evitando crueldades y sacrificios estériles. Los padres Eugenio de Sancho, Juan de Leon y Hernando de Torreblanca, este último especialmente, desempeñaron, así mismo brillante papel en la conquista.

El misionero en América es un verdadero héroe. Sus peregrinaciones entre las tribus nativas son mas famosas que las de los evangelistas de la Tebaida, la Galias y las Germania.

Hermosísimas son las frases que Estrada, en su «República Guaraní,» ha dedicado al misionero, pintando su austeridad y sus sacrificios.

Hay que recordar de muchos nobles misioneros sacrificados por la saña de los hijos de la tierra. Nuestros calchaquíes no eran hombres flexibles á la confianza, y más de un misionero ha sido muerto cruelmente en el instante mismo en que comenzaba á predicar el

amor y la misericordia. Si no recuerdo mal, en el ya citado año de 1595 fué sacrificado por los calchaquíes el primero de los misioneros, dando lugar este acto de impiedad salvaje á que les llevase la guerra el gobernador don Pedro de Mercado Peñaloza.

En 1627, al comenzar el alzamiento general, el mercedario Fray Antonio Torino, de la misión de los atiles de la Rioja, fué igualmente sacrificado por los indios sublevados, entregados á la idolatría. Es verdaderamente salvaje y horrorizante el martirio que dieron al buen fraile. «Le llevaron á un algarrobo cercano que persevera hasta hoy, dice Lozano, y le desnudaron de su sagrado hábito, luego le colgaron, y vivo le fueron cortando miembro por miembro, poniendo debajo el hábito para que en él cayese la sangre que recogían para sus supersticiones. Toleró constante el religioso, añade, esta inhumana crueldad, hasta entregar á fuerza del dolor su dichoso espíritu en manos del Criador.»

El sacrificio posterior del infeliz Fray Pablo, cuando despreciando todo peligro imploraba paz y concordia, de los rabiosos capayanes, fué igualmente bárbaro y salvaje. «Echaron mano de él, dice el cronista sin respetar á derecho de gentes, y le dijeron había de pagar él por todos los españoles la osadía de proponerles aquellas razones y quererles sujetar al aborrecido dominio, y pasando de las palabras á las obras lo despojaron de sus hábitos y desnudado le colgaron de un sauce.....Allí, añade, hécho blanco de sus iras le cubrieron todo de saetas que parecía un herizo, tocando al mismo tiempo sus pingollos y cornetas con grande algazara, en señal de victoria.»

«La predicación del Evangelio en la América, dice un escritor contemporáneo, refiriéndose á los misioneros, reviste todos los caracteres de una leyenda de martirios, digna de ser perpetuada, no ya solo por los anales de la Iglesia, sinó por la Musa profana que encontraría en ella asuntos de vivo, palpitante interés, de asombros, de sorpresas y de efectos admirables, en la

evolución operada dentro de unos espíritus en infancia, inclinados á seguir los impulsos repentinos de la fascinación y de temor.»

Es preciso explicarnos bien cómo los misioneros podían internarse solos á las selvas en que las tribus vivían, y cómo podían realizar su conquista evangélica sin perecer en manos de los salvajes, que odiaban mortalmente á los enemigos de su raza. Es necesario, antes que nada, tener en cuenta que los indios, conocedores por larga experiencia ó por los relatos de los prisioneros escapados, que entre los castellanos los hombres de largo hábito, que llevaban la cruz en la mano, no eran crueles, ni avaros, sino sus protectores y cariñosos hermanos, no profesan ódio alguno á los misioneros; y si á veces se ensañaban contra los misioneros era por vengarse de la gente guerrera, por represalias ó por desconfianzas, como si pensasen que eran espías. El hecho mismo de ir solos, con la cruz, sin arma alguna, y demandar humildemente hospedaje, y hablarles de amor, alhagándolos, haciéndoles obsequios, preparados de antemano para los caciques y grandes de la corte, tocándoles música, entonando canciones, todo esto despertaba confianza y simpatía hacia el recién llegado. El P. Juan de Andreu, en su predicación á los lules, alhagaba á los indios con regalos de géneros y objetos que de antemano sabían que eran apreciados por ellos; refiriéndose Peramas á este medio de catequizar infieles, dice: «Estas cosas no las aprobará tal vez algún descontentadizo, dirá luego pues, no era aquello obra de la divina gracia y de una vocación celeste, por cuyo medio se atraían los indios á la fé, sino de la naturaleza y la codicia,» «Sea así, añade, en buena hora; los bárbaros tenían el lucro en vista; ello era sin embargo la ocasión para que prestasen luego un oído fácil á las cosas de la fé; cómo aquella Cananea que para la cura de su hija se acercó á Cristo, y ella misma después fué en seguimiento de la verdad, y vino á ser devotísima del

Señor, y aún el mismo Cristo en el desierto, no solo una vez dió de comer á las turbas, y habiéndose hartado les reprochó después aquello...»

Valia y auxiliaba mucho á los buenos misioneros la singular proteccion que les prestaban los guerreros castellanos, interesados más que nadie en la pacificación tranquila de las tribus, contra las cuales de este modo no tenían que exponer su vida; y si había que guerrear, utilísima era también la intervencion de los misioneros, única embajada que admitian las turbulentas tribus, que más de una vez se rendian á su consejo. Si la embajada no daba resultado, después de la victoria tenia el fraile la alta misión de consolidar la obra de la conquista, iniciando á los vencidos en la religión cristiana, y haciéndoles ver los peligros á que se exponian declarando la guerra á un monarca tan poderoso como el suyo, que se valia del rayo y del trueno, sus propias divindades, para abatir á sus adversarios. El indio notaba que los rigores del conquistador se calmaban desde su iniciación en el nuevo culto; que sentía esperanza y resignación en el alma, y por lo mismo creía firmemente en la proteccion del Dios compasivo de los cristianos desde el dia en que recibió el agua del bautismo, y aceptaba con la mayor sinceridad aquello que el P. Antonio Machoni escribe en su *Día Virgine ó Sábado Mariano*, refiriéndose á la proteccion especial de María Santísima hácia el indio: «Trae un pobre Indio, dice, nuevo Chistiano, pendiente del cuello las cuentas del Santísimo Rosario de Maria, y no osa el espíritu infernal no solo tocar su cuerpo, pero ni aún acercarse.» De aquí que la devoción á Maria fuese tan grande como ferviente.

Lo que dificultaba mucho la obra de los misioneros castellanos eran los ejemplos de barbarie y de impiedad que la soldadesca, creyente en la fé, daban á los indios, quienes, por consiguiente, debrian desconfiar de la realidad práctica de la nueva doctrina. No comprendian los pobre indios cómo esa religión fuese

de amor y de consuelo cuando los cristianos mismos se entregaban al saqueo, á la matanza, á la violación de sus hijas, y sin embargo se predicase la excelencia del nuevo culto por los mismos que le burlaban y escarnecían en sus bases fundamentales. «La experiencia ha mostrado en la conquista de las Indias dice el P. Lozano que la falta de buenos ejemplos en los cristianos, ha sido el mayor estorbo de la conversión de los indios, que juzgaban nuestra ley por menos santa, porque notaban las costumbres estragadas de sus profesores, aunque no se puede negar que fueran de los menos malos estos soldados (los de Nuñez de Prado), cuyo celo debemos siempre alabar. Los misioneros mismos tenían que criticar á sus compatriotas ante los indios, á quienes aseguraban que había castellanos mucho más buenos, y que los guerreros eran generalmente hombres malos, acostumbrados como estaban á dar muerte al adversario. Para infundirles más esta convicción, ellos mostraban una conducta ejemplar y piadosa, y exigían humanidad al jefe de la conquista para cuando ellos la demandaran, á fin de que los indios viesen que en sus manos estaba contrarestar la barbarie castellana. Cuando plantaban la cruz en las misiones decían á los indios que los castellanos perdonaban cualquier delito, siempre que se abrazasen á ella ó se acogiesen á su peana, y obligaban á los castellanos todas las mañanas y todas las noches á que rezasen contritos, doblando la rodilla delante del símbolo de redención.

El gobernador ó jefe de las tropas era forzado por los misioneros á ser más prudente y humano que sus soldados, y muchas veces aquellos han auxiliado con decisión y piedad la obra de los héroes del Evangelio. Nuñez de Prado es uno de ellos, quien por eso ha sido objeto de tantos elogios de parte de los religiosos cronistas. Del mismo modo, Juan Perez de Zurita, después de vencer á los indios de Catamarca, á diaguitas y famatinas, que miraron de reojo las fundaciones estratégicas del general castellano, entregó los reducidos á

los misioneros. Otro tanto hizo Aguirre en su segundo gobierno de 1564, cuando encontrándose en serios aprietos, atribuye á un milagro del cielo la oportuna llegada del capitán Medina, conductor de refuerzos, con los cuales se salva de una muerte segura, ordenando por ello gracias al Eterno, postrado de rodillas juntamente con todo el ejército vencedor. Prestaron, así mismo, decidida protección á los misioneros de Calchaquí, los gobernadores Avendaño y Figueroa, despues del gran alzamiento, como igualmente el gobernador Negrete en 1650, quién tanto hizo por la conversión de Calchaquí.

Verificada la conquista y pacificada la tierra, los religiosos comenzaban por echar los cimientos del templo y establecer misiones, como las que fundaron en Calchacuf. En las misiones, á semejanza de lo que pasaba en la República Guaraní se establecía la vida casi comunal. El religioso ordenaba y el indio obedecía, como impulsado por el instinto ciego. En el templo se instruía al hijo de la tierra en el viejo testamento y los misterios del Evangelio, despues de haberle bautizado, desde cacique de tribu abajo. El Obispo Maldonado en persona, en 1645, llega al fuerte del Pantano á promover estas predicaciones, acompañado de padres jesuitas, levantando rústicas iglesias de paja en los pueblos, y por pocas S. L., juntamente con los acompañantes, perecen á manos de los indios, no sin haber quedado en el campo el gefe de su escolta, el bravo militar y famoso quichuista, capitán Calderón.

Cada una de las misiones estaban anparadas por un santo, objeto especial de veneración de parte de los indios.

Es de advertir que los religiosos del Tucumán tenían sus santos protectores no solo para sus misiones, pues habia santos contra las pestes, contra las inundaciones, contra la langosta, contra los rayos, contra la ceguera, siendo estos: los santos Fabian y Sebastian, San Gregorio Taumaturgo, San Gregorio Evangelista, Sta. Bárbara y Sta. Lucia. El apostol Santiago era el

patrón general de la Provincia.

Pacificadas las belicosas tribus, y cuando las misiones prosperaban, las religiosas conforme lo aconsejó D. Alonso X. de Castilla, ocupábanse de todo lo relativo á la historia del país, de las antigüedades, de las lenguas, de la vida de las tribus, de la política de los gobiernos coloniales. La historia debe el más cumplido voto de gratitud á todos esos laboriosos y pacientes misioneros, que la han salvado de una muerte segura.

El P. jesuita Diego de Lezana es el investigador de las antigüedades del Tucumán; y sobre todos los temas, heróicos, religiosos, políticos, sociales, hechos, cosas y lenguas nativas, hánse ocupado con singular ahinco é ilustración los padres Lozano, Techo, Guevara, Fernandez, Torres Rubio, Gonzalez, Dávila, Ramon, Rivera, Guillemos, Juan de Puga, Torreblanca, Maldonado, etc., en libros, folletos, crónicas, relaciones ó cartas,

Cumpliendo con el generoso pedido del general Mitre, apunto el nombre del padre Machoni, misionero de los lules y sabio poseedor de las lenguas nativas, de quien el ilustre publicista argentino dice: «Misionero apostólico en los desiertos del Chaco, consejero espiritual y aún temporal de uno de los más famosos gobernadores, fundador de dos colonias en la frontera de Salta, educador de la juventud de Córdoba, filólogo en una de nuestras lenguas indígenas, editor de un libro interesante sobre historia y geografía del Río de la Plata, y autor de varias obras sobre la misma materia que con este país se relacionan, tales son sus títulos á la estimación de la posteridad.»

Es el P. Machoni el autor de aquella famosa frase que condensa la historia de toda la labor de su vida. «Traigan otros de las Indias oro y plata, que yo más contento vengo á Europa y más satisfecho, traigo el oro de mis versos y la riqueza de mi historia.»

Escribir sobre los misioneros y olvidar el nombre del venerable é inmortal Francisco Solano, es como suprimir los matices en el cuadro y la justicia en la his-

toría. La figura de este fraile ilustre compendia la misión del religioso en América. El humilde y peregrino misionero, que había predicado la religión de Cristo á los lules, dirigióse al Tucumán con el propósito de continuar su obra santa, iniciando á nuestras tribus en la religión del crucificado.

Hablando Lozano de los beneficios que recibió Ramírez de Velasco, dice que fueron dos; la llegada de los jesuitas y la visita del Apostol Francisco Solano. He aquí como se expresa respecto de este segundo beneficio: «Fué dice, que viniese á ella (la Provincia) aquel prodijiosísimo apóstol San Francisco Solano que ilustró todas sus ciudades con su celestial predicación; pues predicó á los lules y otras naciones, obró grandes milagros, convirtió gran número de infieles y ejercitó celosísimo su oficio de doctrinero en los pueblos de la Magdalena y de Socotania, donde abrió aquella fuente tan copiosa que bastaba para hacer correr dos molinos que se conservaba con el nombre de *San Francisco Solano* hasta el año 1670, según escribe su maravillosa vida, fray Tiburcio Navarro.»

El nombre de Solano llegó á ser famosísimo en la Provincia; después, en tiempo del gobernador Figueroa, cuando el río Dulce inundó á Santiago del Estero, salvándose únicamente su iglesia, el nombre del ilustre fraile fué recordado como el del profeta, pues su talento había predicho la inundación del río Dulce, causa la cual en otra época determinó que la iglesia del convento de franciscanos se trabajase, no mirando al centro de la ciudad, que luego se iba inundada, sino hacia la parte donde la población debería desarrollarse. «Conocíase ahora, dice la crónica recordando esta predicción, cuán anticipadamente penetró con la luz celestial, los tiempos futuros, pues con esta desgracia del río se pobló la ciudad, por donde el santo sesenta años antes predijo, y sirvió este prodigio para aumentar la devoción con aquel portentoso apóstol del Perú....»

La mística unción de aquellos buenos tiempos hacía á los santos de la corte celestial tomar una partici-

pación directa en la obra de la conquista. En más de una ocasión ellos se han aparecido, y dando aliento á los guerreros castellanos é infundido pavor á los naturales. Quién inventase tantas cosas maravillosas, no se sabe; pero ello es que los cronistas nos relatan, como cosa muy cierta, algo que se parece á la intervención de las olímpicas deidades en la guerra de Illiön. Esos milagros y apariciones, dada la época, han tenido que ser hijos necesarios del espíritu místico exaltado y de la buena fé, que tenían que dar formas á séres sobrenaturales en los combates de raza á raza y de creencia á creencia, y, difícilmente, comenzando por Blas Valera, Cieza, Montesino, Acosta y Garcilaso, se ha de dar con un historiador que no atribuya á la divinidad la conquista de la América. El historiador del Tucumán, por ejemplo, recordando la empresa de los primeros descubridores, dice: «Mas propiamente la llamaremos temeridad que empresa, si no estuviéramos persuadidos fué inspiración divina, que por su medio queria ir ya abriendo camino, para que penetrase con el imperio español la cruz del Evangelio á disipar las espesas nieblas de errores que tenían ocupado todo el país.»

De muchos hechos milagrosos y apariciones divinas podria recordar en nuestra propia historia. Cuando la familia Bazan venia de viage de Tucumán, asediada ésta por los indios, invoca la protección de San Antón y Santiago, y uno de estos santos, no se sabe bien cuál aparecióse como elegante caballero vestido de blanco á defender á las damas, como lo hizo, pues la sola presencia del aparecido bastó para que el pavor hiciese desparramo en los indios asaltantes. A fines del año 1578, mientras el gobernador Abreu andaba en su escursión á los *Césares*, San Miguel de Tucumán es sitiado por los indios confederados, y la ciudad hubiera perecido, si hemos de creer á los cronistas y declarantes de una información de 1610, si no se hubiesen aparecido, flotando en el aire, los Santos apóstoles Simón y Judas, «poniendo con su venerabilísima presencia, terror á los enemigos.» Célebre es, así mismo, el tan

mentado milagro de María Santísima durante el sitio del fuerte de San Bernardo, contíguo á la ciudad de Salta, el que acaeció en tiempo de Bohorquez. De los milagros de nuestra Virgen del Valle me ocuparé en otro lugar.

Las apariciones de Santos, en la manera y forma que acabo de referir, comienzan desde la gran batalla de los Pizarro con los indios de Puná. He aquí la manera fantástica con que Montesinos en sus *Anales*, relata el hecho: «En la batalla de Puná, dice, vieron muchos, ya de los indios, ya de los nuestros, que había en el aire otros dos campos uno acaudillado por el arcángel San Miguel con espada y rodela, y otro por Luzbel y secuaces, más apenas cantaron los castellanos la victoria, huyeran los diablos, y formando un gran torbellino de viento, se oyeron en el aire unas terribles voces que decían: Vencístenos, Miguel Miguel vencístenos! De aquí tomó don Francisco Pizarro tanta devoción al arcángel, que prometió llamar la primera ciudad que fundase de su nombre, cumpliéndolo así.»

Después de todo lo anteriormente dicho, ya puede juzgarse cuál no sería el prestigio y el poder que día á día ganaría el clero, convertido en una verdadera potencia en la época colonial. En tiempo de la conquista, no más, al peso de su palabra y sus consejos se quebraba la inflexibilidad del gobernante, del guerrero y de la ley misma. Prueba de ello es lo que aconteció en 1570 con el gobernador Aguirre, quién, por desavenencias con el clero de la provincia, fué acusado ante la Inquisición de Lima, comisionándose de parte de este tribunal de infausta memoria, á D. Diego de Arana para que redujese á prisión á S. S. y le obligase á comparecer á aquella ciudad. Bastó esto solo para que Aguirre perdiese todo apoyo, no solo del virey y oidores, sino aún de sus propios partidarios. Con el gobernador Lerma, el fundador de Salta, tuvo el clero grandes desavenencias, aunque este hizo por su parte uso de violentas represalias, las que, al fin y al cabo, minaron la base de su poder.

Es entre las tribus donde el prestigio del clero estuvo más acentuado, lo que era lógico, toda vez que aquel era el protector é instructor de los indios. La prueba palpitante del respeto profundo de los indios á los misioneros es el hecho, verdaderamente admirable, de que durante el gran alzamiento de 1657, cuando los indios estaban furiosos y hacian objetos de su saña salvage hasta á las mujeres indias que habian tenido contacto con los españoles, los misioneros fueron la única escepción de la furia de capayanes y guandacoles, quienes decían: «Esos padres, no nos han hecho mal alguno, ni quitado nuestras mujeres, antes bien, nos han mirado siempre con piedad y defendiéndonos cuando han podido de las vejaciones de los españoles.»

Quedaría trunco ese capítulo si no dijese algo relativo á la entrada de los religiosos al Tucumán y á nuestra provincia.

Sin duda alguna que los primaros misioneros que llegaron al Tucumán vinieron agregados á la expedición de Nuñez de Prado en 1550, los que fueron enviados desde Perú por el benemérito Presidente La Gasca. Entre ellos vino el P. Hernando de Gomar, prestamista del aventurero.

Discutese si dos de estos misioneros fueron dominicos ó mercedarios; pero sin duda que serian de la orden dominica, á estar á una carta del monarca felicitando al Presidente del Perú por el envío de religiosos de esta orden en Tucumán. Estos mismos parece que se fueron con Nuñez de Prado cuando el conquistador es enviado preso á Chile por orden de Aguirre.

De los padres de la conquista y sus misiones, me ocuparé en otro lugar.

En 1555 efectuóse la organización eclesiástica en Tucumán.

XXV

Hay honra para los descendientes de los viejos tucumanos en llevar en sus venas, confundida con

sangre española, la sangre de la raza nativa, que en los trances angustiosos tenía el pecho descubierto por todo escudo y el suicidio como último recurso.

A cada década de la historia de la raza corresponde un acto de heroísmo. En su lucha de siglo y medio en defensa del suelo nativo, los acontecimientos forman la tela de la tragedia. El curaca suicidado es la individual representación del heroísmo colectivo, toda vez que no es sino suicidio la lucha de la impotencia, por la superioridad de las armas del adversario, de la disciplina, de la organización, de la táctica, de la creencia y de la cultura. El Ambato y Anconquija son un Cáucaso á la vez luminoso y sombrío. El Titán es un pueblo, una raza retorciéndose impotente en la agonía. En esa lucha desigual, va á surgir, de la sangre calchaquí, como la sangre de los Gracos nació Mario, una otra raza, amasada con las lágrimas de cuatro generaciones.

Un hombre en sus actos de heroísmo, desfallecimiento ó cobardía, es muchas veces el ejemplo palpitante de la colectividad de que es parte, con todas las formas del molde en que ha tomado vida, porque todos los rasgos típicos de la raza se heredan, cuando no se encarnan en los prototipos históricos. Los espíritus superiores se forman de la masa de las pasiones. El héroe suele á veces resultar ser una muger, y es porque entonces los pueblos llegan al delirio por la libertad que perdieron, á pesar de sus empujes y esfuerzos de raza.

Pará darnos cuenta exacta del heroísmo de un pueblo no precisamos muchas veces del relato monótono, y á veces apasionado de la crónica. Basta que nos sobrevivan dos ó tres personajes en la epopeya tucumana: bastan el valor y virilidad salvaje de Juan de Calchaquí, las desventuras de Chelemin; la rabia del viejo curaca; el suicidio del cacique de Hualfin; la inmolación de las tres indias; el despecho de la madre de Pivonti; el heroísmo infantil del batallón de los sesenta indiecitos.....

En el escenario en que estos hechos se desarrollaron quedan en pié las ruinas, como testigo, y el hado parece sobrevivir en las leyendas, la tradición y la crónica. Falta solo, artísticamente hablando, que un espíritu dotado de las vislumbres del pasado, y que un corazón que ame lo que es nativo y se emocione con los dolores de la raza, inicie la resurrección de los heroísmos clásicos. «La poesía, ha dicho el autor de *La Tradición Nacional*, que recogiera esos gritos de dolor ante la triste perspectiva del adiós supremo á la patria, y la tradición que lograra referir los arranques desesperados y los martirios sublimes de esa raza desaparecida, según las notas más altas de la epopeya de los siglos; serían la realización del ideal grandioso, de esa epopeya que soñaron un tiempo de los poetas europeos, cuando en presencia de las obras maestras de la antigüedad, desde Homero hasta Virgilio, y desde el Dante hasta Voltaire, se preguntaban por que la musa contemporánea no ha producido una epopeya tan grandiosa como aquella.»

Al encontrarnos á cada paso con acciones tan heroicas, que solo ha podido engendrar la barbarie, que solo la naturaleza salvaje de la América ha podido inspirar, es el caso de preguntarnos con el poeta:

.....¿Qué habeis sido?

¿Héroes ó tigres? ¿Pensamiento ó rabia?

Y la respuesta es dudosa: los anhelos de la raza son incomprensibles, y su caracter, aún sometido á sério estudio, es misterioso, movedizo, huraño, como las pupilas negras del indio. Solo se conoce al calchaquí un anhelo infinito: el vivir la vida salvaje, gozar de la libertad natural, sin freno, sin espacios reducidos, ora en las fragosas cimas de las montañas ó ya en los llanos donde baja á proveerse de algarroba, de plumas de avestruz y de arcos para sus flechás.

La duda es de mas difícil solución cuando meditamos en su heroísmo desplegado en las batallas, en defensa del suelo nativo. Entonces sí que no atinamos

si nuestros naturales fueron pensamiento ó rabia, tigres ó héroes. En sus arrebatos de raza hay mucho de la impotencia salvaje. Cuando se les quiere separar de la tierra donde nacieron, suplican, imploran, lloran mugeres y ancianos; cuando están peleando á brazo partido caen sin exhalar gritos de dolor en los trances supremos, aunque tengan el costado atravesado por la lanza y que se revuelquen en el charco de su sangre candente.

De esemismo heroísmo han participado en los combates los ancianos, las mugeres y los infantes. Ni el trueno de las armas, ni la superioridad moral del adversario, nada detenía á veces á aquellas tribus sedientas de rabia y de venganza.

Los hechos que paso á citar demuestran hasta dónde llegaba el heroísmo de la raza extinta. Los cerros de los hualfines; la tierra de Tolombón; el pueblo de Detecum; el valle de Yocahuill; Quilmes, el último baluarte, han pasado á la tradición heroica.

Causa asombro el valor desplegado por los pequeños indios, que tomaban parte en los combates, lidiando al lado de los soldados. Sus padres les enseñaban á pelear, y en el saco de las ciudades de los españoles era donde se ejercitaban. Así sucedió en tiempo de la sublevación del famoso hermano de Chumpincha, D. Juan de Calchaquí, cuando la destrucción y matanza de la Córdoba de estas regiones, donde después de pasar á degüello á los varones castellanos, «dejaron bien ensangrentado sus manos como lo refiere Lozano, en los atroces tormentos que ejecutaron en las mugeres españolas y niños que sobrevivieron á la matanza de los suyos para ser mas infelices, porque mas morian hechos blanco lastimoso en que se adiestraban los hijos pequeñuelos de los bárbaros, al manejo de las flechas, á otras enclavaban en palos por partes indecentes, por su constancia de resistir á su torpe afición, y á otras acabaron con todo género de atrocidad que causa horror, aún á la pluma.»

Tal era la educación monstruosa que los indios

daban á sus pequeñuelos, enseñándoles en su odio á los enemigos de su raza y usurpadores de su suelo.

El espíritu niño de los pequeños soldados se encallecía con semejantes ejemplos de muerte y de terror. Así se explica cómo en aquellas almas jóvenes fermentasen pasiones salvajes, y aprendiesen á matar rabiosos y á morir con ánimo de hombres.

La toma de Deteium es un ejemplo palpitante de ello. Precisamente, para darnos cuenta exacta del hecho, de algunos ligeros antecedentes.

Cuando la guerra de D. Juan de Calchaquí, después que éste hubo destruido varios pueblos, su osadía aumentó gradual y consideradamente. Todas las tribus tomaron parte en el alzamiento, armas en la mano, cebadas por los triunfos y alentadas por su propio engrandecimiento, mucho más cuando el estratégico D. Juan comunicóles su proyecto de destruir á Cañete, á cuyos indios envió la flecha en señal de que requería su alianza.

El gobernador Castañeda, entre tanto, véase impotente para contener aquella marejada que se lanzaba á barrer soldados y baluartes castellanos.

Reducido Cañete á ruinas, al bárbaro empuje de los naturales, el Gobernador, moviendo sus tropas, tomó venganza en Silipica, pasando á cuchillo á centenares de indios que cayeron en sus manos.

Los indios que escapan fortifican en Acapianta; pero aterrorizados con la tragedia sangrienta de Silipica, huyen á refugiarse en los otros apenas sienten las pisadas del enemigo blanco. De allí tomaron á Deteim, en cuya plaza fortificáronse, valiéndose para ello de una fuerte palizada, decididos á resistir hasta hacer volar la última flecha.

El empuje de los castellanos victoriosos estrellóse por esta vez en aquellos muros de madera. La resistencia se hizo formidable, y al parecer invencible. Las trincheras, como una línea divisoria, separaba los cadáveres cobrizos de los blancos. Por fin, después de una lucha encarnizada por ambas partes, aprovechaban-

do de lo malo de las trincheras en uno de los costados del fuerte, descuidado por los sitiados, los asaltantes penetraron à la fortificación, à sangre y fuego.

Los españoles se adueñaron de la plaza después de una refriega que cubrió de sangre la tierra y pobló de ayes el aire, pues los heridos, que se quejaban dolorosos eran más que los muertos, especialmente de parte de los españoles, à los cuales las flechas no podían hacer el efecto de los arcabuces, disparados à una vara.

Mientras la plaza se rendía, las indias jóvenes, las esposas de los curacas y de los guerreros, juntamente con los indiecitos, habían sido conducidos más allá de las trincheras y colocados en medio del bosque, en lugar seguro para escapar, caso que la plaza sucumbiera, vencidos los sitiados.

Apenas llegó à los refugiados la nueva de la toma del fuerte, las indias preparanse para la fuga, cargando sus pequeñuelos en brazos.

Los ayes de los moribundos; los gritos de los indios sacrificados cruelmente atronaban los aires, y aquella larga y continua elegía, brotada del lábio de decenas de víctimas, llegaba al lugar aquel en que las mujeres, hijas y madres de los guerreros disponíanse à tomar la fuga.

Ya debe comprenderse cómo latiría el corazón de las pobres madres, las hijas, las esposas de los guerreros al oír tronar los arcabuces y escuchar el voceo de los clarines, que tocaban à degüello.

No había ya instante qué perder: la lascivia española estaba distraída en el saco y la matanza, y las indias tenían tiempo para fugarse. Un minuto más, y la deshonra ò la esclavitud iban à cebarse en las mujeres.—Vamos,—exclamó la más anciana, y cuando ya la marcha estaba dispuesta, y se daba la espalda al fuerte,—nosotros nos quedamos para ir à morir al lado de nuestros padres.—murmuró sin duda, una turba de indiecitos, de pequeñuelos, que no lloraban como sus madres, que sentían tanto como ellas, y que veían

una ignominia desamparar á sus padres sacrificados, en la hora postrera, cuando luchaban para ellos, y por ellos caían, acribillados por el plomo, ó heridos por la espada.

¿Qué podían hacer?... Las madres no pudieron contenerlos...

Esos nuevos guerreros son niños, infantes tiernos, que no se aterrorizan al escuchar los ayes de los guerreros nervudos, ni al oír los gritos de misericordia.

El temple de acero de la raza tucumana conócese perfectamente en este hecho.

Cuando hasta los niños se obstinaban en ser víctimas de aquella hecatombe de un puñado de héroes rendidos y maniatados; cuando léjos de amedrentarse van los pobres niños arrastrados á la muerte por el amor á sus padres, y sus hermanos, y á sus guerreros; cuando ni los pequeñuelos tienen lágrimas en el instante del más bárbaro de los sacrificios: ¿qué podemos decir, qué podemos meditar de ese pueblo, tres veces grande en la historia, por su amor á la tierra que les vió nacer, por su heroísmo en los combates y por su abnegación en la adversidad y el martirio?...

En medio de aquella feroz carnicería, que nos relata el cronista con su frialdad marmorea; en medio del ruido de tantos horrores, aquel acto llevado á cabo por los indiecitos, se nos presenta al oído como una nota tierna, impregnada de sentimiento; como un acorde triste y melancólico, contrastando con el ruido ensordecedor de la catástrofe.

Marcialmente organizados, con arcos, y flechas y arreos militares, acercáronse al fuerte rendido.

Cuando un parlamentario fué enviado á saber qué significaba aquel movimiento, los indiecitos contestaron que venían por sus padres, á impedir su sacrificio, arrebatándoles de manos de sus verdugos.

El corazón de aquellas fieras humanas tuvo un latido de misericordia al ver á los pequeñuelos combatientes. Aquel acto de ternura contuvo la carnicería.

Llevados los indiecitos á presencia de los gefes, è interrogados por éstos, como única respuesta, pidieron. rogaron clamaron por sus padres y sus hermanos que sobrevivieron á la matanza, mientras los pobres ancianos y los guerreros indios, aterrorizados, sorprendidos, absortos, mudos y suspènsos, esperaban que la cuchilla les separase la cabeza del cuello...

Lo que nadie hubiera conseguido, ni el fraile, invocando la religi3n de amor; ni la ciencia atronada por la voz del remordimiento; ni la caridad, los pequeños guerreros obtuvieron, moviendo las fibras de aquellos corazones más duros que el acero de las armas vengadoras.

En esta ocasi3n los pequeños indios escaparon de la matanza de otras veces, pues cuando no los exterminaba el conquistador, sus padres mismos, antes que verlos arrebatados á su amor, los estrellaban contra las piedras. Y ya que cito estos hechos, es oportuno recordar de los *aleatianos* fugados de Esteco para volver á su inolvidable Calchaquí cuando estrellaban á sus hijos contra las rocas, en el instante en que el gobernador Mercado y Villacorta les cerró la marcha con los arcabuces, intimándoles rendici3n.

La hecatombe de Deteium no arredró á los naturales, que tenian en peligro á Londres, viéndose Castañeda, una vez trasladado á Cañete, obligado á enviar precipitadamente á Centeno en defensa de la Ciudad. La estrategia y el valor desplegados por D. Juan de Calchaquí, así como el acierto de sus operaciones, hicieron que una conflagraci3n inmensa amenazara no dejar de Londres piedra sobre piedra. El incendio cundi3 los valles de Yacahuill, por ent3nces pacificados.

Amenazado Londres por los indios del valle santamariano, que juraron destruirle, cuatro guerreros ó comisarios castellanos atrevi3ronse á cruzar el despoblado llevando la fatal nueva á Castañeda á qui3n dejamos en Cañete, rogándole acudiese con auxilios.

En manos de estos mensageros cay3, abandonado

de los suyos, el curaca de una de las tribus de la resistencia.

La cobardía de los vasallos del monarca calchaqui indignó á unas indias, testigos de la prisión y captura del curaca. Estas son las tres indias heróicas, que insultando la cobardía de sus esposos, lanzando gritos de rabia salvaje, enrostrándoles aquella villanía: —¡Salid, cobardes, decíanles, á defender vuestro cacique, que solo cuatro son los españoles que les oprimen!

Pero sus esposos no salieron. Al revés: huyeron á ocultarse en las más fragosas cumbres. Entónces, armándose las indias de robustos gajos de árbol, embistieron á los españoles, quienes se reían al ver aquella temeridad, sin antecedentes en la conquista; más viéndose comprometidos seriamente á tomar defensa, dispararon sobre ellas sus arcabuces-

El plomo fué certero; profunda herida abrió en las carnes de las tres indias. La sangre manaba, y ni aún así cedieron. Con la herida, las fuerzas comenzaron á extenuarse y la vida se les escapaba por momentos; y, sin embargo, no cedían en su empeño.—Rendíos!—exclamó uno de los soldados castellanos, apuntando á aquel grupo femenino; y cuando ya las manos del conquistador iba á asir las melenas de aquella especie de gorgonas rabiosas, lanzaron un rugido, tornando la mirada del castellano al cielo y del cielo al abismo, y lanzáronse á su fondo blasfemando y maldiciendo!

La cobardía de los indios y el heroísmo de sus mujeres movieron á los españoles á vengar en ellos aquel suicidio glorioso; y así fué cómo: perseguido y capturados, se les castigó con el suplicio. «A los maridos, dice el cronista, se les dió la infame muerte que merecía su cobarde y pavoroso desaliento, y los cuatro prosigieron su viage, no acabando de engrandecer el valor de las tres indias, que es regalía de las hazañas señaladas merecerse los elogios aún de los propios enemigos.»

Este acto de heroísmo debe pasar á la historia al lado de los suicidios inmortales, rara veces aconteci-

dos, con escepción de los pueblos primitivos, resistiendo á la conquista en defensa de su hogar, de su tradición y de sus dioses. Solo en los historiadores clásicos, en Tito Livio, César, Tácito y Valerio Máximo, encontramos ejemplos semejantes, al relatarnos la resistencia heroica de los Iberos, los Galos, los Kimris y los Germanos. Entre estos relatos, que honra el heroísmo humano, recordamos del que nos hace Tito Livio del suicidio de Sophonisba, muger de Syphax, rey de Numidia y prisionera de Missimissa, antes de ceder á los apetitos de Scipción.

Los ejemplos de heroísmo en nuestra raza son frecuentes. El sacrificio de las tres indias, entre otros, tuvo su repetición en el cacique de Hualfin, cuando su cobardía, y enseñándoles á morir, á la vez que maldecía á los conquistadores, que concluían con la sublevación de Bohorquez, lánzase al abismo, estrellándose en su fondo.

Hay, á propósito, que recordar que más antes, en 1561, cuando el ataque de D. Juan de Calchaquí á Córdoba, muchos soldados despeñáronse también, antes que rendirse.

El suicidio del curaca de Hualfin nos trae, así mismo, á la memoria un otro caso en la historia de la conquista peruana, cuando la sublevación de Manco, en el sitio del Cuzco, en el instante en que rendíase el último baluarte, defendido por uno de los incas más valerosos, lo cual «visto por este orejon, como escribe Pedro Pizarro, que se le habían ganado y le habían tomado por dos ó tres partes el fuerte, arrojando las armas se tapó la cabeza y el rostro con la manta y se aerrojó del cubo abajo más de cien estados y así se hizo pedazos.»

Preciso es también recordar, ya que se ha relatado el suicidio de las tres indias, de la anciana madre del cacique Pivanti, aliado de los Quilmes, en la toma de Tolombón, en ese crítico trance en que se abandonaba la defensa éiban los guerreros indios á prosternarse sumisos al real de los españoles. El historiador nos

ha trasmitido las enérgicas frases de la valerosa anciana, insultando la cobardía de los tolombonos: «Indignos, deciales, sois del nombre de calchaquí... Hemos llegado nosotras á ser escarnio de los españoles. Si así había de ser: ¿Porqué no nos entregasteis las armas y cogisteis las ruecas, que nosotras nos hubiésemos defendido de este ultrage? En adelante sabremos cuán poco fiar de vuestra arrogancia, si recobramos la libertad perdida.» Y á la verdad es que, como decía la anciana madre de Pivanti, las mujeres de los guerreros hubieran combatido á la vanguardia, dados los actos repetidos de valor y de heroísmo con que los indios immortalizaron el nombre de su raza.

En la lucha épica de la nación calchaquí, pues las mujeres, los ancianos y los niños han desempeñado un papel tal, que por sí solo serviría para immortalizar á la raza de las montañas.

XXVI

La historia del descubrimiento de la Provincia no puede escribirse sin dedicar la primera página á aquellos cuatro intrépidos aventureros castellanos, á quienes la crónica ha bautizado con el nombre de *Césares*, los cuales son los primeros europeos que pisaron territorio tucumano.

La famosa excursión de los Césares ha pasado hasta nosotros en alas de la tradición histórica, y la avaricia española se ha encargado de perpetuar doblemente su memoria, por lo prodigioso de la aventura y por el secreto, perdido con ellos, de fabulosas riquezas de oro, plata y piedras preciosas, tantas veces buscadas inútilmente y con solícito afán por el conquistador.

La larga expedición de solo cuatro soldados raya en lo increíble, por la temeridad de la aventura, desde que se les vé abandonar la fortaleza de *Sancti Spiritus*, lanzándose en seguida por caminos ignorados por sendas desconocidas, por selvas, desiertos y mon

tañas, hasta llegar à las cerranías del oeste de Cata-marca, y desde allí dirigirse más tarde al Cuzco, sin otro propósito que la aventura, sin más fin que la temeridad, sin otro compañero que la fatiga, sin más bajajes que el hambre y la sed.

Los cuatro aventureros han dejado atrás à Hernan Cortés, quemando sus navíos, y à Francisco Pizarro, lanzándose con un puñado de bravos à hacer astillas el viejo trono de los Incas, conquistadores del mundo ignorado y desconocido. Y no quiera hacerse comparación alguna entre esta escursión y la de los otros cuatro zempoales enviados à Tlascalala, pues que éstos conocían las costumbres del país donde se dirigían, y por eso mismo, como refiere D. Antonio de Solís, vistieron el traje de embajadores «para cuya fundación se ponían sobre los hombros una manta ó beca de algodón torcida y anudada por los extremos, y en la mano derecha una saeta larga con las plumas en alto, y en el brazo izquierdo una rodela de concha», mientras que nuestros Césares iban sin saber por donde, en busca del mentado *Rey Blanco*, ó el Inca del Perú, de quienes los naturales hasta «extrañaban los trages.»

De dõnde salieron estos Césares, cuáles eran sus propósitos al emprender esta marcha y la razón de este nombre, con que han pasado los aventureros à la historia, es cosa que la crònica ha conservado y transmitido de año à año y de siglo à siglo.

Desde que Sebastián Gaboto subió río arriba el Paraná, fletando un bergantín y una carabela, y llegando à la embocadura del Carcarañá fundó el fuerte de Sancti Spiritus, entabló relaciones con los timbúes y caracas, en el propósito de que los naturales de las costas del «río como mar» le diesen noticias y le facilitasen los medios de comunicarse con el Perú, ó «tierras del Rey Blanco,» cuyas fabulosas riquezas habían llegado à oídos de todos los aventureros. Y verdaderamente que estos indios deberían saber mucho de los Incas, pues que en el siglo anterior Yupanquí había dilatado su imperio hácia el Este, llegando hasta

las márgenes de uno de los ríos que contribuyen á formar el gran estuario del Plata.

Dominado constantemente por esta idea, el intrépido navegante púsole luego en práctica. Es él quien con tal propósito, envió á los aventureros, á esos cuatro valerosos soldados de su armada, cuya expedición denominase de *los Césares*, por llamarse César uno de ellos, que le servía de capitán. Lozano dá otro origen á su nombre: «A estos, pues, dice, por haber sucedido su desgracia en el reinado del invictísimo César Cárlos Quinto, llamaron *Césares*».

Son estos aventureros los primeros hijos de la raza blanca, presentidos por nuestros indios, que penetraron á Calchaquí; los primeros cuatro aparecidos á nuestros naturales, que como entre sueños les veían penetrar con el rayo en la mano, cuando en las altas horas de la noche, entre el zumbido de las *chicharras* y los *coyuyos*, el oído atento del indio oía escuchar algo más que los rumores de la hoja seca y el aullido del viento entre las selvas de molles y chañares.

El indio los mira estupefactos; y como quien sale de un sueño misterioso, no se dá cuenta exacta de quénes son esos extrangeros de cabellos cortos, de barbas, como el Viracocha que la conquista incásica les enseñara á adorar.

Es preciso, de estos primeros aparecidos en el suelo catamarcano, investigar de cómo llegaron al país, qué rumbos siguieran, y precisar la fecha en que más ó menos, hicieran su entrada.

Para mí no hay duda que los Césares penetraron á nuestro Calchaquí el año de 1529, algunos meses antes que Sebastián Gaboto partiera á España.

Pienso que la fecha haya sido 1529, y no 1530, como pudiera muy bien creerse, pues que en este último año ya había partido Gaboto de su fuerte, por cuya orden se verificó esta excursión, y hasta su sucesor, Nuño de Lara, había sido muerto en el ataque efectuado al fuerte por los naturales, á consecuencia de la pasión de Mangoré al contemplar el rostro encan-

tudor de Lucia Miranda, la infeliz cautiva, que al lado de la tienda de pieles de Síripo sufriera el mismo suplicio de Juana de Arco.

A más, sabemos que después de dos expediciones recién llegaron los Césares al Cuzco, en los momentos en que Atahuallpafué prendido en Cajamarca por Pizarro, hecho que se verificó en 1532. Bien pues: no podían los Césares en menos de tres años ir de Sancti Spíritus á Calchaquí, regresar al fuerte, partir nuevamente en dirección á nuestro país, demorar un tiempo en él, luego, decidiéndose á emprender el largo viaje á las tierras del Rey Blanco, perdidos de rumbo, trepar á las encumbradas sierras del reino de Chile, «hasta llegar á una eminentísima *muy cercana* al famoso estrecho de Magallanes,» y más tarde desde allí volver la cara al norte, hasta llegar á la ciudad del Cuzco.»

Cuál sería el itinerario de esta expedición, y de cómo llegara á nuestro Calchaquí, la crónica castellana, y especialmente Ruiz Díaz de Guzman en *La Argentina*, refieren que de Sancti Spíritus los Césares tomaron por unos llanos muy dilatados, en donde descubrieron varios pueblos de indios. «Su corto número les servía de salvo conducto, para no experimentar alguna hostilidad en los bárbaros, no pudiendo persuadirse se atrevieran cuatro solos hombres á entrarse por sus tierras con ánimo menos sincero aunque no se puede dejar de atribuir la mayor parte de su dicha á especial providencia del Altísimo, por los fines que esta jornada pretendía.»

Los Césares, pues, dejando la embocadura del Carcarañá tomarían por los llanos de las que hoy son provincias de Córdoba y Santiago del Estero, hasta llegar á la región oeste del territorio catamarcano, atravesando, como dice Lozano, «la sierra de Tucumán *que corre entre norte y poniente*, hasta enlazarse con las encumbradas cordilleras del Perú y Chile, formando en sus senos *muy espaciosos valles*, en que hallaron pobladas varias naciones menos esquivas que

les recibieron con agasajos...»

El padre Lozano ha descrito, casi con precisión geográfica para quien conozca la topografía de nuestras montañas, la entrada de los Césares á nuestro Catamarca, yendo los aventureros á dar, sin duda alguna, á los valles de Andalgalá y Santa María. «El Padre, dice el señor Lafone Quevedo, aludiendo al párrafo transcrito de Lozano, reproduce la relación de Ruiz Diaz de Guzman, acerca de este viaje de los Césares, pero como lo hace siempre, alumbrando su historia aunque no sea más que con una sola palabra; esto basta para hacer comprender que Lozano se daba cuenta de lo que copiaba, pues las cordilleras indefinidas del autor de *La Argentina* quedan precisadas con el nombre de Sierra de Tucumán á la que llegaron Cesar y sus tres compañeros.» «Siempre fuí de parecer, añade nuestro historiador, que los Césares llegaron á *Santa María* y que de allí pasaron al campo de *Andalgalá*; hoy estoy más seguro de ello.»

No admite duda, al parecer, que la «provincia menos cultivada de labranzas pero más poblada de indios,» es nuestro Calchaquí, donde la población indígena estuvo tan reconcentrada, como lo demuestra con tanta evidencia el hecho de haber podido D. Juan de Calchaquí, unos años más tarde, hallarse al frente de más de veinte mil guerreros.

Los aventureros, siguiendo la relación interrumpida, fueron perfectamente recibidos y hospedados por nuestros indios, hasta que regresaron luego al fuerte del Carcarañá, el que, como recordaremos, fué teatro de una gran tragedia, encontrándose los aventureros al regresar á él, no solo sin Gaboto y Nuño de Lara, su sucesor interino, sinó con castellano alguno, pues que todos habían perecido á manos de los salvajes ribereños.

Es natural que los Césares, al contemplar las ruinas del fuerte y las cenizas de la tragedia, regresasen á nuestro Calchaquí, temerosos de correr la

misma suerte que sus desgraciados camaradas. Pero la vida de los expedicionarios entre nuestros naturales en nada podía alhagarles; y como en busca de su tierra los aventureros clásicos del Ponto, lanzáronse por las ásperas y frías serranías de los Andes, entre cuyas enmarañadas eminencias se perdieron, tomando rumbo á Magallanes y dejando á su espalda el imperio de los Incas, donde querrian llegar, indudablemente, á fin de reunirse con los soldados castellanos que en ese entonces habían penetrado hasta Caxamalca, después del desembarco de Tumbes y paso de los Andes, pues es de suponerse que los cuatro aventureros tendrían conocimiento anticipado de la intrépida conquista que debia efectuarse del Perú.

De aquí que, convencidos de que habían tomado rumbo contrario, se volvieron al norte, y por esta vez siguieron las costas del mar, como el más seguro derrotero, hasta Atacama, y desde allí hasta el Cuzco, la metrópoli incásica.

De esta larga, penosa y aventurada expedición, la historia ha hecho con el tiempo una verdadera leyenda.

Trapalanda es la imaginaria Provincia, en la región magallánica, donde ponen la tan ponderada ciudad ó ciudades de que es fama las descubrieron esplendorosas cuando su atrevida excursión al sud del continente.

Oigamos lo que dice Guevara sobre este famoso Trapalanda: «Hacia los últimos años del siglo pasado se confirmó con la narración de uno que decía haber estado en la ciudad de los Césares, hablado y comunicado con ellos. Hacia galana descripción de la ciudad, y la pintaba hermosa como Sevilla, opulenta en plata, oro, pedrerías y otras preciosidades estimables. Los habitantes en color y modales imitaban á los europeos, de quienes procedían. El autor tuvo la fortuna de hablarles, pero con tanta desgracia suya, que solo entendió estas cláusulas: *Nos Dios tener, Papa querer, Rey saber*. Palabras fueron estas que llenaron estas provincias; que se oyeron en los reales estrados,

en el reinado del Sr. Carlos II, y que dieron motivos para algunas cédulas.»

En papeles de D. Gerónimo Luis de Gabrera, confirmase la fabulosa noticia de la ciudad de los Césares, de la que más antes se hicieron solidarios los naufragos Oviedo y Cobo. «Hay, dice el mismo Guevara, quien oyó las campanas: hay quien comunicó y vió á los Césares: hay finalmente quien asistió á la fundación de la ciudad y habitó muchos años en ella.»

Misioneros jesuitas han también caído en lo de las ciudades de los Césares, y entre estos se puede citar á Matías Estrovel, quien dice desde la Pampa: «de la nación de los Césares no he podido averiguar cosa alguna.»

El nombre de estos Césares intrépidos ha sido recordado siempre por los castellanos, como en los antiguos tiempos, el de los argonautas, en busca del vellocino americano. En los sueños de la avaricia de los conquistadores, la ciudad de oro de los Césares aparecía resplandeciente, como esos inmensos palacios encantados de la arrebatadora poesía oriental.

Tras de la mentada ciudad de los Césares, cimentada en bases de oro macizo, han ido varias expediciones; y entre estas, llevadas á cabo por los conquistadores de nuestros países, recuerdo especialmente de dos: la de Francisco de Aguirre, y, trece años después, la de Diego Abreu, ambas desgraciadas por sus consecuencias. La de 1535, hizo fracasar la expedición de Aguirre á los comechingones de Córdoba, pues que «como la codicia se sabia disimular poco entre las licencias de la milicia, les ofrecieron cebo adecuado en las noticias que (á los conquistadores) les dieron.» Estas noticias consistían en tierras muy opulentas hácia el sudoeste, ó sean las de Trapa'anda ó los Césares, y «cuyo descubrimiento nunca efectuado, fué polilla que consumió buenos caudales sin ningun fruto.» La verdad es que los soldados de Aguirre no quisieron saber más de comechingones, sino de los Césares, y que la repulsa de S. S. dió luego motivo para que Diego de Heredia y

Juan de Berzocana hicieran rodar por tierra el poder de Aguirre, sumiendo en el caos al Tucumán. La de 1578, de Diego Abreu, hubiera producido los mismos resultados con el motin de San Miguel, á no ser el valor desplegado por el viejo Capitan Gaspar de Medina, mientras S. S. andaba en locas y desatinadas aventuras.

¡Tánto han llegado á costar en el futuro los pobres Césares, sin pensarlo, sin imaginarlo, siquiera!

Descargando á los Césares de esta culpa, que no es suya, los valerosos aventureros se han conquistado el honor indiscutible de figurar en la primera página del descubrimiento de la Provincia del Tucumán.

XXVII

En la historia de los descubridores de nuestra Provincia es necesario dedicar algunas páginas á Diego de Almagro, llamado por los cronistas Almagro el viejo, pues aunque es cierto que este famoso aventurero no se propuso descubrir estas regiones del Tucumán, también es verdad que, si es exacta la expedición de los Césares, Almagro es el segundo que haya puesto su planta, en el territorio catamarcano. (Fig.63)

Interesa, por tanto, á nuestra historia todo lo que con la famosa expedición del Adelantado se relaciona así como tener noticias exactas de sus compañeros, Inca Paullu y el Sumo Sacerdote Villac-Umu.

Después que sin atender á las condiciones pactadas para la conquista del Perú, dos de los contratantes, el maestro escuela Hernando de Luque y Francisco Pizarro, haciendo á un lado á Almagro, se repartieron la nación del Inca, este aventurero quedó descontento, hasta que S. M. el emperador le hizo merced de «doscientas leguas de país, con el título de Adelantado del Nuevo Toledo.»

Con el propósito de llevar á cabo la conquista de este país, y abandonando la de los chiriguano (1),

(1) *Chiriguanaís*, escribe Herrera.

decidióse por la de Chile (1), preparando en el Cuzco la gente y armas para tan larga como arriesgada expedición.

El Inca Manco, que en ese entonces conservaba buenas relaciones con los castellanos, visto para proteger la conquista de Almagro, envió á que le acompañasen al famoso intérprete Felipe, al gran sacerdote del imperio y á un hermano suyo, á *Villa-Umu* y á *Paullu*, como les llama Garcilaso, y que, dicho sea de paso, otros escritores y cronistas les denominan *Villacumu*, *Vilchoma*, *Villucamu*, *Villa Oma*, y *Paulla*, *Pullu*, *Paulo*, ó *Paullu Topa*, como le llama Herrera, quien á Villacumu denomina *Vilchoma*.

Mientras Almagro se prepara para la expedición, conviene que sepamos quién es Paullu, y por qué le enviaba Manco Inca en compañía de Diego de Almagro.

Paullu Inca, ó Cristóbal Paullu (nombre que tomó en la pila bautismal) fué uno de los muchos hijos de Huayna Ccapac, habido en Añas, una de sus mujeres. Separado Atahualpa del imperio, el partido adverso á este Inca, y algunos españoles, levantaron la candidatura de Paullu para sucederle, al que eligieron y dieron la borla; pero Paullu, que reconocía el derecho que otras pretendientes tenían, no quiso aceptarla, al no considerarse con títulos legítimos para ceñir el *Uantú*. Fué entonces cuando subió al imperio Manco Inca, hermano suyo, poniéndose ambos al servicio de los castellanos, bien que Manco sublevóse más tarde y apretóles en el sitio del Cuzco.

Esto mismo explica de cómo Manco diese por compañero de Almagro á Paullu. El Inca, que desde entonces mantenía buenas relaciones con los castellanos, con el propósito de hacer más fácil la conquista del Adelantado, envió junto con él á su gran sacerdote y su hermano paterno.

(1) Del pájaro *chilli*, segun unos, debiendo consultarse al respecto á Toribio Medina, *Orígenes de Chile*.

El claro designio de Manco era que Paullu hablase á las tribus, invocando sus títulos de Inca, é impusiese de parte de las tribus sumisión á los *huiracochas*. Y la verdad que este medio sirvió de poderoso auxilio á la conquista, pues como dice Garcilaso, refiriéndose á las tribus que se sometieron de este modo, como las de Copapayú: «en lugar de enemigos hallaron indios amigos, que les recibieron sirvieron y regalaron con mucho amor como propios hijos... Los cuales sabiendo que Paullu, hermano de su Inca, y el sumo sacerdote de ellos iban con los españoles, salieron á recibirlos, y los festejaron en todo el extremo que pudieron: que si como hallaron amigos que les hicieran guerra, perecieran del todo segun iban mal parados.»

La compañía del hermano de Manco y del Sumo Sacerdote ha aumentado la fama de esta expedición, célebre por la temeridad de la aventura, la desgracia y desastre de los expedicionarios, luchando con la naturaleza, las tribus y lo desconocido. Famosa es también por su número, pues que á cuatrocientos castellanos de Almagro hay que añadir los quince ó veinte mil indios que venían con Paullu, quien se unió al Adelantado en Topia (Tupisa, en Bolivia).

Algunos cronistas opinan que Manco, al enviar á Paullu, quería librarse de él; y así dice Herrera: «Entendióse (cuando dió Almagro este compañero) que el Inga quiso apartar de sí al Hermano, por que no queria tener quien le diese sospechas en el Imperio, y á Vilchoma porque le tenía por Poderoso, por medio de la Religión, y por inquieto.»

En Octubre de 1535 salió del Cuzco la expedición de Almagro, la que al siguiente año llegó á Chile, después de tantas contingencias. Iba en la expedición el renombrado Rodrigo de Orgañez.

No bien en Tupisa, segun Garcilaso, Almagro no quiso seguir el itinerario de Atacama y la costa del océano, como le indicaban sus guías, sinó hacer la entrada á Chile por nuestro país.

Llegado Almagro, juntamente con Paullu à la actual provincia de Jujuy, resistiéronle sus naturales «que no le profesaban vasallage (al Inca)», según cuenta Lozano, enviando el Adelantado à los capitanes Salcedo y Chavez à que les batiesen, hasta que éstos dejaran al ejército expedicionario el paso libre, escenas que se repitieron en Chuquiaga. De Jujuy, à cuyo pais entró por la *puna*, pasó naturalmente, à Salta, llegando à Chicoana, y de allí por Escoipe cruzaria al valle de Calchaquí, más ó menos en la altura de Cachi, y tomando, sin duda, por los Páramos de la Laguna Blanca, buscarian el portillo para cruzar la cordillera y pasar à Chile.

Es de advertir que la expedición debió haber sufrido hambre y sed, pues Herrera nos manifiesta que recién en el «campo de Xuries se hallò alguna comida, con que la gente se restaurò algo.»

Respecto al itinerario que dejo señalado, hay que observar que el camino real del Perú al Tucumán seguía el mismo derrotero, pero más ó menos en la Laguna Blanca bajaba por el rio de Corral Quemado, ó San Fernando, al valle que es hoy de Belén, cuyo rio se pierde en los bañados de Tucumano.

La idea errónea de que nuestro Tucumán es el Tucumán de la conquista, ha sido causa para que Barros Arana haya dado en barranco pardo, como se dice, cuando hace la descripción de la entrada de Almagro.

En un ilustrado artículo sobre este tema, publicado por el señor J. Toscano, escribe lo siguiente (1): «Mientras tanto mantenemos nuestra palabra, y hacemos mover à Almagro desde Cuzco, punto de partida, el día 12 de Setiembre de 1535; caminó 130 leguas y llegó à Paria, en donde le esperaba Saavedra con la vanguardia del ejército; luego vino à Tupiza y se demoró algun tiempo, recibiendo aquí 90 mil pesos oro

(1) *La Actualidad* " el Paso de Almagro por el Valle Calchaquí " (Marzo 4 de 1896.)

fino de las contribuciones impuestas á diversas provincias; arribó á Jujuy, y se demoró dos meses, según Cappa, y luego pasó por Salta á Chicoana. Lleva siete meses de viage. Por el mes de Abril, probablemente á fines, levantó su campo y se dirige á Calchaquí por Escoipe, que ya había reconocido de antemano; remonta la Cuesta del Obispo y se encuentra en la extensa planicie de *Cachi Pampa*, tierra llana, salada, que corresponde á los «salitrales de tierra triste y estéril», de los historiadores, y á los del Campo de los Pozuelos del Sr. Lafone. La extensión de aquella planicie varia entre 8, 12 y 15 leguas, según el punto en que se la cruce. El aspecto que presenta es triste, lo mismo que, como dice Martín de Moussi, las sierras que bordan sus contornos, y están á la vista, por el Oeste el macizo de la Cordillera y por el Este las sierras menos elevadas y más áridas, como la de *Pacheta*, efecto óptico que se experimenta en aquella llanura, por efecto del espejismo de la parte salitrosa, la hace más fantástica y memorable.

«Almagro debió hacer algunas jornadas hasta llegar á los algarrobales de las islas, que se encuentran en abundancia, en la boca y contornos de la *Quebrada de Amaicha*, para reunir bastimentos, y luego remontarla para ir por *Tacuil* ó *Hualjin*, y seguir la ruta de Antofagasta ó lalearse más á la izquierda para ir por el *Paso de San Francisco*, y llegar al boquete de *Paipote* que lo puso en territorio chileno. Tenga-se en cuenta que al salir de la *Quebrada de Amaicha* (y saliendo de una quebrada) se avistan «las grandes sierras cubiertas de nieve» que consignan los historiadores.»

Nuestro valerosos indios, salidos de la primera sorpresa, al contemplar los rostros blancos y barbados de los viracochas, como así mismo los briosos caballos de los castellanos, decidiéronse á combatirles, para lo cual llamaron á reunión general, «haciendo solemne juramento por el alto y poderoso sol que era su primera deidad, de morir ó dar muerte á todo los ex-

trangeros.»

El ataque fué tenaz, y el Adelantado mismo vióse forzado á entrar en combate, no sin riesgo de su vida, pues las flechas agudas dieron en tierra con su caballo; y cuando el resto de los capitanes castellanos vino á tomar parte, el estrépito de los caballos de cincuenta ginetes puso en desbande aquella inmensa y valerosa indíada, sin podérsela atacar, pues, «los calchaqués, como dice Lozano, contentos con la victoria, que juzgaban insigne en la muerte del bruto, se habian retirado á las mayores asperezas, desde donde daban espantosos gritos sin poder Almagro darles alcance.»...

En qué época, más ó menos, la expedición de Almagro haría su entrada á nuestra Provincia, no es difícil fijar. Con toda exactitud sabemos que el Adelantado salió del Cuzco en Octubre de 1535 y el año 1536 llegó á Chile, es decir, al siguiente. Ahora bien: por la descripción que los cronistas hacen de las peripecias del viage, por la gran abundancia de nieve, y por las desgracias ocurridas á consecuencia de la misma, se vé que en lo más riguroso del invierno de 1536, por Julio ó Agosto, la expedición llegó al corazón del oeste de la provincia de Catamarca. Hé aquí, para demostrarlo con claridad, lo que el famoso cronista chileno, Córdoba y Figueroa, dice de la abundancia de nieve en los cerros, y de los accidentes á que este fenómeno de todos los inviernos dió lugar: «Era espectáculo lastimoso, dice, ver á unos sepultarse en la nieve discurriendo era sólida, por que los valles se igualaban con los montes, y en estos hallaba firmeza la huella, más no siempre en los otros, y si la voz del ajeno trabajo hallaba compasión para el remedio, era exponiéndose al mismo peligro cayendo en la misma fosa por lo deleznable. Terribles incidentes se vieron, singulares cosas se notaron, émulos de una filiana amistad: quedaban muchos muertos arrimados á las peñas, á otros se les caian los miembros del cuerpo, y no po-

cos, á quienes la fatiga los retenía para tomar alientos, el aire frígido y sùtil las penetraba, y morían.» No menos espresivo es el cronista Herrera, del que me permito transcribir este párrafo: «Estando Rodrigo Orgañez poniendo su Toldo, echando mano para tener el Mastil, cayó tanta nieve, que le quemò los dedos, y se le cayeron las uñas, y mudó los cueros de todos los dedos, como si fuera fuego de San Anton; y estando dos castellanos debajo de un toldo, una ráfaga de viento se lo arrancó, y cayó tanta nieve que aquel lugar fué su sepultura con sus Negros, é Indios, y Caballos...23 caballos con sus sillas, y aderesos, quedáronse muchas Petacas de Ropa y casi todo el Bagage.»

Una vez en nuestra Provincia Almagro, no es difícil fijar con precisión por dónde tomara para cruzar la cordillera y pasar á Chile, á pesar de haber seguido la expedición por caminos desconocidos casi de todos, pues, como dice el cronista, los expedicionarios anduvieron por senda «ni en tal tiempo, ni antes ni despues emprendida.»

El historiador chileno Góngora Marmolejo hace transitar á Almagro por el camino «que tenían los Ingas por *los Diaguitas*,» despúes de manifestarnos que se desechò el de Atacama. Yo ya señalé el itinerario más probable del Adelantado, haciendo á un lado opiniones de nuestros historiadores contemporáneos sobre itinerarios que es imposible seguir, dada la topografía del país y los estorbos naturales de las grandes é inaccesibles montañas. Lo que nos resta saber es por qué paso cruzaría la gran *Cordillera Nevada* el nuevo huésped de nuestra provincia, tan desgraciado en este tránsito, pues que al llegar á Chile, habia perdido «*diez mil* indios y negros, ciento cincuenta y seis españoles y cuarenta caballos,» advirtiéndole que Garcilaso asevera que los españoles muertos fueron casi «dos cientos.»

La expedición ha llegado al pié de la cordillera catamarcana: ¿por dónde pasaría á Chile?

Fácil me parece contestar á esta pregunta, si se tiene en cuenta lo que dicen los historiadores y cronistas chilenos clásicos, de los que, gráficamente, podemos decir que estaban al habla con los acontecimientos.

Trasponiendo el Adelantado la cordillera, dicen estos cronistas, que «por fin llegó á lo más encunbrado de la cima, *de donde se vió el valle de Copiapó*, que es uno de los mas fértils de Chile.»

La cuestión, entonces, se hace sencilla: basta saber cuál es el punto preciso desde donde se vé ese valle de Copiapó.

El señor Lafone Quevedo, en carta de Octubre 7 de 1891, que me dirige desde Pilciao, dícame que el punto de paso de Almagro por la Cordillera debió ser «el portillo de *San Francisco* ó el del *Bonete*.»

Pero estos pasos no se avienen con el preciso dato de los cronistas chilenos; y hablando con los viajeros que van á Chile me han dicho:—es, señor, el paso de *Barrancas Blancas*, algunas leguas más al sud de los de San Francisco y Bonete, el único desde el cuál se divisan las hermosas riberas del río *Copiapó*, á que sin duda aluden los cronistas.—Este paso hállase un tanto inclinado al sud del pueblo de Tinogasta, pues que para hacerlo tómasse de Tinogasta á Troya, crúzase el río Loro, se llega á la cordillera, y al otro lado del mojón con Chile se da con el llamado peñasco de Diego. Por allí haremos transitar á Almagro.

De esta manera se efectuó la famosa expedición de Almagro, quién tiene forzosamente que aparecer entre los descubridores de Catamarca. Por lo demás, la desgracia que acompañó á la expedición la hace doblemente célebre. Oigamos un instante á D. Pedro de Valdivia, quién desde la Serena, en 4 de Setiembre de 1545, escribe á S. M., el emperador Carlos V: «Sepa V. M., decía el Adelantado, que cuando el marques don Francisco Pizarro me dió esta empresa, no había hombre que quisiese venir á esta tierra, y los que mas huían de ella era los que trajo el Ade-

antado D. Diego de Almagro, que como la desamparó, quedò tan mal infamado, que como la pestilencia huian de ella; y aún muchos que me querían bien, y eran tenido por cuerdos, no me tuvieron por tal cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en empresa tan apartada del Perú, y donde el Adelantado no habia perseverado habiéndolo gastado él y los que su compañía vinieron mas de quinientos mil pesos de oro...»

En la expedición de Almagro se inició la resistencia, la primera embestida de la raza calchaquí á la conquista castellana.

Otra de las especialidades históricas de esta expedición es la resistencia calchaquí al ejército castellano, siendo que con él venían, como ya lo dije, el Inca Paullu y el gran sacerdote Villac Umu, en garantía de sumisión de estos países, que se decían pertenecer al Inca.

La resistencia armada ha hecho surgir vacilaciones y dudas respecto á si estos países estaban ó no sometidos á los monarcas del Cuzco. Si los calchaquíes resistieron a Paullu, dicen algunos, prueba es de que éstos no estuvieron sometidos a la autoridad del Inca.

Yo ya he tenido ocasión de opinar, en el capítulo en que trato de la invasión incásica, sobre el particular, reservándome explicar esta antinomia y rebatir el argumento nuevo que se hace por los que no creen que el Inca sugetó á Calchaquí. Dije en aquella ocasión, y lo repito sintéticamente ahora:—por los antecedentes históricos; por el cambio repentino de cultura; por la desaparición de los idiomas nativos; por el olvido á los dioses; por hablarse la misma lengua de los peruanos; por los nombres de lugares, como Casa del Inca, Tambo del Inca, Camino del Inca, (1) etc.; por la organización social y política; por todo esto y mucho más, no es posible, no es lógico, no es racionalmente histórico dudar que nuestro Cal-

(1) En los padrones de indios de Tucumán, hay apellidos de familia: *Inga, Inca, Incaio, Illipa* (Padrones de Chichigasta, Cotacao, Cotalao, Choromoro y Famailá—Escr. Lauro Román)

chacal estuvo completamente subyugado por los incas del Perú, —y todo lo que en contrario se diga no pasa de ser pura y simplemente una aberración ante los antecedentes y hechos apuntados.

Pero, ¿y la resistencia á Paullu?

La resistencia á Paullu: siempre el mismo y el único argumento!

Digamos, ante todo, que no hay tal resistencia á Paullu, sino al conquistador Almagro; y que nuestros indios, valerosos, indómitos, celosos de su independencia, como pocas razas se vieron sobre el planeta, no podían escuchar lo que el *hermano* del Inca, del Soberano Manco, les mandaba, presionado por los desastres de su imperio y el poder incontrastable de las armas castellanas.

Nuestros naturales debían, sin duda alguna, tener exacto conocimiento de cómo cayó el imperio incásico, y de cómo Atahualpa fué pérfidamente sacrificado por Pizarro, después que el pobre Inca hubo cumplido su palabra de satisfacer, como lo hizo, su hambre de codicia y su sed insaciable de oro. No debían ni podían ignorar que todo fué obra de la fuerza y la perfidia, y hasta de la cobarde conducta de los soldados del Inca, tomado por un puñado de aventureros castellanos frente á su inmenso ejército de cerca de trescientos mil guerreros.

Sabrían, necesariamente, que el nuevo orden de cosas era forzado, y que actual Inca, por miedo, y no por voluntad, accedía á todo lo que le intimaban los castellanos, como posteriormente lo probó el alzamiento del mismo Manco, por sacudir un yugo pesado y bochornoso, como así mismo lo demuestra la fuga de Villac Umu, luego no más, y la de Paullu, abandonando á Almagro en Chile, según Gomara, aunque Agustín de Zárate, Garcilaso y otros manifiestan que este último quedó al lado de Almagro,—es verdad que esperando un momento más oportuno, pues acordó «disimular su intención y servir á los españoles felmente hasta que se le ofreciese alguna ocasión en

que pudiese ejecutar su deseo,» como escribe Garcilaso mismo.

La resistencia á Paullu, compañero obligado de Almagro, no era, entonces, sinó un acontecimiento lógico y natural; y quién sabe si el Inca mismo no incitaría sigilosamente á los indios en el propósito de ralea las flas del Adelantado de Chile.

Los calchaquíes, cien veces más bravos é indomables que los peruanos, se anticiparon á ellos. Si pelearon, no pelearon contra el Hijo del Sol, sinó contra la tiranía.

Para el calchaquí valía más la libertad que el nombre invocado del Inca.

XXVIII

La caída tan estrepitosa del imperio incásico, así como el estruendo de las armas castellanas, resonaron potentes en nuestro Calchaquí, pues que aquellos acontecimientos llenaron hasta los últimos rincones de nuestra América.

El indio calchaquí, supersticioso como ninguno, como ninguno propenso á creer en lo sobrenatural, estremeciése en el instante de recibir las terribles nuevas que le trasmitiría, sin duda, el subalterno del Inca. Hombres jamás vistos, mezcla de fiera y divinidad, de blanco rostro y largas barbas, como Viracocha, habían dado en tierra con el trono secular del Perú, llevando la muerte en todas direcciones, con el rayo en la mano.

Pero cuando el indio calchaquí sintió que la sangre de sus venas se helaba, fué cuando en la media noche percibió el ruido seco que hacía en el suelo la planta castellana.....Almagro pisaba ya tierra calchaquí!

Ligados á la caída del imperio incásico, otros acontecimientos movieron la natural superstición del indio;

los anuncios de la naturaleza, que eran oráculos para su espíritu. Oigamos al P. Lozano: «Había sido el caso, dice, que diez años antes de emprenderse esta conquista por los de 1532, precedieron en toda la Provincia de Tucumán señales espantosas que llenaron de pavor y asombro á los naturales; fué general la seca, llegando á cortarse los ríos mas caudalosos de su distrito y de aquí se originó una hambre cruel y tan voraz contagio que murieron millares de personas á su rigor... Estos (los magos tucumanos.) tan ignorantes como la misma plebe, de que solo les diferenciaba su mayor malicia, no supieron darles otro arbitrio, sino de consultar varios ídolos, para que dijera sería bien hacer una convocatoria general de aquella gentes, que congregadas en cierto parage determinado se empleasen en hacer sacrificios á diferentes deidades. Tres años duró esta abominación, sin que Satanás se dignase ó pudiese darles respuesta, antes cada día le experimentaban mas sordo á sus súplica.... Entrarían presto (díjoles al fin, por medio de los magos) al país unos extrangeros de diferente color, valientes, belicosos y enemigos de la generacion de los indios que los conquistarían y se harían dueños no solo de la tierra, sino de sus hijos y mujeres y aún de su propia libertad....»

Decidieron nuestros indios fugar, pues, y, buen número de ellos lo efectuó, abandonando las montañas, por donde debiera pasar el enemigo blanco, para guarecerse en las selvas del *Chaco*, refugio seguro, pues que á él no penetró jamás el pendón de la conquista.

Indudablemente que fueron varias estas emigraciones de la raza nativa, por cuanto hace Lozano referencia de ellas, como si se hubieran producido en la época en que resonó la caída estrepitosa del imperio incásico. Otros escritores nos dan cuenta de emigraciones posteriores; y así Guevara dice que nuestros *capayanes*, del actual departamento del mismo nombre en Catamarca, emigraron al Chaco en el instante mismo en que Almagro hacia su entrada en Calchaquí. He aquí cómo se espresa este historiador: «Por este tiempo,

dice, de lo mas interior de la provincia hácia Capayan, perteneciente al valle de Catamarca, los indios convocados, y recelando caer en manos de los españoles, que ya se acercaban á Tucumán con sus conquistas, se internaron al corazon del *Chaco*, envueltos en un furioso huracan. Esta narracion recibieron los primeros conquistadores, de algun indio, y de ellos en pluma de antiguos escritores llegó á nuestros tiempos.»

Después de lo anterior, muy difícil me parece que los *calchaquíes* de Santa Fé, que vivían en las márgenes del río Paraná, y que en 1632 destruyeron á Concepción, no fuesen nuestros emigrados, y no «distintos de otra nacion del mismo nombre en la provincia de Tucumán,» para valerme de la expresión de Lozano. El hecho de la emigración al Chaco; la coincidencia de llamarse calchaquíes los del Paraná, su bravura, su astucia, su fiereza, no parece indicar sinó que éstos fueron nietos de nuestros indios.

El historiador de la Virgen del Valle, de la misma opinión que emito, refiriéndose á la ruta que nuestros calchaquíes emigrados al Chaco tomarían, y queriendo demostrar que siguieron en derechura al Paraná, escribe: «Primero busquemos el rumbo que debieron tomar aquellos Calchaquinos marchando al Chaco. No pudieron dirigirse á la occidental del Chaco, poblada por los Chiriguanos, mas feroces y caribes que ellos. Tampoco pudieron tomar derecho al norte, cruzando el Río Dulce y el Río Salado por los campos del actual Santiago; por que primero habrían topado con los bravos y numerosos Juríes, y más al norte habrían chocado con los inconvenientes de lagunas, pantanos y médanos ó bosques impenetrables.» (1)

«No quedaba pues, añade, otro rumbo que al noroeste, por la orilla izquierda del Salado á donde los convidaba un terreno fertilísimo, un clima salubre; y con el tiempo, siguiendo la inclinación de la cuenca co-

(1) Siquem, *Historia de las Guerras Calchaquíes*, etc. (1876)

rográfica hacia las márgenes occidentales del Paraná, ya estaba establecidos poco adentro entre el Salado y el Bermejo, por los años de 1632, es decir, un siglo justo de su salida del Valle de Calchaquí, y nótese que esa ruta era la más trillada por los indios y despues por los conquistadores; y nótese tambien que en 1632, época fatal para la floridísima ciudad de la Concepcion, cuando los Calchaquíes capitanearon la jornada, éstos debían tener continua relacion con sus hermanos de Tucumán; y sabiendo las guerras sangrientas con que los Españoles les iban diezmando á la raza Calchaquina, y la tiranía de los Encomenderos, naturalmente debían sentirse por esto excitados más á la venganza contra los Españoles de acá, que precedían con menor energía contra ellos.»

XXIX

La nueva entrada que van á hacer los castellanos estaba prevista, como acabamos de ver, por el indio de la montaña.

Los terribles augurios de los magos van á favorecer una vez más, á semejanza de lo que aconteciera en la metrópoli incásica, la entrada de los intrépidos conquistadores castellanos al país, al que apenas si traeria fuerzas materiales suficientes para rechazar el empuje salvaje de sus hijos. Los indios al verles llegar, creen que el terrible augurio se ha cumplido; sus profetas se llenan de estupor, y amedrentan el espíritu de los viejos caciques de las tribus, que miran á los castellanos, montados en briosos y veloces caballos, como á seres sobrenaturales.

La personalidad de Diego de Rojas, natural de Burgos, «noble y honrado caballero, capitán experto y afortunado, constante en los trabajos y sufrido en las adversidades,» al decir de Guevara, se destaca en la historia del descubrimiento del Tucumán, más por lo temerario é intrépido de la aventura, que por los sucesos

que su presencia produjo en el país, por el que pasó casi de tránsito, pues que la expedición se hizo en 1552, muriendo al siguiente año, 1543, el valeroso gefe de esta conquista.

No deja de ser curioso advertir que; sin duda, con Rojas entraría al Tucumán la primera muger castellana, hasta que años más tarde llegara á establecerse en el país la familia del célebre conquistador Juan Gregorio Bazán, á la que acontecieron tan trágicos sucesos en el viage. Fué una muger, que tenía Gutierrez, la que atendió á Diego de Rojas en su enfermedad, cuando fué herido por la mortal flecha envenenada, de cuyas resultas pereció el hidalgo.

Los cronistas no fijan la época segura de la entrada de Rojas á los valles catamarqueños; pero yo no abriego dudas de que fué en el año indicado, entre los meses de Noviembre y Diciembre. Que la expedición se hizo en el *otoño* del 52, no hay que dudar, pues se recordará lo que el Padre Lozano dice de los terribles *accidentes* que sufrieron los conquistadores en su marcha hacia el litocú, después de abandonar el pueblo de Capayán; y es en este pueblo donde estuvo Rojas en los meses indicados, lo que resulta así si se tiene en cuenta lo que el mismo cronista dice cuando recuerda de la fuga de los capayanes, llevándose todos los alimentos y víveres para obligar á Rojas á retirarse del país, «solo perdonando á los *maizales* que estaban *en bierca*». Yo, que conozco Capayán, y he visto allí crecer los maizales, puedo asegurar que es de Noviembre á Diciembre cuando estos están *en bierca*, y hasta hoy el maíz se siembra en este lugar de la misma manera y en las mismas épocas en que los capayanes lo hicieron.

Al Rojas entré á estos países fué puramente de tránsito; su intento no fué emprender conquista alguna en el Tucumán, como erradamente asevera Guevara, que, «acercador de gran premio, este le asignó Vaca de Castro en la conquista del Tucumán.» Rojas iba soñando con las ponderadas riquezas de

Río de la Plata, á cuyas márgenes dirigíase presuroso, mucho más cuando en Chibcoana, distante cincuenta leguas al norte de estas regiones, «los Indios noveleros, habladores, y mentirosos, le dixeron que tenían nueva de muchas Riquezas de la parte del Río de la Plata, y que andavan castellanos.»

Famosas, por otra parte, fueron en el Perú estas tan ponderadas riquezas del inmenso río argentino. «Por las noticias, dice Herrera, que se tenía de las Provincias por donde corre el gran Río de la Plata, que está á la parte Occidental, haciendo la fama maiores sus Riquezas, de lo que eran, muchos deseaban aquella conquista creciendo, desde que el capitán Pedro Ansurez hizo la entrada en los Chunchos, que aquel río tenía su nacimiento en la laguna de Bombon.»

Los capitanes del gobernador Vaca de Castro pedíanle en recompensa de servicios prestados, conquistas en todas direcciones. Rojas, sabedor de la abundancia de aquellos países, llegóse ante S. S. demandándole la gracia de que le concediera la del Río de la Plata.

La concesión no se hizo esperar para Diego de Rojas, lleno de méritos, militar famoso desde la conquista de Nicaragua, distinguiéndose en la guerra del Perú contra Almagro, y mostrándose práctico y bravo en la defensa de Guamanga y toma de Jauja. Vaca de Castro no tenía empacho en acceder á todas las peticiones de sus capitanes, pues que experimentaba vivos y ardientes deseos de deshacerse de tanto aventurero desocupado, que no serviría sino para atizar discordias intestinas en el Perú. Así lo dice Lozano. «Y por que juzgó (Vaca de Castro), manifiesta Herrera, por de gran inconveniente tener ociosa y valdía tanta Gente feroz, i atrevida, usada á las licencias Militares, y mucha della descontenta de mui buena gana se le dió y favoreció á cuantos á ella quisieron ir, con Armas, Caballos i dineros, i nombró á Felipe Gutiérrez por Capitán General (esto es un

error, pues lo fué Rojas)... i en echar fuera esta gente hizo como el buen Médico, que con las sangrías cura las enfermedades, que nacen en los cuerpos ple-téricos para que por su plenitud no se ahoguen...»

Gutierrez, á quien Herrera supone Capitan General, iba en calidad de segundo de Rojas, siendo de advertir que ni Rui Diaz de Guzmán, ni Gaevara, ni Lozano, han cometido este error.

Era este Gutierrez, tan digno de ser gefe como Rojas, hombre hidalgo, por más que haya habido muchos que le achacasen el envenenamiento de Rojas, con el cual parece, en verdad, ser cierto que tenía sus celos y rivalidades por el hecho de haber andado más de una vez en la expedición detrás de Rojas algunas jornadas, y de haber tenido más de una vez reconciliaciones con éste.

Gutierrez era hijo del Tesorero de S. M., y tomó parte en la conquista de Veragua, desde donde pasó al Perú en busca de aventuras.

En calidad de Maestre de Campo venía Nicolás Heredia.

Preparada la expedición, Rojas partió, sin duda á la cabeza de doscientos á trescientos hombres. Herrera dice que fueron «ciento setenta y cuatro soldados de á pié i de á Caballo.»

El gefe de la famosa expedición, dejando por lo pronto á su segundo Gutierrez, y partiendo para el valle de Xaguana, se adelantó con sesenta soldados, á Chicoana, donde se detuvo algún tiempo. De Chicoana partió luego no más con solo cuarenta hombres, dejando el resto en este lugar á fin de que se incorporasen á la retaguardia de su segundo, quien debia venir en su alcance.

Rojas, dejando el camino de Chile, cruza la gran Cordillera, y se dirige á Calchaquí, llegando recién á descansar en el pueblo de Tucumanao, en el oeste de Catamarca, y en el conocido valle de los Pacipas, pueblo este «donde habia un poderoso cacique de quien se denominó toda la Provincia de Tucumán.» *Cana-*

mico era el nombre del cacique de Tucumán al entrar Rojas.

Rojas, à consecuencia de las supersticiosas profecías de los augures calchaquíes, que vieron su confirmación en la entrada de los castellanos, no encuentra resistencia alguna en el país, y es acogido como un ser misterioso por las nerviosas tribus, ante cuya presencia el bravo Capitán preséntase como objeto de sorpresa y admiración.

El conquistador, por esto mismo, hàcese acompañar de algunos pacipas, y emprende la marcha. Después de trasponer el grueso cordón del Ambato, indudablemente por la Quebrada de Pomán único paso accesible en este punto à los caballos, entró al pueblo diaguíta de Capayán, «pueblo numerosísimo para hacerle resistencia,» el que está situado como à siete leguas al sud de la Capital de Catamarca, y es hoy estación de ferro-carril.

El señor de Capayán, viendo que Rojas invadía tan agresivamente sus dominios, sale al frente de mil quinientos hombres de pelea, y haciendo en el suelo una señal, que indicaba que esa era su tierra, prohíbele avanzar, manifestándole que le proveería de vituallas si pasaba adelante. Rojas, por toda contestación, intímale que se rinda y obedezca la autoridad de los castellanos.

Lozano, al relatar este suceso, pone un discurso de varias páginas en boca de Rojas, el mismo que el cronista Herrera condensa en estas palabras: «Que aquellos Christianos iban de Tierras adonde se adoraba à un solo Dios, Criador del Cielo, i de la Tierra, i obedecían à un solo Rei; i que si ellos se querían conformar con eso serían Amigos, donde no, que no se podía excusar la Guerra, hasta vencerlos, y componerlos à esto.»

Más, mucho más que las palabras de D. Diego, sorprendieron y embargaron al cacique los briosos y ligeros corceles de los caballeros y soldados castellanos, con los cuales, como los pintó la mitología he-

na, parecían formar un solo cuerpo. Pero los indios, con el pretexto de admirar los caballos, jamás vistos por ellos, fueron poco á poco cercando á los castellanos, quienes por fin véense obligados á disparar sus armas, poniendo con su estrépito en fuga á los aterrados naturales.

El cacique envía luego á Rojas una embajada de sumisión. Una vez el monarca capayanense en presencia de Rojas, éste tratóle con singular deferencia; pero el gefe castellano, temiendo que sus agasajos no fueran suficientes para atraerle á su partido, notando por otra parte, el desagrado natural del invadido, mucho más cuando solo le guardaban cuarenta soldados, todo esto decidió al conquistador á enviar á uno de sus subalternos en busca de Gutierrez, mandándole recado de que apresurase la marcha y se le incorporase. La vigilancia de Rojas mantuvo en la pasiva á los naturales.

Gutierrez, á quien se pretendía hacer pasar por émulo de Rojas, escribióle rindiéndole obediencia y manifestándole que pronto llegaría á Capayán, cosa que luego efectuó, aunque tuvo que librar batalla cuando cruzaba Calchaquí.

Unido ya á Rojas, y viendo los capayanes que estos temibles huéspedes no pensaban retirarse, valiéronse de un ardil para obligarles á ello, alzando de pronto todos sus bastimentos, llevándose consigo toda vitualla ó granos.

Rojas, sin tener qué comer, en esa tierra, de suyo tan árida, resolvió la retirada, prosiguiendo su camino en busca del Río de la Plata, con el propósito de ir á fundar pueblos á orillas del grande estuario. Al efecto, preparóse para conducir agua para la travesía, que se informó sería penosa, lo que efectuó no sin sufrir mucho en el camino, hasta llegar á descansar al país de los juríes, con dirección al río Dulce, en cuyas márgenes detúvose su enviado, reconecedor del campo, Lopez Ayala. Según Guevara, Rojas detúvose en Macaux.

Como à nosotros interesa todo lo relativo al país diaguita que Rojas acababa de dejar, transcribo del viejo cronista de Indias este interesante párrafo relativo á los indios capayanes: «Son estos indios, dice, de cuerpos bien dispuestos: visten Mantas grandes de Lana, i de Verano otras de Pluma mui galanas: las Mugerres andan desnudas, salvo de la cintura abajo, que van cubiertas con faldones no largos: traen los cabellos crecidos, peinados y tendidos: comen Maiz i carne de Guanacos, i Ovejas: son grandes Hechiceros, ni piensan mas que hai de nacer i morir: aborrecen la Sodomia.»

Prosiguiendo el relato, diré que los juríes lucharon á Rojas encarnizadamente, pues que solo una de las batallas durò tres días. Fué entonces cuando Rojas salió herido en una pierna, por una flecha empapada en el jugo de yerbas venenosas. Rojas murió á los seis días siguientes en Macacaj, habiendo pedido en sus últimos instantes á Gutierrez que le sustituyese por Francisco de Mendoza. Este recibese del mando de las fatigadas fuerzas, y luego no más entra en odiosas rivalidades con Gutierrez, las que dieron por resultado que este último se retirase al Perú, donde murió en 1544, da ante la rebelión de Gonzalo Pizarro, el que le condenò á garrote en Guamanga.

Mendoza queda de gefe, y prosigue su marcha á la hoy provincia de Córdoba (Calamochita, sobre el Río 3º ó Carcaraña.) El plan de Mendoza era incorporarse á la expedición castellana al Río de la Plata, de que los indios le dieron noticias.

De Calamochita siguió Mendoza al pueblo de los timbás. En Marzo de 1545 llega al Fuerte de Gaboto, en la embocadura, el cual se hallaba á la sazón destruido con la desgracia de Nuño de Lara.

Mendoza, atento á lo que las circunstancias aconsejaban, decídese á emprender viaje al Paraguay, lo que no efectuó á causa de su violenta muerte, llevada á cabo á instigación del mace de Campo Heredia, su segundo.

Una vez Heredia comandando la expedición, abandona el primitivo proyecto de dar con el Río de la Plata, y decide la vuelta, regresando, por fin, nuevamente al país de los diaguitas, donde antes detuviérase Diego de Rojas. Heredia cruza nuestra Provincia, y llega á lo que fué la jurisdicción de San Miguel de Tucumán, acampando en los Lules, pasando de allí á los llanos de Salta, dando con el viejo camino de los Incas, que desde el Cuzco conducía á Chile.

Después de avanzar, el gefe de la expedición intenta volver al descubrimiento del Tucumán, lo que no se efectuó.

La expedición regresó al Perú en la época aciaga del alzamiento de Gonzalo Pizarro, algún tiempo después de la muerte del Virrey Blasco Nuñez Vela, en Arequito.

Al regresar la expedición al Perú, esta estaba compuesta de ciento cincuenta hombres, más ó menos, que se pasaron, de común acuerdo, encabezados por su nuevo gefe, Lopez de Mendoza.

Los restos de los descubridores del Tucumán toman luego no más participación en la guerra intestina, con desgraciado fin para sus gefes. Nicolás de Heredia no tarda en caer en manos de Carvajal, muriendo condenado á garrote. La cabeza de Lopez de Mendoza fué colgada en la picota de Arequipa.

Así terminó la expedición de Rojas, á la que verdaderamente corresponde el título de descubridora de la Provincia.

Tras de Diego de Rojas vendrá ya la conquista, y valerosos aventureros tendrán como él una página en la historia.

XXX

Más de quince años hacía que el Tucumán tenía cerradas sus puertas á la aventura castellana, que con

Almagro y Diego de Rojas había hecho el descubrimiento del país.

Por una parte, los desengaños del aventurero, que creía hallar el oro á montones en los países cuya conquista solicitaba, y por otra parte, las desavenencias y luchas intestinas en el Perú, que comienzan á diseñarse con colores de sangre el año de 1545, y que luego estallan en la inolvidable y pertinaz guerra de Gonzalo Pizarro, que entre otras grandes conmociones hace llenar de horrores los campos de Huarina y Xaquixaguana, hasta que rodaron las cabezas de Carvajal y de Pizarro; ambas causas, digo, dilataron por muchos años el tiempo de la conquista del Tucumán; y, recién en 1548, cuando La Gasca imponía su autoridad de Presidente, con plenos poderes de S. M., los conquistadores reaparecen en la escena del nuevo mundo, tan aventureros como avaros, tan avaros como crueles.

Terminada la guerra, el famoso Presidente La Gasca quiso premiar á sus capitanes; y con tal propósito entre las conquistas decretadas, concedió en 1549 la del Tucumán á Juan Nuñez de Prado.

El año siguiente entra Prado al Tucumán, é inaugura, como lo diré en lugar correspondiente, ese largo y épico periodo de la conquista de este pedazo de suelo argentino. Comienza también entonces la funesta discordia entre los gobernadores enviados por los Vireyes del Perú y la Audiencia de la Plata, con los de los Adelantados chilenos, discordia que divide el campo de los castellanos, que siembra la semilla de sangrientas é infructuosas luchas intestinas, que debilita el poder español, y que arma el brazo bélico de D. Juan de Calchaquí, personaje á quien dedicaré un capítulo, y quien arroja de la escena al impolítico y pérfido Gregorio de Castañeda, engendro raquítico de esas reyertas de la ambición y de la avaricia.

A la sazón gobernaba Chile, algunos años después de la desgraciada conquista de D. Diego de

Almagro, de que he dado cuenta en otro lugar, D. Pedro de Valdivia (1), valeroso é intrépido guerrero á quien se habia hecho merced de esa gobernación, no por el Presidente La Gasca, como aseveran Herrera y Lozano, sinó por el Marqués Francisco Pizarro, quien por provisión de 1539 dió la conquista de estas tierras á Valdivia, en recompensa de sus servicios como Maestre de Campo de sus tropas, estando aquello claramente manifestado en carta de D. Pedro al emperador Carlos V, solicitando la confirmación de dicha merced: «Cinco años há, dice, que viene de las provincias del Perú con provisiones del Marqués y Gobernador D. Francisco Pizarro á conquistar y poblar estas de la Nueva Estremadura, llamadas primero Chile y descubrir otras adelante...» La Gasca, es cierto, confirmó la merced á Valdivia en los títulos que el Presidente le diera en 18 de Abril de 1548.

D. Pedro de Valdivia, en la época de Nuñez de Prado, que nos ocupa, fundaba sus pretensiones á estas provincias en el hecho de habersele concedido por términos de su conquista «cien leguas de tierra adentro de este á oeste», partiendo del mar Pacífico, en cuyos términos el Adelantado comprendía al Tucumán.

Lo que el licenciado Leon de Pinedo asevera, de que Valdivia se declarase dueño de estas provincias por que enviara á Francisco de Villagra á descubrirlas antes que Nuñez de Prado llegara á Tucumán, carece completamente de fundamento, pues que por el fragmento de carta de Valdivia al Emperador, que luego he de insertar, se vé que ya Nuñez de Prado, no solo habia hecho su entrada al Tucumán, sinó que se habia declarado dueño de estas regiones, y comenzado por el pueblo cerca de Tucumanabaho sus fundaciones, antes que Villagran viniese á tomar posesión del país. El igualmente inexacta la aseveración de Leon de Pi-

(1) Véase la Fig. 62 (De una lámina de Covoleu, "América")

nado de que Valdivia enviara con tal propósito á Villagra, pues que Villagra, cuando se dió con Prado en el Tucumán, venía de regreso de una comisión del Adelantado para el Perú, donde le envió á reclutar tropas, á la cabeza de las cuales regresaban. La única conquista que Valdivia ordenó á este lado de los Andes, fué la de Cuyo, ó país de los *coyunchos*, después que el Adelantado levantara los fortines de Puren Tucapel y Arauco; y es á este respecto lo que escribe el cronista chileno Córdoba y Figueroa, manifestando que Valdivia ordenó esta conquista para facilitar el comercio de Chile con las provincias de Tucumán y Río de la Plata. Adviértase que en el cabildo de 2 de Mayo de 1547 en Santiago del Nuevo Extremo, se donan tierras á Alderete «en el valle de *Achyo*, jurisdicción de Santiago.»

Prado, por una parte, y Villagra, por la otra, son quienes discuten la jurisdicción del Perú y Chile sobre el Tucumán, después de una refriega nocturna, en la que no hubo muerto alguno, por más que el tiroco duró unas horas.

Para darnos cuenta de la actitud de ambos capitanes, es preciso conocer los antecedentes que hacían tirantes sus relaciones.

Es el caso oportuno de manifestar que Prado y Villagra tuvieron con anterioridad sus motivos de rivalidad, que dieron lugar á provocaciones hostiles. Estando Prado en la conquista de los chiriguanos, Francisco de Villagra, encargado de conducir á Chile el mayor número posible de fuerzas, hizo de modo que á Prado se le desertaran algunos soldados, que incorporó á sus fuerzas auxiliares, ofreciéndoles conveniencias en el servicio del Adelantado Valdivia. Prado, que no pudo impedir el soborno, emprendió marcha con el resto de su tropa, atravesando la Cordillera del Perú hasta entrar á Calchaquí, incorporándose luego á Ardiles, su segundo, á quien había destacado á la vanguardia, á la cabeza de treinta soldados, que desde Humahuaca comenzaron á abrirle

paso.

Hecho este paréntesis, continuemos.

Prado, después de fundar à Barco, orillas del rio Escaba (1), ordenó su despoblación una vez que Ardiles regresó al Perú, verificando la segunda fundación en el centro del valle Calchaquí. Fué entonces, cuando después de señalar los solares de la nueva población, salió con algunos soldados suyos à hacer reconocimientos y correrías de indios; y estando en este empeño en las comarcas vecinas, llegada la noche, y acercándose Prado y sus soldados à un rio, divisaron un real de españoles: era su agresor, Francisco de Villagra, que por nuestro Calchaquí llevaba camino de Chile, en cumplimiento de la comisión del Adelantado, con las tropas reunidas, entre las que iban los soldados que catequizó à Prado.

El conquistador del Tucumán, espinado aún por la conducta de Villagran, de que di cuenta, resolvióse à dar un golpe à éste, para lo cual, aprovechando las sombras de la noche, dividió sus pequeñas fuerzas en dos grupos: uno comandado por Juan Mendez y Guevara, y otro por él mismo. Guevara llega y cae sobre el real de Villagra, al que encarándole frente à frente, tuvo éste tiempo de asirle de la guarnición de la espada, arrebatándosele de la mano, aunque Guevara pudo hacerse de una espada que quitó à un soldado y acometer con ella à Villagra, juntamente con los suyos, mientras Prado, por otro lado, atacaba, reinando la confusión entre los de Villagra.

Prado, que solo habia salido à recorrer la comarca con treinta soldados, antes que el dia delatase su debilidad numérica, escapó de improviso, con el propósito de refugiarse en Barco.

Al día siguiente, viendo por los rastros lo reducido de las fuerzas de Prado, Villagra se encendió en cólera, cayendo sobre Barco, donde aquel solo dejó

(1) Según Lozano: Véase nota anterior.

sesenta soldados, que no tardaron en rendirse. Prado entre tanto, estaba refugiado con otros soldados en la aspereza de la sierra, mientras Barco se rendía; y, calmado Villagra, por el prudente consejo de Hernando Díaz y los religiosos que llevaba, hicieron á este entrar en negociaciones amistosas con Prado.

Los parlamentarios de Villagra, con el orgullo de la victoria, van á entenderse con Prado, ofreciéndole todo género de garantías, y aún su título de gobernador, pero bajo la condición expresa «*de someterse á la obediencia del gobernador de Chile, reconociéndole POR SUPERIOR SUYO en el distrito;*» y aún cuando chocó altamente á Prado tal imposición, bajo ostensibles bases de arreglo, éste tuvo por fuerza de aceptar el partido, y «vino en sugetarse así y su provincia *al gobierno de Chile*, recibiendo en nombre de Valdivia la tenencia de la ciudad del Barco y la conquista del Tucumán.»

Respecto á la legalidad de ese formal compromiso, es oportuno transcribir este párrafo de Guevara: «No es para omitido, dice, al derecho presunto que Villagra tenía á Tucumán, fundado en cláusula del Presidente Gasca, que señalaba á D. Pedro Valdivia cien leguas tierra adentro, este oeste, por término de sus descubrimientos. Palabras que ampliadas á favor de los chilenos, ocasionaron disturbios sobre el derecho á Tucumán: hasta que el señor Felipe II, en cédula de 29 de Agosto de 1533 destinó las dos jurisdicciones, declarando independiente de Chile la gobernación Tucumán.»

Es, desde este instante que nuestro Calchaqui cae bajo la jurisdicción de Chile, y la provincia del Tucumán reconoce la superintendencia del Adelantado D. Pedro de Valdivia.

Pero Prado, apenas parte Villagra á Chile, junta su cabildo de Barco, y le manifiesta que aquello que se dice ser arreglo no es sino imposición; y, entre otras cosas le dice, aludiendo á este segundo nombramiento de gobernador de estas provincias: «No pue-

do negar que vivo mal satisfecho de este segundo nombramiento (el de Villagran), por tener consigo mal disimulada la flaqueza de su origen, y muy patente la violencia que intervino en su expedición. No ignoran este defecto los soldados que en la conquista difícil que nos espera, podían protestar su obediencia con este color, si gustaren de obedecer. Por tanto, habiendo sido hasta aquí toda mi ambición, el deseo de acertar en esta empresa, que espera nos ha de utilizar á todos, me parece sería mejor prevenir los inconvenientes con anticipado remedio, que será renunciar ese título *illegítimo de Villagra*, y publicar de nuevo *el del Presidente* que es más seguro, y esta acción, sería solo deshacer violencias injustas, y restituir á nuestra provincia y conquista, *la independencia* á que por un justísimo título es acreedora.»

Fué en estos términos como Prado desconocía, inmediatamente de partir Villagra, la superintendencia del gobierno de Valdivia, renunciando el título que Villagran le confería, y reservándose el que tenía por el Presidente La Gssca, que el cabildo en masa de Barco reconoce como único honroso y legal, confirmándole en su carácter de gobernador dependiente del Perú, entre ruidosas aclamaciones.

Estas escenas tuvieron lugar en 1551, y están en sustancia confirmadas en una carta que el Adelantado Valdivia dirigiera á Cárlos V, desde Concepción del Nuevo Extremo, en 25 de Setiembre del mismo año, de la que extracto este importante párrafo: «Escribióme, así mismo, dice, el teniente (Francisco de Villagra en 18 de Mayo 1551) y tambien me dió relación el capitan como en el parage donde yo tengo poblada la ciudad de la Serena, de la otra banda de la cordillera, halló poblado un capitan que se llama Juan Nuñez del Prado,....que el Presidente licenciado Pedro de la Gasca le dió comisión para que fuese á poblar á un valle de que tenía noticia que se llamaba de Tucuma, y pobló un pueblo y le nombró la ciudad del Barco. Parece ser que pasando el dicho teniente Villagra por treinta leguas aparta-

do de la ciudad del Barco, que así se lo mandó el dicho Presidente en la ciudad de los Reyes, el Juan Nuñez de Prado con jente de caballo dió de sobresalto de noche en el campo de Villagra, disparando arcabuces, rindiendo y matando soldados, y apellidando viva el rei y Juan Nuñez de Prado, y la causa él la debe de saber, y à lo que se pudo alcanzar, sería por deshacer aquella jente si pudiera y recogerla él, por que no se podía sustentar con la que trajo en su compañía, y conveníale dar la vuelta al Perú, é por hacer de las zalagalagardas que se habian usado en aquellas provincias. Despues de puesto el remedio en esto, el Juan Nuñez de Prado de su voluntad, sin ser forzado, se disistió de la autoridad que tenia y le habia dado el Presidente, diciendo que no podía sustentar aquella ciudad, y el caballo y los los vecinos y estantes en ella requirieron á Francisco de Villagra, que pues *elli caía en los límites desta mi gobernacion*, que la tomase en su cargo y en mi nombre la proveyese de su mano para que se pudiese sustentar y perpetuar; y viendo él que si desta parte de la mar del Sur de otra no puede ser favorecida, la redujo en nombre de V. M. bajo de mi protección y amparo; como si fuere servido, podrá mandar ver por el auto judicial que sobresto se hizo, asimismo por el traslado de la instruccion que yo envié al dicho teniente de lo que debía hacer y ordenar en pro de todo.....»

Estas aseveraciones coinciden, más ó menos, con lo manifestado por algunos cronistas.

El historiador chileno Góngora Marmolejo, con marcados tintes de parcialidad, refiere lo que más antes mencioné sobre el ataque de Prado á Villagra, aunque difiere con Lozano y otros en la aparición de los hechos sobre la manera cómo Prado reconoce la potestad de Valdivia y continúa al frente de la gobernación, confundiendo, además, à Santiago del Estero con el Barco de que se trata, y llamando á Prado, no Juan Nuñez, sinó Juan Martinez. Como estos pasages son tan raros como interesantes para nuestra historia, aunque se me tache de difuso, no puedo ménos que transcribirlos.

He aquí, pues, lo que Góngora Marmolejo dicen sobre el reconocimiento de Prado al gobierno chileno: «Llegado el día, refiere despues de relatar el ataque de Prado; Villagra recogió su campo dejando el servicio y tienda con los bagajes que llevaba: casi con cien hombres á la lijera fué en su seguimiento y aquel día entró en la ciudad de *el Eskero*, en donde Juan *Martinez* de Prado estaba; el cual, como le vido venir, salió luego á recibirlo, y llegando á él se hincó de rodillas y como hombre rendido le entregó su espada: Villagra como era hombre noble y enemigo de gloria, le abrazó y trató muy bien. Despues de haber recibido su disculpá capituló con él, que por estar aquella ciudad *en la gobernación de Pedro de Valdivia*, poblada como parecía por *los grados en que estaba, contando la latitud*, lo dejaba en ella para que en nombre de Valdivia la tuviese y le reconociese *por su gobernador*. Acetada ésta condición y capituló, tomando de él juramento, aunque despues no lo cumplió, le dejó allí algunos soldados que se quisieron quedar, y otros que se quisieron ir con él los llevó consigo.»

Con más ó menos variantes, más ó menos detalles, la verdad es que un hecho se produjo: la anexión violenta del Tucumán al gobierno de Chile. (1)

(1) Ya en prensa este capítulo, llega á mi poder el muy interesante folleto del historiador chileno D. Toribio Medina Juan Nuñez de Prado y Francisco Villagra el que se ha escrito teniendo á la vista documentos originales de los archivos de España. En resumen, en este folleto se consigna lo siguiente: El 20 de Marzo de 1551 Prado en la ciudad del Barco levantó la protesta contra lo que le hizo Villagra. Confirma la relación de Lozano. El encuentro de Nuñez con Villagrán tuvo lugar en la noche del 10 de Noviembre de 1550 en el lugar de Toamagasta. Huyó Prado, y tuvo que someterse á Villagrán. Retirado Villagrán, levantó Nuñez de Prado la información para probar que su sometimiento había sido forzado, y que no quería seguir como tal dependiente de la jurisdicción de Chile. Se queja de los destrozos que hizo Villagrán en las sembranzas, y se funda en esto para promover la retirada de la ciudad al valle de Calchaquí. Sus declaraciones son muchas, y casi todas iguales. Es probable que Lozano tuvo algo parecido á la vista cuando escribió.

Al siguiente año de verificarse esta anexión, por resolución de 14 de Noviembre de 1552, se pone á estas provincias bajo la inmediata dependencia de la ciudad de Santiago de Chile. Francisco Muñiz, procurador de Santiago, solicita del muy ilustre D. Pedro de Valdivia, gobernador y capitán general de las provincias de Chile, que: «habiendo la ciudad de Santiago ayudado tanto á las guerras, y que con sus contingentes y socorros la Concepción, Ciudad Imperial, Valdivia, Villarica y la Serena están pobladas y se sustentan, solicita, repito, entre otras cosas que á Santiago se aumente su jurisdicción,» y, «que desde Choapa vaya corriendo el dicho término, pasada la cordillera de la nieve, con el valle de *Tucumá*, y corra todo lo que vuesa señoría tiene señalado por gobernación;» y S. S., don Pedro, contesta: «que se le conseden á la ciudad de Santiago por términos de longitud del este ueste lo que S. M. *le tiene fecho merced*, que son comenzando desde la mar cien leguas para *la tierra adentro* por el altura, y por las espaldas de la cordillera comienza desde los valles *del Tucumá* y Carca hasta Diamante; los cuales términos dijo que daba è dio.... è señaló su señoría...» (1)

Volvamos á Nuñez de Prado, á quien dejamos nuevamente de gobernador, en nombre de las autoridades del Perú, y nó de gobierno de Chile, y recordemos que en este carácter fué rodeado de todos sus parciales, y en general de toda la Provincia, que nada quería saber con las autoridades chilenas, pues que ninguno de los conquistadores tenía vinculaciones con ellas.

Esta popularidad de Prado, después de repudiar el título con que Villagra lo investía gobernador en nombre de Valdivia, le hizo que se creyera seguro è inmovible en su puesto, dedicándose nuevamente á la conquista, dirigiéndola esta vez á los llanos, y trasladando la portatil Barco á las cercanías de la actual

(1) *Colección de Historiadores de Chile*, IV.

ciudad de Santiago del Estero.

Estos acontecimientos no pasan desapercibidos para el Adelantado chileno, quien cree ver, más que perfidia, perjurio en la conducta de Prado, que tan sumiso había acatado su autoridad; fué con el propósito de establecerla de nuevo que Valdivia envió al capitán Francisco de Aguirre con apretadas órdenes de prender á Prado y restablecer su autoridad en la Provincia. Prescindiendo de los errores que páginas atrás critiqué al historiador chileno Góngora Marmolejo, quien nuevamente incurre en ellos, dice, confirmando la actitud de Valdivia: «Aguirre estaba en los juries; por que Juan *Martinez* de Prado, á quien Villagra había dejado en Santiago del Estero (sic) poblado *en nombre de Valdivia*, no reconociendo superioridad alguna *como hombre mal agradecido y perjuro*, envió Valdivia á Francisco de Aguirre que lo enviasen preso y quedase él en el gobierno de aquella Provincia (el Tucumán), la cual APARTABA DE SU GOBERNACIÓN...»

Estas últimas palabras son notables, pues prueban la intención de Valdivia de reconocer la soberanía del Tucumán, al cual añadió, dicho sea de paso, el lejano puerto de Coquimbo para que Aguirre pudiese «ser proveído de cosas de la mar».

Aguirre, con efecto, fué nombrado en Chile teniente de gobernador del Tucumán pregonándose su nombramiento en Santiago, después de haberse dado pública lectura en esta ciudad y en Coquimbo de los autos de reconocimiento que levantará Villagra en Barco.

A fines de 1552 sale Aguirre de Chile, á la cabeza de doscientos soldados, entre los cuales venía el después célebre capitán Gaspar de Medina. A principios del 53 llega Aguirre al Tucumán, sin darse con Prado, ocupado de la conquista del famoso valle de Famatina.

Una vez Aguirre en Barco, el Barco de Santiago del Estero, como lo tengo dicho, éste reunió el Ayuntamiento, al que leyó las provisiones de D. Pedro de

Valdivia, por las que le nombraba teniente de gobernador del Tucumán, así como los autos de Villagran; y sin dar tiempo al Ayuntamiento á meditar en su actitud, le obligó á que le reconociese como gobernador y justicia mayor de la Provincia. El Ayuntamiento acata luego la actitud de Valdivia; y una vez en posesión del mando el nuevo gobernador, preocupase de la manera de prender á Prado, á quien el Ayuntamiento acababa de desconocer.

Aguirre, con el pretexto ostensible de ir á favorecer la conquista que emprendia Nuñez de Prado, marcha á la cabeza de sus tropas, con sus secretas y hostiles intenciones.

Como se comprende, fácil fué á Aguirre llevar á cabo su plan respecto á Prado, al cual toma preso, regresando con él á Barco, donde le instruye un proceso, lo mismo que Ardiles, su segundo. Prado desaparece de la escena, y es desterrado á Chile, como se explicará en el lugar correspondiente, y Aguirre comienza la administración y conquista de la Provincia.

El nuevo gobernador muda nuevamente la ciudad portátil al punto donde más tarde, en 1558, Zurita echa los cimientos de Cañete; pero Aguirre fué desgraciado en esta fundación, pues ante el fuerte asedio de los calchaquíes el gobernador abandona su pueblo y se encamina al país de los juríes, donde funda la ciudad de Santiago del Estero, lugar en que efectúa el gran reparto de los *ochenta y seis mil* indios juríes y tonocotes.

Aguirre gobernó poco tiempo: en Marzo de 1554 deja el Tucumán, y parte á Chile, después de la desgraciada muerte de Valdivia, llamado á sus amigos á que se hiciese cargo de este último país, pues que Valdivia le instituía gobernador interino en su testamento, gobernación que no consiguió á causa de las intrigas de Villagran, á quien ya conocemos, y á favor de quien falló en última instancia la Audiencia de los Reyes, hasta que, por fin, el hijo del Marqués de Cañete, don Garcia de Mendoza, es nombrado gobernador de

Chile en propiedad.

Es oportuno advertir que Aguirre, antes de partir, al verificar la elección de alcaldes y regidores, hizo ante el Ayuntamiento la ratificación en *la obediencia al gobierno de Chile*, partiendo del Tucumán con el título de gobernador, por lo cual el año de 1555 desde aquel país ordena la reunión del Cabildo, intimándole que desconocía cualquier nombramiento que en su reemplazo hiciese la Audiencia de los Reyes, dejando Aguirre de lugar —teniente de gobernador y capitán en sustitución suya a Juan Gregorio Bazán, quien estuvo dispuesto a abandonar para siempre Tucumán, asediado en todas partes por los indios, a no ser los oportunos esfuerzos y ruegos de Miguel de Ardiiles, el que hizo ver al lugar-teniente cuán bochornoso era para su nombre abandonar la conquista.

Resuelto Bazán a proseguir la obra romana de la conquista, su primera desición fué solicitar auxilio de fuerzas a Chile, así como el envío de misioneros. La solicitud de Bazán llegó a Chile cabalmente en esos días intranquilos de la rivalidad entre Aguirre y Villagran, negando aquel a éste toda ingerencia en el Tucumán, fundado en aquella declaración de Valdivia de que a esta provincia «apartaba de su gobernación,» dando caso que pudiera tener legítimo derecho al gobierno de Chile, disputado con justos motivos por él.

Ante la solicitud del Tucumán, Aguirre hizo un esfuerzo, y como miraba con «amor de padre y fundador la ciudad de Santiago del Estero,» envió las fuerzas solicitadas por Bazán, las que llegan a la Provincia al mando del capitán Rodrigo de Aguirre, sobrino de aquel, quien, además, venía con especial encargo de ocupar en el gobierno el puesto de Gregorio Bazán.

Entre tanto, nuevos conflictos y disensiones intestinas prodúcense en el Tucumán: los parciales de Nuñez de Prado, en Setiembre de 1557, teniendo conocimiento del fallo de los oidores sobre la gobernación en favor de éste, traman una conjuración, la que da por resultado la prisión del teniente Rodrigo de Aguirre y

de los capitulares. Pero la revolución fracasa por sí misma, pues Prado no llega á Santiago, y sus parciales nada saben de él; y hé aquí que, desconcertados los revolucionarios, libértanse los presos por sí mismos, y á su vez aprisionan á sus carceleros.

Poco tiempo duró este caso, pues que ni Aguirre ni Prado tomaron cartas en el asunto, y á más de esto Miguel de Ardiles es nombrado teniente de Gobernador por parte de Villagran, el competidor de Aguirre, cediendo de buen grado don Rodrigo el cargo de Ardiles. (1)

Las agitaciones de Tucumán tienen un nuevo motivo para calmarse: las rivalidades en Aguirre y Villagran cesan por esta vez, á causa de haberse hecho cargo ya del gobierno de Chile don Garcia Hurtado de Mendoza, quien, para terminar todas las discordias de estos países, envía á Juan Perez de Zurita á ocupar la gobernación del Tucumán, llegando éste á Santiago del Estero al frente de alguna tropa á fines de Mayo de 1558.

Zurita fué perfectamente recibido, hasta por los *pradistas*, que aunque desconocían la ingerencia del gobierno de Chile, no se atrevieron esta vez á oponerse á las decisiones de Mendoza, hijo del entonces virey del Perú, el Marqués de Cañete.

Zurita, en el propósito de apropiarse voluntades,

(1) El señor Toribio Medina ha escrito un segundo folleto en las mismas condiciones que el anterior, con el título de *Francisco de Aguirre en Tucumán*. Lo que reza de los documentos, es lo siguiente: Depuesto Prado por Aguirre y orden de Valdivia, retírase el primero á Chile en 1553, y en 1556 levanta un Lorenzo Maldonado una información para probar que Juan Nuñez de Prado era un mal sujeto ("cruel y de muy mala condición") ni por una sola vez nombra á la ciudad del Barco y solo habla de "esta ciudad" (Santiago del Estero), y dice que estaba poblada en Tucumán. De aquí "la pasó al valle de Calchaquí que es en la Provincia de los Diaguitas.....de donde tambien la despobló.....etc." Los testigos, que declararon son diez, pero faltan tres de los que prestaron juramento.

En los documentos de este segundo folleto, parece que se trataba de mistificar. Aguirre no era muy santo, y contaba con amigos en Santiago que le servían bien.

principió á obrar en sentido contrario de Aguirre, derogando diversas disposiciones de éste, y anulando derechos ya adquiridos en virtud de las mismas, como ser la verificación de un nuevo reparto de tierras, en las que no tocó la peor parte á los capitanes de Aguirre.

Con mil doscientos indios de encomienda, ó *piezas*, procedió á la fundación del primer Lóndres, el de 1558, en el valle de Quinmivil, hoy de Belén, congratulándose para el efecto la voluntad del valeroso don Juan, cacique de Calchaquí.

Con el propósito de honrar el nombre del virrey del Perú, marqués de Cañete, padre del Adelantado chileno, su superior, fundó el pueblo de Cañete en el valle de Huasan ó de Andalgala, siendo este pueblo nada más que una de tantas resurrecciones de Barco. Así mismo, procedió á la fundación de un otro pueblo en el valle de Santa María, en el corazón de Calchaquí, fundación que encomendó á Julián Sedeño.

A las buenas marchas de Zurita opúsose únicamente la sublevación de los diaguitas del valle de los pacipas, á quienes pudo derrotar á orillas del Bermejo, hoy río Colorado, subyugando al resto de las tribus, de igual manera que á los diaguitas del valle de Capayán, y á los indios famatinas de Sañogasta.

Más tarde la paz fué alterada por un movimiento *agnirrista*, provocado por la turbulencia del teniente Berzocana, movimiento que dió por resultado inmediato la prisión de éste, así como un otro más tarde contra el alcalde Saldaña, que también sofocó la política del gobernador.

Los asuntos complejos y difíciles del Tucumán, ligados á la solución que ellor tuvieron, destacaron la personalidad política de Zurita, especialmente en los años 1559 y 1560, en que aquellos se produjeron. Su rectitud hizose proverbial: no permitió jamás vejaciones ni humillaciones á los indios, todo al revés de la manera como después obrara don Felipe de Albornoz, quien con sus vejámenes da lugar más tarde al *Gran Alzamiento*.

Zurita, con su política y sus conquistas, fuè quien pudo realizar el plan de los virreyes: de establecer por el Tucumán el comercio con el Perú, el que, á pesar de los tiempos, no dejó de ser activo.

Los grandes méritos de Zurita hicieron que el nuevo virrey del Perú, conde de Nieva, le diese el título de gobernador *independiente de Chile*.

La historia no refiere con claridad de cómo, no obstante las provisiones del virrey Nieva, volvió á imperar Chile sobre estas provincias, limitándose á relatar tan solo un acto de indisciplina manifiesta hácia el gobernador, que tuvo lugar en Lóndres, el que agrió de tal manera á Zurita que, á pesar de que Rodrigo de Aguirre y otros demandáronle perdón, Zurita llegó á ser tan inflexible que hizo ahorcar al alcalde Aguirre y al regidor Hernandez, acto doblemente censurable, por la precipitación con que obró, así como por su injusticia notoria.

Fué ésta la vez primera en que Zurita mostrábase accesible al dominio de sus pasiones, no obstante protestas de sumisión y consejos de prudencia.

Fuera de esta página negra, la personalidad de Zurita irradia luz.

Pero Zurita, á pesar de sus brillantes marchas, va á caer, confirmandose lo que decía en La Argentina Barco de Centenera, comparando los gobernadores del Tucumán, con los del Paraguay:

De ver por cierto es, tucumaneses.
Nunca gobernador hallaron bueno;
Los nuestros Paraguenses cosa mala
Jamás confesarán que hizo Irala.

Zurita, como autoridad del Perú, fuè luego no más intrigado en Chile; y como las intrigas hallan eco, un día del año de 1551 el gobierno de Chile envía á asumir el mando á Gregorio de Castañeda.

Traidoramente se apodera éste de Zurita en una conferencia, al que veja, llevándole prisionero por

todo el Tucumán, hasta el valle de Jujuy, donde funda una ciudad, buscando congraciarse con el conde de Nieva, virey del Perú.

Los trabajos de la nueva ciudad comienzan en Agosto de 1561.

De Jujuy, Castañeda se dirige á visitar las otras ciudades del Tucumán, comenzando por nuestro Londres, llevando siempre tras sí á Zurita, su prisionero, á quien conduce como á un rey vencido, llenándole de vejaciones, hasta que al fin le hace la gracia de dejarle partir á Chile, tan humillado como lleno de desengaños.

¡Así se pagaban los conquistadores el cúmulo de sus hazañas!

Castañeda, en el prurito siempre de destruir la obra de su rival, que tanto había hecho en honra de las armas castellanas, comienza por cambiar los nombres de Londres, Cañete, Córdoba de Calchaquí, á los que nuevamente denominó ciudad de Villagra, de Orduna y Ciudad Nueva de Espíritu Santo, así como Nuevo Estremo á la Provincia, nombre con que años antes don Pedro de Valdivia bautizara á Chile. Después de esto, todo fué desacierto, impolítica, injusticia.

Las vejaciones á Zurita, á más de enconar ó predisponer el ánimo de sus partidarios, fueron, á lo menos en apariencia, la causa ocasional de esa guerra de esterminio de don Juan de Calchaquí, cuyos resultados se tradujeron en irreparables desastres para la conquista castellana.

Es de advertir que en medio de la lucha de don Juan, el adelantado Villagra envía desde Chile al visitador D. Pedro de Cisterna, vecino de Coquimbo, quien en tan grandes sobresaltos puso al espíritu inquieto de Castañeda, no bien tuvo conocimiento de su arribo al Tucumán, temeroso de que viniera á deponele, aunque Cisternas no trafa la intención, pues al revés, manifestó á S. S. que el gobierno chileno chileno enviábale con él una palabra de aliento por su actitud. Y, en efecto: las cordiales relaciones es-

tableciéronse entre su S. S. y el enviado chileno, de entre los cuales surgió la idea de trasladar á Lóndres al valle de Conando, como punto más seguro y estratégico, traslación que se efectuó en 1532.

Hecha esta advertencia, prosigamos en las asuntos de la guerra de Tucumán.

D. Juan de Calchaquí dominaba ya sierras y llanos, y Castañeda veíase en el caso de tocar á rebato, que tales fueron los aprietos en que el cacique puso á S. S., humillando por esta vez el indio al castellano. Alas, por fin, puso la victoria á la fortuna de don Juan: los ejércitos españoles eran despedazados donde quiera: Lóndres, Cañete, Córdoba de Calchaquí y Jujuy fueron destruidos, despoblados ó aniquilados, y no pocos de sus moradores cruzaron presurosos las ásperas y fragosas serranías, hasta llegar á Chile, donde también vióse forzado á ir Castañeda en 1563, después de dejar la provincia sumergida en el caos y sembrada de ruinas, con odios para él en todos los pechos, á causa de su impolítica y desgobierno.

Castañeda fué el esclavo de su culpa: las puertas del Tucumán se le cerraron para siempre, y la muerte concluyó con su espíritu coático. Dicen que pereció ahogado en el Biobío.

El Tucumán perdido; las ciudades reducidas á pavesas; los ejércitos destruidos; el baldón y la vergüenza en los reales castellanos; Castañeda, el gobernador, vencido, humillado y en fuga; D. Juan de Calchaquí convertido en semidios; el suelo nativo sin rumor de una pisada, sin un éco de profanación en sus altares..... Esos han sido los resultados de las rivalidades que suscitara el gobierno chileno en el Tucumán!

Con razón el cronista ha condenado tan acervamente la intromisión de Chile en estas Provincias. «El haberse entremetido los de Chile en Tucumán, dice, fué mera pretensión fundada en sus imaginarios derechos, entendidos á su modo, y no derecho, que estribose en comision que le hubiese dado para esta conquista el licenciado la Gasca, quién únicamente enco-

mendó el descubrimiento de Tucumán á Juan Nuñez de Prado, como fuera de escribirla así el gran cronista Antonio de Herrera....., consta manifiestamente por varias informaciones que en diferentes tiempos se hicieron en esta provincia, en las cuales los testigos que eran los mismos conquistadores, lo declaran así debajo de juramento.....»

Después de retirarse Castañeda á Chile la Provincia queda casi abandonada, en manos del capitán Manuel de Peralta, á quien luego no más sucede como teniente de gobernador Juan Gregorio Bazán, cuyo estrecho dominio puede decirse que estaba reducido á solo Santiago del Estero.

Todo este cúmulo de calamidades llega á oídos de las autoridades del Perú; y, por fin, decídense á ponerles eficaz remedio. D. Garcia de Castro, que en ese entonces asumía el mando supremo, propónese cortar el mal de raíz y concluir con tanto descalabro, para lo cual envía de gobernador al Tucumán, con amplios poderes, al famoso Francisco de Aguirre, de quien tanto me ocupé, cuando en nombre de Valdivia vino á estas regiones á asumir el mando.

Aguirre, por esta vez, venía á gobernar definitivamente *con independencia total de los gobernadores de Chile*, después de trece años casi no interrumpidos de disturbios.

En términos imperiosos, por real provisión de 29 de Agosto de 1593, así lo declaraba S. M., el señor Felipe II, en Guadalajara, y mediante esta provisión vino, para siempre «á ser esta gobernación de Tucumán, *perteneciente al distrito de la Real Audiencia de la Plata, y no al de la gobernacion de Chile.*»

Luego, no más, el mismo monarca en real carta de 1.º de Diciembre de 1575, declara: *que al Virrey del Perú y NO AL GOBERNADOR DE CHILE tocaba este gobierno como que estaba TOTALMENTE SEPARADO DE AQUEL REINO.*»



LIBRO CUARTO

XXXI—Juan Nuñez de Prado.—Ardiles y la expedición
Iniciación de la conquista.—Fundaciones.—XXXII
—Geografía de la conquista.—Ubicaciones.—Es-
trategia castellana.—Lugares y pueblos.—XXXIII
—El valle de Cathamarca.—Pucaraes y ruinas.—Des-
cubrimiento del valle.—Colonia del Vallé Viejo—
XXXIV—Capayán—Su importancia—Alfarerías y ob-
jetos de este valle—XXXV—La conquista del Tucumán
y la resistencia Calchaquí—Aguirre: reparto de in-
dios—Castañeda—Córdoba de Calchaquí, Cañete,
Londres y Jujuy. Bazán, Aguirre y Luis de Ca-
brera—Abreu de Figueroa: ordenanzas—Lermas y
Juan Ramirez de Velasco—Alonso de la Rivera—
Londres y el sometimiento de Calchaquí—XXXVI
Don Juan de Calchaquí—Rodrigo de Aguirre y la
guerra—Juan Perez de Zurita—Castañeda y las
hostilidades—Estrategia de D. Juan Julian Sedeño
Córdoba, Cañete y Londres.—Francisco de Aguirre
—Calchaquí libre.—XXXVII—Chumpicha y
Chhumpi-ch. Cacique Chumpicha. Refutación á
Lafone Quevedo. Conclusiones.—XXXVIII—Al-
bores del siglo XVII. El Visitador Alfaro. Varios
gobiernos.—XXXIX—El Gran Alzamiento. Al-
bornoz y los caciques. Los Andalgatas. El Gral.
Luis de Cabrera y La Rioja. Cinco años de guerra.
Sacrificio de Coronilla. Rendición de los Paccipas.
Fuerte del Pantano. Los pacciocas. El año de 1637
—XL—D. Felipe de Albornoz y el hijo de Che-
lemin. Combates en Andalgata. Toma de Londres.
Yucumanita. Ejecución de Chelemin.

XXXI

La expedición de Juan Nuñez de Prado, es, sin duda alguna, la más importante entre las primeras que llevaron á cabo los castellanos del Perú. Lo es así, en primer término, por cuanto esta no es expedición de paso, como la de los Césares, que iban al Perú; Al-

magro, que dirigíase á Chile y Diego de Rojas, cuya intención era dar con el gran estuario del Río de la Plata. La expedición de Prado, al revés, es destinada al descubrimiento y conquista del Tucumán, concedida por las autoridades del Perú en nombre de S. M., el Emperador de las Indias. En segundo lugar, si Prado lucha con las belicosas tribus del Tucumán no lo hace por accidente, por abrirse paso, como sus antecesores, sinó para declararse señor de la tierra, por derecho propio y á nombre de la conquista española. Debe, además, tenerse en cuenta que con la entrada de Prado comienza la lucha de la raza nativa contra la dominación extranjera.

A Prado, y á nadie más que á él, corresponde la gloria de iniciar la conquista del Tucumán, la que ya en lo sucesivo no ha de interrumpirse sinó transitoriamente, tanto por la importancia real de estas provincias, cuánto por lo fabuloso y ponderado de sus riquezas, como así mismo por ser el tránsito de comunicaciones entre el Perú, centro y foco de los reales castellanos, con el Río de la Plata. Además, por nuestro Calchaquí tenía un paso seguro para la conquista de D. Pedro de Valdivia del país de Chile.

Estos son, pues, los motivos del empeño castellano por la conquista del Tucumán, debiendo también influir en mucho la exuberante producción del algodón en el país de diaguitas y juríes, pues que posteriormente, en cédulas de Felipe II, que se registran en los archivos de Tucumán, he tenido ocasión de ver que los plantíos de algodón eran ricos donativos del monarca.

La conquista del Tucumán había pasado por la mente calenturienta de Gonzalo Pizarro, ejecutado en 1548, cuando comenzaron los desastres de su gran rebelión, con el propósito de encontrar refugio á las iras del rey entre las escabrosas sierras de estos países. Pero Pizarro, ó abandonó voluntariamente su proyecto, ó no le dieron ocasión los ejércitos del Presidente de llevarlo á cabo. Ello es que vencida

la rebelión de D. Gonzalo, piénsase maduramente en no dilatar más esta importante conquista.

Triunfantes las autoridades legales del Perú, sucede al jefe vencedor lo que en tiempo de Diego de Rojas: la gente de guerra quedaba sin ocupación, y era una amenaza constante para el mantenimiento del orden, que en tanto estimaba el Presidente La Gasca, prudente y pacífico como era. Era necesario, pues, deshacerse de tanto aventurero, y el único medio, ya que no había destino para tantos, era conceder conquistas á todos los que habiendo servido, pudieran descontentarse más tarde. Es por esto que el cronista Herrera escribe: «Pasados algunos días, después de lo sucedido, pareció al Presidente no dilatar más el cumplir con los que habían servido, pues ello lo deseaban, i la gratitud es parte muy necesaria para la conservacion de los Estados.» De ahí viene que La Gasca comienza por confirmar á Pedro de Valdivia en su nombramiento de Gobernador de Chile. Posteriormente decreta tres conquistas: la del Tucumán, para Juan Nuñez de Prado; la de Chuquimayo para el capitán Diego Palomino; y la de los Chunchos para el capitán Francisco Hernandez Girón. Todo esto hacía el Presidente con autorización del rey, quien, por cédula de Venlo de 26 de Febrero de 1546, autorizóle para decretar conquistas. (1)

El General Juan Nuñez de Prado no tardó en decidirse á llevar á cabo la conquista del Tucumán. Era uno de los más bravos capitanes españoles, natural de Badajoz. Su comportamiento en la guerra de Gonzalo Pizarro, y especialmente en el paso del río Apurima, desertando derrepente de sus filas y pasándose á la causa del rey, conquistó la voluntad del Presidente. A más de eso, era un militar experto, y tan prudente como valeroso y rico, valiéndole mucho esto último, pues que las conquistas hacíanse por cuenta propia de

(1) Véase Fig. 63 Apéndice.

aquel en favor de quien eran concedidas.

El Presidente La Gasca, entre las condiciones con que concedía á Prado aquel descubrimiento, fíjole las consignadas en las llamadas instrucciones de 1549, relativas á hacerse acompañar de religiosos, como en efecto fueron cuatro misioneros en la expedición. Así mismo distínguense estas famosas instrucciones por la humanidad de sus disposiciones en cuanto al tratamiento de los naturales que conquistara, y así decíase en uno de sus más imporrantes párrafos: «que conquistada la Provincia y hecha la población, no consintiese que los naturales fuesen apremiados á ir á las minas de oro y plata ni á otros metales, ni á pesquerías contra su voluntad, pero que si los dichos indios con su voluntad, quisiesen ir á trabajar, lo pudiesen hacer de mane.a que los conquistadores y pobladores que los tuviesen en encomienda se pudiesen aprovechar de ellos, como de personas libres, tratándolos como tales, no dándoles trabajo demasiado, procurando su vida y salud, como la propia de los castellanos...»

Prado prepara inmediatamente la expedición, que debía partir en 1550, alistando hombres y reuniendo capitales. El clérigo de Gomar, de Chuquisaca, que más tarde fallece en Chicoana, sobre fiar á Prado gruesas sumas, ofrécese de capellan de la expedición. Miguel de Ardiles, militar que peleó por Vaca de Castro contra Diego de Almagro, llamado por su piedad «el padre de los pobres,» fué el Maestre de Campo, siendo Juan Gutierrez Escrivano real de dicha expedición, para la cual consigue Prado alistar ochenta y cuatro castellanos, los que era especialmente naturales de Talavera, Estremadura, Sevilla y Castilla la Vieja. Formaría parte también de la expedición el célebre Juan Gregorio Bazán.

Prado llevaba entre sus hombres de guerra veintiocho de los veteranos del descubrimiento de Diego de Rojas, de que acabo de dar cuenta, por manera que la pericia iba á compensar la inferioridad numé.

rica.

La expedición salió, por fin, de la Villa de la Plata, con rumbo á Potosí, donde debía verificarse el humanitario «registro de indios cargados,» ordenado por la Audiencia de Lima. Verificado el registro, Prado demórase aún dos meses antes de la marcha definitiva; pero Ardiles adelántase con treinta hombres y algunos indios sugetos, con el propósito de facilitar al primero el paso de Humahuaca, donde luchó heroicamente muchas veces hasta hacer cejar á sus naturales, bravos é indómitos. Un refuerzo de cuarenta soldados más, que Ardiles contrató en Potosí y Chuquisaca, y que partió después de él, tuvo un fin el más desgraciado, pues que los humahuacas batieron á los expedicionarios inexpertos, matándolos á todos.

Prado sale luego, en pos de Ardiles, y después de fatigosas y largas marchas, llenas de accidentes llega al Tucumán, penetrando por las sierras de Calchaquí (1), donde tuvo tantos encuentros parciales con los hijos de la tierra, hasta que Ardiles se le incorpora más tarde con los suyos, pues que éste había demorado mucho en el viage, á pesar de adelantarse.

Fué en el país de los chiriguanos donde Prado se dió con Villagra, que marchaba á Chile al frente de unas tropas en socorro de Valdivia.

Prado llega á Tucumanao, done antes detuviérase Diego de Rojas, siendo perfectamente recibido y agasajado por los naturales; pero permanece poco tiempo en este pueblo de los algarrobales; y, buscando mejores tierras, vuelve otra vez hácia el norte, y cruzando las altas sierras que actualmente separan las Provincias de Catamarca y Tucumán, detiénese en un lugar á orillas del río Escaba, donde fundó, en 1551, la ciudad portatil de Barco, en homenaje del

(1) Por un testamento de 1712, vese que había una villa Calchaquí, pues dice: "... y al presente residente en esta villa Calchaquí, jurisdicción de la Ciudad de San Miguel de Tucumán" (M. S. Escrb. Lauro Román, Tucumán.)

Presidente del Perú, natural de Barco de Avila, en España. Prado levanta allí un fuerte y reparte lotes de tierra. Los vestigios de este Barco de Escaba creo haberlos encontrado. (1)

Ardiles, intertanto, á quien dejamos camino de Calchaquí, sigue la misma ruta de Prado, aunque con más incidentes, pues los calchaquíes viendo su poco número, le preparan celulas y emboscadas todos los días, hasta obligarle á retroceder, buscando la reincorporación de Prado, consiguiendo hacerlo en el fuerte de Barco de Escaba, recién fundado.

Prado, luego no más, no contento con la localidad que ocupaba en la fundación, abandónala para poblar en Calchaquí. Fué en esta nueva fundación donde chocó con Villagra, produciéndose encuentros de armas entre ambas fuerzas, concluyendo estos por el reconocimiento forzado que el gefe chileno impuso á Prado, por el cual reconocía la soberanía política del Gobernador Valdivia sobre el Tucumán, de todo lo cual se habló detalladamente en el capítulo pertinente.

Pero luego que Villagra cruza la Cordillera, Prado desconoce la autoridad del gobierno chileno; y denominando á la Provincia «Nuevo Maestrazgo de Santiago,» dedícase á la gran obra de su conquista. La gente del país mostróse pacífica con Prado y los suyos, aunque el hambre y las penurias consiguiendo fueron sus adversarios de tres años. Prado, en tan

(1) En Escaba me han asegurado que hay un parage contiguo que se denomina Barco hasta hoy; pero, á pesar de todo, y de lo escrito por Lozano, yo dudo de esa ubicación si se ha de tener en cuenta un manuscrito de 1684, que es una protesta de 1684, oponiéndose á la traslación de la Ciudad de San Miguel al parage de la Thoma, en el cual, enumerándose los ríos que hay que cruzar desde la vieja ciudad buscando el paso de los Lules, se escribe: "... Y comenzando á contar desde este sitio en que se halla esta ciudad son los ríos siguientes: el del Tejar, Mandolo, el de las Piedras, el de Manchala, el de Juan Nuñez de Avila, el Colorado y el de los Lules". El nombre del subrayado dice mucho. Ese río está al sud del actual Departamento de Imaillá, y es muy particular que el río lleve ese nombre, estando el pueblo en Escaba.

penosas circunstancias, así como su segundo Ardiles, mostráronse generosos y hábiles políticos para con su gente, evitando el descontento, que parecía imponerse en las tropas avarientas de lucro y de riquezas, hasta que se llevaron á cabo otras conquistas que produjeron algunos resultados positivos para todos.

Cruzando las serranías del Ambato, Prado desciende á los llanos orientales y descubre el valle de Catamarca, y atravesándolo llega hasta reconocer las serranías de los ríos Dulce y Salado, de la actual Provincia de Santiago del Estero, pasando luego á la región lule, en la de Tucumán.

Para subsanar los obstáculos naturales del celo de los hijos de la tierra, que veían en el jefe castellano un usurpador de sus dominios, valióse éste de la palabra persuasiva de sus misericordiosos y hábiles misioneros, que convencían á las tribus y evitaban combates desgraciados.

Pero Prado, que de un momento á otro temía la intervención consiguiente del gobierno de Chile, cuya soberanía habia desconocido al partir Villagra, decide á volver al Perú á sostener sus títulos de conquistador y evitar una nueva irrupción de los de Valdivia; mas la Real Audiencia le ordena su permanencia en el Tucumán, manifestándole al mismo tiempo la conveniencia de que pueble los llanos y abandone las montañas. Dirigióse entonces al país de los juríes; y muy cerca de donde es hoy la ciudad de Santiago del Estero, funda otro Barco, sobre el río Dulce, dando á Ardiles el cargo de Teniente, sugeriendo este á los comarcanos, mientras que Prado, con parte de las fuerzas, dirígese á la actual Provincia de La Rioja en busca de las ponderadas minas del Famatina, que en tantas ocasiones movieron la codicia castellana.

«Con esta prosperidad, dice el P. Lozano, caminaba la conquista, tenían comodidad los religiosos para alumbrar la ceguera de estas gentes con la luz del Evangelio y se hubieran reducido con efecto á

la fè y conquistádose toda la provincia, si no hubieran sobrevenido las ruidosas alteraciones del gobierno, de que se valiò Satanás, para impedir los progresos de la ley de Cristo, que estos son los intereses que saca de semejantes lances la envidia del enemigo del humano linaje.»

El Padre, en el párrafo transcrito, alude á un nuevo incidente ocurrido con uno de los capitanes chilenos, Francisco de Aguirre, enviado, como ya lo preveía Prado, por Valdivia á alegar sus títulos de soberanía sobre el Tucumán, fundadas en una lata interpretaci6n de las cláusulas de la concesión del Presidente del Perú al Gobernador de Chile.

Aguirre llega al Tucumán á la cabeza de doscientos soldados.

Prado, á quien ni siquiera fué posible organizar resistencia, pues que le dejamos muy lejos del rio Dulce, en el descubrimiento del magestuoso Famatina, fué después en nombre de D. Pedro de Valdivia.

El conquistador del Tucumán, ante tamaña injusticia, obra nada más que de la fuerza en la intromisión de Chile, marchose inmediatamente al Perú á pedir justicia por tamaños agravios. Pero Prado no volvió más al Tucumán, alejándose para siempre del país este valeroso y habil conquistador, que tanto de grande hubiera podido verificar, á no ser la poca fortuna que tuvo, dándose con vecinos ambiciosos y usurpadores, que tenian muchos más elementos de fuerza que él.

Todos estos lamentables acontecimientos ocurrieron en el año de 1553.

Este cúmulo de desaciertos, que la ambición atizaba entre los mismos hermanos y compañero de causa; los celos, las rivalidades, las querellas, y cuando no sea más que el enfriamiento de muchos de los soldados, quitan fuerza moral y material á la conquista, para la que va á abrirse una era de sangre y exterminio. Las disensiones de los castellanos incitan primeramente á los naturales, pues ven en aquellos una jauria de ambiciosos que quieren arrebatarse la presa que

creían tener entre sus manos, y posteriormente les alientan, cuando ya han dado el primer paso por su independencia y libertad nativa.

El teatro de las escenas de sangre vá á ser Calchaquí. El indio de las montañas ha aguzado las flechas. Aguirre ha retado á los hijos de la tierra cuando funda la ciudad portatil en Calchaquí, en el corazón del valle de Andalgalá.

Los viejos caciques se han confederado, y el grito de guerra ha sido lanzado al pie mismo de los fuertes castellanos.

XXXII

Es indispensable, para darnos cuenta cabal de la epopeya calchaquí, conocer los pueblos, (sean aboríjenas ó castellanas) y los lugares históricos que han servido de teatro á los sucesos, en el sentido de conocer su ubicación é importancia relativa en la obra secular de la conquista.

Esto es tanto más indispensable cuanto que nos damos con lugares históricos, distantes los unos de los otros, que llevan el mismo nombre, por las diferentes traslaciones que han sufrido, así como hay lugares á los que de un momento á otro se cambia de nombre, como lo hizo Castañeda con las fundaciones de Zurita, émulo suyo; y así, por ejemplo, á los conocidos pueblos de Cañete y Córdoba de Calchaquí, bautizó nuevamente aquel con los de Orduña, y Espiritu Santo. Respecto á las fundaciones que cambian de ubicación geográfica, con el mismo nombre, podemos citar las de Barco y Londres, verdaderos pueblos portátiles; y si creyéramos que no hubo sinó un Barco y un Londres, jamás nos hubiéramos dado cuenta de la conquista, pues la confusión que asaltaría á nuestro criterio histórico aumentaría al enmarañamiento natural de la crónica castellana.

Existen pueblos indígenas anteriores á la conquis-

ra, que es utilísimo conocer, tanto por haber figurado más tarde en la lucha de las dos razas, cuanto porque su solo conocimiento puede suministrarnos la más provechosa enseñanza, y aún servirnos para hacer verdaderos descubrimientos pre-históricos. La investigación, únicamente, de lo que significan los nombres de esos lugares en la lengua de la tierra nativa, es un hilo de Ariadna en el laberinto de la historia anticolonial. Los rastros, por ejemplo, de una invasión araucánica al Tucumán se hallarán en nombres de lugares que no tienen traducción quíchua sino araucánica; los de la gran invasión incásica, en los nombres quíchuas de pueblos, cuyas etimologías dan luz vivísima, iluminando de tal manera la oscuridad de los hechos, que á nosotros mismos nos conduce, en más de una ocasión, a corregir errores en los que naturalmente han debido incurrir los cronistas de Indias, y aún á saber muchas cosas que han escapado á sus suspicacia.

Los nombres de los lugares en *ao*, *huil* ó *gasta*, claro es que son indígenas, como así mismo que estas terminaciones, raíces ó radicales diversas, llaman desde el primer momento la atención del historiador.

Algunos de los lugares indicados han desempeñado papeles importantísimos y característicos en la lucha de la conquista; pero faltan muchos otros pueblos nativos citados por los cronistas, cuya ubicación es preciso fijar, aunque no sea más que ligeramente. Muchos de estos lugares, por suerte, han conservado sus nombres y existen hasta el día; otros, ó han desaparecido, ó sus nombres se han cambiado, muchas veces por el placer inocente de cambiarlos, sin tener en consideración que en esos cambios de nombres se han dejado verdaderos laberintos históricos, cuando no cuestiones geográficas, y aún políticas, lo que es peor, como he de indicarlo.

Son conocidos de todos los pueblos de *Huillapi-ma*, *Capayan*, *Chumbicha*, ubicados en el Departamento del sud, denominado de Capayan, de Catamarca, y antes de 1883 de la Rioja. El *Huaco* es el lugar don-

de fueron expatriados los valerosos andalgalenses; *Masan* y *Machigasta*, cuyo cacique descubre la trama de Pedro Bohorquez, en los pueblos de la Rioja; *La Sebila*, por donde ha cruzado, sin duda, alguna expedición castellana de Calchaquí al valle de Catamarca, y reciprocamente, es el portillo frente á Chumbicha que da en los campos del oeste. *Poman* (Puma-an, alto de león); *Saujil* ó *Sahuill*, y uno de los *Colpes*, conservan sus nombres en el actual Departamento de Poman. El *Fuerte de Andulgaki* con los barrios de Tucumangasta, ahí mismo, *Huasan*, *Pilciao*, *Huachaschi*, en el Departamento de Andalgala; *Famayfil* y *Hualfin*, en Belén; *Tucumanao*, *Tinogasta*, *Pituil* (Copacabana), *Abaucan*, *Piambalao*, *Huatungasta* en el Departamento de Tinogasta; *Yucumanita*, contiguo á la hoy ciudad de Tucumán, *Incumana* y *Quilmes*, en el valle de Yocavil, *Colalao* como á trece leguas al Noroeste de San Miguel.

Encuétrase, así mismo, al oeste de la Provincia de Catamarca; el famoso valle de los *Paccipas*, al oeste del Departamento de Poman; el valle de *Abaucan*, en Tinogasta; el de *Huasan*, en Andalgala; el de *Yocahuill*, en el actual Departamento de Santa María. Los otros valles, algunos de ellos de segunda importancia histórica, son: *Vicioso*, de *Quimivil*, *Famayfil* (llamado de Belén, desde 1682), *Ampujaco*, *Bisvil*, y el de *Comando*, cuya ubicación fija no se ha establecido, por más que parezca ser el de Hualfin, encuéntrase en los hoy departamentos de Tinogasta, Andalgala y Belén. El anchuroso *Campo del Arenal* es la región que se encuentra al sud del de Yocavil.

Algunos otros lugares históricos parecen haberse perdido para siempre de la geografía histórica; de otros establécese dudosamente su ubicación. Yo conozco dos *Colpes*, el de Poman y el de Ambato; pero hay un *Colpes* más, que con uno de aquellos, eran encomiendas de familias castellanas. *Incumana* se cree que está ubicado en la Punta de

Hualasto; sin embargo en Andalgala hay un lugarejo de este mismo nombre, donde, quizás, serían trasportados los incamanoas de más al norte, dando su nombre al lugar. El *Tucumanguista* de Andalgala no parece ser el Tucumangasta histórico. De *Anguinao*, dice Lozano que estaba tres leguas abajo de Quilmes, quizás en la quebrada llamada del Chanchó. La ubicación de otros pueblos de la conquista no ha podido fijarse con precisión rigurosa, por más que fuera conocida la región en que se encontraban, como sucede con el viejo pueblo de Andalgala, Córdoba de Calchaquí, Barco de Escaba, Londres de 1532, etc. *Calian* es un pueblo completamente perdido. Conocer su ubicación es de palpitante actualidad, por cuestión de límites. El citado Pedro Lozano recuerda de los *calianes de Calchaquí* trasportados á Esteco.

Las fundaciones castellanas del Tucumán eran, antes que todo, puntos de estrategia militar, que les servía para actuar en la obra de la conquista. Estos pueblos, por lo mismo, eran fundados generalmente en las puertas de los valles ó en el riñón de los mismos, ó ya en los puntos por donde las comunicaciones establecíanse, á fin de facilitar el libre tránsito de sus ejércitos, especialmente del Perú al Río de la Plata ó Chile.

A primera vista debe notarse una singularidad geográfica, que no debe suponerse obra puramente de la casualidad: Santiago, Belén, Andalgala y Copiapó, puerto chileno, están casi en línea recta.

Cuando una fundación ha dejado de prestar auxilios á la conquista ó se molifica el plan de la misma, la ubicación del pueblo cambia inmediatamente. Esto se observa desde las tres primeras fundaciones de Nuñez de Prado. El Londres, poblado cincuenta años en Pomán, el día que dejó de servir á la estrategia castellana, en 1683, fué trasportado al valle de Catamarca, ó al menos sus pobladores sirvieron de base de población á la nueva y estable ciudad al pié del Ambato. Respecto de Barco, hay que comenzar observando que

fue fundado en la metrópoli incásica.

Córdoba de Calchaquí fundóse con el propósito de allanar las dificultades que las razas oponían á la comunicación de Calchaquí con el Perú, lo mismo que Nieva, las que respectivamente se protegían, propósito que Lerma completó con la fundación de Salta, que aseguraba á la vez las puertas de Huachipas, entre otras, hacia la parte norte del Tucumán. Esteco estaba de avanzada en la puerta de Choromoros, sirviendo á la vez para contener las invasiones del Chaco. El gobernador Albornoz funda el fuerte de San Bernardo, para contener, así mismo, á los calchaquíes de Salta. San Miguel de Tucumán guardaba las puertas de los táfies y anafamas, siendo fundada esta ciudad para detener la invasión calchaquí una vez abandonado el proyecto de repoblar los pueblos destruidos de Córdoba, Cañete y Londres. El Fuerte del Valle Viejo, en el valle de Catamarca, aseguró posteriormente las comunicaciones entre San Miguel y Santiago.

En una palabra: San Miguel y Todos los Santos de Nueva Rioja, fueron el círculo de hierro en que los castellanos encerraban á Calchaquí.

Hacia la parte sud del Tucumán, Ramirez de Velasco funda la Rioja para sofrenar á los *diaguitas*, habiendo llegado este pueblo á servir de refugio á los castellanos cuando el gran alzamiento.

De los otros pueblos, Londres fué en toda ocasión centro militar de la conquista, especialmente el Londres de 1633 ó de Pomán. «Todo el valle de Londres, dice el señor Lafone, todo el país de los diaguitas se extiende como en un mapa á los piés de esas faldas pedregosas. Allí abajo está Massán y en frente la puerta Occidental del portillo de la Sébila. ¿Qué indios podrían moverse sin que los polvos llegasen antes que ellos á los divisaderos de Pomán? En Pomán sucumbieron la fereza del Calchaquí y la noble altivez de los Andalgalás, héroes de estos alzamientos.» (1) Doce

(1) LONDRES y CATAMARCA—(1888, Bs. As.)

leguas más abajo, hay que añadir, al sud de Pomán levantábase, como baluarte militar, el Fuerte del Pantano, en las lagunillas del Río Colorado ó *Mayu-Puka*.

El Fuerte de Andalgalá dominaba el riñón del antiguo Tucumán. D. Alonso de Mercado y Villacorta, domador de la raza de la epopeya, comprendió desde el primer momento que Andalgalá era el centro, ó más bien dicho, la llave de operaciones sobre Calchaquí y es esto lo que le induce á fundar su Fuerte de San Pedro de Mercado, fundación que llevó á cabo el general don Francisco de Nieva y Castilla. En sus cercanías no más, levantóse el fortín de Julumao, que facilitaba actuar contra Bohorquez. El Tucumangasta andalgalense es algo como base de operaciones bélicas.

Así mismo, la fundación de Cañete obedecía al gran plan estratégico. Como punto de operaciones apoyábase en los otros pueblos, especialmente en Londres.

Hay que recordar de paso que el verdadero genio estratégico de la conquista fué Juan Perez de Zurita, el fundador de pueblos en el Tucumán.

No se debe hablar de lugares de estrategia, sin mencionar los viejos *Pucaraes*, que también han servido á los españoles cuando los han tomado á los indígenas, y que estos construían con el tino bélico que los caracterizaba. Famosísimo, como ninguno, es el que se encuentra en la antiplanicie denominada hasta hoy del Pucará, «que muy bien pudo haber sido el cráter de algun volcan antidiluviano.» Refiriéndose á este Pucará dice el señor Lafone Quevedo: «Desde allí se ve el costado Naciente del cerro Nevado del Anconquiá, y despues de dos horas de camino bueno al andar de la mula, se llega á la aldea del Pucará, ó plaza fuerte, que da nombre á todo el campo, y muchos otros grupos de pircas, que sin duda alguna fueron las habitaciones de los indios Mallis, ó Mallengues, los mismos que se expatriaron al Fuerte de An-

dalgala en entre los años 1600 y 1616...» (1) Este Pucará está completamente lleno de antigüedades históricas, y de él he de ocuparme en capítulo aparte.

Es por demás famoso el hoy llamado Fuerte *Quemado*, antes denominado *Bacamarca*, según parece, el que se cree sería uno de los grandes pucaraes de los Incas para contener á quilmes y calchaquíes.

Cerca de terminar el corazón del Anconquiya, la punta de la sierra que se desprende de la otra que divide el valle Calchaquí del llamado Cajón, servía de base á la atalaya del Quemado. «Un general de nuestros días, que quisiese dominar todo el valle de Tafi, no podría elegir un punto más ventajoso para proteger todo el valle de Yocahuill, por donde pasaba el camino real que conducía á los territorios del Inca, desde los campos de Tucumanao y demás pueblos de los Diaguitas.»

Este punto era la base de la estrategia indígena, cuyo complemento eran los Fuertes del Famatina y Catamarca, para contener á los diaguitas é indios de la Rioja y San Juan. El pucará de Anconquiya, era el baluarte contra juríes y lules.

Paso en seguida á enumerar los pueblos más importantes de la historia de la conquista tucumana, de los que preciso es conocer su ubicación, acontecimientos que en ellos han tenido lugar y diversas fundaciones de los mismos,—esto último con el propósito de saber á qué lugar se alude en un momento histórico dado.

Trataré con especialidad de los pueblos de Calchaquí y de aquellos que se relacionan más con su historia, dejando la noticia de otros, como Salta, Santiago, etc., que no tienen sinó un interés indirecto para nosotros. La lista que presento, en orden alfabético, es bien corta; pero con el exacto conocimiento de esas fundaciones, preparámonos para comprender muy bien nuestra historia de la conquista.

(1) LONDRES y CATAMARCA cit.

Andalgala—El hoy Departamento del mismo nombre lleva el del viejo pueblo, cuya ubicación fija no se conoce aún con precisión.

De Andalgala me ocupé ya, en capítulo especial, y baste repetir que parece haber sido el centro de la conquista incásica en el Tucumán. El Fuerte, fué lugar de estrategia, como lo indica su nombre. Al Norte del Fuerte de San Pedro de Mercado hallábase en punto dominante, el famoso Fuerte de Chelemin.

Abaucán—Sobre el río de Tinogasta, hacienda del mismo nombre.

Anginan—Pueblo al Sud de Chilecito.

Anconquija—El que existe actualmente. (1)

Barco—El primero de los conquistadores, Nuñez, de Prado, dejando Tucumanahaho y trasponiendo las sierras catarmaqueñas, hizo la primera fundación de Barco à orillas del río Escaba, que baja à las llanuras de Tucumán, fundación poco distante del sitio que ocupa la ciudad de San Miguel. Barco fué fundado à mediados de 1551, dándosele este nombre en honor del Presidente La Gasca, natural de Barco de Avila. (2)

La segunda fundación de Barco hízola el mismo Prado en Calchaquí, cerca de Andalgala, después de despoblar à Barco de Escaba. La tercera fué efectuada en los llanos. La cuarta efectuóla su sucesor Aguirre en el valle de Guiqui, jurisdicción de Calchaquí; pero hostilizado por los naturales la mudó à orillas del río Dulce. Puede considerarse à Santiago del Estero como el último Barco.

Fué en el Barco de Andalgala donde Prado atacó à Villagra, lo que ocasionó los disturbios con Chile y las autoridades del Tucumán, de que ya di cuenta.

El Sr. Lafone Quevedo llama la primera fundación

(1) En papeles de 1693 y 1721 está escrito *Anconquija* (Padrones, Archivo Tucumán.)

(2) La fundación de Barco en Escaba, he pensado siempre que es un error de Lozano. Hoy tengo mayores datos para creer esto.

de Barco, al pueblecillo improvisado por Prado junto á Tucumãnao; y aunque á esa podíamos llamar la primera fundación de Prado, ese fundación no fué Barco, dèsele el nombre que quiera dársele. El mismo padre Lozano dice que el *primero* de los Barcos fué la fundación de Escaba, y es así cómo debe entenderse.

Billapima—Pueblo de origen indígena de la región diaguita, situado en el Departamento actual de Capayán. Se le llama erroneamente Villa-prima, en vez de *Huillapima* (huilla, es liebre.)

Este lugar es notable por el gran empadronamiento de indios que hizo el visitador D. Francisco de Alfaro, reuniendo allí millares de naturales.

Cañete—Fundado después de Londres por Juan Gregorio Bazán, comisionado de don Juan Perez de Zurita, en 1558, cerca del actual pueblo de Andalgalá. (1) Zurita, como en Londres y Córdoba de Calchaquí, repartió en Cañete doce mil indios en encomiendas.

Castañeda hace en Cañete reunión de fuerzas para atacar a D. Juan de Calchaquí.

A fines de 1562 Cañete se despuebla, asediado diariamente por los calchaquíes, aunque luego Castañeda vuelve á poblarle; pero la porfía de los indios obliga á los castellanos á dejarlo, dirigiéndose á Santiago.

Capayán—Situado en el centro del Departamento de Capayán. Su nombre es *Capacñan*, el «camino del Capac, Señor, Inca», ó sea «camino real»

Parece haber sido una de las cortes de la gran región diaguita, fuera de la *Marca del Inca*. En él tuvo una ligera batida Diego de Rojas en su tránsito al litoral. Cuando el gran alzamiento, el general Gerónimo Luis de Cabrera batió á los capayanes.

Chicoana—En la frontera norte de Calchaquí, jurisdicción de Salta. Unos creen que fué fundado por

(1) Otra vez allí mismo, Lozano (pag. 168) dice que el valle de Conando distaba «veinte leguas de la ciudad de Ordoña ó de Cañete», y este valle no puede ser otro que el de San Fernando, Corral Quemado.

los indios cuzqueños del valle de Chicoana, que en 1552 trajo Diego de Rojas, lo que rebaten Herrera y Lozano; otros aseveran que fué antiguo presidio del Inca, lo que es puesto en duda por Lozano.

En Chicoana se detuvieron Diego de Almagro y Nuñez de Prado. En este lugar fallece el Licenciado de Gomar, uno de los primeros religiosos venidos con Prado al Tucumán.

Córdoba de Calchaquí—Fundado en 1558 por Julian Sedeño, en nombre de Zurita, en el valle de Yocahuill, al norte de Quilmes, después de Londres y Cañete, al parecer á orillas del río Santa María.

Córdoba fué asediado por don Juan de Calchaquí, quien fue rechazado por Julian Sedeño antes de su llegada á este pueblo. Don Juan le ataca por segunda y más veces, hasta que recién en 1562, después de varias repulsas, el valeroso cacique toma el pueblo, destruyéndolo y matando sus habitantes.

Espíritu Santo—Nombre que Castañeda, envidioso de las glorias de Juan Perez de Zurita, dió, después de la caída de éste, á Córdoba de Calchaquí.

Esteco—En 1566, después de la caída de Aguirre, hácese esta fundación sobre el río Salado, á sesenta y cinco leguas de Santiago, según Lozano, y á cuarenta y siete, según Herrera.

En este pueblo se empadronan *treinta mil* indios.

Esteco fue tan famoso por sus riquezas, que si hemos de creer al historiador de la conquista, «aún los brutos se calzaban de herraduras de plata y tal de oro.» El Gobernador Pacheco ordenó una nueva fundación de Esteco en 1567; sirvió para contener las invasiones del Chaco. Es despoblado en 1690, con el propósito de fundar el «Nuevo Esteco». En este pueblo los *tonocotes* contábanse por millares.

Esteco fué destruido por un terremoto, y sobre esta catástrofe el padre Machoni ha escrito algunas líneas en su «Arte Tonocote y Lule.»

El cronista Herrera, de Esteco escribe diciendo

que tiene «Viñas, Huertas, y Heredades, cogen mucho algodón, de que hacen gran cantidad de lienzo: algarroba, miel y cera, y las colores para teñir lanas, y mucha caza: tienen mucho Pescado, y no hay minas: está en altura de veinte y seis Grados.»

Fuerte del Pantano—Punto de estrategia militar fundado por el General Cabrera para actuar en el valle de los paccipas. Está algunas leguas al sud-oeste de Pomán. En 1653 llega Bohorquez á este punto, y en él comienza á proclamarse Inca.

Fuerte de S. Bernardo—Está á seis leguas de Salta, fundándolo en 1634 el General Albornoz para contener á los calchaquies.

Incamana—A la vuelta de la punta de Balasto, á la entrada del valle Yocahuill. Sus habitantes han tomado parte en las guerras.

Jujuy—(S. Salvador de)—Pueblo estratégico fundado por Velasco en 1533.

Londres—Lo que pasa con Barco acontece con Londres, relativamente á sus distintas fundaciones. El primer Londres, en el valle de Quimivil, cerca de Belén, fué fundado por Juan Perez de Zurita en 1558. Lleva este nombre, al parecer singular, en honor de Felipe II, quién aún era rey de Inglaterra, lo que dió origen á que al Tucumán se le llamase «Nueva Inglaterra.» Zurita reparte en este pueblo doce mil indios en encomiendas.

En 1561, Castañeda llega á Londres, de vuelta de Yocahuil, con los restos de su ejército despedazado por D. Juan de Calchaquí. En 1562 vuelve á Londres, y por consejo de Cisternas, el enviado chileno, muda á Londres al valle de Conando, distante veinte leguas de Cañete. Como casi al mismo tiempo D. Juan de Calchaquí toma á Córdoba, Castañeda, lleno de temores, ordena su despoblación en Diciembre del mismo año 1562. En 1607 hácese una nueva fundación de

Londres en el actual pueblo de Belén. (1) De Londres de Pomán ocupáreme en capítulo aparte, en otra obra.

Como es de la mayor importancia para la epopeya calchaquí todo cuanto á Londres se refiere, copio del cronista Herrera lo que el este pueblo dice, al describir, los pueblos del Tucumán. «El otro lugar, dicen, que havia de estar alonde estava un pueblo, llamado Londres, en el Camino de Tucumán, á la Governacion de Chile, se despoblò por la poca Gente que havia, es en Valle de Quimibil, es tierra fértil para sembrar Trigo, Maiz, i Cevada, i huvo buenas Viñas, i Arboledas, i de buen temple, i son todos los Naturales diaguítas, Gente vestida, i de mucho ganado de la Tierra, con muchas Minas de Oro, i de Plata; y con esto se hallaría bien poblada esta Governacion, i seguros los caminos de Chile, y del Perú.»

Niwa—Pueblo fundado en el valle de Jujuy. Fué trazado por Zurita y poblado por Castañeda en 1581. Al siguiente año, 1582, sirve de refugio á los castellanos harapientos que desde Córdoba de Calchaquí habian fugado, salvando de la muerte. En 1583 es despoblado de temor á los ataques de los naturales.

Nuestra Señora de Talavera—Es el nombre que á la ciudad de Esteco dió el Gobernador Pacheco.

Ordiña—Nombre que Castañeda dió á Cañete.

Pacipi—A nueve leguas de Londres, siendo sin duda el *Pacapa* de Cabrera.

Pilsihao—En Andalgala. Lugar en que Pedro Bohorquez paró siete dias con su corte de curacas, por cuenta de D. Alonso de Mercado y Villacorta.

Quemado—Nombre del Fuerte de que ya dimos noticia en este mismo capítulo.

Quimibil—A dos leguas de Londres.

Rioja—Hoy capital de la Provincia del mismo

(1) En papeles sobre esta fundación de Alonso de Rivera, se dice que fundó el pueblo «á una legua y media de donde solía estar sobre un río que se llama de *fama-istil*» *Pamajil* ó *Belén*—Véase Lafone, *Refundación de la ciudad de Londres en 1607* (Bs. Aires, 1896)

nombre. Ciudad fundada para contener á los diaguitas y poner á raya por el sud á los calchaquíes. Fundada Juan Ramírez de Velasco en 1591, bautizándola con el nombre de «Todos los Santos de la Nueva Rioja», «para cumplir con todos los deberes de los cielos», como dice Lozano.

En esta ciudad refúgiábase las fuerzas diezmadas del General Cabrera. Los calchaquíes la sitian y los castellanos salvan milagrosamente.

Salta—Fundada por Lerma. Es el primero de los pueblos estratégicos del norte del Tucumán, y base de comunicaciones con el Perú.

San Juan de la Rivera—Nombre que á la fundación de Londres de 1607 dió el Gobernador Alonso de la Rivera.

San Miguel de Tucumán—Fundado con la base de diez mil indios en 1535 por Diego de Villarroel, en comisión del Gobernador Aguirre. Como punto de estrategia sustituyó á Córdoba, Londres y Cañete. Herrera al describirla la favorece tanto que asevera que «el temple es el mejor que de los otros pueblos de la Governación» (1)—El Gobernador Mate de Luna la mudò doce leguas mas al Norte, en el punto en que actualmente se halla, el año de 1685.

Santiago del Estero—Ha sido durante muchos años la capital política del Tucumán.

Talavera de Madrid—Es el «Nuevo Esteco», fundado en 1690.

Tucumán el Viejo—Nombre con que especialmente se designaba á Calchaquí para distinguirlo de Tucumán el Nuevo, ó San Miguel. Esto aparece en una cita de 1613 que hace Amunátegui. (2)

(1) En un documento de 1684 (Protesta de la traslación á la Toma) se lee lo siguiente: «...dijo el señor D. Alonso de Mercado y Villacorta, antecesor de V. Sra., que solo por tener el gobierno de esta Ciudad se podía venir de partes muy remotas á ella» (M. S. Escrib. Lano-Román, Tucumán).

(2) Amunátegui, *Límites*, Tom. I, pág. 392.

Tucumanahao—Pueblo indígena del «poderoso cacique de Calchaquí», que hasta hoy existe en el Departamento de Tinogasta. A este lugar fué donde entró Diego de Rojas, y posteriormente el general Nuñez de Prado, siendo perfectamente hospedado por el gran cacique.

Tafi—A catorce leguas al O. de San Miguel, al pié del cerro de Ñuñorco.

Villagra—Nombre que Castañeda dió á Londres de 1558, por adulación al gobernador Villagra, de Chile.

Yucumanita—En la jurisdicción de San Miguel, y muy cerca de la ciudad de Tucumán. Fué destruido en el alzamiento general por el cacique andalgalense Chelemín, sorprendiéndolo indefenso.

XXXIII

No se debe pasar adelante sin dedicar algunos ligeros párrafos al hermoso valle de la Catamarca, que también tiene su importancia relativa en los acontecimientos de la conquista y sus recuerdos imperecederos de los tiempos de la conquista incásica. Es, así mismo, el valle de Catamarca, con sus verdes bosques, sus magestuosos cerros, el centro venerado de una tradición religiosa de siglos, única que de los tiempos del heroísmo de las razas ha pasado á la memoria del pueblo.

Ha dicho muy bien el señor Lafone Quevedo: «para el viajero estudioso, el Valle está lleno de recuerdos, y én él va buscando esa misteriosa ciudad de Catamarca, ese reino de Paititi, ese país de los Césares de los historiadores de nuestro siglo. El mito de la ciudad de Catamarca es la cruz de la historia de esa Provincia. Todo ello resulta de que nos olvidamos que Catamarca no es como las otras provincias; ella tiene una existencia *sui géneris*, y es la verdadera representante de la Nueva Inglaterra del sud, que co-

mo su prototipo se ha formado quitando y poniendo, cambiando y recibiendo.» (1)

La historia, tantas veces injusta, tantas veces desdenosa y desmemoriada, no ha dado al valle de Catamarca la importancia que justamente corresponde en la vieja tradición. Sin estudiarse están aún las ruinas que en sus cerros ó en las faldas de sus cerros se encuentran, en forma de un gran laberinto.—¿Por qué existen esos baluartes inexpugnables?—¿por qué, y para qué existieron?—¿qué significaron esos fuertes, que coronan las más elevadas atalayas?—El valle de Catamarca en las épocas antecoloniales debió haber sido el teatro de una grande y activa epopeya, como lo atestigua el nombre del mismo.

Pero el valle de Catamarca en otros tiempos no ha sido lo que hoy, cuando el litoral porteño no era sino una larga playa desnuda, poblada de salvages, sin civilización de ningún género, donde se mezclaban el alarido del querandí y el grito de guerra del guaraní. Tiene razón un historiador contemporáneo, cuya obra es recomendable en más de un concepto, cuando dice de nuestro valle, despues de parangonarle con las entónces desnudas playas del hoy populoso Río de la Plata: «Hermoso era entónces, y fértil y perfumado el valle de Catamarca... no hubo guerra sin soldados del valle, campeones esforzados de la conquista. Era el punto céntrico, estratégico de todo el Tucumán; por el Santuario era el centro de la Religión; y por su fertilidad y amenidad y salubridad era también el Edén visitado de todo el Tucumán, con el que no podía competir ni Salta, ni San Miguel, ni Santiago, ni Córdoba, ni la Rioja. Y á esta altura estaba el Valle, cuando aun no existía Buenos Aires, dos veces fundada, dos veces destruida. Y en 1593 de Catamarca también salieron valientes soldados, que al mando del invencible Tristán de Tejeda, cruzaron como rayo

(1) *ONDRES Y CATAMARCA* (1888).

las trescientas leguas y más, erizadas de bárbaros belicosos; aparecieron en Buenos Aires, y fulminando con el solo terror de sus rostros á los corsarios ingleses con su famoso gefe Casadiso, salvaron esta vez como otra á la tierna Reina del Plata que apenas contaba trece años de existencia. Ni los guerreros de Catamarca faltaron en la tropa del general Gerónimo Luis de Cabrera, que dos veces salvaron á la naciente Santa Fé y á su fundador Garay en 1534 y 1575, el mismo que en 1530 aseguró en Buenos Aires.....

El solo origen de la palabra Catamarca, más bien *Cati-Marca*, está pidiendo al historiador que descorra el velo de sus tradiciones bélicas. En efecto: *Cati*, significa ladera, falda, y *Marca* castiño, fortificación, fuerte; de modo que el nombre del valle se traduce por: *Castiño en la falda*, como que efectivamente lo fue, por el testimonio irrecusable que de ello nos dan sus famosos y seculares *Pucaraes* de *pircas*, aún persistentes muchos de ellos, aunque sea en ruinas.

El valle de Catamarca, como el de Singail hasta el Sud de Valle Viejo, como el de Paclín, estaban encerrados en la jurisdicción de San Miguel, hasta el año 1633. De la misma manera, el de Capayán, que perteneció á la Rioja hasta ese mismo año.

Dije que en el valle de Catamarca encontrábase rastros de la antigua historia de las tribus americanas, y así lo es, en efecto. Las destruidas y seculares construcciones que en él se hallan, datan del tiempo de los incas del Cuzco. En el versante sud del Anconquija, y de este lado de las cumbres, encuéntrase el inmenso *Pucará*, que hasta hoy conserva ese nombre. Este Pucará, con murallas de kilómetros de largo, era el punto más notable de la estrategia incásica, tanto que sirvió de base ó centro para guardar la frontera, que, comenzando en Paclín, va á concluir en el Paratíma. En este Pucará vivía constantemente el Teniente del Inca, según es fama, afanoso siempre en conservar las conquistas de su señor. Complemento de éste, para

la defensa y comunicación, alzabase soberbia la gran atalaya de *Pucarilla*, que à la vez vigilaba la entrada de Santiago. En el centro del valle encontrábase el otro Pacará de *Folco* ó *Molino*.

Aunque los famosos Césares pasaron de tránsito por el valle de Catamarca, debe decirse que su primer descubridor fué el conquistador General Nuñez de Prado, como lo asevera Lozano, cuando ponderando los procederes humanitarios de este intrépido aventurero, dice: «Con este moderado proceder se hicieron bien quistos entre los bárbaros, y pudieron en solo tres años hacer grandes descubrimientos, como fueron el de *todo el valle de Catamarca*».

Después del descubrimiento, es sin duda cuando los españoles, allá por los años de 1552 á 1553, estableceríanse en Catamarca, aunque en corto número, sin fundar un pueblo, ni una aldea, sinó simplemente una colonia, la del Valle Viejo.

Antes de la publicación de las obras de Lozano, háse tenido por muy corriente que el valle de Catamarca, esta importante sección de la región diaguita, fué solo poblada de españoles recién al alborear el siglo XVII. El conocido escritor Martín de Moussy da por sentado esto mismo. Pero esto no podía creerse: no es posible pensar que después de hecho un descubrimiento costoso y de un valle tan hermoso como el de Catamarca, tan fabuloso, por otra parte, para la codicia castellana, por sus mentados minerales de oro y plata, se abandonase el descubrimiento y los castellanos no lo poblasen; por suerte, para cerciorarnos de que castellanos hubo en el valle de Catamarca antes del siglo XVII, buenos antecedentes tenemos ya. Sabemos, por ejemplo, que en una de sus campañas el general Zurita *sugetó* á gran parte de las tribus del valle de *Catamarca*; y que mal podía hacer esta sujeción sin suponer indios rebeldes, y que esta rebeldía no fuese otra que contra los castellanos establecidos en el valle. La campaña de Zurita fué en 1560. Sabido esasi mismo, que

en 1575 el general Cabrera para su expedición saca soldados de Catamarca. Consta en los viejos documentos, que se encuentran en la hoy ciudad de Catamarca, que Manuel de Zalazar, nieto de uno de los primeros pobladores del valle, declara que en 1685 su abuelo era habitante de Catamarca; y, mas que todo, de la declaración del indio Lorenzo de Saujil (Pomán) deducese que en el valle había población antes de 1560, pues que á la imágen del valle se la llevó «un hombre viejo que vivía en el Valle Viejo». En 1593 el general de Tejeda saca fuerzas del allí.

Dije que en Catamarca, sin embargo no hubo pueblo alguno, sinó colonia y un presidio, lo que es preciso tener muy en cuenta para no incurrir en lamentables errores. Servía además el valle de lugar de destierro de indios; y así Pomancillo, pocas leguas al norte de la ciudad de Catamarca, es el lugar donde Nuño Rodríguez Beltrán condujo desterrados á los pomanes y bilichas. Estos bilichas discuten mucho sus derechos en 1644 y 1657, y no poco tuvo qué saber del asunto el famoso gobernador don Alonso de Mercado y Villacorta. Fuera de estos indios, poblado fué así mismo el valle de numerosos guasanes de Andalgalá, famañiles de Belén, golpes de Pomán, y aun de indios del Chaco, de manera que el valle va á ser luego no más un verdadero laboratorio de una nueva raza híbrida ó mestiza.

Durante el período de la conquista, desde que el valle fué poblado, la colonia y el fuerte defendiéronse por sí solos, pues fuera de la campaña de Zarita á sujetar á estos diaguitas, ninguna otra vez les han auxiliado las fuerzas castellanas, ni aun en los momentos más difíciles de prueba. Así aconteció en el alzamiento de 1672, cuando Londres fué tomado, vencidos los españoles, y la Rioja sitiada. Pero sus esfuerzos solos, no bastaron á contener á la indíadaalzada envalentada con los desastres castellanos; los indios dan cuenta de sus encomenderos, siendo en ese tiempo cuando

aquellos cayeron sobre el presidio y fuerte de Catamarca, época en que la tradición religiosa tendrá indudablemente que decidir que tuvo el famoso milagro de la Virgen de estos valles. Lo cierto es que Catamarca no sucumbe cuando el desastre del trilátero calchaquí.

En el último ataque á Calchaquí, los de Catamarca se alistan en las tropas castellanas y vuelven triunfantes con encomiendas de indios.

Concluida la epopeya calchaquí con el destierro de los quilmes, los gobernadores castellanos propónense levantar las aniquiladas ciudades de la frontera Calchaquí, y por cédula de S. M. se da orden de fundar una nueva ciudad en vez de Londres de Pomán, fundación que llevó á cabo el renombrado Mate de Luna en el año 1683, con la base de los indios londonenses. Recién va á haber pueblo ó ciudad en el valle de Catamarca; y todos los que tomaron por tal á la colonia ó presidio antiguos, han caído en lamentables errores, entre otros, nuestro renombrado Padre Esquiú, en un artículo suyo enviado desde Catamarca á la «Revista de Buenos Aires».

De este asunto trataré en otro lugar. Por ahora, entre las abundantes pruebas de que no hubo tal ciudad en el valle antes de 1683, transcribo del Sr. Lafone esta otra, que es irrefutable: «Esta circunstancia, dice el Sr. Lafone, ocupándose del asunto, bastaría para dar á conocer que la ciudad de Catamarca no existía antes del año 1683; pero tenemos otro comprobante más, y es lo que consigna el Padre Techo en su libro XII, cap. II, y son palabras del obispo de Tucumán en su carta al Rey Católico, más ó menos del año 1637, cuatro años después de la refundación de Londres en Pomán. «Al dar cuenta del estado de su Diócesis dice lo siguiente: «El Tucumán entero que abrazaba unas 400 leguas, contiene *ocho ciudades de españoles* y algunos territorios poblados de muchos miles de cristianos nuevos». Veamos ahora, cuales eran estas ocho ciudades de españoles:

«1 Santiago, 2 San Miguel, 3 Esteco el Nuevo, 4 Córdoba, 5 Salta, 6 Rioja, 7 Jujuy, 8 Londres. Aquí no mas se vé que no hay donde intercalar una ciudad de Catamarca», (1)

XXXIV

Breves serán, así mismo, porque los considero necesarios, estos apuntes sobre el valle de Capayán, hoy el Departamento del mismo nombre, al Sud de Catamarca, que le separa de la Provincia de la Rioja.

Así como el valle de Catamarca perteneció á la jurisdicción de San Miguel, antes de 1683, el valle de Capayán estuvo bajo la de la Rioja, á la que dejó de pertenecer después, en compensación de la cesión que se hizo de los pueblos de Machigasta, Aimogasta y el valle Vicioso, de la jurisdicción de San Juan de la Rivera de Londres, por real disposición. (2)

En otros lugares ocuparéme de las tribus que habitaban el valle. Sabremos también que el señor de Capayán tuvo que hacer con Diego de Rojas, así como el cacique Chumpicha en uno de los grandes alzamientos posteriores. En Billapima, en el corazón del valle, el visitador Alfaro hizo el famoso reparto de indios. El valle, aparte de esto, está ligado á muchos recuerdos históricos, que en otras páginas se apuntarán. Por la sierra de Ambato, que lo separa de Calchaquí; existía el paso de las expediciones españolas, la quebrada de Pomán, que de este lado comienza en la aldea de Concepción y que desemboca del otro, en Londres. El de la Sévila, sin duda paso antes des-

(1) LONDRES Y CATAMARCA (1838).

(2) *Real Cédula* de Madrid de 16 de Agosto de 1670.—Auto de *Jurisdicción de Londres*, de 1633, vigente hasta 1683.—*Memoria* de 1863 (Tucumán).

conocido ó no transitado por ejércitos, está frente á Chumbicha.

La cultura primitiva de Capayán distaría mucho de la Calchaquí.

De ello me he preocupado más de una vez por el medio práctico de reconocerla,—las excursiones arqueológicas al valle.

En el Tembleque (quebrada de Pomán), en el Potrero de los Angeles, en Concepción, Billapima y pueblo de Capayán, he hecho escavaciones que han dado buenos resultados.

En ninguna ocasión dí con enterratorios en tinajas. Los cadáveres hánse encontrado en tierra, á una buena profundidad, en sepulcros pircados á sus lados ó formados, á manera de ataúd de madera, con piedras lajas.

He observado que los cadáveres, tendidos de espalda, miran para donde el sol sale. En tres ocasiones los encontré con yuros ó tinajitas colocadas á uno de los lados, cerca de la boca.

En los Angeles hay numerosísimos morteros y conanas. Parece que el dios del mortero era muy venerado en la localidad. Los dos ídolos de piedra n^{os} 65 y 63 del Apéndice, son morteros, con formas de animales.

La serpiente parecía haber sido igualmente muy venerada, y dos ó tres *humucutis* de piedra he conseguido. En la olla que lleva el n^o 64, encontrada en Capayán en un sepulcro, las serpientes se distinguen perfectamente. Este trabajo, que en la lámina está de tamaño natural, es de barro negro, muy fino, perfectamente cocido. Sus figuras no son pintadas, sino grabadas en el barro.

La Fig. 15 del mismo Apéndice, es un ídolo típico de Billapima, encontrado en una arada junto con los objetos de piedra n^{os} 70, 71 y 72, un tortero, una rana y un quirquincho, los tres de tamaño natural.

En los Angeles he conseguido dos amuletos de parto.

La pequeña liebre nº 60, también tiene qué ver con la procreación, y posible es que haya sido una *illa*, de las que tantas abundan en Calchaquí,—amuleto de reproducción de los ganados de la tierra.

Objetos de barro también los hay numerosos, como la olla 64, el loro 68, también parecido á los de su especie de los paraderos de Goya, el *tekesito* 67, el pito 73, para fumar, y el fragmento de paloma (de Concepción) nº 75, con su dibujo grabado entre las pequeñas alas, que al parecer tiene qué hacer con algún culto solar.

Hachas de piedra hay numerosas, así como piedras de libes, á cada paso, lo que atestigua que estos indios eran eminentemente cazadores. También se vé que tenían plantaciones de maiz, no debiendo olvidarse que cuando Diego de Rojas llegó á Capayán, en el pueblo del poderoso señor «los maizales estaban en berza», al decir de Lozano.

Muchos y notables trabajos de irrigación han tenido estos indios. En el Potrero, hacienda de propiedad de mi familia, hay un gran estanque hecho por los indios, que puede represar una buena cantidad de agua. Del río San Pablo vese que sacaban agua, y hasta ahora pueden distinguirse canales de piedra. Pero, en el distrito de los Angeles, más que en ningún otro lugar del Departamento, hay á cada paso fragmentos de trabajos de irrigación de alguna consideración.

Se me olvidaba decir que en este lugar de los morteros y las conanas, he encontrado tres cinceles de cobre y un fragmento de algún útil del mismo metal. La verdad es que estos trabajos son indicios que dicen á las claras que no en valde se ha hablado tanto de minas en el imponente *Manchao*, que queda al frente, con su frente calva y muchas veces coronada de nieve.

Los objetos de piedra de este lugar son superiores á los que he encontrado en Santa María. Uno de ellos, un ídolo *sui generis*, con su *vincha* y su orla cayendo á un lado de la cara, es muy semejante al Ídolo de significación incásica que Ambrosetti nos describe en un muy interesante trabajo arqueológico suyo. (1)

De los objetos de Capayan, me ocuparé detenidamente en otra obra en preparación.

XXXV

La conquista del Tucumán, ligada á la resistencia de los montañeses de Calchaquí, ocupa una página en el gran libro del heroísmo que en América desplegaron conquistados y conquistadores. Calchaquí, como Arauco, hase distinguido por la constancia en la resistencia y la bravura en el ataque.

Los conquistadores penetran al Tucumán, y apenas si hallan resistencia en los países de los juríes y diáguitas del este y centro, mientras oponen barrera formidable á sus pretensiones los calchaquíes. No hay una sola guerra en la conquista del Tucumán, y casi no hay un encuentro en que la sangre haya corrido en los cuales no han tomado la parte principal los quilmes, los tolombones, los pacciocas, los hualfines, los andalgalas, los encamanas, los alcalianes, desde la primera gran jornada histórica, hasta la despoblación de Quilmes, el golpe de muerte á la raza nativa, que si no desaparece de la tierra es condenada á las encomiendas, á la fundación de nuevos pueblos ó al destierro.

Ninguna de las tribus indígenas ó *naciones* que poblaran el suelo de la República ha resistido tanto y

(1) Ambrosetti, *Notas de Arqueología Calchaquí*, Inst. Geográfico, Tom. XVII, núms. 7, 8 y 9 pág. 436.

tan heroicamente como el pueblo calchaquí; más aún: en la historia de la conquista del país no hay más epopeya que la de esta raza, ni más escenario que el valle Calchaquí, muy especialmente el de Yocahuill. No hay más que un Juan de Calchaquí, vencedor, y un Chelemin vencido. Lo que es héroes de la conquista, los hubo tanto en tierra querandí, como en tierra de los comechingones, en la pampa ó en el Chaco; porque el hecho solo de lanzarse por llanuras y bosques poblados de tribus salvajes, basta para hacer heróica la aventura.

No es, á mi juicio, Diego de Rojas, como aseveran cronistas é historiadores, el iniciador de la conquista del Tucumán y de nuestro Calchaquí. Si bien es verdad que á Rojas concedió el gobierno del Perú el dominio de esta Provincia, su propósito era abrir por el Tucumán un camino de comunicación con el Río de la Plata, lo que nada importaría si el aventurero castellano hubiese iniciado la conquista; pero nada de eso: Rojas, con paso ascelerado penetra al territorio salteño, hace su entrada al valle de Yocahuill, correse por la falda occidental del Anconquiya, llega á Tucumanahaho, y en ninguna parte dá batallas ni impone sumisión; lejos de eso, desdeñando la hospitalidad del cacique de este pueblo, traspone el Ambato y llega al país diaguíta de los capayanes, donde si lucha, lucha porque se le impide el paso, para desdeñar nuevamente la victoria, pues solo hace alto hasta que su compañero Gutierrez le alcanza, y de allí marcha hacia el sud, hasta que la expedición tiene un fin desastroso con la muerte de Rojas; y los aventureros que salvan de las fatigas y de las batallas llegan al destruído fuerte de Sanctí Spíritus, y de allí dan vuelta al Perú.

Rojas, como se vé, está lejos de ser un conquistador; porque conquistar es imponer sumisión y batallar en su demanda hasta vencer y hacer permanente y constante el dominio de la tierra avasallada.

Es por eso que á Diego de Rojas he colocado entre los descubridores del país; pues si dijéramos que éste es conquistador, con más razón daríamos ese título á Diego de Almagro, quien, al fin y al cabo, tuvo sus encuentros con jujúes y calchaquíes.

La conquista del Tucumán iniciase con Juan Nuñez de Prado, después de pasada década y media sin que los aventureros hubieran pisado estas regiones, al ver desvanecidos sus sueños de avaricia, pues que en vano buscaron estos grandes tesoros que la fábula inventó y creyó aquella.

Es de advertir que esta conquista, como todas las otras, era concedida por el estado, pero sin erogaciones de ningún género para el mismo. y que ninguno de nuestros conquistadores recibió en caso alguno recursos pecuniarios de la corona ó de sus encargados ó representantes en América, confirmándolo así el gran cronista Herrera respecto de los demás, cuando nos dice que la conquista se hacia á costa de los conquistadores, sin gastos de la real hacienda. Lo único que se solicitaba era la provisión del rey, la Audiencia ó el virey.

Conviene advertir al mismo tiempo, que nuestros conquistadores eran enviados por las autoridades del Perú, salvo la intromisión de Chile, y que la conquista del Tucumán y del Rio de la Plata no tienen relación alguna entre sí; y si aparece que el gobernador del Rio de la Plata viniera alguna vez á hacerse cargo de las guerras de Calchaquí, como sucedió con el segundo gobierno de D. Alonso de Mercado y Villacorta, no venia en calidad de autoridades del Plata, sino investido de nueva autoridad por el gobierno del Perú.

El Presidente del Perú, el inmortal y magnánimo La Gasca, fué quien, por provisión de 1549, concede á Nuñez del Prado (1) esta conquista, en recompensa

(1) Véase la Ley 2, Tít. 3, lib. III, *Recop. India*, sobre facultades de los Virreyes—Solórzano, *Política Indiana*, Lib. V, Caps. I, II á XV.

de sus hazañas en la guerra civil, que tanto renombre le dieron en el paso del Apurímac. El presidente, al mismo tiempo que recompensar á sus capitanes leales á la corona, con las tres conquistas que decretó, llevaba el político propósito de irse deshaciendo de tanto aventurero, cuya sed de botín tendria su constante intranquilidad el país que acababa de someter, después de la ejecución de Gonzalo Pizarro, como ya se dijo.

En 1550, Prado llegó al Tucumán á la cabeza de ochenta y cuatro soldados alistados por su cuenta, de los cuales solo veintiocho eran conocedores del país, pues habían acompañado á Diego de Rojas en su entrada á Calchaquí. Prado traía como segundo jefe al bravo Miguel de Ardiles, quien á la cabeza de tropas ligeras venía abriéndole paso á la fuerza al penetrar al territorio salteño, desde donde la expedición se dirigió á nuestro Calchaquí, y, sin duda, por el Valle de Santa María, penetró al territorio de Catamarca,—la que siguiendo su camino natural, debió haber costado el pié del Anconquiya y llegado á Andalgalá, después de atravesada la sierra de Atajo, hasta detenerse, tras largas fatigas, en el pueblito de Tucumanahaho, en el espacioso valle de los Pacípas, no sin haber perdido en Calchaquí parte de sus soldados, que se habían separado de la vanguardia.

Aunque los cronistas no lo digan con claridad, es lógico creer que Nuñez de Prado hasta llegar al Tucumanao, hubiese tomado como suyo el derrotero de Diego de Rojas, por ser el más natural y accesible, así como porque sus guías, los veintiocho soldados de este aventurero que acompañaban á aquel, debieran haberle llevado por el mismo camino por donde les trajo su antecesor.

Prado, con el pensamiento de conquistar el país, previendo las dificultades y el encarnizamiento con que esta conquista debería presentarse, hizo dos fundaciones estratégicas de Barco. Fué en el Barco de

Calchaquí donde se dió con el descubridor Villagra, enviado por Valdivia al Perú, cuando éste regresaba à la cabeza de las tropas auxiliares.

Después de estos disturbios, Prado se lanzó de lleno à la obra de la conquista. Hombre humanitario, afable y político, el conquistador pudo contener sin rigores casi todas las tribus. Es él el descubridor del valle de Catamarca, así como de Santiago. Los caciques Chanampa, Velome, Cobe, Chupan, Huanchica, estos dos últimos de Albigasta, del otro lado de las sierras del este, lo mismo que los caciques Nuqui, Aquina, Golpa, Cambo, Asaccete, Topangi, etc., tanto del valle de Catamarca como de Santiago, recibieronle con la mayor cordialidad y respeto, hasta el grado de que fuè sencillo someter casi todas sus tribus sin efusión de sangre.

Hizo una otra fundación de Barco en Santiago, y fuè à este pueblo donde Aguirre, enviado por el gobierno chileno vino en busca de Prado, quien después de partir Villagran desconoció la autoridad chilena, impuesta por la fuerza. El resultado fuè la prisión de Prado, y que Aguirre, ante sus doscientos soldados traídos de Chile, fuese proclamado gobernador y justicia mayor del Tucumán: todo esto aconteció en 1553.

Durante el gobierno de Aguirre hay que recordar el asedio de los diaguitas, que le obligaron à dejar el valle de Andalgala y fundar en los llanos la ciudad de Santiago del Estero, donde verifica el célebre reparto de *ochenta y seis mil indios, ó piczas*, con lo que los españoles mostraran à los naturales el aprecio que de ellos hacían, y los propósitos de la conquista.

Aguirre, luego, no más, en 1554, parte à Chile, donde Valdivia acababa de morir batallando con los araucanos, dispuesto à vengar su muerte, y talvez aspirando al puesto de Adelantado, para volver algunos años después à gobernar el Tucumán con independencia absoluta del gobierno de Chile.

Con la partida de Aguirre, cuando Bazán quedó en su representación, comienzan los alzamientos, los síntomas de la gran tragedia. El cacique calchaquí empieza á comprender lo que debe esperar de la conquista, y en el seno de sus montañas mueve las tribus y anúnciales que la hora de los combates y los sacrificios se aproxima. Los indios del Salado arrojan la primera piedra, y los provocadores chiriguano dejan sus bosques y levantan la primera gran polvareda, los que vencidos, á pesar de sus repetidas protestas de venganza, pensaron que era mejor no provocar más las iras del castellano, internándose nuevamente en lo espeso de las selvas lejanas.

Hay que advertir en todo esto, que Bazán vióse en serios aprietos y que solo se calmó un tanto cuando Rodrigo de Aguirre, que venía como sustituto interino suyo, le trajera provisión de soldados, del otro lado de la Cordillera. Bazán, así mismo, víctima de tantos asedios y mayores peligros, estuvo resuelto á abandonar el Tucumán y regresar al Perú al frente de las tropas castellanas de su mando. Si Bazán, impedido por el consejo valeroso de Ardiles, hubiera hecho abandono de la Provincia, cuántos años y años no pasaran hasta que se ordenara una nueva conquista, con el fracaso de ésta, añadida á la disculpa natural de que este país abandonado era pobre, estéril y poblado de centenares de tribus guerreras, muchas de las cuales ni el Inca había sujugado!

Para suerte de la conquista, Bazán desistió de su propósito, más cobarde que prudente.

Miguel de Ardiles, por resolución de don García Hurtado de Mendoza, fué nombrado gobernador, cargo que no ejerció sinó seis meses, porque luego no más, vino en sustitución suya Juan Perez de Zurita, quien entró á Santiago del Rístero en 1558.

Es de advertir que Rodrigo de Aguirre era odiado por los calchaquíes.

Zurita, contemporáneo de Prado, adquirió fama

desde la guerra contra Gonzalo Pizarro, haciendo armas en favor del Presidente. Sus proezas, añadido á su fidelidad, prudencia y afabilidad sin estudio, rodearon de crédito su persona. Lo cierto es que Zurita es de lo mas digno que, en calidad de gobernante, vino al Tucumán, y buena elección hizo de su persona don Garcia de Mendoza, cuando le envió con el propósito de concluir para siempre con la rivalidad entre Villagra y Aguirre, cuyas pretensiones sobre el Tucumán tanto costaron á la paz y tranquilidad de la Provincia.

Zurita, acompañado de bastante tropa, fué perfectamente recibido en Santiago, aún por los *pradistas*, que conservaban la esperanza de que Prado volviese á ocupar el gobierno del Tucumán, pues que la Audiencia del Perú habia fallado el asunto sobre jurisdicción chilena en favor suyo. Los pradistas, en esta ocasión, comprendieron que nada podían contra el gobernador de Chile, pues era hijo del virey del Perú.

Los primeros pasos de Zurita fueron tendentes á dar consolidación á la obra de la conquista, para lo cual se dirigió á la región de Catamarca, que hoy se domina Belén. En estas regiones del oeste hizo tres fundaciones consecutivas; pero luego no más vióse forzado á volverse á Santiago del Estero á batallar con los diaguitas en el Bermejo, los de Catamarca y los de Sañogasta en el Famatina, repartiendo á las tribus subyugadas en encomiendas, de á decenas, centenas y miles, en las ciudades fundadas. (1) Redujo ade-

(1) Por ser curioso, transcribo á continuación algunos párrafos de uno de tantos tratados que lleva el nombre de "Expediente de Pases", celebrado entre los españoles y los indios: "1º Primeramente que por cuanto ocupan estos territorios que han poseído sus antepasados en los cuales como criollos en ellos gozan de buena salud por ser acomodado "el benigno temperamento á sus pocas ropas que tienen para bestirse, y "que de sus ríos y Lagunas se proveen de pescados, en los campos de "cassa y de los árboles distintos frutos especialmente, de *algarrobo* y "*chañar*, en que consisten sus alimentos; se les ha de dejar y mantener "en la dha. posesion que han tenido, sin despojarla de ellas para dárse- "las á otras naciones—2º que con ningun motivo ni pretexto ahora ni "en ningun tiempo se les haya de tener ni graduar con el ignominioso

mas á varias parcialidades, viéndose luego forzado á volar á Londres, agitado por discordias intestinas, que llegaron hasta amenazar la autoridad del gobernador, restituyendo Zurita á unos y otros á la obediencia, después de pasar por las armas á dos de los sublevados y condenar á ocho á la pena de galera. Este movimiento, sin duda obedecía á intrigas de los ambiciosos chilenos, que soñaban en un otro orden de cosas con el cambio de gobierno.

Es de saber que en esta ocasión el buen Zurita echó en olvido su calma y su prudencia, mostrándose impolítico y cruel con los españoles, mucho más que con los indios, á quienes trató siempre con afabilidad y blandura, consiguiendo á consecuencia de ello la alianza de renombrados y poderosos caciques, como Chumpicha, y especialmente su hermano, don Juan de Calchaquí, cuya épica figura, tendré luego ocasión de esbozar. Fuera pues, de las ejecuciones en Lóndres, la obra de Zurita fué completa: su sucesor va á destruirla, sin embargo, á fuerza de impolítica y de perfidia, moviendo el avispero de las tribus, que van á lanzarse sobre la conquista, como los torrentes embravecidos de lo montaña en tiempo de las creces de verano.

Las intrigas á Zurita ante el gobierno de Chile fueron oídas, y á pesar de que éste tenía la confirma-

“nombre de Esclavos ni tampoco darlos á ellos sus hijos.....—8^o quedelaje de los antecedentes siete capítulos y cuanto en ellos se emprehen—de se entregaban con la mejor voluntad reconociéndose por vasallos del “católico nuestro Rey y señor de España y de estas Indias Carlos tercerro (que Dios guarde) prometiendo de buena fe estar en todo obedientes á sus órdenes y á todos sus tribunales especialmente en este reino, ó “las del Exmo. Señor Virrey de Lima, Real Audiencia de la Plata y como más inmediato á las del Señor Gobernador de la Provincia de Tucuman y las de sus justicias.....—11^a Aunque en este estado pidieron y “suplicaron dichos caciques al Señor Gobernador que les mandase algunas armas, como pistola, Espadas, Machetes y Lanzas para defenderse “de sus enemigos, les fué negada su pretension por su señoría pero también les prometió atender á ella para cuando hayan dado pruebas de “su fiel vasallage al Rey Nuestro Señor..... (Expte. de Paces, 1774—Escrib. Lauro Román).

ción del mando emanada de las autoridades del Perú, un día, en 1561, se presenta al Tucumán, enviado por el gobierno de Chile á que asumiera el mando, el general Gregorio de Castañeda.

Castañeda, alevosa y traidoramente, porque faltó á la fé de caballero, se apodera de la persona de Zurita, á quien llena de vejaciones, hasta que el pobre conquistador es enviado á Chile, humillado y pobre, donde sus méritos le hicieron ascender al alto puesto de Maestre de Campo, obteniendo señaladas victorias sobre los araucanos y pasando posteriormente, insinuado por el virey del Perú, á gobernar Santa Cruz, hasta que murió lleno de glorias después de fundar una ciudad á orillas del Guapey.

Castañeda hizo un gobierno de emulación y de envidia, lo que equivale á decir que hizo un desgobierno. La obra de Zurita es destruida por él: los nombres de la Provincia y de las ciudades de Zurita comenzaron por ser cambiados. Lo que posteriormente hizo sirvió solo para acarrearle desprestigio entre propios y extraños, cestellanos é indios. Quiso dar hierro en todas partes, y en todas partes recibió flechas. El valeroso cacique don Juan, sublevando todas las tribus calchaquíes, se declara vengador de Zurita: quizá no fué sino un pretexto: hacía tiempo que el leon calchaquí bramaba y removía sus pupilas, encendidas por la cólera.

En esta guerra sin cuartel, cuyos resplandores siniestros se ven aún en las páginas heladas de la crónica, la raza calchaquí se muestra en toda la potencia bélica de su heroísmo, y aunque sufre á veces golpes mortales, retirase un instante no más á curarse la herida entre los espesos matorrales de granito, para volver luego más soberbia que antes á embestir al castellano usurpador, al aventurero que abusando de la hospitalidad roba sus heredades y sus hijos, y arranca del hogar los dioses nativos, vejándolos, insultándolos, haciéndolos pedazos. Ha bastado que el caci-

que dè el grito de alerta para que todas las tribus, todas las parcialidades, empuñen el arco y marchen á la batalla al rumor guerrero de los pingollos salvages.

Cuatro mil indios confederados, calchaquies y diaguistas, dan comienzo á la tragedia. Primero atacan á Londres, y no pudiéndole rendir, se lanzan después sobre Córdoba de Calchaquí, no sin haber librado un combate, en el cual la suerte protegió á las armas castellanas; después de la derrota y la evasión del cacique prisionero, Córdoba por segunda vez es puesto en aprietos, y el general castellano es despedazado cuando marchaba en su socorro, viéndose forzado á dar vuelta y reconcentrar sus tropas, que luego no más vengan el desastre con una victoria sin frutos á causa de su intempestiva retirada á Londres, lo que facilita á los indios la ocasión de dar un otro ataque á Córdoba, pueblo al cual S. S. dejó abandonado á sus escasas fuerzas, sin hacer á sus pobres moradores el envío de los socorros que urgentemente le demandaban, por lo cual éstos armáronse todos, como dice el cronista «hasta las mismas mugeres, que el peligro común inspiraba alientos aún en el sexo más flaco, y superiores á su debilidad, y aún á sus mismas esperanzas, quisieron acompañar á sus maridos en cualquier fortuna».

Esos acontecimientos produjéronse entre 1561 y 1562, año en que el general castellano, con el propósito talvez de acercarse á Calchaquí, mudó á Londres al valle de Conando.

Entre tanto, Córdoba cae en manos de don Juan; la guerra se enciende más y más; el entusiasmo del indio calchaquí aumenta, mientras S. S. en medio de la horrenda confusión, anda de Hérodes á Pilatos, de Córdoba á Londres y Cañete, de Cañete á Londres, de allí á Santiago, de Santiago á Filípica....

El resultado final fué verdaderamente desastroso: Córdoba, Cañete, Londres, destruidos ó despoblados, que dá lo mismo; y más tarde Jujuy, quedando en pié

solo Santiago, como testigo inerte de tantos desastres, ruinas y muerte!

En 1563 el inepto Gobernador, dejando en su lugar à Juan Gregorio Bazán, vuélvese à Chile, cargando con todas las vergüenzas que él quiso hacer gravitar sobre los hombros de Zurita.

«Al cabo de diez años de peligros, dice el P. Lozano, quedó la provincia de Tucumán en el estado mismo que la dejó Juan Nuñez de Prado, con sola la diferencia de que los bárbaros se hallaban ahora orgullosos con las victorias, y sabian por experiencia que podrian ser vencidos los españoles, contra lo que al principio maquinaban, persuadidos de que eran de una naturaleza invencible tan superior y señora de los ejércitos, como lo fuè Marte en las fábulas de los gentiles».

En medio todo este cúmulo de desastres, y después de diez años de ausencia, en 1564 hace su entrada Francisco de Aguirre, à quien ya conocemos por sus rivalidades en la época en que el gobierno de Chile comenzó à inmiscuirse en los asuntos del Tucumán. Por esta vez Aguirre venia con provisiones de la Real Audiencia de la Plata y del virey don Lope García de Castro.

El nuevo gobernador, como todo lo hallara hecho pedazos y convertidos en leones los que antes eran ovejas, indios sometidos à las encomiendas, empezó sus tareas militarizándolo todo, concentrando fuerzas, emprendiendo campañas, haciendo marchas forzadas, dando ataques parciales aquí y allá.

Desgraciada en sus resultados fuè la entrada de Aguirre à Calchaquí, el país de los alzados, aunque la victoria coronó sus esfuerzos en la batalla. Apenas penetra al país de las montañas, cuando los calchaquies le asedian de todas partes, presentándole, por fin, combate, en que vióse vacilar por mucho tiempo al brazo castellano, cansado de asestar golpes y más golpes, porque si un calchaquí caía à los piés del guerre-

ro blanco, otro ocupaba inmediatamente su puesto, sin entregarse á vergonzosa fuga. Para suerte de Aguirre, en el momento más recio de la batalla, llega en su socorro el capitán Medina, y atacando por la retaguardia á los pelotones calchaquíes, siembra en ellos el terror y la dispersión. La victoria es de S. S., quien manda perseguir á los fugitivos; pero siendo muerto su hijo, el jóven maestro Aguirre, con el corazón dolorido, abandonó aquella tierra que tantos infortunios iba costando á la avaricia castellana.

Aguirre nada más quiso saber con los calchaquíes, á quienes con el propósito de cerrarles el paso de los llanos, puso de avanzada del lado oriental del Anconquija á San Miguel de Tucumán, fundación que se hizo el «victorioso día de los arcángeles el año 1565».

Después sobreviene la anarquía: los soldados se fatigan en la campaña contra los comechingones,—y de la excursión quijotesca, el verdadero, el único resultado fué un motin de los descontentos, los que conducen á S. S. preso á Santiago del Estero. Parece que en esta prisión hubo perfidia de parte del clero. Lo cierto es que en 1566 Aguirre, sumariado y escoltado, fué conducido al tribunal de Charcas, mientras el caos reinaba en el Tucumán, el que solo pudo ser dominado por Medina, quien ejecuta á dos de los cabecillas.

Diego de Pacheco, sin nada digno de especial mención, si se esceptúa una expedición al Chaco, gobernó la Provincia inter se tramitaba la causa á Aguirre, quien luego vuelve absuelto á ocupar nuevamente su puesto, pero con el alma llena de rencores y de odios; de modo que en vez de conquistas se ocupa de venganzas y hostiliza á guerreros y á frailes hasta que el Santo Oficio le hace comparecer á Lima.

Sucédele don Diego de Arana, quien llega recién en 1570, y no hace otra cosa que nombrar á Ardiles en su lugar, quien á su vez renuncia á favor de su amigo Nicolás Carrizo, el que gobierna año y medio sin avanzar un solo palmo en el terreno de la conquista.

En Setiembre de 1571 viene á hacerse cargo del gobierno don Gerónimo Luis de Cabrera, hombre, al decir de los cronistas, «de nobleza, prudencia, valor, fidelidad, entereza y discreción». Don Gerónimo, sin acordarse de los calchaquíes, emprendió una expedición contra los comechingones, y fundó á Córdoba de la Llana, en Julio de 1573. Empezó luego su expedición al Rio de la Plata, con el propósito de dar con el camino buscado de oceano á oceano; y cuando regresaba de ella á hacer una fundación en el valle de Jujuy, se dió con don Gonzalo Abreu de Figueroa, quien traía directamente de Felipe II su nombramiento de gobernador de la Provincia. Abreu manchó sus manos con la sangre inicuamente derramada del fundador de Córdoba, á quien, sin causa alguna, ejecuta cobardemente en Santiago.

Abreu de Figueroa, al decir de Lozano, «siendo muy noble por nacimiento, manchó su esclarecida prosapia con acciones propias de la gente más soez, y con impiedades indignas de un caballero». En efecto: el nuevo Gobernador solo se ocupa de persecuciones inauditas y de ejecuciones infames, haciendo uso del tormento. Odio sembró donde quiera, y cosechó disturbios con los castellanos y guerras con los naturales. Córdoba es amenazado; Jujuy destruido. Los indios se levantan, matan españoles, le atacan y le vencen. Frústrase su expedición á los calchaquíes, quienes aprovechan el momento de la confusión para amenazar á San Miguel. Con sus atroces ordenanzas, criticadas de inhumanas por los mismos castellanos, no hace sinó provocar las iras de las tribus.

A propósito de estas ordenanzas bárbaras, es preciso aprovechar la oportunidad y anatematizar las inhumanidades de los conquistadores para con los indios, advirtiendo que los cronistas las ocultan cuanto pueden, sin darnos cuenta de las horribles matanzas que aquellos hacían, no digo en batalla, sinó después de la rendición. Para darnos una idea de la barbarie castellana en el empleo del tormento, basta recordar de

un párrafo de carta del Adelantado Valdivia al emperador Carlos V, á quien dá cuenta, con toda sangre fría, de haber cortado brazos y narices á los araucanos rendidos. Y esto es lo que se dice al invictísimo Cesar! Hubiéramos llegado á conocer perfectamente hasta dónde era capaz la barbarie de los castellanos para con los pobres naturales, si Las Casas hubiera publicado su gran libro histórico, el que, según Washington Irving, no salió á luz á causa «de las horribles pinturas que contiene de las crueldades ejercidas contra los indios, que podrían escitar el ódio hacia sus conquistadores».

Dicho esto de paso, recibamos al cruel y sanguinario Hernando de Lerma, quien en 1577, por provisión de don Felipe, es designado para gobernador de la Provincia en sustitución de Abreu de Figueroa.

Lerma, para desgracia del Tucumán, llega en 1580, y su primer acto es prender á Abreu, dando luego tormento al gobernador, «que era de la piel del diablo», al decir de muchos, por no perecer con los rigores del suplicio, sino naturalmente. Después despoja á propietarios, burlándose de ayuntamientos y justicias, y soltando su lengua viperina contra Real Audiencia, oidores, obispos y frailes, desobediendo órdenes y providencias, cometiendo sacrilegios, y vejámenes.

Lerma, era un digno sucesor de Abreu; pero al fin y al cabo hizo una obra por la cual tendrá que ser recordado: fundar á Salta, en el valle del mismo nombre, con el propósito de poner por el norte un valladar á los indomables calchaquíes y humahuacas, que continuamente invadían la Provincia. Es de advertir que uno de los primeros pobladores de la nueva ciudad fué Ruy Díaz de Guzman, el autor de *La Argentina*, uno de los arsenales históricos de los cronistas.

Los desaciertos de Lerma hicieron que viniera á ocupar su puesto don Alonso de Cepeda el año de 1584, y posteriormente don Juan Ramírez de Velasco, sobrino de aquel Velasco, virrey de Méjico.

Entre tanto, Lerma fué á parar á la cárcel de la corte de Madrid, adonde el Consejo Supremo de Indias le destinó.

Velasco viene á ocupar un rango distinguido en la historia, más elevado aún que el del famoso Tristán de Tejeda, que en ese entonces subyugaba con épico valor á los indios de Córdoba.

Precedido de fama aparecía el nuevo gobernador en el Tucumán: había encontrado en las guerras de Milán, Flandes y en la conquista de Portugal.

En 1586 se hizo cargo de la gobernación de Tucumán. Velasco es doblemente célebre en nuestra historia local: por la lucha de que sostuvo con los naturales y por la fundación de la Rioja.

Más que ninguna otra *nación*, Velasco la emprendió con la de Calchaquí.

Los naturales de nuestras montañas del noroeste vivían más engreídos que nunca, por los infructuosos resultados de todas las expediciones llevadas contra ellos. Ya no se limitaban á defender el suelo nativo de las irrupciones castellanas, sinó que comenzaron á lanzarse sobre las ciudades y pueblos de Tucumán, como lo hemos visto, teniendo en las actuales circunstancias en jaque á Salta, la que quedò poco guarnecida y poblada desde la vuelta de Lerma á Santiago.

De la defensa de esta importante cuanto estratégica población se preocupó inmediatamente el nuevo gobernador, quien, á la cabeza de cuatrocientos soldados, entre castellanos é indios, hace su célebre entrada á Calchaquí mismo á batir á los osados agresores. La intervención conciliadora de uno los venerables misioneros hizo que los calchaquíes, escuchando su voz, no se lanzasen en combates: dos hijos del cacique principal, seguido de un cortejo de cien flecheros, penetraron al real de S. S. con el propósito de hacer las paces, á quien éstos no solo prometieron no tomar las armas en contra suya, sinó que también se declararon sus aliados,

El valle Calchaquí, tanto por los buenos oficios de los misioneros, como por el ejemplo de la alianza y de los auxilios bélicos que los indios aliados prestan á Velasco, pacificóse por completo, imponiéndose al cacique Silpitoche y otros personajes de la corte calchaquí la obligación de vivir en Santiago del Estero, bajo la custodia castellana.

Velasco, después de recorrer cuatrocientas leguas imponiendo obediencia y paseando en triunfo el estandarte de Castilla, vuelve á Santiago, de donde posteriormente se dirige á hacer la fundación de Todos los Santos de la Rioja, punto estratégico que servirá para contener por el sud los avances de los calchaquíes, añadiendo con igual propósito la fundación de Jujuy, al norte, dos veces destruida más antes por los naturales. A más de esto, Jujuy, valia por su importancia comercial en las relaciones entre el Perú y el Tucumán.

Ramires de Velasco en su gobierno de más de siete años, hizo mucho en el país, hasta el instante mismo de abandonarle, cuando se le nombró gobernador del Paraguay, pues poco tiempo antes había sugetado otras tribus y llevado la guerra á los indios de Córdoba. En los viejos documentos se llamaba «gobernador de diaguitas, juríes y comechingones.» Esto consta en unas escrituras de los archivos de Tucumán.

Fernando de Zárate, su sucesor, en 1593, siendo también gobernador del Río de la Plata, en los dos años de su gobierno se ocupó en enviar contingentes de fuerzas á proteger el rechazo de las invasiones inglesas de doña Isabel.

Sucèdele Pedro de Mercado Peñalosa.

Bajo su gobierno, y probablemente al finalizar el siglo XVI, el Tucumán es objeto de una nueva irrupción calchaquí. San Miguel y Salta son atacados por los inquietos y valerosos indios de las montañas.

Los calchaquíes fueron rechazados al otro lado del Anconquija, después de ser batidos.

Por lo demás, Mercado de Peñalosa bien poco hizo; fué un carácter conservador, se limitó á atender la vida de las fundaciones existentes, sin añadir ninguna otra.

En 1600 sucédele don Francisco Martínez de Leiva, y tres años después, á éste, don Francisco de Barrasa y Cárdenas, hasta que en 1605, llegó al Tucumán el famoso capitán Alonso de la Rivera, célebre por sus campañas en Flandes, defensa de Cambray y sorpresa de Amiens.

Rivera acababa de ser destituido del gobierno de Chile por arrojarle «á una acción en que echó menos su acreditada prudencia, rendido á la pasión del amor», pues casóse con una chilena, contrariando disposiciones que prohibían á los gobernadores contraer matrimonio con hija alguna del distrito que gobernaban. Como Rivera es para nosotros toda una personalidad histórica, me permito hacer un paréntesis al relato de la conquista y transcribir del historiador chileno, Córdoba y Figueroa, este sabroso párrafo sobre el particular:

«Una amorosa llama, dice, alteró el sociego del gobernador, causada al ver una hermosura. A vista de la de Elena abstuvo de matarla Menelao, como dice Virgilio, más no el gobernador de casarse con doña Inés de Córdoba y Aguilera, nieta del ilustre Pedro de Olmos y Aguilera, vecino de la Imperial, cuya familia se veía en descarrío, habiendo perdido los muchos bienes que allí gozaban, y á su singular belleza, digna de que Tele la numerase entre las que solicitó para el mundo de orden de Marco Antonio, se añadían los dotes del alma. Procuraron varias personas disuadir al gobernador de su empeño, proponiéndole que ejecutar el matrimonio que intentaba sin licencia del Rey, en el tiempo de su gobierno, le traía por ley la privación de oficio, y que decaería del gran concepto y reputacion en que se hallaba y en estado de quedar en la esfera de una vida privada y con cortos medios para subsistir con esplendor según su calidad y esta-

do, y que con alguna dilación lo podía hacer pidiéndole permiso al Rey; más el amor y saber apenas á los dioses se concede, como dice Séneca, y sin ninguna retardación se casó. El Rey, luego que lo supo, lo privó del gobierno de Chile, sin que esto se lo dispensase por el singular servicio que habia ofrecido, y según el sentir de Pedro Ugarte, le parece lo hubiera conseguido, y Felipe II atendiendo á sus méritos lo promovió al gobierno del Tucumán, año de 1605.»

Hacia más ó menos medio siglo, hasta Rivera, á que los conquistadores castellanos habían abandonado las fundaciones que levantarán en los valles del oeste de Catamarca, sin que hicieran una intentona sería de reducir á nuestros calchaquíes de Yocahuil. Los pueblos fundados por los españoles, después de los desastres que el castellano sufrió en la guerra de D. Juan de Calchaquí, estaban reducidos á escombros y el musgo había nacido sobre sus ruinas. Si en este período de cincuenta años nuestros indígenas habían sido batidos, no era precisamente en el seno de sus agrestes y escabrosas montañas, que les servían de asilo, sino al trasponerlas y atacar ya á Salta ó ya á San Miguel de Tucumán, persiguiéndoles hasta las puertas de las grandes serranías que cruzaban en cada una de esas ocasiones. De aquí que tantas veces volviesen engreidos sobre los pueblos fundados en la llanura, y atacasen al español, que no pasaba á su guarida misma á imponerles sumisión y obediencia.

D. Alfonso de la Rivera comprendió perfectamente que en Tucumán no se libraría jamás de las invasiones osadas de los idios de Yocahuil, y que la conquista no sería una obra completa y terminada, sin penetrar al seno mismo de los valles calchaquíes, donde fermentaban todas las insurrecciones y continuos ataques de los naturales.

Es por eso mismo que, apenas empuña las riendas del gobierno, cuando marcha á trasponer las serranías del Ambato, decidido á refundar el viejo y des-

truido pueblo de Londres, fundación que efectuó en 1607 en el valle de Belén, aldehuela que hasta hoy existe bajo la misma denominación.

La nueva fundación de Rivera obedecía al plan de estrategia que había concedido con el objeto de subyugar los valles alzados de la región de las cumbres.

Pero los indios, que ven de nuevo al castellano en el corazón de sus valles, revélanse, decididos á rechazarle.

La subleuación tuvo un fin desgraciado: los rebeldes fueron vencidos en todas partes. Pelearon como siempre, como héroes; pero faltábanles un brazo nervudo y un espíritu animoso como el de Don Juan. Los castellanos vuelven á penetrar triunfantes al valle de Yocahuill, y Rivera por escarmentar á los natules suspendió de la horca los cuerpos inanimados de cuatro caciques calchaquies.

Dos cosas hay que recordar durante el gobierno de Rivera: la llegada al Tucumán del famoso Oidor de la Audiencia de Charcas, don Francisco de Alfaro, con provisiones contra el mal tratamiento á los indios y uno otra local: que es esta la época en que los castellanos comienzan á poblar el valle de Catamarca, ensanchando y colonizando el presidio del Valle Viejo,

Sometido Calchaquí y con el pueblo de Lóndres manteniendo la obra de la conquista en la región de las cumbres, Rivera deja en 1611 el Tucumán para volver á hacerse cargo de la importante gobernación de Chile, en premio de sus hazañas.

Con don Alfonso de la Rivera termina, sin duda, el periodo álgido de la conquista, que iniciara Nuñez del Prado.

La raza está ya abatida: solo tendrá alientos para alzarse dos veces más, en formidable insurrección. Estos dos alzamientos no serán sinó las dos fuertes y últimas convulsiones de la raza que agoniza.

XXXVI

Asistimos al año de 1558 y los subsiguientes, llenos de acontecimientos para la epopeya catamarcana, que, á partir de esta época se nos presenta, después de más de tres siglos, con los rojizos resplandores de una hoguera, que irá á extinguirse, dejando aún calientes sus cenizas, casi á fines del siglo XVII, cuando don Alonso de Mercado y Villacorta, arrancára la lengua de la raza, con la despoblación de Calchaquí.

Esta época, en que hace su aparición el famoso don Juan, cacique-gefe de los calchaquíes, es doblemente memorable para la historia de nuestras montañas.

En efecto: recién en esta época la guerra secular podemos decir que comienza; recién la raza, rehaciéndose de las primeras sorpresas, cobra fuerza moral hasta el grado de lanzar el reto á muerte á aquellos desconocidos de largas barbas.

Es aún más célebre esta época, si consideramos que el orgullo español viose abatido por primera vez en América, siendo rechazados los ejércitos aguerridos y aventureros de esa España que hizo pedazos un mundo, cuando éste se estrelló contra su pecho.

Es necesario, por eso mismo, exhumar la memoria de D. Juan de Calchaquí, cuya personalidad de héroe apenas si aparece esfumada en las nubes de polvo del siglo XVI, la edad de hierro de las hazañas.

Acabo de decir que con don Juan comienza el primer capítulo de la epopeya, y es cierto. Lo que antes de él aconteciera no fué otra cosa que los preludios, más ó menos prolongados é intensos de la catástrofe. Verdad es que se resistió á Almagro; pero esto, más que nada, hase considerado como un desacato al Inca Paullú y á *Villacummu*; es cierto que á don Diego de Rojas quiso detener el Cacique diaguíta de Capa-

yán; es verdad que á Nuñez del Prado despedazan una parte de la tropa que venía tras él; que á Bazán, sucesor interino de Aguirre, casi obligan los calchaquíes á abandonar para siempre el Tucumán; que los diaguaitas de Calchaquí retan y atacan á Perez de Zurita; pero es verdad también que todo esto apenas si es ligero obstáculo para los castellanos, á quienes los indios miran como á esos sérés de que les hablaba la tradición de los augures y los astrólogos y á quienes, aunque embistan en el primer momento, ceden el paso franco imaginando que esos hombres son dioses, que llevan el rayo en la mano, y que los briosos corceles que obedecen al freno y al acicate del conquistador son fieras infernales; y por eso mismo la muerte del primer caballo, herido en el corazón por la flecha envenenada, se celebra por los supersticiosos naturales como «insigne victoria».

Recién en la época aciaga de Castañeda estos hijos de América pueden rehacerse del estupor de los primeros momentos, reaccionando moralmente, despertando de ese sueño de espanto, en el que meditaban, medio despiertos y ofuscados, como en los insomnios terribles, si todo aquello era ó no realidad, á la manera del Segismundo de la tragedia calderoniana.

No hay que culpar, como los cronistas de Indias, esta guerra memorable, este incendio devorador, á los orrores de los conquistadores, á la saña y perfidia de Castañeda, ni á justos castigos del cielo.

Ya el indio sabe que aquellos, que aparecen montados en sus caballos, guerreros de largas barbas, de rostros blancos, y de armaduras relucientes, no son dioses sino hombres; no son amigos sino usurpadores; no su raza; no su creencia, ni su tradición. Desde que aquel primer aventurero se internara por Chicomana á Calchaquí, van corridos veintidos años; y ni una vez, siquiera, han penetrado sumisos á la toldearía del viejo cacique en demanda de hospedage; han pasado muchos años y aquellos sérés misteriosos, han

Ídose apoderando de sus tierras, de sus hogares, proscribiendo sus dioses, demandando sumisión, y lo que es más, levantando fuertes y fundando ciudades en medio de sus dominios, como si tierra, aire, cielo, todo fuera suyo!

Los fuegos de la guerra están prendidos.

La larga lucha de los naturales puede decirse que recién comenzó con don Francisco de Aguirre. Nuñez del Prado, su antecesor, contemporizador con los naturales, empezó por tratarlos bien, convencido de que ese era el medio más adecuado para contenerlos y sugetarlos.

Cuando posteriormente vieron los naturales que Aguirre dejaba el Tucumán, dirigiéndose á marchas forzadas á Chile, y como quedara de sustituto suyo Juan Gregorio de Bazán con escasas fuerzas en Santiago, los indios empezaron á asediarse, viéndose el Gobernador forzado á enviar fuerzas en su protección desde aquel país, conduciéndolas el Capitán Rodrigo de Aguirre, quien sustituyó á Bazán en su puesto, conforme á instrucciones superiores.

Todo fué hacerse éste cargo del mando, cuando estalló la guerra de Calchaquí, destacándose en ella la personalidad de don Juan, el principal de sus caciques, quien posteriormente tomó este nombre en las pilas bautismales de los misioneros.

D. Juan, capitaneando á los naturales, que le habían reconocido como jefe, comenzó con ardor la guerra, que en un principio fué desgraciada, á causa de la prisión de Chumpicha, el hermano querido de aquel, cacique de algunas tribus, á quien Julian Sedeño capturó después de vencerle en la lid.

Hubiera arrebatado la vida á Chumpicha la crueldad castellana, que no necesitaba á veces ni pretexto para ensañarse en sus víctimas, si no se hubiera meditado en la conveniencia de retener en vida al cacique, como en rehenes de la paz de Calchaquí, que forzosamente hubo de venir, á menos de dictar la senten-

cia de garrote contra su gefe, al menor indicio de sublevación.

La captura de Chumpicha desbarató, por tanto, los planes guerreros de don Juan, á quien con este motivo no le fué posible ganar terreno, aprovechando de las disenciones domésticas de los castellanos, promovidas por los amigos y partidarios de Nuñez del Prado, las mismas que dieron por resultado la cesación de Aguirre en el mando de Santiago.

Contribuyó también, en cierto modo, á la cesación de las hostilidades el hecho de recibirse Miguel de Ardiles de Teniente de Gobernador, en sustitución de don Rodrigo, á quien tanto odiaban los calchaquies por los rigores que usó con ellos, hasta que llegó al Tucumán el nuevo gobernador, Juan Perez de Zurita.

Hé aquí en los términos en que Guevara se expresa respecto á Zurita, aludiendo á las disenciones con los chilenos: «Estas civiles discordias, dice, arruinaran la conquista si no llegára el general Juan Perez de Zurita, nombrado por don Garcia Hurtado de Mendoza, en cuyas manos entró el gobierno de Chile. Era Zurita natural de Xerez de la Frontera, caballero noble, tratable, humano y bien conocido por sus hazañas militares, en el Perú contra los Pizarros, y en Chile contra los Araucanos:—prenda que le conciliaron la voluntad del gobernador Chiteno, y le merecieron el gobierno de Tucumán. Venido á la provincia, en los principios fué feliz, infausto y desgraciado en los fines.»

Estos acontecimientos pasaban por los años de 1558, como lo enunciamos al principio.

El magnánimo Zurita trató perfectamente, no solo al prisionero, sino también á Don Juan, con quien entró en las más cordiales relaciones, estrechando día á día su amistad. De aquí que Don Juan, lejos de mirar con desagrado las fundaciones, primeramente de Lóndres y después de Cañete y Córdoba de Calcha-

quí, contuvo á sus vasallos, que buenos deseos tenían de dar en tierra con las obras del Gobernador, convencidos de que cada una de esas fundaciones era un baluarte, de los que tanto se sirvieron posteriormente los valerosos conquistadores, en su lucha con el mismo Don Juan de Calchaquí. Hablando de estas fundaciones, dice el P. Guevara «que las tres se fundaron en el valle de Calchaquí: por contemplan á Don Juan de Calchaquí que le profesaba afecto, y contaba entre los poderes de su autoridad el allanar en gente belicosa, para admitir el vasallage de su íntimo familiar.»

La amistad recíproca entre el cacique indio y Gobernador castellano, fué estrechándose paulatinamente, hasta el grado de que parecían antiguos y queridos camaradsa, llegando Don Juan en su lealtad hasta profesar el más cumplido respeto á S. S., de quien tampoco escaseaban las consideraciones á su persona.

Sin embargo, el astuto Don Juan, que no tenía otro pensamiento y otra preocupación constante que la libertad de su hermano Chumpicha, aprovechó de la oportunidad de las guerras del Gobernador Zurita con los diaguitas y famatinas, á quienes, sin duda, él mismo incitaría, así como de los disturbios civiles de Santiago, ocasionados por el Teniente Berzocana, sustituto de Zurita mientras éste anduvo en campaña. Así fué cómo en los momentos más críticos, Don Juan acercóse al Gobernador en demanda de la libertad de su caro hermano Chumpicha, ofreciendo á S. S. los más grandes partidos en cambio.

Por más que premeditadamente el Gobernador tenía el pensamiento de dar libertad al prisionero, no quiso hacerlo, sin compartir las responsabilidades ulteriores juntamente con sus capitanes, á quienes reunió en consejo en Lóndres, sometiendo á su decisión si se libertaba ó no á Chumpicha.

La mayor parte de los gefes sostenían lo peligroso que era dar libertad al prisionero, cuyo rescate podría ser causa de que nuevamente se encendiesen los

fuegos de la guerra, perdiendo los castellanos todo el camino andado; mas el Gobernador, decidido por la libertad de Chumpicha, argüía al revés, sosteniendo lo peligroso que era que despedido Don Juan, sin conseguir la libertad de su hermano, la tentase por medio de las armas, pues llevaba yá un año de requerimientos y súplicas.

Triunfó, por fin, el dictámen del Gobernador Zuita; y Chumpicha y su hijo, compañero suyo de prisión, fueron restituidos al jefe de los caciques calchaquíes, quienes les recibieron con singulares muestras de contento y satisfacción.

Es preciso, en honor de D. Juan de Calchaquí, hacer constar que, leal en sus compromisos para con Zurita, dejó en empeño su palabra, durante todo el gobierno de éste, sin abrigar la más remota idea de revelarse contra quien acababa de poner cuánto estaba de su parte para el logro de sus deseos.

Con efecto: los calchaquíes, lejos de albergar en su espíritu odiosidad alguna para con Zurita, declaráronse, manifestándolo, por actos, los más cumplidos y finos amigos de S. S.

Este rasgo fisonómico de D. Juan es sorprendente, si se tienen en cuenta las veleidades y natural falsía de los indios, más fáciles de quebrantar un juramento que de mantenerlo un solo día; tanto más si se considera que á D. Juan presentábansele conyonturas para poner en serios aprietos á S. S., como en esos días críticos en que sus gobernados amotináronse contra él, corriendo peligro en Lóndres el poder de su autoridad de gobernante.

Pero luego no más los sucesos cambian de especie, con la alteración de las cosas, por la mengua que sufriera la autoridad de Zurita con la llegada de Castañeda al Tucumán. Con aquel cumpliòse la profesía de Centenera, en su «Argentina».

Castañeda llegaba enviado por el gobierno de Chile, instruido por Villagra, de desconocer la autori-

dad del buen Zurita, á quien Nieva, el Virey del Perú, habíale confirmado en su nombramiento, eximiéndole de entenderse en lo relativo á su gobierno, con el de Chile.

Lo cierto es que se pasó por sobre la soberana voluntad del Virey, y Castañeda prende traidoramente á Zurita, á quien obliga á acompañarle, como en calidad de lacayo, por todo Calchaquí, llenando de vejaciones al famoso fundador de ciudades y diplomático pacificador de estas regiones, desterrándole después de dejarle sin gobierno y sin honra. «Así la inestabilidad de la fortuna, dice el P. Guevara, injustamente abate los beneméritos, y levanta indignamente á los culpados!»

Castañeda era un hombre terco, arrebatado, impolítico, tanto, que no fué capaz de comprender que las vejaciones á su ilustre antecesor no harían otra cosa que enconar los ánimos, al fin y al cabo justicieros, de los que contemplaban sus obras. Ello es que todos sus pasos sembraron la tempestad.

Hablando de Castañeda, y comparándole con Zurita, dice el citado Padre Guevara: «No fuera pequeña gloria de Castañeda conservar los adelantamientos de Zurita: pero no supo promover la conquista, ni conservar lo conquistado. Antes del año se despoblaron las ciudades de Córdoba, Lóndres y Cañete, y poco después la de Nieva. La ciudad de Córdoba experimentó más vivamente el furor del Calchaquí. Sustentó con gloria tres asedios. En el primero, Castañeda rompió felizmente por medio del enemigo, y metió socorro de gente en la ciudad: el segundo levantaron los sitiados en una salida que hicieron contra los sitiadores: suceso en que tuvieron parte las matronas cordobesas, trayendo prisionera á la hija del cacique Juan Calchaquí: en el tercero los infieles rompieron los conductos del agua y redujeron los ciudadanos á extrema miseria.»

Los horizontes del año de 1561 aparecen cargados de rojo.

Zurita era un gran contemporizador, y misma generosidad para con los naturales había desarmado á éstos. Don Juan de Calchaquí no veía en el político gobernante al enemigo blanco, sinó al protector, oficioso. Los compromisos del celoso cacique de estos valles estaban ligados íntimamente con la persona de Zurita, vejada, humillada, desterrada, con temeridad, felonía é injusticia. Don Juan no estaba obligado á nada más. Las vejaciones al amigo de su raza, al libertador de su hermano y de su sobrino, al protector de sus vasallos, recibíalas como si fueran inferidas á su persona. Comprendió el astuto cacique que para él y los suyos toda garantía habíase ido con Zurita; meditó en lo que Castañeda era capaz de llevar á cabo contra él, habiendo hecho lo que hizo con el buen Zurita. ¿A qué pedir ratificación de su alianza con los castellanos, si este hombre pèrfido, injusto y traidor habia de violar la fé jurada?

Ténia razon el infeliz don Juan: demasiado había hecho con permanecer cruzado de brazos, viendo abatida la independenciam de su pátria, anulada y desconocida la libertad de sus vasallos.

De parte de los naturales, como dice con rigorosa verdad el P. Lozano, «lo mismo fué ver perseguido á su benefactor, que perdido el miedo á nuestras armas, soltaron la rienda á su furor, principalmente los diaguitas, que confederados con don Juan de Calchaquí, se juntaron en número de cuatro mil y fueron á dar en la ciudad de Lóndres, pero reconocieron tal vigilancia y prevencion en sus moradores, que se pasaron á sitiar la ciudad de Córdoba.»

Don Juan, cuando estos hechos se produjeron, hacía algun tiempo que se preparaba para la guerra, convocando á todos sus vasallos y enviando la flecha á los indios amigos, que la aceptaron en señal de alianza. Su plan estratégico fué de atacar y destruir

las ciudades fundadas por Zurita, que eran verdaderos baluartes, si se tiene en cuenta su situación y la topografía del suelo; porque es claro que si consiguiese arrollar las fundaciones, inmensa ventaja llevaría á los castellanos en las operaciones militares en los valles y montañas, cuyos bosques, asperezas y dificultades naturales eran para el indio las mejores fortificaciones y las trincheras.

Don Juan comenzó la guerra ofensiva á sangre y fuego, sin perdonar la vida á cuantos prisioneros caían en sus manos, á los cuales se sacrificaba con esa crueldad sin ejemplos de que hacían uso los indios para castigar la insolencia castellana. Es verdad que era esta guerra la primera grande explosión de ira, después de años de abatimiento y vergonzosa inercia y sumisión.

A Lóndres!—se dijeron todos; pero tal fué la vigilancia y el número de las fuerzas londonenses, que don Juan, antes que exponerse á perderlo todo en el primer empuje, decidióse á tomar al Norte, hácia su valle de Yocahuil, poniendo sitio á Córdoba, lo que le traía la ventaja de dividir las fuerzas castellanas.

Pero el meditado ataque á Córdoba de Calchaqu fué mas desgraciado que el de Lóndres. El solo nombre del bravo Julián Sedeño, vencedor de Chumpicha, infundió temor á los naturales, á quienes habia hecho sentir el peso de su espada, tres años antes.

Al enfrentarse á los reales Calchaquíes el esforzado capitán, éstos corrieron á refugiarse en las fragosas serranías del valle, creyéndose seguros en los baluartes de granito; pero allí mismo, donde solo asienta el pié el guanaco, Julián Sedeño trepó con los valerosos conquistadores, donde libró batallas, hasta desbaratarles, aunque con pocas pérdidas por parte de los vencidos, que sabían buscarse guarida en lo más inaccesible de las cumbres. Es la primera vez que el estampido de trueno de las armas de fuego hubiese

despertado el silencio genésico de aquella larga y fragosa morada de los cóndores andinos!

D. Juan, después del desastre, tomó por caminos extraviados; y como no apareciese más, creyeron por un momento los vencedores que había perecido en la refriega, despeñado de alguna cumbre.

Nada de eso: D. Juan estaba vivo, con el espíritu tan fuerte y entero como el cuerpo, sin sentirse abatido por ese desastre, como es prueba evidente de ello la resistencia de Bayardo que él casi sólo hizo contra toda una compañía, que le había rodeado, cortándole el paso.

No hay para qué decir que la suerte no acompañó al valor desplegado, pues que él, juntamente con sus caciques, que le defendían, cayó prisionero en manos del conquistador, mostrando toda la entereza de su espíritu indomable en la desgracia.

No aconteció lo mismo con los vasallos del valeroso cacique, á quienes, sobre el terror de la refriega, añadíase el nuevo y verdadero desastre de la captura del gefe idolatrado.

D. Juan fué conducido á los reales castellanos; y todos, á una voz, gefes y soldadesca, desde el primero al último, pidieron la inmediata muerte del cacique calchaquí. Don Juan, que veíase con la sentencia sobre la cabeza, tan fuerte de brazo como ingenioso en sus desgracias, mostróse por esta vez, más que astuto, sutil y artero. Érale preciso vencer aquellos odios y los justos y claros razonamientos de los que pedían su muerte. Pasaba por el trance más difícil y funesto de su vida; y, sin embargo, consiguió su libertad!

Castañeda estuvo indeciso en el primer momento: su muerte era la venganza de sus armas; pero, por otra parte, temblaba ante los resultados que pudieran sobrevenir al país, pues que si se procedía con Don Juan de aquella manera, era seguro que se produciría

una gran sublevación entre los indios, que le tenían un cariño entrañable.

Pero difícil es, dado el carácter precipitado, terco y vengativo de Castañeda, que se hubiese hecho semejantes reflexiones; y si D. Juan quedó con vida y aún dióle libertad, provendría, indudablemente, de que el astuto cacique hubiérale metido miedos, haciendo sublevar los suyos, que amenazantes y furiosos por la captura de su jefe, demandáran el rescate ó lanzáranse al saco, el incendio y la matanza.

Prueba esto mismo la conducta posterior de Don Juan, tan diversa de la que empleó con Zurita cuando el rescate de su caro hermano Chumpicha; pues que, libre Don Juan, comenzó à seguir esa política de reservas del indio, tan astuta como silenciosa, deslizando sus intenciones en la sombra, como la serpiente, hasta el instante de dar segura caza á su presa.

Fué así cómo, con el propósito premeditado de extravíar á los castellanos, se hizo bautizar con el nombre de *Juan*, nombre con el cual le conocen sus contemporáneos y ha pasado à la historia este personaje, tan famosamente singular. Lo mismo hicieron algunos caciques, amigos suyos.

Valido de este ardid, pudo engañar á la desconianza castellana, y partiendo á Calchaquí, manifestó á sus enemigos que iba á entregarles su país, á fin de que le convirtiesen, sacándole de su gentilismo y de su natural libertad, hasta someterle al rey, el Señor de estas Indias.

Nada de eso: Don Juan desaparece, cuando al tiempo llega al pueblo la noticia de que Julian Sedeño había sido vencido y sacrificado con horrible muerte, lo mismo que Bernal, de paso á Santiago, en una estrechura donde habíase apostado un destacamento indio, en el valle de Yocahuill.

«Estas muertes, dice el cronista, fueron como el clarín, que esparció por todas partes el rumor de la guerra.»

Los castellanos volaron inmediatamente á sus cuarteles, y empuñaron las colgadas armas. La indignación que causò la muerte del bravo Julian Sadeño fué tanta, que nadie pensaba en otra cosa que en vengar su cruento sacrificio.

Los indios, por su parte, cebados con la desaparición del hombre que les hizo retroceder, cerrándoles las puertas de Córdoba de Calchaquí, celebraron sus acostumbradas orgías y bacanales, llenando de rugidos de cólera y de alaridos de venganza el famoso valle de Yocahuill.

La importancia de adueñarse en absoluto de este valle y tomar á Córdoba, situada al parecer en el corazón del mismo, no puede escapar, mucho más si se tiene en consideración que era por Yocahuill uno de los pasos precisos á Santiago y otros pueblos, á donde los españoles enviarían pregoneros en demanda de auxilio, de guerreros, armas y municiones. Los calchaquíes así lo comprendieron; y es por eso que Córdoba fué sitiada inmediatamente, exponiéndola al más inminente riesgo de sucumbir, pues eran relativamente poco numerosas las fuerzas que resistían al sitio.

Llegaron los aprietos de Córdoba á ser tales, tanta la energía del ataque, que el General Castañeda corrió apresuradamente en su socorro.

El estratégico D. Juan, sabedor de la llegada del Gobernador, apresuróse á tenderle una celada, que interrumpiese su marcha, si no le desbarataba por completo. Al efecto, simulando un ataque más encarnizado á Córdoba, dejó una pequeña parte de su tropa á las puertas del pueblo, para apurar el sitio, mientras que él sigilosamente se corría á emboscarse en un paso preciso, por donde Castañeda debiera forzosamente marchar, asaltándolo de improviso.

Tal como lo proyectó D. Juan, el sitio se apretó más, llegándole noticias de ello al gobernador, quien creyendo allí á D. Juan con todo su ejército, apresuró

la marcha, sin preocuparse de otra cosa que de llegar cuanto antes á Córdoba.

La escena ocurrida hacía poco con Julián Sedeño se repitió: el incauto Gobernador cayó en la celada, que produjo el efecto deseado por el cacique Calchaquí.

D. Juan, con la mayor parte de sus tropas, había-se apostado en un sitio montuoso á alguna distancia de su campamento. Al pasar por allí el Gobernador, la emboscada le envistió de improviso, cayendo una granizada de flechas certeras sobre el pecho de los castellanos, que en todo pensaban menos en esa sorpresa del adversario.

El campo quedó poblado de muertos; el paso fué cerrado; los españoles encorralados; y antes de perecer todos, no sin recio batallar, el Gobernador pudo salir de aquellas Termópilas.

Castañeda quedó hecho pedazos.

En vano desde Córdoba le enviaban mensaje sobre mensaje y aviso sobre aviso, á fin de que redoblase la marcha. El instante porque pasaba el pueblo castellano era crítico; las vidas de sus moradores peligraban y el incendio cundía!

Castañeda no dió un solo paso adelante. Redujo todos sus planes á uno nuevo: el de amedrentar á los naturales por actos de crueldad, esperando de ese modo reducirlos á la obediencia.

A efecto, el impolítico y cruel Gobernador hizo cortar la cabeza á algunos prisioneros que cayeron en sus manos, enviándolas como presentes de guerra al campo enemigo.

Pero este acto de verdadera barbarie, por la crueldad de las ejecuciones, recrudeció la venganza, despertando hasta el último resto de ira que guardaban los pechos de los salvajes calchaquíes. Don Juan, lejos de amedrentarse, fué demasiado suspicaz para comprender toda la impotencia que aquel acto revelaba; y de aquí que recrudecen las hostilidades y que Cas-

tañeda, desbaratado, deshecho, convencido de que hasta la resistencia era imposible, hizo subir á la tropa en sus caballos, para retirarse cuanto antes de aquel campo de carnicería, de aquellos valles funestos para las armas castellanas, las que nada hacían, apesar de vomitar fuego y muerte á toda hora.

La retirada á Lóndres fué penosísima, pues que momento por momento era picado por la retaguardia, y las montoneras indias no dejaban por un instante de asediarle. Muchos de los soldados perecieron; otros llegaron heridos ó enfermos.

Tal fué el resultado de la desgraciada expedición á Calchaquí que hiciera el General Castañeda.

Llegado á Lóndres, lleno de vergüenza, su pensamiento del momento fué rehacerse y penetrar segunda vez á Calchaquí á borrar el baldón á sus armas y vengar sus desastres en la guerra. S. S. volvió, en efecto, de su susto, comunicando nuevo ardor y vida á sus desmayadas tropas, siempre dispuestas, como los ejércitos castellanos, á reaccionar.

Reuniendo nuevos elementos, disciplinando la gente que le había quedado, demandando recursos de tropas á Santiago del Estero, nuestro Gobernador volvió á tener soldados y ejército.

Córdoba entre tanto, agonizaba.

Apenas llegaron los refuerzos de Santiago, Castañeda ordenó la marcha en protección de la ciudad sitiada, la que se efectuó, aunque esta vez llena de precauciones, aleccionado como estaba por los desastres anteriores.

Las medidas tomadas le valieron escapar de nuevas emboscadas que D. Juan le había preparado, con el propósito de desbaratarle antes de su llegada á Córdoba de Calchaquí, propósito que fué funesto en esta ocasión, pues S. S., cayendo sobre los ejércitos de los naturales, los desbarató con grandes pérdidas para éstos, de los cuales se apoderó el pavor.

Don Juan de Calchaquí vióse obligado á levan-

tar el largo sitio de Córdoba, con la adversidad de los combates.

El Gobernador hizo su entrada triunfante al pueblo, en medio de los públicos festejos y aclamaciones de sus moradores, que á no haber sido socorridos tan á tiempo, hubiesen perecido todos.

Don Juan vencido en Córdoba, como Atila en Chalons, retiróse á los montes, á meditar otra empresa y otro ataque. Sus soldados ocuparon, como en ocasiones semejantes, las más fragosas de las montañas del país.

Hasta las cumbres inaccesibles pretendió llegar la osadía castellana, y sin duda que Castañeda fué rechazado varias veces al intentarlo, lo que parece que queda plenamente confirmado y comprobado con las proposiciones de paz que varias veces hizo á los indios, las que fueron rechazadas por los naturales, apesar de que los castellanos dominaban los valles y tabalan las mieses que les servían de alimento.

Castañeda no supo sacar el provecho que debieran darle sus victorias sobre D. Juan. En vez de tratar de reducir á los naturales, amedrentados por recientes desastres, ó dejar suficientes fuerzas á Córdoba para poder contrarrestar en cualquier momento los ataques que posteriormente debieran llevar los naturales sobre el pueblo, decidióse en 1532 á regresar á Londres, con general descontento y hasta protesta de los vecinos de Córdoba, á los que dejaba en desamparo, renunciando voluntariamente á las ventajas conseguidas con sus triunfos, toda vez que dejar nuevamente indefenso al pueblo era soltar la presa, conseguida con afanes y peleas.

Decidido á dar la vuelta, sin atender á ninguna súplica, los habitantes de Córdoba pusieronse inmediatamente á levantar un fuerte de *pircas* en los alrededores del pueblo, á fin de poderse defender con ventajas, pues no escapó á la previsión que infunden los peligros, que apenas regresase Castañeda, D. Juan

debía aparecer de nuevo, más torvo, más airado y amenazante que otras veces. Y en verdad que éste fuerte, en la irrupción de D. Juan, salvó á los habitantes desamparados de Córdoba.

Con efecto: habiendo, el cacique Calchaquí asediado nuevamente á los castellanos, viendo por esta vez que todo ataque era infructuoso por la defensa artificial y eficaz del fuerte recién construido, resolvióse á rendirlo por hambre, como lo verificó, siendo tales los aprietos de los sitiados, que enviaron á Londres y Cañete en demanda de fuerzas, que no llegaban.

Lo cierto es que Don Juan se apoderó de Córdoba, y cortando las acequias que conducían el agua al fuerte, cuando la sed apuró á los sitiados, éstos viéronse obligados á abandonarlo, y presentan batalla campal, la que comenzaron con éxito feliz, pues que sorprendieron el campamento de D. Juan, introduciendo la confusión, hasta el grado de que los calchaquíes no pudieron organizarse, declarándose la victoria en contra de ellos, y dejando, entre otras cosas, en manos de los castellanos á una hija del valeroso D. Juan, «suceso, dice Guevara, en que tuvieron parte las matronas cordobesas».

Prenda de guerra, y muy estimada, fué esta hija de D. Juan, pues que los castellanos recordaron todo el partido que se sacó con la captura de Chumpicha, su hermano.

Por el rescate de esta prenda quisieron los españoles comprar la paz. Pero D. Juan, lejos de aceptar la á ningún precio, y sin mostrarse dolorido, ni aún pesaroso por la captura de su hija, decidióse á encender nuevamente los fuegos de la guerra sin cuartel.

A todas las tribus fué enviada la flecha, y las tribus todas acudieron solícitas al llamamiento del jefe calchaquí. La consigna era el rescate de la querida hija de D. Juan.

El Gobernador, entre tanto, en medio de la gene-

ral conflagración de Córdoba de Calchaquí, ocúpase en transportar á Londres al valle de Conando, de lo cual se aprovecharon los naturales para llevar repetidos y bríosos ataques á Córdoba.

Fué tal por esta vez el número de los asaltantes y el arrojo de D. Juan, que los españoles, atemorizados, previendo un fin trágico, demandaron del cacique la paz varias veces, hasta el grado de enviarle á su hija, con gran pompa, para congratularse con él. Pero este acto de generosidad ó cobardía castellana, lejos de inclinar á la calma el espíritu turbulento de D. Juan, una vez recuperando la presa de manos del adversario, sin los temores de antes, de que el ataque pusiera en jaque la vida de la jóven hija del cacique, éste se lanzó con los ímpetus del león de las montañas sobre Córdoba, desamparada, abatida y sin alientos para una lucha tan prolongada como desigual.

Todas estas circunstancias decidieron á sus moradores, como lo verificaron, á aprovechar las sombras de una noche negra, para tomar camino de Jujuy, dejando los hogares hospitalarios de Córdoba. Pero sentidos por las avanzadas del cacique, éste les batió con tanto éxito como crueldad, que no escaparon con vida sinó seis castellanos, los que después de muchas penurias llegaron á Nieva á descansar de sus fatigas y del terror que se había apoderado de sus espíritus.

¡Por fin, después de tantos anhelos, de tantas fatigas, de tantos insomnios, de tantas batallas, de tanta sangre derrainada, pudo el viejo cacique ver á la imágen de la libertad de su pátria esparcir por el aire los girones del estandarte castellano, que simbolizaba esclavitud y muerte para su raza!

Con tan señalado triunfo tomó alas el engrعيمiento de Don Juan; quien proyecta asolar los otros pueblos.

Pensó comenzar por Cañete, como que al efecto envió la flecha á estos indios; pero ella le fué devuelta. Esto no era sinó un ligero contratiempo para el

cacique: tenía demasiado ejército y valor para llevar á cabo su plan de libertar el país entero, abatiendo la soberbia española.

Castañeda, entre tanto, después de la desgraciada suerte de Córdoba y matanza de sus pobladores, toca á rebato apenas llega á su conocimiento la infausta nueva.

A pesar del reducido número de soldados con que S. S. contaba, no quiso dilatar por un instante más la venganza, temeroso también de que aquella dilación fuese mirada como cobardía de su parte.

Empresa magna y atrevida era la de S. S., que nos haría pensar en que nacieron de nuevo los doce pares de Francia, con todas sus hazañas, si por un momento diéramos crédito á los que, tan candorosamente, nos cuenta el P. Lozano, de que el Gobernador con solo *seis* soldados atacó al ejército de Don Juan, que no contaría con menos de doce mil guerreros; pero lo admirable es que el cronista hace desbaratar con media docena de hombres gran parte del poderoso ejército de D. Juan!

Desde yá digamos que esto es tan inexacto como inverosímil, si no inconcebible. Seis soldados no tendrían tiempo en todo un día de sembrar los campos de cadáveres, aunque los adversarios sirvieran de blanco á los arcabuces. La prueba de la inexactitud de esta aseveración, la encontramos en el Padre mismo, á vuelta de página, pués que dice textualmente, refiriéndonos de cómo Castañeda después de la victoria se retiró á Cañete «para curar los heridos *que fueron muchos*, fuera de *algunos* muertos».

Claro es que cuando los muertos son *algunos* y *muchos* los heridos, no se quiere aludir á solo seis soldados, que son *muy pocos* para heridos ó muertos.

Recordaremos á propósito, que Castañeda retiróse con todas sus fuerzas de Córdoba de Calchaquí; que tenía soldados en Lóndres, y que seguramente uniría á estos elementos toda la indiada de Cañete, da-

da la coincidencia de librarse batalla quizás en sus dominios mismos, y haber poco antes devuelto la flecha á D. Juan, en señal de repulsa de su alianza. Es probable, entonces, que S. S. hubiese atacado al cacique Calchaquí con dos ó tres mil hombres, entre ellos *solo seis* españoles, por más que los indios de Cañete fuesen forzados á la lucha en pos de los castellanos, más que con desabrimiento, con contrariedad, pues que debía serles muy simpática la causa de Don Juan, á quien luego no más prestan auxilios.

Después de la victoria que dejamos consignada, el Gobernador hizo en Cañete la reunión general de sus tropas, inclusive fuerzas de Santiago, y con todos estos elementos marchó á Calchaquí, con el propósito de concluir de una sola vez con los insurrectos y someter al alzado valle de Yocahuill.

La entrada al valle verificó el Gobernador sin plan de ningún género. En estrategia cometió el error de dividir sus fuerzas, de tal manera que algunos de los destacamentos fueron arrollados, sin conseguir S. S. en algunos encuentros otro trofeo que hacer unos cuantos prisioneros,

Asediado día á día, sin dirección, sin plan, fatigado por las luchas continuas contra un enemigo más conocedor quizás del arte de la guerra, el ejército castellano tuvo forzosamente que abandonar el valle de Yocahuill, deshecho y desmoralizado con las fatigas y las derrotas.

Entre tanto, en la región del centro, los indios del valle de Huasán, alzaronse en armas: la chispa de la rebelión había producido también el incendio en él, y Cañete veíase amenazado de ser consumido por el fuego y destruido por la matanza y la carnicería. Sus pobladores, temerosos de que les pasase lo que á los Córdoba de Calchaquí, huyeron á Santiago, picados á la retaguardia por los indios, á pesar de verse favorecidos por un pequeño refuerzo que Castañeda envió en socorro suyo.

El Gobernador, que entre tanto venia de regreso de su desdichada expedición contra Calchaquí, librando combates aquí y allá con las montoneras indias que le asediaban á cada paso, una vez en el valle donde Cañete estaba situado, volvió á poblar la ciudad que los naturales destruyeran, aunque por esta vez los antiguos moradores no se atrevieron á traer de Santiago sus familias, que fueran á este pueblo en busca de refugio, de temor á un segundo asalto.

En seguida volvió el Gobernador á batir á los indios de Silpica, que habíause alzado armas en mano, desbarantándolos en Detium, regresando inmediatamente á Calchaquí en socorro de Lóndres amenazado, enviando con tal objeto á uno de sus segundos, el que llegó á este pueblo después de batallar en todo el trayecto.

Pero todo fuè en vano: D. Juan en alianza con las tribus de los diversos valles, dispúsose á dar un ataque formidable á Lóndres, convocando al efecto á todos sus guerreros, y esparciendo ese terrible pavor que había enseñado á infundir á los orgullosos castellanos.

Por todas las regiones del oeste de nuestro Catamarca no se oyó sinó un solo grito de guerra, y no se veía otra cosa que avance de tropas, desfile de ejércitos, marchas forzadas, campamentos, hogares, puntas de lanzas.

Mejor es que el año 1533 de la libertad. Castañeda, el amo inepto, vengativo y cruel, parta á Chile, á no volver jamás á poner la planta en este suelo, donde hasta los vientos le echarían en cara sus desastres y las calamidades, que en gran parte precipitó con sus injusticias para con la virtud y el heroísmo; mejor es que abandone para siempre una empresa que no es capaz de llevar á cabo, y que deje á Calchaquí, libre como el guanaco de las montañas.

Córdoba de Calchaquí no será de entonces en adelante sinó un montón de ruínas, que dirán á los

siglos lo que apenas ha relatado la crónica, fría, descarnada, parcial é injusta; Cañete y Lóndres quedan abandonados, como mudos testigos de la vergüenza castellana; la ciudad del valle de Jujuy queda despoblada, y solo restan en pié los gloriosos vencedores.

Cuando Francisco de Aguirre entró por vez segunda al Tucumán, en 1564, tuvo la ocasión è intrepidez bastantes para penetrar á Calchaquí con todo su ejército; y aunque la fortuna le hizo soñar cen ilusiones los primeros días, haciéndole vencer en la lid, fué para desengañarle acrémente más tarde, cuando envió el batallón aquel, capitaneado por su propio hijo, que marchaba ansioso por recoger los laureles de su padre.

Pero la muerte aguardaba al ambicioso è incauto jóven Aguirre. Calchaquí era entonces la tumba de los castellanos. Los naturales á jornada y media más allá de la derrota, lucharon hasta vencer á las bizarras tropas invasoras, exterminando no tan solo á los soldados sinó también á su gefe, y apenas si el Gobernador escapó con vida, acompañado de unos cuantos, convencido de que todo ataque á los valerosos indios de este país era imposible, decidiéndose á fundar casi á las puertas de Calchaquí, el pueblo de Tucumán.

Recièn, dé 1586 á 1590, Ramirez de Velasco, antes de fundar la Rioja, entraría por aquella puerta, acompañando á los pendones de Castilla con los himnos de la victoria, que no consiguieron ni Castañeda, ni Aguirre, ni posteriormente Abreu de Figueroa con su desgraciada expedición.

Es verdad que en tiempo de Ramirez de Velasco ya no existía un Juan de Calchaquí y que el Cacique Silpiltocle era demasiado pigmeo para sustituir al personaje épico.

Vendrán luego el alzamiento troyano de diez años y la guerra del falso Inca; pero Calchaquí no será ya libre; sus hijos caerán en esclavitud, y con la tragedia de Quilmes concluirá la existencia de la raza.

XXXVII

No es mi mente ocuparme del cacique Chumpicha, ni de sus hazañas (que parece no las tiene), ni menos, por ahora, de su famoso hermano, D. Juan de Calchaquí, cuya aparición en 1558 acabamos de ver que ha dejado rastros indelebiles de sus hazañas bélicas.

Mi objeto es buscar el origen de esta palabra, repetida á cada instante por los viagueros, porque el nombre de Chumpicha ó Chumbicha es conocido de los habitantes de esta República, desde que la locomotora hiciera su entrada á tierra de Ambato.

La villa de Chumpicha, hoy con tendencias de llegar a ser pueblo algun día, se encuentra como á cinco leguas al sud de Villapima, frente á la famosa quebrada de la Sèbila, portillo por donde comunican la regiòn central con el oeste de Catamarca. Chumpicha existió ahora más de tres siglos; y aunque no ha sido un pueblo ó ciudad de la importancia de Løndres, Barco, Cañete, Quilmes, Córdoba y Yucumanita, donde se han desarrollado las escenas de la guerra, es preciso, no obstante, dedicarle un capítulo especial, ya que no por sus vinculaciones con la historia, por su importancia actual y por la curiosidad natural que tiene que despertar el nombre, nada español, de este pueblo. Y, aunque es cierto que está en la boca de la Sèvila, enseñándonos esto mismo que debia haber nacido para ser punto de estrategia militar en tiempo de la conquista, también es cierto que ésta se llevó á cabo en la regiòn del otro lado del Ambato, en el memorable valle Calchaquí.

¿Por qué el lugar de que nos ocupamos lleva este nombre tan singular?

Esta es la primera pregunta que nos hacen los viajeros curiosos al acercarse á Catamarca, la clásica ciudad de los milagros.

En lo único que caerá todo el que sea un poco avisado, es en que el nombre de Chumpicha es quicha, en lo que no estará errado.

En el «Arte y Vocabulario de la Lengua Quichua», pag. 81, que compuso el P. Torres Rubio (1619) encontramos que la palabra *chumpi* significa *faja ó ceñidor*, de modo que *Chumpi-cha* ó *Chumpi-chuc*, quiere decir *hacer la sogá*. El verbo *cha* (quichua) es *hacer* (castellano), pospuesto al sustantivo, la cosa hecha, según Lafone.

Otras veces *cha* (para los terminados en vocal) ó *ch* (para los en consonantes) suele ser una partícula añadida á las palabras, de modo que ellas las hacen compuestas. Así tenemos: *maypi-ch*, *mayman-cha*, *quiman-cha*, etc. En lugar de *cha*, suelen usarse también las partículas *cca*, como *chayruna-cca*; la *ari*, como *paymi-ari*; la *chu*, como *ruray-chu*, etc.

En el idioma de Arauco la palabra Chumpicha tiene una significación semejante á la que dimos, pues como lo asegura nuestro ilustre americanista, Sr. Lafone Quevedo, «en ese idioma *chumpi* es faja ó ceñidero y *cha*, pueblo; de suerte que podría traducirse; por *pueblo de la faja ó ceñidero*».

Pudiera acontecer, sin embargo, que la palabra fuese *Chumpi-chaca*, que significa *punte de sogá ó de cuerdas*, que dígase lo que se quiera, los Incas los construían en cada río ó quebrada, habiendo más de una vez no podido resistir éstos puentes al peso de los caballos del conquistador. Alguien, al ver el color pardusco del cerro de Chumpicha, podría creer que la palabra primitiva, también compuesta, es: *Chumpi-ch* siendo *Chumpi* color pardusco, y *cha* ó *ch* una de las denominadas «partículas de ornato» que «hacen dubitación», como si se dudase del porqué del color del cerro.

Sea de ello lo que fuere, el nombre de Chumpicha lo encontramos en un cacique de Calchaqui, que lo llevaba, en tiempo del gobierno de D. Francisco de

Aguirre, en la época de la sublevación de D. Juan, hermano de Chumpicha, mientras D. Francisco marchó á Chile, en protección de Valdivia, asediado por los araucanos.

Después de una batalla con los castellanos, capitaneados por Julián Sedeño, el Cacique Chumpicha cayó en sus manos, prisionero de guerra.

El actual pueblo de Chumbicha, indudablemente debe tener un parentesco de consanguinidad con el nombre del cacique prisionero en ese entonces, ahora tres siglos, pues es seguro, ó que el pueblo ha dado el nombre al cacique, ó viceversa, el cacique al pueblo.

El Sr. Lafone Quevedo, en su «Lóndres y Catamarca», por buscar á Chumbicha (pueblo) parentesco con Chumbicha (cacique), piensa que el cacique, que diez y seis años antes de la captura de Chumpicha, recibiera en Capayán armas en mano á Diego de Rojas, era *hijo* de éste último, y que el cacique de Calchaquí recibió su nombre de este lugar.

Yo no acepto ni una ni otra hipótesis.

A mi modo de ver, en la época de la entrada del descubridor Diego de Rojas, en 1542, con excepción de Coneta y talvez de Huillapima, solo Capayán existía al Sud de la Provincia. Con efecto: ni Herrera en sus *Décadas*, ni el P. Lozano hacen mención alguna del pueblo de Chumpicha, el que si hubiese existido forzosamente lo hubiesen recordado, dada su situación estratégica, á las puertas del Oeste, lo que hace pensar, por más de un motivo, que este pueblo hubiese sido una plaza fuerte. El cacique de Capayán, sintiendo que el conquistador Rojas invadía sus dominios, y en el propósito de buscar el punto más natural para su defensa, hubiérase guarecido en Chumbicha, plaza fuerte; y dado que no fuere sino simplemente un pueblo, allí hubiese aguardado al conquistador, porque tenía las montañas como último refugio á su espalda, y la boca de la Sévila como puerta de escape. Nada

de esto sucede, y el cacique de Capayán espera á Rojas en este pueblo, con el arco en una mano y unos *manojos de paja* en la otra (que nada tienen que ver con la sogá ó *coñidor*, así como no hay relación entre *Chumpi* y *cha* con *mayltu*, manojos, ni *ychu*, paja) sin duda para lanzarlos prendidos en las bolas arrojadas sobre el campo enemigo, ó ser hostil demostración.

Hay más aún: si Chumpicha existía, fuese ó no plaza fuerte, constaría que Rojas la hubiese tomado, ya para defenderse en lugar estratégico, ya para de allí partir al Sur, pues su pensamiento no era ir hácia Capayán, sinó en dirección al Río de la Plata, ó ya, en fin, para favorecer la entrada de Gutierrez al país de los diaguitas.

Aparte de esto, cuando los capayanes huyen con las vituallas, Rojas vése obligado á ir en busca de ellos al país de los juríes. ¿Por qué, si Chumpicha existía, no se fué directamente á buscarlos en este pueblo, dónde á lo menos había plantaciones de maizales, pues que era época de verano? Pero ni esto hizo Rojas, ni nada nos dicen los historiadores al respecto.

Creo fundadamente, entonces, contrariamente á lo que opina el Sr. Lafone Quevedo, que Chumpicha no ha existido ni podido existir en tiempo de la entrada de Diego de Rojas.

Creo así mismo, como lo dejé manifestado, que el nombre de Chumpicha, pueblo, si bien tiene parentesco con el de Chumpicha, cacique, no lo es bajo la suposición de que fuera hijo de éste último, el curaca de Capayán que recibiera á Rojas armas en mano, como piensa el Sr. Lafone.

Al mismo tiempo que refuto esta opinión, voy á emitir la mía, sosteniendo que Chumpicha fué fundado posteriormente á la salida y muerte de Diego de Rojas, vinculando de una manera sencilla y natural el nombre de este pueblo al del Cacique de Calchaquí.

Me explicaré.

La cuna del Chumpicha, el hermano de D. Juan,

era *Calchaquí*, donde tenía autoridad de cacique. Los habitantes de Capayán eran *diaguitas*; y siéndolo así ¿cómo hubiese admitido que un *Calchaquí* (el hijo de Chumpicha) los gobernase, cuando, por el contrario, encontramos en la historia antecolonial de que *diaguitas* y *famatinas* eran enemigos irreconciliables de los *calchaquíes*, así como de las otras naciones, pues, según entiendo, no aceptaron jamás ni la dominación incásica, y siempre jactábanse de ser libres? Y, tan es cierto esto último, que al ordenar Diego de Rojas la sumisión, el Cacique de Capayán, como única respuesta, intimóle «que no pasasen los castellanos ni fuesen osados á hollar la tierra de su dominio, que ellos poseían *por larga serie de siglos.*»

A estas palabras, que prueban hasta dónde llegaba la soberanía del monarca de Capayán, hay que agregar que mal pudiera intimar á Rojas y levantarse en armas un *vasallo*, como lo sería este cacique, del Titaquin de Calchaquí, cuando éste franqueó el paso al descubridor, siendo más poderoso; lo que prueba que el cacique de Capayán obraba de su propia cuenta, como soberano que era de las tierras de su dominio, que ellos, los *diaguitas*, con independencia, poseían, *por larga serie de años.*

De esta época es muy probable que debe datar la fundación de Chumpicha, como fruto, quizá, de la alianza entre *diaguitas* y *calchaquíes*, lo que paso á demostrar con los antecedentes históricos de la época.

Después que Rojas sometió al cacique de Capayán, éste comenzó á impacientarse al ver que Rojas y los suyos, lejos de abandonar el país, como lo habían dicho, se estacionaban en él. El cacique no halló otro medio de despedir á tan peligrosos huéspedes sino haciéndoles carecer de alimentos, para lo cual los indios «se valieron de un pernicioso ardid para compelerlos á la retirada, y fué *alzar de improviso los bastimentos* en que anduvo muy apresurada su cautelosa diligencia... barriendo de tal suerte todo género de gra-

no ú otras vituallas que solo perdonaron á los maizales que estaban en berza.»

Los capayanes se retiraron, pues, del pueblo, sin dejarse sentir.

Como Rojas quedára sin tener cómo alimentar su gente, dispuso la marcha inmediata al país de los juríes, proveyéndose «de unos zurroneos de oveja cargados con agua», porque catorce leguas más allá encontrarían «la tierra en extremo seca» (deben ser las cercanías á las Salinas).

¿Qué fué de los capayanes? ¿hácia dõnde se dirigieron? No debieron, indudablemente, haber marchado en direccíon al Sud de la Provincia, toda vez que tomando Rojas ese mismo rumbo, no hubiera perdido su tiempo en proveerse de alimentos ni de zurroneos, de los que no tenía necesidad, puesto que hubiese volado á caballo, mientras los indios marchaban á pié á alcanzarles, cosa que no hizo. Ès oportuno, además, repetir de paso que tampoco hubieran hecho tales provisiones si, como piensa el Sr. Lafone, Chumpicha hubiera existido en ese entonces, pues lo natural hubiera sido ir á proveerse en este pueblo, distante á lo más cuatro horas de marcha regular, partiendo de Capayán, donde habría alimentos y agua.

La decisióon de Rojas y sus precauciones para su viaje hácia el Sud ó el Este, dicen demasiado claro que los capayanes debieron haber tomado camino contrario, hácia el Noroeste; è indudablemente, por temor de ser perseguidos por los conquistadores, pasarían por la Quebrada de Pomán á Calchaquí, donde fueron á refugiarse, dando cuenta á Chumpicha, su cacique, de todo lo acontecido, confederándose con él para pelear á los españoles; y, sin duda, fué al regresar los capayanes á su país cuando fundaron á *Chumpicha*, llave de la Sévila, dándole el nombre del cacique que les brindò hospitalidad y les prometió alianza.

Esto me parece completamente explicable, tanto más si se tiene en cuenta la posición de Chumpicha.

En efecto, respóndaseme, si no es así: ¿por qué este pueblo lleva el nombre del Cacique de Calchaquí? ¿por qué fué fundado en la boca de la Sèvila, paso preciso, portillo que deja el Ambato para internarse á Calchaquí? ¿por qué más tarde diaguitas y calchaquies hacen causa común?

Aún, suponiendo que los capayanes no hubieran fugado á Calchaquí, es completamente probable, natural y lógico, que hubieran solicitado la alianza de los fuertes y bravos caciques de este valle, quienes la aceptaría de buen grado, rabiosos como estaban precisamente en esos momentos á causa de haberse abierto paso á sangre y fuego por el valle Felipe Gutierrez, que venía con su gente á unirse á Diego de Rojas, pues es sabido que á aquel valeroso castellano, más de una vez quisieron los bravos é indomables calchaquies atajar el paso, y que libraron batallas con sus soldados.

Para mí es verdaderamente incomprensible cómo Chumpicha {(pueblo) haya podido dar su nombre á Chumpicha (cacique); pero que el pueblo tome nombre del cacique, de esta manera es del todo verosímil, mucho más si se tienen en cuenta los acontecimientos posteriores, en tiempo de Zurita y Aguirre, que vienen á corroborar lo que hasta este momento parece no ser más que una simple congetura de mi parte.

No es posible, para quien conozca hasta dónde llegaba el orgullo de la raza, que un cacique tan poderoso como el de calchaquí llevase el nombre de un pueblo de los diaguitas. Lo que sí es creíble, sencillo y natural, es que, como un gaje por la alianza y protección ofrecidas, los diaguitas le bautizasen con ese nombre, mucho más cuando el cacique calchaquí aconsejaría á estos la fundación del nuevo pueblo, ó más bien dicho, fuerte, en lugar estratégico, el pasaje preciso, la puerta de entrada á las regiones del Oeste;

que permitía el regreso á Chile de los expedicionarios.

Hay también que tener muy en cuenta que los nombres de los lugares llevan, generalmente, el de los caciques, y nó los caciques el nombre de los lugares, inmortalizando de este modo el nombre de sus guerreros ó de sus hazañas. En el momento se me vienen algunos de estos nombres de lugar á la memoria: *Chicoana* (por el Valle de Chicoana, cerca del Cuzco, en honor de los peruanos); *Tambo del Inca*, *Incahuasi*, recuerdan de los Incas; *Tucumanao*, en el valle de los Pacipas, en memoria de uno de los caciques de Calchaquí de este nombre; *Hualdn* (indudablemente Huasán), en el valle de Guiqui, donde Aguirre trasladó á Barco, en honor del cacique Gualán ó Huasán. *Chumpicha*, del mismo modo, en gratitud de la alianza prometida por el cacique de Calchaquí, Chumpicha, hermano de D. Juan, al gefe de los diaguitas.

Dijimos que los hechos posteriores probaban de una manera inconcusa la alianza entre diaguitas y calchaquíes, con el objeto de hacer frente al enemigo común: así, con efecto, resulta de los acontecimientos producidos quince ó diez y seis años después.

La prueba de esta alianza ó confederación, la tenemos claramente demostrada en dos hechos, que conviene recordar en esta oportunidad.

Prendido Chumpicha por Julián Sedeño en una batalla, hacía más de un año que permanecía en la cárcel, cuando en 1558 vino á hacerse cargo de esta Provincia el magnánimo Gobernador D. Juan Perez de Zurita, quien desde recibirse no más, entró en guerra con *diaguitas* y *famatinas*.

Sin duda alguna que D. Juan incitó á sus aliados, los diaguites de Capayán á sublevarse, toda vez que, como refiere el historiador, D. Juan sacó gran partido de esta guerra, pues viendo en aprietos al Gobernador, vino ante S. S. á solicitar la libertad de su hermano Chumpicha. Zurita, después de varias conferen-

cias, ante las promesas de D. Juan y la conducta generosa de éste, permitiéndole la fundación de Cañete y Córdoba de Calchaquí en sus dominios, decidió al consejo de notables castellanos á dar libertad no tan solo á Chumpicha sino también á su hijo (de D. Juan ó de Chumpicha?)

Si como nuestro amigo, el Señor Lafone Quevedo asevera, este hijo de Chumpicha fuera el cacique aquel de los diaguitas de Capayán que envistió á Diego de Rojas: ¿cómo se explica que los españoles no le matasen, cuando los prisioneros, cabalmente, estaban detenidos en rehenes, ó sea bajo la condición de la vida por la paz? ¿cómo sabiendo esto sus vasallos lanzáranse á una guerra que costaría la cabeza de su gefe?... Estas preguntas no tienen contestación alguna, y la coincidencia de la sublevación de los diaguitas y la libertad concedida al hijo de Chumpicha, prueban de una manera casi concluyente que éste no era su gefe, toda vez que buen cuidado tendrían los previsores y desconfiados castellanos en dar puerta franca al gefe de los insurrectos, cuando con la sola amenaza de su decapitación sus vasallos hubiesen rendido las armas, como aconteció con los de D. Juan de Calchaquí, respecto á su caro hermano Chumpicha. Tampoco, al ver la espada de Damocles sobre la cabeza del sobrino de D. Juan, hubiese éste consentido que sus aliados se sublevasen, ni ellos le hubieran contrariado, toda vez que la primera condición impuesta por Zurita en compensación del rescate de los dos prisioneros, era la paz más absoluta y la más cordial amistad, como desde antes lo ordenó D. Juan á todos sus vasallos y aliados, á pesar de sus anhelos de guerra, y como éste lo cumplió estrictamente, al decir de los historiadores, hasta el día en que cayó en desgracia D. Juan Perez de Zurita, á cuya sola persona estaba moralmente vinculada su promesa de paz y concordia entre naturales y castellanos.

Estos hechos nos prueban clara y sencillamente

que el hijo de Chumpicha no ha sido jamás ni ha podido ser el cacique aquel de la entrada de Diego de Rojas, y que por ese lado no hay qué buscar parentesco entre los nombres de Chumpicha (pueblo) y Chumpicha (cacique).

Dije, para dar fuerza á mi aseveración de que el nombre de Chumpicha provenía de una confederación entre capayanes y calchaquíes, que esta alianza habíase llevado á cabo, valiéndome de una segunda prueba, la que encuentro en un párrafo de Lozano, hablándonos de la sublevación de Calchaquí, después de la conducta traidora y perversa de Castañeda para con Zurita, á quien vejó y desterró, teniendo lugar dicha sublevación el año de 1531. Son estas las palabras de Lozano, que no pueden ponerse en duda, y á las cuales hago referencia: lo mismo, dice, fué ver (los calchaquíes) perseguido á su benefactor (Juan Perez de Zurita), soltaron la rienda á su furor, principalmente los *diaguitas* que CONFEDERADOS con D. Juan de Calchaquí, se juntaron en número de cuatro mil y fueron á dar en Lóndres....»

Todo esto nos prueba á las claras la independencia de los diaguitas respecto á los calchaquíes, amén de que no se *confedera* un pueblo que depende de otro, que respeta su autoridad y su poder.

Al terminar estos ligeros apuntes sobre Chumpicha, el ayer pueblo de unas cuantas labranzas y unos pocos centenares de habitantes, hoy estación de ferrocarril con tendencias de progreso, debo prevenir que, dada la escasez de antecedentes, todo cuanto dejo consignado no son conclusiones rigurosamente históricas, por más que en ello me haya esforzado, sinó que he buscado y elegido entre lo menos hipotético, tanto sobre el origen del nombre de Chumpicha, cuanto respecto á la época en que esta importante población pudo haber sido fundada. Lo que parece que ninguna duda admite es que el nombre del pueblo de Chumpicha y el del cacique de Calchaquí

tienen un parentesco de consanguinidad.

Si he errado, perdón á la verdad histórica y al viejo pueblo de Chumpicha, al que, al fin y á la postre, con darle algunos años menos de existencia, no he hecho otra cosa que arrancarle unas cuantas canas...

XXXVIII

Alborea el siglo XVII y Calchaquí con su libertad perdida, con su independencia arrebatada, duerme ese sueño moral, histérico y prolongado del esclavo que aún no ha perdido la conciencia de que un día fué libre y de que otro puede volver á serlo.

La vida de un pueblo depende á veces de un solo hombre: la de Calchaquí estaba fuertemente vinculada á la de D. Juan. D. Juan, el bravo y estratégico batallador, fué libertad é independencia para los naturales, que le seguían con verdadero ardor bélico y entusiasmo á todas las batallas, á todos los encuentros, á todas sus irrupciones, que dieron por resultado la destrucción ó aniquilamiento de tres pueblos: Córdoba de Calchaquí, Cañete y Lóndres.

Solo la figura de D. Juan pudo mantener la libertad de Calchaquí, apesar del arrojo temerario del español y de las batallas en que luchaba brazo á brazo con un adversario doblemente más esforzado que él, por el poder de las armas y la influencia de la civilización

Después de la guerra de D. Juan, en que solo Santiago del Estero quedó de pié, Aguirre hizo una entrada desgraciada á Calchaquí. Los gobiernos posteriores del General Pacheco, Diego de Arana, Nicolás Carrizo, Gral. Cabrera, no movieron un hombre sobre el país de los alzados. Gonzalo Abreu de Figueroa, efectuó una expedición sin resultado de ningun provecho para la conquista castellana. Tampoco hicieron nada Hernando de Lerma y Alonso de Cepeda...

Toca la honra de penetrar á Calchaquí, paseando victoriosos los pendones castellanos por más de cuatrocientas leguas, á Ramirez de Velasco, quién en la penúltima década del siglo XVI snbyuga al pueblo indomable, valiéndose ora de las armas ó ya de la persuasión, la diplomacia ó el celo cristiano de los misioneros que le acompañaban en todas sus expediciones.

Luego vá á espirar este siglo, cuando en 1595 se hace cargo de la gobernación del Tucumán el famoso hidalgo don Padro de Mercado Peñaloza, época en que los calchaquíes hacen una nueva tentativa para reconquistar su suelo, comenzando por dar muerte á un religioso y á cuatro castellanos, y lanzándose impacientes á destruir y arrasar á Salta y San Miguel. Pero las batallas se deciden en favor de las armas castellanas, y Calchaquí vuelve á ser encadenado. Luego revélanse los humahuacas, y son reducidos; con los diaguitas de la Rioja se ejercita la espada del legendario Tristán de Tejada.

Con el Gobierno de don Francisco Martinez Leiva, en 1600, sucesor de Peñaloza, ábrese el siglo XVII, sin que ningún acontecimiento notable haga recordar su gobierno de tres años, pasados los cuales sucedióle Barrasa y Cárdenas, hasta que se hizo cargo de la gobernación del Tucumán en 1605 el famoso capitán Alonso de la Rivera, en cuyo gobierno vino en calidad de visitador general de estas gobernaciones el doctor don Francisco de Alfaro, Oidor de la Audiencia de Charcas.

No es posible pasar adelante sin hacer especial mención del nombre de Francisco de Alfaro, el humanitario visitador, quien con sus múltiples y sabias ordenanzas, si no puso freno á la crueldad castellana, por lo menos la mitigó, dejando sabios antecedentes, que muchas veces serían invocados por el indio mitayo, y que muchas también, según el temple moral de los gobernadores, servirían de apoyo á la justicia

y de valladar á la iniquidad. El solo acto de derogar las inícuas ordenanzas del Gobernador Abreu, que parecían no ser dictadas para hombres sinó para feras, merece que la historia recuerde su nombre, coronado por la triple aureola de la justicia, la piedad y la misericordia, mucho más cuando tuvo que luchar de frente con los sostenedores del «servicio personal», sin encontrar otro secundador de su obra cristiana que el Gobernador Rivera, inspirado en sanas doctrinas y en piadosas prácticas, por más que manche su nombre con la crueldad de las ejecuciones de los caciques prisioneros. Es cierto, también, que el derecho de gentes de entonces, era un derecho de hierro, si se me permite la espresión, y que la menor causa autorizaba á aplicar la última pena, la pena de la muerte á garrote vil, lo que no debe admirarnos tanto si se tiene en cuenta que recién en la reforma penal de 1870 España haya suprimido la de la argolla.

Pero volvamos al Gobernador de la Rivera.

D. Alonso adquirió renombre desde la defensa de Cambray contra Enrique IV, y en la sorpresa de Amiens. En América se hizo famoso por la guerra llevada contra los araucanos. Es notable la causa por la cual dejó su empleo en Chile ó más bien dicho, la razón por la cual S. M. le separó del gobierno, la que fuè espuesta en otro lugar:—el amor á una chilena.

Los frecuentes aunque parciales alzamientos de los calchaquies, que más bien podemos clasificar de rebeliones ó asonadas, decidieron á Rivera á fundar una ciudad en el Valle de Lóndres, siéndole fácil pacificarles.

Luego verificanse en el valle Calchaquí sublevaciones parciales, moviéndole en guerra los indios de Córdoba; pero el Gobernador, lejos de arredrarse por ello, marchó á Calchaquí, y después de algunos encuentros venció á los rebeldes, condenando en el valle de Yocahuill á cuatro caciques á la horca, habiendo conseguido escarmentarles por algún tiempo, lleván-

dose algunos indios á aumentar las poblaciones de Salta y Santiago del Estero.

En 1611, después de muchas hazañas dignas de su valor, Rivera pasó por orden del rey de España á Chile, á luchar con las belicosas tribus de allende los Andes, consiguiendo señaladas victorias del bravo Loncothegua, cacique araucano.

En 1611 sucedióle en el mando del Tucumán el muy místico y devoto del augusto misterio de la Eucaristía, Don Luis de Quiñones Osorio.

En su gobierno se ocupó generalmente de asuntos relativos al culto, prestando todo su apoyo material y moral á la orden de los padres jesuítas, á fin de facilitarles la propagación del catolicismo entre los indios, á los que en este tiempo se enseñaban yá todos los oficios y rezos en su propio idioma, siendo muy curiosos algunos de ellos que conservo en mi poder, como el Ave María, el Credo, la Salve, el Padre Nuestro, las Virtudes teologales, los Enemigos del alma, los Catecismos mayor y menor, el Confesionario, la administración del Viático, la letanía de Nuestra Señora, el himno y Oración de Ccapac Eterno y otros, entre ellos algunos en idioma lule de Machoni.

Es en esta época cuando puede decirse que comienza la conversión de los indios calchaquíes, al propio tiempo que la de las tribus jujeñas, ocloyas, paipayas y osas.

El gobierno de Osorio fué de los más pacíficos que recuerda el Tucumán. Debido á su voluntad paternal para con los indios, las disposiciones del visitador Alfaro pusiéronse en práctica; y lo que antes no podía hacer la espada, lo remediaban la persuasión, el buen trato, las misiones y el Evangelio. Condenó como inicuo el «servicio personal», contra la voluntad de todos los encomenderos.

Justiciero con las hazañas de los conquistadores, al revés del envidioso Castañeda con las obras mag-

nas de Zurita, su antecesor, premió á los descendientes de aquellos, haciéndoles mercedes de tierras.

En 1619 sucedió á Osorio en el gobierno, D. Juan Alonso de Vera y Zárate, Adelantado del Río de la Plata.

Vera y Zárate, dedicóse especialmente al descubrimiento de los ponderados è imaginarios minerales de los Césares, objeto constante de la codicia castellana y de más de una empresa aventurada. De estas famosas minas habla Ruiz Díaz de Guzmán, relatando el viaje de los Césares, ò sea de César y sus compañeros, que parece llegaron hasta el hoy Departamento de Santa María, en cuyo viaje se dieron con una Provincia poco cultivada de labranzas «pero abundante de oro y de plata y con gruesos atos de carneros de la tierra».

Pero estas minas, en esta ocasión, como en las demás en que fueron en su busca los aventureros, no se encontraron, pareciéndome que su existencia es tan fantástica como los sueños de oro de los conquistadores.

Su gobierno es notable por el envío de tropas que hizo al puerto de Buenos Aires, al mando del general Gil de Oscariz, con el propósito de salvar del peligro en que se encontraba, asediado por los holandeses, que se habían apoderado de Bahía.

Ocho años gobernó el Adelantado, sin ningún acontecimiento, fuera del que he indicado, que merezca llamar la atención.

En 1627 sucédele en el mando D. Felipe de Albornoz, de triste memoria. Con él comienza el segundo cuarto del siglo XVII, tan memorable en la conquista por el *Alzamiento general*, que principió en los comienzos de su gobierno, y que constituye por sí solo uno de los actos sangrientos más memorables en la historia catamarqueña.

Lástima grande es que de esa general sublevación de los naturales la crónica haya enmudecido en los

momentos más difíciles, cuando los ejércitos castellanos, reforzados por las tropas venidas del Perú, penetraron á Calchaquí. (1)

Sin embargo, ha llegado hasta nosotros lo bastante para que formemos una vasta idea de lo que fué en ese entonces la resistencia Calchaquí, muy semejante á la del famoso D. Juan, por más de un punto de contacto.

El alzamiento general, que duró tantos años de luchas continuas, es uno de los grandes estallidos de rabia de aquel pueblo indomable, que, con un pretexto cualquiera, olvida que cayó en la esclavitud, para levantarse nuevamente.

Allá en las cumbres lejanas; allá en los horizontes donde las montañas ponen límites al espacio y donde el blanco de la nieve se mezcla al azul confuso del cielo, vese subir el humo en lentas espirales: los fuegos de la guerra están nuevamente prendidos; los albores del siglo se han diluido poco á poco en las luces rojizas del día de las batallas!

XXXIX

Calchaquí ha estado sumiso muchos años. Las espadas del conquistador, colgadas de la pared, se han llenado de orin. El arcabuz está arrinconado y sin carga. Pero aparece el año de 1627, época en que el muy leal y noble D. Felipe de Albornoz sucede en la gobernación, por gracia de S. M. Felipe IV, á D. Alonso de Vera y Zárate. Entonces truena el arcabuz, el acero hiere y la flecha parte veloz y rabiosa, como si tuviera nervios.

(1) El jefe de las fuerzas venidas del Perú fué D. Antonio de Ulloa Chaves, quien fundó en el valle de Calchaquí, y lugar de Samalamala, un gran fuerte.

Ramirez de Velazco, Pedro de Mercado Peñaloza, Alonso de la Rivera!..Ha llegado para los hijos de Calchaquí el instante de recordar con vergüenza esos tres nombres!

Un pretesto cualquiera, y la raza vuelve á armar sus arcos, retorcer las cuerdas y empuñar sus lanzas. El cacique dá el grito de libertad; y toda esa inmensa corrida de valles y de sierras, del Famatina á Jujuy, es un escenario de guerra.

Nuestro Calchaquí, el inmortal valle de Yocahuíll, es el corazón de la tierra estremecida por el Gran Alzamiento. Santa María, Andalgalá, Belén, Pomán, Tinogasta y hasta Capayán de los diaguitas, son los miembros de ese cuerpo que cobra vida al rumor de las batallas.

No es una tribu, ni dos, ni diez las que se levantan. Al llamado del viejo cacique concurren calchaquíes, aconquijas, pipanacos, andalgalenses, fiambalao, pacipas, pacciocas, abaucanes, malfines, golpes, capayanes, famatinas, atiles, grandacoles... Jujuy, Salta, Yucumanita, San Miguel, Londres de 1607, La Rioja, van á ser destruidas por los naturales ó á sentir los rigores del ataque ó del cerco.

¿Cuál fué el motivo visible del Alzamiento de 1627?

Apenas D. Felipe ñe Albornoz recibióse del gobierno del Tucumán, los caciques y gefes de las tribus de Calchaquí, entre otros como embajador un hijo de Chelemín, á la cabeza de doscientos de sus vasallos, vinieron á rendir el homenaje y reconocimiento de estilo á S. S. El gobernador D. Felipe, que sin duda no conocía bien hasta donde llegaban la altivez y el orgullo de nuestro indio, recibió descórtemente á la embajada calchaquí; y quizás porque estos hicieran uso de esas represalias de la diplomacia, S. S., envalentonado por el mando y ante la apariencia humilde del hijo de nuestras montañas, mandó azotar á los caciques y al mismo tiempo cortarles el ca-

bello, acto que les irritó más que los azotes y demás vejaciones, «cuando la cabellera era entre ellos, la mayor gala, y el ídolo en que adoraban en su gentilidad».

Ya puede comprenderse cómo regresarían á su país los gefes de las tribus después de acto tan cruel, vejatorio é impolítico como el que S. S. había cometido, para desgracia propia y de los suyos.

Apenas los astutos indios se alejaban de las tiendas del nuevo gobernador, cuando transformándose con todas las líneas y caracteres de la cólera sus rostros antes sumisos, juraron venganza sangrienta hasta lavar la mancha de tamaña afrenta. El sentimiento casi muerto de independencia surgió de aquellos pechos varoniles, que si se habian mostrado sumisos en la tienda del gefe castellano, iban á tener en la pelea la rabia de la fiera embravecida.

Llegados á Calchaquí los caciques, el incendio cunde por los ángulos de los valles y las cumbres de los cerros. Las tribus todas envíanse y reciben mutuamente la flecha. Los curacas organizan sus tropas, y se cortan los gajos de los árboles para armar los arcos.

Ni una sola voz habló de paz, si esceptuamos á los viejos misioneros, cuyos acentos de mansedumbre se perdían entre el rumor de la ira de la raza alzada.

Los jesuitas, impotentes por esta vez, víéronse forzados á abandonar los valles en donde sus misiones iban prosperando. Con esto está dicho todo, porque era lo único que el indio veneraba aún en medio de sus odios á la conquista y á los conquistadores.

Cunde el incendio, y los indios de las encomiendas se sublevan y matan á sus amos; en las minas quedan las azadas y los picos; los rebaños se dispersan por los campos; el mitayo y el yanacón hablan como si fueran señores; el minero no sabe de barretas, sino de lanzas; al buen pastor le place más ser guerrero.

El bravo Chelemín es el gefe de la insurrección

calchaquí. Al frente de sus tropas proclamadas cruza las grandes sierras e invade Tucumán, hasta poner en duros aprietos á San Miguel, á cuya ciudad se esfuerzan en poner sitio. Los pueblos pacíficos de Salta, Jujuy, Lóndres y la Rioja están amenazados.

Los españoles, valerosos siempre en los momentos del peligro común, corren á las armas. El bravo Alonso de la Rivera es nombrado gefe militar de las tres ciudades de Jujuy, Salta y Esteco, así como Don Gerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba, de las de Lóndres y Rioja.

Apenas Cabrera se recibe del mando de las fuerzas que debían actuar contra los indios de Catamarca, se dirige á Calchaquí, al cual penetró á sangre y fuego, sacrificando á los prisioneros que hacía en los encuentros campales, con el objeto de subyugar el país por el miedo. Pero al revés: los calchaquíes hicieron vengativas represalias con el adversario que caía en sus manos, y su furor iba en aumento á cada matanza de los suyos, y atacan con más brio al castellano, al que, por fin, sitian en su propio fuerte, el mismo que cae rendido entre una granizada de flechas, pereciendo los soldados que le defendían.

Envalentados y soberbios los indios con ese triunfo, celebran entre todas las tribus una gran confederación, á fin de poder rechazar, unidas y compactas, las fuerzas castellanas; y en verdad que la victoria en diversas ocasiones coronó los esfuerzos de los hijos de las montañas.

Hacia la parte de Lóndres y la Rioja el ataque fué vehemente: contra estos pueblos acudieron unidos andalgalas, capayanes, famatinas, atiles y grandacoles.

Ebrío de entusiasmo y de venganza, el indio celebraba orgías y bacanales, invocando la protección de sus viejas divinidades. La lucha llegó á encontrar tanto los odios de los naturales, que no solamente cometieron todo género de horrores y tropelías en el

saco y la matanza, sinò que «aún llegaron en algunas partes á dar cruel tormento á las indias que habían concebido de español solo por este respecto, como sucedió antiguamente en las vísperas sicilianas con las mujeres que se presumían haber tenido ayuntamiento con franceses: tan fiero es á veces el ciego apetito de la venganza que se ofende á sí mismo con lo que parece que se satisface.»

Ya puede comprenderse, después de lo dicho, lo que sería de estas regiones con tal formidable sublevación.

Las haciendas eran saqueadas; las casas destruidas; taladas las mieses; los templos robados é incendiados.

Los caciques atiles Cativa y Atimín, ejercitan sus furoros hasta en los misioneros, y profanan las cosas sagradas: Fray Torino es una de sus víctimas; en el templo ruedan las imágenes despedazadas y los vasos sagrados, bebiendo en ellos «la asquerosa chicha», como indignada refiere la crónica.

Para suerte de los castellanos, los indios atiles son batidos por el General Cabrera, quien inmediatamente del triunfo marcha á sugetar á los andalgalas, con el propósito de hacer desde su tierra una entrada á los calchaquíes, cuya actitud, al principiar el alzamiento, conocemos ya.

Cabrera, llevando á cabo sus planes, fué desgraciado con estos indios valerosos é indomables, quienes, derrotándole en varios encuentros, obligaron al gefe castellano á buscar pronto refugio en Lóndres de Beién. Es de advertir que durante su retirada, los calchaquíes le venían picando por la retaguardia, hasta que concentró sus fuerzas en el pueblo, preparándose para la defensa del sitio que inmediatamente le pusieron.

Los esfuerzos de Cabrera fueron inútiles, y con sus fuerzas aniquiladas por los combates y fatigadas

por las marchas, vióse en la necesidad imperiosa de volar á la Rioja, en busca de asilo y protección. (1)

Hasta allí le persiguió la fereza y encarnizamiento de nuestros calchaquíes, obligándole á cruzar el despoblado entre Lóndres y aquella ciudad, con paso acelerado, sin darle tiempo ni de aplacar bien la sed de los fatigados y diezmados guerreros, llegando «más muerta que viva la gente de Lóndres á la Rioja», y esto con el auxilio del valeroso Juan Diego de Herrera y Guzmán, nieto del célebre Ramires de Velazco, quien firmemente tuvo que oponerse á la briosa vanguardia calchaquí.

El sitio de la Rioja fué desesperante, tanto que los castellanos desesperanzados de su vida no se ocupaban ya sinó de evitar la profanación de las imágenes y vasos sagrados, ocultándolos del invasor.

Tres ataques consecutivos debilitaron la resistencia, hasta que los sitiadores decidiéronse á poner fuego á la ciudad, lo que pudo evitar la vigilancia de sus defensores y el valor nunca bien ponderado del General Félix de Mendoza Luis de Cabrera, quien llegó hasta obtener una victoria sobre los indios. Pero el sitio no se levantaba, y ya el hambre iba á hacer más estragos que las flechas, pues los pobres riojanos hasta viéronse en la necesidad imperiosa de alimentarse con perros. A la miseria habia que añadir la peste, aunque ésta vino á salvarles, pues los calchaquíes levantaron el sitio de temor al contagio.

Nuestros valerosos naturales dejaron La Rioja después de muchas victorias sobre las armas castellanas, á contar desde el reto de Cabrera, y regresaban á enñender más la guerra en el corazón del Tucumán después de haber recorrido decenas y más decenas de leguas, desde las faldas del Nevado de Anconqui-ja (sin duda) hasta la ciudad de Todos los Santos, á

(1) Cabrera fué herido en Lóndres y lo llevaron en camilla á la Rioja, quedando la division al mando de D. Francisco de Nieva y Castilla.

la que, dicho sea de paso, ninguno de ellos se tomó la molestia de auxiliar.

En iguales extremos se encontraba San Miguel de Tucumán, al que dejamos asediado por los calchaquíes de Chelemín. Salta y Jujuy estaban para expirar, y como si todo se conjurase, Talavera de Madrid caía en tierra sacudida por espantoso terremoto.

Entre tanto descalabro, me voy olvidando de las repetidas disensiones civiles de los castellanos, que no cesaban ni entre las angustias y horrores de la guerra.

El Tucumán iba á perderse para siempre.

Tan fatales nuevas no tardaron en llegar á oídos del Virey del Perú, Conde del Chinchón, quien en 1632 apresuróse á enviar fuerzas en protección de los castellanos del Tucumán, estenuados y debilitados por las marchas, las vigiliás y las derrotas. El ejército, comandado por el Fiscal de la Real Audiencia, Dr. Antonio Ulloa, penetró á Calchaquí, después de haber prestado los socorros del caso á San Miguel y Salta, auxiliada tan solo por los pulares. Al tirar Ulloa su línea de fronteras, levantó un fuerte, que luego no más vióse obligado á abandonar.

Qué proporciones haya asumido la guerra de Calchaquí; cuántos fueron los encuentros y batallas, nada de esto se sabe. Los cronistas se limitan á decir que el ejército que marchó á operar sobre las tropas Calchaquíes hizo una campaña de *cinco años*, y esto engrosando sus filas con nuevos refuerzos que llegaron del Perú. Sin embargo, la historia tiene derecho de juzgar que la adversidad perseguiría como ántes á las tropas castellanas, si se tienen en cuenta tres hechos: la duración de la guerra, el abandono del fuerte de la Frontera y el envío de refuerzos ó socorros.

Mientras la crónica ignora la suerte que corriera durante largo espacio de tiempo el ejército del Perú, nos refiere la entrada á Calchaquí que por el sud hizo el General Luis de Cabrera, quien parte de la Rioja

al país de los alzados. Es curioso lo que el P. Lozano cuenta del religioso general al decidirse á hacer esta nueva expedición: «habló en público, dice, con admirable energía á todos, y poniéndoles adelante los argumentos manifiestos que casi se palpaban de estar Dios Nuestro Señor muy enojado contra los cristianos, los encendió á todos en muy vivos y eficaces deseos de aplacarle; y darle alguna satisfacción con una verdadera penitencia y enmienda de sus vidas: por tanto, dando un ejemplo muy cristiano el mismo general, que fué el primero en las lágrimas y demostraciones de dolor se confesaron todos, y muchos de ellos generalmente con extraordinaria emoción y sentimiento, que más parecían las reales romerías de devotos peregrinos, que alojamiento de soldados, sin dejar al padre tomar de noche el reposo necesario, ni descansar un punto de día, en algunos que se dedicaron para solo estos santos ejercicios y convenientísima disposición».

Antes que nada, el General Cabrera atacó con toda energía á los famatinas, ahorcando caciques y haciendo ejecuciones inhumanas.

Hasta hoy nos llena de horror la salvaje ejecución del infeliz *Corouilla*, valeroso cacique calchaquí, á quien condenó «á ser descuartizado por cuatro potros», apesar de los grandes tesoros que el pobre indio ofrecía poner en sus manos, saciando su avaricia. Pablo Groussac, con ese estilo que le es característico, pinta aquel horrible cuadro. «Era á principios del verano, dice, cuando la tierra tropical enardecida por el sol rajante hierve por ser fecunda, y parece agitarse bajo un inmenso y misterioso estremecimiento de pubertad. Tal vez hasta el pié de los cadalsos, llegára el estridente silbido del *coyuyo*, anunciando que la algarroba estaba madura, que habrían podido ir, como ántes, a perderse las parejas en la gran fiesta de la cosecha. Oh! última mirada de tristeza del indio condenado, hacía los bosques sombríos llenos de zumbidos de

picaflores, de rumores de alas y de gorgoros!—El cacique principal, Coronilla, fué descuartizado vivo por cuatro potros, suplicio bárbaro que sufrió también más tarde el desgraciado descendiente de los Incas, Tupac-Amarú. Siquiera no dice la historia que tuviera mujer é hijos el desgraciado calchaquí. (1)

La ruta que siguió Cabrera para dar en nuestro Calchaquí es, á mi juicio, muy sencillo comprender. De La Rioja tomó hácia el Norte hasta dar con las últimas ramificaciones de nuestras serranías que van á terminar en el territorio de esa Provincia; y siguiendo un camino paralelo á las mismas, enfrentóse á Capayán, cuyos indios con la ejecución salvaje de Fray Pablo, que acercóse á ellos á hablarles de sumisión, vengaron la cruel é inaudita muerte de Coronilla, sometiendo al buen fraile á un tormento casi tan horrible como el del cacique calchaquí.

A más de este acto aislado de barbarie, los capayanes presentaron varias batallas, quienes, vencidos, cedieron el paso á Cabrera.

El General español, en mi modo de entender, dirigiéndose al Oeste de la Provincia y dando én lo que es hoy el Departamento de Pomán, tomó el camino de la actual villa de Concepción y siguió por la *Quebrada del Potrero*, hasta trasponer las serranías del Ambato. Pruébalo con toda evidencia sus batallas con los capayanes, que indica haber dejado á espaldas el pasaje de la Sèbila, y el hecho de ir á dar con Pomán, donde la quebrada del mismo nombre desemboca, á más de la fundación que Cabrera hizo del pueblo de Lóndres (1633) en las planicies occidentales de las faldas de la gran serranía, en el pintoresco lugar en que hoy está situado Pomán.

El General, continuando su plan, dirigióse de Lóndres al gran valle de los Pacipas, hácia el noroeste, el que ocupa toda la extensión comprendida entre las

(1) ENSAYO HIST. DE TUCUMÁN

salinas y el destruido pueblo de Lóndres de Belén (1558).

El solo renombre del vencedor de los capayanes bastó para que los pacipas se rindieran. En su valle, con el propósito de contener à los abaucanes, fundó el Fuerte del *Pantano*, en los desaguaderos ò lagunillas del *Mayu-puka* ó Río Colorado.

Las tristes disenciones entre el poderoso General vencedor y el Gobernador Albornoz, no tardaron en producirse, dando ellas por resultado que la conquista se retardase.

S. S, mientras los acontecimientos anteriores se desarrollaban, desde el fuerte de San Bernardo, que habia construido muy cerca de la actual ciudad de Salta, llevaba el ataque á nuestros valerosos calchaquíes, que continuaban constantemente la guerra. Por el Norte y Sud, pues, los intrépidos hijos de la tierra estaban invadidos; y mientras Cabrera avanzaba, el Gobernador ganaba terreno en dirección al valle de Santa María, hasta que en 1634, con las fuerzas unidas de Esteco, Tucumán y Salta, S. S. invade á Calchaquí y sujeta y doma á los bravos *pacciocas*, que tanto rol desempeñan en la historia antecolonial, aunque nó al gefe calchaquí, que al frente de sus gerretros trasmona el Anconquija y hace su entrada á Yucumanita, en los llanos orientales de esta sierra adonde baja el hoy rio de las Cañas, decretando aquel la matanza en este pueblo, sin perdonar edad ni sexo.

Las fuerzas que en auxilio de la población llegaron luego no más de San Miguel, se dieron con escombros; los calchaquíes no habían dejado piedra sobre piedra.

El General Cabrera, que traía la invasión por el Sud, dirigióse por los valles á marchas forzadas cuando tuvo noticias de los calchaquíes que intentaban un segundo ataque á Yucumanita, sin haber escarmentado con una derrota que hacía poco acababan de sufrir.

Con estos triunfos de las armas castellanas, colpeños, pipanacos y anconquijas se sometieron sin condiciones, siguiendo su ejemplo otras parcialidades.

Algunas ejecuciones, llevadas á cabo por el General Cabrera al regresar con sus prisioneros de guerra á Løndres de Pomán, calmaron el furor de los naturales, siéndole desde entonces más fácil proseguir el sometimiento, siguiendo el recto y seguro camino de las victorias.

Las tropas castellanas no encontraron ya tropiezo alguno en su engreida marcha. Los ejércitos de la insurrección estaban despedazados y disueltos. La paz se iba poco á poco imponiendo en aquellos valles donde tanta sangre se había derramado, y de los cuales apenas si nos han llegado confusos los ecos de las batallas sangrientas.

Fuera de lo que he referido, y que la crónica nos trasmite, hay que añadir que el General Cabrera, arreglando sus disidencias con el Gobernador del Tucumán, continuó junto con él la larga guerra de Calchaquí, que hasta ese momento llevaba corridos diez años de récio y continuo batallar.

Los ejércitos castellanos unidos consiguieron su propósito: Calchaquí cayó por fin, al mortífero fuego del arcabuz, bañado en su propia sangre. En el año de 1637, en que sin duda concluyó la guerra, las parcialidades estaban abatidas; y si es verdad que las armas castellanas no habían aún penetrado á los vailes de Abaucán y Bishuill, también es cierto que sus pobladores, los abaucanes, fiambalaos, malfines y otros, sea por estar contenidos las dos primeras de estas parcialidades por el fuerte del Pantano, ó ya por su distancia y aislamiento de las plazas castellanas, se abstuvieron de provocar á los vencedores, aunque tampoco acataron su autoridad.

Recién en 1646, talvez á comienzos de año, las tribus de los valles de Bishuill y de Abaucán fueron **forzados por el General Pedro Nicolás de Brizuela,**

de orden del Gobernador D. Gutierre de Acosta y Padilla, á reconocer los deberes de vasallage á las armas y autoridades de la conquista, sin grandes resistencias, pues que el cacique Calchaquí, Utimba, se negó á confederarse con ellos.

Todo el cúmulo de acontecimientos desarrollados en la tragedia del alzamiento general ó el gran alzamiento, como le llaman algunos historiadores, hace famoso el gobierno de D. Felipe de Albornoz, tanto más cuanto que recién puede decirse que la raza recibe el golpe mortal que la dejó postrada á los piés del conquistador, sin dar signos de vida sinó más tarde.

Es, pues, un error el que se ha cometido por algún escritor de hacer partir la vida colonial del año 1627, cabalmente la época en que la verdadera conquista comienza, pues antes del gran alzamiento la raza podría estar transitoriamente caída en abatimiento, pero no vencida.

XL

Intencionalmente, al relatar los acontecimientos desarrollados durante el Gran Alzamiento, he omitido el nombre del valeroso cacique andalgalense, el héroe de la larga contienda de los diez años. (1)

Aludo al bravo cacique Chelemín, figura que se destaca en la historia envuelta por los resplandores del incendio.

Es Chelemín, caudillo de Andalgala, cacique de numerosas tribus, quien en 1634, apenas se escucha el rumor bélico de clarines ó pingollos, se lanza al lado oriental de las sierras, con la impetuosidad del

(1) Esto no quiere decir que de ningún modo asegure que Chelemín fué cacique de Andalgala, por más que llevó sus indios á la guerra.

torrente, por las espaldas de granito del escarpado y magestuoso Anconquiya.

Con efecto: apenas llegan á oídos de Chelemín los ecos de venganza de los caciques y curacas calchaquíes, cuando el formidable caudillo andalgalense convoca á sus guerreros y se lanza á batallar, sin esperar que el castellano llegue á sus dominios. Los nevados del Anconquiya, que mira al norte perderse entre las nubes, no le detienen el paso. El sabe el secreto de sus valles; y, sin duda alguna, precipitase á la cabeza de sus guerreros por la quebrada por donde corre el llamado río de las Cañas, que vá á dar en el valle de Alpachiri é invade la jurisdicción de San Miguel de Tucumán. Sabe que otra porción importante del ejército castellano le amenaza por la espalda, y desanda el camino, donde ha sembrado el pavor; y ora en las sierras, en las llanuras ó en las trincheras de su fuerte, presenta combate al General Cabrera.

Las condiciones que caracterizan la personalidad del Chelemín andalgalense, hacen que su nombre se escriba juntamente con el de los demás guerreros de la conquista y la resistencia, porque como éstos, es Chelemín uno de los batalladores por la libertad de la tierra natal, que desdeñaba la civilización española por su propia independencia, por más mísera y triste que fuese su vida de salvaje. Al valeroso cacique, por tanto, puede muy bien aplicarse la frase de un escritor de nuestros días: «El Calchaquí quiso más bien parecerse á la esbelta vicuña, que pide á las ásperas cumbres una yerba escasa y pobre, bebe el agua del ventisquero y corre riesgo de sucumbir bajo las garras del cóndor: pero que es libre, y juzga que ningún peligro es mayor que la servidumbre, pues muere de cierto en el cautiverio».

Chelemín está formado de esa pasta que dá al cuerpo la consistencia del hierro.

Sin duda que Chelemín, por lo poco que de él nos refiere la crónica, ó porque sus hazañas son limi-

tadas, no es una personalidad como la de D. Juan de Calchaquí; aunque también es cierto que en la historia de los hombres, el infortunio empequeñece las dimensiones del héroe.

Es por esto mismo que, prescindiendo de sus hazañas, D. Juan de Calchaquí estará siempre por encima de Chelemín: aquel pudo arrojar á los abuelos de la raza blanca, y éste tuvo que ser sacrificado por sus nietos: en Calchaquí el héroe encuentra ovaciones, y en Lóndres se alza el patíbulo para la víctima.

Calchaquí antes de Chelemín, ha estado mucho tiempo postrado á los piés del vencedor. Por eso apenas D. Felipe de Albornoz llega ha hacerse cargo de la sumisa gobernación del Tucumán, cuando corren centenares de caciques á doblar ante él la rodilla y á sufrir baldones y vergüenza.

Solo Chelemín se ha quedado en sus valles.

Su hijo, que porfara por rendir homenaje al nuevo enviado de D. Felipe, vuelve tan colérico como abatido, lo mismo que los doscientos vasallos que le acompañaran, con las señales del látigo en el rostro, y sin la espesa y larga cabellera lascía, que la esposa del cacique trenzara orgullosa con sus manos.

Chelemín se llena de ira por la afrenta que ha recibido su hijo y los curacas de las tribus amigas; hace suyo el baldón á su estirpe, y estalla, dando gritos de guerra.

Chelemín es el alma de la insurrección, que cruza las montañas y pone en peligro á San Miguel, que cerraba las puertas de Calchaquí y tenía en constante asecho á taffes y anafamas, mientras el incendio cunde hasta Salta y Jujuy, por un lado, y Lóndres, y aún La Rioja, por otro.

Las tribus todas están de pié, faltando solo á la consigna los ocho pueblos de los pulares de Salta. El Gran Alzamiento, que he descrito, tiene entonces lugar, durante el cual sucumbe Yucumanita; y el valeroso Capitán Ubina y sus compañeros son las primeras

víctimas de Chelemín, quien hace á un lado todos los estorbos, con el propósito de apretar el cerco de San Miguel, el cuartel general del ejército castellano en ese entonces.

La crónica nos refiere la horrible confusión que reinara. Los andalgalas, vasallos de Chelemín, más que cualquiera de las tribus, hacen lujo de bravura y de furor, si esceptuamos á los atiles de la Rioja, sus aliados, que sacrificaron bárbaramente á Fray Antonio Torino, á quien quisieron hacer arrodillar ante su ídolo y beber en el cáliz la chicha de sus bacanales.

Como el centro de operaciones de los naturales era en el corazón de Calchaquí, el General D. Gerónimo Luis de Cabrera fué enviado á sugetar á Andalgala, ó el valle de la tribu de Chelemín. Sus tentativas de vencer á los andalgalenses, con el propósito de pasar á Santa María, fueron estériles, pues que éstos «le hicieron tan vigorosa resistencia, que le obligaron á retroceder y retirarse á la ciudad de Lóndres».

Es de pensar, y con justos motivos, que en esta época debe haber sido cuando Chelemín construyó su fuerte á inmediaciones del actual pueblo de Andalgala, cuyas ruinas se conservan en largas murallas de piedra suelta. A propósito, es oportuno advertir que no debe confundirse el Fuerte de Andalgala «de Chelemín» con el Fuerte de Andalgala de «San Pedro de Mercado», desde donde posteriormente salió en campaña contra los calchaquíes el bravo General D. Francisco de Nieva y Castilla, llevando el propósito de secundar los planes del gobernador Mercado y Villacorta, de quien este último fuerte tomó el nombre.

La expedición de Cabrera contra los andalgalenses no pudo tener resultados. Chelemín, engreído por la victoria, siguió en persecución del general, picándole la retarguardia hasta sitiarse en Lóndres, al que los indios dejaron en seco con el desvío que hicieron de las acequias que proveían de agua al pueblo, y al

que los españoles vieron obligados á abandonar, dejándole en poder del enemigo.

Así sucumbió Londres.

Es probable, aunque nada diga la crónica, que Chelemín fué á la cabeza de las tropas andalgalenses que sitiaron La Rioja, y que sufriría también los azares del sitio, y la batida que les dió el otro Luis de Cabrera, D. Félix de Mendoza, hasta que los vencedores de Londres y los cercadores de la ciudad de Todos los Santos, se vieron obligados á abandonar el sitio y regresar á su país, de temor al contagio de la peste que se desarrolló.

En la oscuridad histórica de las largas campañas que hicieron sobre Calchaquí, en 1632 y en Setiembre de 1637, las fuerzas enviadas desde el Perú en socorro del gobernador del Tucumán, Chelemín debió forzosamente haber desempeñado el rol más importante, y obtenido victorias que anuncian los repetidos envíos de refuerzos al beligerante castellano.

Muy dura debe haber sido en esta época la lucha para los andalgalenses, pues hay que tener en cuenta que el General Gerónimo Luis de Cabrera cortó á los famatinas, aliados de aquellos, toda comunicación, á más de haberles obligado á pedir la paz. Aterrorizaría así mismo á los andalgalenses la ejecución que el general Cabrera hizo del pobre Coronilla, cacique Calchaquí, haciéndole despedazar por cuatro potros lanzados á la carrera, los que al llegar á Famatina separaron en cuatro partes el cuerpo del valeroso cuanto infeliz cacique.

Más crítica tuvo que hacerse luego la situación de los guerreros calchaquíes por la entrada que á su valle iba á hacer el general al comando de las tropas castellananas, entrada que efectuó después de atravesar el valle de Capayán, donde ocurrió la muerte bárbara, casi tan bárbara como la de Coronilla, de Fray Pablo, el embajador oficioso á los indios capayanes.

Llegado Cabrera á Calchaquí y fundado Londres

de Pomán en 1633, emprendió la conquista del valle de los paccipas, fronterizo por la parte sur con el del cacique Chelemín, sometiendo á aquellos inmediatamente.

El general Albornoz, con diferencia de corto tiempo, sugetaba á los pacciocas.

Quedaba en pie Chelemín al frente de sus tribus, oyendo en todos direcciones los fuegos del arcabuz castellano; y aunque los pacciocas estaban sometidos por lo pronto, no por eso dejaron, al parecer, de alargarle recursos de tropas, las que vinieron muy oportunamente á Chelemín, á quien «solo le habían quedado treinta vasallos», que con éstos «pudo juntar hasta cuatro cientos...., que se tenía barruntos de que eran dados por los pacciocas».

Fué con tropas tan poco numerosas con las que el bravo Chelemín atravesó las montañas; y amparado por las tinieblas de la noche asaltó á Yucumanita, uno de los pueblos de la jurisdicción de San Miguel, pasando á degüello á sus habitantes.

Este ataque se hizo con tal furor salvage, que el P. Lozano describe del modo siguiente tan desastrosa escena: «fuéles, dice, lastimosísimo espectáculo (á los españoles) ver quemadas las casas y la misma iglesia, donde estaban muertos muchos que allí se habían ido á guarecer, y no pocos reducidos á cenizas en el incendio; otros esparcidos por las calles, sus cadáveres horriblemente mutilados, muchos ya hombres y mujeres y aún criaturas de pecho arpados en flechas, estos derramadas las entrañas, revolcándose en su propia sangre y luchando con la muerte entre las últimas agonías, aquellos, divididos por los campos vecinos, donde con las ansias mortales se habían retirado á probar si podían salvar la vida en algunos escondrijos.»

Cuando los castellanos quisieron tomar venganza de Chelemín, éste, atendiendo á lo reducido de su tropa, huyó á los cerros más fragosos, donde, después

de algunos días, dándose con ellos el español, les mató ochenta soldados.

Chelemín, lejos de atemorizarse por el desastre sufrido, cruzando nuevamente las altas montañas y rehaciendo sus tropas, presentó batalla campal á Don Antonio, el hijo de D. Félix de Mendoza Luis de Cabrera, venido á Calchaquí desde La Rioja, juntamente con su padre.

Chelemín fuè vencido en la refriega; y después de dispersado su ejército, fácil fuè al jóven y valiente militar castellano rendir á los auconquijas, pipanacos y golpes, dados estos mismos más tarde, en 1651, en encomienda á Don Félix, en recompensa de esta hazaña.

Este desastre de las armas de Chelemín fuè precursor de otros nuevos, hasta que el valeroso cacique cayó prisionero de guerra.

Chelemín fuè sentenciado á muerte. ¿Para qué hablar después una palabra más de Calchaquí libre?...

El bravo cacique fuè traído á Lóndres de Pomán, donde fuè muerto, «*con rigor bien merecido*»:—ya debe comprenderse cómo....



LIBRO QUINTO

XLI—Consolidación de la conquista. Misiones. Gobierno de Don Alonso de Mercado y Villacorta.—**XLII**. Calchaquí sumiso. Predicción de los Jesuitas. Síntomas de guerra.—**XLIII**. El nuevo personaje (1657—1666). Pedro Chamijo ó Bohorquez. Bohorquez y los Virreyes. Su expedición á Paytiti. Su destierro.—**XLIV**. Bohorquez en el Tucumán. Huallpa Inca. El Titaquí Calchaquí. El cacique Pivanti y las tribus. Recepción de Pomán. Bohorquez en Tolombón. Conferencia de Tafi. El Inca en Famatina.—**XLV**. Preparativos bélicos. Fuerte de Andalgalá. Planes de Bohorquez. Los Pulares. Aprietos del Gobernador. Sitio y ataque de San Bernardo. Indulto y tregua. Prisión y ejecución del falso Inca.—**XLVI**. La Necrópolis calchaquí. Ruinas de Kilmes. Bravura de los quilmes.—**XLVII**. La guerra. Planes de los beligerantes. Tolombón y Colalao. Pacciocas y Pulares. Los Quilmes. Ataque y retirada. El cacique de Hualfin. D. Gerónimo Luis de Cabrera.—**XLVIII**. Segundo gobierno de Mercado y Villacorta. Fuerte de Talavera. Combates con los Quilmes. Capitulación de Ichín y Ochoa. Los Quilmes en Buenos Aires.

XLI

No estoy conforme con el señor Grousac en hacer partir la vida colonial de los albores del siglo XVII, por más que nos asevere que la conquista del Tucumán está asegurada y casi concluida, y agregue que

«el dique levantado por los españoles puede resistir el embate de las crecientes embravecidas que, si lo gran abrirse paso en un punto aislado y desprevenido, tiene muy pronto que retroceder cuando el esfuerzo de la defensa converge al punto amenaza lo. No es aventurado tampoco decir que poco á poco las ondas se aquietan y enanchando su lecho el torrente, contiene y divide su corriente en cien hilos de agua inofensivas y útiles». (1)

La deducción lógica de lo que acabamos de apuntar es que la conquista se consolida, y que con el gobierno de Rivera, que recién en 1611 termina, sucediéndole en el mando de Luis Quiñones de Osorio, comienza lo que podemos denominar el segundo período de la conquista, la obra de la subyugación de las tribus vencidas en los combates. No hay que olvidar tampoco que algunas parcialidades, como la de los quilmes y las de Abaucán y Famayfi, no han entrado aún en lucha, y que recién el año 43 y aún después de la mitad del siglo van á ser subyugadas, no sin mediar crueles combates, victorias y derrotas de una y otra parte. La raza está abatida, es cierto; pero aún no lleva en la frente el sello indeleble de los pueblos subyugados, y en prueba de ello que dos sacudimientos formidables van á mostrarnos á las claras que la idea de la independencia no vive solamente en el pensamiento, sinó que se manifiesta en acciones, en alzamientos y en guerras.

Plantar el primer jalón de la colonia en los albores del siglo XVII, es olvidar que, entonces, cabalmente, Calchaquí se pone de pié, aunque es cierto que eae bañado en su propia sangre. ¿Cómo se explica, por otra parte, esa vida colonial, cuando los caciques y curacas tratan con S. S. de potencia á potencia, y un acto descortés de éste enciende la hoguera de 1627, que dura diez años de constante batallar, du-

(1) ENSAYO HISTÓRICO, IV.

rante las cuales las tropas del gobierno del Tucumán son arrolladas y se vuelven impotentes para contener el incendio que cunde por todas partes, y por dos veces tienen que venir fuerzas auxiliares del Perú, sin las cuales la obra de la conquista se hubiera perdido por muchos años? ¿Cómo es, si es que la vida colonial impera, que apenas Pedro Chamijo se proclama Inca y habla de libertad à las tribus, el gran levantamiento se produce, levantamiento que hubiera dado en tierra con el poder castellano si Chamijo hubiera tenido tanto valor como labia, y hubiese sabido del arte de la guerra tanto como del arte de la magia-tería?

El afán de los castellanos durante todo ese tiempo no ha sido el de colonizar sinó de consolidar la obra del primer período de la conquista. Sus pueblos no eran de colonización sinó de estrategia militar.

Para mí la vida colonial, que dura hasta 1810, en que alborea la independencia de la raza mestiza ó criolla, si se quiere, no comienza sinó después de la sexta década del siglo XVII, cuando los quilmes son vencidos y la pacificación de la tierra se impone fatalmente con la expatriación de la raza ó de sus cambios forzados de domicilio.

Dicho esto, expliquemos cómo los castellanos consolidan la obra del primer período de la conquista del Tucumán.

Después que don Alonso de la Rivera abrió ancha herida en el pecho de la raza, la paz se impone por algunos años en casi todo el territorio de la Provincia. Los dos gobiernos de Quiñones de Osorio y Juan Alonso de Vera y Zárate, ocúpanse en consolidar la obra de aquel. Los misioneros parten en todas direcciones y predicán la religión cristiana, levantan iglesias ó instruyen á las tribus en los misterios del culto, en lo más espeso de los bosques ó en el seno de las motañas. En las encomiendas, cuando se trabaja, se reza y se entona salmos. Expedicionarios par-

ten de los pueblos á aquietar á las razas turbulentas ó á sellar su dominación.

Así andan las cosas del Tucumán hasta pasado el primer cuarto del siglo, advirtiennno que los gobiernos de Osorio y Zárate duraron diez y seis años, ocho cada uno de ellos, hasta que en 1626 se hace cargo del gobierno de la Provincia don Felipe de Albornoz.

Albornoz, lejos de obrar con la política y prudencia de sus antecesores, provoca á los caciques del Calchaquí, quienes sin demandar siquiera una satisfacción, mueven la más desastrosa de las guerras, que dura años y más años.

La figura de Chelemín andalgalense, de parte de los naturales, y la de los Luis de Cabrera, más que la del gobernador imprudente, de parte de los castellanos, se destacan con colores vivos en el fondo oscuro del cuadro trágico del *Gran Alzamiento*.

En este gran alzamiento, del que se ha dado minuciosos detalles, tomaron parte todas las tribus, sin excepción casi, desde los confines de la Rioja hasta las serranías de Jujuy, y especialmente los valerosos indios de nuestro Calchaquí. Los andalgalenses dieron señaladas pruebas de bravura y se mostraron en heroísmo dignos rivales de los indios de Yocavil.

La insurrección por esta vez cunde también en la región oriental de las sierras: la colonia del valle de Catamarca, ó sea el Valle Viejo, vése en serios aprietos, y la ciudad de San Miguel, con el ejemplo de Yucumanita, tiembla ante los rigores del cerco.

La refundación de Lóndres en 1633, en el centro del valle de Pomán y en posición elevada, fué un acto de estrategia militar, pues desde esta verdadera fortificación los castellanos operan sobre el oeste, hasta rendir á los bravos andalgalenses de Chelemín, á quien ejecutan en el nuevo pueblo.

La otra mitad del ejército castellano actuaba en el norte de la parte de Salta y Jujuy, ciudades que,

como San Miguel, Esteco y la Rioja, sufrieron los rigores del miedo y del hambre.

Sin duda que en 1637 la tierra se pacifica, después de sostener una guerra desesperada con todas las tribus; pero es oportuno advertir que el poder español hubiera sucumbido si el Virrey de Chinchón no envía desde el Perú fuerzas auxiliares al Tucumán, las que guerrearon cinco años en Calchaquí.

Con las paces entra al gobierno D. Francisco de Avendaño y Valdivia, quien, prosiguiendo en el plan de los antecesores del impolítico Albornoz, ordenó y protegió la predicación evangélica à las tribus.

Los cinco años de su gobierno fueron tranquilos, hasta que fallecido en Córdoba, la Real Audiencia designa como su sucesor à don Gil de Oscariz Beaumante y Navarro, quien apenas llega, muere en el valle de Catamarca, sucediéndole don Baltazar Pardo de Figueroa, famoso por sus hazañas en la guerra de Francia. Pardo de Figueroa da incremento à las misiones, convencido de que èsta era la mejor manera de consolidar la conquista.

En 1644 sucédele don Gutierrez de Acosta y Padilla, quien à causa de hostilizaciones hechas por los naturales à los padres de las misiones, declara la guerra à los indios de Malín, Abaugean y Sungín, à quienes después de vencer hace trasladar al pueblo de Pichana, de la jurisdicción de Córdoba. Contuvo algunos ligeros movimientos calchaquíes, y entró en las más cordiales relaciones con el cacique Utimba, de Encamana.

Después de seis años de gobierno, don Francisco Gil de Negrete sucedióle en el mando, quien entró en tan cordiales relaciones con los caciques calchaquíes que se mostraron asequibles à su pedido de cortarse la cabellera.

D. Roque Nestares Agurdo, sucesor de Negrete, fué tan injusto como codicioso. En atención à los abusos cometidos por él en las arcas fiscales, de las que

se cuenta que sustrajo más de «setenta mil pesos», S. M., separándole del gobierno, nombró en su lugar á don Pedro Montoya, hasta que, por fin, llega á hacerse cargo de la gobernación del Tucumán el famoso hidalgo don Alonso de Mercado y Villacorta.

Villacorta hízose cargo el 24 de Junio de 1655 del gobierno de la provincia.

El nuevo gobernador era un hombre valeroso y liberal, de corazón noble y justiciero, aunque su carácter presuntuoso y voluntarioso, así como su codicia de conquistador, amenguan la personalidad más distinguida de la conquista castellana en el Tucumán.

Apenas llega, emprende una lucha sorda contra los jesuitas, que mostraban marcadas tendencias á la dominación del país, especialmente contra el entonces obispo Maldonado. Mercado y Villacorta quería mantener el justo imperio de su autoridad civil contra los avances clericales; y es por eso mismo que el P. Lozano, á quien es preciso censurar siquiera esta vez por su fanatismo é intransigencia, trata á Villacorta con tanta acritud, en decenas de páginas. El pecado capital de S. S. fué declarar en aquellos benditos tiempos que las visitas políticas de la provincia correspondían solo al gobierno y nó á los prelados, que indudablemente se valdrían de ellas para asegurar su preponderancia.

El gobierno de Mercado y Villacorta será siempre famoso por la gran aventura de Pedro Chanijo ó Pedro Bohorquez, instigador de un gran alzamiento, producido por dos causas principales: la avaricia y credulidad del gobernador del Tucumán y las quijotescas pretensiones del aventurero andaluz á la corona de los Incas, seduciendo á las tribus con promesas halagadoras de independencia y libertad.

Al año siguiente de recibirse Mercado y Villacorta, Bohorquez, el quijotesco huesped, se presentó al Tucumán con el propósito de seducir á S. S. con las mismas patrañas y cuentos de ciudades encantadas

llenas de fabulosas riquezas, con que regalò el oído de los grandes dignatarios de la opulenta ciudad del Rimac.

Seducido y fascinado el gobernador con el inmenso enjambre de riquezas que Chamijo ponía ante sus ojos, fomenta su propaganda y dà alas á sus sueños ya despiertos de ambición. La ostentación del título de Inca entre las tribus en cambio de las riquezas de las huacas, que los mismos escondían: tal fué el pacto celebrado entre Chamijo y el incauto gobernador, el mismo que debía producir ese alzamiento que ha dado lugar à portentosos milagros, que hasta ahora cree el pueblo y que hasta el presente han hecho de la ciudad de Catamarca la Meca argentina, por su maravillosa tradición religiosa.

Ello es que la pasmosa é incauta credulidad de S. S. diò ocasión à que Bohorquez se abriese paso entre las tribus y prestigiase su nombre de caudillo. En alas de la fama este singular aparecido recorre el territorio de la Rioja, los valles de Catamarca, las llanuras de Tucumàn, las cumbres del Famatina y las cimas del Anconquiya; y no contento con eso hace la entrada diplomática y cortesana à Lóndres de Pomán, en el invierno de 1657, para mostrarse el más refinado de los políticos y el más astuto y adulado de los monarcas ante las tribus, que comenzaban ya à pronunciar con singular veneración el nombre de *Huallpa Inca*.

No se contenta con eso, y reúne consejos de caciques, perora à las tribus, cimenta las bases de su imperio rural y elige al pueblo de Tolombón, del valle de Santa María, como la corte de su nación, à la que dota de ejércitos y de fortalezas artilladas.... Y mientras tanto las arcas de S. S. están más vacías y exhaustas que nunca!

El alzamiento del falso Inca no tarda en producirse, cuando el incauto gobernador ve confuso y aterrizado que su castillo de sueños se desploma y que

la obra de la conquista pelagra como en la más aciaga de las ocasiones. Cartas de Mercado y Villacorta, provisiones del virey, denuncias del obispo, intrigas de frailes y de beatas, todo prueba que el gobernador se ha perdido en un laberinto sin salida que levantó la magia y la quimera en consorcio, como siempre, con la credulidad y la candidez de los incautos y fascinados.

El falso Inca desarrolla su plan, porque aunque hubiera, sin duda, querido contener à las belicosas tribus, éstas le hubieran arrastrado à la conquista de una libertad obtenida en apariencias y sellada por el conquistador con una falsa promesa. Bohorquez ya nada respeta, y comienza à derrochar altanería.

De aquellos tiempos data la fundación del Fuerte de Andalgalá, que hasta hoy subsiste con ese nombre, y es una de las poblaciones más importantes de la provincia de Catamarca.

En Setiembre de 1658 se encuentran, por fin, los ejércitos del falso Inca con las tropas de don Alonso de Mercado, y después de un combate de más de cinco horas, la victoria se decide por parte de S. S. Otros encuentros parciales tuvieron lugar en los que el *Titaquín* no se mostró tan estratégico como embaucador; de modo que asediado por los desastres resuelve entregarse à los castellanos, abandonando cobardemente à los suyos, que continúan la guerra emprendida à pesar de su desaparición.

Los rebeldes invadieron el pueblo de Lóndres, y el valiente Luis Henríquez hace su irrupción al territorio riojano: tal fué el plan de los abandonados vallos del falso Inca.

Como Calchaquí era el foco de la insurrección, decídese la entrada al valle alzado por dos partes: por las fronteras de Salta y de Lóndres, dejando guarnecida la de Tucumán bajo la custodia de don Felipe de Argañaráz y Murgia. D. Francisco de Nieva y Castilla fué encargado para dirigir el tercio de Lóndres,

llevando bajo su comando las fuerzas de la Rioja y cuatro compañías del valle de Catamarca.

Entre otras tribus, vióse á quilmes, yocahuilles y anguinahaos, independientes y alzadas. Recién después de cinco años los bravos quilmes doblegan la cabeza.

En Febrero de 1660 sucede al gobernador Mercado, don Gerónimo Luis de Cabrera, quien tanto papel hizo bajo el gobierno de Albornoz. Pero el nuevo gobernante, recibido en Jujuy, nada obró en contra de las tribus sublevadas, preocupado de la invasión holandesa al Rio de la Plata, contra la cual envió tropas.

Después de dos años de gobierno pacífico, sucedele respectivamente don Lucas de Figueroa y Mendoza y don Pedro Montoya, en 1663, de quienes nada digno hay que hacer mención, hasta que vuelve al gobierno don Alonso de Mercado y Villacorta, de quien tendré mucho qué hablar en seguida.

XLII

Los últimos esfuerzos de la resistencia Calchaquí habian cesado. Bajo el gobierno tutelar del engreido y bizarro capitán don Alonso de Mercado y Villacorta la raza de los bravos, tan silenciosa como sumisa, pasaba la vida en sus valles.

Nada le hablaba yá del suelo nativo. Sus dioses y divinidades habían enmudecido; los profetas y magos no aparecían ni por asomo.

La libertad vivía proscrita mas allá de los antemurales de piedra. Ya no había necesidad de esgrimir la espada.

Al soldado sustitúase el jesuita: el misionero Eugenio de Sancho estaba al frente de las reducciones. El astro-rey no se levantaba al compás de los canta-

res idólatras de los Incas. Donde estuvo el fuerte alzábase la modesta iglesia; el salmo religioso sustitufase al eco agorero del vivac ó al alarido del salvaje; en vez del guerrero, que cubre la cabeza con el yelmo, defiende el pecho con la cota acerada, guarnecida de arabescos y lleva al cinto la adarga, el misionero hacía la segunda conquista con la cruz, exhortando á la paz y la mansedumbre; en lugar del eco agudo del clarín, oíase el tañido de la campana, que resonaba en las lomas como la elegía pausada y monótona de los olvidos de una fè, apagada por el soplo de una creencia nueva; en vez de la libertad salvaje, la disciplina mística ordenaba el régimen de la vida, sin novedades ni atractivos; donde antes se escuchaba al curaca, apostrofando, oíase al fraile enseñando la oración de la tarde y el rezo de la mañana.

Un siglo de batallas transformó por completo la escena de la vida natural; el dominio de una civilización sobre otra civilización, de una raza sobre otra raza, de una creencia sobre otra creencia, hicieron desaparecer los personajes é impusieron desenlace á la tragedia. El indio parecía transformado.

Ya no se cortaban las ramas para arquearlas y atar sus extremos con la cuerda. Ya no petraba el salvaje á los matorrales á llenar de flechas el carcax y machacar las hiervas para contagiar de muerte las puntas de sus flechas.

En el valle Calchaquí el aire iba á los pulmones como impregnado de abatimiento. Los indios aclamaban el nombre de España aventurera, victoriosa, homicida y usurpadora. De los lábios brotaba el nombre del rey, como seguido de cortejo. No hay para qué decir que se pronunciára el de Inca, cuando se derrochaba el de Felipe IV.

El español, ocupando las más fértiles comarcas y las faldas verdes y llanas, repartíase el botín. Las tierras pasaron á sus manos y se dividían en mercedes. Los encomenderos repartíanse la familia. Los unos to-

maban á los niños; los otros á las mujeres. A las chozas indígenas faltaban pedazos de corazón. Los indios jóvenes y los viejos estaban ocupados en las mitas, cultivaban la tierra ó elaboraban las minas de Alcay. Si no había labores en Paytti, la Sal, Culumpajao, era porque aún no se había dado con esos famosos minerales, en cuya busca la avaricia de oro sembraría tempestades de hierro.

Los españoles estaban tan seguros de que su dominación no sería turbada un solo instante, que entre ellos comenzó á crecer pasto para las disenciones, á causa del reparto del botín de los vencidos.

Estas disenciones marcáronse aún más, á causa de la lucha de potestados empeñada entre el gobernador Mercado y Villacorta y los Jesuitas, cuyo poder era incontrastable en aquellos buenos años en que todo lo dominaban y absorbían.

Hastiado estaba don Alonso de las exigencias diarias del clero, y comenzó por levantar su dignidad de gobernante, dirigiendo amonestaciones, reproches y aún amenazas á los jesuitas, los que, como el obispo Maldonado, no hablaban sinó por boca de Dios ó exhortaban por mandato suyo.

No es entónces extraño que el clero de aquellos tiempos vaticinase acontecimientos funestos, á causa de la intromisión de don Alonso en las cosas del órden religioso. Pero Mercado, lejos de amedrentarse, tomó diversas medidas tendentes á menospreciar la potestad divina de la gente de sotana. Fué así como, entre muchas otras cosas, se atrevió á empeñarse en que todo el clero había de presentarle los títulos de sus beneficios y prevendas; amenazó (y en día de pascua) al Obispo con ejecutar la pena de las temporalidades; pretendió que en la Iglesia le diese la paz con la Patena y que él Preste le había de hacer la venia á la entrada y salida de la misma; exigió que sus armas habían de colocarse nada ménos que en el altar mayor; revocó autos de Su Ilustrísima, mandando á las justicias, ayuntamientos y moradores de las ciuda-

des que no permitiesen la visita de los prelados; notificó, en más de una ocasión, á los Obispos en persona, faltando de este modo á su sacra dignidad; declaró guerra abierta á los jesuitas, tirando á desacreditarlos con la publicación de una cédula que contra ellos vino de manos de Su Magestad; y, debido á sus maquinaciones, el rey don Felipe, á no mediar categórica retractación, hubiera tomado cartas en el asunto, á causa de que el P. Rector atrevióse á afirmar que S. M. habíase *retractado* del contenido de aquella cédula vejatoria, teniendo el mismísimo Obispo Maldonado que dirigir al rey una misiva curiosa, de la que son dignos de leerse estos párrafos: «El Padre Rector, Señor don Alonso, es un varon candilísimo que estudió más en el temor y servicio de Dios, que en las palabras con que habla, y en esta Provincia todos le tenemos por padre y madre de los pobres, ricos y toda concilión de gente; él nos riñe, él nos halaga, él llora con nosotros; con estos hombres y con otros semejantes no repara el Señor don Alonso en lo material de las palabras, repara en la sustancia de ellas, que mayor servicio y respeto es á S. M., servirle con las obras que testifican, que no poner este respeto y verdadero servicio en tildes de materiales palabras y más de varones cándidos y de vida santa»....

Se comprende muy bien que en aquellos benditos tiempos todas estas cosas debieron malquistar al Gobernador con los Prelados, quienes vaticinaron todo género de desgracias y calamidades, que la cólera divina debía acarrear en justo castigo á la altanería y soberbia de Mercado y Villacorta.

Los astutos jesuitas comprendieron bien la verdadera causa de sus pronósticos, teniendo en sus manos, como acontecía, los hilos de los sucesos. Un personaje extraordinariamente audaz, mezcla de profeta-mago y de brujo *embaydor*, asomó la cabeza por entre el cortinaje de la escena, turbando con su sola presencia la paz y tranquilidad del Tucumán.

Las cosas cambiaron de pronto; el panorama apareció con otros colores; el cielo caliginoso se empezó á cargar de electricidad.... ¿Qué acontecía en el sumiso Tucumán y en los Valles Calchaquíes?...

Apesar de su vida de sumisión y silencio, dentro del corazón de aquella raza turbulenta la idea de libertad permanecía escondida, como en una catacumba, esperando asomar en el instante propicio. Bajo la capa de aquel mutismo, fingido en lo real; bajo la máscara de las fisonomías serenas, ocultábase las formas del despecho, el rubor de la vergüenza, las líneas con que la ira cincela los rostros. Todo aquel mutismo, aquella sumisión, aquel aire de esclavitud, aquel abatimiento velado por la indiferencia, son momentáneos y estudiados. ¿Qué anhelan, qué esperan? ¿Qué no anhelan, qué no esperan?...

El indio Calchaquí; la raza indomable, esclava hoy, pero en el fondo de su alma, «libre como el venado de la Pampa;» la nación de pieles de guanaco y pluma de avestruz no se ha acabado aún. Todavía alienta el valle de Calchaquí, «cuna de los indios más indómitos y feroces que se han conocido en estas tres gobernaciones» al decir del cronista.

La escena se presenta de golpe, preparada para la catástrofe. ¿Qué vá á acontecer?...

XLIII

Preciso es, á fin de imponernos y empaparnos en los sucesos de los valles Calchaquíes, pacificados completamente por el gobierno de D. Felipe de Albornoz, que conozcamos al personaje que los precipitó; que hagamos un esbozo de la personalidad moral del profeta y redentor de estos naturales, hacía tiempo subyugados, pero aún no domados en espíritu, donde la libertad había alzado sus tiendas de refugio,

La figura de nuestro personaje destácase en el cuadro con vivos colores, en el fondo de una era de silencio y de mutismo. El actor de la redención es un personaje originalísimo, de esos que pocas veces aparecen en la historia de la conquista y emancipación. Como aventurero compite con el más audaz; como profeta puede colocarse al lado de los de Münster. Y lo más particular, lo más novelesco, es que no era hijo de esta tierra, sino que era español, y más que español, buen andaluz, oriundo de *Arabal*, en los estados del Duque de Osuna.

Esto, no obstante, con sus años de América había llegado al conocimiento de las costumbres y carácter de estos pueblos, y congeniaba con americanos y americanas, sobre todo. Hacía mucho tiempo que había dado el adiós á su tierra natal, en busca de aventuras y fortuna. Un tío suyo, el *Bellaco*, trájole á estas indias á la edad de diez y ocho años.

Desde niño viósele inclinado á las aventuras, los cuentos fantásticos de las hadas y espíritus malignos; y como buen andaluz, ensartaba más embustes que palabras. Espíritu inquieto, anhelaba horizontes más amplios donde agitarse y desplegarse á sus anchas. Por los navegantes vueltos de América, y por lo que las crónicas contaban, pasó muchas noches sin dormir, pensando en estas lejanas regiones del oro y de la riqueza, donde todos podían recoger á manos llenas los más ricos metales y las más preciosas piedras. La avaricia le entró los dedos en el cráneo; y ya no tenía sino una resolución: ir á América.

Con el relato de las aventuras y las descripciones fantásticas de estos países, ya puede comprenderse lo que pasaría en el espíritu inquieto de nuestro personaje. Si antes era embustero, ahora lo era mucho más, — causa que motivó reprensiones continuas de su padre. Su carácter novelesco, voluble é inconstante, está pintado por un escritor de su tiempo: «siempre en toda la comarca, dice, fué reputado por hombre bullicioso, embustero, mentiroso, hablador, inconstante y

sin firmeza, sagaz en lo que trataba, sin temor ni vergüenza de ser cogido en mentira, de eficaz persuasiva, amigo de traer y llevar chismes con que enredaba á muchos. Y para mejorar las costumbres, tenia muy pocos auxilios en el jénero de vida que pasaba; porque la indecencia de su traje le retría la comunicacion de gentes cultivadas, pues ordinariamente andaba descalzo de pié y pierna sin alcanzar mas que un mal juboncillo y un capotillo de cordillate, por lo cual pocas veces acudia aun á misa, los dias festivos.»

Es con estas recomendaciones de sus contemporáneos cómo tenemos que presentar á nuestro héroe, llamado en su tierra Pedro Chamijo ó Clavijo, y Pedro Bohorquez en el Perú, pues en Pasco, arrastrado por sus propias conveniencias, se decidió á cambiar de acurnia, usurpando el apellido de Bohorquez Giron, cuya genealogia, por cierto, estudió hasta la primera generación. Chamijo no se contentaba con ser Chamijo, ni menos con llevar apodos de embustero y *embaydor*, ser sobrino del *vellaco*, ni ser esposo de una *mitaya ó baludí*, «cuyo padrino era, al decir de Lozano, una persona tan calificada, como el Ventero de la Quinga.»

Llegado á Pisco con el tío suyo que le conducía á las Indias, separóse de él, yendo á dar á Quinga Tambo, donde hizo prodigios amorosos, dignos de D. Juan, no ocupándose sinó del nuevo Lovelace las damas de aquel pueblo, antes tan pacífico y tranquilo, y ahora inquietado por más de un motivo, pues hubo maridos destronados de sus tálamos, hermanos ofendidos, niñas seducidas, viejos burlados y todo lo que quiera añadir la crónica sobre las aventuras eróticas de nuestro personaje.

Ya se comprende que Pisco se hizo peligroso para nuestro hombre, quien pasó á Guancabélica á hacer ensayos en sus embustes, de donde tuvo que salir el andaluz, retirándose á los Andes, en seguimiento de una india, de quien se enamoró perdidamente. El panorama de aquellas montañas gigantes;

las cumbres, las hondanadas, los llanos, las selvas que guardan en su seno el aspecto salvaje de la naturaleza; la libertad sin límites ni freno que mora en aquellas soledades de los cóndores y las águilas, todo lo encadenó á aquella tierra virgen y hermosa, donde decidió permanecer algun tiempo, pasando año y medio en compañía de sus salvajes moradores. Allí captóse la voluntad de los indios, á los que fascinaba con sus embustes, cuentos fanásticos y supersticiosos, amoldándose á las costumbres de los naturales, estudiando su tradición, su modo de ser, su indole, su idioma, del que apenas masticaba una que otra palabra ó frase.

Es, sin duda, bajo aquel cielo, y entre aquellas montañas, donde comenzó á fraguar sus planes. Con rara dedicación inquiría diariamente noticias sobre huacas y minerales. Los indios, con su labia especial, le ponderaron los célebres minerales de Paititi y la Sal, conocidos por su nombre tradicional en todas aquellas regiones, aunque quizás ojo humano jamás los había visto ni por asomo. Pero, sea de ello lo que fuere, lo cierto es que entre los españoles corría ya la fama de aquellos tesoros, los más ricos y valiosos que poseyeron los Incas.

Con su india por compañera y con algunas piedras minerales que los indios le suministraron, tomó camino de los pueblos del Perú, llegando, despues de largas travesía, á Lima, la ciudad de los Virreyes, donde en ese entonces no se hablaba de otra cosa sinó de huacas, minerales y tesoros escondidos. El campo se presentaba abierto para nuestro héroe.

La sultana del Rimac llenóse con los maravillosos relatos de Pedro Bohorquez, tanto más cuanto que sabia que había pasado casi dos años entre los salvajes, indagándoles los secretos de su tesoros. Aquel hombre consiguió hacerse popular, y adquirió tal nombradía, que, movido por la avaricia el entonces virrey, Conde del Chinchon, le dió especial audiencia, invitándole y pidiéndole encarecidamente

que por sus propios labios le refriese todo lo que en la ciudad era ya fama sobre los preciosos minerales, cuyos secretos él era el único que poseía.

Es así cómo al poco tiempo nuestro personaje tomaba camino de los Andes al frente de veinticuatro arcabuceros, pasando por las Provincias de Tacama, Chinchaycochea y Moyobambas.

Pero de esta expedición, para nosotros que sabemos el secreto de sus secretos, fácil nos era pronosticar su resultado. Después de duro y penoso viaje, á través de las serranías ásperas y escarpadas, nada vió de minas ni cosa que se parezca, resistiendo sus soldados á seguir adelante en empresa tan aventurada como imaginaria. Ni sus amenazas, ni sus ruegos, contuvieron á los soldados, al frente de los cuales entró de nuevo á la Ciudad de los Virreyes, tan vacío de bolsa, como de estómago.

Mucho tuvo Bohorques qué hacer para contener las iras del Virrey, quien llegó al convencimiento de que éste no era otra cosa que un andaluz, y un andaluz de los más refinadamente natos y embusteros, por lo mismo. Disculpado ante el Virrey, tuvo bastante habilidad para que el pueblo no lo tamase por ladino embaucador, haciendo uso de su abundante labia y de sus embustes y mojigaterías á fin de desmentir cualquier sospecha que pudiera eclipsar su reputación de aventurero afortunado. Y, para hacerse más popular entre los paisanos, mulatos, indios y cholos, hizo su aparición de un día para otro como astrólogo, prestidigitador, mágico, metamorfoseador, y hasta adivino. El populacho lo seguía de día y de noche en numerosa procesión, escuchando sus palabras, no perdiéndole de vista un solo instante, admirando su rara y singular habilidad, su destreza y lijerza de manos. El pueblo todo sabía que sacaba huevos de los fraques y chupetines de los nobles y las chaquetas de los plebeyos; que hacía desaparecer palomas encantadas de entre sus manos; que barajaba las balas que le tiraban, apuntándole al pecho;

que comía fuego y sacábase rollos de cintas de la boca. El era el único que sabía el movimiento de los astros y conocía sus secretos, previendo castástrofes que se realizaban, y adivinando el destino de cada uno de los admiradores de este hombre, engendro de habilidades, especie de Cagliostro y Mesmer, más hábil, charlatán y refinado saltimbanquí que sus modelos. (1)

Se dió por hombre de inmensos caudales; y con la boca bien abierta y circunspecta entereza, contaba á todos su estadía en un gran pueblo, escondido entre las serranías, el cual estaba asentado en simientes de oro y de zafiro. Las casas, columnas, pórticos y monumentos de este pueblo, eran de plata maciza, hábilmente pulimentada. Su pueblo era, pues, una Jauja, en toda la extensión de la palabra.

Refiriéndose á su estadía en Lima por esta época, dice nuestro historiador, Dr. Lopez: «El pueblo se electrizaba con aquellas historias; no ordenados renunciaban á su santísima carrera, los frailes y los ordenados, no pudiendo renunciar, tiraban los hábitos, dejaban poblarse la corona y crecer la barba; formaban especie de mesnadas entre ellos, para ir en busca de aquel pueblo, más famoso que los de Mil y una Noches. Olvidaban las beatas las novenas y las setenas y andaban embarulladas con los cuentos del andaluz. La historia, parca en sus narraciones, no dice como la crónica que hubo hasta monjas á quienes llegaron las historias y se mandaron á mudar de sus conventos vestidas de caballeros, con las ropas del sacristan que las prestaba gentilmente para la escapatoria. En fin, toda Lima andaba alborotada con el forastero y las tapadas se encargaban de alborotarla más, pues se dice que Bohorquez, además de embaucador de hombres, era embaucador de

(1) Todas estas aseveraciones las hace el Dr. Lopez en su artículo *Huacapa Inca, ó El Emperador Andaluz* (Buenos Aires)

mujeres y tuvo muy buenas fortunas, así en las bajas como en las altas clases sociales, debido no solo á las habilidades de su lengua, sinó tambien á su hermosa y gentil apostura.

«Llegó el renombre del recién llegado al palacio del Virey, y la Vireyna lo recibió en su Cámara, y los oidores de la Real Audiencia no quisieron ser menos y lo llevaron á sus casas y se entusiasmaron con él las *oidoras*; y lo buscaron los fiscales de cámaras y los miembros del Tribunal de Cuentas y los Alcaldes y demás Consejales. Andaba Bohorquez de un lado á otro, como Niño Dios, y todos lo adulaban y todos lo festejaban: bebido, alimentado, agasajado en todas las casas, llevado á bodas y bautismos, á saraos, á toros y cañas, á cuanta fiesta se daba en Lima por aquellos días de bendita credulidad.» (1)

Para dar visos de misterio á su vida de aventurero, volvió de nuevo con mil patrañas, sobre sus famosas minas, con el objeto á la vez de conseguir dinero y bagajes á fin de llevar á cumplido término su premeditada empresa. Con ambos objetos, creyó conveniente dejar á Lima, pasando á Aricaja, Sahagun, Apolobamba, hasta internarse á la región habitada por los indios Chumchos, á los que no tardó en seducir, fascinando sus imaginaciones calenturientas.

Después de algún tiempo, pasó á la Plata, donde por esta vez no escapó de la saña de corregidores y alcaldes, á causa de sus repetidos embustes y nocturnos jaleos y aventuras. Pero no tardó mucho, y las puertas de la prisión le fueron abiertas de par en par, porque consiguió sonsacar al Presidente de la Real Audiencia, que por entonces lo era Lizarasu, al cual enseñóle un mapa de Paytiti, que con su propia mano y habilidad singular habia imaginado y confeccionado.

Como una buena muestra de su sagacidad para seducir al Presidente de la Audiencia, no resistió a la

(1) Lopez, op. cit.

tentación de transcribir este sabroso párrafo: «Mostró pues, dice el cronista, al Presidente un mapa que había formado del gran Paytiti, provincia ó provincias que decía ser vastas, y ricas de numerosas poblaciones y ciudades fértiles en todo género de frutos, abundantes de especería y varias drogas, aves y animales exquisitos, cuya existencia afianza sobre su palabra, y con el débil fundamento de traerlos pintados según su capricho. Mostraba también en dibujo reyes íngas, bárbaros ó indias señoras poderosas, ocupadas las manos con vasos de oro y plata, y ataviadas con riquísimas joyas y preseas, señales de la grande opulencia que poseían en sus dominios, los cuales expresaba y dividía con individuación muy puntual, señalándolos con términos y distritos en que ejercitaban su soberanía. Creyó el incauto Presidente, y sacándole de la cárcel le dió su lado y su mesa para tenerle mas grato, dejándole andar libre á su voluntad; ni paró en eso, sino que para acreditarle ante su Magestad, y su Real Consejo de Indias, escribió á su favor cartas, ponderando las grandes conveniencias que se seguirían al bien público de la monarquía, en que á éste hombre se le diese fomento, para emprender la entrada por los Andes y el descubrimiento de aquel riquísimo imperio.»

De la Plata pasó á Potosí; pero menos crédulos los magnates de este pueblo, viéndose nuestro personaje burlado en sus empresas, retiróse nuevamente á Mayobamba, volviendo á la vida salvaje, y permaneciendo dos años entre los indios. Entre tanto, llevaba gastados doce mil pesos, lo que no le pesaba, pues ya comenzó su propaganda entre las belicosas tribus indianas. Nada le pasaba desapercibido; y apenas se despararramó por esos mundos apartados la noticia del recibimiento del nuevo Virrey, el Marqués de Mancera, nuestro Bohorquez despidióse de sus amigos, los hospitalarios indios, y regresa otra vez á Lima, de donde hacia tiempo que faltaba.

Aún la Sultana del Rimac no habia olvidado á

aquel hombre singularmente extraordinario, que por tanto tiempo llenó con su solo nombre plazas, y calles, y chozas y palacios, llamando la admiración del Virey, Alcalde de primer voto, Oidores, Preboste de la Hermandad, Gran Inquisidor, y cholos, paisanos, indios, negros y mulatos.

No es extraño, entonces, que nuestro hombre fuese perfectamente bien visto y recibido por sus Altezas, à cuyos palacios diósele entrada y en cuyas casas ofrecíasele hospitalidad; ni tampoco llamó à nadie la atención de que el Virey, por intermedio de su Secretario y su hijo, don Antonio Sebastian Toledo, le diese audiencia, y lo que es más particular, le creyese todos sus embustes, historias, fábulas, y encantamientos sobre el famoso y nunca bien ponderado Paytiti, objeto de todas las crónicas de la avaricia y la ambición de los aventureros.

A los pocos días todo se arregló entre el Virey y nuestro hombre. Quedò solemnemente pactado que Bohorquez se lanzara à la mayor brevedad à la conquista del gran Paytiti, con minas, y curacas y cuanto tuviese, volviendo à los idólatras à la fé catòlica, — comprometiéndose el Virey à proveerlo del dinero y equipo para la famosa expedición, así como de cuarenta soldados perfectamente armados, dándole à màs una buena porción en las minas y tierras del descubrimiento, con la promesa, por añadidura, de emplearle en el servicio de Su Magestad,—honor el más alto al que podria aspirar un «zapatero saparrastroso», como le comenzaba à calificar la envidia, que, mordiéndose los labios, hablaba muy por lo bajo, sin atreverse à aquel hombre, sorprendente y extraordinario, dechado de ciencia y de conciencia.

La satisfacción y el contento pintábanse en el rostro del ladino andaluz, quien, entre aclamaciones ruidosas, salió de la ciudad de los Vireyes à la cabeza de sus cuarenta hombres, bizarros y bien montados, tomando rumbos hàcia la reducción de Fray Triviño.

Los soldados apresuraban la marcha; y en las paradas de campamento, al rededor de la hoguera, oían con asombro los relatos maravillosos de su jefe y la narración de sus aventuras. Aquella vez el sueño mismo hablábales de riquezas.

El intrépido andaluz vadeó con su tropa al Chinchomayo, trabando fuerte lucha con los bárbaros, que querían detenerlo en las riberas; y después de récia carga y mejor batida, fundó no lejos del río un pueblecillo, teatro de sus bazañas, nombrando, como si se tratase de una ciudad, alcaldes, regidores y alguaciles. Los soldados se mostraron contentos los primeros días.

Como la estadia se alargase y no aparecieran las tan famosas y ponderadas minas, la gente comenzó al principio á refunfuñar entre dientes, hasta que estalló una especie de motin, que dió por resultado la deserción de algunos de sus soldados más valerosos, y, sobre todo, ménos crédulos. A los que quedaron fieles, prometióles un porvenir más halagüeño, decidiéndoles á marchar adelante. Los crédulos soldados dejaron el pueblo, llenos de satisfacción y de esperanza. Desde lejos divisábase el cerro de Guancabamba, cuyas riquezas ponderò. Una vez en las quebradas y hondanadas de la escarpada serranía, los rastros de las minas no aparecían. El hambre y la sed fueron el único hallazgo de aquellos aventureros ilusos y crédulos.

En vano nuestro hombre, con su labia abundosa, tentó de nuevo á engañarles, pintándolès tesoros y maravillas unos pasos más allá:--los soldados le arguyeron, rebatieron y contradijeron en sus vistas, y, no pudiendo vencerle con raiocinios, aún después de probarle que era imposible de hallar atadero á la mancha de sus quimeras, arremetieron á su jefe espada en mano, el que, ante tal demostración, cedió por fin, dejando volver á los aventureros, los que al pasar por su pueblo *la Sal*, fundado en los cimientos de sus sueños, lo incendiaron, á fin de que no quedase ni

rastros de aquella expedición quijotesca, en la que no habían ganado sino miserias, desengaño y ridículo.

Nada detuvo ni arredró al andaluz. Por el contrario, solo y desamparado, regresó á Lima, y tuvo la desgraciada audacia de presentarse en el palacio del Virey, al que embistió con quejas y aún reproches por la indisciplina de los soldados y mal éxito de aquella aventura, la más famosa, por lo quimérica, que se hubiera llevado á cabo en aquellos tiempos en que el Dios de la credulidad imperaba.

Terminó su largo y elocuente discurso solicitando más gente. Pero el Virey, fustigado con las burlas de palacio y de la corte, lejos de acceder á sus repetidas y ardientes súplicas, desidió desterrarle perpetuamente á Chile, á la provincia de Valdivia, conduciéndole á una saetía que estaba próxima á zarpar de la rada de Callao.

«En vano, dice el cronista, pidieron por él casadas y solteras, de alto y bajo cuño, beatas y reclusas; todo fué en vano: fué desairado el bello sexo de Lima; y cuando el crepúsculo caía sobre las aguas del Callao, desde lo alto de sus fuertes, pudo verse á la saetía cubierta de velas, que aprovechando las brisas panamaenses, salía viento en popa, llevando á su bordo aquel Lovelace y hechicero que llenó con sus hazañas y aventuras el salon limeño del siglo XVII».

Llegado á su presidio de Chile, después de larga y penosa navegación, nuestro héroe fué encerrado en su celda, bajo la celosa custodia de un guardián portugués. Bohorquez, una vez allí, miró con tristeza lo inaccesible de los muros y comenzó á mover los cerrojos con la llave maestra de sus aventuras y cuentos de Paytiti. Nuestro guarda, que ya sabemos que era portugués, con lo que todo está dicho, se llenó con tanto maravilloso relato, enseñando en cambio á su prisionero á labrar piezas de artillería forradas con cuero, y con las cuales podía disparar con seguridad y ventaja.

La fama del hechicero no tardó en llegar á palacio; y el dia menos pensado, el entonces Virey, don Antonio de Cabrera Vazquez y Acuña, se le presentó á las puertas de su prisión, quedando asombrado de aquel hombre tan ingenioso como útil, que aparte del relato de sus minas y desgracias, le sedujo con su reciente descubrimiento de los cañones de madera, tan necesarios en aquellos tiempos para la propia defensa contra infieles é idólatras.

Hacer el primer ensayo y captarse la voluntad del Virey fué obra de un momento. De aquí que á los pocos días, lejos nuestro hombre de hallarse entre cuatro paredes, respiraba el aire puro de la atmósfera chilena, y los leales soldados de S. M. inclinaban la cabeza en señal de respeto, reconociéndole capitán de infantería.

Luego no más, á poco andar, tuvo que fugarse á Santiago, donde á la sazón había llegado un pliego de providencias del Perú, ordenando prontamente su prisión, lo cual sabido al instante por nuestro hombre, decidióse á cruzar los Andes, camino de Cuyo, desde cuyas provincias encaminóse al viejo Tucumán, donde hemos dejado gobernando á don Alonso Mercado y Villacorta, en paz y gracia de Dios, por más que los reverendísimos padres de la sacra Compañía, mas absolutos y engreídos que el mismo Mercado, habían vacinado á éste descalabros sin counta.

XLIV

Hemos llegado con nuestro singular personage al Tucumán, después de acompañarle en todas sus maravillosas expediciones.

Ya tenemos á nuestro hêroe de este lado de los Andes, sano y salvo, sin que justicias y ayuntamientos pudieran apoderarse de él, por más que lloviesen, unas tras otras, órdenes, exhortos, mandamientos de

prisión, en el empeño de asegurar nuevamente al audaz presidiario.

La estadía en Cuyo se hizo peligrosa para el andaluz, pues tenía conocimiento de que en San Juan habíase abierto un pliego del Virey en que se ordenaba su inmediata prisión. Como en esas provincias nada tenía que hacer nuestro hombre, tendió la mirada hácia el Valle de Calchaquí, donde tanta tragedia había tenido lugar, con motivo del Alzamiento General; donde la lucha aún debería persistir por más tiempo, pues que estaban calientes las cenizas de la libertad arrebatada á los naturales, y donde tanto y tanto se decía y se mentaba sobre famosas minas, como las de Acay y Casablanca, que darían á nuestro héroe un tema fecundísimo para sus patrañas y embustes. Algo, á lo menos, podía sacarse de este río revuelto. Así lo comprendió nuestro hombre, y así sucedió, efectivamente.

No tardó en emprender la marcha; y tomando por el despoblado de Pismanta, salió al Valle de Guandacol y Campañas, yendo á parar á Famatina, sin hacerse presente en la Ciudad de la Rioja.

Fuè en esta ocasión cuando nuestro hombre comenzó á desarrollar sus planes de proclamarse Inca, legítimo heredero de estos Valles y de este Imperio, como descendiente en línea recta de los hijos del Sol,

Sin penetrar á las ciudades, dominadas por el español, internábase en los bosques de talas y chañares, ó tomaba hácia las montañas, á fin de relacionarse y hacerse conocer de los indios, á los que hablaba de sus títulos, de su gobierno en el gran Paytiti, de sus riquezas y poderío, así como de su inmenso anhelo de reconquistar el suelo natal, hollado sin derecho y con barbarie por la planta del extranjero.

Bohorquez tocó á los indios en la cuerda sensible. Los naturales, abatidos y subyugados, destinados á las encomiendas ó las minas, ya debe suponerse cómo escucharían á este hombre extraordinario, que les tocaba el alma y fascinaba la imaginación, ora deplo-

rando su perdida libertad, ó ya empleando toda su labia, fecunda y seductora, para describirles las riquezas de su gran Paytiti, donde había dejado de monarca á un hijo suyo.

Aquel hombre extraordinario que conocía todos los secretos de la atracción de los naturales hácia su persona, prontamente fué adquiriendo decidida popularidad entre los indios, quienes veían en *Huallpa Inca* á su redentor, su gefe y su monarca.

Los indios, reservados como la boca de una tumba, apenas si en la soledad del desierto ó de la noche, contaban en misterio al resto de los naturales lo grandioso y magnánimo de los planes del aparecido.

Prendado, como el que más, quedó el esforzado y popular Cacique Pivanti de aquel hombre colosal, que tales planes meditaba y que tantas hazañas llevaba hechas. Fué este indio valeroso uno de los primeros en jurarle obediencia y reconocerle Inca, una vez que penetró Bohorquez al Valle de Calchaquí, por el cual corría su nombre en alas de la fama.

Acompañado de Pivanti, tomó á Calchaquí mismo, subiendo por la cuesta de Choromoro, como si se dirigiera al Perú, para extravíar á los españoles que, sagaces, y desconfiados, pudieran darse cuenta de sus designios sediciosos y hostiles. tanto más cuanto que entonces á los indios viejos y los indiecitos no se les caía del lábio la frase de la sumisión: «No hay otro Inga en la América que el rey de Castilla y de Leon,» que los españoles tenían buen cuidado de grabarla en la conciencia de los naturales, á fin de quitarles hasta la más remota idea de la reconquista del suelo nativo.

El Cacique Pivanti se encargó de las regias presentaciones del nuevo Inca en todo el país por donde atravesaban, contando muy en secreto los designios del grande y poderoso monarca. A Pivanti uniéronse pronto en su propaganda numerosos Caciques y Curacas, lo que seguían tras de Bohorquez, admiradores de su talento, sabiduría y patriotismo.

Nuestro héroe, en tanto, presentábase rodeado de misterios á los ojos de aquella razas turbulentas, que en el fondo de su alma guardaban odio eterno á la dominación extranjera. Rodeado de los caciques, y al lado de una india chilena, a los que todos aclamaban como á la *Coya*, nuestro hombre penetraba á valles y montañas. Una vez en medio de los indios, ceñida la frente del *Huuto*, parábase airoso en medio de las turbas fanatizadas con su sola presencia; y antes de exigirles la sumisión de vasallos, hablábales en elocuentes palabras de la historia delumbrante de sus antecesores, los Incas muertos, y más que todo de la sabiduría del Inca Pachacutec, que daba la explicación de los movimientos diurnos del sol y las estrellas; del misterio de los días y las noches; de los encantos de la luna, que siempre envolvía su gloria en los cendales de su luz tibia y mortecina; referiales de cómo Huaina Capac, saliendo al frente de la invasión del Cuzco, había cruzado los Andes, sus rios y montañas, hasta llegar á la cabeza de trescientos mil guerreros á conquistar el rico Tucumán, célebre por sus minerales, pieles y algodones; de cómo los españoles dieron muerte afrentosa y traidora á Atahualpa, saqueando sus tesoros y derumbando los templos, destinados al culto del Sol, lleno de ira al dilatar su pupila ardiente y tender la vista hácia estos países subyugados, sometidos y esclavizados.

Después hablábales de su gran Paytiti; de las riquezas contenidas en este pueblo fabuloso, que habíase conservado independiente de las invasiones castellanas, estrellándose á sus puertas todo el poderío de sus armas victoriosas. De este tema deslizábase habilmente á su objeto,—cual era imbuir en el espíritu tumultuoso y atribulado de la raza catamarcana, la idea de libertad y de revelión.

Facilmente se comprende que Bohorquez, con tales prédicas y enseñanzas, debía abrirse paso entre esas multitudes, ébrias con las maravillas de sus relatos sin fin,

Son, pues, los momentos en que olvidamos á Pedro Chamijo, y saludemos á Huallpa Inca, al grande y valeroso Titaquin de las regiones calchaquíes; al hijo del Sol, aclamado y reconocido por todos los pueblos, en valles y montañas, y por los caciques y curacas, sábios é ignorantes, indios é indias. El astrólogo y metamorfoseador veía cumplidos sus sueños.

Si en el espíritu indomable de algunos de los naturales sugió la idea de que los Incas hollaron el suelo natal y que fueron los enemigos de su raza, á los que combatieron á sangre y fuego, sin doblar jamás la frente ni rendir el brazo, también es cierto que este Inca venía á hablarles de libertad, de emancipación, y que los naturales debieran mil y mil veces preferir su dominio antes que la esclavitud de los señores de la raza blanca.

Sin esta explicación es difícil darse cuenta de esta especie de anacronismo histórico.

El prestigio del Inca lo prueba una carta dirigida por el Padre Eugenio Sancho al Gobernador Mercado y Villacorta, fechada en trece de Abril de 1657, en el pueblo de Santa María de los Angeles de Yocavil, de la cual sacamos este párrafo: «Los días pasados dí cuenta à las justicias del Tucumán y Lóndres del estado de este Valle, y al presente he juzgado darla á V. E. y avisarle como vino el General Don Pedro Bohorquez conducido de los curacas, que teniendo noticia de su persona fueron desolados en busca suya á los Choromoros (1), de donde con alborozos y regocijos extraordinarios, le condujeron al pueblo de Tofombón, y de allí à los demás pueblos del Valle, festejando y aclamando su venida, como lo hicieron en uno de sus antiguos Incas, reconociendo en él su sangre.»

(1) En un documento de 1659 aparece que en Choromoros, vivían los indios *bejetines y hatacas*.—y así dice: "En el valle de Choromoros, jurisdicción de la ciudad de San Miguel de Tucumán, donde residen los indios de Bejetines y Hatacas que fueron de Esteco, etc." (M. S. Escribanía Lauro Román, Tucumán).

Su ilustrísima el obispo señor Maldonado, pronosticando en otra carta lo que después iba á acontecer, en uno de sus párrafos confirma la idea que acabo de emitir sobre por qué tituló Inca fuese recibido con su misión y homenaje por los calchaquíes. Dice así: «Por carta que tube y relación del señor D. Alfonso, gobernador de esta provincia, veo el lleno de lo sucedido hasta aquel día, y las personas y esperanzas de Calchaquí. Lo que siento en esto es que Calchaquí no amó ni conoció al Inca, sino sugeto con presidios, y así me parece que ménos le conocerán muerto, *si no es valiéndose de esa noticia en su amparo contra nosotros.*»

Esto mismo nos muestra por las claras que los españoles conocían sus designios de sublevar y dominar estos países. La nueva del aparecido corrió de boca en boca, llegando hasta Lima, la ciudad del Virrey, esparcida por la Quebrada de Humahuaca, Oruro y Potosí.

Bohorquez comprendió al instante que para salir más airoso en su empeño y obtener el logro completo de sus aspiraciones sin límites, le convenía por entonces entrar en estrechas relaciones con los españoles, y muy especialmente con D. Alonso, el Gobernador del Tucumán.

Fué así como acompañado de algunos curacas y gente de la servidumbre imperial, penetró á la misión de P. Eugenio de Sancho al cual no se presentó á nuestro héroe sino después de haber visto á los Caciques de esas comarcas y puéstoles en completo conocimiento de sus planes. Como el P. Eugenio le pidiera explicaciones del por qué de su título de Inca, Bohorquez con profunda sumisión y unción mística, manifestó al jesuita que su intento era captarse la voluntad de aquellas naciones á fin de incitarlas al servicio de S. M., como leal y humilde vasallo, así como de propender á su conversión, facilitando la predicación de la fé del Crucificado, en prueba de su fervor católico.

Más que perplejo quedóse el misionero con el celo del aparecido; y cuando éste decidióse á escribir al Gobernador, que á la sazón se encontraba en Córdoba, nuestro Rdo. Padre prometiòle una recomendación en el sentido en que Bohorquez lo hacia á D. Alonso. La carta de nuestro héroe fué un tejido de ponderaciones y de maravillas. Hablábale de su poderío, de su popularidad entre los indios, de sus grandes planes, de su Paytiti, de huacas descubiertas, de minerales y tesoros de los que él solo podía saber el secreto, de la conversión de las tribus.

El Gobernador, inmediatamente de concebir los vastos planes que la avaricia le sugería, llamó á su cámara al ilustrísimo Fray Melchor Maldonado de Saavedra, á fin de tomar consejo de él. Méns ambicioso que D. Alonso, y con sus veintidos años de conocimiento de esta Diócesis del Tucumán, Fray Melchor opúsose obstinadamente, como toda persona sensata á quien consultó el Gobernador, á entrar en relaciones de ninguna especie con el falso Inca, que había ya en Córdoba quien le conocía de antes en Lima, cuando no pasaba de ser un embustero y saltimbanquí.

Pero por más que á D. Alonso se le entraran las razones por los cinco sentidos, nadie le pudo arrancar su idea de acoger con alma y corazón los planes del Titaquin, ni aún después de las severas reflexiones del valeroso y experto Capitan D. Pedro de Soria Medrano, quien veía á las claras que Bohorquez era el peligro en casa, y que al menor ademán ó palabra del falso Inca, todos aquellos pueblos, todas aquellas tribus, le seguirían ansiosos de libertad á los campos de batalla.

Así, pues, nuestro Gobernador desapareció de Córdoba una noche, y después de algún tiempo sabíase que había tomado camino de Calchaquí, atravesando el atajo de Quilino á fin de precipitar la marcha y darse cuanto antes con su hombre en las fronteras de Londres, donde éste debía aguardarle.

A los pocos días de dejar Córdoba, tenemos á nuestro D. Alonso de Mercado y Villacorta en el pueblo de Pomán, preparando la recepción del famoso Inca, al cual había enviado presurosamente un *chastique* con el objeto de darle audiencia en el pueblo.

Entre tanto, preparábase el pueblo de Pomán para hacer público festejo por la honrosa vista de Huallpá Inca, moviéndose todo, desde el sacerdote hasta el sirviente, el hidalgo, y el plebeyo y el mulato. La ansiedad por conocer al aparecido era inmensa, indescriptible.

El obispo Maldonado, ordenó que en la Catedral y todas las iglesias de la provincia se tocasen las campanas. En los templos de religiosos se celebraron solemnes misas, patente el Santísimo Sacramento.

El gobernador por su parte, encargábase del arreglo y limpieza del pueblo; juntaba la chusma y le enseñaba ejercicios militares; forma dos batallones, con sus gefes y oficiales, uno de caballería y otro de infantería; hace trabajar arcos de triunfo; prepara todo lo necesario para banquetes; adiestra una pareja de caballos para el coche de gala, que hasta de coche se proveyó en esos tiempos para tal objeto nuestro buen Gobernador; y lo más sorprendente, lo mas admirable, es que nuestro Gobernador manda construir *un teatro* y hace ensayar dos comedias ó dramas que figuraban en el programa de los públicos festejos al tan popular como famoso Titaquin; dispúsose el lugar del hospicio para él y los caciques; preparóse el cortejo oficial, ordenando que toda la gente de chupetin y los vecinos de Lóndres y hasta los de la Rioja, concúriesen al acto solemne de la recepción; aumentóse la guardia de honor con ochenta soldados que se trajeron á marcha forzada del presidio de Andalgala.

El Titaquin, por su parte, que no quería quedar en ménos que el Gobernador, dispuso la reunión general de caciques, curacas y grandes de la Cortes Calchaquies. Al llamamiento de Huallpa acudieron presurosos todos los caciques, con escepción de dos

de los Pulares, que se encontraban enfermos, y los de la parcialidad de los Pacciocas, por conveniencias políticas, á indicación de Bohorquez.

Con ciento diez y siete caciques llegó el Inca á Pilzihao, en Andalgalá, deteniéndose una semana á pedido del Gobernador á fin de darse tiempo para organizar mejor la recepción á tan ilustres como augustos huéspedes. Es claro que durante toda la estadía todos los fuertes y crecidos gastos ocasionados corrian de cuenta de S. E.

El Inca llegaba á Pomán. Desde léjos divisábanse las verdes colinas y hondonadas de este pintoresco pueblo, situado en la falda occidental del cerro de Sijan.

¿Quièn no deseaba conocer al personaje novelesco?.. De repente suenan los clarines, y la caballería é infantería, ordenadas en dos alas, con banderas desplegadas, entre músicas y aclamaciones, marchan á encontrar al Inca.

Montado en un brioso caballo, con inmenso séquito de caciques, curacas y grandes de las Cortes Calchaquíes, lujosamente vestido, el Titaquín deteniase á legua y media de la Capital.

En filas ordenóse la marcha; y cuando caciques, curacas, gefes, oficiales y arcabuceros partian paso á paso, en acompasados y marciales movimientos, vése por entre las filas de los hombres de armas, volar un carruaje descubierto, alornado convenientemente. El Gobernador preparó á Bohorquez la primer sorpresa, invitándoles á tomar asiento en un vehiculo que habia dispuesto para ambos.

Así entraron al pueblo, donde viejos, mugeres, niños, indios y cholos, confundidos y mezclados en una masa enorme, esperaban al Aparecido, al cual aclamaban en todo el trayecto, una, diez, cien, mil veces, como si se tratara de un gran general que regresára á su país con los laureles de una gran victoria.

La entrada se hizo por entre aquel tumulto, ébrio de regocijo, que seguía luego al carruaje y ocupaba

en las avenidas del trayecto que debía recorrer los costados donde se habían colocado buen número de arcos triunfalés, llenos de colgaduras de colores, de gajos de árbol y ramos de flores.

De pronto la comitiva llegaba á la Iglesia. Las campanas, como bocas de mugeres que saludan la llegada del ausente, llenan los aires con sus ecos.

Bohorquez, que preparaba golpes de efecto á las mil maravillas, al enfrentarse al santo recinto, descendió del carruage, saludó sumiso á los altos representantes del clero y á las justicias del pueblo. Manda que caciques y curacas se acerquen, y antes de las afectuosas salutations y cortesías, la tijera comienza á desempeñar sus oficios en las melenas de los monarcas indios, cortándoles el cabello á la raíz,—acto que implicaba, más que amistad, rendimiento y sumisión ante las cortes y las altas dignidades que allí obraban en representación de S. M.

El acto de cortarse la melena, fué perfectamente mirado por los españoles, pues es sacrificio el más grande que en honor y rendimiento suyo podia hacer la nobleza calchaquí, toda vez que para los indios cortarse la melena, era más que deshonor, ignominia y baldón. A causa de haberlo verificado en algunos caciques y curacas, por resentimiento ó desprecio, más de una vez estalló la guerra, para borrar esa vergüenza. Recuérdase que esta y no otra, fué la causa del *Alzamiento general*, que duró diez años consecutivos, de luchas diarias. ¡Tan caro costaban las melenas de los caciques y curacas, cortadas aquel dia sin precio ni menoscabo de la honra, en señal de amistad y reconocimiento!

Nuestro personaje y los caciques, al son de música y repiques, acompañados de justicias é hidalgos, penetran al recinto del templo, comenzando el *Te Deum* de gracias al Señor de los ejércitos, patente el Santísimo Sacramento del altar. En medio de la función religiosa, el orador subió á la cátedra de San Pedro y por vez primera se predicó en el idioma de los Calchaquíes.

Después hubo recepción soberbia, desfile de tropas; corrióse á la sortija; lidiáronse toros; jugáronse cañas, imitando los jugadores españoles el traje de los Incas. Y, por último, por más que parezca un anacoreta, por la noche la comitiva de los caciques y curacas, ocupaba los asientos del teatro, donde se representó una comedia, repitiéndose otra al día siguiente.

¡Quién pensara que, al escribir la historia de las representaciones dramáticas en la República Argentina, se tenga que buscar los albores de nuestro teatro en Londres de Pomán, á mediados del siglo XVII, con caciques y curacas por espectadores, —y lo más particular es que desde entonces hasta nuestros días apenas si los pomanistas saben de oídas lo que es teatro, y difícilmente alguno de ello sabe que en su pueblo se representaron comedias antes que en ninguna otra parte, y se pronunciaban discursos y arengas en las fiestas públicas y en los banquetes. Ya se vé bien, pues, que el arte se derrochaba en Pomán en esos buenos tiempos, y que en nuestros días llegan de cuando en cuando al pueblo saltimbanquis, maromeros y payasos.

Quince días consecutivos duraron las fiestas de recepción de nuestro Bohorquez, con el programa que hemos indicado, amen de recibos, banquetes, bailes y saraos.

Grande fué el contento de los españoles al escuchar á Bohorquez sus relatos, y mucho mayores las ilusiones de los avaros, que por lo generallo eran todos, al oírle contar de minas, tesoros, huacas y riquezas. Nadie hablaba de otra cosa que del Inca; y nuestro hombre veíase mil veces más admirado y agasajado que en Limá. El Gobernador D. Alonso, más que ningún otro se deshacía en cortesías y adulaciones al Titaquín, creyendo con toda candidez todo el enjambre de fábulas, patrañas y embustes que abortaba aquella boca, nacida para mentir cada día que se abría. Una plena confirmación de ello encontramos en la carta que desde Pomán dirijiera en ese entonces al

Ilmo. Fray Melchior de Maldonado y Saavedra, en el cual entre otras cosas le decía: «Los calchaquíes le han prometido unos lavaderos de oro, à las espaldas de su tierra, y el descubrimiento de las labores de la Casablanca, tan solicitada de la porfía de los españoles, y el de algunos entierros de capitales del Inga, de los cuales ha visto dos que dejó manifestados ante mí, y son los que dimos por el primer aviso. Los pulares, le aseguran una riqueza de minas, en sus términos, que por haber de ser, si se consigue, tan vecina al ingenio de San Bernardo de Acay, tendrá esta conveniencia más. Los caciques de Famatina à quienes hace venir con este intento, examinándolos de vuelta al despedirles, le han ofrecido no dejar nada oculto de aquel cerro de suyo tan noticioso y decantado, y le aseguraron particularmente cuatro noticias, que le dí por memoria de las que por acá se tenían....»

Terminadas las fiestas, fué oportuno tratar con Bohorquez y los caciques. Al efecto el Gobernador convocó diez y siete personas para las juntas, con asistencia de justicias, alcaldes provinciales y ordinarios, teniente gobernador, alférez real, regidor, licenciados, consejo de notables y jesuitas, entre los que se encontraba el conocido P. Torreblanca, sin los cuales nada se podía deliberar, mucho más cuando debía tratarse de la conversión de los infieles. Las reuniones tuvieron lugar en el recinto del cabildo de Londres.

Nadie puso en discusión la influencia del aparecido sobre las tribus calchaquíes. Al revés todos abrigaban temores de que aquella pudiera más tarde acarrear descalabros sin cuento; pero la palabra persuasiva del Gobernador calmó los ánimos, los que se exhaltaban à medida que trataba sobre el tema de los grandes secretos y riquezas de que el Titaquín era poseedor. Lo de la conversión de los infieles, servía de exordio à los discursos de la avaricia.

Indudablemente que al celo de los jesuitas interesaba la conversión de los idólatras; pero nuestro gobernador y el real consejo de notables no pensaba ni

soñaba en otra cosa que en tesoros, minas y huacas.

Sin embargo, fué de lo espiritual de lo primero que se trató, arreglando este punto con entera satisfacción de creyentes y prelados. En el punto tesoros y minas, objetivo de las juntas, Bohorquez se comprometió solamente á descubrirlas y entregarlas á los españoles, denunciando de antemano algunas, como su gran Paytiti, tan famoso como las quimeras del aparecido.

Donde las juntas estuvieron disidentes, trabándose largas y penosas discusiones, fué al tratarse de si debía ó no de conferírsele á Bohorquez el título de *Inca*. Para el gobernador no cabía vacilación posible, to la vez que con ese título, al aparecido se le abría el camino para captarse la decidida voluntad de los indios, aumentando su prestigio. Pero en el seno de las Juntas se levantó una voz de protesta, murmurando que «no había otro Inca que S. M.», opinando un segundo que conferir ese título era complicare «en el delito de lesa majestad», hasta el grado que uno de los frailes hizo á nuestro gobernador el siguiente argumento, que lo dejó suspenso por un instante: «¿cómo decía, se quiere sobre una mentira entablar la verdad de la fé».

Sin embargo, inclináronse las Juntas á la voluntad del gobernador, que se encontraba nervioso con tantas dilaciones y temores imaginarios, cuando se trataba de inmensas riquezas y fortuna. Así fué, pues, cómo después de muchas sesiones, pusieron los notables de acuerdo sobre las siguientes bases de arreglo, concediéndose en reciprocidad al Titaquin: que Bohorquez entrase al Valle de Calchaquí; que tuviese jurisdicción de «teniente de gobernador y justicia mayor y capitán de guerra del Valle de Calchaquí»; que usase el título de Inca, por último. En fé de lo cual, garantiendo bajo su palabra de caballero de ser súbdito sumiso de S. M. y de abandonar Calchaquí á la primera insinuación, firmóse el tratado, prestando el nuevo Inca juramento en la plaza pública, delante de los

notables, y rindiendo «pleito homenaje» á los piés del Gobernador.

Tan famoso arreglo fué celebrado solemnemente, entre otras cosas con un banquete, al que asistieron todos los notables, Bohorquez, el Gobernador y los caciques y curacas. Ello es que en el banquete todo fué aplausos, agasajos y ovaciones al Inca. Tocó el instante de brindar al gobernador; y copa en mano, después de hablar del tratado y su significación, así como de la persona del monarca indio, hizo uso de toda su elocuencia en la peroración, exhortando á los caciques que presentes estaban, á la obediencia y respeto á su jefe, así como de la perpétua alianza entre nativos y españoles, no sin dejar de amenazarles con guerra, caso que las cláusulas del tratado no se observasen estrictamente.

Por fin, llegó el momento de dejar á Lóndres y decidióse la partida á Calchaquí, con el mismo acompañamiento é iguales honores y ovaciones que á la entrada. Al darse unos y otros el último apretón de manos, espinado quedó el corazón del gobernador, pensando en aquel inmenso cortejo de caciques y en el podería del falso Inca, vislumbrando, sin duda, lo que, más tarde acontecería. Pero la codicia vendió las sospechas y desconfanzas. Los jesuitas, más que nadie, por si las cosas andaban mal, no dejaban de prevenir el espíritu novedoso del Gobernador, aconsejándole tino y prudencia, sin hacer mucho caso de las promesas del falso Inca, á quien tampoco tuvieron embarazo en decirselo claramente, como lo prueba este sabroso párrafo de carta que el Obispo de Córdoba dirijiéra al monarca de Calchaquí: «No hay huacas, Señor D. Pedro, ni minas, y las que hay y las riquezas que nos han de dar son flechas. No estribe en que se cortaron los cabellos, que cada día se los cortan. Vmd. viva con cuidado, por que le han de matar, y si la flaqueza humana se nos rinde con alguna india (que somos hombres) se han de abrazar ea celos, ó la otra que Vmd. trae de

Chile.... Y si la mestiza se pica, qué no le harán decir los celos, sobre ser mestiza le levantarán á Vmd. mil testimonios y celosa les meterá á los indios en la cabeza que todo lo que Vmd. les dice son embustes; y no se descuidará de los españoles que les dirá peores cosas, y que Vmd. viene huyendo de Valdivia y que Chile queda alzado... ¿Quién señor D. Pedro tapaná la boca á una muger celosa?....»

Pero Borquez estaba léjos de prestar oídos á ninguna observación, que la apartase del camino andado; ni D. Alonso estaba para escuchar ni una sola palabra, que no fuese en encomio de su hombre, en quien veía un dechado de maravillas. El gobernador se quedó esperando los tesoros; y el fabuloso Inca, por voluntad de las Juntas y grandes de la corte castellana, volvió al seno de sus montañas, comenzando por adueñarse de todos los caminos y encrucijadas, á fin de sorprender todos los planes, movimientos y correspondencia de los españoles. Y la verdad es que cartas iban y venían; y sin embargo, casi ninguna llegaba á su destino. De este modo Bohorquez estaba en todos los secretos del gobernador y los jesuitas, para los cuales no comenzó á ser muy simpático, á causa de su vida licenciosa de mal cristiano.

Una vez en el seno de la montañas, en los valles y quebradas de las sierras, Bohorquez comenzó á maquinár en el sentido de desarrollar sus planes.

El Gobernador escribióle, manifestándole que pedía la aprobación de los compromisos firmados al virey, y la Audiencia esperando que no tropezarían con ningún obstáculo. Al mismo tiempo remitióle más de un presente, enviándole, entre otras cosas, vestiduras bordadas, trajes de Inca, juntamente con un *llauto*, guardado con un sol.

Fué así como, lujosamente vestido y ataviado, se presentó á las tribus, deslumbrándolas con su magnificencia y poderío, mucho más al verlo ligado con el enemigo blanco.

Entretanto, Lima estaba llena de que Pedro Chamijo se había coronado de Inca en los valles calchaquies, acarreando zozobra á Virey y Audiencia tan inesperada como extraña noticia, que se confirmó al abrir el pliego de Villacorta. Por pocas las justicias no cayeron desmayadas al considerar cuán incauto era el Gobernador del Tucumán, y á cuánto peligro no se exponía todo el vireynato con el astuto presidiario al frente de las tribus calchaquies.

Fáciles comprender, entonces, que apenas llegára el pliego del gobernador del Tucumán, cuando el virey, por decisión unánime del Real Acuerdo, envióle otro pliego, peprobándole aservamente su conducta inexplicable, previniéndole, por si ignoraba aún quién era Pedro Chamijo, el deportado á Valdivia, brujo, embustero, embajador y revoltoso. «No hay más Inca que S. M. Sr. D. Alonso», decíale el Virey al ordenarle la inmediata prisión y envió á Potosí de nuestro Titaquín, que era bien zorro para comprender que solo podía pasarlo seguro en los breñales de la sierras, en medio de sus vasallos, en las fortificaciones de piedra, amparado por el valor y el bariño de los suyos.

Las cosas cambiaron tan de pronto, que las órdenes del virey llegaron en los primeros días de Diciembre, á los cuatro meses después que el falso Inca dejára Lóndres, entre aclamaciones estrepitosas y ovaciones sin ejemplo.

Avergonzado, y más que avergonzado, quedó 'D. Alonso con semejante repulsa y con tan apretadas órdenes, «que á semejante mortificación se esponen los que pagados de su juicio, desprecian el ajeno, como si al suyo propio estuvieran únicamente vinculados los aciertos».

A la primera orden y á la primera requisitoria, sucedieron otras. Pero ya la cosa no era tan sencilla, como lo imaginaba el virey, por más que las noticias llegaban abultadas á la sultana del Rimac. Empresa magna era tomar á Bohorquez, quien en ese entonces podía disparar cien flechas contra cada pecho. Obra de

un general más que esperto y valeroso era la de reducir al Inca, tan prestigioso en en las tribus, como lleno de soberbia; y de aquí es que el gobernador desenvainó el arma de la astucia. Pero Bohorquez era á la fecha más zorro que Pedro Chamijo para dejarse prender, y ménos por D. Alonso, quien le acababa de rendir pruebas de esquisita candidez y credulidad. A más de eso, bien que conocía Bohorquez las órdenes de Lima, pues había sorprendido varias comunicaciones en que se trataba del asunto, y de la manera cómo podía realizarse, en el sentido de darle caza.

No quedaba al Inca otro camino espedito á su salvación que armarse hasta los dientes y prepararse á la resistencia. Practicamente se había dado cuenta del valor de los tolombones, únicos indios también que desde antes de la conquista eran partidarios de la dominación incásica. Es por esto que, como primera medida de seguridad, decidió trasladarse á su país, á fin de buscarse entre esos indios su guardia de palacio, y formarse su estado mayor.

Los tolombones habitaban una zona enteramente montañosa (1). Pocos son los llanos y muchas las quebradas y hondanadas que lo surcan. Las cimas de los cerros rara vez han sentido la planta del hombre, pues solo veíanse las sendas de los guanacos y venados, que elijen las cumbres más fragogas é inaccesibles. Solo la boca de una quebrada, por donde salía el rio, daba acceso al país de los tolombones, que conocían perfectamente la topografía del suelo, y que andaban sin reparo ni peligro por los más ásperos cerros. Para ellos era, pues, sencillísimo defender la entrada á su país y contener la invasión de los enemigos blancos.

Fué allí donde, por lo pronto, sentó sus reales nuestro Titaquín, en medio de las más grandes aclamaciones y general contento de los tolombones.

(1) Tolombón está en el corazón del Valle Calchaquí (1600 m.)

Al instante de penetrar á este país, echó los cimientos de un gran fuerte, de esos que construían tan artísticamente los indios, rodeados de elevada y macizas *pircas* de piedra lisa. Para rechazar el ataque al fuerte construyó cuatro piezas de artillería de madera, de las mismas que le enseñó á fabricar el portugués aquel del presidio de Valdivia. Las piezas defendían las murallas del fuerte. Proveyóse de hacienda y de víveres, para el caso de un sitio; tomó todos los caminos, llenó de espías todas las sendas; armó cuatro arcabuceros españoles; alejó á los indios del trato de los jesuitas; incitóles á la desobediencia á los sacerdotes de sus pueblos; envió mensajes secretos á los caciques y curacas; ofreció visita real á los indios de Lóndres y Famatina; incitó á la libertad á los indios de las encomiendas; tomó por intérprete á un lenguaraz; y, por fin, para burlarse sangrientamente de los españoles, á vista y paciencia de jesuitas y dignatarios, se hacía llevar en hombros de los indios, con toda la prosopopeya de los Incas, y llegó hasta el grado de sacrificar á las divinidades de los naturales, con todo el arte de la ritualidad pagana.

Impacientóse grandemente D. Alonso con las denuncias, y más aún, con la conducta de su hombre, pues llegó abusivamente hasta el grado de llamar caciques y curacas á conferenciar en consejo, sin intervención de las justicias y sin la aquiescencia del gobernador. Esta ha sido la causa ú origen de la conferencia de Tafí (1), celebrada al poco tiempo entre D. Alonso, que asistió á la cita, solo con tres personas, y Bohorquez que se fué seguido de su estado mayor, en previsión, para en un caso desenredar la madeja de la celada ó astucia.

(1) En una escritura de 1674. Del archivo de Temporalidades existente hoy en el convento de Predicadores de la ciudad de Tucumán se lee lo siguiente, en un pedimento de tierras de *Tufingasta*, hecho por el Sargento Mayor Francisco de Aragon, añadiendo á sus títulos: 'y así mismo por haberlas tenido el enemigo *Calchaquí* por suya mas tiempo de *cuarenta años* y en este alzamiento y cuestion de D. Pedro Bohorquez.'

El gobernador iba preparado hacer á Inca todo género de cargos, por sus abusos y absolutismo. Bohorquez desplegó lujo de razones; y después de tanto decir y tanto contestar las réplicas de D.^o Alonso, con admirable sagacidad y tino, perplejo quedóse nuevamente el gobernador escuchando las vistas y pareceres de su hombre, á las cuales aparejaba su conducta. Por lo demás, D. Alonso, que era poco escrupuloso, ni hizo siquiera referencia de los escándalos, orgías y bacanales con la mulata chilena y las indias criollas; y ni aunque reprochables fueren estos desmanes, era más que imprudencia tratar de mugeres cuando asuntos de estado y finanzas habían invadido el cerebro del gobernador.

Bohorquez justificóse completamente, volviendo á la confianza de S. S., quien, como única restricción, le impuso la condición de que no podía hacer citaciones de caciques, curacas ò indios de armas, sin consentimiento prévio suyo ò de las justicias de su país.

Así concluyó la conferencia de Tafi. Pero viendo Bohorquez lo acequible del gobernador á oír prevencciones contra él, y temeroso de que tarde ò temprano las diese crédito, sedujo á su servidor mas íntimo, á fin de que tuviese al corriente de todo lo que S. S. pensase, dijese ó resolviese hacer ó llevar acabo, respecto á la persona y los asuntos de aquel.

A comienzos del 58, algún tiempo después de la conferencia de Tafi, el Titaquín pasó á Famatina, á cumplir con la visita anunciada á los caciques, bajo el pretexto, para los desconfiados de sus procederés, de que iba á buscar minas y tesorós en esos famosos cerros. El objeto era mover en su favor esa indiada, que tan poderosos auxilios podía prestarle en caso de guerra.

Perfectamente recibido y mejor hospedado por los indios famatinas, y de Machigasta, su prestigio y renombre volaron en alas de los cuatro vientos. A la cooperación de los caciques y curacaas, añadióse la del fa-

moso mestizo Henríquez, que tanto ha de dar que hacer más tarde, así como la de Casalpi. A Henríquez, al bajar de Machigasta al Valle Vieioso, cúpole la honra de ser designado y reconocido general de su ejército.

Por fin, después de dejar todo arreglado, partió con el mestizo, veinte indios y quince nuevas concubinas á Calchaquí.

Tanto había crecido hasta entonces su prestigio; su poder era tan inmenso, y tan múltiples los elementos con que contaba el Emperador Andalúz, que ya vociferaba al aire libre contra los españoles, á los que llamaba usurpadores de los dominios de sus mayores. Para entusiasmar á los indios y presentarles más odioso el yugo castellano, un día mandó construir un altar, y tomando flechas y haciéndose una herida en el brazo, las roció con su propia sangre, en señal de odio al enemigo blanco; luego brindó con chicha de algarroba, mezclada con jugo de *oro*, que hacía más efervescente la fermentación del licor de las libaciones indias. Las flechas volvían á ser colocadas en los altares, y entonces comenzaba la adoración á ellas, con todas las formalidades y prácticas externas del culto.

Nada escapó á la previsión de Bohorquez, haciendo lo posible porque los indios se alejasen de los españoles, evitando especialmente todo contacto con los jesuitas, como le ordenó á Henríquez, que descaba visitar á Pedro Torreblanca, quien le bautizó, casó y dió su propio nombre al primer hijo del mestizo. Luego se proveyó de cabalgaduras, que públicamente hacía arrear, é hizo venir nuevos curacas, dándoles instrucciones hostiles contra los españoles.

Recién, entonces, el gobernador despertó de su sueño de avacicia y candidez, mucho más, una vez que se instruyó de las denuncias del Padre Herrera y Guzman, Cura de Machigasta, de las revelaciones del Cacique D. Luis, á quien por desconfianzas Bohorquez pretendió asesinar, y por último, tan luego de tener en sus manos el espediente del Teniente Gobernador

Nieva y Castilla, puen en Londres inquirió sobre el caso, resultando de todos los antecedentes el inminente riesgo que corría la gobernación del Tucumán y tal vez el virreinato, desde el Rimac á Famatina.

XIV

En estos momentos, para hacer más crítica la situación de D. Alonso, llegaron nuevas y apretadas órdenes del Perú, de prender inmediatamente a Bohorquez.

Para dar comienzo á tamaña empresa, nuestro gobernador tomó la resolución de enviar á Nieva y Castilla á fundar el Fuerte de Andalgala, á fin de hacerle el centro de las operaciones, solicitando auxilios de Catamarca, de donde solo le enviaron veinte hombres mal armados, y requiriendo del Justicia Mayor de la Rioja más fuerzas, que no llegaban, por que éste estaba lleno de miedo. Ello es que S. S., más apurado y solícito que nunca, andaba de uno al otro lado en busca de auxilios, de brazos y pertrechos.

Como el caso urgía, y como tratándose de los reales derechos de la corona todos los medios son buenos, S. S. decidióse á tomar á Bohorquez con engaños, ó á quitarle del medio, valiéndose de un veneno activo.

Con su intención por delante, el Gobernador invitó á nuestro hombre á conferenciar en Choromoros sobre las misiones y las minas. Pero Bohorquez, pretestó encontrarse enfermo, y la conferencia no se llevó á cabo. Entonces S. S. se valió de dos personas, facultadas para arreglar los asuntos de la gobernación, con instrucciones de hacerlo [desaparecer. Comprendiendo Bohorquez el intento, vengóse dasairándole, públicamente, haciéndose conducir en andas al templo y gastando los arreos de Inca. Cuando la tercera tentativa, el Titaquin reunió reunió el consejo de los curacas ancianos, y su respuesta fué que su salida á las conferencias solicitadas por el español, era peligrosa. He aquí como relata el historiador la respuesta

del viejo curaca á su Inca: «habia entre sueños visto aquella noche, dijo, que á un despoblado campo muy anchuroso, salían á combatir dos águilas, una menor que otra, siendo el motivo de la lid, sobre cual de ellas había de llevar no sé que presa. Combatieron largo rato, y aunque la menor se defendía bastante, más con maña que con fuerza; pero al fin hubo de perder la presa, y quedó vencida por la mayor, que llena de saña por la poca resistencia, la acosó hasta dejarla sin vida.... El águila mayor es el gobernador y los españoles; tú y nosotros la menor; como si sales al despoblado de Cachipampa, será cierto quedaremos vencidos, y tú preso y perseguido hasta perder la vida á manos del gobernador.»

El sueño prevaleció en el consejo: fué la revelación del amauta y la profecía para el indio supersticioso. La respuesta fué la negativa á S. S., quien á la sazón habia ido á parar á Salta. A más de esto, y violando la fé jurada públicamente en Lóndres, prostrado de rodillas á los pié del Gobernador, el Inca hizo decir que no abandonaría Calchaquí ni la protección á sus vasallos,

Como las hostilidades debían romperse ante tan categórica manifestación, el Titaquin ordenó la junta general de caciques y curacas; y una vez en asamblea, pendientes las resoluciones de una palabra suya tocóles el corazon con un largo y meditado discurso, que duró dos horas. Recordó á los indios su antigua libertad, la vida de las selvas y las montañas; las alegrías del pasado y el dolor del presente; la sumisión de hoy y la altivez de ayer; el orgullo de la raza y la mansedumbre del rebaño. Y después de agitar el espíritu turbulento de aquella raza incomprensible, recordándole que era su redentor y que el español quería llevarle á la cruz de los mártirios, dijo á la multitud de los indios estaban clavados en su faz: «¿Para qué creis que me enviaba llamar? Para quitarme la vida y juntamente

à los curacas y otros que me acompañasen, y luego entrar à este valle y degollar viejos y viejas, y llevar à los demás y repartirlos por esclavos. No lo tengo de consentir mientras alentase sangre en mis venas; la vida perderè mil veces antes que permitirlo, porque vosotros sois mis parientes, sois mi sangre, os miro como hijos muy queridos, según me lo tiene bien merecido vuestra fineza y lealtad, y os tengo que defender hasta rendir el último aliento en la demanda.»

Con un grito salvaje de alegría fueron saludadas aquellas frases del Inca.

Estamos en los momentos del alzamiento general.

Bohorquez, que conocía el temple del adversario y los recursos con que debía contar para batirlo, apresuróse à enviar la flecha à todos los curacas y caciques, no solo de Calchaquí, sinó también de los Salado y Dulce, de Casavindo y Cochino, de Chinchas y Potosí, en las fronteras del Perú. Todas las naciones y tribus contestaron à su llamado, con decisión y entusiasmo. Su popularidad se dilató tanto, que más tarde se batieron en alianza con los españoles; todos los indios estaban listos à secundar los planes del Titaquín. «¡Viva el Inga y mueran los mitos!»—era el santo y seña, de Londres à Potosí.

Como medida precaucional à fin de evitar la deserción de los timoratos ó indecisos, prohibió à los indios, bajo pena de muerte, todo trato con los jesuitas. Pero el gobernador no pudiendo valerse de los Padres de Calchaquí, tentó à la indisciplina, enviando indultos para el mestizo Enriquez, su familia y demás indios que no siguieran al falso Inca, al que denunciaba como andaluz, valiéndose de un indio de Bombolan, el que estaba encargado de hacer la historia de Pedro Chamijo. Entonces Bohorquez, fingiéndose temeroso de entrar en lid con S. S., y aprovechando la remisión de los indultos à Calchaquí, envió à solicitar indulto para todos, valiéndose à su vez de los religiosos de la Compañía. Su objeto no

era otro que desterrar á los jesuitas, como lo demuestra el acto hostil de ahorcar al cacique Casalpí, aliado de los españoles, desde que tentára contra su vida en Famatina.

Léjos ya del país los jesuitas, ébrios los indios de rábía y de botín, al grito de «¡Viva el Inca muera el rey!»—incendieron conventos é iglesias, robando campanas, retablos, láminas, imágenes, Cristos de bronce, cajas de ornamentos, cálices, ejecutando todo género de sacrilejios, como indignado nos lo refiere el P. Simón de Ojeda. En estas herejías se distinguieron los pulares. Destruyeron, así mismo, las misiones de San Carlos y Santa María.

Bohorquez comenzó á mover sus fuerzas. Anunció á los indios que los franceses habían invadido el puerto de Buenos Aires, y que los españoles tendrían que acudir á defenderlo; de modo que la hora del ataque había llegado. Destacó un cuerpo de más de 500 hombres sobre Andalgala, fuerte fundado y defendido por el Capitan Nieva y Castilla; repartió mil hombres en la frontera de Tucumán, cuya defensa estaba encargada al capitan Morales, á quien pronto destruyó, después de felices encuentros; asoló las estancias de Choromoros; y convencido Bohorquez de que era Salta el centro de las operaciones del Gobernador, decidióse á marchar sobre ella, á la cabeza de mil quintentos soldados más ó ménos.

El Gobernador, entre tanto, no podía encontrarse en peores condiciones: casi sin municiones, con pocos soldados, y en la quebrada de Escoype, de donde tuvo luego que salir. Añádase á esto que sus soldados estaban un tanto desalentados con las noticias recibidas de Lóndres, el ingenio de Acay, la mala ventura de Arias Velazquez en el ataque de los pulares y la poca suerte del cuerpo que atacó á los indios de los pueblos de Tucumanao, Abimanao, Ampache, Abimana y Aquingasta, el que fué rechazado con bravura por estas tribus.

D. Alonso, antes tan triste perspectivas y peores

augurios, ordenó la inmediata incorporación de las fuerzas que le habían venido de Salta, Jujuy y Esteco, que es la Talavera de Madrid, destruida más tarde por el remblor de 13 de Setiembre de 1692.

Todos estos casos y accidentes metieron desconfianzas é irresoluciones en el ánimo de S. S., quien por lo pronto, no encontró otro recurso á la mano que enviar al P. Torreblanca á ofrecer la paz á Bohorquez, quien á la sazón invadía á Salta. Su Ilma. desde Córdoba, en carta de fecha 8 de Setiembre de 1696, rogaba al Inca que no traicionase de ese modo á su rey y que depusiera sus ambiciones en aras de la paz. Y, como si no bastasen todos los poderes de la tierra contra el Inca, ordenó al venerable Dean del Cabildo que impetrase las divinas misericordias, y que los curas, vicarios y religiosos de todas las diócesis tocaran rogativas é hicieran procesiones, sacrificios y novenarios en la catedral é iglesias del revuelto Tucumán. El venerable Dean del Cabildo Eclesiástico hizo promesas de celebrar todos los años la fiesta de María Santísima, renovando el juramento el cabildo secular, con músicas y salvas, cantando cinco salmos, correspondiente á las cinco letras del nombre de la madre de Dios.

Tenía más que motivos para semejantes demandas su Ilma., quien por carta que en ese entonces dirigiera al Presidente de la Real Audiencia de Charcas, que era D. Francisco Nestares Marín, puede juzgarse de la crítica situación de los castellanos en el Tucumán. Hé aquí alguno de sus párrafos: nos han atacado decía, «con tanta resolución que los bárbaros que jamás supieron esperar á los españoles, hoy nos buscan y acometen en nuestras casas, y en los domésticos, sin dejar piedra, que no mueva; tiene hecha tantas diligencias (el Inca) que todos le tienen en el alma (segun lo brotan en sus borracheras) y esperan á que se empeore contra nosotros los sucesos para declararse también. Y es de suerte su altivez, que *servi dominati sunt nostri*, y son muy raros los

que pueden hacer oficios de amigos, tan necesario en aquellas guerras. Por el contrario señor, es nuestro desaliño tan grande, que apenas hay arcabuces, ni municiones para la precisa defensa, por no haber querido el Gobernador que se dijese con tiempo que Bohorquez estaba alzado, el abrir las Cajas Reales (para que no falte dinero para sus salarios) por cuya causa no se han comprado arcabuces, municiones ni víveres..... Señor, la provincia clama *homínen non habeo*, y se pierde sin remedio..... Y no atiende á las reclamaciones del dicho gobernador, por que son todas paliaciones y cautelas, por salvar el motivo que dió para la guerra.»

Tan convencido quedó el presidente con estos razonamientos, que hizo el envío de las armas y municiones, que tan necesarias fueron al Gobernador en la defensa del fuerte de San Bernardo, sirviéndose de ellas para salir de los aprietos que lo habían colocado su imprevisión y las circunstancias.

Pero es preciso que olvidemos á S. Ilma. y al Presidente de la Audiencia, y volvamos á Escoype, donde hemos dejado á S. S., en sérios apuros, á la cabeza de solo ciento veinte arcabuceros y de algunos indios amigos, los ocloyas de Jujuy.

En esta garganta de montañas, ¡verdaderas Termópilas, si hubiese sido asediado, el Titaquín teníalo rodeado por todas partes y apenas si valiéndose de la astucia que dá el peligro, pudo escapar sin riesgo, é ir á guarecerse en el fuerte de San Bernardo, fundado en 1634 por el Gor. Albornoz, á tres leguas de Salta, construido en otro tiempo para defenderse de los calchaqués.

El fuerte estaba rodeado por dos rios, grandes barrancas y macizas murallas de piedra suelta ó picada.

No tardaron los pueblos y campos de los pulares en estar llenos de enemigos. Mil doscientos indios acercábanse á Salta.

Los españoles viendo el número de los adversa-

rios y lo que no retornaban diez soldados desprendidos á observar al enemigo, más que al arma, tocaron á confusión. La resistencia era obligada; y por esta vez Villacorta no «tomó las de Villa Diego», como aservamente lo asevera la crónica, desde su retirada de Londres á Salta.

Un tiro de uno de los guardias dió la señal del ataque, coatestando el enemigo con tres tiros de arcabuz de los que llevó Bohorquez á su fortificación del fragoso país de los tolombones.

El ataque fué llevado con tal vehemencia, tanto fué el valor desplegado por los asaltantes, que, como dice Lozano, el Gobernador «tuvo tragado que moriría ó quedaría prisionero, y por eso entregó al P. Torreblanca las llaves de sus escritorios de papeles, cédulas reales y negocios de importancia, con prevención de que si fuese vencida su gente, procurase hacer fuga en un buen caballo.»

El valor desplegado tantas veces por los españoles, se redobló ante el peligro.

Durante las cuatro horas largas de la refriega, arcabuces y cañones bomitaban fuego y muerte, mientras lluvias de flechas caían al fuerte, hasta en el momento que á los indios «les iban faltando las armas, porque habían disparado tantas flechas, que con ellas *se cobaba el fugo, para calcutur el mate*, ó bebida de la yerba del Paraguay.»

Solo al no tener una flecha más para disparar, y ver llegar al mismo tiempo un refuerzo para los españoles, los asaltantes retiráronse del fuerte, en orden, sin que el sitiado se atreviera á dar un paso en persecución suya.

Como Bohorquez había protestado una y mil veces la victoria á los indios, la retirada causó decontento en el ánimo de los naturales. Hasta hubo un brazo regicida que se alzó sobre el pecho del Inca. La desertión comenzaba; pero quedándole fieles trescientos pulares y más de mil indios en Calchaquí, después del consejo de caciques y curacas, decidióse dejar pa-

sar unos días y dar un ataque formidable á Salta, asediándola de improviso.

El desaliento de los indios; lo fuerte del ataque y lo enérgico de la resistencia; el abandono de algunos caciques; la falta de elementos; los nuevos preparativos del Gobernador; el desastre de San Bernardo; el anuncio del pronto arribo de fuerzas del Perú; el temor de verse traidor á su vez y de la pena merecida —todo esto y mucho más abatió el espíritu contrariado de Bohorquez, asaltándole ideas agudas que, como abrojos, le espínaban la conciencia.

Estas causas fueron las que le decidieron á alejarse por un momento de los suyos, hasta llegar al pueblo de Acapsí, en la frontera de Calchaquí, desde donde entendiéndose con un viejo amigo español, envióle á que ocurriese por indulto para él y los indios á la Real Audiencia de Charcas. Era la primera vez que el emperador andaluz cejaba en su empeño, por la fuerza de las cosas y el poder de los desastres. Comprendió que su temeridad rayaba ya en delirio, y que un pueblo entero iba á sacrificarse por él, á más de llevar por siempre el estigma de traidor á su Dios, á su patria y á su rey. Cuando más se ha andado en el camino del delito, parece que más léjos se está de él.

D. Alonso, por su parte, viendo aquel inmenso rebaño de fieras rabiosas, dándose cuenta exacta del peligro y de la culpa que él tenía, más que nadie, en cebar la ambición de Bohorquez, saludándole con el nombre de Inca y haciendo que caciques y curacas le prestasen obediencia y jurasen sumisión,—vivía tan intranquilo como el emperador andaluz, y no pensaba en otra cosa más que en la pacificación de Calchaquí.—Así es como se explica que mientras se negociaba el indulto del falso Inca, aceptase sin vacilación la tregua que este le propuso, por más que el aparecido infestase la frontera de Tucumán, atacase personalmente el fuerte de Zevallos y lanzase á los indios á Andalgala á sacrificar españoles indefensos.

El Virey del Perú, Conde Alba de Lista, de conformidad con el Real Acuerdo de Lima, no vaciló en otorgar el indulto solicitado para el Inca y los indios, siendo su portador un ministro de la Real Audiencia.

Bohorquez, después de leer el original á las belicosas tribus y de incitarles á la paz, despidióse de ellas; y acompañado de los principales caciques llegó á Salta á entregarse al Oidor del Perú quien saliendo á recibir á Bohorquez al frente de dos compañías de arcabuceros, tuvo que prohibir las salvas de estilo, temeroso de que los soldados, rabiosos al ver al Inca, disparasen con proyectiles, causándole la muerte ó ofendiendo su persona.

Ya Bohorquez estaba en manos de los españoles¡El sueño del viejo curaca habíase cumplido! ¡El águila pequeña caía bajo las garras del águila castellana!.....

Recién entonces, respiró el Gobernador D. Alonso (1) el aire de la tranquilidad y los insomnios huyeron de su lecha, dejándole cerrar los párpados. Cobró alegría y quedó en calma cuando vió á Bohorquez trepar á una tribuna, que en la plaza de Salta habíase construido para que nuestro hombre perorase, como lo hizo, exhortando á los caciques allí presentes á la paz y al reconocimiento de S. M., como único y absoluto dueño de estas Indias.

Despedido de los caciques y curacas, que retornaban á principios de Abril, el ex-Inca, hoy simple-

(1) En un curioso documento de 1653 del archivo de las Temporalidades, existente hoy en el Convento de los Predicadores de la ciudad de Tucumán encuentro lo siguiente, en una petición de tierras en *Tabagasta* del Sargento Mayor Francisco de Aragon, aduciendo, entre otras razones, para que se le entreguen las tierras, que el enemigo Calchaquí las había poseído cuando Bohorquez (Borques dice el documento), y agregando: "...y para su conquista publicó un auto general el Sr. Don Alonso de Mercado en declarar por vacas todas las tierras que el enemigo Calchaquí tenga poblado, remunerarían á los soldados que entraron en dicha conquista, en cuya conformidad debe V. S. de justicia hacerme la merced que pido, pues es público y notorio he gastado mi caudal de más de dos mil pesos en todas las correrías que se hicieron y tres ciudades que hizo el Sargento Mayor Don Alonso de Mercado entré á mi costa compuesto de Teniente de a caballo y capitán."

mente Pedro Chamijo, fué conducido en dirección á Potosí. Pero nuestro hombre, que comenzaba á arrepentirse viendo los efectos del indulto solicitado y concedido; que en na la pensaba sino en Calchaquí; que no dormía recordando de su imperio, tentó por dos ocasiones fugarse, por lo cual fué cargado de cadenas y encerrado en un calabozo.

Ni aún así pudo evitarse que hablase á unos calchaquíes, conocidos suyos, á los cuales dió secretas y sediciosas instrucciones. Su intento era mover de nuevo la guerra de Calchaquí, esperando que los españoles comprasen la paz por el precio de su libertad. Al efecto habló también con dos de sus hijos, partiendo uno de ellos con recado para el jefe de los pulares, quien habiéndose eaten lido hacia poco con los españoles, los traicionó, pagando su arrojo y temeridad en la horca.

La llegada á Lima de Pedro Chamijo, Pedro Bohorquez, Huallpa Inca ó Titaquí de las Calchaquíes,—que de distintas maneras era conocido,—fué anunciada por un pregón, encargado de calmar la ansiedad del pueblo, pues abultadas llegaban las noticias á la ciudad de los Virreyes.

Cargado de cadenas y seguido de arcabuceros, nuestro hombre penetró á la metrópoli peruana, camino del presidio, donde habíasele preparado tan estrecha y segura celda, que por esta vez Chamijo, no solo no escaparía, sino que también apenas tendría espacio para moverse y respirar.

Grande alboroto causó su entrada en Lima. El entonces Virey, Conde de Santisteban, se turbó al darse frente a frente con el aparecido del valle Calchaquí, no atreviéndose á fulminar contra el traidor, y usurpador, y revolucionario, la pena capital, que bien merecida la tenía por decisión unánime de inquisidores, que harta ingerencia tomaban en los asuntos de las justicias, en esos buenos tiempos en que un obispo mandaba más que un Virey y un lego tanto como un oidor.

Consultada fué la sabiduría y soberana voluntad de S. M., en asunto de tan capital importancia. La reina Doña Mariana de Austria, que ocupaba el trono por fallecimiento del rey, à minoridad de Carlos II, abismada quedó con semejante consulta, tratándose de Pedro Chamijó, el cual tenía con sus altezas tantas cosas que arreglar. As pues, fué, que sin dar categórica respuesta à tan extraña pregunta, escribió al Virey diciéndole: «os mando obredís conforme à justicia y gobierno, lo que fuere de mí mayor servicio.»

Si no se muere tan pronto el Conde de Santisteban, helado como una estatua hubiese quedado con tan lacónica é intencionada respuesta de la augusta soberana. El Oidor Iturrizarra, que estaba hecho cargo del Vireynato, hizo andar el sumario con piés de gamo, de tal modo que unos cuantos días después, Pedro Chamijó golpeaba las puertas de la eternidad. Ni el *requiescat in pace* le echaron los frailes, cuando lo mataban, ni aun al cortarle la cbeza para ser espuesta en parage público, que así castigaba S. M. y la R. Audiencia à los que cometían el atroz delito de lesa magestad.

El Dr. Lopez duda si à Chamijó se condenò à la pena de garrote, cuando así nos lo aseveran los Padres Lozano, Rodríguez y Claudio Clemente, à más de que es conocida la sentencia, pronunciada en los Reyes, à 3 de Diciembre de 1636, de la que copiamos la parte resolutive, que dice: «Fallamos atentos à los «méritos del proceso, y à la culpa, que de ellos resulta contra el dicho Pedro Bohorquez, que le debemos condenar y condenamos, à que en la cárcel de «Corte y prisión donde está, *se le dé garrote hasta que «muera naturalmente, y de allí sea sacado el cuerpo y «puesto en la plaza pública de esta ciudad donde esta- «rá puesta una orca, y en ella estará colgado en el «tiempo de veinticuatro horas, y pasado se le corte la «cabeza y se le ponga en en el arco del puente que mira «al barrio de San Lázaro, y perdimiento de todos sus «bienes aplicados à la cámara de S. M., lo cual se*

«ejecute sin embargo de suplicación, ni otro recurso
«alguno, y de la calidad del sin embargo.»

Así concluyó este personaje extraordinario, que llenó el siglo XVII con su nombre, después de haber sido profeta y redentor. «¡Raro capricho de hombre! dice Lozano. Indios que quieren pasar à vender por españoles, añade, se vé más de una vez en América; pero español que se haya querido como desgradar de su nación y venderse indio, no se haya habido otro como Bohorquez, y como fué estravagante y descabellado en esa idea, así lo fué en sus operaciones infames. ¡Dichoso él, si en el breve tiempo que se dió para disponerse, lloró de corazón el cúmulo de sus maldades!» (1).

XEVI

El viagero que cruce las regiones del Oeste y Norte de la Provincia se encuentra à cada paso con los últimos fragmentos de la inmensa necrópolis.

En este inmenso panteón de raza extinta sorprenden, más que nada, las ruinas de la región que hoy denominamos Santa Maria, en la parte Occidental del Anconquija. Allí se encuentra la ciudad desierta, las

(1) Los desastres de la guerra que incendió Bohorquez fueron tales que en el acto de protesta de la traslación de San Miguel, se dice: "Y si alguno ó algunos replicaren diciendo que como siendo el comercio bien ordenado, esta República no solo ha ido adelante, sino vuelto atrás y cada vez à ménos, se responde que la causa fué el alzamiento que *traxió Bohorquez de todos los indios calchaquies* quienes siendo tantos en número la mayor parte ó por mejor decir todos ellos combatieron esta ciudad y su jurisdicción por tantos años, matando tanta gente, robando y destruyendo todas las haciendas de los vecinos de esta ciudad, para cuya defensa y resguardo, para hacerles frente y ponerle algun freno bien se deja entender que cantidad de hacienda gastará esta ciudad por tan continuados y dilatados años. Hasta que llegó el felez año del sesenta y cinco en que convocada toda esta Provincia, se avasalló y conquistó todo el dicho valle de Calchaquí donde facilmente se puede percibir el esfuerzo grande que haría esta ciudad con la cortedad de hacienda que le quedo, como la más interesada para hechar de sí sobreguero tan pesado y molesto y de tantos años." (M. S. de 1684— Archivo de Tucumán);

ruinas del viejo è histórico Quilmes, doblemente célebre y memorable para la epopeya tucumanense.

El legítimo pueblo de Quilmes, dice uno de nuestros ilustres viajeros, se haya como á tres leguas al Norte del valle de Santa María, sobre la falda este de la sierra que divide con el valle del Cajon no muy distante con el lugar denominado Huaschaciénega. Las ruinas, añade, nos parecieron viscacheras descomunales, porque, vistas de la distancia se presentan como montones de escombros con sus entradas correspondientes; mas luego que penetramos à lo edificado comprendemos lo que había, pues todo ello era una série de casuchas de piedra, apiñadas como los panales de una colmena, de suerte que con la mayor facilidad y sin el menor riesgo marchábamos á caballo sobre las cimas de las murallas que en parte tenían dos varas y en lo general más que una de ancho. De trecho en trecho llegábamos á unas sendas angostas que parecían ser las calles.»

Esas ruinas nos atestigüen la existencia de un pueblo, y necesario es que lo recordemos. Muchas de sus sólidas y seculares construcciones nos enseñan que ese pueblo ha batallado, y es preciso que sepamos de esas batallas.

Los quilmes, habitantes de la ciudad de su mismo nombre, fueron una raza emigrada de allende los Andes. Cuando la gran invasión del Cuzco, donde el Inca venía à la cabeza de trescientos mil hombres, si hemos de creer à la tradición, sus flechas volaban por el aire, clavándose en el corazón de los pueblos que à su paso encontraba aquella marejada de guerreros. Los quilmes, como las demás razas aborígenas, batallaron hasta el último momento, sin poder contrarrestar, no tanto la fuerza del número, como el poder de la civilización cuzqueña, que refulía en el arte de la guerra, y, convencidos los quilmes, que toda resistencia era imposible é infructuosa, decidiéronse un día à dejar la tierra natal, antes que sufrir el yugo.

En el momento ménos pensado, defendi los por

las sombras y la vanguardia de sus guerteros, hombres, mugres y niños cruzaron las escarpadas y frías cimas de los Andes, hasta llegar á estas regiones calchaquíes.

Los hijos de ese suelo, que odiaban así mismo la dominación incásica, que jamás aceptarían moralmente, á estar á las referencias del P. Diego de Lezana, recibieron á los fugitivos armas en mano, creyendo que las hordas cuzqueñas invadían su territorio.

Los pobres quilmes no tuvieron al principio sino que aceptar la lucha; pero apenas cayeron algunas víctimas, los calchaquíes, dándose cuenta que embestían á sus compañeros de causa, ordenaron la cesación de las hostilidades, recibiendoles tan hospitalariamente como huéspedes que eran, y como si con ellos hubiesen estado relacionados desde muchos años atrás.

Los calchaquíes fueron tan generosos con ellos, que les cedieron ocho leguas de sus valles, desde los Quilmes hasta Encamana, donde vivieron también los yocahuiles y anguinabos.

Es de esta misma manera como se cree que se trasladaron á estas regiones los indios Chicoanas, que han dado nombre á uno de nuestros pueblos, contrariamente á la opinión del referido P. Lezana, quien atribuye la fundación de Chicoana á indios traídos por Diego de Rojas y Juan Nuñez de Prado, opinión rechazada con justo motivo, pues en 1536 ya hace el cronista Herrera referencias de aquel pueblo.

Los quilmes fueron perfectamente bien visto por las demás razas, que no se mostraron celosas con su presencia, olvidándose posteriormente de su procedencia, mucho más cuando se cruzaron con ellas. También es cierto que ellas conservaron su odio á la dominación incásica, y que solo los indios del fragoso país de Tolombón hicieron más tarde los adictos al Inca, á consecuencia del continuo trato que tenían con los presidiarios peruanos en ese lugar, lo que, conocido de Bohorquez, fué á este país donde vino á formar su estado mayor y su guardia real.

La prueba más evidente del origen de los quilmes, la encontramos en la manera como estos construían sus baluartes. Ellos son en un todo semejantes á los que levantaban los indios de Chile, en la forma que nos lo describe Ulloa. La estructura cilíndrica de las torres, que existieron hasta la mitad de este siglo, aunque truncadas; la forma de los viejos castillos; las altas murallas; los anchos parapetos; el sistema de los pircados; los caminos militares: todo indica la procedencia de la raza (1). A más de esto puede observarse la identidad de todas las casas de piedra, lo que indica que allí existía una especie de igualdad comunal, en mucha parte desconocida por los calchaquíes, que estaban divididos en castas, en nobles y plebeyos, diferenciándose notablemente la morada de los unos y de los otros.

Los quilmes han sido tan valerosos como estratégicos. Dueños absolutos de su libertad, jamás admitieron ningún dominio de su territorio. La boca de sus montañas, fué lo que la senda oscura que conducía al infierno, para los Incas, que todo lo dominaban y subyugaban. Del mismo modo han sido para con las otras tribus en sus guerras civiles, no dejando ni rastro, siquiera, de la planta del extranjero.

A la defensa de la tierra natal, connaturalizados con el país, han construido más de una vez, y el brazo de los quilmes jamás se movió en vano en los encuentros á mano armada.

Mientras todo el país parecía estar pacificado, los quilmes gozaban de su libertad natural, encerrados en la fragosidad de sus montañas seculares, burlando el arrojó castellano.

Desde su escondrijo presenciaron todos los acontecimientos de la conquista, sin que el enemigo blanco hubiese vengado su negativa de respeto y sumisión. El relato de las tragedias que no presenciar-

(1) Sin embargo, cuando entraron los españoles, seguramente estaban cacimizádos.

ron, ó en que no tomaron parte llegó, á sus oídos. Ellos conocieron el drama de 1627, cuando entró á gobernar D. Felipe de Arbornoz, drama sangriento que duró diez años; vieron al bravo Clemin aldalgalense alzado; á sus indios invadir la Rioja; á D. Gerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba, asolar las regiones Calchaquiles; á los Grandacoles, Andalgalas, Capayanes, Famatinas y Atilas, enviarse recíprocamente la flecha; á los caciques Catiya y Asimín encender la guerra, después de martirizar al misionero Fray Antonio; á Lóndres peligrar; á D. Félix de Mendoza Luis de Cabrera poner á raya á los indios frente á la Rioja; á Esteco, más que con el temblor de 1632, estremecerse con la erupción de los naturales; á los pacciocas esparcir pavor; á Famatina pacificado; á Coronilla destrozado por cuatro potros; á los capayanes ferozmente batidos, á consecuencia del sacrificio de Fray Pablo; á los paccipas sometidos; á los pacciocas subyugados; á Yucumanita cruelmente vengada; á Chelemín ejecutado en Lóndres.....á todo calchaquí abatido nuevamente.

Mientras todo era sumisión, abatimiento, esclavitud, los quilmes quedaron con las armas en la mano, burlando la obediencia impuesta, juntamente con los indios de los pueblos de Abaucan, Malín Fiambalá, Sungín y Sanagasta.

El sacrificio, con perfidia, de los jesuitas en 1644, enviados por el nuevo Gobernador D. Gutierre de Acosta y Padilla, á exigirles sumisión, decidió el vengativo ataque español, que después de largas refriegas dió por resultado la traslación de Malín, Abaugan y Sungín al pueblo de Pichana, de la jurisdicción de Córdoba, terminándose casi toda la pacificación con la captura del bravo y esforzado jóven cacique Utimba.

El Gobernador Negrete sometió de tal manera el país, que los curacas, sufriendo la mayor de las vergüenzas, cedieron á su empeño de cortarse la trenza y olvidar el cuito á sus ídolos.

Cuando la aparición de Hualpa Inca, á pesar de

su pretendida descendencia de los hijos del Sol, un sentimiento de libertad nativa levantó á los quilmes á aliarse con los calchaquíes, mucho más cuando el preámbulo de su programa de redentor era la reconquista del suelo natal, abatiendo y arrojando á los españoles, los enemigos más encarnizados y poderosos de su raza, mil veces más odiados que los Incas.

Su alianza con el Titaquín era tanto más lógica, cuanto que el imperio Inca estaba desmoronado en ese entonces, pues hacía más de un siglo que Manco Inca, el último hijo del Sol, fuera asesinado por una partida de la facción de Almagro, terminando con La Gasca el último aliento de los peruanos y la vida en el postrer momento, habiendo sido todo esto, como refiere el Inca Garcilaso «obra de influencia de signos y planetas que le cegan y le forzan á que pusiesen la garganta al cuchillo.»

De aquí es que durante la sublevación del emperador andaluz, que he dejado descrita, los quilmes desempeñaran su papel, en alianza con el falso Inca-Bohorquez congratulose con ellos desde su partida á Famatina, ofreciéndoles visita, cuando construía el fuerte de Tolombon, del que no recuerdo que aquel hiciera uso.

Los quilmes, por esta vez, no vacilaron sintiéndole pasar, en saludar al Inca con la frase consagrada: *Aucha atunapo indichiri campa capalla apatuco pachu camba bulla Yulky!*

Mientras Bohorquez partía al Norte á asediar á S. S., los quilmes quedaron en el país dispuesto á guerrear con los españoles de Calchaquí, no sin haber suministrado elementos al falso Inca, quien, entre otros guerreros valerosos, congratulábase siempre de tener á su lado al célebre quilmes *El Sargento*, el cual con tanto valor y riesgo le acompañó en todas las empresas, hasta que cayó en manos de D. Alonso, á su regreso á Calchaquí.

XLVII

Para darnos cuenta de la nueva escena y de los actores nativos de esta época, y como para relatar al mismo tiempo lo que aconteció después de la muerte de Bohorquez, pues que dejamos á los calchaquíes sin Inca y con las armas en la mano, precisamos referir los acontecimientos posteriores, en los cuales los quilmes desempeñaron un rol tan importante en la historia de la conquista tucumanense.

Habiéndose entregado Bohorquez voluntariamente en manos del Oidor de la Real Audiencia del Perú, de conformidad á lo pactado bajo las bases de la amnistía, y concluida la gran revolución al Norte de estos países, el Gobernador á fin de terminar con el sojuzgamiento de los rebeldes, dispúsose invadir Calchaquí por dos partes: por la frontera de Salta y Lóndres, mientras se desplegaban sobre Tucumán fuerzas suficientes para abatir á los pueblos fronterizos que habitaban los bravos *taffics*.

Pero el gobernador iba á darse en Calchaquí con un verdadero plan estratégico, que Bohorquez había confiado á los curacas y caciques antes de su partida de estas regiones. Las puertas del valle debían abrirse de par en par, con el propósito de que los españoles invadiesen libremente hasta la mitad del mismo en derecha á Tolombón, y una vez allí los invasores, los indios le sitiasen, dejándoles entre desiertos y fragosos cerros, quitándoles el agua y haciéndoles perecer de hambre y de sed, mientras las tribus de Yocahuil, Anguinahao y los quilmes, escogiendo un punto ventajoso, atacarían á Nieva, llevando adelante la invasión por la frontera de Lóndres.

A la previsión del gobernador no escaparon estos planes, que de antemano comprendió, por más que los indios con asombrosa reserva y acostumbrada astucia, quisieron darle á entender todo lo contrario de sus designios.

Llegados á Tolombón (1), como los indios no tuviesen aún noticias del triunfo de los invasores de Lóndres, no llevaron el premeditado ataque; y el gobernador previendo que estos debieran ser batidos, dispuso la marcha á la mañana siguiente, hasta llegar á Quilmes, viéndose atacado al enfrentarse á Colalaho.

S. S., advertido que Tolombón se prestaba más facilmente para una resistencia, volvióse hácia este lugar, librando batallas y obteniendo el triunfo definitivo, no sin riesgo del jefe.

A estas victorias añadióse otra nueva, con las alhagadoras noticias del feliz éxito de la invasión de los londrinos, la que habia costado cruentas batallas y no menores sacrificios.

Emprendida la marcha, los tercios de Tolombón y de Lóndres diéronse en el camino, recibiendo recíprocamente con salvas de fuselería, y dispensándose honores mútuos. Después de esto, unidos y compactos, atacaron á los pacciocas, á quienes les fué fácil subyugar, una vez aprisionado el cacique Pivanti, cuya valerosa madre inculpaba la cobardía de sus guerreros que le habían abandonado en el trance más crítico.

El gobernador, que conocia la bravura de pacciosas y tolombones, teniendo á más en cuenta que iba á habérselas con adversarios tan valerosos y temibles como los quilmes, hizo las paces con estos dos pueblos, devolviéndoles sus prisioneros en cambio de alianza, que aceptaron gustosos, mucho más temerosos de que les pasase lo que á los indios de Mên, Abaugéan y Sungin, á quienes se obligó á abandonar el suelo nativo.

Los indios pulares y de la jurisdicción de Salta, invadieron así mismo vasallage á S. S., enviando lejos de su país á muchas de estas tribus, á fin de evitar sublevaciones más tarde.

Los quilmes, en tanto, y aún en medio de tan

(1) D. Alonso véase que penetra á Calchaquí por Trancas.

reños desastres, dispuestos á no cejar en su empeño sino con la muerte, encerraron en sus valles, tras de sus fortalezas de piedra. Enviaron flechas á pacciocas tolombones, pulares y demás tribus: las flechas fueron devueltas, prueba infalible de que desdeñaban su alianza.

Si exceptuamos á los yocahueles y anguinahaos de Quilme á Encamana, solo un otro pueblo permaneció armas en mano: los imponderados hualfines (1).

En efecto: en vano se exhortó á los hualfines á deponer las armas: ellos, rechazando no solo la paz sino la tregua, lanzáronse á la guerra.

Vencido por lo pronto este verdadero baluarte del valor salvaje, los españoles propusieron atacar seriamente á los quilmes y sus aliados, los yocahuiles y anguinahaos, para lo cual lanzaron contra ellos á sus nuevos compañeros de armas,—las tribus de Tolombón. Engreído el gobernador con este poderoso contingente de valor y conocimientos prácticos en la guerra contra los naturales mismos, movió sus reales, pasando á la raya de los Quilmes en Colalabao, en donde tolombones y pacciocas empeñaron porfiada lid con éstos, sostenidos á la retaguardia por las experimentadas y victoriosas tropas castellanas.

La resistencia fué heroica; y á pesar de la sangre derramada y del número siempre creciente de los combates, la invasión no dió un paso adelante.

Enojo, despecho y preocupación constante apoderáronse del espíritu inquebrantable del gobernador, acostumbrado á que las derrotas no le contrariasen jamás en sus propósitos. Formado en los triunfos, no podía resistir tamaño ultraje, que le asataba el corazón.

Pero todo fué en vano, por más que luchase día y noche á la cabeza de centenares de veteranos y un número más crecido aún de indios amigos. Preciso fué reconcentrar todas las fuerzas; atacar con más

(1) El Gualfin de que se habla, no es el de Belen, sino el de Santa María.

bravura y bizarría todos juntos,—castellanos é indios; penetrar á viva fuerza á lo más escarpado y fragoso de las serranías de Quilmes y ahogar la garganta de la tribu indomable.

Ayudábales á este designio la crudeza del invierno, que llegó á ser tanta, que las nives habían blanqueado y cubierto las cumbres, hasta el grado de que, cerrados los pasos precisos, la retirada sería imposible, si nó para los guerreros, para sus mujeres é hijos, á los que ciertamente no abandonarían un solo instante.

Así, efectivamente, aconteció al principio. Los españoles, desarrollando su nuevo plan de guerra, comenzaron á escalar colinas y montañas; pero en cada boquete la resistencia era desesperada y formidable.

Sin embargo, veintisiete de las treinta y tres lenguas del valle estaban ya subyugadas por el enemigo blanco.

Faltaba la región de las cumbres, donde lanzáranse á su vez valerosos los castellanos. Pero en esta parte y en esta ocasión tan grande fué la resistencia, que el mismo historiador español de esos tiempos lo confiesa categóricamente, á pesar de su parcialidad: «Empeñándose los Quilmes, dice, más que los demás, en la resistencia, se arrojaron á disputar el paso á los vencedores, y atajar el curso de sus victorias, arretándose con abstinado valor á ésta, que en las circunstancias parecía temeridad; pero les salió felizmente, por los accidentes que se fueron eslabonando, unos con otros á su favor. Fué el caso, añade, que hecho el consejo de guerra se reveló *dar asalto á su pueblo*, y repartidas las órdenes, se reconoció la ejecución *notable resistencia de parte de los defensores*, por haber sido acometido por el dictámen del Gobernador por parte muy peligrosa y defensible.»

Como se vé, de lo anteriormente transcrito se desprende con claridad que los españoles, en más de una ocasión, fueron rechazados por las tribus de los bravos, tanto más si se tiene en cuenta que el gobernador, estrellándose en la resistencia formidable, man-

dó retirar su gente à fin de disponer en mejor forma el ataque, ó, más bien dicho, asalto, no sin haber perecido una compañía entera en manos de los quillmes, sin que salvase uno solo de los soldados que la componían.

Con este sangriento ejemplo, poco deseo quedó à los españoles de penetrar nuevamente al pueblo indomable; y fué así como la tropa comenzó à murmurar que ya llevaban corridos cuatro meses de ataques infructuosos.

El Gobernador no pudo cortar las alas à la murmuración, la que degenerando en una especie de motín un tanto manifiesto, le obligó à tomar medidas más enérgicas y severas. Fué así cómo, alejándose momentáneamente del seno de sus soldados, prorrumpió à grandes voces: «*Los fieles servidores de S. M., pónganse à un lado para proseguir la guerra.*».

Semejante frase, nacida de los labios de un general en jefe, nos dá una idea clara de que la disciplina no se mantenía en todo su vigor y de que la soldadesca ansiaba mil veces más el descanso y las comodidades de la Rioja, Capayán ó Esteco, que las contingencias y sufrimientos de una guerra tan larga como estéril.

Solo una parte de los militares de graduación y los soldados pundonorosos, dejando el incendio del motín, pusieron del lado del gobernador; otros desobedecieron; muchos resistieron, y desertaron los demás.

El gobernador Mercado tuvo un instante de vacilación: no sabía si tomar medidas muy severas ó sufrir resignado aquel desacato de la soldadesca timorata, cuando como dice Lozano, «le vino bien la orden del virey, para que se partiese luego à su gobierno de Buenos Aires, que de nuevo le había conferido con S. M., entregando el de esta provincia à su sucesor en interin.»

Desde este momento ya no se pensó en otra cosa que en la retirada, mucho más cuando tan oportuno

pretesto librábales de aparecer ante ojos propios y extraños como cobardes ó vencidos.

Todo estaba dispuesto para la marcha, cuando enfrentáronse al gobernador los caciques y curacas de los pacciocas y tolombones, seguidos de real séquito, quienes venían à interponer su queja por el abandono en que los dejaban.

Con mucha justicia reclamaban los indios aliados, pues que los Quilmes propalaban contra ellos, los traidores; voces de vengaaza à los cuatro vientos, mucho más cuando estaban éstos tan engraidos, y con sobrada razón, por la retirada de los españoles.

Sus ruegos, sus súplicas y hasta sus amenazas de abandonar la alianza castellana, fueron casi desoidos por el español, que al ver los feroces rostros de los guerreros quilmes, no pensaba en otra cosa que en regresar à los valles pacificados. Mas el gobernador, por fin, accedió en parte à los ruegos de sus pobres aliados, pues concedió à pacciocas y tolombones (1) el derecho de que en el espacio de las veintiseis leguas conquistadas pudieran, dejando su país, vivir acercados à las guarniciones y fuertes españoles, desde donde obtendrían pronto socorro, caso que necesario fuera.

El ejército hizo, por fin, su retirada.

A su regreso es memorable su última batalla con los hualfines, los que dejando los llanos ocuparon cimas fragosísimas, que al anochecer parecían, con el fuego de los campamentos, orladas para una corona de llamas.

En las eminencias creíanse seguros; y así se explica cómo rechazaran del P. Torreblanca todo género de garantías, caso que se rindieran; pero envia-

(1) Tolombon, por una escritura de 1684, vese que era de la jurisdicción de San Miguel, la que, entre otras cosas, dice: "...menos los pueblos de Colalao, Tolombon y Chincas, los cuales están adelante treinta leguas antes más que menos de esta Ciudad (S. Miguel), que aunque están en su jurisdicción, mitan à la Ciudad de Estecolán." (M. S. Archivo Tucumán).

do éste por segunda vez, y á pesar de las resistencias del viejo curaca, que á las insinuaciones castellanas contestaba con retos y provocaciones, sus guerreros comenzaban á flaquear. Fué en esta ocasión cuando el anciano jefe de los hualfines, creyéndose burlado de los suyos, y ante la vergüenza de presenciar una rendición segura, lanzó dos retos de muerte, uno al español y otro á sus vasallos, precipitándose con furor salvaje al abismo sin fondo conocido, en un arrebato sublime de ira!

Los españoles, con un valor que pasma, si se tiene en cuenta lo escarpado de esas montañas, subieron hasta la cima, despues de fuerte y duro batallar, obligando á setecientos hualfines á rendir las armas, cortándoseles las cuerdas de los arcos y haciéndoles bajar al valle. Los pacciocas aliados, entregáronse con encarnizamiento al saqueo y al pillage, arrebatando las vestiduras hasta de las indias viejas, las cuales huían, implorando el auxilio de los jesuitas, á quienes los indios tuvieron siempre el más profundo respeto. A los pies de los padres, de temor que fuesen sacrificados por los bárbaros, arrojaban sus pequeñuelos, á fin de que les librasen de la furia de los vencedores.

Subyugados de este modo los bravos hualfines, el ejército tomó en derechura del pueblo de Chicagasta, haciendo alto en Pompoma y disolviéndose al llegar á Londres, desde donde los soldados tomaran á Córdoba, Catamarca y Rioja.

Los tolombones y pacciocas, que dejaron el centro del valle, su patrio suelo, se acompañaron de los españoles hasta la comarca del pueblo de San Carlos, donde se establecieron y donde al momento de asentarse levantaron una fortaleza á fin de resistir á los quilmes, si hasta allí tenían la osadía de venir á atarcarles, lo que parecia indudable.

Con efecto: apenas los castellanos salieron del valle, los quilmes, coaligándose con las demás tribus, independientes, lanzáronse rabiosos sobre los traído-

res. Pero no obstante el daño que les hicieron los quilmes, matándoles gente y tomándoles prisioneros, fué tan heroica la resistencia, tanta la valentía desplegada, que D. Alonso y pacciocas vivían acurrucados en Salta.

Los españoles, descontentos al recordar que los quilmes no habían podido ser subyugados, mucho antes de moverles nueva guerra, comenzaron los preparativos, tomando contra ellos todo género de medidas precausivas, como fueron, entre otras, la de asegurar las fronteras de San Miguel, extrayendo á los indios tafíes y anfamas, que hubiéranse coaligado con los quilmes; la de asaltar á los belicosos malfines y, por fin, la de hacer salir al mestizo Luis Henriquez y á las familias de indios que vivían en Londres.

A Mercado y Villacorta, que partía al río de la Plata, sucedió en esta gobernación del Tucumán el ex-gobernador de Buenos Aires y Alcalde mayor de minas de Chícuito, D. Gerónimo Luis de Cabrera, bastante conocido en estas regiones durante el mando de D. Felipe de Albornoz.

En la guerra empeñada en este último gobierno, Cabrera se distinguió por su tirantez y caudal para con los naturales, quienes con justa razón llegaron á tenerle horror. Así es cómo se explica que apenas se hiciera cargo de esta gobernación, todas las naciones y pueblos de Calchaquí enviáronle mensajeros en demanda de paz; mas el nuevo gobernador recibíóles con desabrimiento, sin tener empacho en manifestarles lo indispensable que era que abandonasen sus valles.

Los indios, ni contestaron palabra alguna, ni él tampoco movíóles guerra, ocupado como se hallaba en los asuntos internos y embarazos propios del gobierno; mucho más cuando se vió forrado á enviar las fuerzas de la Provincia al puerto de Buenos Aires amenazado por los holandeses, que con siete naves habían invadido las aguas del Plata.

Los dos gobiernos posteriores de Figueroa y Montoya, que sucedieron al de Cabrera, por fallecimiento de éste, no tuvieron nada de notable, á no ser la invasión de los indios del Chaco, en el primero. Es este mismo Montoya quien, siendo posteriormente gefe de Valdivia, batió la invasión francesa de doce navios en 1670, evitando el desembarco, y contribuyendo eficazmente á desbaratar los planes de los ingleses, con la prisión de Mr. Clerk, ejecutado en Lima en 1680.

XLVIII

Las hostilidades contra los indios rebeldes no se movieron hasta el segundo gobierno de Mercado y Villacorta, á quien Felipe IV, habiendo revocado la gracia de hacerle Presidente de la Real Audiencia de Buenos Aires, le confirió por real cédula segunda vez la gobernación del Tucumán.

D. Alonso, á quien había desacreditado tanto su fiasco con Bohorquez, no pensó en otra cosa que en enmendar la plana, decidiéndose á concluir con los calchaquíes.

Llegado á estas regiones, por esta vez tomó rumbo opuesto en su política, adulando á los jesuitas, y trayendo como acompañante y consejero privado suyo al conocido P. Torreblanca y decretando suntuosas exequias al entonces extinto Obispo Maldonado, al mismo tiempo que nombraba Teniente General de Santiago á un sobrino de éste.

Dando comienzo á su plan de atacar á los sublevados, comenzó por echar los cimientos del fuerte de Talavera, en la ciudad del mismo nombre, haciéndola á la vez su plaza de armas, con el particular objeto de poner á raya á la invasión mocovi, mientras lanzábase á la pacificación de los quílmes.

Comenzó por reunir milicianos, echando generala en todo los pueblos, aparte de los elementos que de Santa-Fé mismo le vinieron, al mando de Montiel,

y fuera de los pertrechos de armas, que con tanta oportunidad le enviaba el Viracay del Perú. Pasó á las fronteras de Salta, regresando nuevamente á Talavera, donde á las fuerzas con que contaba de antemano, replegáronsele las de Catamarca, Rioja y Córdoba, y posteriormente las de Tucumán, que llegaron después que el pueblo de Quilmes estuvo tomado. Con soldados hechos, condujo gran cantidad de bastimentos á las sierras de Choromoros, donde proveyóse de armas, haciendas y todo lo necesario. Luego procedió á la fundación de dos fuertes: en uno de ellos colocó, en calidad de sus defensores, a los pacciocas y tolombones.

Recién entonces emprendió el Gobernador Mercado y Villacorta su entrada á Calchaquí.

Los tolombones, sus aliados, diéronle inmediata cuenta de que los quilmes ocupábanse en la roza para sembrar los trigos. Sabedor de esto, su primera decisión fué ordenar que prendieran algún quilme y lo trajeran á su presencia, á fin de informarse de la acción y planes del adversario.

Averiguóse que los quilmes estaban completamente desprevenidos, y que muchos no habían aún bajado de las cumbres.

D. Alonso invadió su país secretamente; y viéndose sorprendidos, apenas si los bravos indios tuvieron tiempo de trepar á las cumbres más fragosas y ásperas, donde creían que la persecución, más que arriesgada, sería imposible.

Abandonados de los quilmes casi todos los llanos y los bajos, los tolombones y pacciocas entraron á su pueblo á sangre y fuego, apoderándose inmediatamente de sus viveres, á fin de reducirles por hambre.

D. Alonso, sin atreverse á atacar á los quilmes en las cumbres, donde habíanse guarecido, fundó una fortificación en su pueblo abandonado, pasando luego á Tafi á fin de apurar las fuerzas de Tucumán, Londres, Catamarca y Rioja, que ya demoraban demasiado.

Con todos estos elementos reunidos, atrevióse re-

cién á atacar de frente á los bravos quilmes, que permanecían armas en mano, sin querer saber nada de paz y menos de sumisión.

Al principio de la guerra los tercios españoles fueron los asaltantes, que morían los unos despeñados, los otros heridos por las rocas, largadas desde la cumbre, y muchos atravesados por las flechas. Entre los muertos quedó el bravo Capitán Mateo de Farías, y con riesgo de perder la vida, el Teniente Juan de Soria Medrano.

Flo es que los bizoños se acobardaron con resistencia tan obstinada, y fué necesario que los veteranos marchasen á la vanguardia de las tropas, en cada uno de los combates. Pero, así mismo, cundió el desaliento en las filas realistas, resolviéndose, en consecuencia, á dejar el ataque de las cumbres, llenando de soldados la falda, de manera que, acosados por el hambre, se viesen forzados á librar batalla en los bajos.

Esta medida produjo bien pronto los resultados apetecidos. El hambre impuso la ley; y aunque los aguerridos quilmes hubieran soportado todo género de privaciones hasta proveerse de alimentos, el llanto de los pequeñuelos en demanda á las madres, decidió al esforzado cacique Igún á bajar á los reales castellanos, con el propósito de hacer las paces.

Atendidas las proposiciones del Cacique, capitulóse.

Una vez rendido este pueblo, los españoles lanzáronse á la conquista del valle de Anguinahao, á tres leguas de Quilmas. Su Cacique Ochocha, con la rendición de sus aliados, capituló del mismo modo, aunque bajo mejores condiciones, pues que no se le forzaba á abandonar la tierra natal, como á aquellas.

Con estas condiciones como base de la capitulación, claro es que los soldados empezaron á refunfunar en secreto lo que no se procedía al reparto de los indios conquistados, cuando cada uno habíase pensa

do llevarse numerosas *piezas* y rico botín, en recompensa de sus sacrificios.

Para aplacar el descontento de los unos y la aversión de los otros, el Gobernador propuso á sus soldados que, lanzándose por cuenta propia á la conquista del resto de las tribus que llenaban el valle, hiciesen suyos á los indios que tomase cada cual.

Contentos y satisfechos quedaron los soldados con esta medida ideada en el momento por D. Alonso; y así fuè cómo, dividiéndose por compañías, cuya formación pactábase de antemano, lanzáronse dispersos y divididos los soldados castellanos, cada grupo con su gefe, á emprender la conquista definitiva de Yocahuill, Encamana y Tucumangasta, cuyos indios no estaban aún reducidos, aunque eran ya impotentes para hacer armas contra el adversario, envalentonado con esta victoria y allagado por el botín.

Con el empeño de las parcialidades del ejército castellano, Calchaquí quedò pronto subyugado. Las razas que lo poblaban fueron dejadas en el país bajo la condición de que se ocupasen del descubrimiento de minas y labores en las ya existentes. Especialmente hizo buscar la tan famosa de la Casa Blanca, muchas veces ponderada por Bohorquez.

Algunos minerales fueron descubiertos por los indios, en los cuales se les obligó á duro trabajo y constante ocupación; pero tanto odio tenían á este género de labores, que, á pesar de su amor á la tierra donde nacieron, los naturales rogaron al Gobernador les señalase cualquier otro país donde vivir, antes que continuar semejantes tareas, que más que abatiniento, les causaban la muerte. El Gobernador se aprovechó de esta coyuntura para llevar á cabo su propósito premeditado de despoblar Calchaquí, designando á los naturales como nuevo lugar de residencia Choromoros, Esteco y Salta, donde debían pasar con sus familias á fundar pueblos, ó á aumentar los habitantes de los ya existentes.

El reparto no tardó en hacerse: ciento cincuenta

familias fueron destinadas á Salta; ciento cuarenta á Esteco; doscientas á Tucumán; ciento ochenta á la Rioja; ciento sesenta á Lóndres; doscientas sesenta á Santiago y muchas á Córdoba y Jujuy.

Los indios supersticiosos, antes de decidirse á abandonar la tierra natal, consultaron á sus oráculos y sacrificaron á sus divinidades. Consultaron, así mismo, á los astros, por medio de los que los astrólogos y augures descifrabán el porvenir, consultando los cuales, como nos refiere el Inca Garcilaso, Huayna Capac anunció la destrucción de su imperio, pronóstico que no tardó en cumplirse.

Hè aquí cómo nos refiere Lozano el resultado de aquellas conferencias de los alcalianes con el demonio: «el día antes de la partida, dice, se retiraron los más ancianos de esta parcialidad con un hechicero, ministro de Satanás á una quebrada, para ofrecerle sacrificio con sus gentílicas ceremonias, á la hora del medio día. Los indios amigos, añade, que pasaron por allí, y acertaron á verles, les preguntaron la causa de aquella junta en dicho paraje. Respondieron hacían el último sacrificio, despidiéndose de su Deidad, para no volverla á ver más. ¡Cosa prodigiosa! añade finalmente, que á lo mejor de aquella función, estando el cielo muy sereno, sin descubrirse nube alguna por todo el horizonte, se oyó allí un espantoso trueno, que los dejó á todos llenos de asombro, y se tomó por demostración que hacía el príncipe de las tinieblas, por dejar la asistencia de aquel lugar, y ver el fin de los cultos supersticiosos, que hasta allí se habían consagrado en él, aquellos obstinados idólatras.»

Para los quilmes, acostumbrados á la fragosidad de las montañas y á la libertad natural de los valles, fué más duro que á ninguna otra de las tribus, verse obligados á abandonar la tierra natal, donde el encanto de la naturaleza virgen y salvaje había cautivado el alma del indio errante y donde los múltiples espectáculos del cielo y de la tierra, de los torrentes del suelo, de la nieve de las cumbres, de las tampestades

del espacio, constituían su pasión de todos los días.

Es preciso vivir en nuestras montañas para darse cuenta del apego que se les toma. El que ha nacido y se ha criado entre ellas, admirando las formas caprichosas con que la naturaleza las ha cincelado; el que tiene hábitud de contemplar diariamente las grandes moles, alzadas por un esfuerzo interno de la tierra, y las ha bajado y sabido, y ha dándose cuenta de las bellezas y magestad, así como de la poesía que encierran ó guardan; el que está poco acostumbrado á abandonarlas, ¿qué misteriosa tristeza siente, cuando alejado de sns montañas, vé el horizonte abierto, en inmenso círculo, ó contempla esa monótona pampa, teatro inmenso que jamás cambia de decoraciones, y que siempre se nos presenta con sus mismos horizontes, su mismo silencio, su misma tónica de trebol, su misma soledad, su misma tristeza de desierto!

Los salvajss, más que nadie, tienen apego al suelo que les vió nacer, y por eso es que, refiriéndose á los Quilmes, decía el historiador de estas Indias: «Bastábale a los miserables el sensibilísimo trabajo de abandonar el nativo suelo, á que los indios sobre todas las naciones del orbe tienen particular, y aún increíble amor y afección, de suerte que, aunque la breña mas inculta, no la trocara por la ciudad más populosa y opulenta: ¿Pues qué sería ahora haber de desterrarse por fuerza?...»

De aquí que los quilmes no pudieron conformarse jamás, ni por un momento, con la más leve idea de dejar el suelo nativo, á lo que veíanse forzados por las exigencias repetidas, y aún por mandato expreso del conquistador.

Pensando los naturales que podrian frustrar los planes del Gobernador, hicieron grandes cementeras, pretestando que por entonces se quedarían á cuidarlas. Pero el astuto gobernador, demasiado aleccionado para sufrir nuevos engaños, no pensaba en otra cosa que el alejar cuanto antes del Tucumán á estos tan bravos y valerosos indios.

Todo quedó resuelto á los pocos días, entendiéndose directamente con Salazar, entónces Presidente de la Real Audiencia de Buenos Aires.

Nuestro Gobernador convino con él en que llevara doscientas familias quilmes, destinadas á fundar en aquella Provincia un nuevo pueblo. Por eso es que, el día menos pensado, reunió á todos los quilmes: hombres, mujeres, niños y ancianos, y comunicándoles su resolución, entrególes al Maestre de Campo, D. Gerónimo de Funes, á fin de que él los condujese á aquella lejana colonia, destinándoles á las obras comunes de aquella ciudad, con el abono de un jornal de dos reales plata por día. (1)

Acompañaron á los quilmes desterrados mil seiscientos indios calianes, que de Esteco fugaron á Calchaquí, por evitar la marcha forzada, dejando á la espalda el país que guardaba las cenizas de sus abuelos, la religión de sus padres, las reliquias de su pasado. (2)

Alboreó el año de 1669 y ya todo Calchaquí estaba subyugado, sumiso y mudo para siempre...Alonso de Mercado y Villacorta!—tú arrancaste la lengua de la boca de la raza, que inmortalizará en la historia hasta la última piedra de las montañas de mi país! A tí te cupo la triste suerte de barrer con todo un pueblo, con toda una tradición, con todas las hazañas del inmortal Calchaquí, al cual solo te contentaste al verle sin sus hijos, dejándole para siempre, sumido en el silencio, «como tumba que el muerto ha abandonado!...»

Calchaquí, después de 1669, es una verdadera Neerópolis vacía.

(1) Junto al Salf, como á seis leguas al S. E. de la ciudad de Tucumán existe una población llamada (*quilmes*) (Dept^o. de Leales). Esos descendientes de los viejos quilmes, aseguranme que fueron una caravana vuelta de Santa Fé. que allí la ubicaron.

(2) Los españoles continuamente llevaban, á fin de pacificarles, las tribus de un lado á otro, como los mallis á Anda galá, los pomanes á Catamarca, los quilmes á Buenos Aires y los de Aljilán jurisdicción de la ciudad de San Fernando, valle de Catamarca, á Amberes (Estancia en la jurisdicción de San Miguel) según reza del padrón de "Los Indios de Aljilán que existen en Amberes" (1699) (M. S. Archivo de Tucumán).

Doscientos y tantos años han pasado desde entonces sobre la tierra, con sus inviernos y sus otoños; y aún persisten las ruinas de sus pueblos y los fuertes, aunque cada hora mueva una piedra, cada día abra una grieta, cada año derrumbe una muralla.

Con los habitantes de la ciudad desierta fundóse el nuevo pueblo de Quilmes, en Buenos Aires, que fué paulatinamente desarrollándose.

Los indios fueron perfectamente tratados en él. Concediéronseles privilegios, donáronseles tierra, diéronseles jueces, admitíaseles un representante que obrara por sus intereses ante el poder general.

Cuando el tiempo pasó, aquel pueblo, formado puramente de indios, fué renovando la base química de su sangre, con las corrientes de la inmigración europea, que han hecho cauce en el territorio argentino.

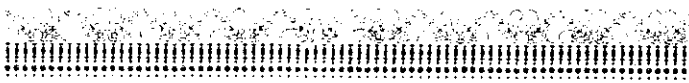
A principios del presente siglo, apenas si nos daríamos con algún rastro que indicase la procedencia de Quilmes de la raza nativa que pobló las fragosidades de los hoy llamados cerros de Santa María-

De aquí es que los derechos y privilegios del pueblo de indios caducaron más tarde. En la Gaceta Ministerial, puede leerse una resolución al respecto, fechada en 14 de Agosto de 1812, con motivo de lo solicitado por el Cabildo de Quilmes, de la que me permito transcribir lo siguiente: «Declárase al pueblo de los Quilmes libre á *toda clase* de personas; su territorio de la propiedad del Estado: se derogan y suprimen todos los *derechos y privilegios* que gozaban los *pocos indios* que existen en dicha población, y en su virtud se extingue en los citados naturales toda jurisdicción, amparándoles por ahora en la posesión de los terrenos que ocupan y cultivan...»

Hoy ese pueblo tiene el aspecto de una ciudad europea. La estadística del 93 nos habla bien alto de la cultura que ha alcanzado, cuando nos suministra el dato de que existían en él once escuelas públicas, donde se educaban ochocientos setenta y un niños de ambos sexos.

¡Qué contraste tan singularmente raro el que nos ofrecen los dos Quilmes, el de Santa María y el de Buenos Aires! Aquí el silencio y allí el vértigo; en las montañas las ruinas y en los grandes ríos la colmena. Allí las fábricas y las máquinas, y aquí los restos de las trincheras de piedra y las torres. El himno y la oda allá; la epopeya aquí!.....

Adelante el pueblo nuevo....Ruinas del viejo Quilmes: salve!



LIBRO SEXTO

SUMARIO.—XLIX. Los Jesuitas y su expulsión del Tucumán. Misiones. El Santo Oficio. Cédulas de Felipe II y Carlos III. Provisión de Bacarelli.—L. El Padre Lozano. Su historia del Tucumán. Noticias biográficas.—LI. La colonia y el elemento criollo. Despoblación de Calchaquí. Esteco y San Esteban de Miraflores. Cédula de 1674. Fusión de razas.—LII. Lón-dres y Cathamarca. Documentos. Real cédula de 1679. Don Fernando de Mendoza Mate de Luna. La algarroba y la fundación de Cathamarca. Su escudo de armas y el porvenir.—LIII. Fundación de San Miguel de Tucuman. Antecedentes históricos. El San Miguel de Techo. Aguirre y su carácter. San Miguel y el valle de Huasán.—LIV. Traslación de San Miguel de Tucumán al sitio de la Toma. El *colo* y la traslación. Cédula Real de 1680. Protesta de 1684 de los del Pueblo Viejo. Auto de Mate de Luna de 1685. Toma de posesión. Fecha de la fundación. Documentos y actas.

XLIX|

No soy de los que miran con ojeriza a los jesuitas de Tucumán, por lo menos a los nobles misioneros de la conquista, que tan señalados é importantes servicios han prestado a la causa de la humanidad en la guerra con la raza mártir. Es para mí la más negra de las injusticias, sujerida por el fanatismo liberal exclusivamente, descargar sobre ellos el anatema de la

historia parcial y apasionada, en el odio profesado á la institución jesuítica, desconociendo todo lo bueno que los padres de la compañía han hecho, por más abominable que ésta pueda ser. Los jesuitas del Tucumán en los azarosos tiempos de la conquista, eran los consejeros humanitarios de todos esos soldadotes que se llamaban conquistadores ó gobernadores de la Provincia. (1)

La natural avaricia y la crueldad castellanas eran templadas en mucho por la palabra prudente y persuasiva de los padres de la Compañía de Loyola. Más de una vez carnicerías horrendas han sido evitadas por ellos en la guerra de Calchaquí, ya estimulando á los conquistadores á la piedad ó insinuándoles sobre sus propias conveniencias, haciéndoles recordar la esterilidad de esas hecatombes de naturales, que destruían por su base el axioma de las cortes españolas: *Indias sin Indios no hay*.

Tan grande, como arriesgada, es la obra de los misioneros jesuitas de pacificar las tribus, estimulándolas á la paz y al sometimiento, bajo la garantía de su palabra y de su influencia. Tan noble, como cristiana, era después su conversión á la religión del crucificado, sustituyéndola á la idolatría, hasta conseguir modificar, por el ejercicio práctico de doctrinas santas, el carácter ímpetuoso, vengativo y selvático del hijo de la tierra.

Incalculables son los beneficios prestados por los padres de la Compañía desde su llegada al Tucumán, en 1586, durante el gobierno de Ramires de Velasco, á los diez y ocho después del arribo de aquellos á Lima. Desde que pusieron su planta en el Tucumán comenzaron con sus piadosas é insinuantes predicaciones; y la historia sería bien ingrata si olvidara á los

(1) El Pbro. Pablo Cabrera (Córdoba, 1807), ha publicado un interesante folleto de su conferencia leída en el Atenco, y cuyo título es: *Primeros Sacerdotes que pisan el suelo de Tucumán*, etc., en el que se hace cumplida justicia á los nobles é infatigables misioneros cristianos.

venerables padres Bárcena, Monroy y Viaña, quienes en el año 1589 y subsiguientes anunciaron el Evangelio á los lules, insistinés, toquistinés y oristinés. El P. Bárcena, especialmente, llamado el apóstol del Tucumán, en el año indicado y en 1592 predicó á los diaguitas, extendidos desde el Pucarà de Anconquija, Belén y Andalgalá, hasta los confines del valle de Catamarca y parte de la Rioja. Así como el P. Bárcena, el P. Añasco predicó á los tonocotes. El P. Darío hace también su predicación á los diaguitas, y al nombrar á este venerable religioso no debe dejarse de transcribir lo que él dice el sabio P. Técho: «Con un influjo arcano, escribe, se hizo tan venerable á los bárbaros, que á veces presentándose en medio de dos facciones enemigas en el acto de agredirse, pudo con su autoridad hacer caer sus iras y las armas y retirarse todos á sus casas.»

Más que ejemplar, humanitaria y piadosa, fué la conducta de los jesuitas en las misiones de Calchaquí en 1608, predicando el santo Evangelio á las tribus indomables, burlándose á cada instante de la muerte, como el buen P. Morelli, cuando teniendo noticias de que los indios debían sacrificarle una noche, el religioso, con singular unción, plantó en el suelo la cruz de su fé, durmiéndose á su amparo, acto tan piadosamente poético que infundió religioso fervor á los salvajes homicidas.

El mejor éxito tuvieron las misiones de Calchaquí de 1637, cuando el gobernador D. Felipe de Albornoz acababa de dominar el gran alzamiento, obligados como fueron por una cláusula del tratado los indios vencidos á instruirse y practicar la religión del crucificado.

Los venerables jesuitas en todas estas misiones iban y venían de una parte á otra, donde su presencia era necesaria ó reclamada cruzando á pié las llanuras, atravesando las ásperas montañas, con el fervor de San Vicente de Paul, para prestar auxilio espiritual y aún material á las tribus, que tarde ó temprano tuvieron que convencerse de que eran aquellos los con-

soladores de sus penas y los defensores de las injusticias cometidas por los guerreros. El P. Techo, á quien he citado, recordando de las misiones del Jesuita italiano Morelli y sus compañeros, ponderando su celo, constancia, resignación y fé, escribe lo siguiente: «Tres veces á pié cruzaron aquel valle (Calchaquí) y las cumbres fragosísimas de aquellas sierras, despedazando y quemando una infinidad de ídolos. Dormían en el duro suelo bajo una ramada improvisada: toleraban los fríos agudísimos, cubriéndose con una sábana delgada y medio desgarrada, vivían de poco maíz y legumbres y en medio de bárbaros furiosos, en medio de guerras, carnicerías y peligros innumerables, escribían al P. Provincial que sus almas rebosaban las delicias del cielo.»

Hay, por otra parte, que tener muy en cuenta que á los padres de la Compañía de Jesús debemos todos los tesoros históricos de la conquista del Tucumán, así como las gramáticas de las lenguas nativas, quichua y lule, y demás trabajos todos de mérito inapreciable. Adviértase que los padres escribían en el teatro mismo de los sucesos; que relataban en sus crónicas lo que sus propios ojos habían visto ó lo que habían escuchado de los labios de los actores de los acontecimientos. Por otra parte, nadie sino ellos debían estar en posesión de los secretos históricos, cuando eran los consejeros natos de guerreros y gobernadores y tenían entre sus manos el hilo de los sucesos. Su ilustración, laboriosidad y perseverancia servían de natural aguijón para escribir sus historias. Muchos de nuestros jesuitas, al revés de lo que decían los inquisidores peruanos: «en estos años no se ha cobrado blanca», repetirían como el buen Lope: «las letras dan honor, mas no dan plata.»

Debe tenerse en cuenta que los mismos soberanos encargaban á los jesuitas de los más delicados asuntos de estas Indias, y eran los interventores obligados en todas las continuas desavenencias de los avaros conquistadores. El rey de España presentábalos

con singulares recomendaciones á los representantes de su autoridad en América, cuando no lo hacía por medio de reales disposiciones. Es de esta última manera cómo los padres de la compañía fueron recomendados al Gobernador del Tucumán, Ramirez de Velasco, por cédula de Felipe II, expedida en Toledo, en 12 de Junio de 1591, en la cual el fanático monarca después de ponderar «el mucho fruto de su predicación, vida y ejemplo», añade imperativamente: «os mando que tengais particular cuidado con honrarlos y favorecerlos, para que viendo ambas Repúblicas de españoles é indios, lo que vos los preciáredes y estimáredes les tengan todos el respeto y reverencia que se debe á su estado y profesión, y mediante esto, y la ayuda y disposición que hallaren en vos, prosigan su santo ejercicio, con el mucho fruto que espero y vivan con contentamiento, que de ello me tendré en vos, por servido.»

Después de lo dicho, ya podrá calcularse cuanto no será el respeto profesado en el Tucumán á los padres jesuitas, tanto más cuanto que todos los religiosos eran poco menos que venerados por su sangre, su ciencia y su poder, el cual todos ellos trataban de dilatar más y más, propendiendo á la organización eclesiástica en todos los lugares de la conquista, habiéndose efectuado esta organización en el Tucumán en el año 1535, época en que fué instituido el obispado de la provincia con asiento en Santiago del Estero, haciéndose cargo del mismo Fr. Francisco Victoria. Adviértase de paso que este obispado solo dependió del de la Plata hasta 1577, aunque ya más ántes el Papa Pio V despachó una bula estableciendo esta diócesis con independencia de las autoridades eclesiásticas del Perú.

La Compañía de Jesús llegó á Lima en 1538, durante el gobierno de García de Castro. Al año siguiente, en 7 de Febrero de 1560, apareció una real cédula de Felipe II, de tristísima memoria, estableciendo el Santo Oficio en América. El fanático y despótico monar-

ca nos introdujo de este modo esta institución. Refiriéndose á este hecho del monarca ultramontano, un escrito contemporáneo, Vicuña Mackena, escribe con razón: «este monarca cuyo corazón fué una hoguera y un infierno su conciencia, arrimando á un lado la lanza de Carlos V, asió con ambas manos el tizón de Torquemada y sefué por todo el orbe buscando herejes que quemar.» Para mayor desgracia, el Papa Urbano III acrecentó el ya inmenso poderío de la Inquisición limeña.

Los jesuitas del Tucumán, ya lo he dicho y lo repito, no son sinó dignos del más justiciero encomio; pero el establecimiento del Santo Oficio en el Perú y Chile desacreditó á los miembros de la compañía en general, ó cuando menos acarreó sobre ellos miradas de justificadas desconfianzas.

Las hogueras de Torquemada prendidas y avivadas fuéron por los jesuitas en América. En el Perú, el inquisidor Solarano empuñaba el estandarte de la fe, mientras arrojaba infelices á la hoguera; y el condenado llevado á contemplar la bárbara ejecución, hasta que le tocase su turno, «permanecía en el tabladillo de los reos, vestido con una larga túnica amarilla con aspás rojas, cubierta la cabeza *una corona* en la que se veían pintadas mil monstruosas y fantásticas figuras; de su cuello pendía un grueso cordel y en su diestra tenía una vela verde apagada, como símbolo de la fé que había dejado de iluminar su espíritu.»

Célebre llegó á ser la acusación del Fiscal del Santo Oficio, que, por los años del siglo XVI hizo á Antonio Rodríguez Correa, á quien se denunciaba «reo de *judío, judizante, hereje, apóstata, rebelde, fautor y encubridor de herejes*». Estos cargos, si hemos de creer á J. H. Scrivener, fundábanse en lo siguiente: «era Correa, dice, *apóstata*, porque habiendo sido bautizado había sido después instruido en la ley Mosaica: era *judizante*, porque en la isla de la Margarita había ayunado todo un día, en Lima dos ó tres y en Arequipa rezaba los salmos de David sin *gloria patri*; era *judío*,

porque guardaba los Sábados y rezaba los salmos en la forma q' acostumbraban los hebreos: era *rebellde*, por que tenía un libro de *horas* en romance prohibido por el Santo Oficio: era, por último, *fautor y encubridor de herejes*, porque durante un viaje que hizo á Huancavélica rezaba unas oraciones...lavándose de pié á cabeza, usando ropas, cantando salmodias, y comiendo pescado, guisado con aceite y pan sin levadura.»

Por tamaños crímenes el Fiscal del Santo Oficio, pedía para Correat: «que mandasen relajar su persona á la justicia y brazo seglar, declarando sus bienes ser confiscados!...»

Ricardo Palma, ocupándose de la Inquisición, describenos todo lo relativo á la fórmula del tormento, la polea, el fuego y la compurgación. (1)

En Chile la Inquisición hizo de las suyas: en 1636 armó un gran conflicto religioso, que tuvo inquietas á todas las poblaciones.

El Santo Oficio, que todo lo absorbía, luego nomás la emprendió con el poder civil, tanto en el Perú como en Chile. En tiempo del inquisidor Juan de Mañosa produjose en Lima un gran conflicto con la Real Audiencia, lanzándole el reto con una bula de Pío V. En 1639 en Lima el obispo no respetaba al juez, «y maltrató dicho señor obispo á dicho juez, diciéndole que le daría mil bofetadas y otras cosas de amenazas, mandádo á todos los clérigos que no le hablasen ni obedeciesen sus censuras.» En Santiago de Chile, en tiempo del buen obispo Villaroel, llegó á tal grado la lucha con la Inquisición, que se formaron dos partidos, de los cuales el uno decía:--aquí el rey! --mientras el otro contestaba: --aquí la Inquisición!»

Errázuris, sin embargo, el último de los inquisidores chilenos, fué tan afable como patriota.

Los jesuitas del Tucumán, por suerte, no organizaron Santo Oficio, como en Lima y Santiago, y demasiado lejos la provincia de estos dos pueblos, se encon-

(1) La Inquisición de Lima (Revista de Buenos Aires).

traba inhabilitada la bárbara institución para que directamente actuara sobre nuestros religiosos. Por otra parte, hay que tener muy en cuenta que, los padres jesuitas venidos del Tucumán debieran ser de reconocido desinterés, porque en todas las instituciones, por más malas que sean, hay hombres buenos. ¿Qué podían aspirar los venerables religiosos en estas provincias, en donde la avaricia castellana sufrió el más cruel de los desengaños? ¿dónde estaban las riquezas que los misioneros podían apetecer? ¿qué han hecho, si las hubo, por acumularlas?

Lejos de eso, excepción sea hecha de los jesuitas de Córdoba, que poseían tierras, conventos, oro, los jesuitas del Tucumán apenas adquirirían lo suficiente para pasar una vida sin regalías, cuando no les encontraba el mediodía sin un pedazo de pan. Es justo observar, ya que nombro á los jesuitas de Córdoba, que, si bien ellos eran poseedores de verdaderas riquezas, también son los autores casi exclusivos del adelantamiento intelectual de aquel pueblo, fundando entre otros establecimientos la famosa Universidad en 1622, con bulas de Gregorio XV y Urbano VIII, así como la beneficencia pública, atendiendo el hospital de Santa Eulalia, siendo más tarde una lástima que los jesuitas de Córdoba todo lo hubieran absorbido, convirtiéndose, más que en una rémora, en un peligro constante para las autoridades civiles.

El poder inmenso, acumulado y cimentado por el tiempo, de los padres jesuitas, en lo que tuvieron su culpa los monarcas mismos; la absorción completa de todos los resortes sociales, políticos y religiosos; la anulación absoluta del poder civil que habían conseguido, apoyándose en las masas ignorantes, que siempre ven en América con ojeriza todo lo que es autoridad; por fin, razones de estado bien conocidas, decidieron al rey Carlos III á ordenar su expulsión del continente, por edicto de 2 de Abril de 1767.

Gobernaba á la sazón los reinos del Perú el virrey Amat y Junient, á quien llega un pliego secreto

del monarca, en el cual, decía: «en mi real persona quedan reservados los justos graves motivos, que á pesar mio, han obligado mi real ánimo á esta necesaria providencia.» En un otro pliego, fechado en 7 de Junio de 1777, del señor Marqués de Grimaldi, dirigido á D. Francisco Bucarelli en Buenos Aires, se le ordena la espulsión de los padres de la Compañía del Paraguay, ó sea los jesuitas.

Bucareli, sin duda, veríase en grandes aprietos para hacer su espulsión de nuestro país, pues la orden era tan poderosa que, á más de su natural influencia en todos los pueblos, los jesuitas á la sazón eran más de quinientos y poseían doce colegios, cincuenta estancias, treinta y tres pueblos de indios guaraníes con más de cien mil almas, á más de otros doce de abipones, mocovies, lules y varios de chiquitos.

Bucareli mismo se daba cuenta exacta de todas las dificultades para cumplimentar la real orden, y en su contestación al marqués de Grimaldi decía: «Miraba la real voluntad tan justamente resuelta como indispensable y conveniente su pronto cumplimiento; pero también conocía la disposición del Reyno que *el poder de los de la Compañía ha sido absoluto* manejando á su arbitrio á mis antecesores en particular al último por cuyo medio dieron los principales empleos á sujetos de su facción no digo ni con méritos para obtenerlos....»

De todos modos, la sentencia de muerte ejecutóse en todo nuestro país á la institución jesuítica, destruyendo sus misiones, dominación y poderío. La espulsión de éstos se verifica.

Los jesuitas de nuestro Tucumán tuvieron, de buen ó mal grado, que abandonar el país, no sin las más ardientes protestas, no solo de los de la Compañía, sino especialmente de parte del pueblo, sobre el que llegaron á tener un ascendiente tan grande ó mayor que el del rey. Aún, en Córdoba, está en boca de los viejos el relato de las amarguras del pueblo cordobés, del universal duelo de la docta ciudad, el día

en que los padres de la Compañía le dieron el último adiós!

Lo que aconteció en el Tucumán con motivo de la expulsión de los jesuitas, fué tan grave, que no me resisto á transcribir un otro párrafo de Bucareli, dando cuenta del cometido de su misión; dice así: «En la provisión de curatos de los pueblos de indios estoy de acuerdo con los obispos de esta provincia y la del Tucumán, en los que reconozco cuanto S. M. puede desear, y desde luego certifico que en lo posible se pondrán eclesiásticos que cumplan con su ministerio, aunque siempre estoy persuadido que será forzoso pasar yo en persona á establecer este y el nuevo gobierno, para allanar las dificultades que se han de ofrecer ó para *conquistar aquel estado que los de la Compañía han tenido solo comprensible y sujetos á su absoluta dominación.*»

Es de advertir que Córdoba, desde 1699, pasó á ser la cabeza de la iglesia del Tucumán, pues en aquel año se trasladó á la ya docta ciudad la Capital y sede de gobernador.

El Tucumán quedó largo tiempo sin jesuitas. Los que han llegado posteriormente á cualquier punto de la vieja Provincia, no han sido ya temidos, dedicándose con especialidad á las atenciones del culto ó de la educación.

I.

Ya que acabo de hablar de los jesuitas en el anterior capítulo, injusticia grande sería no dedicar una página al ilustre padre de la Compañía D. Pedro Lozano, aprovechando la oportunidad que se me presenta.

El P. Lozano con su obra sobre la «Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán», nos ha legado un caudal inapreciable, especialmente á nosotros, á quienes nos interesa la historia del viejo Tucumán, tan más cuanto que tan poco se ha escrito sobre esta

última gobernación, pues que si exceptuamos los trabajos de los P. P. José Guevara y Techo, quien se valió de los manuscritos del P. Juan Pastor, Lozano es la única fuente en que podemos beber los contemporáneos, fuente inagotable y rica, pues las páginas de la historia del ilustre jesuita, como se ha dicho de los poemas de la India, manan leche.

Antes que Lozano, no había historia del Tucumán, y éste con grandes esfuerzos, tino y sagacidad; con espíritu imparcial y justiciero, dió cima á un trabajo cuyo valor es inapreciable. «De la gobernación del Tucumán, dice el P. Lozano en su prólogo, no hay cosa impresa en nuestra lengua, habiendo sido forzoso recoger lo que aquí se escribe de papeles manuscritos de aquel tiempo, que ha tenido sepultados el olvido y casi comidos la polilla, poniendo en eso un despreciable trabajo como también en señalar la fundación de las ciudades y la introducción primera de la fè...» Respecto á su imparcialidad, tan difícil de guardar en aquellos tiempos en que ante todo era preciso cargar la mano en alabanza de la fè y del rey, él mismo pide «que solo se gobierne mi pluma por el seguro rumbo de la verdad, que es la senda que en tales asuntos encamina al acierto.»

Azara asegura que esta fué la causa de que la obra histórica de Lozano no fuese publicada, pues que este escritor se distinguía por su *mordacidad contra los españoles*. Esto nos prueba cuán difícil era en aquellos tiempos ser imparcial, tanto más si se tiene en cuenta que Lozano no se cansa de glorificar en cada página la audacia y el valor castellanos, así como los triunfos de la fé católica, y esa mordacidad contra los españoles, á que alude Azara, es porque de vez en cuando Lozano critica su avaricia y crueldad, borrones indelebles de la conquista. Nunca le perdonarian, por ejemplo, este pasaje de su historia de la Compañía de Jesús: «y en vez de servir de guía á los indios, dice aludiendo á los españoles, con sus cristianas costumbres para encammarlos al Paraiso, les

eran tropiezos y fomentaban su ruina espiritual con sus vicios escandalosos, además de las continuas vejaciones con que ejercitaban su sufrimiento.»

Muy pocas noticias tenemos de la persona del P. Lozano.

El ilustre jesuita nació en Madrid en 1697. Al río de la Plata parece que arribó allá por los años de 1717. Su residencia habitual es Córdoba del Tucumán, donde fué cronista de la orden, dictando además las cátedras de teología y filosofía. Sin embargo, consta que hizo repetidos viajes para escribir sus historias, y sabido es que estudió los archivos de San Miguel y Santiago del Estero.

En la Compañía de Jesús, en Córdoba, era amigo íntimo del famoso P. Machoni, á quien dedicó una de sus obras.

Que gozaría de gran respeto y estimación entre los jesuitas, no hay duda, cuando estos le encargaron la redacción de las reclamaciones de la Compañía de Jesús contra el tratado de 1750 entre España y Portugal.

Lozano escribió varias obras, concluyendo su renombrada «Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán», en 1745. Entre otras obras escribió también: la «Descripción de las Provincias del Gran Chaco Gualamba», «Historia y vida del jesuita Lizarde», «Cartas sobre las misiones», «Carta al P. Azola sobre los Césares del Estrecho de Magallanes», «Provincia del Paraguay», Diccionario Histórico Indico», fuera de otras cartas y trabajos más, revelando en la confección de todas estas obras una labor constante y no interrumpida.

Después de esto, las noticias del P. Lozano son sumamente escasas. Qué se haría antes de 1797, es cosa que no se ha podido averiguar; y, sin duda, que habríase vuelto á España, toda vez que en la nómina de los jesuitas desterrados por Bucarelli no aparece su nombre. Sin duda que se iría á Europa á imprimir sus obras, pues que en 1755 aparece en Madrid, su His-

toría de los jesuitas del Paraguay.» Posteriormente, en 1788, vió la luz pública una traducción suya de los «Ejercicios de San Ignacio.»

Cuando y donde murió el P. Lozano, es cosa que no sabemos; pero esto importa poco cuando de su gloriosa vida nos quedan sus obras. Es como dice el distinguido historiador y bibliógrafo Sr. Andres Lamas: «Si queda definitivamente ignorado el pedazo de tierra en que se ha perdido el polvo de los restos mortales del P. Lozano, su nombre vivirá entre nosotros perdurablemente, porque fué uno de los obreros más diligentes de nuestra historia, y la historia, solícita y cariñosa para los que la sirven, repara los olvidos y los descuidos contemporáneos.»

Es como historiador profundo, como el P. Lozano se ha distinguido. Leyendo las páginas de sus obras, de estilo sobrio y sencillo, limpio, monòtono y abundante, nótase al instante su versación en todo lo relativo á la historia de estas Indias, descollando en ella á mi juicio, la que se refiere al Tucumán, siendo únicamente sensible que el P. no poseyese con profundidad la lengua quíchua, dándonos etimologías que hubieran iluminado puntos oscuros de la historia de nuestros naturales. Podría criticársele el hecho de que no haya casi una página en que por cualquier motivo no hable de la fé, refiriendo al cielo los sucesos de la conquista; pero este era el estilo de la época, y más el escritor era un jesuíta y fervoroso católico, aparte de que los castellanos tenían la creencia arraigada de que María Santísima era la verdadera conquistadora del nuevo mundo, sacando de este modo del gentilismo á millones de hombres.

De Angellis, criticando á Lozano, decía de él que compromete «la dignidad de la historia por la facilidad con que ha acogido las tradiciones vulgares, por más extrañas y absurdas que fueran.» A esto contesto como antes: es un vicio de la época. Lozano, lo repito, era un fervoroso creyente, y por nada de este mundo hubiera contradicho cualquier cosa que hubiese sos-

tenido alguna vez la iglesia: de aquí que creyera en milagros, portentos, apariciones y todo lo que se quiera. En aquella época las brujas y los espantos estaban de moda, y no había sabio ò ignorante que no creyera en ellos, mucho más cuando aquel era un jesuita del siglo XVII, que veía consignadas sus creencias supersticiosas en los sagrados libros. La adivinación, por ejemplo, está admitida en el libro de Moises y la Vulgata; el Deuteronomio castiga el encantamiento y el Levítico la adivinación, no debiendo tampoco olvidarse á la pitonisa de Endor y Manases, ni á los magos de Faraon. El Papa Sixto V castigaba la invocación á los muertos, y durante toda la edad media se quemaban poseidas, brujas y magas. En esta época, y aún posteriormente, se levantaban los muertos y bajaban las almas del cielo á la tierra.

Por lo demás, al lector moderno le sobra criterio para saber qué cosas ha de tomar ó no como históricas, y cuáles son preocupaciones ó creencias supersticiosas de la época, aprovechando lo uno y descartando lo otro.

Las obras del P. Lozano, de todos modos, son la Biblia de la historia nacional colonial.

LI

La epopeya Calchaquí ha concluído con la despo- blación del valle que habitara la raza indomable. En las cumbres de las montañas ya no se ve al hijo de la tierra; los pueblos de indios están desiertos; las torres y las fortificaciones han caído destruidas....¿Qué se ha hecho el hijo de la montaña?

Ya es oportuno recordar de la suerte que cupo á la raza de la epopeya, porque no todas las tribus duermen el sueño en las huacas. Aún alientan millares de corazones indígenas, esclavizados en las encomiendas. Los vivos piensan á toda hora que mejor suerte ha caído á los muertos. Ellos, ni sufren destierros, ni llo-

ran ostracismos, ni ven despoblados sus nativos valles, ni inclinan la frente, abrumada por infortunios, ante el ceño del amo, en el *servicio personal*.

Veamos que fué de los vivos.

Expatriados los valerosos Quílimes al río de la Plata, de acuerdo con la resolución de D. José Martínez de Salazar, Presidente de la Real Audiencia de Buenos Aires, procedióse á la inmediata despoblación y reparto de los indios del Tucumán. La población indígena distribuyose entre los diversos pueblos de la gran Provincia, donde debieran servir en las *encomiendas*. (1)

A los indios se separaba para siempre de la tierra nativa, á fin de que perdiesen hasta la idea de reconquistarla, y al mismo tiempo se les hacía poblar las diezmadas ciudades, que iban á ser los focos de la *Colonia*. La adjudicación de las familias indígenas se hizo de la siguiente manera: tocaron ciento cincuenta familias á la ciudad de Salta, doscientas á Tucumán, doscientas sesenta á Santiago, ciento ochenta á la Rioja, ciento cuarenta á Esteco, ciento sesenta á Londres de Pomán, y á las familias restantes á Córdoba y Jujuy. Como los colalabos, pacciocas y tolombones, traicionando á sus compatriotas, habían seguido al estandarte real de los castellanos, en recompensa de la alianza y los auxilios prestados, no se les condenò del todo á abandonar los valles amados, pues permitióseles que poblaran las fronteras de Tucumán, pero con la condición espresa de no volver jamás al valle de Calchaquí.

De esta manera el valle de la epopeya queda completamente despoblado; y á la verdad que á no quedar así, quizá el pueblo andino hubiera estremecido otra vez más la tierra en los estertores de su agonía prolongada.

Mercado y Villacorta en su segundo gobierno se ha vengado de las afrentas de Pedro Bohorquez!

(1) Sobre restricciones á los *encomenderos*, vense Solórzano, *Poltica Indiana*, Lib II, Cap. VII, N.º. 46 y sigtes.—Id. id., Lib V, Cap. XIII, N.º. 21.

El periodo secular de la conquista del Tucumán está cerrado para siempre, y no más las flechas calchaquies traspasarán el estandarte real, ni el pecho de un solo castellano. Con el pueblo de Calchaquí sojuzgado habíase hecho lo que con los judíos, condenados al cautiverio. Ya á los castellanos no queda sino guardarse las espaldas: contener las irrupciones de los bárbaros del Chaco, que á veces han asaltado poblaciones, y saqueado, y dado muerte á centenares de sus moradores. Para eso Villacorta fortifica á Esteco, el mismo que fuè destruído por un espantoso terremoto, sucedido durante el gobierno de Don Martin de Juarregui. Para eso, en la primera década del siglo XVIII, el gobernador don Esteban Urizar y Arespacochaga fundaba la plaza fuerte de San Esteban de Miraflores, que hasta ese tiempo y el del gobierno de D. Baltazar de Abarra, y aún después, los indios del Chaco no cesan de hacer irrupciones sobre el Tucumán sojuzgado. (1)

Es por demás conocida la vida de la Colonia para añadir una palabra á todo lo que sobre ella se ha escrito. (2) Es bien sabido que el indio vegetaba y sufría en ella, condenado á las más rudas tareas, odiado como era del amo, quien solo quería aprovecharse de sus fuerzas y gastada actividad. El indio, así mismo, guardaba rencor profundo al amo; pero mudo y reconcentrado, porque el indio en las ciudades es

(1) Por un documento de 1684, la protesta de la traslación de la Ciudad de San Miguel, al parage de la Thoma, vése que los mocovíes hacían sus invaciones á la provincia.—una de las razones oponiéndose á la traslación de la vieja ciudad contigua á Monteros, era las invaciones *mocovíes*: y así dice este documento: “No es también conveniente dho. sitio por acercarse catorce leguas á un extremo de su jurisdicción, y consiguientemente á la Ciudad de Estero, y al riesgo de las *inundaciones del enemigo Mocoví*, principalmente por la parte del Zapallar, por donde más amenaza, por la poca distancia que ni que no llegan á diez leguas, desde dicho sitio á dicho parage del Zapallar, adonde algunas veces ha dado asalto dho. enemigo.” (Archivo de Tucumán—documento B del Apéndice).

(2) Véase Antunez y Acevedo. *Mms. Hists. sobre Legisla. y Gobn. de los Esp. en sus Colonias* (1707).

lo mismo que el condor enjaulado. Fuera de sus cumbres nada aspira, nada ambiciona, y la vida, cuando más, le es indiferente. Sus recuerdos de otros tiempos solo sirven para espinarle el corazón. (1)

Sin embargo, transcurrido el tiempo, los indígenas van poco á poco aclimatándose en las ciudades, y raras veces se fugan de ellas, buscando la libertad en las montañas. Los alcaliánes, no obstante, jamás olvidaron su país, y una noche, de la ciudad de Salta fugóse casi toda la tribu; sin detenerse hasta llegar á su Calchaquí. Las autoridades militares de la Provincia siguen inmediatamente sus huellas y los arrancan nuevamente del valle; pero, temerosas de otra fuga, corren la misma suerte que los quilmes, pues una caravana de más de mil seiscientos alcaliánes marcha á Buenos Aires, para no volver más al país.

Todo esto acontecía durante el gobierno de Mercado y Villacorta, que termina recién en Junio de 1670, habiendo sido el más memorable de todos los del Tucumán.

Una vez que el abatimiento se ha apoderado del indio de la ciudad, y que dobla la cerviz ante el amo; cuando ya no queda hombre, sino cosa, que obedece á los más singulares caprichos de su dueño; cuando ya ha adquirido hábitos de trabajo y comienza á producir para el amo pingües ganancias, éste se vuelve

(1) Por un documento de 1758, vese que en el tiempo de la colonia no se podía llevar fuera de la Provincia gentes de las encomiendas; y así, en una reclamación hecha, dice el siguiente auto del Señor Justicia Mayor de San Miguel: "Por presentado vistos y admítase en todo lo que lugar tenga en derecho; vistas la relación que hace el cacique del pueblo de Chiquigasta y no poderse entrar ni llevar fuera de la Provincia conforme á ordenanzas gentes de las encomiendas, ni que estén fuera de su pueblo, y que por la relación que me hizo el Capitan Francisco de Sueldo aver que en distinto modo se llevó la familia y personas que se nombran y estándolo como está para pasar á Buenos Aires le mandando con pena de Documentos aplicados en forma ordinaria los recobrar y traiga á su naturaleza y manifestados en este juzgado se entregará al dho. Cacique y así mismo entregará la india y su hijo que se le demanda vajo de la misma pena impuesta y se le notifique por mí ayudante general y lo firmé.—[José Cas.—(Testimonio de Pedro Lindon—M. S. Archivo de Tucumán.)

gradualmente menos cruel con el indio, y el trato continuo con el hijo de la tierra hácele comprender que no es un ser irracional, y que el caribú, aunque se le brinde por mendrugos, es capaz de transformar su naturaleza salvaje.

Las autoridades, después, compadecidas de la triste suerte que ha cabido al hijo de la tierra, al que ya jamás puede temer, comienzan por dictar disposiciones tendentes á hacer más llevadera la vida del indio de las ciudades. D. Angel de Peredo, gobernador del Tucumán desde Junio de 1570, y sucesor de Mercado y Villacorta, compadecido de la suerte de los pobres indios de Calchaquí, comunicó todo lo que á ellos podía referirse; y S. M. dió oído á sus requerimientos, y más que liberal fué la reina de España, quien mandó por cédula de 20 de Diciembre de 1574 que no se esclavizase ni obligase á los indios al servicio personal. El año anterior había expedido S. M. ya una otra cédula, por la que castigaba los excesos de los encomenderos. Está demás decir que Peredo dió cumplimiento exacto á todas las reales disposiciones, no teniéndose noticias que hiciesen otra cosa los gobernantes que le sucedieron. D. José del Garro en 1675, y en 1681 el famoso D. Fernando de Mendoza Mate de Luna, «caballero de muy notoria nobleza, que esmaltó con sus proezas en la guerra y ejemplos ilustres de virtud, y prudencia en el gobierno», al decir del historiador del Tucumán; repitió, Mate de Luna, veló con solicitud por la suerte de los indios, haciendo efectivas todas las garantías concedidas á los mismos, y prohibiendo á los dueños de encomiendas que viviesen en ellas, sinó que poblasen en la ciudad. Todo esto y lo demás obrado en alivio de los indios fué plenamente aprobado por el rey, en cédula de Madrid de Abril de 1687.

Desde el primer momento se comprende que todo este cúmulo de circunstancias, cuyo punto de partida eran las franquicias que á los indígenas se daba año á año y que la práctica hacía eficaces, poco á po-

co pondrían en contacto la raza blanca y la nativa, de modo que la fusión ha comenzado en la Colonia. La base indígena, que iba á engendrar un nuevo elemento social, era más densa en el Tucumán que en las demás regiones del país, toda vez que los indios sometidos duplicaban los habitantes de las poblaciones urbanas, y la inmigración guerrera había cesado, pues que ya no había enemigo qué combatir.

En las sangre de las familias del Tucumán comienza á correr torrentosa la sangre indígena, y con su base química engéndrase un tipo social nuevo, con caracteres á la vez castellanos é indígenas; y por eso en los hábitos, las costumbres, las prácticas religiosas y políticas, siéntese la influencia directa de la vida nativa, que hasta hoy mismo la civilización no ha podido estirpar. La fusión de las razas se acentúa día á día más y más. Es inútil buscar ya poblaciones puramente castellanas: el elemento mestizo casi domina en ellas. Poblaciones indígenas puras más bien se encuentran, y hasta el día puede verse en su pureza la raza nativa en los actuales departamentos de Pomán, Tinogasta y Santa María. Los hijos de los castellanos nacidos en el país y los metizos, aunque esta denominación se dé solo á los hijos de españoles, en América tienen menos repugnancia de ligarse y constituir la familia; y todos aquellos elementos y los nuevos que engendran van á constituir el elemento que convencionalmente denominó *criollo*, que más tarde ha de actuar en la gran lucha separatista de la colonia y la madre patria.

Escuchemos á propósito al General Mitre. (1)

«Empeñada la lucha de la independencia, las razas intervinieron en ella obedeciendo á sus afinidades. Los criollos tomaron la dirección política y la vanguardia en el combate entre las colonias insurreccionadas y la metrópoli. Los indígenas emancipados por la revolución de las servidumbres que sobre ellos

(1) *Historia de San Martín.*

pesaban, se decidieron por ella como auxiliares, aún cuando nunca fueron contados como fuerza militar á excepción de Méjico, donde este elemento figuró como primera línea. En el resto de la América, los mestizos constituyeron la carne de cañón y el nervio de sus ejércitos. El gaucho argentino, especie de árabe y cosaco modificado por el clima, y poseído del mismo fatalismo del uno y de la fortaleza del otro, dió su tipo á la caballería revolucionaria que debía llevar una gran carga á fondo desde el Plata hasta el Chimborazo. En el extremo opuesto, los llaneros de Venezuela, raza mestiza de indígenas, españoles y negros, en que empezaba á producirse el carácter criollo, formaron los famosos escuadrones colombianos, acaudillados por héroes de su estirpe, que en sus campañas desde el Orinoco hasta el Potosí por sus proezas eclipsarían á los de Homero. Los rotos de Chile, en que prevalecía la sangre indígena, formarían con los argentinos los sólidos batallones para medirse con los regimientos españoles, vencedores de los soldados de Napoleón en la guerra de la península.... Los criollos formaban el núcleo de estos elementos de fuerza en el combate de las razas y de los principios.»

La Colonia representa la paz, el trabajo, la organización política y social, así como la fusión de las razas. Disueltos los ejércitos, sin enemigos que combatir, la idea de ciudad nace y se desarrolla. En los pueblos establécense, con facultades propias y muchas veces autonómicas, el gobierno, el cabildo, justicia mayor, los alcaldes de primero, segundo voto y de la hermandad, procuradores, alguaciles, alferéz real. A los cabildos, elegidos anualmente, correspondía el gobierno municipal y la administración de la tierra pública. El gobernador del Tucumán nombraba tenientes gobernadores y justicias mayores, quienes ejercían los poderes políticos, militares y administrativos. Los alcaldes eran los jueces civiles, y los alguaciles estaban al frente de las policías. El alferéz real guardaba el estandarte castellano y tenía voz y voto en el Cabil-

do. Los oficiales reales cobraban las rentas. (2)

La organización política recién se cimentaba del todo en el siglo siguiente, en el cual en el año de 1780 se crea el virreynato del Río de la Plata, y el Tucumán pasa á formar parte de él.

III

Terminada la gran epopeya; concluida definitivamente la obra de la conquista, acabo en breves renglones de explicar qué fué de la raza vencida, subyugada por los encomenderos vencedores en la vida pacífica y de lenta transformación y fusión de razas de la colonia. Preciso es saber, así mismo, que fué del famoso Lóndres de Pomán, centro político y militar de los castellanos durante las últimas décadas de la epopeya, desde donde los ejércitos invasores actuaron sobre Calchaquí, después que el genio estratégico del general Luis de Cabrera, durante el gobierno de don Felipe de Albornoz, eligió el pueblo de Pomán para refundar á Lóndres, en 15 de Setiembre de 1633. Cuando esta importante fundación estratégica se hizo, recordaremos que ardió el incendio del gran alzamiento, y que apoyándose en ella, el Giral. Cabrera sometió á las tribus del valle andalgalense y Chelemin, su famoso cacique, fué ejecutado para escarmiento de los alzados, en la nueva fundación, bautizándola con sangre nativa. Recordaremos que en Lóndres se hospedó amigablemente á Pedro Bohorquez en Julio de 1657, y que este pueblo, apoyado en el reciente fuerte del Pantano, fué una de las principales bases de las operaciones bélicas contra el Aparacido. Cuando la despoblación de Calchaquí cupo á Lóndres un buen número de familias indígenas en el reparto de los once mil naturales que se efec-

(2) Véase Solórzano cit., Lib. V. Cap. I. N.º. 2. Y *ibid* N.º. 3. Al Síndico Procurador de la Ciudad estaba encargada la reclamación de los intereses del municipio. El Alcalde de *rez.* voto era el juez civil y comercial, y el de 2.º voto el del crimen. El Alguacil Mayor ejecutaba los impuestos municipales. El Regidor Juez de Pelicía velaba por el orden y la higiene.

tuó durante el segundo gobierno de don Alonso de Mercado y Villacorta.

Concluida definitivamente la guerra de Calchaquí, Lóndres, que debió unicamente su fundación á necesidades imperiosas de estrategia militar, perdió toda su antigua importancia. Como no ocupaba una posición geográfica aparente para capital política del país, y ni tenía vitalidad propia para su futuro desarrollo, Lóndres debía irse aniquilando paulatinamente, hasta convertirse en pueblo de tercera ó cuarta orden. A más de esto, aquella población, á causa de los accidentes naturales del suelo, «era estéril y de mal terreno.»

Todas estas razones, sin duda, influirían en el ánimo de D. Angel de Peredo, gobernador que fué del Tucumán desde Junio de 1670, quién propuso á S. M. la traslación de la ciudad de Lóndres al valle de Catamarca. A consecuencia de esto, el rey de España despachó más tarde un real oficio, pidiendo que se informase sobre la proposición de trasladar á Lóndres á este valle; y el gobernador del Tucumán, D. José del Garro, quié sucede á Peredo en 1675. En 10 de Junio de 1678 satisface al real oficio, manifestando, «que en él (el valle de Catamarca) se podía fundar una ciudad populosa por la capacidad que tiene de tierras de pan fertilísimas, y que producen toda semilla, y el Río que la Riega y Vaña, y saludables Aires, y temperamento.»

En consecuencia de estos antecedentes S. M. el rey D. Carlos II, en 16 de Agosto de 1679, entre el interinato en el gobierno del Tucumán de D. Jaun Diez de Andino y D. Antonio de Vera y Mujica, despachó otra real cédula desde Madrid, en la que decía al gobernador del Tucumán: «he resuelto ordenaros y mandaros que juntandoos con el Obispo de esa Provincia ejecutéis la *mudanza de la diudad de Lóndres al valle de Catamarca*, en conformidad de los informes que se han hecho, y con las prevenciones que hace en el seno el provincial de la Comp^a de Jesús de esas provincias, que lo mismo encargo por otro despacho de la fecha de este al dho. Obispo.»

D. Fernando de Mendoza Mate de Luna, recibido del gobierno del Tucumán dos años después de expedida la real cédula, en Marzo de 1681, fué quien debiera cumplimentar la orden de S. M.

En consecuencia, el gobernador Mate de Luna, desde la ciudad de Santiago del Estero, en 28 de Enero de 1683, dirigese al Obispo de Córdoba, Dr. D. Fray Nicolás de Ulloa, á fin de que se trasladase al valle de Catamarca á verificar juntamente la traslación de la ciudad, y al mes siguiente S. Illma, contestó disponiéndose á cumplimentar la real cédula.

Antes de pasar adelante, es curioso tener en cuenta un detalle que contribuyó en mucho á desidir de la suerte de Lóndres. El algarrobo, el árbol consagrado de nuestros indígenas, que hacía entre ellos el oficio que el dátíl en Arabia, tuvo en gran parte la traslación del referido pueblo al valle de Catamarca. Es el caso que Lóndres estaba rodeado de tupidos y frondosos algarrobales, y que los indios, desde que oían al silbo melancólico de los *coyuyos*, que anuncian la madurez de las vainas de algarroba, se embriagan con la *alhoji*, el licor fermentado que dá el árbol del sueño, sin que hubiera poder humano ni divino que les pudiera contener, haciendo teatro al pacífico pueblo de Lóndres de bacanales infernales, que duraban meses y más meses.

Grave, gravísima debió haber sido la cosa, cuando hasta S. M. D. Carlos, en su real cédula de 1679, habla de las borracheras de los indios londonenses, manifestando entre los motivos fundados de la traslación «los inconvenientes que resultan de asistir en ella y particularmente el de continuar los indios la idolatria antigua y otros vicios de embriagues que exercitaban con brevaaxes fuertes que hacían de la algarroba que había en abundancia en aquella jurisdicción, y huían de los españoles, y ministros espirituales que les enseñaban la doctrina, y administraban los Santos Sacramentos...»

El Obispo del Tucumán, así mismo, en su carta al

gobernador D. Fernando, á que antes me referí, hace reflexiones semejantes á las de S. M. y se adhiere á la idea de la traslación de Lóndres, pues que trayendo aquellas almas «á Mejor Sitio dejarían sus Ritos antiguos, embriagueses, ó idolatrías.»

En 1683 se decide la traslación definitiva de Lóndres, ordenándose que el real estandarte que se hallaba en San Juan Bautista de la Rivera de Lóndres, fuese traído al valle. El estandarte fué conducido á la chacra del Sargento Mayor Sebastián de Nieva, siendo recibido al son de cajas de guerra.

En 16 de Junio del mismo año, Mate de Luna reúne en el valle de Catamarca á todos los vecinos de Lóndres y de la Colonia, en su casa, á fin de tratar «de asuntos en pró de esta República», para decidir sobre el sitio mas á propósito para la nueva fundación. La cuestión versó sobre si esta debía ó no hacerse en los Mistoles, así como donde debieran poblarse los indios de Lóndres, las dos ó tres reducciones, para lo cual se indicó los pueblos de Choya, Collagasta, ó Colpes. Posteriormente se procede al nombramiento de las autoridades, de la futura ciudad: el Alférez real y Regidor, los Alcaldes de primero, segundo voto, y de la Hermandad, Regidores, Alguacil Mayor, etc., quienes prestaron juramento, recibiendo las altas varas de la real justicia, que el gobernador les entregó. El Alférez real y Regidor recibió el estandarte, puesto de rodillas, con sus manos dentro de las de S. S., para lo cual dijo: «que juraba á Dios y á una Cruz y hace pleito homenaje á la ley de caballero y según los fueros de Castilla de guardar al dho. Rl. Estandarte y enarbolarlo todas las veces que toque hacerlo en defensa de S. M.» Luego se procede al nombramiento de Procurador general de la ciudad, Juez de Menores, Mayordomo de la ciudad y medidor de tierras.

La fundación de la ciudad de Catamarca efectúase recién el 5 de Julio de 1683.

En este día el gobernador Mate de Luna, quien

habíase definitivamente reservado la elección de sitio para la nueva población, cruzando el río del valle llegó al lugar en que esta misma se encuentra hasta hoy, como capital de la Provincia. Una vez en el sitio elegido, S. S. «señaló en nombre de su magestad el dicho sitio para la dicha Población y traslación de la ciudad de Lóndres.» Hecho esto, procedió á tomar posesión del local, y en presencia de los habitantes de la Colonia del valle y muchos de los futuros habitantes de la nueva ciudad, con asistencia del Cabildo, Justicia, regimientos, visitador de la orden franciscana y otras autoridades civiles y eclesiásticas, se plantó el árbol de la justicia, dándose estruendosos vivas al rey, denominándose la nueva fundación *San Fernando de Catamarca*, anteponiéndose al nombre del valle el del ilustre gobernador, D. Fernando de Mendoza Mate de Luna. Hecho todo esto, adjudicóse á la ciudad fundada los terrenos que debieran pertenecerle, y ordenó que los indios de Lóndres acudiesen al trabajo de las obras decretadas por S. M., la Matriz y el Convento de San Francisco; pero estos trabajos no se comenzaron sino en 1689. Ordenóse, así mismo, la construcción de edificios para los capitulares, jueces, archivo y cárcel.

Conviene una vez por todas, y es la oportunidad de decirlo, extirpar el lamentable error que la tradición ha inventado, especialmente la tradición religiosa, de que antes de la fundación de Mate de Luna hubo otra ciudad en la banda opuesta del río, en Valle Viejo, respecto á la cual parecen hacer referencias las actas de fundación. Pero la pequeña ciudad á que estos se refieren no es otra que la Colonia del Valle Viejo, y nada más. Hubo también un presidio; pero nunca una ciudad destruida por indios, ni ménos por las inundaciones del río. En este lamentable error han incurrido los más ilustres catamarqueños, entre otros el P. Esquiú, en una correspondencia á la «Revista de Buenos Aires», que tengo á la vista.

Curioso fué el escudo de armas de la nueva ciu-

dad de San Fernando de Catamarca, el que debiera usarse en todos los pliegos emanados de las autoridades. Dos letras, una *S* y *F* unidas; à la izquierda de estas letras una *espada*, y una *media-luna* à la derecha, indican simbólicamente el nombre de la ciudad, *San Fernando*, representando el de su fundador la espada y la luna, *Miñe de Luna*. La corona real de España remata la parte superior del escudo y en la inferior vense dos altos cerros, que dejan un valle en medio, y un otro que corre à la izquierda. En los primeros de estos valles vese una planta de *algodon* y en el otro una *viña*, cubiertas de hojas, con un racimo de uvas. Ambos valles, con sus plantas respectivas, representan los valles del oeste y de Catamarca, siendo el primero el de la viña y el segundo el del algodón, que efectivamente eran sus preciadas producciones. Hoy ya no se vé algodón en el valle de Catamarca, y ha muerto hace tiempo la más productiva de sus industrias, que constituyó la fortuna de sus antepasados, y cuya representación en el escudo de San Fernando de Catamarca es un reproche perpétuo à nuestra decidia ú obstinación en sustituir à los viejos algodoneros los modernos higuerales, que apenas dan exígua producción. Pero día ha de llegar, cuando se fomenta la agricultura, en que han de llerarse otra vez de algodoneros las fértiles labranzas de este valle.

Hecha esta ligera y necesaria digresión, diré, para terminar, que recién en 1687 la nueva ciudad comen-zò à poblarse, y que Lóndres, dejando de ser la capital política del país, con la emigración consiguiente que le quitara sus habitantes, perdió toda su importancia. En 1688 la ciudad y su jurisdicción contaba con cuatrocientos habitantes.

Lo que àntes fué el Lóndres de la conquista es hoy el pintoresco pueblito de Pomán, en el departamento del mismo nombre, entregado à una vida vegetativa,

LIII

Es por demás, sabido que las fundaciones del Tucumán obedecían, en su ubicación geográfica, á necesidades estratégicas del momento, ya sirviendo ellas de jalones para seguir el camino del Perú al Río de la Plata, ó ya de baluartes contra el enaigu calchaquí, persistente, tenaz y valeroso.

Es por eso que las fundaciones del Tucumán no tenían carácter definitivo, y sus ciudades son portátiles, como las tiendas de los guerreros.

La fundación de San Miguel de Tucumán, en 20 de Setiembre de 1565, en el lugar hoy denominado el Pueblo Viejo, al Sudoeste de Monteros y contiguo á este lugar, tampoco fué definitiva; y aunque no se haya podido dar con el acta de fundación de la Ciudad, tenemos sobrados antecedentes para aseverarlo, entre otros, la cédula real de 20 de Diciembre de 1680, en la que S. M. al decidir su traslación dice, alegando en pró de este acto, «cuya fundacion fué *con el cargo de mudarla en cualquier tiempo* conveniente á sus avitadores». (1)

Respecto á la necesidad militar de la fundación de San Miguel, como refundación de las ciudades de Barco y Cañete, que no pudieron, por los desastres de la guerra, restaurarse en los valles aldagalenses, en el corazón de Calchaquí, aludiendo á lo obrado por Aguirre, el Padre Lozano (2) dice: «Resolvió para ir asegurando el país, hacer nueva población que sirviese de frontera por la parte de Calchaquí, contra el orgullo de aquella nacion ferocísima, no queriendo por entonces fundarla dentro de aquel valle, como estuvieron las ciudades destruidas, porque todavia eran cortas las fuerzas españolas para tanta empresa, y era mas acertado plantarla á espaldas de él, en los llanos,

(1) Véase documento A del Apéndice.

(2) *Hist. del Río de la Plata*, tom. IV Cap. IX, pag. 227.

donde deteniendo sus avenidas, pudiese fácilmente ser socorridos si llegase la necesidad como llegó mas de una vez, y tomando cuerpo la población, tenía ánimo de adelantar por allí la conquista, con otras nuevas Colonias que acabasen de avasallar aquella gente indomita, bien que no pudo cumplir sus deseos, por los sucesos que después le acaecieron.»

Para darnos cuenta exacta de esta interesante cita de Lozano, necesitamos volver ligeramente unos años atrás, en el propósito de encontrar la cuna de «esta noble fundación».

En el año de 1550, Nuñez de Prado entra por Chicoana al Tucumán, hasta llegar á las márgenes del rio Escaba, en la jurisdicción de esta Provincia, «y en un sitio distante cuatro leguas de donde años después se fundó la Ciudad de San Miguel de Tucumán, delineó la planta de la primera ciudad que quiso llamar del Barco...» (1)

Prado quería aproximarse á la región del oro, y por eso se decidió á plantear un pueblo en Calchaquí; pero como con tal disposición contrariaba la real voluntad, que quería tener en estas provincias un punto de apoyo para el descubrimiento del Rio de la Plata; la Audiencia decidió que se volviese á los llanos, y de aquí originó la fundación contigua á la hoy ciudad de Santiago del Estero.

Luego viene la intromisión de los de Chile en el Tucumán, en tiempo de D. Pedro de Valdivia, y mientras Prado andaba reconociendo la opulencia del Famatina, Francisco de Aguirre, en 1553, entró á la ciudad del Barco, y apresando después á Prado, lo envió con segura custodia á Chile, quedando Aguirre de dueño de la Provincia, ó nuevo Maestrazgo.

Aguirre, so pretexto de que los indios lo inquietaban, como dice Lozano (2), hizo trasladar la ciudad

(1) Lozano cit. Tom. IV, pág. 144.

(2) Lozano cit. Tom. IV, pags. 336 y 337.

de Barco al valle de Quiqui (no Guiqui), en el territorio del cacique Gualan; y molestado nuevamente por los indios, buscó un sitio á orillas del Dulce y efectuó la quinta y última fundación, con el nombre de Santiago del Éstero.

Hasta aquí no tenemos nada de fundación de *San Miguel* de Tucumán, ni de un supuesto río (que jamás existió) de Tucumán, cuando el Padre Techo. (1) nos sa'e con esta cita que podría dar en tierra con toda la verdad, ó enredar por lo menos la madeja de la historia de la conquista del Tucumán: «En el año 1549, dice, después de la derrota de Pizarro, con facultad de Pedro de La Gasca á nombre del Rey, Juan Nuñez de Prado, aconsejado por unos siete de los asesinos ó camaradas de Francisco de Mendoza, que se le habían reunido, se acompañó de un buen número de gente de pró, española, que se lo esperaban todo, *atravesó el interior del Tucumán*; y en las márgenes del río de *Escava* fundó la *Ciudad de San Miguel* (!) á *Castro dictum*, ciudad que mudada primero *al Valle de Calchaquí*, y después *á otra parte*, al poco tiempo fué destruida...»

Este dato de un *San Miguel* anterior á 1565, no es otra cosa que un error lamentable del Padre Techo. Ello resulta evidenciado por las probanzas y demás documentos de lo obrado por Prado y Aguirre, publicados por un distinguido historiador chileno (2), siendo aquellos documentos fechados ciento y tantos años antes que escribiera el Padre. Lozano, que se vé que al confeccionar los documentos y citas para su obra, tuvo por delante á Techo, no hace caso del error de este, como si hubiera pensado que ni merecía siquiera los honores de una refutación. Es como dice muy oportunamente Lafone Quevedo (3): «Prado en 1551 tenía

(1) Techo, Lib. I, Cap. 26.— Lafone Quevedo, referencia *Tucumán*, en Octubre del corriente año.

(2) Toribio Medina, *Juan Nuñez de Prado y Francisco Villagrán* 1896.

(3) Conferencia *Tucumán*, 1.º.

que saber cómo había llamado á la ciudad que fundó en 1553, y en el instrumento citado está *Barco y no San Miguel.*»

Conste, pues, que Techo á tomado á Barco de Escaba por la ciudad de Tucumán en el Pueblo Viejo, en el sentido de la confusión de sus nombres, aunque no de su ubicación geográfica.

Es en la segunda entrada de Aguirre al Tucumán cuando se echan los cimientos de la ciudad de San Miguel.

Veamos cómo:

Llega el año de 1558, el de la entrada del magnánimo Juan Pérez de Zurita, y funda la ciudad de *Cañete* en el valle de Hualan (Huasan) y la de Córdoba en el de Calchaquí, á cuarenta leguas al norte de Londres, entre Angastaco y Tolombón. Techo agrega, volviendo á su error, y dejando á Cañete en el tintero, que Juan *Gomez* de Zurita «restauró la Ciudad de *San Miguel*», lo que hace vislumbrar que había confusión de Cañete con San Miguel.

En 1531 entra Castañeda, enviado por Villagrán, Adelantado de Chile en ese entonces. Como aquel despojó á Zurita, la indiada, que amaba al fundador de pueblos, se alza en guerra, y con los desastres que produjo la misma, sobrevino el abandono obligado de las ciudades de Londres y Cañete, quedando los calchaquies dueños de los reconquistados valles.

Termina en 1533 el desastroso mando del peor de los gobernadores del Tucumán, y le sucede Francisco de Aguirre, quien entró en 1534, conteniendo los avances del enemigo Calchaquí.

Uno de sus primeros actos, obedeciendo á sus planes militares, fué fundar á San Miguel de Tucumán, como frontera á Calchaquí, encomendando «esta noble fundación» á su sobrino Diego de Villarroel, quien obró como delegado suyo.

Digamos, entre paréntesis, que Aguirre era un hombre díscolo, envidioso y despótico, el revés de Nuñez de Prado, á quien calumnia en las informaciones le-

vantadas contra éste, siendo inexacto lo que dice el Procurador de Barco de que Aguirre era «Caballero bien cristiano, celoso del servicio de Dios, aumentador de la fee é muy leal vasallo é servidor de la Corona Real de Castilla», y menos «que Dios Nuestro Señor y los ángeles le trajeron á esta tierra para su santísimo servicio y aumentamiento de la Santa Fee Católica y bien de todos» (1), pues que, como puede verse en la abjuración de Aguirre, citada por Zimny, una de las cosas que se permitió decir en esos buenos tiempos este caudillo de la conquista, era aquello que «no había otro papa ni obispo sinó él.» (2)

La Ciudad de San Miguel de Tucumán en el Pueblo Viejo, después de todo lo dicho, resulta que era la refundación de las abandonadas ciudades de Barco y Cañete, que no pudieron restaurarse en el valle de Guasán, de modo que la región andalgalense es la cuna de la Ciudad de San Miguel.

La nueva fundación, por espacio de ciento veinte años, vivió vegetando en el lugar denominado el Pueblo Viejo, no obstante que al hacerse el padrón de los indios pacíficos que se hallaban en el distrito adjudicado á la nueva ciudad, se contaron hasta el número de diez mil, según nos refiere Lozano. [1]

[1] Op. cit., Tom IV, pág. 220.

Con la traslación de San Miguel al sitio de la Toma, la ciudad de Aguirre florecerá y á don Fernando de Mendoza Mate de Luna cabrá la gloria de haber refundado al hoy pueblo el más industrial del interior de la República.

LIV

En el año de 1670 se inició oficialmente la idea de la traslación de la ciudad de San Miguel á su sitio actual de la Thoma, no obstante lo que se decía de lo

(1) «Probanzas» de Lorenzo Maldonado, cit. por Toribio Medina. Lafone Quevedo conferencia *Tucumán*.

(2) Lafone, id. id.—Zimny. *Historia de los Gobernadores*, Tom. II, pág. 50.

privilegiado del suelo elegido para la fundación primitiva de una ciudad destinada á un hermoso porvenir.

Hé aquí cómo se expresa el padre Lozano, describiendo la región en que se fundó el viejo pueblo de San Miguel: «El terreno, fuera de lo dicho, era abundante de trigo, cebada y maíz, de bellos pastos para engorlar ganados mayores, la casa copiosa, las maderas robustas y corpulentas; producía también mucho algodón y lino de que tegían escogido lienzo; teniase noticia de minerales de oro, y, sobre todo, el temple era el mejor de toda la gobernación.» (1)

Los que protestan en 1684 de la traslación de la ciudad, hácenle también cumplido elogio, cuando queriendo probar sus exelencias, dicen: «Es bueno y á propósito y mejor que otro ninguno este sitio en que oí día se halla esta ciudad; porque se compone de tales cualidades que ño se experimenta destemple alguno antes si apacibilidad tan grande principalmente en tiempo de invierno que dijo el Sr. Don Alonso de Mercado y Villacorta antecesor de V. S.^a. que solo por tener el invierno de esta ciudad se podía venir de partes muy remotas á ella. Es la sierra en sí tan fecunda que sin regadío de haciendas se siembra y se cojen camenteras grandiosas por llover tan atempo, que no solo ai para el abasto de esta República, sinó también para la de Santiago del Estero, Valle de Catamarca y Nueva Rioja. En ninguna parte de Provincia ai tan bello paisés de tanta variedad de árboles y maderas para arquitecturas y otras otras ingeniosas, y tantos árboles frutales de castilla y de la Tierra que con sus flores en la primavera rodean y hermosean esta ciudad, y en el verano la sustentan y regalan con sus frutos.» (2)

Esto no obstante, para Lozano tiene su pero,— la calidad de las aguas, que producen el vicio ó *colera*;—ó como él dice, después de ponderar el sitio en

(1) Lozano, Cong. del Rio de la Plata, etc. Tom. IV, Cap IX, Pág. 228.

(2) *Protesta sobre traslación al parage de la Thoma*, etc. (15, de Marzo de 1684, Archivo de Tucumán)—Véase documento B del Apéndice

que estaba ubicada... «aunque con el contrapeso de tener las *aguas* del país *La Calidad*, que crían ciertos tumores en la garganta siendo llamados por acá *colos*, los cuales además de causar bastante fealdad y pesadumbre, sofocan ó dificultan la respiración.» (1)

No deja de ser singular que el *colo* sea uno de los motivos fundamentales para la traslación de San Miguel, como lo fué la de Londres en el valle de Catamarca por la abundancia de algarroba, con la que los indios «hacían su brevaxes».

Su Magestad el Rey, sin duda que tuvo muy en cuenta este motivo, cuando en la cédula ordenando la traslación repite lo de Lozano respecto á la mala calidad de las aguas que se bebían: «llegaba á ser, dís. S. M., *el agua tan dañosa* como el temperamento tan nocivo...» (2)

Repito que en el año de 1679 se inició formal y oficialmente la idea de la traslación de la ciudad, lo que resulta de la Cédula Real, en la que se dice que el Gobernador de la Provincia del Tucumán insinuó dicha traslación en carta de Junio de aquel año. (3) En esta fecha quien gobernaba el Tucumán era Don Juan de Díez Andino, por nombramiento del Conde de Castelar, virrey de estos reinos, pues Don José del Garro, terminó su gobierno en 1678 y Don Fernando de Mendoza Mate de Luna entró á gobernar en Marzo de 1681.

La carta del gobernador del Tucumán decía á S. M. que la ciudad de San Miguel estaba con resolución de trasladarse á un parage llamado la Toma, como á doce leguas al Norte de dicha ciudad, donde se comenzó á edificar, con motivo «del manifiesto peligro que les amenazaba en ella de ser arruinados del río que pasa por la ciudad, y aviéndose explayado tanto que no alcanza la vista sus márgenes...», ha-

(1) Lozano, op. y lug. cit.

(2) *Cédula Real* de 26 de Enero de 1680.—Archivo de Tuc.—Véase documento A del Apéndice.

(3) *Cédula* cit.

hacido derrumbalo ya en 1678 la iglesia de San Simón y Judas, los patronos de San Miguel, y llevándose una calle real con algunas casas. El gobernador añadía que el agua era tan dañosa, como el temperamento, «que todos vivían enfermos y con la color tan quebrada que parecían difuntos causas que les obligava á vivir en el campo lo más del año por reconocer fuera de aquel temple la mejoría...» (1)

Estas razones y otras más convencieron á S. M., entre ellas «de que se atajarian los estravíos que pasavan sin ser sentidos así al Perú como al puerto de Buenos Aires por ser la situación en parage tan cómodo que se juntan todos los caminos en él»,—por lo cual, prévia consulta al Consejo de Indias y petición Fiscal, el rey, por cédula de Madrid (23 de Diciembre de 1680) dice á su gobernador del Tucumán: he resuelto (como lo hago) la mudanza de la dha. ciudad de San Miguel del Tucumán al parage llamado de la Toma doce leguas de ella como referís para que vos la hagais executar en la forma que tubieredes por mas conveniente.»

A los vecinos de San Miguel, unos años después de la real provisión, pesó lo solicitado relativo á la traslación de la ciudad, y en 15 de Marzo de 1684, bajo el título de «Protesta sobre la traslación de la ciudad al parage de la Thomas», el Cabildo, Justicia y Regimiento, con asistencia de su merced, D. Miguel de Salas y Baldes, lugar teniente y capitán de guerra, así como el cura y vicario y prelados de todos los conventos, pidieron al gobernador D. Fernando de Mendoza Mate de Luna, á la sazón en la ciudad de Salta, que no efectuase la referida traslación, por las razones que en el documento se apuntan, añadiendo que si bien mediaba disposición real, el despacho de la traslación no era imperativo, si nó que por él se accedía á lo solicitado por los vecinos de la ciudad. «Instarán algunos, dice este documento, y dirán que no puede dejar de mu-

(1) Cédula cit.

darse esta ciudad al dho. sitio de la Thoma, pues su magd. ha despachado sédula fomentando y mondando la ejecución de dha. mudanza al tal sitio. A que se responde que la tal cédula de su Magd. que Dios guarde no es mandato sino concesión y permiso que da S. M. mirando la mayor conveniencia de sus vasallos, según el informe y súplica que se le hizo, y siendo concesión y permiso pueden valerse ó no valerse de él sus vasallos.» (1)

Este documento es importantísimo y revela talento quién lo redactó.

Como lo transcribo íntegro en el Apéndice, me limitaré á hacer un extracto de las principales razones alegadas por el Cabildo de San Miguel en oposición á la traslación de la ciudad.

En primer lugar, sosteníase que el parage de la Toma no era apropiado, por su destemplaza, sus vientos y tormentas. La falta de agua era la segunda razón. Luego se alegaba que se acercaba la ciudad al enemigo mocoví, que podía invadirla; que se dejaban á trasmano las tierras cultivadas y las estancias; que la multiplicidad de ríos al sud, imposibilitaría muchas veces el tránsito por el camino de los Lules, siendo estos ríos: «el de Tejar, Mandolo, de las Piedras, el de Manchala, el de Juan Nuñez de Avila, el Colorado y el de los Lules»; que la única ventaja de la traslación sería el aumento ponderado del comercio, pero que al tráfico lo harían los de afuera; que el pueblo está beneficiado por ríos caudalosos al Sud, siendo estos: «el río Seco, el de Guicambo, Eldete, Macopa, Marapa, San Ignacio y Huacra»; que encontrándose más cerca del valle de Catamarca, mantendrá mejor su comercio, pues necesita de sus géneros, «que son el algodón y sus efectos de paño y Lienzo»; que si la ciudad no había adelatado, la causa era la guerra de Bohorquez y la contribucion de hombres y demás para otras guerras; que si se dice que

(1) *Protesta de 1684*. Véase letra B del Apéndice.

el sitio no es á propósito por las inundaciones del río; se arguye que más fácil es cambiar el curso de éste que mudar una ciudad, siguiendo el ejemplo de Córdoba, que si muchos vecinos afirmaron que convenía la dha. mudanza de esta ciudad, esos mismos viendo el desengaño y el peligro en todo ó en la mayor parte quitado y la imposibilidad grande que ai para dha. mudanza con mejor consejo han retrocedido de su parecer»; que no hay medios para mudar una Iglesia Matriz, ni un convento de San Francisco ó una compañía de Jesús, lo mismo que no hay elementos ni recursos para la construcción de las demás obras públicas, etc., «por lo cual (dicen los protestantes) juzgamos Sr. Gdor. y los de este Ayunt^o, como es nuestra obligación por la conservación de esta República que está á nuestro cargo, y por descargo de nuestras conciencias que debe S. S^a. determinar y mandar que se repare esta ciudad y se adelante mandando con penas graves que los vecinos que falten de ella edifiquen sus casas en este sitio donde está la ciudad, desvaneciendo y desarraigando de algunos ánimos pertinaces toda aprehension de mudanza de ciudad.»

Pasados un año y dos meses de la protesta, viene la contra protesta de quienes querian el traslado de la ciudad, los que ofician pidiendo á Mate de Luna el cumplimiento de la real cédula de traslación. Este documento lleva fecha 27 de Julio de 1685. (1) Quienes constituyeron el Cabildo, Justicia y Regimiento que lo inspiró, fueron: el capitán Don Luis Toledo Pimentel alcalde de primer voto; el capitán Don Antonio de Toro, alcalde ordinario de segundo voto; el sargento mayor Don Felipe García de Valdés, alferes real propietario, y el capitán don Juan de la Lastra, alcalde de la Santa Hermandad y provincial de la ciudad, por no haber más capitulares y no hallarse el Justicia Mayor.

La petición tenía por fundamento principal lo que

(1) Véase documento C del Apéndice.

acontecía en ese momento; que con motivo de la indecisión si la ciudad se mudaría ó nó, nadie trabajaba casas en ella, sinó en sus estancias, y las que allí se venían al suelo no eran reconstruidas, de modo que San Miguel iba muriendo de un día para otro.

Al mes siguiente, en 18 de Agosto (1) el gobernador Mate de Luna dicta su auto de traslación, fechado en Salta. El gobernador para ello invocaba la cédula de S. M.; lo beneficioso que la traslación es, pues la ciudad del Pueblo Viejo se inundaba y su clima era nocivo; y en vista del informe del Dr. Pedro Martínez de Lezana, y atento lo espuesto por el Cabildo Justicia y Regimiento, y el resultado de la inspección ocular al sitio de la Toma, ordena que se traiga á este sitio el Estandarte Real «para que se enarbole *el día del Patrono*, y se ponga y haga poner el árbol de Justicia en la plaza pública del dho. sitio señalado teniéndola por ciudad, y que como tal se haga y tenga». En el auto se fijan las graves penas en que incurrirán quienes no sigan al real estandarte, estando el auto refrendado por el Escribano de S. M., don Tomàs de Salas.

El Procurador General de la ciudad de San Miguel notifica el auto al lugar teniente de Gobernador y Justicia Mayor don Miguel de Salas y Valdés (el que antes firmó la protesta, (2), quien, á su vez dicta una providencia en la cual se dice que, habiendo el gobernador de Tucumán ordenado la traslación de la ciudad al lugar de la Toma, «y mandando se traslade y lleve el Estandarte Real desta Ciudad á la dha. traslación y se enarbole *el día del patron Arcangel San Miguel* y se lleve juntamente el árbol de justicia y se ponga en la plaza... y habiendo visto todo atento á ser mero ejecutor, (dice) que se guarde y cumpla en todo y por todo lo que su Magestad que Dios guarde manda...» En consecuencia, ordena que el día 24,

1) Véase documento D del Apéndice.

(2) Véase documento E -to de Setiembre de 1685).

cinco *días antes del día del Patron*, se lleve el estandarte al nuevo sitio, y para que nadie ignorase, se publica en el mismo día el auto «á son de caja de guerra y por voz de pregonero» (que lo fué Diego, negro esclavo suyo), estableciéndose las penas en que incurrirían los desobedientes al mandato gubernativo.

Al día siguiente, 17 de Setiembre, el Cabildo, Justicia y Regimiento, reunidos en casa de don Miguel de Salas y Valdez, y manifestado el objeto de la reunión, el Alférez Real declaró que obedecía con veneración y rendimiento la real órden y despacho del gobernador, y que estaba dispuesto á ser portador del Estandarte Real. Los demás de la reunión hicieron manifestaciones de acatamiento, agregando que al mismo tiempo se condujesen á la Toma la Caja del Archivo y el árbol de Justicia, fijándose el día 24 para la partida. En el mismo día 17, Francisco de Olea, Escribano de S. M., notifica á don Pedro Martínez y Lezana, cura rector y vicario, leyéndole previamente los obrados. (1)

En 24 de Setiembre, á las ocho de la mañana, más ó menos, se arrancó de la plaza el árbol de la Justicia, «y se metió en una carreta, y, así mismo, la caja del archivo de los papeles de esta ciudad y su cabildo cerrando con tres llaves, que una la tengo yo (Valdes) el dho. justicia mayor la segunda el dho. alcalde Ordinario de primer voto, y la tercera el dho. alférez Real, y serrada como estaba con las dichas tres llaves y liada con un laso de cuero fresco se sacó de la casa del Ayuntamiento y cargó en dha. carreta con mas el Zepo que son las prisiones que tiene la cárcel donde se hacían los cavildos, y todo junto en dha. carreta se embiaron y llevaron al parage llamado la Toma señalado para la traslacion de esta ciudad....» (2)

El día 25, á eso de once á doce, después de pasear el Estandarte Real por la plaza de la ciudad, con

(1) Véase los documentos F y G del Apéndice.

(2) Véase documento H del Apéndice.

asistencia de Valdez y los capitanes don Luis de Toledo y Velasco y Antonio de Toro, fué conducido solemnemente, seguido de los vecinos, al lugar de la Toma. (1)

El 27 de Setiembre, como á dos leguas antes de llegar á la Toma, don Juan de la Lastra salió de este punto á encontrarles, acompañado de vecinos, quienes saludaron al Estandarte Real. Llegada al término del viaje, la comitiva entró á la capilla á hacer oración, bajándose el archivo y cepo, en casa de don Bernabé Aragón. Bájase el árbol de la Justicia, y se toma posesión del terreno *jure domini vel quasi*, reservándose para después echar los cordel s de las calles, trabajo de las casas, iglesia, convento y señalamiento de rondas, egidos y estancias, resolviéndose que al día siguiente, 28, se enarbolase el Estandarte Real, y el 29, día del Arcángel San Miguel, se sacase públicamente aquel, llevándolo á la iglesia, donde se oficiaría como es de estilo en el día oficial de la fundación definitiva. (2)

Respecto á la fecha de la segunda fundación, debe recordarse que hasta el año pasado ha perdurado un error: creer que esta era el día cuatro de Octubre, como lo escribían todos los que de estos asuntos hánse ocupado, desde Posse hasta Groussac y Correa, el que también consigna la fecha errada en su mapa de Tucumán. Es de advertir que ya desde el día 28 los documentos hablan de la *nueva* ciudad. (3)

Los documentos que van al Apéndice, y que facilité para dilucidar una cuestión suscitada al respecto, resolvieron el asunto, quedando desde entonces establecida la verdad,—que el 29 de Setiembre, ó el día del Patron San Miguel Arcángel, es el de la histórica fundación.

En resumen: el San Miguel del Pueblo Viejo y

(1) Véase documento I del Apéndice.

(2) Véase documento J del Apéndice.

(3) Véanse documentos K y L del Apéndice. — El último documento lleva fecha 29, el mismo que se creía que no existía.

el San Miguel de la Toma, ó sitio actual de Tucumán, han sido fundados el día del Arcángel San Miguel, hasta hoy patrón de la muy noble y muy leal capital de la Provincia.

Y es de advertir, finalmente, que las dos fundaciones fueron efectuadas por delegados, Vidarroel y Salas y Valdez, pues ni Aguirre, ni Mate de Luna encontráronse presentes en los actos respectivos.

Erratas notables

DONDE DICE	LÉASE
Son (nota de la pág. 34)	sobre
pacificaba (pág. 43)	falsificaba
tomocaté (nota de la pág. 68)	tonocote
kakuna (id id)	kakana
canean (id id pág. 69)	cacan
Herras (pág. 74)	Hervas
hijps (pág. 74)	hijos
Tomocoté (pág. 75)	tonocote
que es el Tucuman (nota pág. 73)	que es el de Tucumán
revisaddo los (nota 2, pág. 157)	revisando. (Al final de la nota téngase por agregado la palabra probablemente.)
aleatianos (pág. 222)	alcalianes
cuito (pág. 443)	culto

ÍNDICE

	PÁG.
INTRODUCCIÓN. —I. El mundo pre-colombiano y el suelo argentino. El Continente Austral sumergido. —II. El autóctono americano. Fósiles de Patagonia, Ceará y Lagoa Santa. La teología y el Génesis. —III. De Continente á Continente. Inmigración de razas. —IV. Asiáticos y pelagos en América. Comparaciones filológicas. Mitos, tradiciones, lenguas, arqueología. El cristianismo precolombiano.	5
LIBRO PRIMERO. —V. —Importancia de la historia y geografía catamarcanas. Valles calchaquinos. Reseña de las fundaciones. El verdadero Tucumán. —VI. Orígenes calchaquinos. La raza de la montaña. —VII. Rastros araucánicos. Comparaciones filológicas. Posibilidad de una irrupción araucánica. —VIII. Las lenguas Kakan y araucano. —IX. Lule y Tonocote. El Lule de Machoni, no es el Lule de Tucumán. Opiniones de Lafone Quevedo. La verdad lingüística. —X. Lengua keshua. Su estructura artística. Formas gramaticales. —XI. Las <i>naciones</i> tucumanas. Calchaquitos, Diaguitas y Juríes. —XII. Nombres de lugares. Su importancia. Inconveniencia de los cambios de nombres. —XIII. La historia de las razas. Una opinión de Saroñente. —XIV. La montaña y el genio de la raza. El Ambato y Anconqijá.	49
LIBRO SEGUNDO. —XV. —Tradicón de la raza. Ruinas y leyendas. La epopeya Calchaquí. —XVI. El Tucumán. Tucumán de la conquista. Límites geográficos. Tucumán, Tucumano y Tucumán. —XVII. Calchaquí. Extensión de los valles Calchaquinos. Sus acepciones geográficas. —XVIII. La invasión incásica. Embajada á Huácocha. El Inca Yupanqui. —XIX. La civilización quechua. Sus caracteres. Los quechuas en Calchaquí. —XX. Andalgalá. Cultura Andalgalense. Andalgalá y la política incásica. —XXI. La vida Calchaquí. La raza de las montañas y su genio guerrero. Cultura nativa. —XXII. El Cóndor. La deidad alada. El condor y la leyenda andina.	109
LIBRO TERCERO. —XXIII. Aventureros y heroes. España conquistadora. Los aventureros castellanos en el Tucumán. —XXIV. Los soldados de la Cruz. La Cruz y la espada. El Evangelio y	

las tribus. Misiones religiosas. La piedad y el exterminio.—XXX.
 El horribismo de la raza. La epopeya calchaquí. El sacrificio, la im-
 petencia y el suicidio. Los ancianos, mujeres y niños.—XXXI. Los
 Césares. Las tierras del Rey Blanco. Los cuatro avegureros. Los
 Césares atraviesan el Tucumán.—XXXII. Abtauro y Paulin Inca.
 El gran sacerdote Villac-Umu. Tránsito de Almagro. Resistencia
 á Paulin Inca. Consecuencias.—XXXIII. Presentimientos funestos.
 La plaga castellana. Los calchaquíes en el Chaco.—XXXIV. Dese-
 gno de Rosas. Del Dorá al Río de la Plata. El descubrimiento. Ros-
 as en Tucumán. El Señor de Chuaván. Fin de la expedición.—
 XXXV. El Tucumán bajo la jurisdicción de Chile. D. Pedro de Val-
 divia y los descubridores tucumanos. Contilto sangriento. Deci-
 sión de Felipe II. El Tucumán bajo la jurisdicción del Perú. . . .

195

LIBRO CUARTO.—XXXI. Juan Nuñez de Prado. Ardiles
 y la expedición. Iniciación de la conquista. Fundaciones.—XXXII.
 Geografía de la conquista. Ubicaciones. Estrategia castellana. Luga-
 res y pueblos.—XXXIII. El valle de Cathamarca. Pucaraes y
 ruinas. Descubrimiento del valle. Colonia del Valle Viejo.—
 XXXIV. Capaván. Su importancia. Alfarerías y objetos de este
 valle.—XXXV. La conquista del Tucumán y la resistencia Calcha-
 quí. Aguirre: reparto de indios. Castañeda. Córdoba de Calchaquí.
 Cañete. Londres y Jujuy. Bazán. Aguirre y Luis de Cabrera.—
 Abreu de Figueroa: ordenanzas. Lerma y Juan Ramírez de Ves-
 taseo. Alonso de la Rivera. Londres y el sometimiento Calcha-
 quí.—XXXVI. D. Juan de Calchaquí. Rodrigo de Aguirre y la
 guerra. Juan Pérez de Zurita. Castañeda y las hostilidades. Es-
 trategia de D. Juan Julian Sedoño. Córdoba. Cañete y Londres.
 Francisco de Acuña. Calchaquí libre.—XXXVII. Chumpicha y
 Chumich. Cacione Chumpicha. Refutación á Lafone Quevedo.
 Conclusiones.—XXXVIII. Albores del siglo VII. El visitador Al-
 faro. Varios gobiernos.—XXXIX. El Gran Alzamiento. Albor-
 noz y los caciques. Los Andalgala. El Gral. Luis de Cabrera y
 La Rioja. Cinco años de guerra. Sacrificio de Coronilla. Rendi-
 ción de los Paecioas. Fuerte del Pantano. Los Paecioas. El año
 de 1637.—XL. D. Felipe de Albornoz y el hijo de Chelemín. Com-
 bates en Andalgala. Toma de Londres. Yucumanita. Ejecución
 de Chelemín]

271

LIBRO QUINTO.—XLI. Consolidación de la conquista. Mi-
 siones. gobierno de Don Alonso de Mercado y Villacorta.—XLII.
 Calchaquí sumiso. Predicación de los Jesuitas. Sistemas de guerra.—
 XLIII. El nuevo personaje 1657.—1660. Pedro Camiño ó Bohor-
 quez. Bohorquez y los Virreyes. Su expedición á Payutti. Su des-
 tierro.—XLIV. Bohorquez en el Tucumán. Huallin Inca. El Tia-
 quín Calchaquí. El cacique Piyanti y las tribus. Recepción de Po-
 nán. Bohorquez en Tolombón. Conferencia de Tafi. El Inca en
 Famañina.—XLV. Preparativos bélicos. Fuerte de Andalgala. Pla-
 nes de Bohorquez. Los pulares. Aprietos del Gobernador. Sitio y
 ataque de San Bernardo. Indulto y tregua. Prisión y ejecución del
 falso Inca.—XLVI. La Necrópolis calchaquí. Ruinas de Kilmes.
 Bravura de los quilmes.—XLVII. La guerra. Planes de los belige-
 rantes. Tolombón y Colabao. Paecioas y Pulares. Los Quilmes.
 Ataque y retirada. El cacique de Huallín. D. Gerónimo Luis de



Cabrera.—XLVIII. Segundo gobierno de Mercado y Villacorta, Fuerte de Talavera, Combates con los Quilmes, Capitulación de Ichín y Ochoca, Los Quilmes en Buenos Aires,	375
LIBRO SEXTO.—XLIX. Los Jesuitas y su expulsión del Tucumán, Misiones, El Santo Oficio, Cédulas de Felipe II y Carlos III, Provisión de Bacar III.—L. El Padre Lozano, Su historia de Tucumán, Noticias biográficas.—LI. La colonia y el elemento criollo, Despoblación de Catchaquí, Esteco y San Esteban de Miraflores, Cédula de 1674, Fusión de razas.—LII. Londres y Catamarca, Documentos, Real Cédula de 1679, Don Fernando de Mendoza Mate de Luna, La algarroba y la fundación de Catamarca, Su escudo de armas y el porvenir.—LIII. Fundación de San Miguel de Tucumán, Antecedentes históricos, El San Miguel de Techo, Aguirre y su carácter, San Miguel y el valle de Huasán.—LIV. Traslación de San Miguel de Tucumán al sitio de la Toma, El <i>coto</i> y la traslación, Cédula Real de 1680, Protesta de 1684 de los del Pueblo Viejo, Auto de Mate de Luna de 1685, Toma de posesión, Fecha de la fundación, Documentos y actas, . . .	453

APÉNDICE

A—CÉDULA REAL ORDENANDO LA TRASLACIÓN DE SAN MIGUEL

Don Fernando de Mendoza Mate de Luna, Gobernador y Cppn Genal. de esta Provincia de Tucuman Por su Magestad que Dios guarde—Por quanto abiendo reconocido la ciudad de San Miguel de Tucuman lo util que le era el mudarla al paraje de la Toma sitio que escogió por las causas que representaron á S. Mag. se sirvió con vista de ellas expedir su real sédula cometiendo su execusion á su Señoria que omitió hasta entanto que con vista de ellos proveyese lo que mas conviniere y parese que la dha Ciudad: Cura y Vicario de ella con otros vecinos an estado en la exon. de dha mudanza cómo parece de los autos que se han presentado que mando juntar para con su vista tomar la resolucion que conviniere: Yvistos y la dha real cédula provei el auto el qual es del tenor siguiente:

El Rey: Mi Gobernador de la Provincia del Tucuman en carta del veinte de Junio del año pasado de mil seiscientos y setenta y nueve; referis como la Ciudad de San Miguel que es una de las de esa Provincia estava con resolusion de trasladarse á un paraje llamado la Toma en su jurisdiccion como doce leguas de dha ciudad donde estavan edificando y ordenasteis no prosiguiesen con que se presentaron por su parte los autos de cavildo y juntas hechas por los vecinos y moradores, Eclesiásticos y religiosos con las informaciones y pareceres de los motivos que les obligaba á ser justo por huir el manifesto peligro que les amenazava en ella de ser aruinados del rio que pasa por la ciudad y aviéndose explayado tanto que no alcanza la vista cuyas avenidas la tenian en miserabilisimo estado por no haver dejado edificio, de consecuencia que no la abiese asolado reduciéndolos á morar en unos ranchillos de paja, En particular el año de mil seiscientos setenta y ocho que salió con mayor furia arrancando la Iglesia de los apostoles San Simon y Judas patronos de aquella ciudad, y una calle Real con algunas casas y hizo otros daños á que se llegava á ser el agua tan dañosa como el Temperamento tan nocivo que todos vivian enfermos y con la color tan quebrada que pare-

cian difuntos causas que les obligava á vivir en el campo lo mas del año por reconocer fuera de aquel temple la mejoría, y que las mas de las casas estaban casi caidas y no obstante hasta averse echo capaz del sitio donde pretendian trasladarse no desististeis en que volviesen á dha ciudad y aviendo llegado á aque paraje reconocisteis á un mas combeniencias de las que por los autos representavan y vistas las defensas con que le avian mantenido y acoquia que estaban sacando y haciendo algunos edificios y en particular la Iglesia matriz convento y casas de cavildo y demas fábricas publicas os parecio combenir á mi servicio hacer este informe representando en el mediante dha transacion el aumento de las alcavalas reales; y se atajarían los extravios que pasavan sin ser sentidos así al Perú como al puerto de Buenos Aires por ser la situacion en paraje tan cómodo que se juntan todos los caminos en él y se siguiran otras conveniencias, supícome tuviese commiseracion de la dha ciudad cuya fundación fué con el cargo de mudarla en qualquier tiempo conveniente á sus avitadores y abiendose visto por los de mi consejo de las Indias con lo que en razon de todo dijo y pidio mi fiscal en él y consultandome sobre ello e resuelto remitiros (como lo hago) la mudanza de la dha ciudad de San Miguel de Tucuman al paraje llamado la Toma doce leguas de ella como referis para que vos la hagais executar en la forma que tubieredes por mas combeniente, y de lo que en esto obraredes para que se tenga entendido en el dho mi consejo fecha en Madrid á veinte y seis de Diciembre de mil seis cientos y ochenta años.—Yo el Rey:—Por mandado del Rey Nto. Señor—Don Fran^{co} Fernandez de Madrigal.

B—PROTESTA DE TRASLACION DE SAN MIGUEL AL SITIO DE LA THOMA

Sr. Govr:

El cavildo, justicia y regimiento de esta ciudad de San Miguel de Tucuman con asistencia de su merd el Capn Don

III

Miguel de Salas y Baldes lugar teniente de V. Sa. y Capu de Guerra de dha Ciudad, dando cumplimiento á la orden, que dijo V. Sa. para que los pareceres que dieron, así este Cavildo, como el Cura y Vicario prelados de las religiones de todos los Conventos, que se hallan en esta dha Ciudad y los vecinos fundatarios, y moradores de ella en el Cavildo abierto, que se hizo con la asistencia de V Sa. por el mes de Agosto de este año proximo pasado de ochenta y tres sobre si convenia y avia medios suficientes para la traslacion de esta Ciudad al sitio y paraje de la Thoma por la cédula despachada de su Mag^d. que Dios g^{de}. que habla de dha. traslacion, se pusiesen por escrito—Y en atension al pedimento del Capitan Francio. de Leorruga procurador general de esta Ciudad decimos y ponemos nuestro parecer por escritura en forma y manera siguiente, Primeramente diremos que no es conveniente dha traslacion y mudanza al dho sitio de la Thoma, por no ser apropiado el paraj; sino es este en que oi dia se halla dha. Ciudad: no es apropiado aquel paraje es de suio destemplado, por la variedad de vientos y calidades que en un dia se experimentan como han experimentado viandantes y pasajeros de otras ciudades y provincias passando por esse sitio: fraguense muchas tempestades de horribles vientos y huracanes, nuarrones de piedra y granizo que este ano pasado de ochenta y tres hizo mucho estrago llevándose de plano todas las mieses de trigo. Es falta dho sitio de un elemento tan necesario para una Ciudad, como es el agua, por ir el rio una legua distante de dho sitio: y la sequia que corre por el bajio fuera de la planta de lo que habia de ser ciudad (como por vistos de antos lo reconocia V Sa) lleva tan poca cantidad de agua que no es suficiente, ni potable todas veces por estar casi de ordinario sobre manera turbia, por tanto tropas de cavalgaduras, tropas de mulas y bacas que necesariamente pasan por esse sitio por ser passo forzoso así de los que vienen de los reinos del Perú á estas Provas como de los que de ellas van á dhos reinos, es á saber de las provincias del Paraguay, del rio de la Plata y de esta de Tucuman. Y la asequia, que debia correr por dentro de la ciudad no está sacada y se duda el poderse conseguir dha. asequia, por la devilidad de las fuerzas, y muchos grados de altura que ai q^e sobrepajar.

Y caso que ambas acequias corriesen no son bas-

IV

fantes así para la bebida como tambien para la limpieza de dha. Ciudad, supuesto que no se ha de componer solo de sus vecinos, sino tambien necesariamente de pasajeros continnos por lo arriba insinuado; No es tambien conveniente dho. sitio por acercarse catorce leguas aun extremo de su jurisdiccion, y consiguientemente á la Ciudad de Estero, y al riesgo de las inundaciones del enemigo Mocovi principalmente por la parte del Zapallar, por donde mas amenaza, por la poca distancia que ai que no llegan á diez leguas, desde dho. sitio á dho. paraje del Zapallar adonde algunas veces ha dado asalto dho enemigo

Alejarse la ciudad catorce leguas del otro extremo de su jurisdiccion dejando á trasmano todas las estancias chacras, y haciendas de sus vecinos y todo el número de pueblo de Indios, sin dejar á uno de los que dan la mita á dha Ciudad con multiplicación de rios tan arriesgados en tiempos de crecientes, pues de los dos caminos que ai para ir á dho sitio en tiempo de aguas se imposibilitan ambos: el uno que es por los Lules se imposibilita por la multiplicidad de los rios, que aun con balsas es arriesgado el pasarlo: y comenzando á contar desde este sitio en que oi se halla esta ciudad son los rios siguientes: el del Tejar, Mandolo, el de las piedras, el de Manchala el de Juan Nuñez de Abila el Colorado, y el los Lules; Y dho camino aunque bajen dhos rios es muy dificultoso el andarlo por los pantanos grandes que en todo el ai, por estar todo este trecho de camino bajo por muchos grados: Y si dho camino de los Lules se imposibilita, mucho mas el otro camino que es el del pueblo de Amaicha, por donde dos veces se ha de pasar el río Grande al cual entran todos los rios referidos antes de llegar á dho sitio y paraje de la Thoma. De donde se infiere los gastos grandes, y daños tan considerables que se seguirian en el acarreo de las comidas y menesteres á dho. sitio y paraje de la Thoma (supuesto como arriba se dijo) que quedan á trasmano todas las Estancias, Chacras Buencuentras y pueblos de Indios, de donde es el acarreo para el sustento cotidiano, menos lo pueblos de Colaiáo, Tolomben y Chinchas, los cuales estan adelante treinta leguas antes mas que menos de esta ciudad que aunque estan en su Jurisdiccion mitan á la ciudad de Estero por así convenir á mayor servicio de Su Mag^d Y aunque aia tambien dos otros estancias de los vecinos de dhos pueblos cercanos á ellos dhos. vecinos casi

no componen otra Ciudad por estar todo el año en dhas estancias por las distancias la referidas:

Solo un convenio se le pudiera hallar á este sitio de la Thoma estando la Ciudad alli, que es el mucho Comercio (razon que alegan tres vecinos fundadores que han querido á intentado llevar adelante essa nueva poblacion que llaman) el cual no es comercio sino gran daño y estrago para una República; porque solo aquel Comercio puede ser en pro y util de una República, que se compone de dar lo que traen los Comerciantes recibiendo los frutos y géneros de aquella tierra y lo que tiene en esse sitio y paraje de la Thoma no es este el Comercio: luego su comercio no es en pro ni util de la República: no es tal el Comercio de esse sitio porque en el de las diez partes de comerciantes que hubiesen de estar, la una sola entraria á buscar los géneros de la Tierra y los nueve no; por que seran solamente de los que entran y salen, van y vienen de los reinos del Perú á estas provincias, y de estas Provincias á dho Reino por ser aquel paraje forzozo como se dijo VS^a. lo tiene reconocido. Y este trabajo de jente no puede causar composicion en una república, sino confusion y relajacion de costumbres como de ordinario se experimentan en Ciudades de dho. Comercio. Ysi tal Comercio fuera medio para acaudalar, acrecentar y enriquecer una Ciudad la estuvieran muy sobrados los tres vecinos feudatorios que han estado alli tenaces por la inclinacion que se ha reconocido en VS^a de dha traslacion á dho sitio, y fomento que les ha dado; no solo han acaudalado con tal comercio sino que á dos de ellos noseles reconoce caudal alguno, y al otro bien ténue; luego tal Comercio no solo no es para engrandecer la Ciudad, sino para arruinarla y aquinarla...Ademas que no ai conque comerciar;

Los vecinos feudatorios y moradores de esta ciudad que habian de Componerla, tambien en aquel sitio no tienen conque comerciar por estar tan pobres luego aunque se muden en aquel sitio, no pueden comerciar y consiguientem^{te} ni ir adelante en los caudales.

Es bueno y aprepósito y mejor que otro ninguno este sitio en que oi dia se halla esta Ciudad; porque se compone de tales qualidades que nose experimenta destemple alguno antes sí apacibilidad tan grande principalm^{te} en tiempo de invierno que dijo el Sr. Don Alonso de Mercado y Villacorta antecesor de VS^a. que solo por tener el invierno

de esta Ciudad se podia venir de partes muy remotas a ella; Es la Sierra en sí tan fecunda que sin regadio de acequias se siembra y se cojen sementeras grandiosas por llover tan attempo, que no solo ai para el abasto de esta República, sino tambien para la de Santiago del Estero, Valle de Catamarca y nueva Rioja. En ninguna parte de la Provincia ai tan hermosos paisses, de tanta variedad de árboles y maderas para arhitecturas y otras obras ingeniosas, y tantos árboles frutales de castilla y de la Tierra que con sus flores en la primavera rodean y hermocean esta Ciudad, y en el verano la sustenta y regalan con sus frutos. Esta este sitio en medio de la jurisdicción con tantos ríos para una parte como para otra y por lo que toca de los ríos que caen hácia el Norte ia estan enumerados y los hácia el Sur son otros siete que son los siguientes: el de rio Seco, el de Guaicombo, Eldete, Macopa, Marapa, San Ignacio y Huacra, los cuales aun en las fuerzas de las Corrientes sean arresgados luego bajan de un dia para otro, y no hay los pantanos que por la otra parte oppuesta hácia el Occidente caen las cerranias, y cerranias y cordilleras tan altas y encumbradas que aun en tiempo de verano se muestran por la nieve que ocupa sus umbrales. Hácia el Oriente cae el Rio Grande hacia arriba dho. que pasa por la Ciudad de Santiago con distancia de seis Leguas de esta Ciudad. Y de la dha banda de dho rio esta inmediatamente el Camino Carril y comercio arriba referido de estas provincias al Reino del Perú. De donde se infiere que en esta Ciudad y en este sitio es y está el comercio mas provechoso y util para componer, adelantar y engrandecer una República por que á él solo entran aquellos comerciantes que vienen á comprar los géneros y frutos de esta tierra como con mulas, carretas, maderas bueyes y bacas & y los que no vuscan ni quieren estos géneros prosiguen su camino carril sin tener necesidad de caminar las seis leguas referidas conque se evita el tumulto y confusión de gente, que causa desorden en la República. Y es cosa cierta, que quien necesita del género por muy distante que esta lo va á vuscar en el lugar que lo puede hallar, como acontece con el Valle de Catamarca que quien necesita de sus géneros, que son el algodón y sus efectos de pañito y Lienzo va hasta ella aunque dho valle esta distante de dho. Camino Carril, quarenta ó sinquenta legguas, y así mismo acontece con la Ciudad de la Rioja, y otras de la Provincia. Luego quien necesitare

VII

de los Géneros y frutos de esta tierra mas fácilmente entrará quando no hay de distancia del Camino carril mas que seis leguas, como se dijo:

Ysi alguno ó algunos replicaren diciendo que como siendo el comercio bien ordenado, esta República no solo ha ido adelante, sino vuelto atras y cada vez á menos? Se responde que la causa fué el alzamiento que excitó Bohorquez de todos los Indios calchaquies quienes siendo tantos en número la maior parte ópor mejor decir todos ellos convatieron esta Ciudad y su jurisdiccion por tantos años, matando tanta gente robando y destruyendo todas las haciendas de los vecinos de esta Ciudad, para cuya defensa y resguardo, y para hacerlas frente y ponerles algun freno bien se deja entender que cantidad de hacienda gastaria esta Ciudad por tan continuados y dilatados años. Hasta que llego el felice año de sesenta y cinco en que convocada toda esta Prov^a se avasalló y conquisto todo el dho valle de calchaquí, donde facilmente se puede percivir el esfuerzo grande que haria esta Ciudad con la cortedad de hacienda que le quedó, como la mas interesada para hechar de si sobreguero tan pesado y molesto y de tantos años: Y aun que en estos diez y nueve años que han pasado desde el sesenta y cinco hasta el ochenta y cuatro ha habido tiempo para que esta ciudad se recuperase y volviese á su primer ser, no ha sido posible: porque eso fuera cuando los vecinos de esta ciud. hubieran atendido á la restauracion de sus haciendas y casas, y no hubieran proseguido con las armas contra el traidor y bestial enemigo Mocoví: Pues apenas se concluyó la conquista de Calchaquí y acavo su gobierno el Sr. Don Alonso de Mercado y Villacorta cuando sucediendole en el Gobierno el Sr. Don Angel de Peredo hizo otra convocatoria para la conquista del Chaco de la cual no se escusó esta Ciudad sino que como la mas antigua de esta Prov^a y tan hecha a Guerrear en servicio de S. Mag^d. que Dios Guarde fué á otro Chaco con las demas, consiguiendo principios de conquista que prometian algunos progresos y fines felices, los cuales no solo se malograron sino que empeoraron el daño. Porque las piezas que se repartieron por la Prov^a, despues de haberla tanteado y reconocido la debilidad de su fuerzas se retiraron fugitivos á sus tierras y sobrando mayor número de habitans han hecho tanta mortandad, tantos robos, tantos estragos todos estos años hasta el día de hoy en la Jurisdiccion de la Ciudad del Estero. Causa porque despues del Sr. Don Angel de Peredo, el Sr. Don Joseph de Garro que le sucedió en el

Gobierno hizo otra entrada de que no se escusó esta Ciud^a ni tampoco de la que hizo el Sr. Don Juan Diez de Andino que sucedió al Sr. Don Joseph de Garro en otro Gobierno. No refiriendo aquí los socorros de gente avisada, que continuamente ha estado dando esta Ciudad á la de Estero y todas estas entradas corridurias y socorros á costa de los vecinos y sus haciendas. Ni refiriendo tampoco lo que agrava mas este caso, el costeo que ai para dhos. socorros desde esta Ciudad y buelto á su primer ser, sino como nose ha extinguido yaniquilado del todo. Luego la causa porque esta ciudad ha decaecido tanto no es por la falta de Comercio;

Y prosiguiendo el intento dirán algunos, que este sitio no es apropiado por amenasar grande ruina en tiempo de aguas el rio que passa por cerca de la Ciudad, pues aora cinco años se llevó la hermita de los apóstoles S. Simon y Judas abogados de esta Ciudad y corre peligro el Colegio de la Compañía de Jesus, á que se responde que mas fácil es reparar un rio, y mudarlo, que toda una Ciudad como se hizo en la de Córdoba, abiendo entrado por dentro de la Ciudad por conventos y casas una inundacion tan grande que perecieron en ella mas de treinta personas yseperdió cantidad summa de dinero, y en la inundacion de esta Ciudad no pereció persona alguna, aquella entró por media Ciudad y esta por un lado ysin haberse puesto reparo considerable en todos estos cinco años porque desde entouces setrató de la mudanza de esta Ciudad habiendo sido las aguas con tanta abundancia principalm^{te} en estos dos años noha habido inundación que aia hecho daño alguno que si entouces lo hizo fué porque todo el rio del Tejar que passa distante de esta Ciudad mas de una legua, enderezó todo su raudal y corriente hacia esta ciud^d dejando su madre bieja, como el mismo dia de dha. inundacion grande habiendo vajado dho rio lo pasó todo este Cavildo, y lo reconocio que ni gota de agua por dha madre bieja de dho rio por haber habido algun descuido en esta Ciud^d causa porque dho rio con inundaciones precedentes fué traindo trosos ypalos, yaconulando piedras para atajar su curso por su madre vieja y abriéndolo para esta ciudad. Loqual traspuesto y reforzado como se debe hacer no corre riesgo alguno esta ciudad Y el que dha. inundacion hubiese llevado dha. ermita de dhos. santos apostoles, que como tal estaba casi estramuros de la Ciudad, no es argumento para tratar de mudanza de toda una Ciud^d cuando en Santiago

IX

del Estero no Ermita sino la misma Iglesia Catedral, y casi media Ciudad en varios tiempos se ha llevado el rio con muchas personas ahogadas y no han formado en su mente tal phantasia de mudanza, sino que como conforme el rio ha ido llebando casas las han lido edificando al otro costado dela Ciudd, pues porque aquí nose edificase ermita al otro Costado cuando tanto espacio de campo ai por dilatadas leguas hacia el Oriente, hacia el Occidente y hacia el Sur, amenazando el daño solamente por el Nte. Y caso que se llevara el rio alguna ó algunas casas por que no se edificaron en las partes dhas? Y no es razon decir que los antiguos escojieron poblaciones de Indios para fundar las Ciudades las cuales de ordinario las hacian dhos. Indios en Valles, y lugares bajos, porque aunque la primera fundacion de esta ciudad fuese Valle y lugar bajo esa la assolaron los enemigos: y los Españoles eligieron con maduro acuerdo este sitio como consta por su fundacion, que como se dijo está en medio dela jurisdiccion y en sitio antes alto que bajo;

Instaran algunos y dirán que no puede dejar de mudarse esta Ciudad al dho. sitio dela Thoma pues su mag^d ha despachado cédula fomentando y mandando la ejeccion de dha. mudanza al tal sitio. A que se responde que la tal cédula de su Mag^d que Dios guarde no es mandato sino concesion y permiso que da su mag^d mirando la mayor conviniencia de sus vasallos, segun el informe y súplica que se le lizo, y siendo concesion y permiso pueden valersen ó no valerse de él sus vasallos. Y caso que fuera mandato se devia obedecer y venerar dha. cedula con el devido acatamiento y suspender la ejecucion suplicando de ella hasta informar á su Mag^d con individualidad del caso por que dha. Cedula habla de dho. sitio de la Thoma, poblado de Iglesia Matriz, de Iglesias, de Conventos de casas de Cavildo y de otras obras públicas; tal sitio de la Thoma no solo no estuvo poblado de Iglesia Matriz, de Iglesias Combentos de casas de Cabildo y de otras obras públicas, sino que ni aun la primera azadonada se avia dado para abrir los cimientos y todo estaba plano y limpio como VS^a lo vió pasando por dho sitio aora siete meses exceptando dos ótres casas depaja delos tres vecinos ya dhos. con una capilla bien corta y baja y de mala architectura; luego dha. cédula no se debe ejecutar sino suplicar de ella. Y es de advertir que la dha Capilla no estaba ni aun principiada cuando se hizo el informe á su Mag^d. para la dicha mudanza, y no se hubiera hecho si de esta ciudad no se hubiere llevado parte de la Teja y madera

de la Iglesia del Convento de Redempcion de Captivos; y si muchos de los vecinos firmaron (que no fueron todos) que convenia la dha mudanza de esta Ciudad esos mismos viendo el desengaño y el peligro en todo ó en la mayor parte quitado y la imposibilidad, grande que ai para dha mudanza con mejor consejo han retrocedido de su parecer: que no por que una vez se hizo el fierro, se ha de llevar adelante y menos en cosa de tanto peso como esta. Y es maior presuncion y prudencia conocer el fierro y enmendarlo que no llevarlo adelante y empeorarlo. Y no es de admirar que en aquel tiempo de la inundacion firmasen: por que un peligro á la vista muchas veces amenaza mas de aquello que en sí es. Y un cavildo principalmente según la variedad y circunstancias de tiempos mirando por el bien de su República ordena y dispone muchas cosas oppuestas á las que dispuso en otros tiempos:

Decimos lo segundo que caso, que fuera conveniente la mudanza de esta Ciudad, al dho sitio y paraje de la Thoma, que no hay medios proporcionados, ni suficientes para la dha mudanza. Y bastantemente se puede hechar de ver no aver tales medios por lo que arriba se dijo, tratando del menoscabo y p breza grande de esta dha Ciudad de las conti nuadas guerras y por tan repetidos años para una cosa tan ardua y de tanto peso como es la mudanza de toda una Ciudad: Por que qué medios puede ave en tal tierra para mudar una Iglesia matriz tan grande, y casas de tan hermosa arquitectura, que en toda la Provincia no ai otra Iglesia matriz semejante á ella como V. S.^a lo vio? La cual se hizo en siglos dorados en que avia mucha gente para edificar y mucho dinero para pagar. Que medios para mudar todo el convento del Sr. San Francisco con su Iglesia, que no ha veinte años que se acabó y aviendo gustado gran suma de dinero en ella despues de tantos años apenas se pudo acabar? Qué medios para mudar todo el Collegio de la Capt. de Jesus, en que hay tanto obrado y tiene una Iglesia tan curiosa, que siendo la de Córdoba es la mejor que tiene la Compañia en esta Provincia? Qué medios para el convento de nuestra S.^a de las mercedes Redencion de Captivos? los cuales son todos los conventos que ai y ha avido en esta Ciudad. Qué medios finalmente para las demas obras públicas y para tantas casas y edificios tan buenos de particulares? Menos los tres vecinos que quieren llevar á adelante la traslacion á quibien jamas se les ha conocido casa sino ranchos de paja:

Los medios esenciales para fábricas, y edificios son Maes-

XI

tros de arquitectura con sus oficiales y peones á que se allega su sustento con la remuneracion de su trabajo, tales medios no los ai en esta tierra; luego no hay medios suficientes ni proporcionados para dha. Translacion. De que no aia Maestros de arquitectura es una cosa cierta, si no es que se traigan con mucho costo de otras partes como V. S.ª lo puede tener muy reconocido. De que no aia oficiales, ni peones bien se deja entender, donde no hay esclavos y si los hay son raros; ni Indios por estar tan disipados los feudos pues de veinte feudos poco mas ó menos que hi en esta Ciudad. (excluyendo dos otros) no llegan á número de veinte Indios, de que cada uno se componga, siendo unos de diez, otros de ocho, otros de cinco Indios; De que no aia con que costear el sustento de dha. gente, ni instrumentos ni con que adquirirlas; ni la remuneracion y paga del trabajo personal de dha. gente aunque aia materiales, fácilmente se deja entender y se infiere de lo arriba dho. significando la desdicha misa aia y pobreza grande en que oi dia se encuentra esta Ciudad. Y si los feudos estan tan disipados sin haber ayido la función grande de mudanza de Ciudad ayiéndola y y enlacen tan rodeados los Indios no se extinguirán totalmente. Y si el feudo de Armaicha que es uno de los tres vecinos que intentan seguir dha. mudanza, y es el pueblo mas numeroso de Indios Chiriquis, que ai en esta jurisdiccion y el mas próximo al dho. sitio de la Thoma; sin aver ayido tal función de mudanza estan tan inquietos, y medio revelados negando en parte la evidencia á su encomendero (como lo dijo uno de los tres vecinos); y que muchos de ellos se retiraban y sembraban en las tierras de donde y fuerza de armas fueren desnaturalizados, y que tenían puestos algunos Caballos en dhas. tierras, habiendo tal función de mudanza y siendo molestados, como los mas inmediatos al sitio de la Thoma no se revelaran del todo y tendremos nuevas guerras y se acabará de perder todo esto; y ayiéndose de azer acera dha. entrada para la conquista del Chaco como V. S.ª lo pretende hacer, pues ha enviado su convocatoria á esta Ciudad y á las demas de esta Prov. como podremos aun tiempo aprender de las conquistas tan acahuas y difidentosas la una del Chaco y la otra de esta Ciudad mudandola a aquel sitio; Luego por todas partes no es conveniente translacion y mudanza de esta Ciudad al paraje y sitio de la Thoma.

Por lo cual juzgamos Sr. Govern^r y los de este Ayunt^o como es nuestra obligacion por la conservacion de esta República que está á nuestro cargo, y por descargo de nues-

XII

tras Conciencias que que debe V.S^a. determinar y mandar que se repare esta Ciudad y se adelante mandando con penas graves que los vecinos que faltan de ella edifiquen sus casas en este sito donde esta la Ciudad desvaneciendoy desarraigando algunos ánimos pertinases toda aprehension de mudanza de Ciudad, Porque de resolver lo contrario ó de suspender su determinación se hace gravisimo daño á todos los vecinos feudatarios y moradores y á tantos pobres que elaman, y se ha de extinguir y anichilar totalm^{te} esta Ciudad, la mas antigua en esta Prov^a y nose ha de haver tal ciudad ni en este sitio en que oi esta ni en aquel de la Thoma. En este porque con la determinacion de mudarse ó con el recelo de ella si se suspende no se ha de reparar cosa alguna, (como se ha experimentado, desde que se tratò de dha mudanza) y se ha de ir decacciendo y arruinando del todo. En aquella de la Thoma no ha de aver tal Ciudad, por los inconvenientes que se han espresado arriba y principalmente por la suma pobreza ó imposibilidad de medios proporcionados para conseguir tal fin: Y porque este es nuestro parecer de los deste cavildo salvo otro mejor en esta materia lo firmamos de nuestros nombres cada uno en su lugar en esta Ciudad de San Miguel de Tucuman en quinze dias del mes de Marzo de mil seiscientos ochenta y cuatro años ante nos á falta de Escribano público y real y en este papel á falta de Sellado: Miguel de Salas y Valdez—Claudio de Molina y Montalvo—Don Felipe G^o de Baldez—Don Juan de la Lastra.

Despachose auto exortatorio E^o g^o de esta Provincia en conformidad de los pareceres antecedentes de que damos fce, y lo firmamos los deste cavildo que somos los que aqui firmamos: Miguel de Salas Baldez—Claudio de Molina Montalban—Don Felipe G^o de Baldez—Don Juan de la Lastra.

C—PIDEN QUE SE CUMPLA LA REAL CÉDULA DE TRASLACION

En la ciudad de San Miguel de Tucuman en veinte y siete dias del mes de Julio de mil seiscientos ochenta y cinco años juntamos al cavildo la justicia y el Regimiento es ása-

XIII

ber el Capital Don Luis de Toledo Pimentel Alcalde ordinario de primer voto; el capitán Antonio de Toro alcalde Ordinario de seg^{do} voto el Sarg^{to} mayor Don Felipe Garcia de Valdes alférez real propietario y el Capitán Don Juan de la Lastra alcalde de la Santa hermandad y Provincial de esta dha Ciudad y no haver mas Capitulares y no hallarse en este cabildo el justicia mayor por no estar en esta ciudad y estando así juntos y congregados, entró en este cavildo el procurador g^l. de esta dicha Ciudad y propuso en este ayuntamiento, diciendo que en varias ocasiones y tiempos pidiendo cavildo para que se viese bien comun sobreestar, esta ciudad compartida y mudada alguna parte de los becinos feudatarios y moradores en la nueva planta y traslación de esta dha Ciudad sobre que se avia informado al Rey nuestro señor en cuya verdad se despachó sedula para la mudanza de esta dha ciudad y para su ejecucion remitida al Sr. Don Fernando de Mendoza Mate de Luna gobernador y Cap^t G^{al} por su Magestad q^e Dios guarde, en la qual no á avido ejecucion por lo cual está esta traslación omisa sin la ejecucion que se requiere motivo para que las pocas casas que hay se acaben de caer y sin avitadores sin que todos ólos mas hacen sus habitaciones y morada en sus chacras y estancias, quedando esta Ciudad inhabitable por lo qual dijo que como tal procurador nos exortava y Requeria en nombre de su magestad y del oficio que ejercia, una, dos y tres veces y que el derecho le permite se le exorte por este Cavildo, al Sr. Gobernador de esta Provincia para que en virtud de la cédula que tiene y le acompaña de su Mg^d. que Dios g^o. ponga en ejecución la dha cédula mandando por auto judicial para su mudanza á persona que lo ejecute con toda la verdad, remitiendo un traslado autorizado de dha cédula para copiarla en el libro capitular de este cavildo pues es despachado en su derecho para los efectos que le convengan y de este cavildo se le dio noticia del á SS^{as} sacando testimonio del en el dho auto exortatorio al pié del para que conste y no se me ponga omission en ningun tiempo de no averlo pedido y se haga el cargo quien por derecho se deve hacer de qualquiera Reino, o inundación que suceda. el Capitán D. Luis de Toledo alcalde ordinario del primer voto, el alférez Real y el alcalde provincial, todos tres juntos aviendo oydo al dho procurador digeron que en la forma que dho. procurador g^{al} tiene pedido, se saque testimonio del cavildo que se le exorte al Sr. Gobernador en cumplimiento de la dha cedula le pon-

XIV

ga en en ejecución mandando con penas graves á persona que lo ejecute con toda brevedad para que de esa suerte se adelantara en breve dha traslación y para ello se Remitió para que saquen el testimonio por este cavildo al dho alcalde de primer voto:—Y el dho alcalde de segundo voto dijo que en esta razon tiene informado con algunas personas de esta ciudad, en lo que sienta y que ello se remita y conste se cerro este cavildo por aora por no aver otra cosa que tratar, y cada cual lo firmamos de nuestros nombres y en este papel comun por defecto de sellado, y por ante nos por defecto de escribano público ni de cavildo, y el escribano de su mag^d no autuar por estar desistido: D. Luis de Toledo y Velasco—Antonio de Toro—Don phelipe G^o de Baldes—Don Juan de la Lastra—Francisco de Herrera Calvo de Mendoza.

D—AUTO DE D. FERNANDO DE MENDOZA MATE DE LUNA

En la ciudad de Salta en diez y ocho dias del mes de agosto de mil seiscientos y ochenta y cinco años el señor Don Fernando de Mendoza mate de Luna Gobernador y Capu. General desta Provincia de Tucuman por su Magestad que Dios g^ode: abiendo visto la real Cedula de su Mag^d ganada por los vecinos de la Ciudad de Su. Miguel de Tucuman en que por ella representaronlo util y conveniente que era el mudar la dha Ciudad al sitio llamado la Toma por los motivos que para ello les pareció por el peligro y ruina que les amenazava con la inundacion del río que tenia arruinadas las casas de dha ciudad y esperaban creciera su daño sino se mudavan al paraje señalado, por ser el temple tan nocivo que todos vivian enfermos siguiendolos á esto convenia la dha mudanza al aumento de los reales averes, por las cuales por las causas que la dha real Cédula refiere, y visto juntamente los informes que se han remitido por los del cavildo de dha ciudad, vecinos y moradores, y en especial el fecho por el Doctor Pedro Martínez de Lezana, cura Rector y Vicario de la Dha. ciudad y lo que por él representa siendo el principal funda-

XV

mento y en que se encierran todos los Informes y pedimentos fechos el q^{to}. se mande mudar dha ciudad al sitio señalado; dijo: que en cumplimiento de dha real cédula que espio en las manos en pué y destacado vesso, y pusso sobre su cabeza con el respeto devido como a carta y cédula de su rey y Señor su real á quien guarde Dios muchos años con christianidad á menester y en su cumplimiento; y execucion ánto así alo representado por dho cavildo, justicia y Regimiento vecinos y moradores de la dha ciudad y á la vista de ojos que su señoría hizo al tiempo y cuando pasó por la dha ciud^d. de San Miguel de Tucuman y poblacion y sitio señalado para su traslacion donde reconoció ser muy aproposito para esto hallando ver en él algunas poblaciones y lo miserable y descaecido que estaba la dha ciudad de San Miguel de Tucuman sin esperanza de susistencia ni redificacion, y hallando SS^a ser las causas representadas por dhos informes muy justas mandava y mando se ejaente en todo y por todo la Real Cédula de su Mag^d., y en su virtud se haga traslacion de la dha ciudad en el sitio señalado y para ello sulugar designado, no hallándose conjusto impedimento, lo execute llevándose consigo el Real Estandarte para que se enarbole el dia del patron y ponga y haga poner el arbol dejusticia en la plaza pública el dicho sitio señalado, teniéndola por ciudad y para que como tal se vaya y tenga; to los los vecinos feudatarios araa sus casas como son obligados lo cual executarán dentro de seis meses con aperebimiento que pasalos no lo avian cumplido declararán las dhas. sus encomiendas por vacas y pondrán como tales en caxiza de su Mag^d y para que no cese dha. obra en su mudanza caso que dho su lugar se halle con justo impedimento de enfermedad comete á dicha mudanza al cavildo de dha ciudad el qual cumplirá con su Señor pena de mil pesos apellidos mital camarades S. Mag^d y la otra gastos de mudanza, y para que conste las personas que al tiempo de su protesta no quisieron ayudar con lo prometido, se le entreguen todos los autos que en dha razon se obraron que parati en este gobierno, al procurador de la dha ciudad para que por ellos se reconbenga á las personas que graciosamente ofrecieron las porciones que por ellos parece para dha obra Mudanza; y despáchese el recaudo necesario para su cumplimiento Inserto este auto y la Real cédula que en esta razon abla y lo firmo—Don Fernando de Mendoza Mate de Luna—ante mi Thomas de Salas escribano de su Mag^d En cuya conformidad dho mi lugar Teniente, cavildo,

XVI

justicia y Regimiento cada uno por lo que le toca vean el auto susso inserto y lo guarden y hagan guardar cumplir y executar solas penas en él impuestas en atencion á combenir así al servicio de sus magests. pro y util de los reales averes y conservacion de sus avitadores: y de todo pondrán testimonio en el libro de cavildo y darán cuenta á su Señoria de averlo así cumplido sin escusa ni consiendiendo se ponga por persona alguna, tomando á su cuidado el que quanto antes se edifiquen los templos y casas de cavildo en que pondrán el cuidado que se espera, como tan interesado en la dha mudanza, al dho sitio señalado para que en todo se cumpla con lo que su Mag^d manda que es fho en la ciudad de Salta en veinte y dos dias del mes de Agosto de mil seiscientos y ochenta y uno años, y ha en es te papel comun á falta de sellado—Don Fernando de Mendoza mate de Luna—por mandado del Sr. Gobernador y Capn general: Tomas de Salas—escribano de S. M^d. y almargen dice—pago de derechos dosse pesos m/.

E—EL LUGAR TENIENTE VALDEZ HACE PUBLICAR LA REAL CÉDULA Y EL AUTO

En la ciudad de S. Miguel de Tucuman en diez dias del mes de Setiembre de mil seiscientos y ochenta y uno años, el capn Don Miguel de Salas y Valdes lugarteniente del G^o justicia mayor y Capitan á Guerra de dha ciudad y su jurisdiccion por su magestad que Dios guarde digo que por quanto el dia siete del presente mes y año: me intinó el procurador General desta dha ciudad un orden del Sr. Gobernador de declaracion, mandando en virtud de una cedula Real que S. Mag^d que Dios guarde, fué servido despachar para que esta ciudad sea trasladada al sitio reconocido de la Toma y en su virtud, obediencia y execucion tenia el dicho Sr. Gobernador determinado y mandado se traslade y lleve el estandarte Real desta ciudad á la dha traslacion, y se enarbole el dia del patron Arcangel San Miguel y se lleve juntamente el arbol de justicia y se ponga en la plaza man-

XVII

dando á los vecinos feudatarios tengan sus casas pobladas, comotienen obligacion por razon de sus feudos dentro de seis meses, pena de perdimiento de dhos. feudos dequese les pondrá vacante á ellos declarando dho sitio por ciudad, yque se hagan las demas funciones de Iglesias decasas de Cavildo como todo ello consta por dicho auto dedho Sr Gobernador, remitiendola la ejecucion imponiéndome penas pecunarias y habiéndole visto todos atento áser mero ejecutor digo que se guarde y cumpla en todo y por todo lo que su Magestad que Dios guarde manda; en dha Real Cedula y ensu cumplimiento dho Sr. Gobernador que luego salga el Real Estantandarte y seponga y enarbole en dho día del dho patron; y juntamente se lleve el dho arbol de justicia en la dha ciudad de San Miguel de Tucuman de la Toma, y para ello se convoque toda la gente de la jurisdiccion y vecinos feudatarios y moradores para que vengan todos á este sitio viejo de dha Ciudad á hacer dha funcion de llevar ysacar el dho Real Estandarte y arbol de justicia con la solemnidad que se deve, cinco días antes del día del patron y llevarlo á dha. Ciudad nueva: Ypara que ninguno alegue ignorancia ni excusa por ser en servicio de S. Mag^d que Dios guarde mando se publique hoy dho día dho. auto á son de caja de guerra y por voz de Pregonero, y juntamente con dha real cedula y auto declaratorio de su Señoria de dho. Gobernador para que todos lo tengan entendido y no falten á obligacion tan preciosa á que estan obligados como vasallos de su Mag^d á seguir su real estandarte apercibiendo á todos para las fiestas de dho patron en dha. ciudad nueva, pena de incurrir en mal caso dandoles por incursos y condenados á los que faltasen á dho. mandatto, y de docientos pesos á cada uno aplicados mitad camara de S Magd y gastos de la Iglesia matriz de dha ciudad y de que imbiolablemente se exectara dha pena sacandolos susbienes y que sean vendidos alprimer pregon sino cumplieren con todo lo que seles manda, y á los dhos vecinos feudatarios son las penas contenidas por dho Sr. gob^or en el dho. su auto cumplan con lo que se les está mandado y despachese comision a la jurisdiccion para recoger toda la gente para el dho. día asignado. así lo mande y firme por ante mi y testigos áfalta de escribano público, y el Sargento mayor Franc^o de Olea escribano desu Magd. no usar dho. officio por estar ausente y eneste papel comun á falta de sellado,— y se asiente al pié deste auto supublicacion, para que entodo tiempo de ello conste y se ponga y acumule con los demas

XVIII

autos tocantes á esta materia—Don Miguel de Salas y Valdes --Testgº Juan Perez Moreno --Testgº Francº de Avila Salazar.

En esta Ciudad de San Miguel de Tucuman en diez dias del mes de Setiembre de mil seiscientos yehenta y cinco años yo el Cappn. Don Miguel de Salas y Valdes lugar teniente de Gobernador justicia mayor y Capitan de Guerra en esta dha ciudad y sujurisdiccion por su magd que Dios guarde hice publicar ypublique el auto por mi proveido y la cedula Real de su Magestad y el autto inserto en dha. cedula de su Señoria el Sr. Gobernador de declaratoria como en él se contiene, en la plaza pública y en concenso de todo el cavildo, justicia y Regimiento y de muchos vecinos feudatarios y moradores por voz de Diego, negro mi esclavo que hizo oficio de pregoneiro y para que de ello conste doy fé de ello y lo firmo con testigos á falta de escribano público y Real—Don Miguel Salas y Valdez—testigo - Francisco de Avila Salazar --Testº Juan Perez Moreno - enmendado --ausente Vale--testado de Tucuman--no Vale.

F - SE RESUELVE OBRERECER LA ORDEN DE TRASLACION DE MATE DE LUNA

En la ciudad de San Miguel de Tucuman en diez y siete dias del mes de Setiembre de mil y seiscientos y ochenta y cinco años; nos juntamos en el cavildo la justicia y el Regimiento desta dha ciudad como lo havemos de costumbre en las cassas de las moradas de su merced el señor capitán Don Miguel de Salas y Valdez, lugar teniente de gobernador justicia mayor y capitan á Guerra en esta dha Ciudad y su jurisdicción por su Mag^d que Dios g^{de} por estar las cassas de cavildo tan indeseñtes por averse estado remendando que no se puede hacer cavildo en ellas, y estando ajuntados es atener sum^d. el dho. justicia mayor y capitanes Don Luis de Toledo y Belasco Antonio de Toro alcaldes ordinarios y el Sargento mayor Don Felipe Garcia de Valdes alferes real propietario de esta dha ciudad y no hallarse en en este cavildo el capitan Don Juan de la Lastra alcalde

XIX

provincial por estar fuera desta y no aver mas capitulares y estando así juntos y congregados como dho es ante mi el Sargento mayor Francisco de Olea escribano de Su Mag^d que Dios gu^d, siendo el dho justicia mayor hizo demostracion para haser notorio en este Cavildo de una cédula del rey nuestro Señor despachada en Madrid á veinte y seis de Diciembre de mil seiscientos y ochenta años por la cual S.M. manda que el Sr. Gobernador de esta Provincia que en la forma que mejor le pareciese mude y traslade esta dha ciudad al paraje de la Toma en cuyo cumplimiento el Sr. Gobernador Don Fernando de Mendoza mate de Luna que loes actual desta provincia por auto que proveyó SS^a en la ciudad de Salta en 18 dias del mes de Agosto. de este presente año en la ciudad de Salta manda su S^a se mude y traslade esta dha Ciudad al dho sitio de la Toma y despacho recaído en forma con insercion de la dha cédula y dho auto cometida su egeucion asiendo el dho teniente justicia mayor y por su impedimento por enfermedad á este dho cavildo para que sin dilacion alguna acudan á la traslacion y mudanza de esta dha. ciudad imponiendo pena de mil pesos á los que faltaren á la egeucion de dha. cédula, y a esto aplicados en la forma contenida en el dho. despacho en que mando S.S^a que no admita dha j^a mayor ni este dho cavildo contradission alguna de ningun vecino ni de otra persona alguna en cuyo obedeçimiento dha ja mayor proveyo un auto en diez dias deste presente mes y año mandando se publicasen dha real cédula y dhos. autos y despacho de dho Sr. Gobernador; y en dho. dia sepublicaron dha. real cedula, auto y despacho de dho. gobernador juntamente con el auto por su merced proveido con la solemnidad acostumbrada para que biniese enoticia de todos y que los vecinos feudatarios por la obligassion que tienen de acompañar y seguir el Real estandarte esten prevenidos para acompañarle y seguirle de esta dha ciudad y todo bisto por este cavildo y ayuntamiento su m^d el dho. alfez real dijo que como obedece con la benerassion y Rendimiento debido la dha Cédula y dichos depachos de dho. Sr. Gobernador quien su cumplimiento esta presto de ir y llevar el dho Real estandarte que esta á su cargo con la solemnidad acostumbrada al dho paraje de la Toma y traslacion de esta dha Ciudad; y los de este dho ayuntamiento unanimes y conformes obedessiendo como obedecen con el acatamiento y Rendimiento la dha Real Cedula y autos del Gobierno se egeuten, Cumplan y setraslade esta dha Ciudad

XX

como su Magd. lo manda y que estan prestos á acompañar al Real Estandarte y arbolarlo en la dha traslacion del parage de la Toma, y se lleven asimismo la caja de archivo de papeles de esta dha ciudad y el arbol de justicia que disponga la dha Traslacion en la forma que conviene con la solemnidad acostumbrada, de forma que quede traladada; y dha Cédula Real y dho. auto de gobier. y lo demas obrado por este cavildo se le den otros al Sr. Presvº Pedro Martinez cura rector y Vicario Juez Eclesiastico de esta dha. Ciudad y Visitador general en esta Ciudad y su jurisdission y la de todos los Santos de la Rioja y San Fernando, Valle de Catamarca y juntamente, juez de diezmos y de la Santa Cruzada y demas gracias para que siendo notorio todo lo sobre dho. por lo que toca como tal cura Rector desta dha Ciudad traslade la Iglesia parroquial su esposa de esta dha Ciudad y la dha traslacion donde se traslada en esta dha Ciudad y en ella ejerza los dños sus oficios de cura, Rector y demas de suso referidos y administre á los vecinos y demas fieles los Santos Sacramentos y los demas desu obligacion, dando para ello la forma que fuere servido, que se le dará por este cavildo las asistencias necesarias que su m^d pidiera y su md. del dho ju^a mayor dixo que por autos que se publique tienen mandado que a veinte y cuatro deste presente mes y año tiene señalado el día que se ha de sacar el dho real estandarte desta dicha ciudad y llevarlo á la dha nueva traslacion donde se enarvolará y se haran los demas actos acostumbrados en semejantes traslaciones de una ciudad á la otra conque se acabo este dho. cabildo por no haver otra cosa que tratar en él, y lo firmaron desus nombres; y antes de firmarlo así m^o mandaron unanimes y conformes que dha Real Cedula y auto y despachos del Gobierno se copien en este libro de acuerdo con todo lo demas obrado hasta hoy dho día—y dho Alférez Real pidió se le diese testimonio de dicha cedula real, auto y despacho del gobierno y de todo lo demas obrado para su resguardo y este cavildo escriba á dho Sr Gobernador dándole cuenta de lo que se ha obrado en obediencia y ejecucion y mandato de S. S^a y respondiendo á la carta que tiene eserita á este cavildo su SS^{as}.—fha en supra—D. Miguel Salas y Valdes—Don Luis de Toledo y Velasco—Antonio de Toro—Don Felipe G^a de Baldes—ante mi Francº de Olea—SSº de su Magd.

G -- NOTIFICACION AL CURA RECTOR Y VICARIO

En la ciudad de San Miguel de Tucuman á diez y siete dias del mes de Setiembre de mil y seiscientos y ochenta y cinco: Yo Francisco de Olea escribano de su magestad que Dios guarde; vine á las casas y morada del Sr. Doctor Pedro Martinez y Lezana cura rector propietario vicario juez eclesiastico y de diezmos, comisario apostolico, subdelegado de la Santa Cruzada y de las demas gracias, visitador general de la dha Ciudad sus términos y jurisdiccion; Y ley á su merced. en su persona el auto y cavildo de suso en conformidad de lo mandado por su SS^a el Ilustre cavildo justicia y regimiento de esta dicha ciudad, y juntamente la real Cédula de su Magestad que Dios guarde, y despacho del Sr. Gobernador de la Provincia en orden á la traslacion desta ciudad al paraje de la Toma; Y su merced. aviéndolo oido y entendido su tenor dijo que de su parte esta pronto como fiel y leal vasallo de S. Magd. que Dios guarde, con aumento de mioros monarquias como la Cristiandad ha menester de juntar quanto á sus officios pueda pertenecer en orden á la traslacion de esta dha Ciudad al paraje por S. Magd señalado y á poner en execucion la fábrica de la Sta Iglesia Parroquial de ella con los medios, forma y modo dispuesto por los sagrados Cánones y Sedulas de su Magd. y en ella exercer las funciones desu ofissio, administracion de los Santos Sacramentos, selebracion del divino culto y predicacion del Santo Evangelio y administracion de justicia en el fuero eclesiastico á todos los vecinos desta dha ciudad como á feligreses propios. Y que espera de la Piedad y Catolico selo de S. S^a el Ilustre cavildo, el fomento amparo y asistencia en todo lo referido en que serán servidas ambas Magest^{es} y se obrará en atencion á la mayor utilidad y aumento Spiritual y temporal desta dha ciudad. Y lo referido dio su merced. por su respuesta y lo firmo de que doy fée: Don Pedro Martinez de Lezana—Franc^o de Olea—SS^o de su Magd.

II—ACTA EN QUE CONSTA EL COMIENZO DE LA TRASLACION

En la Ciudad de San Miguel de Tucuman en veinte y cuatro dias del mes de Setiembre de mil seiscientos ochenta y cinco años; El Capn. Don Miguel Salas y Valdes lugar Teniente de Gobe y just^a mayor y Capn. de Gerra desta dha. ciudad y su jurisdiccion por su Magd que Dios guarde: Por quanto el Sr. Don Fernando de Mendoza mate de Luna Gobernador y Capitan General desta provincia y su jurisdiccion por su magd. que Dios guarde me tiene cometido la mudanza y traslacion desta dicha ciudad al sitio señalado de la Toma, en cuya execucion y cumplimiento de la Real Cedula, con asistencia del Capt^a Don Luis de Toledo y Velasco vecino feudatario y alcalde hordinario de primer voto y el Sargento Don Felipe Garcia de Valdes Alferez Real propietario y no se hallaron presentes el Capitan Antonio de Toro Leguizamo alcalde hordinario de segundo voto ni el Capn. Don Juan de la Lastra alcalde Provincial que fueron vuscados y no hallados y por no haber mas Capitulares que los sobre dhos. asi mismo asistiendo Francisco de Herrera Calvo procurador General de esta dha Ciudad, y el Capitan Juan Perez Moreno, vecino Feudatario, y como á las ocho oras de la mañana poco mas ó menos se arranco en esta plaza el arbol de la justicia y se metio en una carreta, y asi mismo la caja del archivo de los papeles de esta ciudad y su cavildo serrando con tres llaves, que una la tengo yó el dho justicia mayor la segunda el dho alcalde Hordinario de primer voto, y la tercera el dho alferez Real, y serrada como estava con las dhas tres llaves, y liada con un laco de cuero fresco se sacó de la casa del ayuntamiento y cargo en dha carreta con mas el Zepo que son las prisiones que tiene la carcel donde se hacian los cavildos y todo junto en la dha carreta se cambiavan y llevavan al paraje llamado la Toma señalado para la traslación de esta ciudad; y acavada la funcion firmaron conmigo el dho justicia mor los dhos alcalde Hordinario, alferez Real y procurador General, Y no se halló escribano puc^o por no haber; ni Real por no estar el Sargento mayor Franc^o de Olea que fué buscado y no hallado—D. Miguel de Salas y Baldes—Don Luis de Toledo y Velasco—Don philipe G^a de Baldes.

XXIII

I—SE LLEVA EL REAL ESTANDARTE

En este sitio viejo y ciudad de san Miguel de Tucuman en veinte y cinco dias del dho mes de setiembre de mil seis cientos ochenta y cinco años, con asistencia de mi el dho justicia mayor y los caps. Don Luis de Toledo y Velasco y Antonio de Toro Alcaldes Ordinarios. El dho Sargento mayor Don Felipe Garcia y Valdes Alférez real propietario entre las once y doce del día saco el Real Estandarte de su casa y acompañado del dho cavildo sin alcalde Provincial que no se halló en esta dha ciudad y con número de vecinos feudatarios y moradores se sacó públicamente por la plaza dando vuelta por ella y camino con dho Real estandarte al dho nuevo sitio señalado acompañado por los de dho cavildo y vecinos feudatarios y moradores, con la solemnidad posible; Y lo firmamos con mingo los del dho cavildo nuevo el capn Antonio de Toro alcalde Hordinario de segundo voto:—Don Miguel de Salas y Baldez—Don Luis de Toledo y Velasco—Don Phelipe G^a de Baldes.

J—SE TOMA POSESION Y DOMINIO DE LA TOMA

En este paraje nombrado de la Toma sitio señalado para la traslación y mudanza de la Ciudad de San Miguel de Tucuman, su jurisdicción como doce leguas poco mas ó menos de esta; con asistencia de mi el capn Don Miguel de Salas y Valdez lugar teniente de Gobierno, justicia mayor capn á guerra de dha ciudad y su jurisdicción por su magd. que Dios guarde y del capn Don Luis de Toledo y Velasco Alcalde Ordinario de primer voto y del capitan Don Juan de la Lastra que salió al camino á topar el Real Estandarte con número de vecinos feudatarios y moradores de los que asisten en este dho sitio con casas Pobladas como dos leguas poco

XXIV

mas ó menos de él, y asistido y acompañado de todos, cavildo Justicia y Regimiento y vecinos, el dho Real Estandarte en sus manos en este dho sitio. Y con él se entró á hacer oracion en la capilla donde se celebra misa á los asistentes: En este dho sitio y setomó posada, en las casas que tenia fabricadas el Capitan Bernavé de Aragon vecino feudatario que estaba de asistencia en dho sitio, donde se bajo la caja del archivo y el Zepo.—Y luego incontinenti con el dho acompañamiento, el dho arbol de justicia y se levanto y se tomó posesion, Real, corporal actual jure Domini Velquasi En nombre de su mag^d. y se dejó reservado para hechar los cordeles para las calles y cuadras, y solares de la traza de esta ciudad, como para fabricar las casas de cavildo, la Iglesia mayor combentos y casas de los vecinos y moradores, y señalamientos de Rondas Exidos y chacras. Y lo firmaron de sus nombres los del dho Cavildo Justicia y Reximiento y algunos Vecinos—Y En ellas se enarbolara El Real Estandarte. Mañana que se contaran veintiocho del corriente para El paseo y acompañamiento, y solemnidad del dho Real Estandarte, y El dia siguiente quees del Patron Arcangei Su Miguel enenyo dia se acostumbrao sacar en publico el Real Estandarte con la mayor solemnidad posible llevandolo á la Iglesia para la misa y oficios Divinos Y lo firmaron de sus nombres fha ut supra—D. Miguel de Salas y Baldes—Luis de Toledo y Velasco—Don Phelipe G^a de Baldes—D. Juan de Lastra—Franc^o de Aragon—Antonio Perez Palavecino—Nicolas Marcial de Olea—Franc^o delarocha Legizamo.

K—SE CELEBRAN LAS VISPERAS DEL PATRONO

En la nueva Ciud. de San Miguel de Tuqqn. En veintiocho dias del mes de Stbre de mill y seiscientos ochenta y cinco años, con asistencia de su md. El Cap. Don Miguel de Salas y Valdes luga Tnt^e de Gbr. Justicia Mayor y Capn de guerra de la dha nueva ciud sus Terminos y jurisdiccion por su Mag^d que Dios g^de y del Cabildo justa y Regimiento de Ella. a saver los Capitanes Don Luis de Toledo y Velasco

XXV

y Antonio de Toro Legizamo alcalde ordinario y el Capn Don Juan de la Lastra alcalde provincial y de mucho numero de Vecinos feudatarios y moradores estantes y avittes. El Sargto m^r. Don Felipe Garcia de Valdes. alferes Real Propietario de la nueva ciud^d aviendo enarbolado El Real estandarte a las puertas de la casa de su morada a cavallo y en paseo publico con toda la solemnidad y acompañamiento posible por El sitio de la dha. Ciudad se llevo a la Iglesia a donde se celebra Y se puso en el altar mayor como se acostumbra, aguardando en las puertas de dha Iglesia para Resevirla. El Señor Doctor Pedro martinez de Lezana. Cura Rector Vicario Juez Eclesiastico de la dha Ciudad y su jurisdiccion y comisario apostolico delegado de la santa Cruzada y de las demas gracias Juez de diezmos y Vis^{tr} Eclesiastico de dha Ciudad y su jurisdiccion y de la nueva Rioja y San Fernando de Cata- marca. Con numero de clerigos y Religiosos de nvard de las ind^{as}. Rendencion de Cautivos se dijieron las Visperas solemnones de la festividad del S. Arcangel San Mig^l. que es Mañana que se contaran veintinueve del corriente. Y acabadas las Visperas con el dho. Acompañamiento y solemnidad de uso Referida se resolvió llevar El dho Real Estandarte á las casas de la morada de dho alferes real con que se acabo con esta funcion dejandolo para Mañana a que yo El presente Eno. me halle presente do que doy fee. Y lo firmarou de sus nombres el dho Justicia may^r y Justicia y Regimiento menos El Capn Antonio de Toro Alcalde hordinario de segundo voto por no haberse hallado con los demas al firmar—Miguel de Salas y Valdes—Luis de Toledo y Velasco—Don Juan de Lalastra—Don Phelipe G^a de Baldes—Ante mí Franc^o. Olea S. S^o de su mag^d.

L—SE CELEBRA SOLEMNEMENTE LA FIESTA DEL PATRONO

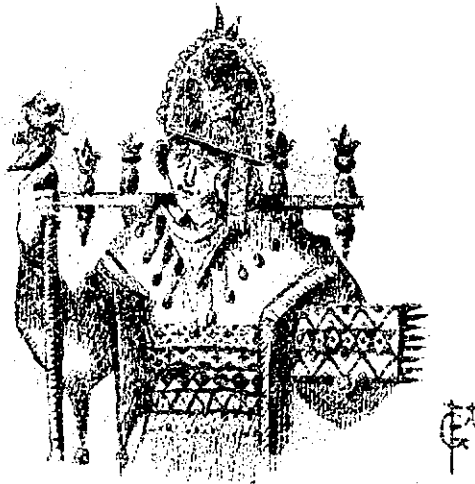
En la nueva Cind de San Miguel de Tuqqn. En veinte nueve dias del mes de Septiembre de mil y seiscientos y ochenta y cinco años en que la Iglesia Catolica nra. Madre celebra la festividad del S. Arcangel S. Miguel Patrono de la

XXVI

dha. ciud^d. aviendo se enarbolado el Real Estandarte a las puertas de la morada del Sarx^{to} mayor Don Felipe Garcia de Valdes alferez Rl. Propietario de esta dha Ciud^d en compañía del Capn Don Miguel de Saas y Valdes. lugar Tente de Gov^{er} justicia m^{or} y Capn. aguerre desta dha Ciud^d. y su jurisdiccion por su Mag^d. que Dios g^{de}. y El Cabildo justicia y Reximiento de la dha Ciud^d. que firmaron en su lugar y con crecido numero de Vesinos feudatarios estantes y avitantes. con toda la solemnidad posible El dho Alferez real en paseo publico y a cavallo llevo el Real Estandarte.....la dha ciud^d y á la dha Iglesia a cuias puertas lo espero y Recibio El dho Sr. Cura Rector V cano juez Eclesiastico con numero de Cleresia y Religiosos de ntra S^a de Cam. y El Padre Miguel de Orran dho de la Compañia de Jesus y toda la solemnidad posible llevando el dho. Real estandarte al altar mayor y selebro la misa decretada con sermou y los demas officios Divinos. En dha. Iglesia yo El escrivano me halle presente, a dha. de que doy fee. Y vuelto el Real estandarte a la casa de la morada del dho. Alferez Real. lo firmaron el dho. justicia m^{or}. Cabildo justicia y Regimiento Menos El Capn. Antonio de Toro a ca de hordinario de segundo voto que no se hallo con los demas al firmar.—Miguel de Salas y Va'des—Don Luis de Toledo y Velasco—Don Pholipe G^a de Ba des—Don Juan de Lalastra—Ante mí Franc^o de Olea SS^o de su mag^d.



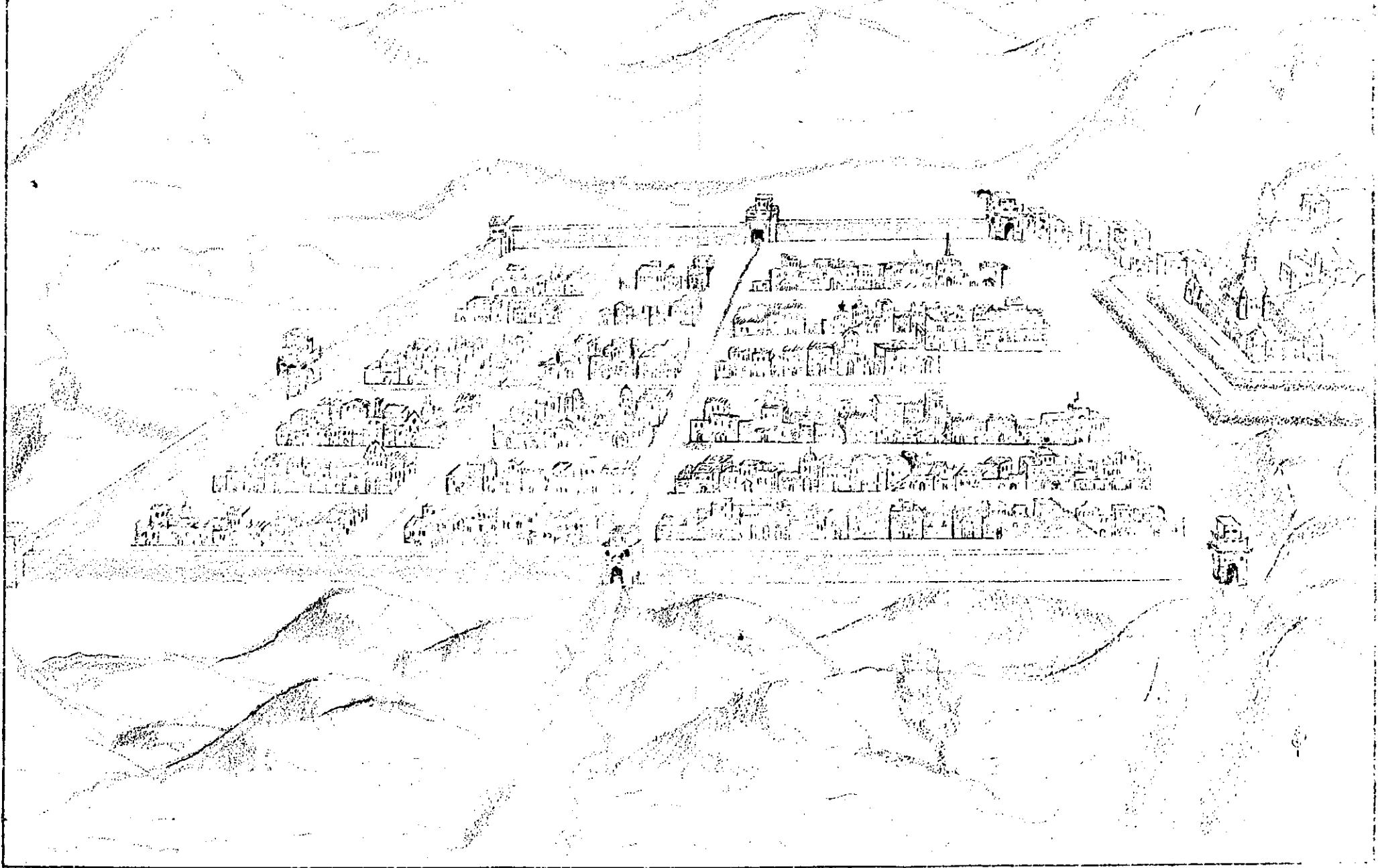
(Fig. 1) Huiracocha Inga



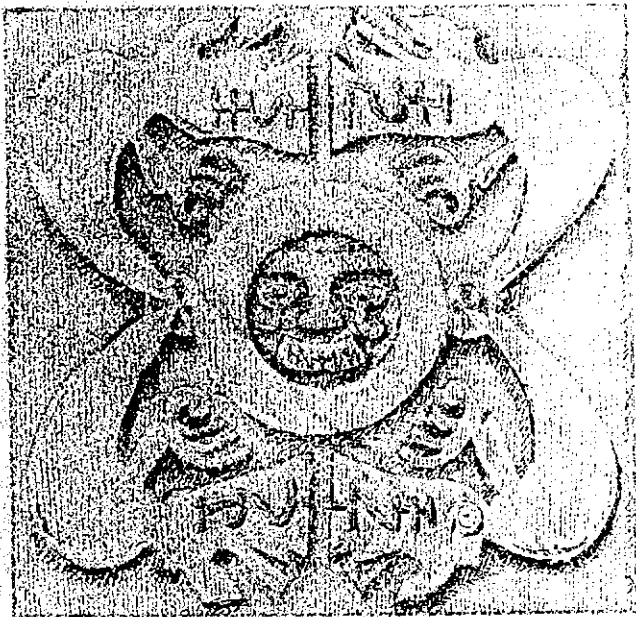
(Fig. 2) Topa Inga Yupanquí
(Láminas de Antonio de Herrera 1728)



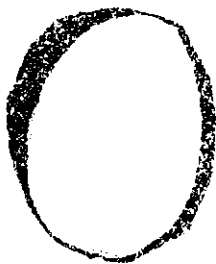
(Fig. 3) Soldado peruano



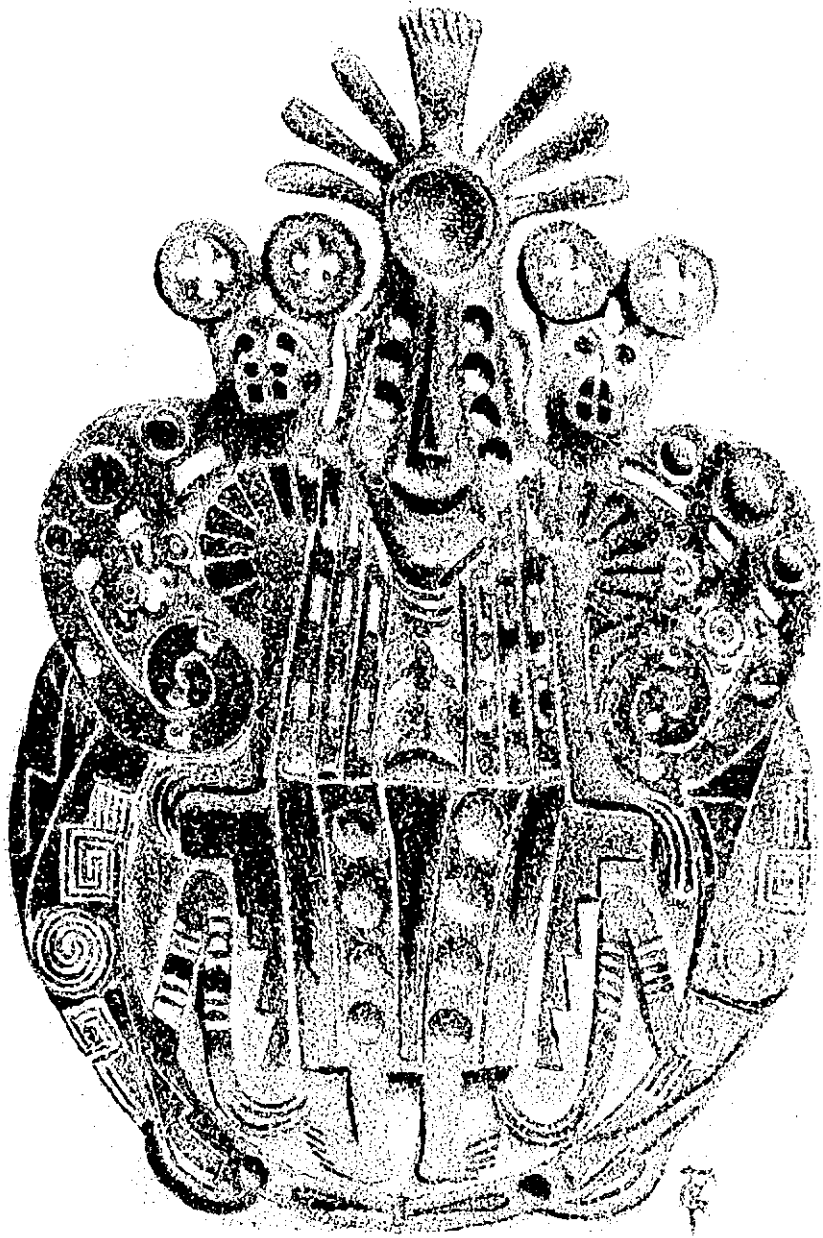
(Fig. 4) El Cuzco (Lámina antigua)



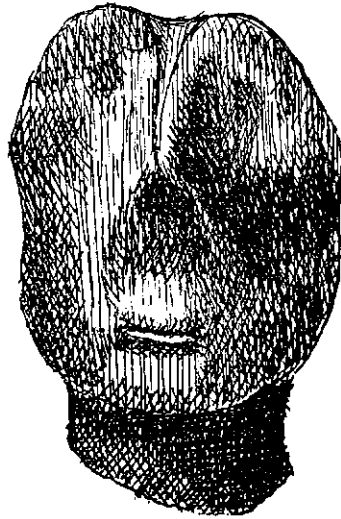
(Fig. 5) Culto solar (Lámina de Wiener)



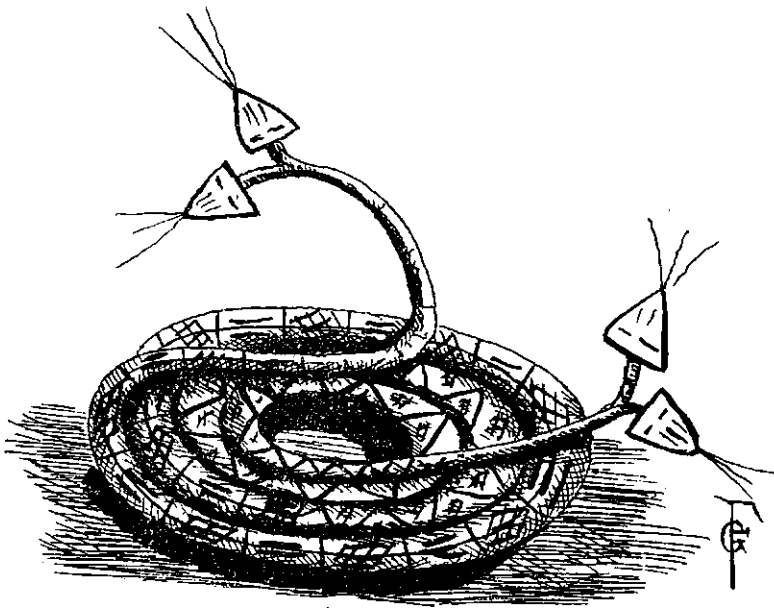
(Fig. 6) *Plancha de oro fino, que dicen que fué ymagen del Hazedor del verdadero sol, del sol llamado Viracochan-pachayachachiy.*



(Fig. 7) Disco de Andalgala (Chaquiago) Colec. Lafone



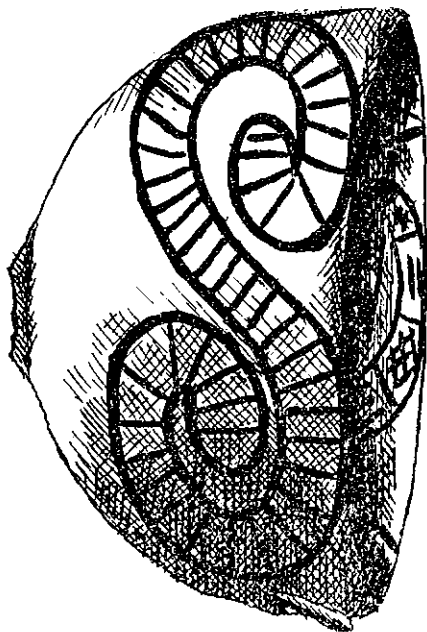
(Fig. 8) Colec. Quiroga.



(Fig. 9)

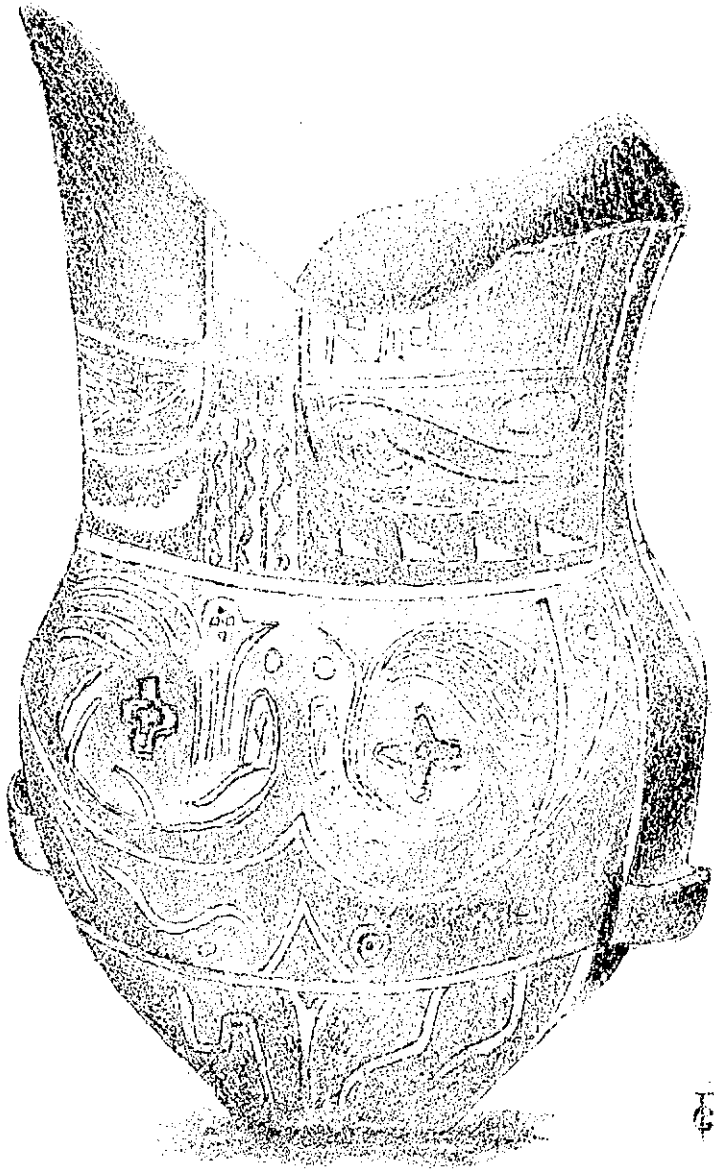


(Fig. 10)

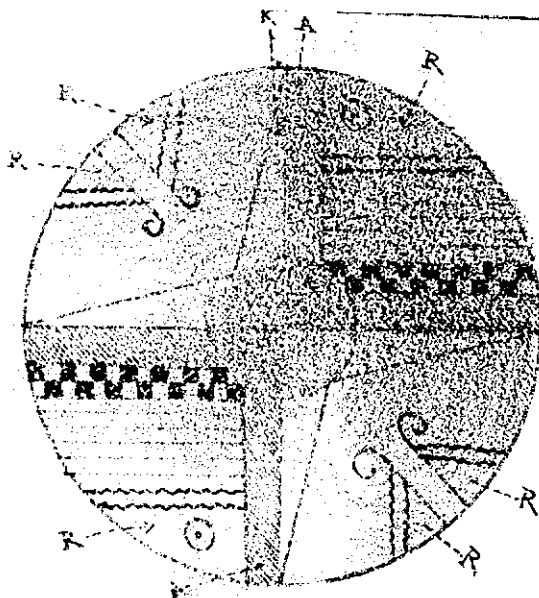


Q

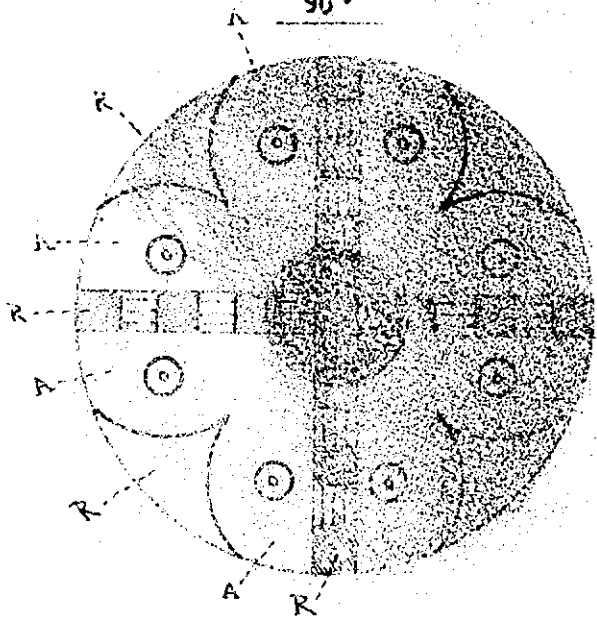
(Fig. 11) Pucó de Quilmes, Colce Quiroga.



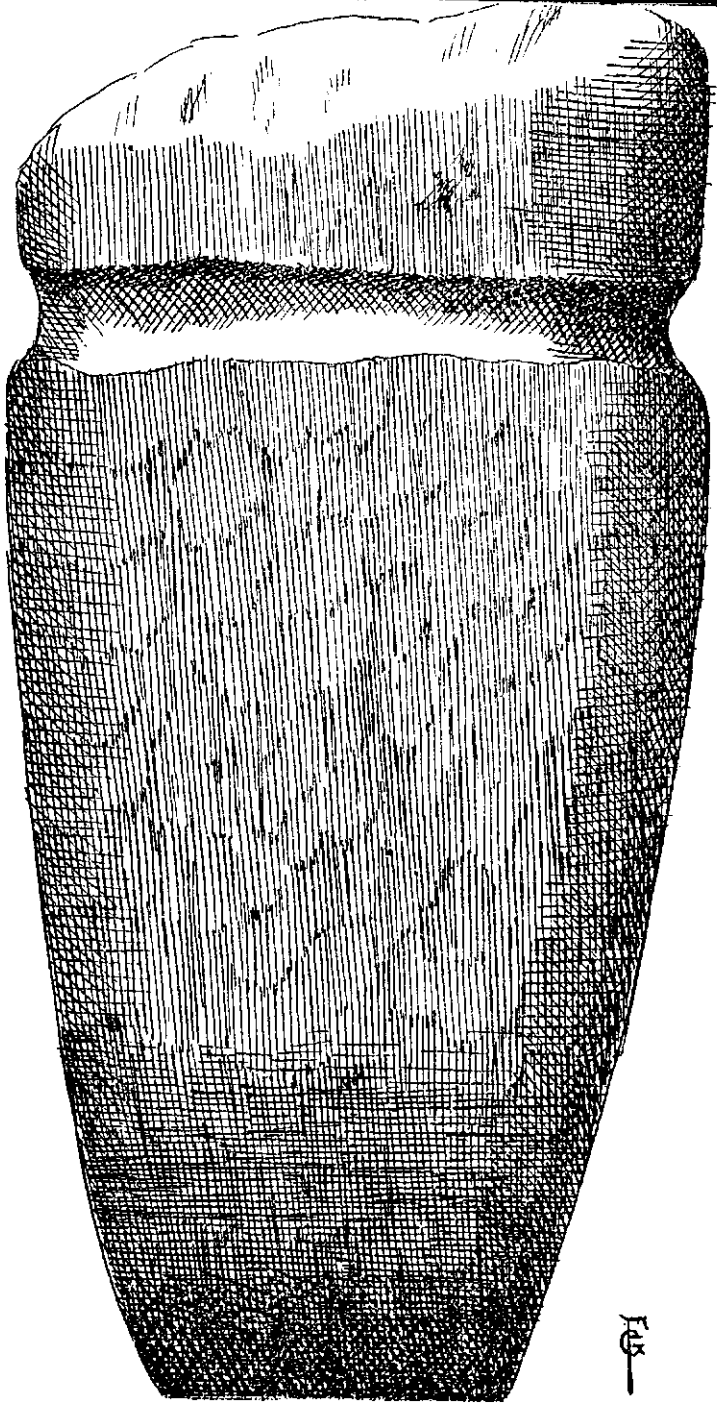
(Fig. 12) Urna funeraria de Quilnes



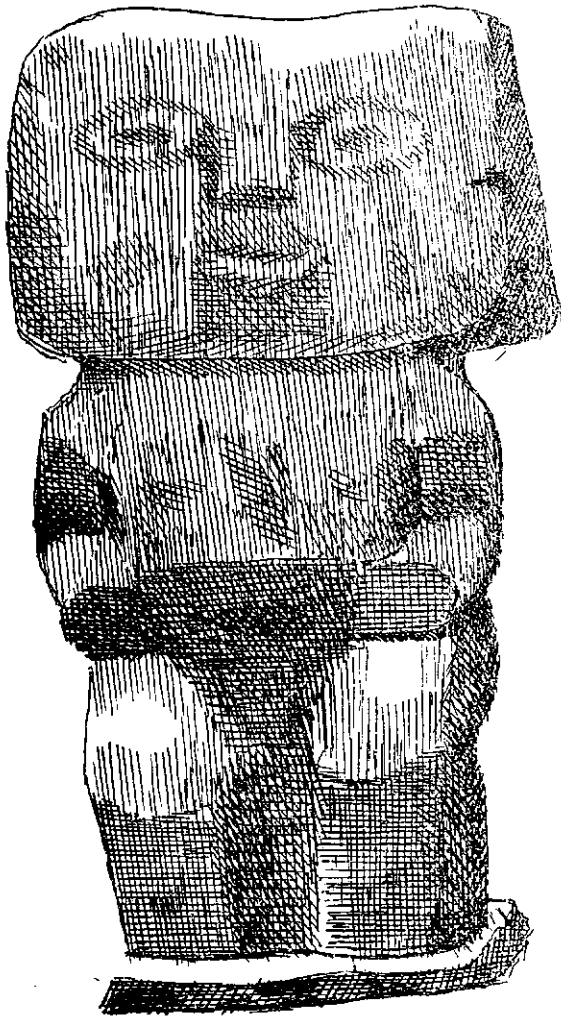
90°



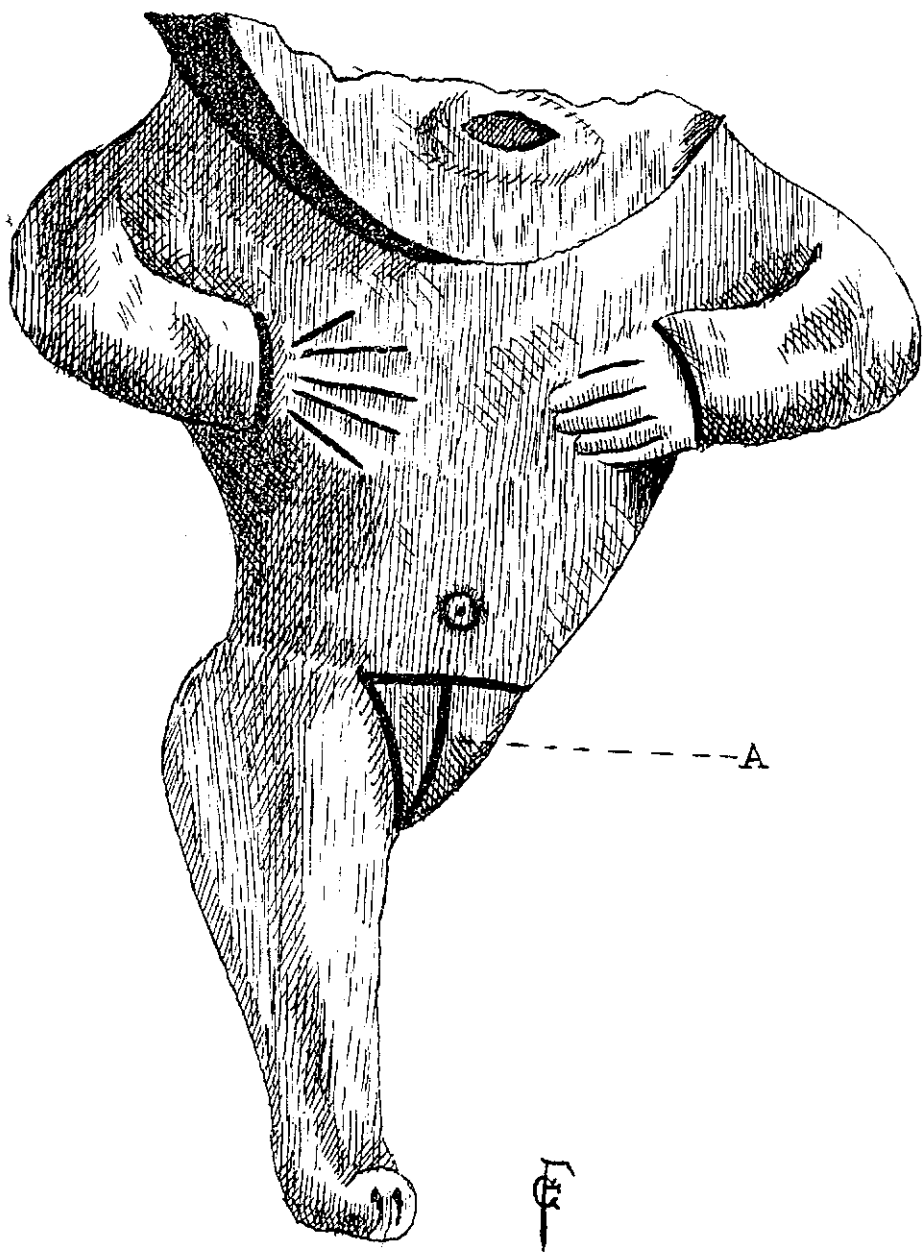
67



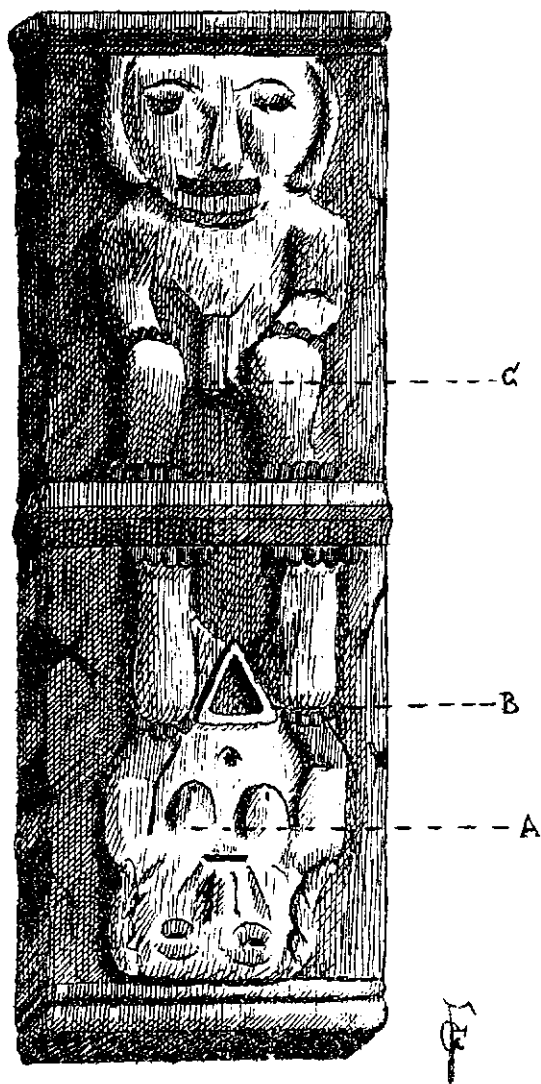
(Fig. 14) Hacha de piedra del Rodeo (Catamarca).
Colec. Quiroga.



(Fig. 15) Idolo de Capayán (Catamarca). Colec. Quiroga.

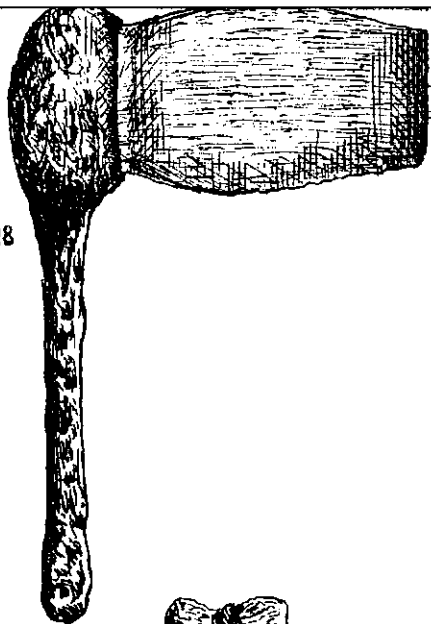


(Fig. 16) Idolo de San José (Oatamarca). Colec. Zavaleta.



(Fig 17) Idolo fálico de Tinogasta. Colec. Quiroga.

Fig^s 18



19

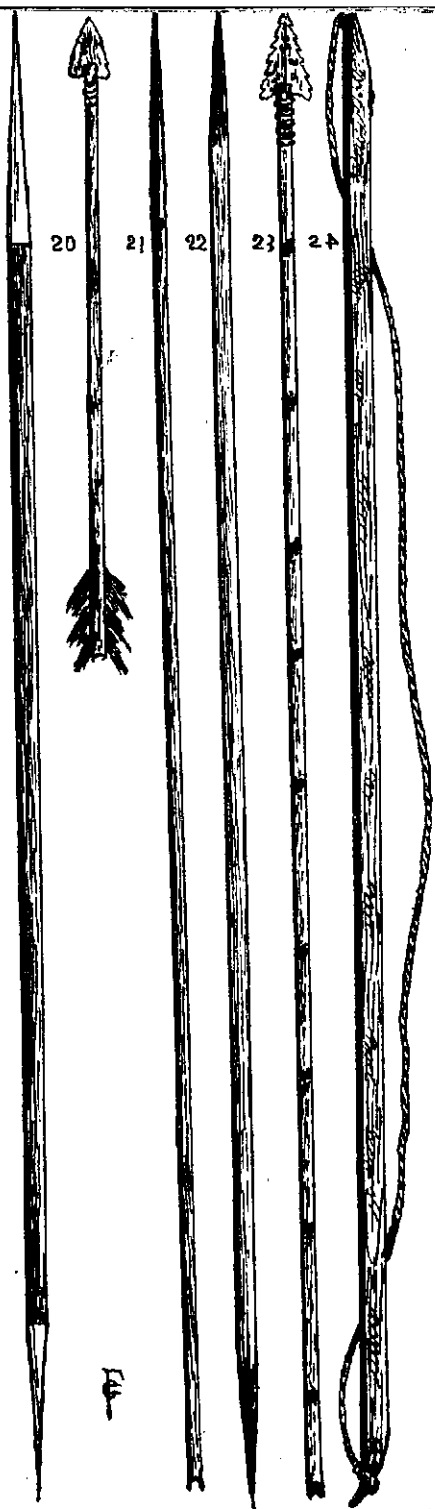
20

21

22

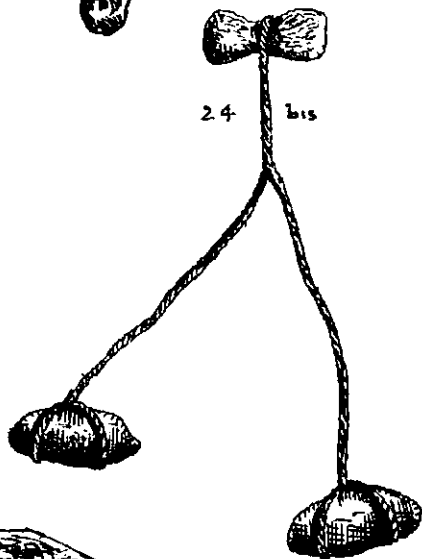
23

24



24

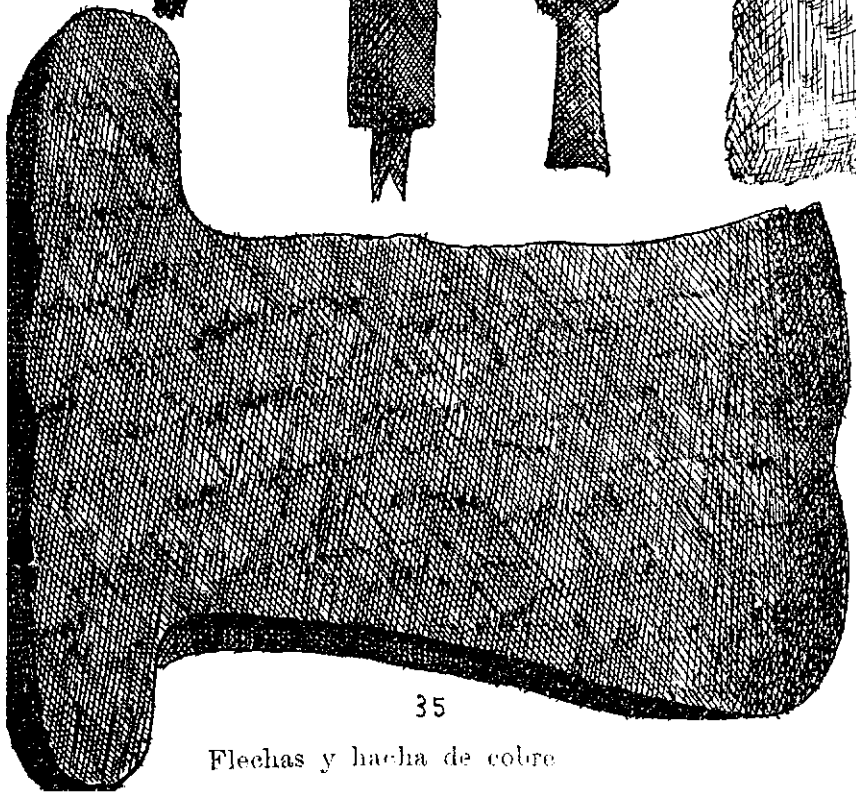
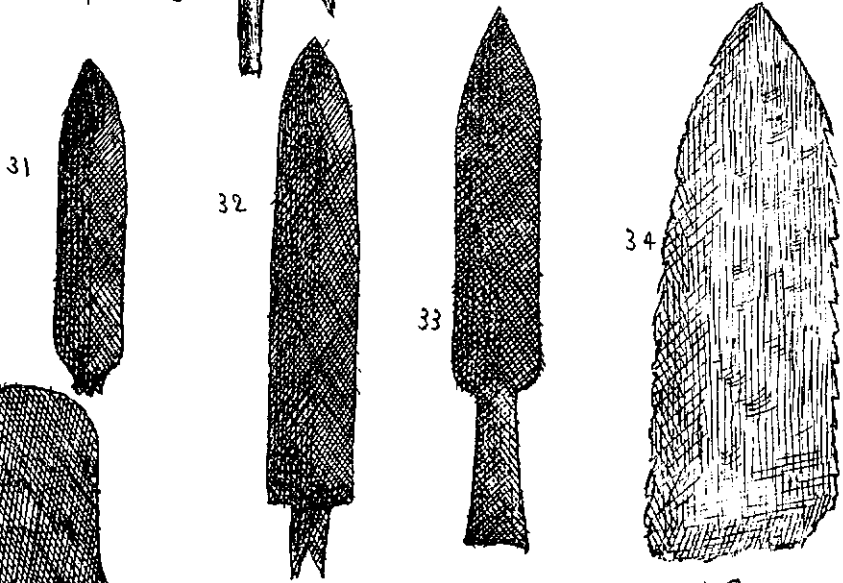
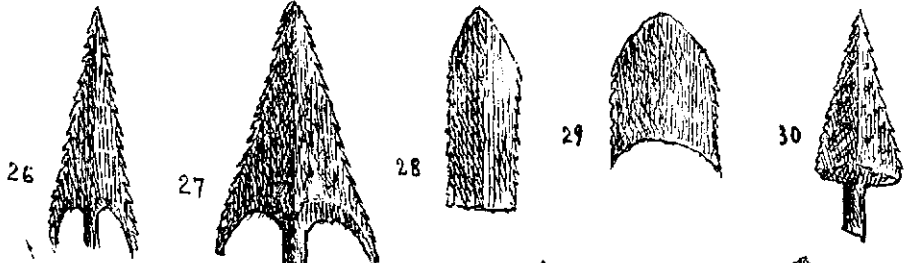
bis



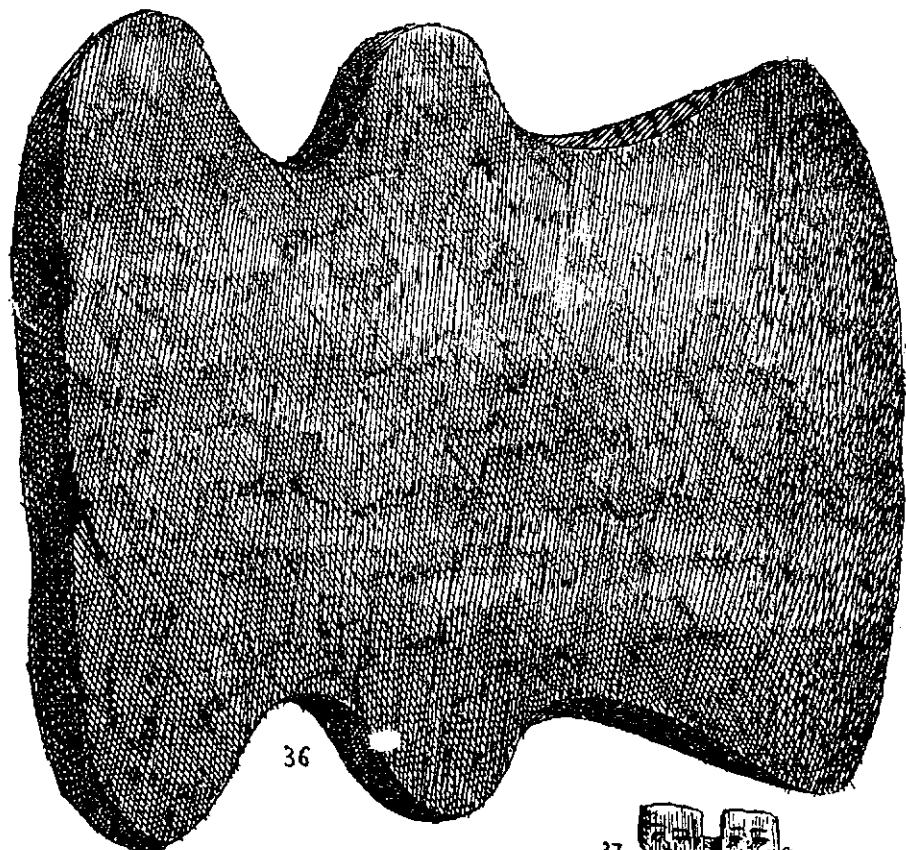
25



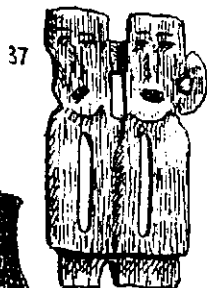
Armas calchaquies



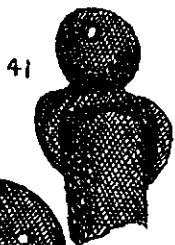
35
Flechas y hacha de cobre



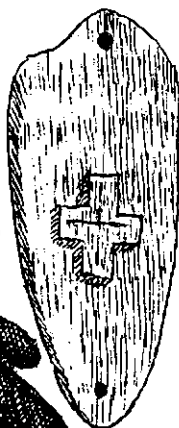
36



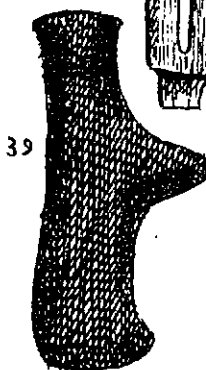
37



41



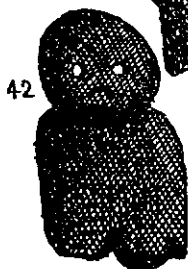
40



39



38



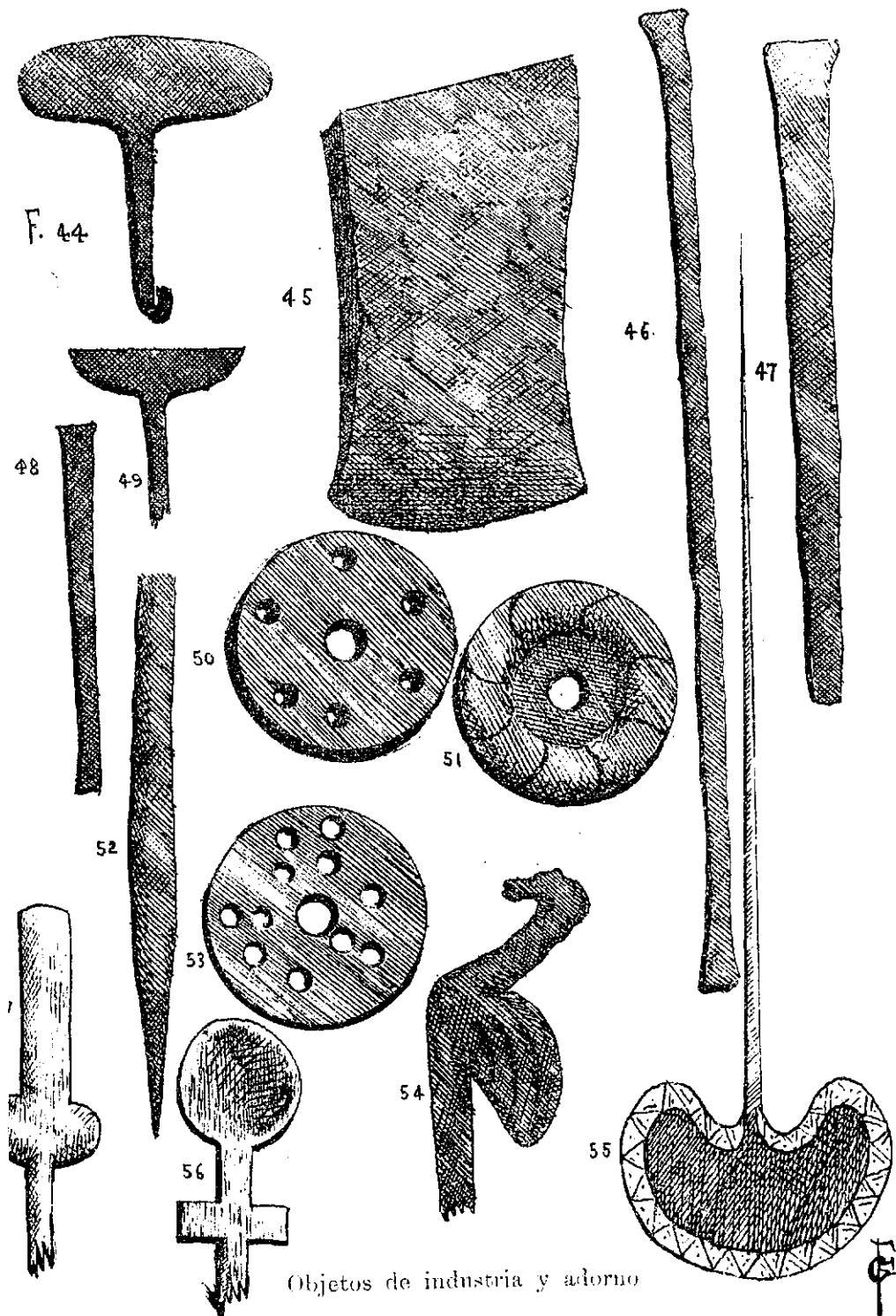
42



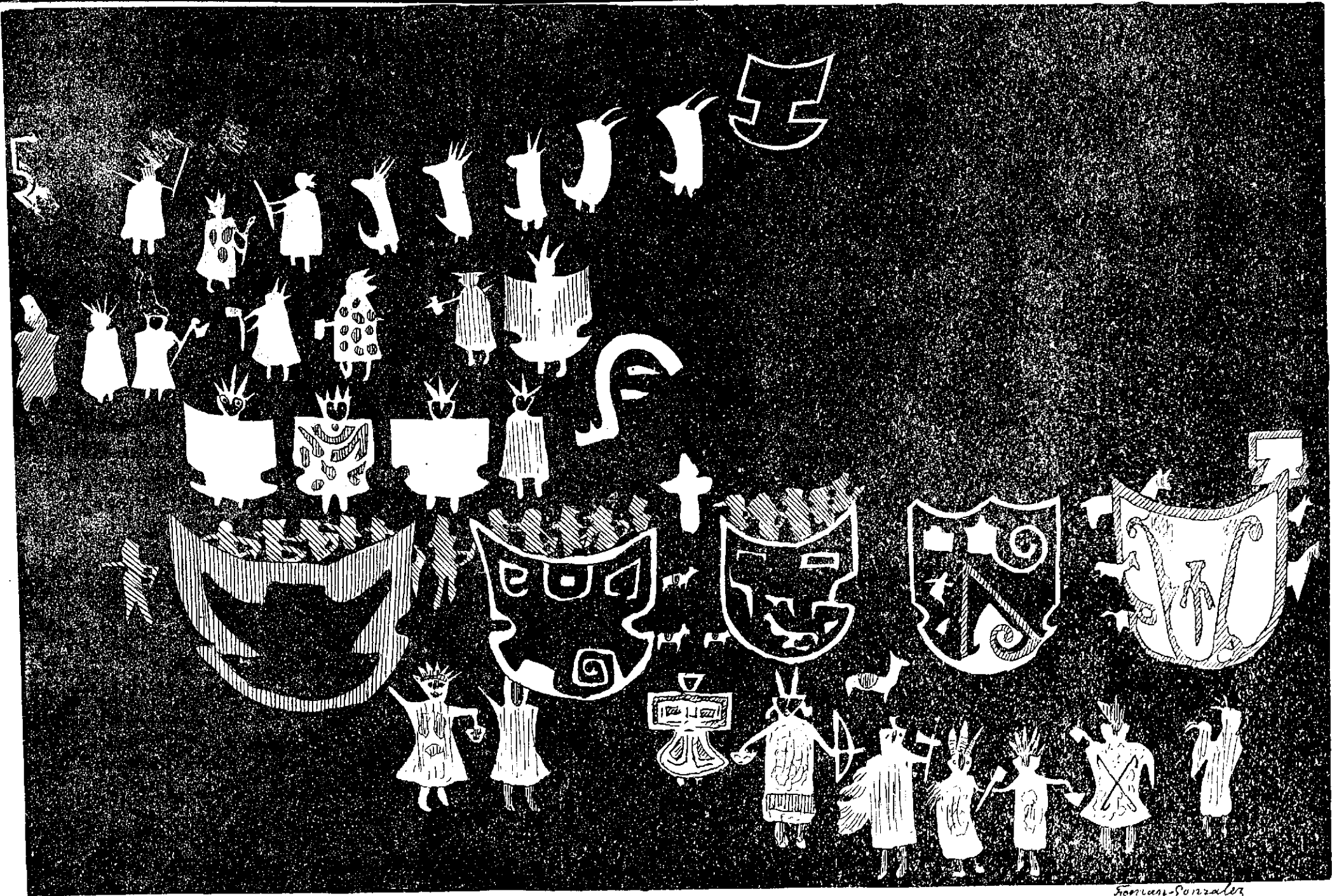
43

F

Hacha de cobre y amuletos (Colec. Zabaleta)



Objetos de industria y adorno



Tomás González

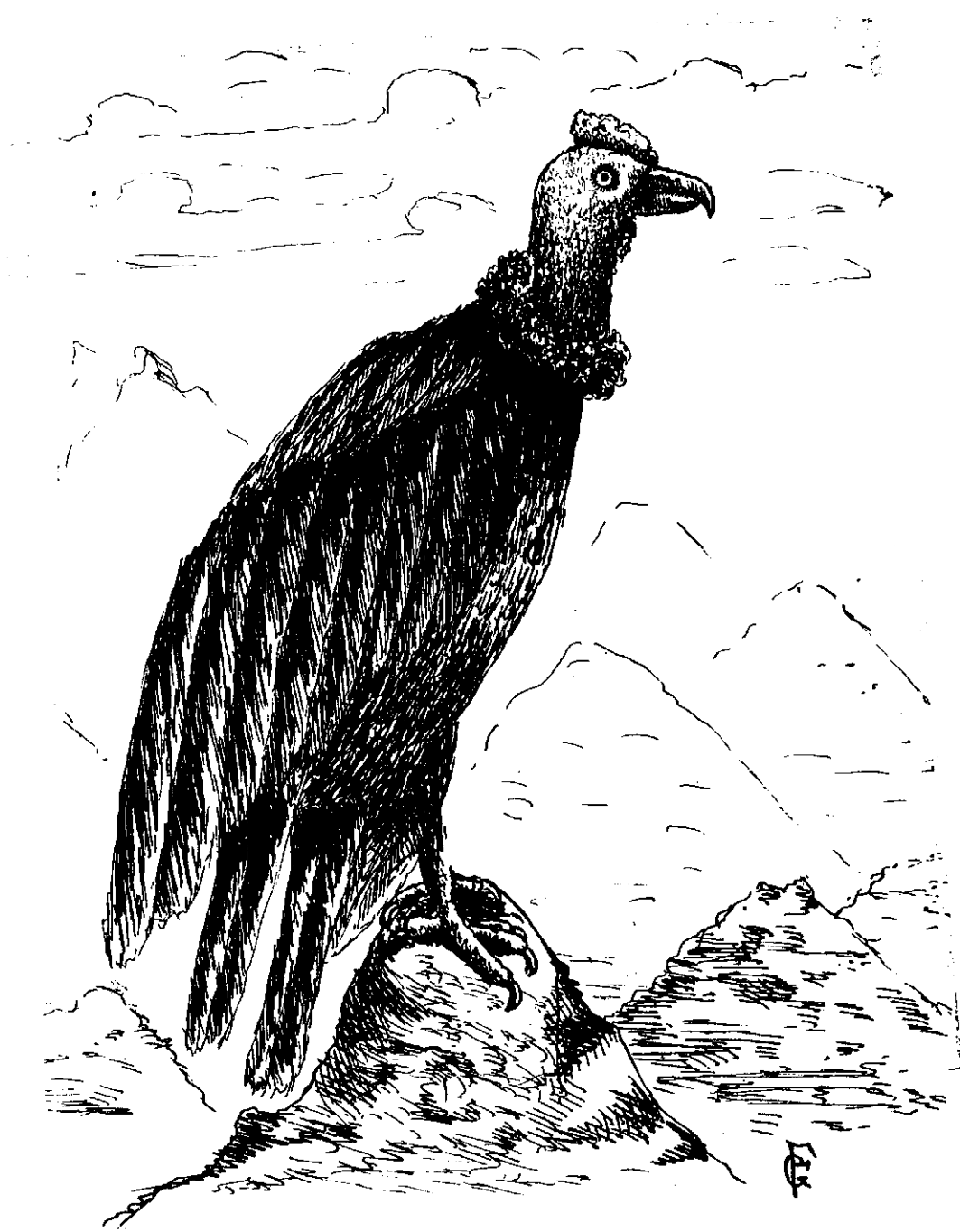
Pinturas de la Gruta Carahuasi. (Copia de la lámina de Ambrosetti.)



Momia peruana.



Tipos Araucanos



(Fig. 62) El Condor.





(Fig. 62) Don Pedro de Valdivia.



(Fig 63) El Adelantado D^e DIEGO de ALMAGRO
Capitan Liberrimo



*Elle de
gasca*

(Fig. 63)

LA GASCA
Presidente del Perú.

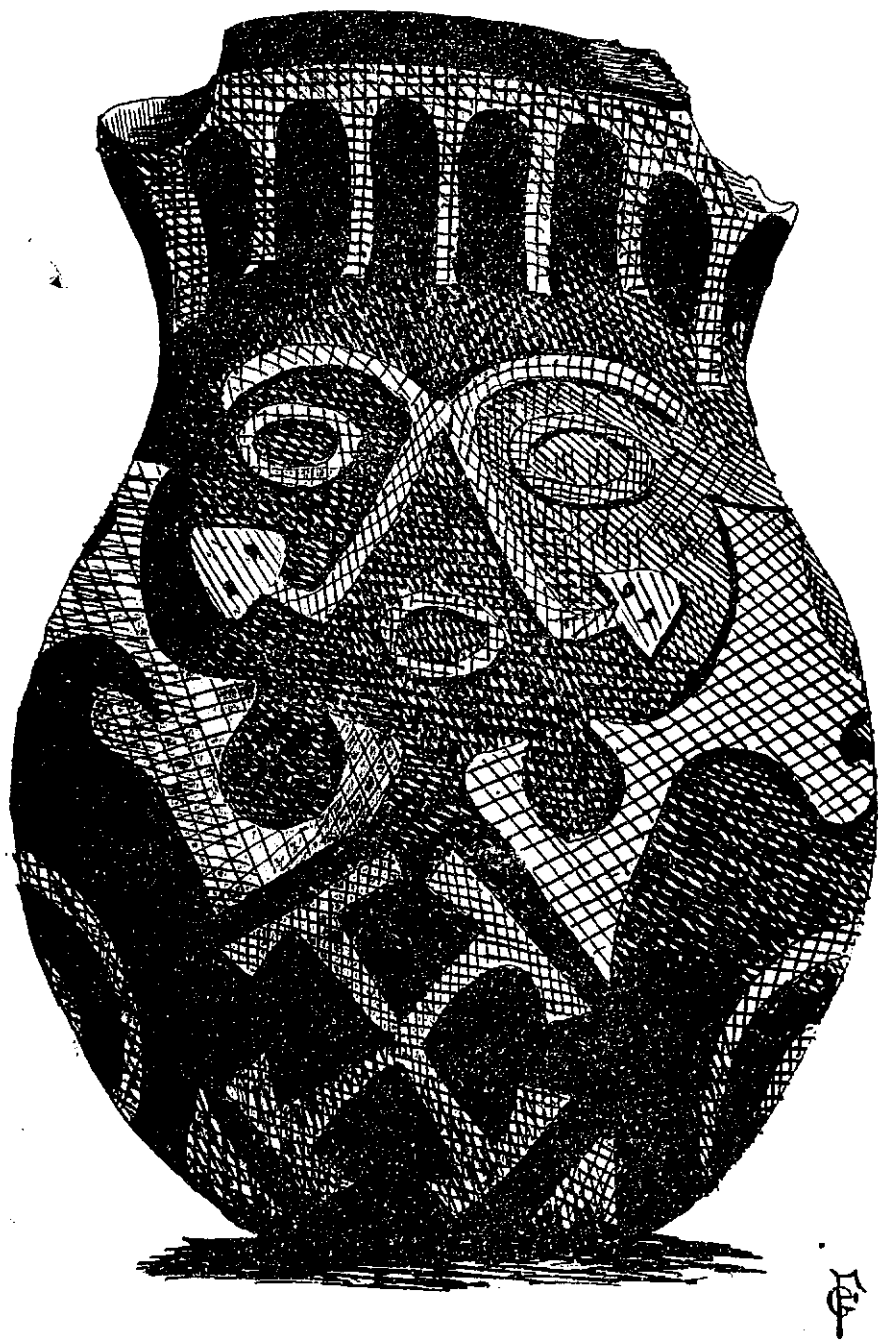
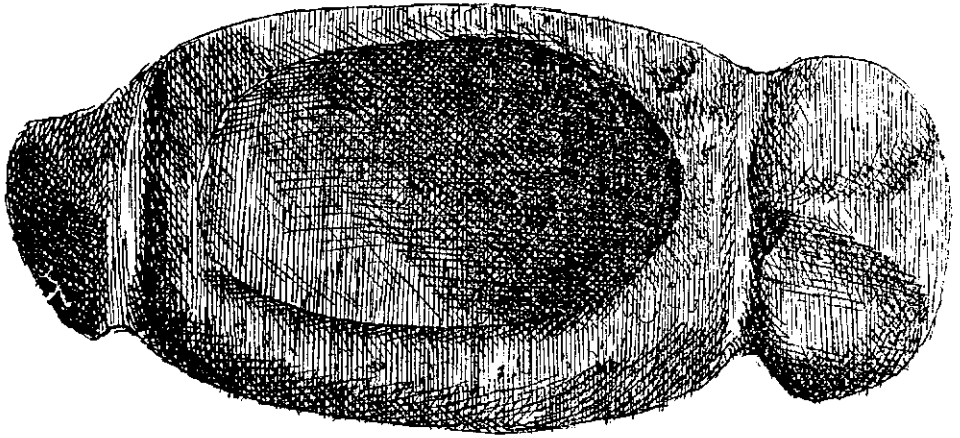
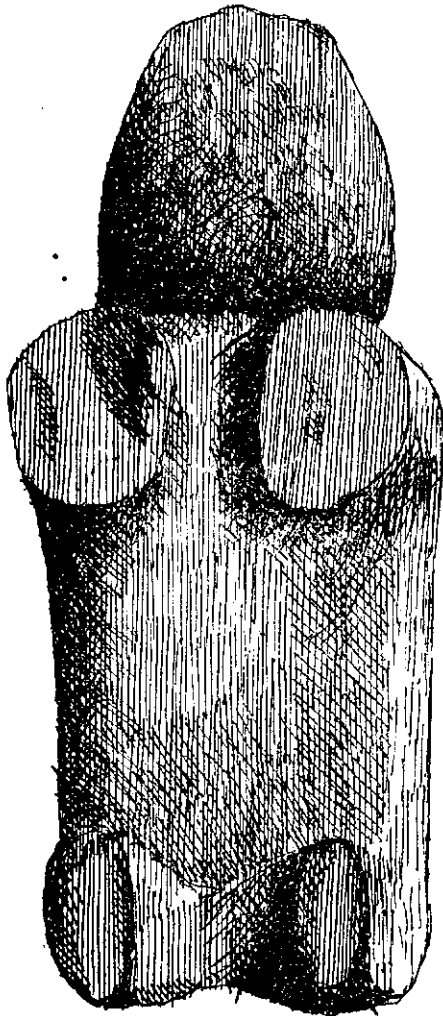


Fig. 64) Olla de barro (Colec. Quiroga)

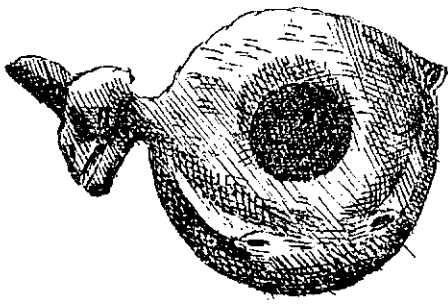


F.65

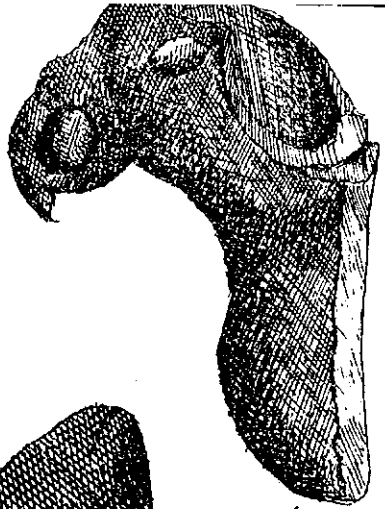


F.66

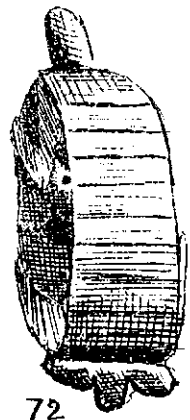
FE



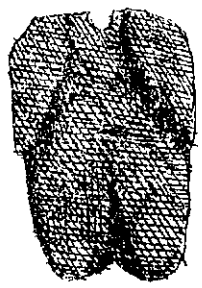
67



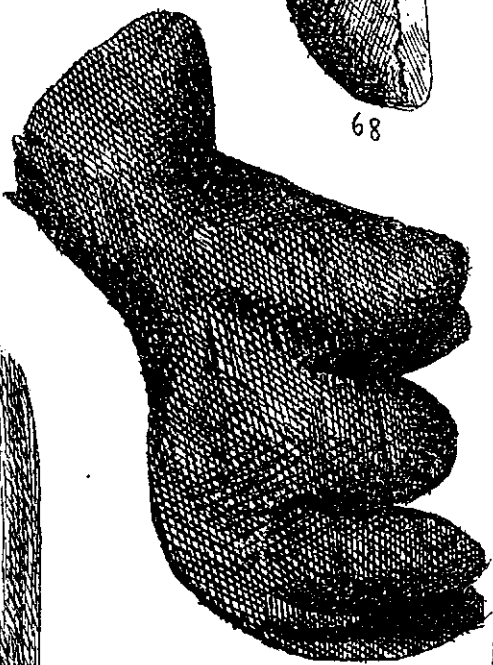
68



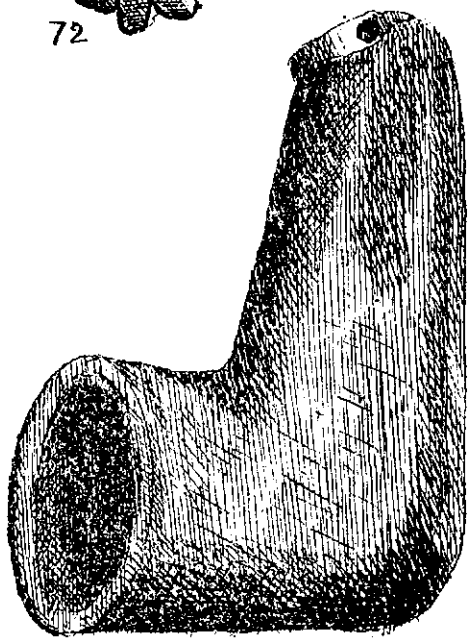
72



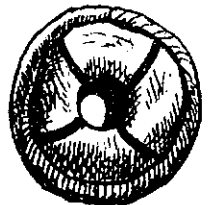
71



69



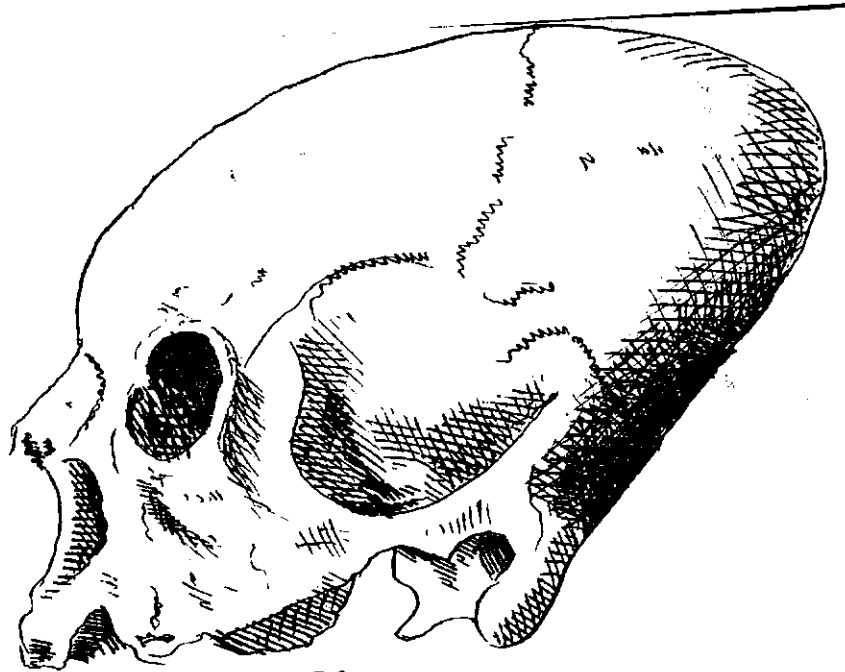
73



70

FF

Varios objetos de barro y piedra (Colec. Quiroga)



74

Cráneo (Inst. Geográfico-Ambrosetti).



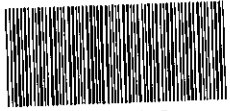
75

Ave de barro con alegorías (Colec. Quiroga).





BIBLIOTECA NACIONAL



1000602215